



Juan Bosch

Fundación Juan Bosch



CLACSO

RECONSTRUIR, HAITÍ

entre la
esperanza
y el tridente
imperial

Ricardo A. S. Seitenfus

Reconstruir Haití: entre la esperanza y el tridente imperial

RICARDO A. S. SEITENFUS

Reconstruir Haití:

entre la esperanza y el tridente imperial

Traducción al español:

ZÉLIA MALUZA STEIN (*In memoriam*)

VERÓNICA ALEMÁN

ROSARIO CARCURO

Santo Domingo, República Dominicana
2016



Secretario Ejecutivo Pablo Gentili
Directora Académica: Fernanda Saforcada
Área de Producción Editorial y Contenidos Web
Coordinador Editorial: Lucas Sablich
Coordinador de Arte: Marcelo Giardino

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales –
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
EEUU 1168 | C1101 AAx Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145/9505 | Fax [54 11] 4305 0875 |
E-mail clacso@clacso.edu.ar | web www.clacso.org

CLACSO cuenta con el apoyo de la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

*RECONSTRUIR HAITÍ:
entre la esperanza y el tridente imperial*

©Ricardo A. S. Seitenfus
©Fundación Juan Bosch

ISBN: 978-9945-587-09-8

Coordinación: Matías Bosch
Supervisión y cuidado editorial: Ángela Hernández
Diseño de portada: Cynthia Matos
Diagramación: Eric Simó

Impresión: Impresora Soto Castillo
1ª Edición: 500 ejemplares.
Ediciones Fundación Juan Bosch, Inc., 2016
Fundación Juan Bosch
Calle Nicolás Ureña de Mendoza No.54,
Esq. Font Bernard, Local 2ª, Los Prados.
Santo Domingo, República Dominicana
Teléfono: 809 472 1920
www.juanbosch.org

CONTENIDO

LISTA DE ABREVIATURAS.....	15
PREFACIO A LA EDICIÓN EN PORTUGUÉS/ UNA DECLARACIÓN DE AMOR.....	19
PREFACIO A LA EDICIÓN EN FRANCÉS/ LAS RELACIONES PELIGROSAS.....	23
INTRODUCCIÓN	33

PRIMERA PARTE

EL INMUTABLE HAITÍ Y SUS DESENCUENTROS CON EL MUNDO.....	41
---------------------------------------------------------------------	-----------

PREÁMBULO	43
------------------------	-----------

CAPÍTULO I

EL AGUJERO NEGRO DE LA CONCIENCIA OCCIDENTAL.....	45
---------------------------------------------------	----

CAPÍTULO II

LA NATURALEZA DEL DILEMA HAITIANO	87
-----------------------------------------	----

CAPÍTULO III

UN GOLPE A LA DEMOCRACIA: LA CAÍDA DE ARISTIDE	111
------------------------------------------------------	-----

CAPÍTULO IV

ESPERANZA Y DESILUSIÓN: AMÉRICA LATINA FRENTE A LA CRISIS HAITIANA	143
Reinserción de América Latina en las Relaciones Internacionales.....	148

La crisis haitiana inspira un nuevo paradigma en América Latina.....	153
El Principio de la No Indiferencia atraviesa el discurso de la Política Exterior brasileña	154
El distanciamiento de la izquierda latinoamericana con el <i>movimiento Lavalas</i>	162
La recurrente crisis haitiana y el Foro de São Paulo.....	165
CAPÍTULO V	
LA MINUSTAH: ¿UNA ÚLTIMA INTERVENCIÓN?.....	183
La duda.....	196
El crimen.....	203
El drama.....	208
El castigo.....	216
 SEGUNDA PARTE	
LOS EXTRAVÍOS INTERNACIONALES:	
EL DRAMA	233
PREÁMBULO	235
CAPÍTULO VI	
LA CÓLERA DE LA NATURALEZA: EL TERREMOTO.....	237
CAPÍTULO VII	
LA CIRH: LA CRISIS EN EL INTERIOR DEL DRAMA.....	293
CAPÍTULO VIII	
¿HAITÍ O HAITONG?.....	317
CAPÍTULO IX	
EL CÓLERA DE LOS HOMBRES.....	341
CAPÍTULO X	
RENÉ PRÉVAL: EL FLORENTINO DEL CARIBE	373

TERCERA PARTE	
LOS EXTRAVÍOS INTERNACIONALES:	
LA PARODIA	401
PREÁMBULO	403
CAPÍTULO XI	
UNA MISIÓN CASI IMPOSIBLE	405
CAPÍTULO XII	
LA TENSA JORNADA ELECTORAL.....	419
CAPÍTULO XIII	
LA ESCALADA	443
CAPÍTULO XIV	
UNA SIMPLE ENTREVISTA.....	471
CAPÍTULO XV	
EL DESENLACE.....	487
CONCLUSIONES	511
POST-FACIO / ¿HASTA CUÁNDO, “AMIGOS” Y DEPREDADORES DE HAITÍ?	527
ANEXO	
Entrevista de Ricardo Seitenfus a Le Temps, 20 de diciembre de 2010	533
BIBLIOGRAFÍA	
LIBROS E INFORMES	541
ARTÍCULOS	545

Para María, mi princesita caribeña, con amor.

*No podemos afirmar la inocencia de nadie,
pero sí podemos afirmar, sin más, la culpabilidad de todos.*

ALBERT CAMUS, "LA CAÍDA"

LISTA DE ABREVIATURAS

- ABC** - Agencia Brasileña de Cooperación
- ACISOS** - Acciones cívico-sociales
- ALBA** - Alianza Bolivariana para las Américas
- BBC** - British Broadcasting Corporation
- BIT** - Buró Internacional del Trabajo
- BNH** - Banco Nacional de Haití
- BRIDES** - Bureau de Recherche en Informatique et en Développement Économique et Social (Buró de Investigación en Informática y en Desarrollo Económico y Social)
- CARICOM** - Comunidad del Caribe
- CC** - Centro Carter
- CDHNU** - Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas
- CDI** - Carta Democrática Interamericana
- CEP** - Consejo Electoral Permanente
- CEPAL** - Comisión Económica para América Latina y Caribe
- CERESS** - Centro de Educación, Pesquisa y Acciones en Ciencias Sociales y Penales
- CEV** - Comisión Especial de Verificación
- CI** - Comunidad Internacional
- CIDA** - Canadian International Development Agency (Agencia Canadiense para el Desarrollo Internacional)
- CIDC** - Coalition for International Development Companies (Coalición para el Desarrollo Internacional de Compañías)
- CIDH** - Comisión Interamericana de Derechos Humanos
- CIJ** - Corte Internacional de Justicia
- CIN** - Credencial de Identificación Nacional
- CIRH** - Commission Intérimaire pour la Reconstruction d'Haïti (Comisión Provisoria para la Reconstrucción de Haití)
- CGI** - Clinton Global Initiative (Iniciativa Global Clinton)

CM - Club de Madrid

CNE - Conseil National d'Équipement (Consejo Nacional de Equipamiento)

CNO - Consejo Nacional de Observación de las Elecciones

CONHANE - Consejo Haitiano de Actores no Estatales

CORE Group o Grupo Central - Argentina, Brasil, Canadá, Chile, España, Estados Unidos, Francia, Naciones Unidas, Organización de los Estados Americanos y Unión Europea.

COV - Centro de Operaciones y de Verificación

CPOEA - Consejo Permanente de la Organización de los Estados Americanos

CRESFED - Centro de Investigaciones y de Formación Económica y Social para el Desarrollo

CSNU - Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas

CTCP - Collège Transitoire du Conseil Electoral Permanent (Colegio Transitorio del Consejo Electoral Permanente)

CTV - Centro de Conteo de Votos

DAP - Disaster Accountability Project

DALA - The Damage and Loss Assessment

DECO - Departamento de Cooperación y Observación Electoral de la Organización de los Estados Americanos

DPKO - Department for Peacekeeping Operations de las Naciones Unidas

DPP - Detención provisoria prolongada

FADISMA - Facultad de Derecho de Santa María - Brasil

FAH - Fuerzas Armadas de Haití

FAL - Fusil automático liviano

FESPA - Forum Économique du Secteur Privé des Affaires

FMI - Fondo Monetario Internacional

FOKAL - Fundación Conocimiento y Libertad

FSP - Foro de São Paulo

Grupo ABC - Argentina, Brasil y Chile

HASCO - Haití an American Sugar Company

IBAS - India, Brasil y África del Sur

IBESR - Instituto del Bienestar Social

IFES - International Foundation for Electoral Systems

IJDH - Instituto de Justicia y Derechos Humanos

IML - Instituto Médico Legal
INTERPOL - Organización Internacional de Policía Criminal
IPEC - Programa Internacional para la Eliminación del Trabajo Infantil
ISC - Iniciativa de la Sociedad Civil
MERCOSUR - Mercado Común del Sur
MICIVH - Misión Civil Internacional en Haití
MIF - Multinational Interim Force
MINUSTAH - Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización de Haití
MOE - Misión de Observación Electoral
MOUFHED - Mouvement des Femmes Haïtiennes pour l'Éducation et le Développement / Movimiento de las Mujeres Haitianas para la Educación y el Desarrollo
MSF - Médicos Sin Fronteras
NDI - National Democratic Institute / Instituto Nacional Democrático
NED - National Endowment for Democracy
NOEI - Nuevo Orden Económico Internacional
OAS - Grupo OAS (Brasil)
OCDE - Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico
OEA - Organización de los Estados Americanos
OIT - Organización Internacional del Trabajo
OMS - Organización Mundial de la Salud
ONACA - Agencia Nacional de Registro de Tierras
ONG - Organización No Gubernamental
ONGAT - Organización No Gubernamental de Alcance Transnacional
ONI - Office National d'Identification / Oficina Nacional de Identificación
ONU - Organización de las Naciones Unidas
OPAS - Organización Panamericana de la Salud
OPL - Organización del Pueblo en Lucha
PACEGI - Consejo Consultivo Presidencial para el Desarrollo Económico e Inversiones
PADF - Pan American Development Foundation / Fundación Panamericana para el Desarrollo
PAM - Programa Mundial de Alimentos
PCB - Partido Comunista Brasileño
PCC - Partido Comunista de Cuba

PCF - Partido Comunista Francés
PDVSA - Petróleos de Venezuela S. A.
PEDN - Plan Estratégico de Desarrollo Nacional
PETROBRAS - Petróleo Brasileño S. A.
PNH - Policía Nacional de Haití
PSDB - Partido de la Socialdemocracia Brasileña
PNUD - Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
PT - Partido de los Trabajadores - Brasil
PwC - Price, Waterhouse and Coopers
RNDDH - Réseau National de Droits de l'Homme
SGNU - Secretario General de las Naciones Unidas
SONAPI - Société Nationale des Parcs Industriels
STF - Tribunal Federal Supremo (Brasil)
UE - Unión Europea
UEH - Universidad del Estado de Haití
UNAM - Universidad Nacional Autónoma de México
UNASUR - Unión de las Naciones Sudamericanas
UNESCO - Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura
UNICEF - Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia
UNPOL - Policía de las Naciones Unidas
UNOCHA - Oficina de las Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios
USAID - United States Agency for International Development
WB - Banco Mundial

PREFACIO A LA EDICIÓN EN PORTUGUÉS

UNA DECLARACIÓN DE AMOR

Ricardo Seitenfus es mi referencia sobre Haití, desde que comencé a preocuparme por el tema. Esto aconteció en la víspera del envío de Brasil de un contingente militar a Puerto Príncipe. En aquella ocasión, como diputado de oposición, cuestioné el envío de tropas brasileñas. Mis recuerdos del proceso haitiano no daban margen al optimismo.

Acababa de leer un informe de Régis Debray, escrito para el gobierno socialista de Francia, en el cual el escritor revelaba todas las dificultades de intervenir positivamente en Haití. Además de la pobreza, el país era un cementerio de trabajos fracasados o inconclusos. En mis recuerdos estaba también la novela de Graham Greene, *Los Comediantes*, en la cual menciona carreteras arruinadas, construidas en tiempo de la ocupación militar norteamericana.

¿Qué haría Brasil en Haití? ¿Cómo garantizar que su presencia no fuera un hecho más en una sucesión de intervenciones fracasadas?

Cuando Ricardo Seitenfus fue al Congreso a discutir el tema, sus conocimientos y, sobre todo, su empatía con la cultura haitiana, me convencieron finalmente de que había una posibilidad de éxito en la presencia brasileña.

Desde entonces sucedieron muchas cosas en Haití, incluso un trágico terremoto. El libro de Seitenfus rememora todos los momentos importantes de la intervención y nos ofrece también

una excelente y profunda visión de la historia haitiana, del aislamiento de un país que osó liberarse del colonialismo francés y marcar el camino de la independencia.

Como alguien que pensó un nuevo camino para Haití, viendo los problemas cotidianos del país, durante y después del terremoto, Seitenfus, no solo presenta una crítica precisa de los errores cometidos allí, sino que también manifiesta una cierta aprehensión por el futuro.

Personalmente, creo que una de las frases de su libro debería ser grabada en la entrada de Haití y leída por todos los que dicen estar cambiando la historia haitiana: “Aquí, no hay nada que pacificar y todo por construir”.

Seitenfus evalúa también el proceso de construcción de un nuevo Haití, lo enmarañado de las Organizaciones No Gubernamentales, la fragilidad de las instituciones y, sobre todo, después del terremoto, la invasión religiosa de los que quieren salvar a Haití de “su equívoco religioso”, el vudú.

Haití se transformó en una página abierta en la cual todos quieren escribir su epopeya o exorcizar sus fantasmas. ¿Lo que quiere el pueblo haitiano, importa? ¿Cuándo será de nuevo el dueño de su destino?

Como funcionario internacional y conocedor del país, Seitenfus ofrece una visión detallada de todos los equívocos y posibles aciertos de la presencia extranjera en Haití.

Él revela en detalles la tensión entre el comando brasileño de las Fuerzas de Paz y el poderoso esquema que siempre ve el incremento de la represión como una salida para las sucesivas crisis haitianas.

El punto más delicado de esa tensión fue el suicidio del general Urano Bacellar, comandante brasileño de las Fuerzas de Paz. En el momento en que murió estaba siendo presionado

para que alterara el enfoque social que Brasil procuraba dar a su trabajo y sustituirlo por una política más represiva.

Los suicidios son siempre muy complejos para explicarlos por un único motivo, pero sin duda la presión y las tensiones que el general Bacellar sufrió, tuvieron un papel importante en su muerte.

Mirando hacia atrás, al mismo tiempo que discrepábamos, teníamos cierta esperanza en la colaboración extranjera en Haití, pero jamás hubiéramos podido imaginar que las fuerzas militares de la ONU, las que irían a proteger el país, llevaran a Haití un factor todavía más destructivo: la epidemia de cólera, diseminada por la presencia de soldados nepalíes contaminados por el virus.

Son muchos los episodios dramáticos, desde el principio de Haití. Seitenfus los analiza con precisión y amor. Él mismo advierte al comienzo del libro que está hablando no solo de un país que estudia, sino de un país que ama, de un pueblo con el cual simpatiza y en el que ve innúmeros potenciales.

Fuerzas de ocupación; fuerzas de reconstrucción; estadistas salvadores, como Bill Clinton; religiosos americanos que desembarcan en Haití queriendo librarlo de una “religión infernal”: todos pasan por el tamiz de la evaluación de Seitenfus.

Cuando discutíamos la idea del envío de tropas brasileñas a Haití no presentíamos la sucesión de tragedias que envolverían al país.

Seitenfus fue fiel a sus opciones. Indagó en la vida haitiana, profundizó sus conocimientos históricos y culturales sobre el país, y hoy nos ofrece un cuadro extremadamente rico y detallado de los acontecimientos.

Es un libro definitivo sobre la historia de Haití. Una descripción profunda de la intervención hecha por un cuadro

internacional que forma parte de ella. Y no solo eso: es además una renovada declaración de amor a Haití y su fascinante pueblo.

Fernando Gabeira

Escritor, periodista, ex Diputado federal.

Rio de Janeiro, abril de 2014.

PREFACIO A LA EDICIÓN EN FRANCÉS

LAS RELACIONES PELIGROSAS

“Nada ha cambiado de manera fundamental en el mundo, solo las palabras, las fórmulas y formas de dominación han cambiado”.

La frase de Jacques-Stephen Alexis describe más o menos la ambigua relación que nos une con los poderes que nos “ayudan”. Yo añadiría que la locura suicida de la víctima, igualmente se refiere a la patología del depredador.

En esta obra, Ricardo Seitenfus entrega un poderoso testimonio sobre el papel de la Comunidad Internacional en Haití.

En él expresa una palabra no común.

La palabra de un hombre que a pesar de su función de Representante Especial del Secretariado General de la OEA en Haití y, por consiguiente, miembro del Grupo Central o grupo de los principales “socios técnicos y financieros” que intervienen en Haití (Argentina, Brasil, Canadá, Chile, España, Estados Unidos, Francia, la Organización de Naciones Unidas, la Organización de Estados Americanos y la Unión Europea) no teme tomar distancia de sus pares.

Esta es la palabra de un verdadero amigo de Haití. Un amigo orgulloso de su amistad que no se escuda detrás de su condición de extranjero. Un amigo que tiene el valor de decir las cosas tales como son, incluso cuando hacen mal.

Él nos aporta igualmente un discurso urgente y útil. Una palabra proveniente del vientre mismo de la bestia. Una palabra que es oportuna pues ya no es tiempo de someterse.

Ricardo Seitenfus pudo haber elegido ser un simple cómplice y callarse como los que le antecedieron, mas, él prueba su amistad arriesgando su carrera.

Él escribió que “Haití no es para aficionados”. Sin embargo, crisis tras crisis, “se” nos han enviado aficionados. Sería interesante hacer una lista de estas estrellas en ascenso diplomático, los aprendices de estos brujos, destinados parece (les gusta repetirlo, el puro en la boca, en la famosa cena en las embajadas) a grandes carreras en sus países. Llegan llenos de entusiasmo a la cabecera de Haití y terminan, inexorablemente, como tantos otros antes que ellos, en el gran cementerio de los escaldados de la isla.

Aunque uno puede pensar en sus acciones en terreno, y en el reciente papel del autor dentro de la crisis haitiana, es forzoso reconocer que el libro de Ricardo Seitenfus ofrece una preciosa base de datos sobre el *modus operandi* de la Comunidad Internacional en Haití. Para aquellos que todavía dudaban, las pruebas de la injerencia internacional en los asuntos de Haití, ahora son accesibles. Sus puntos son válidos e inalienables. Uno no puede, en lo sucesivo, ignorarlas.

Dentro del marco diplomático internacional en el cual operamos, uno puede considerar a Ricardo Seitenfus como un alertador (que toca el timbre de la alarma). Un denunciante que no solamente revela, sino que ilumina igualmente la complejidad de las implicancias de la presencia internacional en Haití. Nosotros vivimos una época en la que los poderosos no vacilan —literalmente— en marchar sobre cadáveres. Y Haití después del terremoto de enero de 2010 ilustra este estado de la situación.

No obstante, cualquiera que calle, década tras década, y tolere, incluso participe en este ensañamiento nocivo del Norte

sobre el Sur, al final no es más que otro cómplice. Cómplices de estas estrategias de desarrollo obsoletas y mortales, de estas “intervenciones” políticas o militares repetidas, y de estas “muestras” de bondad humanitaria ante los impactos catastróficos en los países “beneficiarios”.

Uno no puede contentarse con repetir que *“incluso, si hay errores, al final todo quedó mejor”*. Cualquiera que sea el criterio seleccionado, el fracaso de todas estas injerencias es colosal. Es tarea de esta Comunidad Internacional el poder presentarnos alguna pequeña “historia exitosa”, no importa mucho en qué lugar del mundo.

Algunos análisis y conclusiones de Ricardo Seitenfus pueden suscitar el debate. Su análisis, a veces puede mostrarse culpable de los extravíos que él denuncia, cuando pregunta: “¿Qué hay de extraordinario en la tierra de Toussaint Louverture que pueda explicar su inadaptabilidad constante a la modernidad? ¿No está utilizando él mismo la concepción eurocéntrica de la modernidad? ¿Esa que niega la existencia y el rol “de las periferias” en la historia universal?”.

¡Nosotros somos los que hemos inventado la modernidad! Desde que decidimos escribir nuestra propia historia y que Haití continúe pagando el precio de su insolencia.

Haití es un país “que se volvió” pobre. ¿Dónde? ¿Cómo? A golpe de amenazas de guerra y destrucción, de embargo económico y de chantaje diplomático, pasó de ser una de las más ricas de las colonias francesas al más pobre de los países del continente.

Nuestro error no es alguna inadaptabilidad a la modernidad, sino simplemente la culpa (y la tara) de tener razón demasiado pronto, de haber vencido demasiado pronto (¡Michel-Rolph Trouillot vuelve pronto a nosotros!).

Porque es la revolución haitiana lo que cambió la causa. Ya que ella forzó a los franceses a expandir su concepto de humanidad con la inclusión de todas las razas y del mismo modo volverla universal.

Toussaint Louverture tuvo que desplegar grandeza y perspicacia para no ceder a los reflejos habituales de los vencedores y a la ambición ciega de sus semejantes en la época (Napoleón, Jefferson, los soberanos británicos, prusianos, etc.), todos igualmente emocionados con la conquista de nuevos territorios, de nuevos poderes, tratando continuamente, durante décadas, a una parte de la humanidad como si fuesen animales (y con el propósito de obtener grandes beneficios).

Ochenta y cuatro años después de nuestra independencia, la esclavitud todavía existía en la región. Esto debería invitar a algunos de aquellos que nos dan clases a tener un ápice de modestia en sus exigencias apuradas. Parafraseando a Malcom X: “¡La modernidad nos ha caído encima!”. Esta realidad histórica fundamental no puede continuar ocultándose.

Ricardo Seitenfus también nos dice que “no existe tradición democrática en Haití”. Esto es volver a caer en el error de interpretar la experiencia haitiana solo en términos de la experiencia europea de la democracia. Frente a este nuevo mundo que ella creó después de la revolución, Haití se encontró, como en el período pos revolucionario francés, ante un vacío utópico sin un modelo político evidente. Ciertamente, la joven nación también cortó algunas cabezas. Uno puede también señalar los excesos de un Dessalines, general victorioso, quien se hiciera coronar Emperador el 8 de octubre de 1804, pero adelantándose a su rival, Bonaparte, quien hiciera lo mismo el 2 de diciembre de 1804, dos meses después, los dos, sin duda en busca de nuevos modelos. Extraña emulación, cuando uno piensa que el rey había sido guillotinado once años antes.

Por otra parte ¿de qué democracia estamos hablando hoy, la de un Vladimir Putin o la de un Silvio Berlusconi? Para ganar una revolución contra las más grandes potencias mundiales de la época, fueron necesarios muchos debates, consenso, movilización, experiencias políticas, discernimiento histórico, alma patriótica, sacrificios individuales, etc. La revolución haitiana no fue la respuesta de una banda de salvajes frente a la injusticia de su situación. Fue una sociedad y un ejército organizado, con sus estrategias, sus acciones de guerra, contra una armada occidental superior en equipamiento, en armas, en experiencia... (y en ¿“modernidad”?).

Finalmente, llamaría a la prudencia frente a ciertos lugares comunes que Ricardo Seitenfus retoma: *el Estado haitiano no existe* (es débil y frágil, pero existe), *la sociedad civil es precaria* (ella está sobre todo cansada de tantos combates, pero en todo caso no ha dicho su última palabra), *país dominado por el fatalismo* (un país especialmente paciente con la historia y que mira pasar serenamente a los verdugos del momento).

Cualquiera de estas observaciones es residual. Nada más lejos de mí, la idea de intentar hacer un análisis de texto de este valioso libro. Más bien, saludemos a la experiencia auténtica y subrayemos el valor y la fuerza de este libro. Una fuerza que reside en la capacidad de su autor por ser un testigo directo, o mejor, un actor vital en los momentos claves de este melodrama inverosímil que fueron estos últimos cuatro años en Haití. No se trata, entonces, de estar de acuerdo o no con Ricardo Seitenfus, sino más bien de tomar en cuenta estas informaciones de “*insider*” (*del interior*) que nos ofrece. Así como la radiografía de este grupo autodenominado “*Amigos de Haití*”, o del Grupo Central, íntimamente persuadidos de dirigir el país, a pesar de la evidencia de su reiterado fracaso. Apreciamos sin límite, el hecho de que él fue capaz de seguir los acontecimientos desde

su situación excepcional, en el centro mismo de la trama, que fue capaz de informarnos, manteniendo una mirada crítica sobre estas peripecias así como sobre los hombres y mujeres en el centro de los sucesos (terremoto, despliegue de la “ayuda” humanitaria masiva, la epidemia de cólera, injerencia política, fraudes electorales, etc.).

Él fue capaz de hacerlo a una buena distancia, sin erigirse jamás como “procónsul” poscolonial como algunos embajadores que se creyeron en tierra conquistada y enfermos de celebridad. La famosa jornada electoral del 28 de noviembre de 2010, descrita extensamente en el libro, nos ofrece el mejor ejemplo de este tipo de comportamiento abusivo.

Un día que demostró —si es preciso todavía— la mano del Grupo Central puesta sobre el país y la audacia sin igual de su jefe, alto funcionario, designado por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para liderar una misión de Paz en Haití (¡misión de estabilización!) y que se va a revelar como una diplomacia belicista irresponsable. Estoy hablando de Edmond Mulet, Representante Especial del Secretariado General de La ONU.

Esto me da la oportunidad de hablar desde mi propia experiencia como testigo involuntario dentro de esta cábala *onusiana* (y americana). Porque ese día, estaba en la base logística (Log Base) de la Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización en Haití (MINUSTAH), próximo al aeropuerto para el rodaje de mi película documental sobre la intervención humanitaria en Haití después del terremoto. Película que no se titulaba aún “Asistencia mortal”. Asisto entonces, al segundo punto de la etapa interna del día, sobre las elecciones, presidida por Edmond Mulet (por supuesto, con la amable autorización de este último).

Edmond Mulet, siempre dispuesto a hacerme confidencias fuera de cámara, se convierte, sin embargo, en un diplomático *lengua de madera* cuando lo entrevisto con la cámara. Pero su inclinación a las anécdotas y los pequeños chismes, le jugará una mala pasada. Así, él me confiará hechos y reflexiones que habría debido cuidar de que no fueran divulgadas, dado el carácter de su misión oficial.

Es así como Edmond Mulet, quien me tildara más tarde de mentiroso en la prensa, me contó durante un descanso, cómo él le propuso un avión al presidente René Prével para que abandonara el país. Sonriendo, y sin adivinar mi asombro en ese momento, me dice la respuesta que Prével le dio a su absurda “propuesta”: “Si tengo que elegir entre Aristide y Allende, yo seré más bien Allende” (gran estruendo de risa). Edmond Mulet le contará la misma historia, y en los mismos términos, a Ricardo Seitenfus, quien la cita en este libro. Mulet se rió a carcajadas, contento con su broma.

René Prével confirma igualmente este incidente, y por vez primera lo hace públicamente frente a la cámara, en mi película “Asistencia mortal”. A pesar de sus negativas, Edmond Mulet, *Representante Especial (j) de las Naciones Unidas*, ha intentado de hecho un golpe de Estado contra un presidente electo. No existe otro término para este acto.

Ricardo Seitenfus cuenta hasta el más mínimo detalle de esta descabellada historia. Si este libro tiene una razón de ser es, sobre todo, por esta increíble escena. El “abc” de la necesidad imperialista en todo su esplendor y en toda su cobardía. El ambicioso “cardenal” (Mulet) que hace el trabajo sucio del patrón norteamericano (el embajador Kenneth Merten) ayudado por el empleaducho manipulador, el embajador francés (Didier Le Bret). Ruines ambos. Uno se cree dentro de una fábula de La Fontaine.

Para cerrar este capítulo sobre las elecciones manipuladas por la Comunidad Internacional, quisiera recordar —complementando el testimonio de Ricardo Seitenfus—, aquel no menos dramático y central de Ginette Chérubin, ex ministra y ex miembro del CEP, en su libro “El vientre podrido de la bestia” en el que ella cuenta las amenazas del mismo Edmond Mulet contra miembros del CEP que valientemente se negaron a obedecerle, cuando él les pidió expresamente y sin ambigüedad cambiar (¡Sí, cambiar!) los resultados de las elecciones para permitir al candidato “electo” Michel Martelly acceder a la segunda ronda.

Veredicto de Ricardo Seitenfus: es la Comunidad Internacional quien eligió al nuevo presidente de Haití. Terrible descubrimiento.

Si añadimos a todo lo que aquí precede el verdadero escándalo de la aparición y propagación de la epidemia del cólera que devastó al país poco tiempo después y la responsabilidad probada de la MINUSTAH, y de la cual Ricardo Seitenfus describe los misterios, uno llega a la conclusión obvia de que Edmond Mulet y sus patrocinadores deberían terminar todos ante una alta Corte de Justicia.

A principios de 2015, los tristes acontecimientos políticos del país nos recuerdan todavía que es tiempo de detener a estos aficionados en su recomenzar perpetuo y ciego y a nosotros, los haitianos, de tomar nuevamente nuestras responsabilidades, como hemos sabido hacerlo durante toda nuestra historia.

Y en este “combate” entre haitianos es preciso volver a poner un poco de ideología en el debate. Uno no puede continuar escuchando a los populistas clamar alto y fuerte que ellos quieren ayudar a los pobres (sin cuestionar, al mismo tiempo, el porqué de esta pobreza), que la educación sea gratuita

para todos (sin preguntar de qué escuela se trata). Nuestros “líderes” del momento pueden hacer promesa gratuitas sin ser contradichos por nadie, incluyendo a los periodistas cuyo trabajo no obstante tendría que ser el de recordar que no existen muchos dirigentes que se hayan ganado el derecho de proteger a los pobres en cualquier asunto de sus países, y menos todavía dar una solución a la real desigualdad entre las clases sociales. No es suficiente *decir* que se quiere ayudar a los pobres para que esto sea verdadero, cuando nada en su política económica, ni en sus presupuestos y acciones indica orientaciones al respecto.

Este deterioro del debate político en el que simplemente se declaran las “buenas intenciones” con la mano en el corazón, su celebridad, y su carisma de espectáculo para acceder a la función suprema, no es ya más aceptable. Mientras los mismos personajes continúan llegando al escenario, sin ningún pasado militante, ningún anclaje parlamentario ni actividad política conocida.

El fracaso de la gestión después del terremoto y la calamitosa injerencia extranjera que ha falseado los resultados de las elecciones para darnos un presidente que nadie esperaba, es flagrante.

Estos son los mismos “amigos” de otros lugares que hoy día ejercen presión sobre su “criatura”, para las elecciones retrasadas tres años y medio.

Ricardo Seitenfus ha podido ser considerado como muy cercano al anterior presidente, René Préval, pero eso no le ha impedido estar cerca de Haití, de sus intelectuales, de sus artistas, de su sociedad civil, de sus ciudadanos. Una capacidad de empatía rara en estos días.

Ricardo Seitenfus fue un “bom companheiro” (un buen compañero, en portugués). Un compañero de lucha con quien

discutir y también capaz de escuchar. Y para los tiempos que corren, en las batallas que debemos continuar llevando a cabo, eso no es poco.

Gracias por todo ello, señor Seitenfus.

Raoul Peck

Cineasta, ex ministro de Cultura de Haití

Puerto Príncipe, diciembre 2014

INTRODUCCIÓN

*El mar que lleva a Cipango y a estas islas
donde los hombres mueren locos y felices.*

ALBERT CAMUS, “LA CAÍDA”.

Abordar Haití significa experimentar, al mismo tiempo, fuertes y múltiples sensaciones contradictorias. Se trata de un país extravagante, maximalista, irritante, excepcional, intrigante, valiente, emocionante, devastador, frágil, precioso, digno, orgulloso, injusto. La larga adjetivación es para decir que se trata de un país para ser sentido, más que para ser pensado.

Al resumirlo nacen dos sentimientos contradictorios: desesperación y encantamiento. El primero surge por variados caminos. El análisis de las frías estadísticas sociales y económicas, el conocimiento de su historia política posterior a la independencia, el zambullirse en la insostenible crudeza de lo cotidiano de la gran mayoría de su pueblo, o aun en las relaciones promiscuas mantenidas con algunos aliados internacionales, siempre dispuestos a extenderle la mano, aunque la mayor parte de las veces se trate del abrazo que estrangula.

El encanto deviene de la fuerza dulce y risueña de su pueblo, del amor sin límites a la vida, de la inocencia bella y elegante de sus niños, de la epopeya pionera y única en la lucha por los derechos humanos, de su estoica e infinitamente elástica capacidad para soportar indecibles condiciones de supervivencia, del arte multiforme sustentado en una realidad local trasmisora

de valores universales, de los paisajes sublimes y seductores que esconden terribles y recurrentes peligros.

La dicotómica sensación persigue a quienes intentan una aproximación a Haití. Es imposible dejarla a un lado. La mirada perspicaz sobre este país solo es posible cuando quedan apartados el maniqueísmo, las fórmulas hechas y acabadas, las teorías especialmente construidas para simplificar la indomable, compleja y contradictoria realidad. O sea, cuando no se procede a la elección del negro o del blanco, pues, en verdad, lo que predomina es el gris de las zonas sombrías.

El entramado de lo real maravilloso de Alejo Carpentier con lo real contradictorio haitiano aconseja que para aproximarnos a nuestro objeto, debemos meternos en la piel del otro, despojarnos de ideas preconcebidas, apartarnos de la apariencias que tiende a esconder la realidad, divorciarnos de la tentación que conduce a conclusiones apuradas, que estemos aptos a escuchar más que a hablar. Solamente así tendremos una ínfima posibilidad de penetrar en los meandros de una sociedad fascinante que desafía, en estos últimos 50 años, tanto los acordes melódicos como los tambores guerreros de la modernidad. Es esa una actitud exactamente contraria a la que tuvimos a lo largo de la Historia y que se constituyó en el principal hilo que condujo nuestra incompreensión.

Haití vive desde 1986 un conflicto doméstico de baja intensidad. Se trata de la inevitable lucha por el poder entre actores políticos. No vive una situación de guerra civil o el riesgo de crímenes colectivos o aun la perspectiva de genocidio. Al contrario: los índices de violencia están entre los menores de la región. La única particularidad de esta disputa política consiste en que no son respetadas las reglas del juego democrático.

Haití tampoco constituye una amenaza para sus vecinos. En 1995 suprimió las Fuerzas Armadas y dispone únicamente de una Policía Nacional, pobremente equipada y entrenada, y cuenta además con muy pocos efectivos.

Pese a tales condiciones, se enviaron al país, entre 1993 y 2015, nada menos que siete misiones de intervenciones militares, policiales y civiles patrocinadas por las Naciones Unidas con el apoyo de la OEA. Dadas la falta de alternativa y una percepción sesgada de los desafíos haitianos, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas asumió la responsabilidad de, supuestamente, “estabilizar” el país. Incluso la actual intervención, que pretende ser la última, se titula Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización de Haití (MINUSTAH).

El sistema de prevención de litigios, mayormente el de las Naciones Unidas, no es el adecuado a las necesidades y al contexto haitiano. ¿Cómo explicar sino por la inadaptabilidad sistémica, que haya sido necesario, en el plazo de una década, hacer que la ONU retornase a Haití en seis ocasiones con misiones de diferente naturaleza?

Haití ha sido históricamente objeto de una atención negativa por parte del sistema internacional. Percibido como amenaza, es el uso de la fuerza lo que define las relaciones del mundo con Haití; jamás el diálogo. Ubicado en una cuenca caribeña considerada *mare nostrum* por Washington, con escasas millas que lo separan de la isla rebelde de Cuba, Haití también es tributario de sus históricos vínculos con Francia. Todos estos supuestos aliados buscan alcanzar un único objetivo: congelar el poder y transformar a los haitianos en prisioneros de su propia isla. El miedo a que los balseiros huyan de la isla explica las decisiones internacionales en relación con Haití. Lo que se quiere es que los haitianos permanezcan en el país a cualquier costo.

También es víctima de la acción de ciertas Organizaciones no Gubernamentales de Alcance Transnacional (ONGAT)¹, pues existe una relación perversa entre la fuerza de estas y la debilidad del Estado haitiano. La mayoría de ellas sólo existe a causa de la desgracia haitiana. Víctima igualmente de la caridad ajena, que pasa a constituirse en motor de sus relaciones exteriores. Víctima, en fin, de una élite mercantilista y de una clase política depredadora.

Más del 90% del sistema educativo y de salud son privados. Haití no dispone de recursos públicos siquiera para hacer funcionar de manera mínima un aparato estatal. La ONU fracasa al no tomar en cuenta los elementos culturales. Reducir los desafíos de Haití a una acción militar empeora aún más la situación de uno de los principales problemas del país: la debilidad de su estructura económica. El gran desafío, además del político, es socioeconómico. Cuando la tasa de desempleo alcanza el 80% de la fuerza de trabajo disponible es contraproducente e inmoral montar una Operación de Paz y enviar soldados bajo el falso rótulo de una Misión de estabilización. No hay nada que pacificar y sí todo que construir.

A lo largo de dos siglos, la presencia de tropas extranjeras se alternó con la de dictadores. El pecado original de Haití en la escena mundial es su liberación. Los haitianos hicieron lo inaceptable en 1804: un crimen de lesa majestad para un mundo turbulento. El Occidente era, en la época, colonialista, esclavista y racista. Se mantenía con la explotación de las tierras conquistadas. De manera que el modelo revolucionario haitiano asustó a las grandes potencias colonialistas y racistas. Estados Unidos reconoció la independencia de Haití apenas

¹ Se trata de referencia hecha exclusivamente a las Organizaciones no Gubernamentales (ONGs) extranjeras que actúan en Haití.

en 1862 y Francia exigió una onerosa compensación financiera para aceptar esa liberación. Luego, la independencia se vio comprometida y el desarrollo frenado. Desde entonces, el mundo nunca supo cómo tratar a Haití y resolvió ignorarlo. Comenzaron los 200 años de soledad de Haití en el escenario internacional.

Haití es la condensación de los dramas y de los fracasos de la solidaridad internacional. La ONU aplica ciegamente el capítulo VII de su Carta e implanta sus tropas para imponer una operación de paz. Ella se justifica con la disculpa burocrática de que el mandato del CSNU descarta operaciones que no sean las militares. Las condiciones haitianas hacen que, de hecho, su mandato se reduzca a la manutención de la paz de los cementerios.

En proporción al número de habitantes, es el país que supuestamente recibe más ayuda externa, tanto privada como pública. El haitiano es, según las múltiples y variadas estadísticas disponibles, el que más caro cuesta a la cooperación internacional. Antes del sismo ya era así. Luego del 12 de enero de 2010, el fenómeno se amplió de un modo tal que es legítimo interrogarse sobre las características y los resultados de esta “carrera del oro” para la industria de la ayuda internacional en la que se transformó Haití.

En comparación con el inmenso volumen de la supuesta ayuda concedida, los resultados son nimios. Los programas financiados con recursos externos tienden a desaparecer tan pronto son traspasados a los socios haitianos, pues está ausente cualquier vestigio de sustentabilidad. El país hace justicia al poco elogioso título de “cementerio de proyectos”. Se puede agregar que es el país de las ilusiones y la inocencia perdidas, las frustraciones infinitas, los sueños deshechos, el purgatorio de las buenas intenciones.

El año 2010 quedó signado como el más terrible de la historia haitiana, marcada por tres acontecimientos mayores. El primero ocurre el 12 de enero cuando un terremoto destruye la región metropolitana de Puerto Príncipe; mueren 230.000 personas, otras tantas quedan heridas y aproximadamente un millón 500.000 personas son desplazadas.

El segundo comienza a mediados de octubre y se prolonga por muchos años. Traído por soldados del Nepal, al servicio de la MINUSTAH, llega por primera vez al país el vibrión del cólera. Las inhumanas condiciones sanitarias que imperan en Haití hicieron que la epidemia se esparciera, con el saldo de 8.000 personas muertas y otras 800.000 infectadas.

Por último, el tercero ocurre durante las elecciones presidenciales de finales de noviembre de 2010 y dio lugar a la intromisión (tan increíble como vergonzosa) de ciertos países que se dicen “amigos del Haití”, de la ONU y de la OEA, imponiendo un candidato no solamente contrario a la voluntad popular, sino a contrapelo también de elementales reglas diplomáticas y básicos principios electorales. Así, cuando uno se detiene a mirar a Haití puede ver la acción de la supuesta “Comunidad Internacional”: hecha de inepticias, cobardías y contradicciones.

Este libro retrata, a partir del interior de los acontecimientos, el *annus horribilis* de Haití. Se divide en tres partes. En la primera se asientan las premisas de la compleja y fascinante realidad haitiana confrontada con los avatares de las relaciones exteriores. La segunda, centrada en el terremoto de enero de 2010 y en la epidemia del cólera traída a la Isla Española por la Operación de Paz de las Naciones Unidas, dibuja la dimensión de la tragedia haitiana. Finalmente, la tercera parte se dedica a los embates políticos, electorales y de poder desencadenados por la sucesión del presidente René Préval.

Presencia constante en la historia haitiana, sea por rechazo y boicot, sea por indiferencia frente a sus dramas, el Occidente desempeña un papel esencial en la construcción y propagación de sus mitos y realidades actuales.

Aunque pretenda ser analítico, lo que distingue a esta obra es la simplicidad de una narrativa directa y sin rodeos, redactada con la exclusiva intención de contribuir a los cambios que deben ocurrir en las relaciones del mundo con la turbulenta e incomprensible nación que, en el pasado, fue considerada como la *Perla de las Antillas*.

En caso de que el lector venga buscando gratificación para su bienestar, reconocimientos por lo que el mundo aporta a Haití o fórmulas acabadas que permiten entender, explicar y resolver los dramas y dilemas aquí retratados, mejor será que deje la lectura aun antes de haberla iniciado. De la inquietud con el drama cotidiano de Haití, no podía resultar otra cosa sino un texto compuesto por palabras preocupadas, sensibles, valientes, desagradables, casi desesperadas.

Este libro no fue escrito para agradar a nadie. Muy probablemente la gran mayoría de actores institucionales aquí mencionados no lo apreciará. Aunque, como alerta Camus en *La caída*, si estuviésemos en una democracia seríamos todos culpados. No es el caso. No hay como transigir frente al descalabro de la supuesta cooperación internacional, la connivencia criminal de la élite haitiana y el sufrimiento sin fin de la mayoría de su población.

Se trata de un testimonio comprometido, escrito por alguien imbuido de la tenue esperanza de que puede contribuir a reducir el tiempo que falta para que el mundo y Haití encuentren otro camino, distinto al que recorrieron hasta ahora, en sus relaciones recíprocas.

PRIMERA PARTE
EL INMUTABLE HAITÍ Y SUS
DESENCUENTROS CON EL MUNDO

El compromiso es la decisión tomada por una causa imperfecta.

PAUL-LOUIS LANDSBERG

PREÁMBULO

La catástrofe actual se inscribe en una original trayectoria histórica, a lo largo de la cual se fueron sembrando desgracias y hechos heroicos. Marcado por constantes y dramáticas incomprendiones con Occidente, Haití provoca repulsión y miedo —trazos enormes que marcan de modo indeleble sus relaciones exteriores.

Lo que constituye la cuna de la conquista española y luego francesa del Nuevo Mundo iluminó, a lo largo de los siglos, tanto lo que hay de más sublime como lo más horrible en la condición humana. Fue bajo la luminosidad incomparable de los cielos caribeños donde se cometieron crímenes horribos. Y fue precisamente en la cuna haitiana donde prosperó la única rebelión de los condenados de la tierra. En las altas tierras haitianas sonó el grito por la libertad, la dignidad, la justicia y la igualdad. Aún antes de que fuese escuchado, lo que dominó los cuerpos y los espíritus fueron los lamentos de una noche sin fin.

CAPÍTULO I

EL AGUJERO NEGRO DE LA CONCIENCIA OCCIDENTAL

¿Tú sabes cuál es el problema del Caribe? Que todo el mundo vino a hacer aquí lo que no podía hacer en Europa, y esta vaina tenía que tener consecuencias históricas...

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *BOHEMLA*, LA HABANA, 1979

El 10 de marzo de 2000, cuando visitaba Pointe-à-Pitre (Guadalupe), el presidente francés, Jacques Chirac, sentenció: “Haití no fue, propiamente hablando, una colonia francesa...”.

El absurdo de la afirmación, aunque se sobreentienda la necesidad de explicitar el significado de *propiamente hablando*, integra una fuerte corriente de pensamiento y acción, en la mayoría de las veces subyacente, marcada por el distanciamiento y por el rechazo a Haití y a lo que significa.

La sintomática y constante repulsión francesa a Haití impidió que, durante más de dos siglos, un jefe de Estado francés visitase su antigua colonia. Fue necesario el terrible terremoto del 12 de enero de 2010 para que Nicolas Sarkozy reparase el oprobio.

Aunque significativa, la brevedad de la permanencia de algunas horas y el perfil del jefe de Estado francés, revelan los límites insuperables de las relaciones entre Puerto Príncipe y París. Nicolas Sarkozy, uno de los adeptos del revisionismo de la historia del colonialismo, en su discurso sobre el *Hombre africano*, de febrero de 2007, sostiene:

“El sueño europeo fue el sueño de Bonaparte en Egipto, de Napoleón III en Argelia, de Lyautey en Marruecos, fue un sueño de civilización más que un sueño de conquista. Paremos de embadurnar el pasado de Francia. Deseo decirles a todos los adeptos del arrepentimiento: ¿con qué derecho pides a nuestros hijos que se arrepientan de los errores de sus padres que frecuentemente sus padres no han cometido más que en nuestra imaginación?”

Hijo bastardo e indeseable de una colonización prometedora, transformado con el proceso de independencia en catástrofe traumática, el Occidente se esfuerza por ahuyentar de su horizonte cuanto se refiera al colonialismo y, en particular, a Haití. Pues, como subraya un crítico contemporáneo: “El momento último de la colonización consiste en colonizar la historia del colonialismo”.²

El extraordinario éxito del modelo económico colonial francés aplicado en *Saint-Domingue* y los no menos extraordinarios hechos que conducen a su ocaso en 1803, imprimen esa originalidad que marca de forma imborrable las relaciones haitianas con el mundo. El proceso de independencia constituye la cima de una trayectoria política, cultural y psicológica, signada, tanto por el rechazo a cuanto representa o pueda ser asimilado a Haití, como por el miedo del Occidente a la realidad haitiana. Miedo atávico que invade y domina a la mayoría de los extranjeros cuando se atreven a aproximarse a Haití.

Tal como el rugir de un trueno en el cielo color de añil del colonialismo, la independencia de Haití, portadora del mensaje de igualdad entre las razas, se convierte en un acontecimiento insólito.

² Karl Laske: “Sarkozy, l’anti-Césaire”, en *Libération*, París, 21 de abril de 2008.

La Revolución Haitiana fue percibida por Occidente como absurda e inaceptable. Confronta y choca con el espíritu de ese tiempo el hecho de que un grupo de negros esclavos y analfabetos infligiera una derrota al ejército considerado como el mejor entrenado y equipado de la época.

Comandada por Charles Victoire Enmanuel Leclerc, cuñado de Napoleón Bonaparte, cuando ancla en el Cabo Francés la *Armée du Rhin* exhala todavía el olor a pólvora de múltiples victorias conquistadas en los campos de batalla europeos. Estamos frente a un suceso pionero: por primera vez en la historia, un ejército blanco será derrotado por fuerzas armadas de otra raza.³

Los vencidos intentarán borrar de la memoria colectiva cualquier resquicio del desastre. Los vencedores sublimarán el heroico acontecimiento transformándolo en partida de nacimiento de una nación y ejemplo para los pueblos entonces colonizados.

La usurpación del recuento sobre la evolución de la Historia de la humanidad practicada por los medios académicos europeos, que impusieron la eurocéntrica —exclusiva y unívoca interpretación— como apunta la obra de Jack Goody⁴, adquiere especial relevancia en el caso haitiano. Aimé Césaire en su texto *Discurso sobre el colonialismo* había dictaminado, en 1950, que Europa es “moral y espiritualmente indefendible”.

El objetivo es borrar de la memoria colectiva cualquier vestigio de la responsabilidad de Occidente en la dramática

³ Tal hecho es silenciado por la historiografía de las Relaciones Internacionales, que considera la victoria nipona en la guerra ruso-japonesa, en 1905, como la primera derrota de fuerzas armadas blancas por similares no blancas.

⁴ Jack Goody: *Le vol de l'Histoire: comment l'Europe a imposé le récit de son passé au reste du monde*, Gallimard, París 2010, p. 487.

formación de la sociedad haitiana. Al hacerlo, priva a Haití de su propio pasado. Se apropia de los principios más elevados que movieron la Revolución Haitiana y los transfiere a las revoluciones francesa y americana. A partir de entonces, Haití se transforma en el agujero negro de la conciencia occidental.

Como resalta Eduardo Galeano en un memorable artículo:

“Consulte cualquier Enciclopedia e indague cuál fue el primer país libre de América. Encontrarás siempre la misma respuesta: Estados Unidos. Pero Estados Unidos declaró su independencia cuando era una nación con 650.000 esclavos, que siguieron siendo esclavos durante un siglo.

Si preguntas a cualquier Enciclopedia cuál fue el primer país que abolió la esclavitud, recibirás la misma respuesta: Inglaterra. Pero el primer país que abolió la esclavitud no fue Inglaterra y sí Haití, que todavía sigue expiando el pecado de su dignidad”.⁵

En esta perspectiva, se vuelve imprescindible, como propone Michel Rolph Trouillot,⁶ reescribir la Historia de la humanidad insertando en ella lo que fue silenciado sobre Haití.

Por otro lado, surge la paradoja del discurso de la libertad con la práctica de la esclavitud. La radicalidad de la Revolución Haitiana pone en jaque las premisas más progresistas de los principales pensadores humanistas europeos del Siglo de las Luces. Lo que había de más puro, innovador, revolucionario y humanista, al confrontarse con las ideas, luchas y dramas provenientes de Saint-Domingue, parece torcido, inconsistente, contradictorio e insuficiente.

⁵ “Haití, país ocupado”, en *Página 12*, Buenos Aires, 28 de septiembre de 2011.

⁶ En *Silencing the Past: Power and the Production of History*, Beacon Press, 1995, p 195.

No llega a ser una sorpresa constatar que Thomas Hobbes considere la esclavitud como “parte inseparable de la lógica de poder”.⁷ Tampoco que John Locke, “como accionista de la Real Compañía Africana, involucrada en la política colonial americana en Carolina”,⁸ la defina como una institución justificable. Menos aún que François-Marie Arouet (Voltaire) enriqueciéndose con especulaciones en la Bolsa de Valores durante el reinado de Louis XVI, incluso con acciones de compañías que invertían en Saint-Domingue, no haya manifestado algún reparo al régimen de esclavitud.

Lo inconsistente aparece con el silencio omiso y conivente de Jean Jacques Rousseau —defensor intransigente de la libertad— que jamás se refirió a los acontecimientos de Saint-Domingue y ni siquiera mencionó la práctica de la esclavitud en África.

Un ejemplo cargado de significados ocurre con Georg Wilhelm Friedrich Hegel. Durante 200 años un espeso silencio planeó sobre sus relaciones con la esclavitud haitiana. El velo comenzó a ser levantado recientemente, cuando se demuestra que Hegel no solamente se inspiró en la Revolución Haitiana para elaborar *La Phénoménologie de l'esprit*, en la cual diseña la dialéctica de las relaciones entre el amo y el esclavo, sino que tampoco estuvo inmune al racismo, que obnubiló y subyugó a sus colegas contemporáneos.⁹

⁷ En *The problem of slavery in the age of revolution, 1770-1823*, Ithaca, Cornell University Press, 1975, p. 263.

⁸ Conforme Susan Buck-Morss: *Hegel et Haïti*, CEBRAP, São Paulo, julio de 2011, p. 135.

⁹ Consultar en Susan Buck-Morss: “Hegel et Haïti”, op. cit. y Pierre-Francklin Tavares: “Hegel et Haïti, ou le silence de Hegel sur Saint-Domingue”, *Chemins Critiques*, Port-au-Prince, mayo de 1992, pp. 113-131. Del mismo

El gran poeta, escritor e intelectual de izquierda haitiano,
René Depestre, saluda a su manera la traición de Hegel:

Hegel en el Caribe
Papá Hegel es savia soberana
en el olmo de la filosofía
sus germanas palabras de filósofo
aun viajan triunfales
en torno a los seres, a las aves
y a las cosas bellas de la vida,
mientras su faro sigue ciego
al naufragio de los Negros del mar Caribe
¿Acaso por esto el mar
es un poeta trágico?
Papá Hegel se sabe de memoria
como su pupitre, la dialéctica
del ser y parecer en sociedad
de plantación: amo y esclavo
colono/indígena
santo cristiano/loa vudú
francés/criollo
blanco/negro/mulato
no obstante sus palabras forman sombras en torno
a los problemas de la máscara y la verdad
¿Acaso por esto mi vida
no es escalera de cristal ?
Papá Hegel tiene fuertes manos videntes
de carpintero para alumbrar
leyes y secretos de la gran historia
de las humanidades, mas no tiene ojos de hermano
para las venas que corren, alocadas,
desoladas, por el bosque de la dicha negra.

autor ver “Hegel et l’abbé Grégoire: question noire et révolution française”
en *Annales historiques de la Révolution française*, n. 293-294, 1993, pp. 491-509.

¿Acaso por esto, mi negra,
comemos y bailamos en la cocina
cuando es noche de fiesta en Occidente?

Cuando los mentores de la libertad y de la igualdad se posicionaban de esta manera, a la Revolución Haitiana le quedó tan solo la violencia del hecho, lo inhumano de los combates y la supuestamente injusta radicalidad de un mundo dominado por creencias.

El racista y eurocéntrico Occidente, a partir del siglo XVI, crea el sistema colonial que extiende sus tentáculos a través del mundo para dominar las poblaciones de los demás continentes. Pero, más que una creencia, existe la convicción de la incontestable supremacía blanca sobre las demás razas. Con estos prejuicios, el Occidente no está preparado para aceptar, y menos explicar, la indescriptible derrota.

No se trata, además de eso, de una derrota militar cualquiera. Está cargada de simbología, pues se contrapone —por el ejemplo triplemente revolucionario puesto que, además de la derrota militar y de la abolición del sistema esclavista, los ex-esclavos implantan una República independiente— a las lecciones de las Potencias coloniales.

Como subraya Aimé Césaire, el reconocimiento de la Independencia Haitiana por Francia resulta de la batalla entre dos políticas posibles —la de los principios contenidos en su propia Revolución y la de los intereses del colonialismo. En que pese a la existencia de voces anticolonialistas, como la de Dupont de Nemours, quien estigmatiza el racismo que campea en la joven República francesa al plantear que no debe dudarse *“entre el sacrificio de una colonia antes de sacrificar un principio”*, no cabe duda sobre su resultado final.

París debe reaccionar, pues el caso haitiano puede servir de ejemplo y señalar el camino para la conquista de la dignidad de los pueblos colonizados. El Occidente colonialista y racista, inspirado por la posición francesa, define una estrategia, cuya aplicación se extenderá durante dos siglos alcanzando los días actuales. La misma comprende cinco dimensiones:

1. establecer un *cordón sanitario* que excluya Haití de las relaciones internacionales;
2. debilitar el Estado haitiano, tornando el país ingobernable;
3. crear condiciones culturales y psicológicas en Occidente, haciendo que todo lo relacionado con Haití sea percibido como un mal en sí;
4. construir una narrativa de la sociedad haitiana que la muestre como una amenaza a los fundamentos de las relaciones internacionales;
5. alimentar sentimientos de pánico, temor y cobardía frente a Haití.

La iniciativa inmediata de la exmetrópolis consiste en no reconocer *de jure* la Independencia Haitiana. Sin ese reconocimiento, el nuevo Estado se encuentra en un limbo político y jurídico.

Luego de más de dos décadas, finalmente, en 1826, se firma un Tratado entre los dos países, por el cual Francia exige y obtiene una compensación financiera equivalente a 21.000 millones de dólares actuales. Suponiendo que el riguroso cumplimiento de lo acordado será un salvoconducto para su Revolución en el Concierto de las Naciones, las autoridades haitianas se ven obligadas a buscar préstamos en los bancos franceses para honrar el débito. Se abre así un ciclo de

dependencia y endeudamiento con lo cual se compromete el desarrollo económico y se hipoteca el futuro.

Estados Unidos acompaña a Francia en su estrategia de denegación de la existencia de Haití. El presidente Thomas Jefferson declara en 1801 que, en el supuesto de que la Isla alcance la independencia, ella debería permanecer bajo la protección de Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña. La *troïka* se encargaría de aislar el virus de la peste que medra en Haití. Para Jefferson, una simple medida eliminaría cualquier riesgo de contaminación: “En tanto impidamos a los negros que posean barcos, podremos dejarlos existir y seguir manteniendo provechosas y lucrativas relaciones comerciales con ellos”.¹⁰

La estrategia de mantener a los haitianos prisioneros en su propia Isla, haciendo que el Mar Caribe se transformase en barrera insuperable, impidió que Haití dispusiese, a lo largo de 200 años, de una Marina Mercante. Más que instrumento indispensable para integrarse a los flujos del comercio mundial, el barco significa intercambio de ideas y experiencias. Venidas de Haití, ambas peligrosas.

La postura de Estados Unidos frente a la eventualidad de un Saint-Domingue independiente no deja lugar a la menor duda, dado que “Haití puede existir como una gran aldea de cimarrones, un quilombo o un palenque. Pero ello no implica aceptarlo en el Concierto de las Naciones”.¹¹

En 1820, de nuevo el tema del reconocimiento de Haití es debatido en el Senado de Estados Unidos. El representante por Carolina del Sur, Robert Y. Hayne, plantea un término a las discusiones al declarar: “nada que se refiera a la esclavitud

¹⁰ En Laurent Dubois: *Les Vengeurs du Nouveau Monde*, Éditions UEH, Port-au-Prince, 2009, p. 271.

¹¹ Jean Casimir, préface en *Ibidem*, p.12.

puede amenazar a otras naciones. Nuestra política con respecto a Haití es por tanto, llana. Nunca podremos reconocer su independencia”.¹²

Bajo la batuta del extraordinario Lincoln, Estados Unidos reconocerá la independencia Haitiana en 1862, durante la Guerra de Secesión. La victoria permitirá la abolición de su propio sistema esclavista sin alcanzar, entretanto, exterminar la segregación. Medio siglo después, en 1915, supuestamente fatigado con la turbulencia política, Washington ocupa Haití y lo transforma en su colonia.

Bastante más que por su excepcionalidad, el radical trípode revolucionario haitiano impresionó a los mentores de un Brasil que se encontraba en los estertores de su fase colonial. La libertad alcanzada por los esclavos haitianos fue considerada una blasfemia que debía ser combatida. Debería impedirse cualquier aproximación de los movimientos libertarios brasileños con el peligroso mal. El haitianismo

“...se volvió expresión que definiría la influencia de aquel movimiento sobre la acción política de negros y mulatos, esclavos y libres en los cuatro rincones del continente americano [aún más que, desde 1805], el retrato de Jean Jacques Dessalines adornando medallones colgados en los cuellos de milicianos negros en Río de Janeiro”.¹³

Para los esclavistas se trataba del mal absoluto que debía ser extirpado de la sociedad brasileña.

¹² Alyssa Golstein Sepinwall (Coordinadora): *Haitian history: new perspectives*, Routledge, New York, 2012, p. 103.

¹³ João José Reis: “Nos achamos em campo a tratar da liberdade: a resistência negra no Brasil oitocentista”, en Carlos Guilherme Mota: *Viagem incompleta: a experiência brasileira*, São Paulo, SENAC, 2000, p. 248.

Los revolucionarios haitianos lanzan las premisas de los Derechos Políticos fundamentales, que servirán de base al proceso de descolonización a partir de la década del 50 del siglo XX. Así, el principio de la *Autodeterminación de los Pueblos* —reivindicado y conquistado a hierro y fuego por los revolucionarios haitianos— constituirá la piedra de toque de las Relaciones Internacionales en la segunda mitad del siglo XX.

También desde la victoriosa Revolución Haitiana nacerá el pionero y violento clamor en defensa de la igualdad de la raza humana.

“Somos negros, es verdad, pero díganos, Caballero, usted que es tan juicioso ¿cuál es la ley que dice que el hombre negro debe pertenecer o ser propiedad del hombre blanco? Sí, Caballero, somos libres como Usted y es solamente en virtud de vuestra avaricia y de nuestra ignorancia que todavía hoy alguien sea mantenido como esclavo y que nosotros no podamos ni ver ni encontrar el derecho que ustedes parecen pretender tener sobre nosotros. Somos entonces sus iguales por derecho natural y si la naturaleza se complace en diversificar los colores, en el seno de la raza humana, no es un crimen haber nacido negro, ni una ventaja ser blanco”.¹⁴

Marcada por la originalidad, la violencia y la miseria que de ella supuestamente devino, la Revolución Haitiana pasó a ser matriz de sentido, o sea *locus* hacia:

“(...) el cual convergerán los discursos y representaciones sobre la esclavitud y todo lo que de ella derivaba”.¹⁵ Provocó

¹⁴ Fragmento de carta enviada a los revolucionarios franceses, en julio de 1792, por líderes de la Revolución Haitiana.

¹⁵ Washington Santos Nascimento: “São Domingos, o grande São Domingos: repercussões e representações da Revolução Haitiana no Brasil escravista (1791-1840)”, en *Dimensões*, vol. 21, 2008, p. 129.

cambios en el mercado internacional, sobre todo en el aumento del precio del azúcar, pero también un incremento en las medidas de control del trabajo esclavo: [...] de Virginia a Rio Grande do Sul, leyes más rígidas, una actitud menos tolerante con los hombres de color y un miedo generalizado a las rebeliones esclavas mostraron ser el legado social y político de la experiencia haitiana”.¹⁶

Obsesionado por la afirmación de su independencia, por el respeto al principio de la igualdad racial y enfrentando la hostilidad del mundo, Haití nunca conseguirá crear un modelo de Estado Democrático de Derecho suficientemente fuerte y justo, capaz de apartar de su horizonte la anarquía y la dictadura. Muy al contrario, estas marcaron la historia a lo largo de sus dos siglos de independencia.

Dos características impregnaron de modo indeleble las relaciones del futuro Haití con el mundo. Por un lado, la bárbara e indiscriminada violencia que subraya la Conquista, la Época Colonial y los años de lucha por la Independencia, encharcando de sangre la Isla de La Española. Por otro lado, como más adelante se demostrará, las incomprensiones derivadas de las creencias míticas y religiosas.

Todo comenzó el 12 de octubre de 1492, cuando Cristóbal Colón —enviado por los Reyes Católicos españoles Fernando e Isabel— encontró tierra firme que, pensaba, sería la mítica isla de Cipango (actual Japón). De hecho, había “descubierto” lo que vendría a ser el Nuevo Mundo. Y lo hizo en un islote que bautizó como San Salvador (actualmente *Watlings Island*), ubicado en el archipiélago de las Bahamas. Según Colón, los indígenas “que parecían no tener religión”

¹⁶ Herbert S. Klein: *A escravidão africana: América Latina e Caribe*, São Paulo, Brasiliense, 1987, p. 107.

son acogedores e indican la existencia de centenares de islas en la región, siendo dos de ellas —la isla de Colba (Cuba) y la isla de Bohío o Haití— bastante extensas y separadas por corta distancia.

Luego de algunas semanas de reconocimiento de pequeñas islas y, sobre todo de Cuba, Colón atraviesa el Canal de los Vientos, que separa las dos principales islas e inicia, el 6 de diciembre de 1492, la exploración del litoral del norte de Haití. En su *Diario*, luego la llama *La Española*, pues es “la cosa más hermosa del mundo”.

Colón es seducido por la belleza de una vegetación tropical exuberante, por islas y playas paradisíacas, rodeadas por un mar azul-turquesa. Pero, sobre todo, por la amable acogida de sus habitantes. Luego de un primer momento de pánico, cuando los indígenas huyeron hacia el interior del territorio, enseguida volvieron, pues entendieron que los cristianos no provenían de la isla de Carib (o Caniba) —donde vivían indios que practicaban el canibalismo— pero, sí eran “enviados del cielo” y les regalaban a todos hermosos objetos. No hubo ninguna reacción hostil, según Colón, porque se trata “de la mejor gente del mundo y la más mansa posible”.

Bartolomé de Las Casas en su famosa obra de denuncia, se refiere igualmente a la “felicísima isla de Española” habitada por personas “las más simples, sin maldades, humildes, pacíficas, sin rencores, odios o deseos de venganza, obedientes y fidelísimas a sus señores naturales y a los cristianos”.

Tras ver adornos de oro en algunos indígenas, los cristianos pronto se interesan en descubrir de dónde provenía el metal precioso, encontrado posteriormente en ricas minas del Cibao.

Al proseguir en su reconocimiento del litoral norte de la Isla, Colón llega el día 6 de enero de 1493 a una bahía donde encuentra a algunos indígenas e intenta comprar arcos y flechas. Para comerciar o hacer el trueque, desembarcaron siete marinos que se encontraron con aproximadamente cincuenta indígenas. Luego de concordar con la venta, los indígenas “salieron en disparada, aparentemente para buscarlos, pero retornaron con sogas, cuyo objeto era atar a los cristianos” y hacerlos prisioneros. Hubo una rápida escaramuza que provocó la muerte de varios indios. Desde entonces, el lugar es conocido como Golfo o Bahía de las Flechas.

El singular episodio constituye la primera manifestación de resistencia indígena a la colonización en las Américas. Menos de tres meses de presencia en La Española en el Nuevo Mundo es suficiente para constatar que la colonización podría alcanzar su objetivo, pero tendría que ser hecha a hierro y fuego. Colón prueba lo que será esta lógica de la relación entre cristianos e indígenas. Los españoles se obligan a ver de nuevo la idílica percepción que se hicieron de los nativos en las primeras semanas. En los años siguientes se lanzarán, como bien expresa Fray Bartolomé de las Casas, “como lobos, tigres y leones crueles y hambrientos” sobre las indefensas presas.

Las masacres, la explotación y la violación señalan el comienzo de la Conquista Española. Los indígenas pronto se convencen de que los cristianos, aunque no sean oriundos de la Isla de Caribe, tampoco venían del cielo. Esbozan una resistencia, pero prontamente la descartan, pues los pertrechos bélicos de que disponen hacen que sus guerras se vean como “juegos de niños”. Así, los cristianos con sus caballos, espadas y lanzas hacen de las matanzas y crueldades su *modus operandi*, su manera de intervenir. Las Casas describe, de modo crudo y vigoroso, el genocidio perpetrado en la Isla Española:

“Los españoles entraban en los poblados y hacían pedazos a niños, viejos y mujeres embarazadas. Apostaban entre ellos para ver quién con un cuchillazo abría al medio un hombre, o le cortaba la cabeza o le abría las entrañas. Elevaban largas horcas de trece en trece víctimas, en honor y reverencia a Nuestro Redentor y a los doce apóstoles, Traían leña, prendían fuego y los quemaban vivos. Mataban a los líderes quemándolos a fuego lento para que los alaridos de sus desesperados tormentos ahuyentasen sus almas. Yo vi todo eso y muchas otras acciones de hombres inhumanos, sin piedad y bestias feroces, extirpadores y enemigos del linaje humano”.

La galería de horrores descrita por Las Casas causó tan gran impacto que, en España, se le hizo acusar de traición. Su obra, imperecedera, fue publicada decenas de veces en los demás países colonizadores. Sin embargo, en España fue boicoteada hasta el reciente siglo XX. La única edición disponible en archivos de España está fechada en 1645.

Es un relato hiriente escrito para convencer y conmover, al mismo tiempo que un intento de redención del propio autor. En efecto, el 15 de abril de 1502, fray Bartolomé de Las Casas llegó a La Española. Ávido de aventuras y atraído por la riqueza fácil participó, durante ocho años, en la lucha contra los indios. No obstante, se transforma en “protector de los indígenas” e inspirador de las *Leyes Nuevas de las Indias* que, adoptadas en 1542, se hicieron con el fin de ponerle freno a la política de tierra arrasada, para lo cual declaran a los indígenas no susceptibles de esclavitud.

Cuando de destruir a otras culturas se trata, el colonizador blanco actúa con rapidez y maestría. En ningún otro lugar del Nuevo Mundo, el exterminio de la población indígena alcanzó tamaña velocidad y fue tan feroz como en el magnífico escenario de la Isla de La Española. Aproximadamente seiscientos

mil indios fueron masacrados. Indios Taínos, en su mayoría, que únicamente dejan como legado la denominación Haití (país de las montañas, en lengua Taíno). Serán vengados cuando se declare la Independencia.

En todos los momentos de la Conquista, los colonizadores se imponen en distintos planos: desde el demográfico, político, cultural y social hasta el religioso. Pese a ello, fue solamente en las Antillas y, particularmente, en la Isla de La Española, que la totalidad de la población indígena quedó barrida del mapa. En tal medida que, en un primer momento, ya en 1513, se ven obligados a traer indígenas de las vecinas islas. Inútil, puesto que el indígena se rehúsa a la esclavitud.

Con la muerte de Fernando *El Católico*, en 1516 asumió la regencia el cardenal Cisneros, quien nombró a tres monjes hieronimitas para administrar a la Isla Española. Dudosos aún, los hieronimitas terminaron concordando que la economía de la isla no podía prescindir de la mano de obra esclava. Pero, como los indígenas se demuestran ineptos para ello, Las Casas sugirió la utilización de los brazos esclavos disponibles en África. En su lucha para proteger a los indígenas, él acudió a un argumento que marcará profundamente la ocupación humana de la Isla Española y de la que pronto se arrepentirá por el resto de sus días.

Fue fácil convencer a los conquistadores. Los comerciantes portugueses, sobre todo a partir de 1460, disponían de condiciones para proveer el mercado ibérico de tal “mercancía”, ya que, desde mediados del siglo XII, se dedicaban al comercio de negros originarios de la costa de Berber, con la posterior penetración en el Golfo de Guinea.

Con la flota comandada por fray Nicolás de Ovando —verdadero fundador de La Española y su gobernador entre 1501 y 1509—, llegan algunos negros esclavos a la isla. Pero el primer

verdadero cargamento de negros ladinos, que hablan el español, llega a la isla en 1505 y su flujo aumenta considerablemente —siempre con la bendición de los monjes hieronimitas—, a partir de 1518.

Luego se decide que será a partir de La Española, donde el hermano de Cristóbal —Bartolomé— fundará Santo Domingo, que España lanzará las bases de su imperio en las Américas. Hay un gran riesgo, entretanto, pues cuanto más se lanza España a la conquista de nuevos territorios, más pone en jaque la colonización insular.

El ejemplo es paradigmático, pues el exterminio de la población nativa y el saqueo de los recursos naturales de La Española son señales anticipadas que lanzan los conquistadores hacia los pueblos considerados inferiores. Desprovistos de escrúpulos morales o frenos institucionales, reconfortados por la ceguera bárbara del catolicismo, los conquistadores encuentran vía libre en lo material y comodidad en lo espiritual para llevar adelante lo que sería una de las más grandes masacres de la historia de la humanidad.

España es pésima colonizadora y excelente depredadora. Las venas de oro de La Española son pobres y se agotan rápidamente, pero enseguida se descubren riquezas inimaginables al alcance de la mano en México y Perú, que contrastan poderosamente con la pobreza de la Isla en metales preciosos. Los pocos colonos isleños solamente pueden ofrecer el ganado que se reproduce casi sin esfuerzo. No obstante, el poder español, insaciable siempre, impone tributos abusivos a cuenta del monopolio comercial, lo que obliga a los colonos a tener que dedicarse al contrabando. La situación se degrada a un punto tal que, el 4 de agosto de 1603, el rey Felipe II decide emprender el efectivo control de la economía de la Isla. Y lo hace de modo radical e impensable: ordena despoblar el oeste de la Isla

y concentrar los colonos en la parte este. Todas las ciudades a lo largo de aquellos litorales fueron destruidas, los esclavos y los animales evacuados, mutilando de tal forma la economía isleña de la parte occidental que se convirtió en tierra arrasada y de nadie —*terra nullius*.

Aprovechándose de la incuria y, posteriormente, del abandono español, llegan pronto los primeros piratas de origen francés a *l'île de la Tortue* e inician incursiones al territorio de La Española. Se trata de un preanuncio de una inflexión en la historia de la Isla, ya que utilizando el escudo protector de los piratas, entrega al actual Haití al Estado francés. No es un Estado cualquiera. Es la potencia francesa en su apogeo con Richelieu y Colbert. Nace la colonia francesa de *Saint-Domingue*.

La Isla de La Española ofrece un destacado ejemplo del embate entre el decadente feudalismo y el dinámico capitalismo. La ocupación fáctica francesa de la parte isleña occidental es una realidad hacia mediados del siglo XVII.

De jure, el Derecho Internacional reconocerá la nueva realidad mediante el Tratado de Nimègue de 1678 pero, más aún, a través del Tratado de Ryswick de 1697. Se consagra la división isleña que perdura hasta los días actuales. Pero ocurre también una inversión en los papeles entre las dos partes de la Isla: la parte oriental se estanca, quedándose con la crianza de ganadería y los métodos feudales españoles, mientras la parte francesa se desarrolla de modo extraordinario gracias al empuje del capitalismo francés.

Inversiones pesadas, mejorías técnicas y organización del sistema de producción, llamado cultura de plantación, se aplican de modo racional a las extensas tierras explotadas mediante el uso de la mano de obra esclava. Además de implantar el cultivo del algodón, Francia extrae lecciones del éxito del cultivo de la caña de azúcar y del café en Brasil y en

las demás islas antillanas, introduciendo estas dos culturas de modo sistemático con elevada productividad.

En 1720, Saint-Domingue ya producía 21 millones de libras de azúcar y, en 1788, alcanzaba la impresionante cifra de 52 millones. Más de 750 grandes barcos tripulados por miles marineros se encargaban de transportar las riquezas agrícolas isleñas a la Metrópolis. El futuro Haití respondía entonces por un tercio del comercio exterior de Francia. En 1789, por ejemplo, de los 17 millones de libras esterlinas que obtenía Francia de sus exportaciones, 11 millones provenían de la colonia de Saint-Domingue.

Todo ello dio lugar a la fama de la colonia, que pasó a ser conocida como La Perla de las Antillas, concurriendo allí un sinnúmero de inversores en busca de un negocio sumamente rentable. Se crearon empresas. Se valorizaban las acciones y rápidamente cambiaban de mano, al punto de hacer que personalidades como Voltaire, para citar un caso, pusiesen algo de sus inversiones para obtener ganancias en la economía isleña.

El aumento de la producción de Saint-Domingue se correspondía con el incremento en el número de esclavos. Así se presenta su evolución:

FIGURA 1 — ESCLAVOS EN SAINT-DOMINGUE

1728	50,000
1750	150,000
1775	300,000
1789	450,000

Fuente: Laurent Dubois, *Les vengeurs du Nouveau Monde*, op. cit.

Al momento de la Revolución Francesa, frente a la masa de esclavos, había tan solo 40,000 blancos y 28,000 liberados,

mulatos en su mayoría. En el lado español, con 2/3 del territorio de la Isla, la situación era completamente distinta. La población total no alcanzaba el 20% de la parte francesa, siendo 35,000 blancos, 38,000 liberados y 30,000 esclavos.

Pese a la pequeñez insular, hay profunda dualidad en la ocupación, colonización e historia de los dos pueblos. Culturas, lenguas, intereses y conducta social marcan de modo indeleble una relación turbulenta. El contraste entre las dos partes de la Isla era total. La parte española era vista como un pariente pobre, mientras la parte francesa se mostraba dominadora y segura de su futuro. Nace entonces un sentimiento de superioridad del haitiano frente a su vecino —aún durante el período de la esclavitud. Surge la expresión “*pagnol*” —contracción del vocablo francés *espagnol*—, utilizada de modo peyorativo para designar a los blancos pobres criollos, que vendían sus animales en la parte occidental de la Isla. Comparados con sus maestros franceses blancos, hijos del período de las Luces, el español y, por extensión, el latinoamericano, es menospreciado por el haitiano. Sentimiento que, a pesar de la terrible evolución de la historia, todavía sigue vivo.

En las plantaciones de azúcar, cerca del 80% por ciento de los esclavos trabajaban directamente en la plantación. Ejecutaban tres actividades: el *Gran Atelier* reunía hombres y mujeres aptas para encargarse de los trabajos pesados de corte y transporte de la caña, así como la preparación del suelo para plantar; el *Second Atelier* se componía de esclavos que sufrían alguna enfermedad o eran poco integrados; finalmente, en el *Petit Atelier* participaban niños de 8 a 13 años.

La extensión de la jornada —de sol a sol—, las pésimas condiciones laborales y la ocurrencia frecuente de enfermedades contagiosas hacían que la vida útil de un esclavo no fuese mucho más larga que siete años. La alta mortalidad infantil

contribuía a que la esperanza promedio de vida de un negro cautivo fuese de tan solo 20 años.

Las familias de esclavos vivían de forma comunitaria, habitaban en chozas de barro cubiertas de hojas de palma y su organización social al interior de la plantación recordaba trazos del África perdida: monogamia, aunque con numerosa prole; prohibición de incesto entre hermanos y unión entre primos en primer grado; muchos casamientos —aunque pocos siguiendo el rito católico— en virtud de las frecuentes rupturas del lazo matrimonial por la venta de uno de los cónyuges.

Preocupados en evitar posibles intentos de organización de los cautivos, el colono se empeñaba en mezclar distintos grupos étnicos, religiosos y lingüísticos, haciendo que el vínculo social en la plantación resultase lo más superficial posible. El hecho obligó o llevó a que los esclavos creasen un idioma propio común —el *créole*—, que resulta de la comprensión —que incluye la fonética— deformada del francés sumado a muchas expresiones idiomáticas de origen africano.

Los esclavos estaban sometidos a dos sistemas de control social y aplicación de la justicia. El primero, en el interior de la comunidad, era ejercido por algunos individuos supuestamente dotados de poderes mágicos. El segundo, impuesto por el amo, era el *Código Negro*, adoptado por el Estado francés en 1685, código que consideraba el esclavo como un bien móvil desprovisto del derecho a la propiedad o a la protección. Establecía penalidades y permitía que el capataz le aplicase el castigo al rebelde de la forma como mejor entendiese. Entre los castigos más frecuentes estaban el azote, la tortura, la mutilación, la cárcel y el asesinato.

La inexistencia de reconocimiento de cualquier derecho dejaba escaso margen de maniobra a los esclavos. De hecho, quedaban solamente dos maneras de oponerse al amo todopoderoso.

Sabotajes al equipamiento de trabajo era una, y escaparse de la plantación, la otra. Fugas frustradas implican el regreso a la plantación (pequeño cimarronaje). La fuga definitiva era el gran cimarronaje.

La decisión de abandonar una plantación no era fácil. Al comienzo, se trataba de un fenómeno que ocurría a partir de la decisión individual de un esclavo recién llegado a la Isla. Las opciones de fuga eran pocas y los escondites eran escasos. Por esas razones, los cimarrones se dirigían preferentemente a las montañas del sur y a la región fronteriza con la colonia española. Gradualmente, los cimarrones comienzan a formar pequeños grupos que sobreviven gracias a rapiñas y hurtos.

Solamente a partir de 1764 aparecen las primeras denuncias sobre el peligro del cimarronaje para el sistema de plantación y quejas por los daños y perjuicios provocados por este. En 1793, en pleno período revolucionario francés, se indica un número aproximado de 50 mil casos de cimarronaje, relativo a las últimas tres décadas. El fenómeno se vuelve significativo y mucho más si se toma en cuenta el crecimiento de las fugas colectivas de esclavos educados y supuestamente socializados —los denominados “*ladinos*”—, que abandonaban plantaciones enteras para formar comunidades autónomas.

Al final del siglo XVIII, aprovechando las contradicciones zigzagueantes de la Revolución Francesa, los independentistas haitianos refuerzan su capacidad militar y su determinación en la lucha por la liberación. A lo largo de una década de horribles sufrimientos, crímenes atroces, dolorosas derrotas y memorables hechos, el 18 de noviembre de 1803, finalmente nace Haití con la victoria en la batalla de Vertières.

Los métodos utilizados por los componentes de ambos bandos se adaptan a las terribles experiencias de la Conquista

y de la colonización. Serán marcados por la lucha sin tregua, por el odio que turba la razón, por la constante sed de justicia.

El terror impuesto por las tropas francesas había sido devuelto con la misma moneda. Como declaró Dessalines: “Sí, combatimos a esos verdaderos caníbales, guerra por guerra, crimen por crimen, ultraje por ultraje. Salvé a mi país, vengué a América”.

Dessalines fue el héroe providencial para la terrible misión. Descartando de plano el carácter bondadoso que condujo al asesinato de Toussaint Louverture —por el frío y el hambre— en el fuerte de Joux, Dessalines es el hombre que las circunstancias históricas exigen.

Cuando Rochembeau siembra el terror y asesina a 500 negros, obligándolos a cavar su propia tumba, Dessalines no duda en hacerle probar su mismo veneno. Bajo la mirada incrédula y aterrorizada de los colonos franceses, clava 500 postes en los alrededores de la ciudad del Cabo Francés y en cada uno ahorca a un blanco, dejándolos expuestos como lección.

En la principal fuente y referencia sobre el uso indiscriminado de la violencia durante la insurrección Haitiana, Bryan Edwards relata que ocurrieron

“horrores que la imaginación no puede concebir ni el estilo describir, produciendo un cuadro de miseria humana que ningún otro país, en ninguna otra época, pudo jamás dar a luz. Más de cien mil salvajes, habituados a la barbarie de África, aprovechando el silencio y la oscuridad de la noche para caer sobre plantadores amigables e indefensos, como tigres hambrientos y sedientos de sangre humana. La muerte acecha tanto al joven como al viejo, la madre de familia, la virgen y el niño sin defensa y, en horas funestas, las planicies más fértiles y más bellas del

mundo se transforman en un vasto campo de carnicería y en un desierto desolado”.¹⁷

Complementando el furor combatiente, con la ausencia de reglas que no fuesen aquellas destinadas a causar el mayor daño posible al enemigo, los independentistas echan mano del incendio indiscriminado como táctica de guerra. Tan pronto comenzó la insurrección, todas las plantaciones ubicadas en un radio de 80 kilómetros alrededor del Cabo Francés fueron sistemáticamente quemadas. Al final de la hecatombe, Saint-Domingue ardía en llamas y la otrora *Perla de las Antillas* se había transformado en una montaña de cenizas.

Las perspectivas de una derrota militar radicalizaron a los franceses e hicieron que sus tropas adoptasen la táctica de la guerra de exterminio. Cualquier negro, aunque demostrase fidelidad, era sumariamente ejecutado. En el Cabo Francés, tres mil negros fueron tirados al mar con una bolsa de arena atada al cuello: “En los días siguientes, el mar deposita sus cuerpos sobre las playas de la ciudad donde, de manera horrible y repulsiva, los dejan resecar bajo el sol ecuatorial”.¹⁸

Desesperado, poco antes de sucumbir a la malaria, el 2 de noviembre de 1802, Leclerc informa a su cuñado: “Desde que estoy acá, no he visto más que el espectáculo de los incendios, de las insurrecciones, asesinatos, muertes y moribundos. Mi alma está muerta, ninguna idea risueña podrá jamás hacerme olvidar esas fétidas imágenes”.¹⁹

¹⁷ En *The History, Civil and Commercial, of the British Colonies in the West Indies*, Editor J. Stockdale, Londres, 1801, volume 3, páginas 67-79, citado por Laurent Dubois, *Les Vengeurs du Nouveau Monde*, op.cit. pp. 140-141.

¹⁸ Laurent Dubois, *Ibidem*, p. 350.

¹⁹ *Ibidem*, p. 351.

El invencible ejército de Napoleón, con su aura victoriosa en los campos de batalla de Europa, fue masacrado por fuerzas que, aunque combatiendo de modo heroico, estaban pobremente equipadas, desnutridas y poco entrenadas. En la estela de la estruendosa derrota, París se vio obligado a ceder a Estados Unidos su colonia de Louisiana vendida, en mayo de 1803, por 15 millones de dólares.

Haití nace ya desangrado. Se estima en más de 160.000 el número de sus víctimas. Los franceses perdieron 43.000 mil soldados y la totalidad de sus colonos fue masacrada o tuvo que abandonar la Isla. Pese a la victoria no cesaron los combates, ahora como guerra civil. Luego surgen movimientos secesionistas que lo debilitarán aún más.

Louis Felix Boisrond-Tonnerre, encargado, a fines de 1803, de redactar el texto anunciando el nacimiento del Haití Independiente, indica:

“Para establecer nuestro acto de independencia, es necesaria la piel de un blanco para servir de papel, su cráneo para escritorio, su sangre para tinta, y una bayoneta para pluma”.

Bajo tal inspiración, el documento fundador de Haití concluye con el grito

“¡Odio eterno a Francia!”

Años después, prisionero en la isla de Santa Elena, Napoleón Bonaparte admite, con disgusto, su grave error:

“En el intervalo que me dejó la tregua de Amiens [27-03-1802 / 25-05-1803], tuve la idea de conducir una expedición imprudente, que me la he reprochado con razón, pues no valía nada en sí.

Ensayé retomar Saint-Domingue; tenía buenos motivos para intentarlo; los aliados asedian demasiado a Francia para que

ella ose quedarse inactiva durante la paz. Era necesario poner alpiste para satisfacer la curiosidad de los prejuiciados: se hacía necesario que el ejército estuviese en constante movimiento para impedir que se adormilasen. En fin, quería poner a prueba a mis marinos.

Por lo demás, las enfermedades destruyeron a las tropas, la expedición fue mal conducida, por donde fuese que yo no estuviese, las cosas anduvieron mal²⁰.

Pero he aquí que, en 1776, con la independencia de Estados Unidos, surge una nueva victoria contra el colonialismo europeo en el Nuevo Mundo. Entretanto, no habrá contraste más evidente entre la entusiasta acogida hecha a los independentistas de la América del Norte y el desprecio mezclado con arrogancia con las que serán tratados los libertadores de Saint-Domingue. Para aquellos, la gloria; para estos, el oprobio. Comienzan dos siglos de *vía-crucis* y soledad internacional para su pueblo.

El proceso de colonización marca el inicio de la globalización. De la inevitable descolonización que se desarrolló, por etapas, entre los siglos XIX y XX, implicando a todos los continentes, surgieron más de 150 nuevos Estados que rehicieron el mapa político mundial. De todas las experiencias que son consecuencia de la descolonización —muchas de ellas, dramáticas—, ninguna alcanzó los grados y tintes del drama que marca a la haitiana. Ningún Estado, aun nacido con fórceps de las luchas por la independencia, será objeto del rechazo unánime y radical como lo fue Haití. Ningún otro joven Estado recibirá del mundo el trato injusto como el que fue infligido al que fue cuna de los Derechos Humanos fundamentales. Avanzado para su tiempo, Haití tuvo razón demasiado temprano.

²⁰ En *Manuscrit venu de Sainte-Hélène*, Ed. Badouin Fils, París 1821, p. 45.

La primera República Negra constituida por ex esclavos, debilitada internamente y abandonada en sus relaciones exteriores, tenía entonces inciertas perspectivas de éxito.

En los albores de la Independencia, aún quedaba una esperanza. Para romper su aislamiento, los líderes haitianos hacen conciencia de la necesidad que tienen de buscar apoyo internacional junto a los movimientos independentistas que van surgiendo en la América hispana. El acercamiento haitiano a los revolucionarios latinoamericanos se inserta tanto en una lógica de solidaridad de principios como también en la de la supervivencia. No obstante, bien pronto Haití comete el error imperdonable de pretender transformar su victoria de 1804 en producto de exportación.

La oportunidad se presenta en diciembre de 1815. Acorralado, deprimido y al borde del suicidio, un desesperado Simón Bolívar encuentra refugio en Jamaica. Decide entonces aceptar la invitación del presidente Alexandre Pétion y viaja a *Les Cayes* con lo que queda de su flota recientemente derrotada por los españoles en Cartagena de Indias.

Bolívar recibe el apoyo del presidente Alexandre Pétion y de algunos comerciantes extranjeros. Reúne hombres, barcos y armas en Haití y conduce, en mayo de 1816, una expedición a la costa este de Venezuela. Una vez más, Bolívar es derrotado en junio de 1816 cuando, desesperado, retorna a Haití y de vuelta le escribe a Pétion solicitando auxilio. La respuesta aguardada por Bolívar sería —como dijo— “el último decreto de mi vida política”.

Agradecido, Bolívar escribe a Pétion, el 9 de octubre de 1816, enfatizando al presidente haitiano:

“(...) no es por cierto el poder lo que constituye el más glorioso atributo de la autoridad que un pueblo libre ha confiado a V.E., ni la que constituye el mérito real de V.E. Es un poder

superior a todos los imperios: es el de la caridad. V.E. es el único depositario de ese tesoro sagrado. El Presidente de Haití es el solo que gobierna para el pueblo, sólo él manda a sus semejantes. El resto de los potentados satisfechos de ser obedecidos menosprecian el amor, que hace la gloria de V.E. V.E. acaba de ser elevado a la dignidad perpetua de jefe de la república por la aclamación libre de sus conciudadanos, única fuente legítima de todo poder humano. Está, pues, destinado V.E. a hacer olvidar la memoria del gran Washington, franqueándose una carrera la más ilustre, cuyos obstáculos son superiores a todos los medios. El héroe del Norte sólo encontró soldados enemigos que vencer y su mayor triunfo fue el de su ambición. V.E. tiene que vencerlo todo, enemigos y amigos, extranjeros y nacionales, los padres de la patria y hasta las virtudes de sus hermanos. El cumplimiento de este deber no será muy difícil para V.E., porque V.E. es superior a su país y a su época”²¹.

Una vez más, los arsenales haitianos proveen con fusiles y municiones a Bolívar. Trescientos combatientes haitianos se suman a la empresa. Al mando de una flota de ocho barcos, el futuro Libertador zarpa hacia Venezuela el 28 de diciembre de 1816 para, finalmente, ir al encuentro de su tan soñada victoria.

Sin el apoyo haitiano hubiese sido imposible la victoria bolivariana, como reconoce el mismo Bolívar al consultar a Pétion acerca de la conveniencia de considerarle “el Autor de la libertad Americana”. El presidente haitiano jamás contestó. Hizo, entretanto, la única exigencia, consistente en que, una

²¹ Carta de Bolívar al General Alejandro Pétion, Presidente de Haití, fechada en Puerto Príncipe el 9 de octubre de 1816, con la expresión de su respeto, admiración y gratitud. Documento 1714, Correspondencia oficial, Sitio web “Archivo del Libertador”, Archivo General de la Nación, República Bolivariana de Venezuela. Ver en < <http://www.archivodellibertador.gob.ve/escritos/inicio.php>>

vez lograda la soñada independencia, los libertadores se comprometiesen a abolir la esclavitud.

Promesa hecha. Promesa incumplida. A pesar de decretar formalmente la libertad de los esclavos en Carúpano el 2 de junio de 1816, Bolívar no implementa la decisión. Los nuevos mentores resultaron tan esclavistas como los antiguos señores e hicieron caso omiso al pedido haitiano.

Los Libertadores temían el posible contagio de las ideas y la violencia imperante en Saint-Domingue. La victoria de los *af-franchis* y de los esclavos haitianos constituyó una señal de alerta para los esclavistas de las Américas y una advertencia sobre las terribles consecuencias de la propagación de las ideas liberales de igualdad racial y derechos humanos universales.

Cuando se convoca el Congreso de Panamá, en 1826, con el objetivo de luchar contra la dispersión y en favor de la integración de América Latina, sorprendentemente Simón Bolívar invita a Estados Unidos quien, inmediatamente, declina la comparecencia.

La participación haitiana en el evento, sin cuyo apoyo, reiteramos, habría resultado imposible la liberación de la América hispánica, ni siquiera fue mencionada. Su descarte no constituye sorpresa, pero el episodio marca la definitiva marginalización de Haití en los asuntos continentales. Así se completa el círculo en torno a la turbulenta República Negra y se inician dos siglos de soledad haitiana en las relaciones internacionales.

Cuando el mundo rompe el aislamiento haitiano, lo hace con el exclusivo objetivo de castigar al país y a su pueblo. Invasiones, ocupaciones, agresiones y embargos son los métodos más utilizados. Haití todavía no ha terminado de pagar tributo por la osadía cometida en 1804.

Fueron raros los que percibieron en la Revolución Haitiana una esperanza para los condenados de la tierra. De Cuba

a Brasil, pasando por Jamaica, susurros elogiosos fueron emitidos y luego ahogados por los esclavistas. Algunos intelectuales intentaron imitar las lecciones recibidas de Haití, pero fue inútil. Aunque hayan sido los valles y las montañas haitianas los que albergaron el verdadero comienzo del proceso de internacionalización de los Derechos Humanos, fueron sus irreductibles adversarias —las Revoluciones Francesa y Americana— las que recibieron las palmas y los laureles como redentoras del pueblo y consideradas, desde entonces, como madres de la libertad.

Fue la Revolución Haitiana la que obligó a la Revolución Francesa a intentar cumplir el principio básico, según el cual todos los seres humanos nacen y permanecen libres e iguales en derechos. La Revolución Francesa, sin embargo:

“Decidió mantener la esclavitud de los negros tras el biombo del derecho de propiedad, reconciliar sus dichos y sus hechos, sus principios y sus prácticas y sortear, así, la molesta contradicción entre el ideal proclamado y los intereses a salvaguardar. Fue un golpe maestro, pero también un fiero y señalado servicio prestado por los negros insurrectos de Saint-Domingue-Haití a la Gran Revolución Francesa de los Mirabeau, Lafayette, Danton, Robespierre, Camille Desmoulins y los Saint-Just, volviéndola más consecuente consigo misma y final y verdaderamente más universal”²².

En su terrible y violento combate por la Independencia, los liderazgos revolucionarios apelaron a lo sobrenatural. El vudú fue vital para la cohesión social durante la época de la esclavitud y un formidable instrumento de movilización en la

²² Leslie François Manigat: *Haití dans la latinité, sens et non-sens, tours et détours, enjeu*, Ed. Educam, Rio de Janeiro, 2005, p. 80.

lucha por la liberación. Dominante todavía en los días actuales, el vudú rehúsa rendirse a la modernidad.

En 1943, Alejo Carpentier visita Haití y siente allí “el para nada mentiroso sortilegio de sus tierras”. Él lo descubre cuando

“pisaba una tierra donde miles de hombres ansiosos de libertad creían en los poderes licantrópicos de Mackandal, a un punto tal que dicha fe colectiva producirá un milagro el día de su ejecución... que, con esa magia, alentó una de las sublevaciones más dramáticas y extrañas de la Historia”.

La publicación de su reveladora, aunque breve novela *El Reino de este Mundo* sobre la independencia haitiana, comienza con un prólogo en formato de manifiesto en el que lanza las bases teóricas de lo *real maravilloso americano*. Con este libro, Carpentier se aparta de la artificialidad del surrealismo, del que había sido uno de los principales defensores.

Para el autor, la revelación de Haití constituye tan solo la chispa que ilumina la verdadera identidad y originalidad del continente, pues “América está muy lejos de haber agotado su caudal de mitologías”. Para él, la dramática

“singularidad de los acontecimientos, por la fantástica posición de los personajes que se encontraron, en determinado momento, en la encrucijada mágica de la Ciudad del Cabo [Haitiano], todo resulta maravilloso en una historia imposible de situar en Europa, y que es tan real, sin embargo, como cualquier suceso ejemplar de los consignados, para una pedagógica edificación, en los manuales escolares. ¿Pero qué es la historia de América toda sino una crónica de lo real maravilloso?”

¿Cómo hacer para comprender Haití cuando se es un intelectual agnóstico dotado de estructura mental que descarta *a priori* cualquier referencia a lo divino y/o sobrenatural? Para

Carpentier dicha tarea no es posible, pues la sensación de magia presupone una fe. Los que no creen en santos, afirma, “no pueden curarse con sus milagros”.

La evaluación de Carpentier es corroborada por el historiador liberal haitiano Leslie Manigat, para quien Haití es la tierra de la irracionalidad, de la razón contradictoria impregnada de fuerte densidad mística.

Decepcionado con las superficiales percepciones occidentales, Manigat propugna la necesidad de una gran evolución en la crítica histórica de las Ciencias Humanas para que Occidente sea capaz de dilucidar el verdadero sentido de la historia haitiana.

Esta evaluación no resulta de un análisis apurado e impresionista, sino que es fruto de las reflexiones y experiencias de alguien preparado para apartar de su campo analítico elementos y valores capaces de volverlo opaco. Ahora bien, no solo los aparta, sino que los convoca considerándolos elementos estructurales de la realidad social y política de Haití.

La fuerza del misticismo que impregna y domina la misteriosa sociedad haitiana adquiere tamaña amplitud y profundidad que hasta el observador más desatento no puede dejar de percibirla, pues está presente tanto en los gestos mínimos como en los momentos graves de la vida de cada haitiano.

El control social en una sociedad desprovista de instituciones estatales —caso de Haití— puede ser realizado a través de la violencia explícita —relativamente baja si se toman en cuenta las disparidades sociales y la miseria absoluta en que sobrevive la mayoría de la población— o por medio de instrumentos informales de dominación y sujeción: constitución de clanes, formación de clientelas, redes de apadrinamiento, etcétera, instrumentos de control que son eficientes, aunque

parciales y limitados. Solo hay una estructura generalizada y de eficacia total: la religión, pues como subraya Víctor Turner en su clásica aserción, “donde abultan los conflictos, superabundan los rituales”.

El conjunto de estos dos elementos —violencia y misticismo— atrae a la literatura de poca monta y a la industria cinematográfica de Hollywood para transformarlos en el territorio de los interdictos, lo sobrenatural, lo incomprensible y, luego, lo inaceptable.

Como se verá enseguida, frente a las incomprensiones cargadas de prejuicios, el haitiano adoptó la táctica de los esclavos fugitivos. Definió una estrategia de sobrevivencia en que el cimarronaje devino filosofía social y práctica política.

El terremoto del 12 de enero de 2010 provocó la destrucción de la Catedral de Puerto Príncipe, de la mayoría de las iglesias y escuelas católicas de la región metropolitana y la muerte del arzobispo monseñor Serge Miot. La hecatombe dejó de rodillas a la Iglesia Católica y abrió camino a los Evangélicos. A partir del sismo, una invasión silenciosa de congregaciones, sectas y grupos supuestamente religiosos —provenientes, sobre todo, del medio oeste de Estados Unidos— desembarca en Haití. Desde mediados de 2010, no hay vuelo llegado de Estados Unidos que no descargue su tanda de turistas de Jesús, fácilmente identificados por la camiseta de su congregación.

La embajada de Estados Unidos en Puerto Príncipe calcula en cerca de 200.000 el número de sus nacionales que llegan anualmente a Haití. Entre estos, la gran mayoría se compone de jóvenes turistas de la fe. Permanecen durante una semana en un villorrio construido por su iglesia, en convivencia con niños haitianos, fabricando piezas artesanales o prótesis para las víctimas del terremoto. Y, sobre todo, oran.

A veces motivados por el arrepentimiento: “De tal manera he pecado este año en la ciudad que espero que, ayudando a los pobres, pueda reconciliarme con Dios”.

En busca de encontrar sentido a sus vidas, los evangélicos confiesan que viajan a Haití con el único objetivo de hacer que los haitianos intenten una nueva relación con Jesucristo.

Brad Johnson, director de la *Mission of Hope (Misión de la Esperanza)*, indica que la cantidad de templos vuduístas disminuye en la región. Dice que “hay una batalla espiritual librándose acá. La hay por todos lados, en Estados Unidos también, donde adoramos el dinero. Pero, en Haití, es mucho más evidente porque adoran a Satán”.

El vudú, declara un turista de la fe, “No es más que un camino para este pueblo. Quisiera solamente introducirles el mensaje de Jesús”.

Más adelante, un padre vudú contesta:

“ellos no comprenden que nosotros también creemos en Dios. Ellos afirman que nosotros veneramos al diablo y somos caníbales, lo que no es verdad. Me gustaría mucho recibirlos para mostrarles nuestra cultura y que vean que las personas, cuando las oraciones no funcionan, vienen acá para hacerse curar por nuestras plantas”.

Las voces haitianas que protestan son pocas. Sucede que junto a los rezos y cánticos, los evangélicos aportan medicamentos y alimentos. Erol Josué, Director del Buró Nacional de Etnología de Haití los critica severamente, al afirmar que:

“el modo por el cual los evangélicos americanos operan se reviste de formas neocoloniales. Ellos creen conquistar el alma del pueblo haitiano con un almuerzo caliente. Es un atentado a la identidad nacional, a nuestra tradición ancestral del vudú...”

Josué no debiera desesperarse. Por ahora la relación se sostiene mediante un intercambio: por un lado, los evangélicos se autoconceden una buena conciencia y aportan bienes reales indispensables. Por el otro, los haitianos dan aparentes demostraciones de abandono de su creencia secular. Para los primeros, se trata de un mercado de ilusiones mientras, para los segundos, significa un mercado de engaños. O sea, el clásico *mercado de tontos*.

Los evangélicos norteamericanos, comenzando por el telepastor Pat Robertson, aprovecharon el sismo para retomar, con mayor furia, sus permanentes ataques al vudú. Haití es una tierra diabólica donde imperan las fuerzas del mal, tal y como es vista y descrita la realidad haitiana por esos evangélicos. Para Robertson, “la maldición haitiana” es el resultado de un “pacto con el diablo” firmado por líderes de la revolución para que pudiesen lograr liberarse del imperio colonial francés.

En sus palabras: “Usted sabe, algo ocurrió hace mucho tiempo atrás en Haití. Se reunieron y juraron un pacto con el Diablo y le dijeron: ‘te serviremos si consigues liberarnos de los franceses’. Así ocurrió de verdad”²³.

Para Robertson, el terremoto es la más grande e incuestionable prueba del mal que corrompe el país; y si ocurrió, fue únicamente para castigar a los haitianos y hacer que su país pagara

²³ El 14 de agosto de 1791, en reunión liderada por el cimarrón jamaicano Boukman, ocurrida en Bois Caïman, en la cercanía del Cabo Haitiano, es sacrificado un cerdo criollo y su sangre distribuida a los esclavos que en ella participaban. Se forja así la *alianza de sangre* por la independencia. Boukman requiere de todos el Juramento: “Dios que creó la Tierra; que creó el Sol que nos da la luz; nuestro Dios que nos escucha, observa como los blancos nos hacen sufrir. El Dios del hombre blanco ordena cometer crímenes. Nuestro Dios que es bueno y justo nos ordena venganza. Él dirigirá nuestra lucha y nos llevará a la victoria...”. Una semana después de la ceremonia, se inicia la revuelta, que culminará en la independencia 13 años más tarde.

por sus pecados. Por ello —dice—, no se trata de un fenómeno natural o manifiesto de la naturaleza; las fallas geológicas que atraviesan Haití no son la verdadera causa, al contrario: el sismo es una manifestación de la voluntad de Dios. Del dios de Pat Robertson y de los evangélicos que actualmente invaden la tierra de Dessalines.

Frente a los insultos racistas, despiadados y absurdos del supuesto pastor, el portavoz de la Casa Blanca, Robert Gibbs, fue cortante: “Nunca deja de asombrar que en tiempos de gran sufrimiento humano, alguien diga algo que puede ser absolutamente estúpido”.

Desafortunadamente, la estupidez corre más rápido que la inteligencia, la sensibilidad y el respeto. El cónsul haitiano en San Pablo, George Samuel Antoine, también culpó al vudú por el terremoto. Desconocía que era grabado, cuando confidenció: “Creo que de tanto rito de santería... el africano tiene en sí una maldición..., cualquier lugar que tiene africano está jodido... La desgracia de allá viene bien para que acá se conozca de qué se trata”.

El comentarista del *Jornal Nacional* de la Red Globo de Televisión, Arnaldo Jabor, al disertar sobre el terremoto también lo hace por vía del insulto y la ignorancia. Él indaga cómo hacer para “democratizar un país miserable, analfabeto y con raíces tribales africanas y bárbaras”.

La pertinencia de la primera parte de la pregunta se anula con la afirmación de la parte final, pues nadie se encuentra más distante del tribalismo y de la barbarie que Haití.

Lo que la Iglesia Católica no logró a lo largo de cuatro siglos de luchas, los evangélicos pretenden hacerlo gracias al impacto provocado por el terremoto. La lucha será sin gloria. Pronto constatarán que el vudú, más que una creencia, es un

haz de sentimientos profundamente enraizados en la cultura y en el alma haitiana.

Sociedad libre de tabúes, comenzando por aquellos impuestos por las religiones, a la antropología haitiana se puede aplicar el lamento de un obispo católico, personaje de Gabriel García Márquez en *Del amor y otros demonios*, sobre las incertidumbres que circundan su misión: “Hemos atravesado el océano para imponer la Ley de Cristo, y hemos triunfado en las misas, en las procesiones, en las fiestas patronales, pero no en las almas”.

La extraordinaria reacción de los haitianos frente a la catástrofe provoca, en la mirada extranjera, además de piedad y compasión, un intento de interpretación. Así, al descubrir que los haitianos poseen una extraordinaria capacidad de recuperación, los observadores extranjeros adoptan la expresión *resiliencia* como uno de los rasgos distintivos de su carácter nacional y que debe funcionar como llave maestra para comprender lo incomprensible, para facilitar la aproximación cultural y volver inteligible una realidad indómita. Como pruebas, los ejemplos son buscados con pinzas a lo largo de la atribulada historia del país.

La incompreensión prosigue. Más allá de la capacidad de recuperarse frente a los desmanes de los hombres y la furia de la naturaleza, lo que mueve al pueblo haitiano es una voluntad, una capacidad de lucha, un amor sin límites a la vida, sin ilusiones y sin renunciias. De la condición humana los haitianos extraen su esencia, que no es otra sino el apego a la vida en su plenitud y totalidad.

Los haitianos están dotados de una gran riqueza de vida interior dominada por una fuerte afectividad y espíritu de fraternidad. Como si ese excedente del alma viniese a compensar lo que el cuerpo padece.

Justamente el cuerpo —simple abrigo de la condición humana— se expresa libremente. En su entendimiento, solamente las mentalidades condicionadas por creencias inhumanas pueden identificar permisividad donde existe únicamente naturalidad.

El escritor y activista político Lyonel Trouillot, que no puede ser identificado como comunista o enemigo del Occidente, profundiza el análisis sobre los desencuentros y disensos. Para él, la primera entre todas las “injusticias” cometidas contra su país está en el hecho de que “en lo que concierne a Haití, escuchamos más a los occidentales que a los propios haitianos”.²⁴

Al adoptar una radical actitud etnocéntrica, el mundo obliga a los haitianos al silencio. Sobre sí y sobre los otros. Un haitiano jamás define a Canadá, a Francia, a los Estados Unidos. Pero son legiones las definiciones y prejuicios de los canadienses, franceses y norteamericanos sobre Haití. Surge lo que Trouillot llama la “autoridad discursiva”. Para él, “nada es más terrible para un pueblo que perder la capacidad de nombrarse a sí mismo”.

Ubicándose más allá de la gran mayoría occidental, que propone lecturas etnocéntricas y prodiga lecciones destinadas al fracaso, están los que son impactados por Haití. Personas de buena voluntad pronto se encuentran desconcertadas cuando son puestas frente a una realidad que no esperaban. El periodista Tónico Ferreira, de la Red Globo de Televisión, fue enviado a Haití en octubre de 2004 y, a su regreso, publicó un revelador y corto texto en el diario *O Globo* bajo el título: “Confieso: no estaba preparado para ir a Haití”.

²⁴ Lyonel Trouillot : “Concernant Haïti, on écoute plus les Occidentaux que les Haïtiens eux-mêmes “, en *Jeune Afrique*, 9 de enero de 2012.

CONFIESO: NO ESTABA PREPARADO PARA IR A HAITÍ por Tónico Ferreira

Y yo hasta pensé que lo estaba. Había leído todo lo que podía sobre el país y había tomado las providencias obvias de sobrevivencia en un país en clima de guerra civil: vacunas, repelente, barritas de cereal, nueces, etc. Lo que no estaba era preparado emocionalmente para convivir con tanta miseria y sufrimiento humano. Y estoy seguro de que nadie lo está.

Si ver a una persona con hambre ya es triste en sí, ¿cómo reaccionar frente a un niño que te pide una botella de agua?

Si es insoportable vivir en una ciudad donde no hay recolección de basura, ¿qué decir de los muertos en tiroteos que no son recogidos y se pudren en las calles?

Las ciudades no tienen saneamiento, el agua viene directamente de la fuente y tiene que ser buscada en precarios recolectores colectivos, para cocinar solo hay carbón vegetal, y la electricidad existe solo para aquellos que tienen generadores con diesel.

Y no tendría que ser así. En verdad, Haití fue un ejemplo al nacer. La primera república negra del mundo, fundada por esclavos que derrotaron un ejército de Napoleón. Pero las cosas empezaron a andar mal desde el comienzo. Por un lado, el boicot de las potencias esclavistas; por el otro, el desacuerdo de los revolucionarios al llegar al poder. En 200 años, desde la independencia, Haití tuvo un emperador, un rey y nueve presidentes eternos. Cualquier político que llega al poder, aún aquel inicialmente bien intencionado, quiere quedarse para siempre.

Hay un esfuerzo de la Comunidad Internacional para ayudar Haití. Nada es más justo. Los antepasados de los haitianos que hoy pasan hambre fueron arrancados de sus aldeas en África y llevados para el infierno del trabajo

esclavo. Murieron trabajando para proveer el mundo de azúcar. La cuenta aún no ha sido pagada.

En las dos semanas que estuve allá, el sentimiento de tristeza se mezclaba con la indignación y la repugnancia. Aquí, en Brasil, solo la tristeza abundó en toda su plenitud.

Para terminar quisiera hacerlo con algo de optimismo: hablar de la fantástica música que allá escuchamos, de la belleza y fuerza de la ceremonia Vudú a que asistimos, de la belleza de la sonrisa de las mujeres en las calles, de los niños con uniformes limpios...

Pero solo siento angustia.

Disculpeme. No estaba preparado para lo que vi.

Pese a algunos resbalones, la calidad del texto y la sinceridad de un escritor movido por loables intenciones revelan, una vez más, las insuperables dificultades para comprender lo incomprendible, para entender la incompreensión, para trascender la impactante realidad recorriendo el camino que conduce del corazón a la razón.

Hay casos de rechazo *in limine* a Haití y a su significado, aunque son minoría. Conocí a un joven universitario negro integrante de movimientos favorables a la afirmación de la negritud en Salvador, Bahía, que al llegar a Puerto Príncipe, acompañando a su novia haitiana residente en Estados Unidos, se sintió tan molesto que retornó a Washington en menos de 48 horas.

Encallecido por tantas batallas perdidas para el Blanco —significado de todo y de cualquier extranjero— el indomable Haití teje también terribles y traicioneras trampas a las miradas imprudentes que lo inquietan. Trampas que, como las de los oprimidos en general, son hechas de astucias, disimulos, artilugios para sobrevivir, estrategias, engaños, tergiversaciones e

impudicia. Estrategias indispensables de supervivencia frente a sus poderosos enemigos.

Separar lo verdadero de lo falso, la apariencia de la realidad, la palabra del pensamiento, el disimulo de la acción y el sentimiento de la razón, se transforma en un desafío constante. Sin vencerlo, es imposible esperar aprehender los contornos de tan extraordinaria y original sociedad.

Sin embargo, el objetivo de la Comunidad Internacional parece no querer comprender, menos aún aceptar, una realidad contradictoria. Busca simplemente estabilizar un poder político inestable, normalizar un país anómalo y hacer que los parámetros de la democracia representativa se impongan. Para esto, debería entender mínimamente, que el primer desafío consiste en identificar la naturaleza del *embroglio* haitiano.

CAPÍTULO II

LA NATURALEZA DEL DILEMA HAITIANO

La nueva ideología ha hecho de la democracia una especie de religión, un sistema de valores más que un derecho, un pensamiento más que una práctica y que convenía imponer, por todos los medios, incluso por la fuerza, sobre aquellos que no han sido los elegidos o los nativos.

BERTRAND BADIE, LA DIPLOMATIE DE LA CONNIVANCE.

Son patentes los fracasos para estabilizar o “normalizar” a Haití en estos últimos 25 años. Nada menos que 30 mil millones de dólares fueron gastados supuestamente para resolver la recurrente crisis. Miles de anónimos especialistas en cooperación para el desarrollo fueron a Haití para acompañar y orientar los múltiples proyectos en las más diversas áreas, que simplemente se desvanecieron sin dejar vestigios palpables. A partir de este descalabro, Haití pasa a ser denominado “cementerio de proyectos”.

Las más grandes estrellas reconocidas de la pericia internacional en desarrollo, tales como Jeffrey D. Sachs, Paul Farmer, Bill Clinton, Paul Collier y Muhammad Yunus, se inclinaron sobre el lecho del enfermo. Algunos de modo episódico proponiendo un plan o aconsejando en áreas específicas. Otros, como Farmer y Clinton, son presencias constantes en varios frentes haitianos, al punto de generar confusión entre sus historias de vida y la de Haití.

Financistas del desarrollo como Bill Gates y Georges Soros sostienen varios proyectos, estudios y centros de investi-

gación en Haití, como la Fundación Conocimiento y Libertad (FOKAL), dirigida por la ex-primer ministra Haitiana Michèlle Pierre-Louis.

Jamás un pequeño país subdesarrollado había despertado el interés de tantos y tan renombrados científicos e investigadores universitarios como el que Haití ha despertado en estas tres últimas décadas. Especialistas norteamericanos y europeos vinculados a las más diversas áreas del conocimiento, pero sobre todo economistas, han elaborado centenares de estudios que concluyen siempre con sugerencias y propuestas para la acción. Una lista no exhaustiva contempla nombres como Mark Danner, David Roodman, Richard Dowden, Alex Counts, Mariano Aguirre, Josiane Georges, Yasmine Shamsie, Alex Dupuy, Andrew Thompson, Berenice Robertson, Elizabeth Lindenmayer, Terry Buss, Mark Schneider, Robert Maguire, Luc Razafimandimby, Amélie Gauthier y Robert Fatton Jr.

Haití se encuentra en el radar de renombradas universidades y centros principales de investigación en Economía y Desarrollo ubicados en Estados Unidos y Europa occidental, en los que se ha hecho una importante “acumulación de conocimiento” sobre la realidad haitiana, reflejada en la cantidad y calidad de publicaciones muy superiores en cantidad a las de los demás países del hemisferio.

Los desafíos haitianos ocupan un lugar especial junto a la red pública internacional de ayuda al desarrollo —CEPAL, Banco Mundial, BID, FMI, OCDE, Unión Europea, sistema de las Naciones Unidas, OEA, OPAS, CARICOM—, así como en centenares de organizaciones no gubernamentales de alcance transnacional.

Estos centenares de investigadores e instituciones han elaborado estudios, publicado evaluaciones, propuesto diagnósticos, aconsejado rutas, redactado proposiciones y proyectos en busca de poner un término a la infame situación haitiana.

El *Escritorio Haití* en el Departamento de Estado de Estados Unidos y en la Cancillería canadiense reúne recursos humanos y financieros muchas veces superiores a los destinados a importantes países de la región. Así, por ejemplo, los gastos públicos canadienses en *el* rubro ayuda a Haití solo son superados por aquellos realizados en Afganistán, donde Ottawa participa en una operación de guerra. El mismo Brasil, dotado de recursos mucho más limitados, asignó a las operaciones Haitianas, desde 2004, un monto superior a mil millones de dólares.

Decenas de artistas y deportistas de alto nivel prestaron, en algún momento y de diversos modos, sus nombres a la causa haitiana. Entre ellos, Angelina Jolie, Shakira, Brad Pitt, George Clooney, la Selección Brasileña de Fútbol, Halle Berry, Denzel Washington, Madonna, Leonardo Di Caprio, Tom Hanks, Julia Roberts, Karembeau, Meryl Streep, Sting, Beyoncé, Rihanna, Bono, Steve Wonder, Muhammad Ali, Charles Aznavour y Vanessa Paradis. Un lugar especial ocupa Sean Penn. Al enamorarse de Haití y su pueblo, no mide esfuerzos para ayudarlos.

Una verdadera Babel de especialistas ha consumido tiempo, recursos financieros, energías y buenas intenciones. Al final de décadas de trabajo, el resultado es un impresionante acervo de conocimiento. Frente a la acción de esa legión de estrellas de las Artes, las Ciencias, la Economía y la Política Internacional, nada ni nadie podría resistir. Entretanto, al transitar de la teoría a la práctica, confrontado con la realidad haitiana, el acervo se transforma en una gigantesca montaña de letras.

El minúsculo Haití sigue desafiando a todos. ¿Por qué? ¿Qué hay de tan extraordinario en la tierra de Toussaint Louverture que pueda explicar su recurrente “inadaptabilidad” a la modernidad?

Como se verá luego, muchos de nuestros disgustos en Haití provienen, antes que todo, de la propia filosofía que orienta

nuestras percepciones y acciones. Este libro se escribe, incluso, como alerta para que cambiemos de paradigma.

Hay varias maneras de abordar la crisis haitiana. Pero es, antes de cualquier otra consideración, una crisis de poder. Se trata de la transición de un modelo, que excluye del juego político a la inmensa mayoría de la población, a un modelo que sea inclusivo. O sea, la implantación real de la llamada democracia representativa.

La caída de Jean-Claude Duvalier, en 1986, alberga un doble sentido. Por un lado, significa el fin de la soledad y del aislamiento del Haití en las Relaciones Internacionales. Por otro, constituye el punto de partida de los esfuerzos destinados a construir un sistema político democrático capaz de volver aceptables las reglas que definen la lucha por el poder.

No existe tradición democrática en Haití. Como nunca se aplicó el principio de gobierno de la mayoría, los dirigentes alcanzaban el poder a través de ardides, golpes de Estado, asesinatos, cuartelazos, pronunciamientos y rebeliones. Luego, los vencedores eran expulsados mediante los mismos procedimientos.

La primera elección presidencial con sufragio universal y derecho a voto para todos los haitianos con edad superior a 21 años, ocurrió en 1950. En las elecciones de 1957, que eligió a Francois Duvalier, el fraude fue generalizado: compra de votos, omnipresencia de las fuerzas armadas y el consabido beneplácito de los militares. La singularidad de aquel proceso radicó en que la victoria de F. Duvalier se dio por la adhesión de la voluntad campesina por sobre la hasta entonces imbatible Puerto Príncipe.

La caída de Aristide, origen de la actual crisis, debe insertarse en el ciclo de larga duración de la historia política haitiana y no únicamente en el período post Jean Claude Duvalier, del recurrente fracaso en la implantación de la democracia; o sea,

la inestabilidad ha dominado de forma permanente la política en el país, como lo demuestra el cuadro siguiente:

FIGURA 2 - ETAPAS HISTÓRICAS DE HAITI

01/01/1804	Independencia de la colonia francesa de Santo Domingo como la denominación de Haití bajo el liderazgo de Dessalines.
1805	Dessalines se autoproclama Emperador.
1806	Asesinato de Dessalines.
1806-1820	El país es dividido entre un gobierno del Norte (negro) y uno del Sur (mulato).
1822-1844	Bajo pretexto de asegurar la plena independencia de las partes occidental y oriental, Haití ocupa toda la isla de La Española.
1844	Declaración de Independencia y separación de Haití por parte de la República Dominicana en la isla de La Española.
1843-1915	Tiranías, revoluciones y desorden, 22 dictadores a lo largo del período.
1915-1934	Ocupado por Estados Unidos se transforma en un protectorado de Washington.
1934	Resistencia a la ocupación y la política del buen vecino de F. D. Roosevelt conducen a la retirada de Estados Unidos.
1934-1941	Administración de Stenio Vincent. Derrocado por un golpe.
1937	Masacre de miles de haitianos en territorio de la República Dominicana, ordenada por el régimen de Rafael Leonidas Trujillo, tirano dominicano.
1941-1946	Administración de Lescot. Derrocado por un golpe.
1946-1950	Administración de Estimé. Derrocado por un golpe.
1950-1957	Administración de Magloire. Derrocado por un golpe.
1957-1971	Elección y dictadura de François Duvalier.
1971-1986	Dictadura de Jean-Claude Duvalier (hereditaria).
1986-	Transición para la democracia representativa

Haití tiene su primera experiencia electoral tardíamente y la permanente crisis política que vive el país a partir de 1986 debe ser considerada una casi norma desde la Independencia. De lo contrario, o sea, la estabilidad política, solo es alcanzada cuando el régimen es dictatorial, pues frente a lo enmarañado y confuso que caracteriza a la política haitiana —resultado de una ruptura y no de un pacto—, el poder únicamente puede imponerse cuando es absoluto.

Una vez destrozadas las barreras de contención dictatorial duvalierista, en 1986, las aguas turbulentas de las reivindicaciones políticas bajan de los montes y montañas destruyendo por donde pasan. En este sentido, no deja de ser reveladora la designación *Lavalas* —que significa “*gran flujo*”, “*corriente de agua*” o “*riada*”— que recibe el principal movimiento popular surgido de las cenizas de la dictadura.

Nótese, desde luego, la primacía de la política en el sentido de su representación institucional y no como instrumento de mediación de conflictos. La política, tal como es concebida y aplicada, se transforma en el epicentro del dilema haitiano.

La flamante Constitución de 1987, la más democrática en la historia haitiana, indica, entre otras características, la voluntad de los legisladores de hacer que el Poder Legislativo ejerza el control sobre el Poder Ejecutivo. Obsesionados por la maldición del Palacio Nacional, según la cual los jefes de Estado, incluso aquellos electos por vías democráticas, se transforman en autócratas apenas se instalan en el centro del poder, los Constituyentes deciden atarle las manos al presidente, obligando al primer ministro y a su gabinete a obtener mayoría parlamentaria.

En este régimen, el jefe del Poder Ejecutivo propone y el Parlamento dispone. Se trata, por tanto, de un régimen híbrido —puerta siempre abierta a la crisis—, pues la estabilidad presupone que el elector conceda una doble mayoría. Delante

de la dispersión, la debilidad partidaria y la endeble representatividad nacional, el desafío se supera muy rara vez.

El modelo constitucional prevé incompatibilidades entre el presidente de la República y el primer ministro. Algunos analistas llegan a ver en éste un contrapoder de aquel. La bicefalía del Poder Ejecutivo haitiano constituye su tendón de Aquiles. Tal sistema electoral no satisface los fines previstos en los sistemas democráticos modernos, que significa ponerle coto a la inestabilidad y cercenar las crisis de gobernabilidad por las manifestaciones de la voluntad ciudadana a través del voto. Al contrario, las elecciones se transforman en factores adicionales que atizan las crisis. Igualmente, elecciones periódicas constituyen un ingrediente incontrolable, pues, más allá de lo constitucional y legítimo, representan la condición *sine qua non* para la democracia preconizada por la Comunidad Internacional.

De las recientes experiencias de transición política de dictaduras a democracias, la larga, caótica y siempre postergada democratización haitiana es la única que todavía no logra definir las reglas adecuadas del juego para la disputa por el poder y las alternancias necesarias. Ejemplos de éxito no faltan y todos apuntan en la misma dirección. Los actores políticos deben, por un lado, curar las heridas del pasado (leyes de amnistía, perdón, reparación, conciliación, leyes de “verdad, memoria y justicia”) y, por otro lado, establecer reglas de funcionamiento para el futuro (multipartidismo, libertades de prensa, de expresión, de asociación, alternancia en el poder, políticas públicas de respeto a los derechos humanos de primera, segunda, tercera y cuarta generación acordes con las leyes e instrumentos internacionales, sin exclusión de las minorías, y diseños institucionales flexibles (para que puedan ir incorporando mejoras en su funcionamiento) que conduzcan a la solidez legal indispensable para lograr la confianza social y el respeto necesario en los marcos establecidos.

Las recientes transiciones políticas latinoamericanas, que dieron lugar a la transferencia del poder de los militares a los civiles y, por ende, al término del régimen dictatorial y el comienzo de la implantación de la democracia representativa, siguió modelos, sufrió tensiones que, en ocasiones, provocaron incluso conflictos armados, y ritmos distintos. Pero, en todos los casos, el común denominador fue la firma de un pacto de gobernabilidad, por el cual se obligaban las partes a respetar las reglas del juego democrático, propiciando la convivencia pacífica entre las fuerzas políticas. En términos jurídicos, se habla de regímenes de justicia de transición.

La transición haitiana no ha conocido hasta el momento semejante evolución. Los derrotados tienden tradicionalmente a cuestionar la legitimidad de la contienda electoral y el vencedor abusa de su poder intentando subyugar a la oposición.

La idea de “crisis” se reviste de una dimensión inédita en el caso haitiano. La recurrencia al autoritarismo y al uso desmedido de la fuerza son allí mecanismos habituales en la solución de conflictos. Las luchas por conquistar el poder y mantenerse en el mando implican habitualmente eliminar adversarios, incluso físicamente. Más allá de esto, prácticas políticas violentas como el *Père Lebrun* o *suplicio del collar*, son utilizadas frecuentemente con sentido “pedagógico”.

Siendo inconcebible la aceptación de las diferencias y la coexistencia entre puntos de vista contrarios, la solución exige el ejercicio absoluto del poder haciendo que esta lógica contenga el germen de la propia crisis que se pretende resolver provisionalmente por el ejercicio del poder.

A partir del momento en que las crisis “se resuelven” por el ejercicio del poder, y no por la conciliación de los intereses en pugna, el sistema sufre una permanente inestabilidad política. Se

trata, pues, de un sistema político inspirado en la permanente búsqueda de nuevas situaciones de crisis, pues estas no solo componen parte sustantiva del *modus vivendi* político, sino que también se constituyen en su norma fundadora.

Además, necesariamente debe adicionarse el fenómeno histórico de intervenciones externas —unilaterales, multilaterales, legales o no— sostenidas, en muchos casos, en el ejercicio del poder. La naturaleza y la recurrencia de tales intervenciones hacen que lo exógeno se transforme en factor de crisis endógenas. Aunque sean corrientes los vínculos entre crisis políticas domésticas e intereses extranjeros, el caso haitiano, para variar, se reviste de singular particularidad.

Los inmigrantes levantinos —mayoritariamente sirios y libaneses cristianos, que han llegado a Haití desde fines del siglo XIX—, han estado impedidos legalmente de volverse propietarios en el nuevo país. Su creciente número hizo que un nuevo dispositivo legal, adoptado en 1897, con la supuesta intención de restringir aún más la inmigración otomana, propiciase abiertamente las intervenciones externas, sobre todo de Francia y Estados Unidos, en los asuntos internos haitianos. En su artículo 1º, la ley definía que:

“A partir del primer día de agosto próximo, las personas de origen oriental o de raza árabe, que no sean sujetos de una de las potestades con las que nos comprometimos en los tratados comerciales dándoles el derecho de establecerse en nuestra tierra, no pueden entrar en ella sin que, a su llegada al puerto de la República, firmen la declaración de no residir sino en el interior del país y dedicarse a la agricultura, sea por cuenta propia o por encargo de propietarios particulares”²⁵.

²⁵ Vernet Larose: *Haiti: la réussite commerciale de la diaspora syro-libanaise*.

Tanto París como Washington concedieron la nacionalidad a los inmigrantes levantinos que desearan vivir en Haití. Gracias a ello adquirieron propiedades, dominaron el comercio y se transformaron en potenciales actores de la política haitiana. En las distintas crisis que ha vivido el país a lo largo del siglo pasado y al inicio de éste, Estados Unidos y Francia —bajo el pretexto de darles protección diplomática a sus nacionales—, intervienen constantemente. La evaluación diplomática, así como la posición política, tiene en cuenta los intereses de esos dobles nacionales percibidos, no raras veces, como auténticos caballos de Troya.

La intromisión extranjera, mayormente cuando ejerce un incontestable poder como en el caso de la MINUSTAH, indica que el vilipendiado sistema político haitiano logra imponer su norma fundadora y sus principios cardinales al propio sistema global de “tratamiento” de crisis.

Como cualquier sistema político, Haití tiende a modular y adaptar las iniciativas que procuran modificarlo o transformarlo. Una de las características notorias del modelo es el hecho de que cualquiera de los actores, incluidos los internacionales, apuntan únicamente a buscar soluciones vinculadas a la idea de eliminar, evitar, prohibir, bloquear y destruir los elementos del pasado considerados negativos, en vez de explorar, analizar, incorporar, crear, planear y construir significantes y sentidos comunes para y con el conjunto de los actores políticos o, al menos, la mayoría de ellos.

Todo indica, no obstante, que el sistema mantiene su “equilibrio general” respondiendo a los intereses básicos de los actores-clave que detentan el poder, tanto en el interior, como en el exterior del país. Estos actores-clave se acomodan a la situación y funcionan en este contexto de permanente inestabilidad, buscando caminos y medios para salvaguardar sus intereses.

En Haití, el Estado prácticamente no existe o es extremadamente frágil. La organización de la sociedad civil es precaria. Los actores políticos poseen escasa consistencia y su supervivencia está plagada de dificultades. Sin embargo, el país, en su idiosincrasia, posee una conciencia profunda de su historia, una cultura viva y original, una fuerte identidad que fácilmente se trueca en nacionalismo. Hay una gran masa de personas sometidas a condiciones de vida casi infrahumanas, sometida por la búsqueda de respuestas concretas para atender necesidades básicas. Son fatalistas cuando analizan el pasado y cuando proyectan el futuro.

Tal situación explica en parte el hecho de que los protagonistas se reporten a la historia y a los asuntos que ésta todavía no ha resuelto. Buscan, de alguna forma, en el pasado un sentido para el futuro. El pasado condiciona el presente, lo determina y no permite que se tenga una perspectiva política de futuro. De cierto modo, el político haitiano mira el futuro a través del espejo retrovisor. Teniendo en cuenta tales realidades, y aceptándose la validez de la tesis, es indispensable comprender el pasado a partir del presente, considerando las necesidades actuales, con el objeto de nutrir un lenguaje que sea compartido y capaz de propiciar el diálogo político y social.

Uno de los problemas fundamentales consiste en identificar quién desempeña el papel de enemigo y cuáles son las promesas contenidas en su eventual eliminación. Tal cosa no se ha hecho y al no existir esa identificación, no hay posibilidades de construir un punto focal a partir del cual trabajar consensos reales.

Las intervenciones destinadas a transformar el sistema general de solución de conflictos sociales tienen que tomar en cuenta la complejidad y la sofisticación del sistema (que no

por “primitivo” deja de ser complejo). Aunque no existan polaridades que permitan identificar de plano algún antagonismo determinante es amplia la diversidad de las polaridades en conflicto: ricos/pobres; campo/ciudad; negro/mulato; católico/vudú; teología de la liberación/iglesia tradicional; partidos políticos/sociedad civil; patrones/obreros; conservadores/progresistas; derecha/izquierda; guerreros/pacifistas; pro/contra colonizadores.

Lo que existe se sitúa tan solo en un espacio imaginario de oposición a la situación presente y su reproducción, manifestada en torno a ideas-fuerza, como justicia y subordinación. El expresidente Aristide intentó ocupar este espacio en su dimensión simbólica (utilizaba el eslogan “nuestra identidad nos liberará”) aunque nada haya conseguido en concreto.

La aspiración a la democracia, en los términos de la retórica latinoamericana clásica sobre los pobres y la justicia social, es acompañada de otra reivindicación, tanto o más retórica, sobre la ciudadanía electoral y las instituciones. Ausente en el discurso político el vínculo entre los temas de los desafíos socioeconómicos, la democracia y la seguridad, los primeros terminan siendo los primos pobres en el discurso dominante de Haití. La centralidad de la política —vista en sus aspectos más superficiales— parece conllevar la reducción de los dilemas del país a aciertos o desaciertos entre los principales actores de la escena política nacional, cuyo ejemplo más notable parece ser la dificultad de diálogo y reconciliación nacional, siempre pregonados por los actores políticos como simple juego retórico.

Más allá de la retórica no existe un análisis compartido sobre la naturaleza profunda de la crisis y sus causas. Escasos son los esfuerzos que buscan construir una visión común posible

de sostener acciones conjuntas. La ausencia de un real Estado funcional (instituciones, reglas del juego, pesos y contrapesos, aparatos y fuerza pública, transparencia y control) ocupa un lugar menor en los debates nacionales.

Para la creación de un sitio fidedigno de encuentro de voluntades, aspiraciones e intereses dispares —muchas veces no manifiestos— la noción de confianza es central. La confianza entre actores políticos, poderes del Estado, sociedad civil, así como entre actores nacionales e internacionales, es elemental para lograr una base de gobernabilidad e indica la posibilidad de un proyecto nacional, hasta ahora imposible en Haití.

Igualmente se debe subrayar que, en el mundo occidental, el nivel de violencia política es inversamente proporcional a la riqueza material de la sociedad. En sociedades profundamente empobrecidas, como la de Haití, donde más del 50% de la población subsiste bajo la línea de miseria, el control de los escasos recursos del Estado deviene única fuente de “riqueza”. Por ello, no sorprende que la política se transforme en una arena marcada por la competencia constante y violenta.

La espina dorsal de toda transición política —y, en el caso de Haití, debería ser la primera y más urgente— consiste en la construcción de un sistema electoral legítimo, independiente del Ejecutivo y eficaz. Tanto la Constitución de 1987 como la Ley Electoral, promulgada el 24 de septiembre de 2008, prevén la existencia de un Consejo Electoral Permanente —CEP. Sin que cambiara la sigla, Haití dispone de un CEP. Solo que la última letra significa provisoria y no permanente...

Los diversos gobiernos que se han sucedido desde 1987 no han sabido, no han podido o no han querido volverlo permanente. En estos últimos 25 años, elecciones fueron organizadas mediante instituciones *ad hoc*. Desde su surgimiento,

el Consejo Electoral “Permanente” conoció nada menos que 16 fórmulas y composiciones distintas. En todas ellas, invariablemente, el Presidente de la República de turno imprimió su marca. ¿Cómo, entonces, sorprenderse con la desconfianza y las críticas de la oposición? A cada comicios realizado le sigue un vigoroso cuestionamiento de los resultados, reinstalándose la consabida permanente inestabilidad.

Los redactores de la Ley Electoral, conducidos por la loable preocupación de evitar presiones políticas sobre el CEP le concedieron a éste, en materia electoral, poderes supremos y terminativos. No hay cómo apelar ninguna de sus decisiones.

La condición de instancia de último recurso del CEP le fue concedida por una ley que, desde luego, es inconstitucional, ya que extralimita la propia Constitución. El CEP haitiano se sitúa no solo sobre la malla legal y constitucional del país, sino que él es la ley. De hecho y de derecho, todo lo que emana del CEP posee el halo de legalidad suprema, definitiva e incorregible.

Cuando un sistema jurídico concede el derecho y el poder que Haití le concede a su CEP, sería indispensable, como mínimo que tal institución pudiese operar con capacidad técnica irreprochable, independencia política y autonomía financiera. Además, sus nueve consejeros deberían gozar de absoluta legitimidad y sus nombramientos jamás sufrir constreñimientos de naturaleza político-partidaria. Por lo tanto, deberían ser jueces inamovibles por razones políticas, y su elección hecha mediante concursos públicos (que, antes de publicados, tuviesen que pasar por algún filtro jurídico superior que se pronunciase sobre la forma y contenido de las bases del llamado al concurso público).

Ninguna de estas condiciones existe en el caso de Haití. En la mayoría de las elecciones, el Estado participa solamente con el 25% del presupuesto electoral. El financiamiento de las tres cuartas partes restantes proviene del exterior. No es necesario decir que tal “circunstancia” concede a la Comunidad Internacional una importancia capital en las disputas electorales. Los principales Estados y organizaciones internacionales financiadores eligen a un grupo que acompaña, aconseja, sugiere, ejerce presiones, sin descartar veladas o explícitas amenazas.

En el proceso participan activamente técnicos electorales extranjeros. Por ejemplo, la OEA apoyó a la Oficina Nacional de Identificación (ONI) desde su nacimiento. Sin tal apoyo, sería imposible la confección de la Cédula de Identidad Nacional (CIN) distribuida a más de cinco millones de adultos. El CIN es el único y exclusivo documento que permite el ejercicio del voto. Por lo tanto, la confección de la Lista Electoral, o sea, el conjunto de personas adultas capacitadas para ejercer el derecho del voto, depende también del apoyo técnico y financiero del exterior.

Una dificultad adicional surge cuando Haití decide cerrar la Lista Electoral solamente 60 días antes de la votación. La Justicia Electoral, en países como Brasil, dotados de medios infinitamente superiores y de total autonomía, demuestra mucha más cautela con el cierre de la Lista, fijado seis meses antes de la contienda. Las condiciones intrínsecas de Haití dificultan la elaboración de una Lista Electoral confiable. El reducido plazo lo hace imposible. Pero, si aún fuera poco, técnicos extranjeros trabajan en el interior del CEP y se encargan del Centro de Conteo de los Votos (CTV).

La Comunidad Internacional acompaña también la contienda a través de la Observación Electoral. Organismos privados,

como el Centro Carter, el Club de Madrid, la NDI y la *International Foundation for Electoral Systems* (IFES), así como los que son de naturaleza pública, dígame la OEA, CARICOM y Unión Europea, a las que se juntan observadores enviados por determinados Estados.

Cuando se realizaron las elecciones de 2011-2012 —objeto de la tercera parte de este libro— el rol de la Misión de Observación Electoral (MOE) de la OEA/CARICOM estuvo muy lejos de lo inicialmente previsto. En efecto, los resultados de la primera vuelta publicados por el CEP fueron modificados por la MOE y un candidato presidencial resultó descartado en provecho de otro. Ocurrió, por tanto y de hecho, una sustitución de las autoridades electorales haitianas por una institución extranjera.

Pese a los desmentidos tan naturales como constantes, es forzoso constatar la existencia de una imbricación política entre el Poder Ejecutivo, especialmente la Presidencia de la República, y el CEP. De acuerdo con la Constitución de 1987, cabe al jefe del Ejecutivo la responsabilidad de nombrar su Director General (DG), tratándose así de un cargo de confianza exclusivo del Presidente de la República. Evitando poner en discusión la supuesta capacidad técnica del DG, en virtud de su rol primordial, él será siempre percibido con desconfianza por la oposición.

La designación de los nueve Consejeros del CEP proviene de un largo, complejo y poco transparente proceso en el cual, una vez más, el Jefe de Estado dispone de instrumentos incompatibles con los principios de la separación de los Poderes. En fin, la decisión de “convocar al pueblo a votar” constituye una atribución presidencial, aunque tenga, hipotéticamente, que respetar el calendario electoral previsto en la Constitución.

Finalmente, luego de innumerables idas y vueltas, en 2012, el presidente Michel Martelly decidió volver permanente el Consejo Electoral. Entretanto, al usar métodos que descartaron el diálogo con la oposición provocó que la ausencia de concertación bloqueara el proceso. Finalmente, se adoptó la fórmula del Colegio transitorio del Consejo Electoral Permanente (CTCEP) que, por su ambigüedad demuestra, una vez más, que en la cuestión electoral yace el círculo de los dilemas haitianos. Después de meses de embates internos y presiones externas, finalmente, el CTCEP fue instalado formalmente el 19 de abril de 2013.

Como corolario de su ingeniería electoral, Haití se destaca por una sucesión interminable de disputas electorales inherentes a un irracional calendario de votaciones. La Constitución prevé consultas populares, especialmente parlamentares y locales, todos los años. El país vive en permanente tensión electoral. Esta fiebre, que algunos comparan a un “cáncer electoral”, influye sobre su capacidad de enfrentar los desafíos sociales, económicos y los de la reconstrucción. En consecuencia, he ahí un país que no dispone de los requisitos mínimos para el saludable y necesario ejercicio electoral y que, “coronado” por la Comunidad Internacional, hace de éste una actividad constante y central de la vida pública en todos sus ámbitos.

Frente a la contradictoria constatación —de un lado, la crónica incapacidad electoral del Estado y, del otro, el papel preponderante de las votaciones, para la estabilidad política del país— no hay solución que no sea reforzar su capacidad institucional y promover una amplia reforma constitucional. En la ausencia de una verdadera y profunda refundación del sistema electoral haitiano, introducida como una primera etapa de un proceso de cambios políticos que llevarían la firma

de un *Pacto de Libertades y Garantías Democráticas*, es imposible estabilizar políticamente a Haití.

Así como los desafíos socioeconómicos y de reconstrucción son rehenes de las disputas electorales y de la forma de hacer política, el pueblo haitiano también lo es. Dadas las maniobras politiqueras, parece quedar una única arma posible a los haitianos: el desencanto con la política y con los políticos, conforme traducen los altos índices de abstención. La participación en las últimas y, para variar, turbulentas elecciones es reveladora del malestar. Se pasó de una participación del 62% en la elección presidencial de 2006, a un menguado 23% en la segunda vuelta en 2011.

Más allá del debate sobre el grado de legitimidad de los elegidos, la abstención puede interpretarse, entre otras razones, como indicador grave de un posible sentimiento popular de desencanto y rechazo a la forma representativa de la democracia. Dicha eventualidad se reviste aún de mayor gravedad cuando se constata que el fundamento ideológico de la acción de la Comunidad Internacional en Haití consiste en presentar el modelo de la democracia representativa como el único capaz de sacar al país de la situación en que se encuentra.

La OEA, a través del Departamento de Cooperación y Observación Electoral (DECO), fue la más importante contraparte extranjera en la construcción del sistema electoral haitiano. Fuese con proyectos permanentes de cooperación —confección de las cédulas de identidad, provisión de equipos, formación de personal— o mediante iniciativas puntuales cuando se realizan elecciones tales como la elaboración de la Lista Electoral y el conteo de votos. Asimismo, la OEA tiene presencia constante por intermedio de centenares de misiones técnicas y de mediación política en las recurrentes crisis electorales haitianas.

Desde 1995, el CEP recibe cooperación del Instituto Federal Electoral (IFES) de México. Además de éste, la Unión Europea, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el Club de Madrid y otras instituciones electorales nacionales del continente americano colaboran con el CEP.

A pesar de que la asistencia electoral extranjera a Haití haya consumido, desde el inicio de la década de los noventa, aproximadamente 3.000 millones de dólares, el sistema electoral haitiano permanece signado por una irritante fragilidad institucional, recurrente incapacidad técnica y financiera y por la realización de elecciones cuyos resultados se prestan a la protesta y, por ende, a provocar crisis políticas que conllevan, invariablemente, más intervenciones extranjeras.

Haití fue objeto, desde el inicio de 1993, de nada menos que de siete Operaciones de Paz de las Naciones Unidas. La fase inicial (1993-2000) de la *Misión Internacional Civil en Haití* (MICIVH) fue estrictamente civil, con la colaboración pionera entre la OEA y la ONU, que ya no volvería a darse.

Malgrado su carácter multifacético, todas las Misiones han estado bajo el paraguas del Capítulo XII de la Carta de las ONU. Así, el 2 de agosto de 1994, el CS/UN adopta la Resolución número 940, previendo la creación de un contingente militar multinacional para intervenir en el país. Por primera vez en su historia, las Naciones Unidas apelan al Capítulo VII de su Carta para tratar un asunto de naturaleza constitucional y, por tanto, estrictamente doméstico. A partir del momento en que el Consejo de Seguridad de la ONU (CS/UN) considera que las crisis políticas internas haitianas representan una amenaza a la paz y la seguridad internacional, la Comunidad Internacional y el pueblo haitiano se transforman en víctimas de cómo se practica la política en Haití.

La Resolución 940 suscitó dudas y críticas. El mismo CS/UN se refirió a la situación y circunstancias “únicas y excepcionales”, así como a la naturaleza “compleja y extraordinaria” de una situación que exigía “una reacción excepcional” que no podría, en ningún caso, ser utilizada como precedente.

Desde 1966, para el caso de Rhodesia, el CS/UN había adoptado una resolución que consideraba amenaza a la paz y la seguridad internacional el hecho de que se cometieran graves violaciones de los derechos humanos al interior de las fronteras nacionales. El argumento se repitió con la adición de un elemento mayúsculo considerado central en la crisis haitiana: “Los desplazamientos masivos de poblaciones constituyen amenazas a la paz y a la seguridad internacionales o agravantes de las amenazas existentes”.

Aunque el número de *balseros* no supere decenas o centenares de personas, para una población total cercana a los 10 millones de individuos, el CS/UN trata esas migraciones forzadas como “desplazamientos masivos”.

Pese a la oposición de Brasil y las reticencias de China y Rusia, la Resolución 940 fue adoptada y se ha vuelto, al contrario de lo que proclaman sus propios dispositivos, paradigma intocable para el tratamiento de las crisis posteriores surgidas en el país caribeño. De precedente excepcional pasa a la condición de regla petrificada e inmutable. Desde entonces, los sobresaltos políticos y estrictamente domésticos del inestable Haití serán leídos por el CS/UN como una amenaza que debe ser contenida por la intervención de contingentes militares extranjeros.

FIGURA 3 — MISIONES DE LA ONU EN HAITÍ (1993-2015)

Misión	Duración	Comando	Efectivos	Costos
MICIVIH ²⁶	Febrero 1993 a Marzo 2000	ONU y OEA	280 civiles	14 millones de dólares
UNMIH	Septiembre 1993 a Junio 1996	Estados Unidos	1,297 militares y 291 policiales	15,1 millones de dólares
UNSMIH	Julio 1996 a Julio 1997	Canadá		
UNTMIH	Agosto a Noviembre 1997	Canadá	50 militares y 250 policiales	20,6 millones de dólares
MIPONUH	Diciembre 1997 a Marzo 2000		300 policiales	20,4 millones de dólares
MICAH	Marzo 2000 a Febrero 2001			
MINUSTAH	Junio 2004 a Febrero 2015	Brasil	12,000 militares 2,500 policiales	8,8 mil millones de dólares

Fuente: Elaborado por el autor con datos de Naciones Unidas.

Aunque cada una de esas Misiones haya intentado ser una respuesta a situaciones específicas, cada cual presentando perfiles y características distintas, es forzoso constatar que el *leitmotiv* de las intervenciones exógenas viene a ser la naturaleza política de la crisis haitiana. Política en el sentido de que la marca

²⁶ Trátase de la única misión conjunta ejecutada entre OEA y ONU. Transcurrieron dos décadas y Haití continúa desafiando los esfuerzos internacionales para supuestamente democratizarlo.

indeleble de tales crisis domésticas de baja intensidad resulta de la simple e “inevitable” lucha por el poder, marca registrada en toda sociedad humana organizada. Al responder a una solicitud endógena, la Comunidad Internacional —aún y en muchos casos aparentemente contra su voluntad— se transforma en uno de los principales actores del juego político haitiano.

En consecuencia, son los desafíos políticos los que deberían estar en el centro de la estrategia de la Comunidad Internacional en Haití. El círculo de los dilemas está en la política, pese a las carencias internas de todo tipo y también en otro orden de cosas. Sin un *modus vivendi* aceptable para todos y reglas del juego que se impongan a los actores no hay solución duradera. Mientras la Comunidad Internacional se mantenga ciega frente a esta realidad y se dé por satisfecha con soluciones de poder no haitianas, la crisis puede beneficiarse de algún período de calma, pero jamás de un epílogo.

Como corolario a su modelo político, en el plano económico Haití sobrevive en profunda y crónica dependencia externa. Sin la existencia de un sistema fiscal coherente y eficaz, el debilitado Estado haitiano consigue recaudar, a través de impuestos aduaneros y sobre una ínfima parte del consumo, tan solo el 10% de cuanto necesita para funcionar mínimamente. Por tanto, el 90% del presupuesto estatal proviene de las remesas de la diáspora haitiana y de las donaciones internacionales.

Gracias al aporte externo, Haití presenta indicadores macroeconómicos positivos: inflación controlada; sistema de cambio libre y estable; emisión monetaria disciplinada y el inmenso déficit de la balanza comercial compensado por el equilibrio de la balanza de pagos.

El modelo económico haitiano puede equipararse a modelos de economías de Estado que funcionan debido a los rendimientos de un grupo reducido de *commodities*. La renta petrolífera de

los países del Golfo Pérsico y la extracción minera de algunos países de África y de América Latina son los ejemplos más conocidos. En el caso haitiano, la “ayuda” internacional constituye su *commodity* especial.

Es un modelo estable que ejerce funciones similares a la de los países rentistas. La ayuda internacional llega formalmente a Haití a través de operaciones contables. Luego retorna a los países donadores —particularmente a los influyentes y desarrollados— mediante la compra de bienes y de servicios. El modelo descarta la necesidad de un Gobierno eficaz, ya que los consejeros extranjeros, financiados por la renta, son los encargados de administrarla.

Consolidado en la práctica y en los espíritus, el paradigma haitiano parecería satisfacer al conjunto de actores. El Gobierno dispone de una fuente segura de recursos, los países donadores recuperan la casi totalidad de las donaciones, la élite haitiana recibe protección y, finalmente, la burocracia de las organizaciones internacionales se beneficia de ventajas salariales y remuneratorias, dado que supuestamente actúa en una región considerada de alta conflictividad. En el caso de que se presenten problemas, sea de gerenciamiento o de eficiencia, los actores eliminan su responsabilidad acusando a su socio.

Para garantizar la perpetuidad del paradigma haitiano resulta indispensable que los problemas aparentemente enfrentados perduren, pues si se solucionan se inicia su decadencia. De tal lógica resulta que el pueblo haitiano debe ser condenado a perpetuarse en su indigna e injusta condición.

La crisis de poder inserta en un marco de profunda desigualdad social y continua depresión económica desafía el orden internacional. Pero, de nuevo, una vez más, con la irritante insistencia en no comprender la naturaleza primera de la crisis haitiana, la Comunidad Internacional vuelve a intervenir con

sus fuerzas militares y policiales en los asuntos internos del diminuto y desamparado país.

Como si fuera un símbolo de las tumultuosas relaciones entre el mundo y la turbulenta República Negra, en el año del aniversario del Bicentenario de su Independencia, Haití fue ocupado por fuerzas militares extranjeras. Dispuesto a permanecer el tiempo que juzgue necesario, el poder internacional pretende, de una vez por todas, normalizar un país anómalo, estabilizar un sistema político cuyos fundamentos reposan en la inestabilidad, integrar al sistema internacional una economía que sobrevive gracias a los recursos externos y, finalmente, extirpar los demonios que la tientan e inquietan hace dos siglos. Un programa vasto, ambicioso e irrealizable. La caída de Jean-Bertrand Aristide será la oportunidad soñada para ponerlo en práctica.

CAPÍTULO III

UN GOLPE A LA DEMOCRACIA: LA CAÍDA DE ARISTIDE

La verdad es que todo hombre inteligente, ustedes lo saben bien, sueña con ser un gángster que reina sobre la sociedad a través de la violencia. Como eso no es tan fácil como sugiere la lectura de novelas del género, él se orienta hacia la política, pasando a dirigir el partido más cruel.

ALBERT CAMUS, “LA CAÍDA”

“¿Usted sabe por qué estoy acá?”, preguntó en español, Luis Moreno, embajador adjunto de Estados Unidos en Haití. “Sí, por supuesto”, contestó el presidente Jean-Bertrand Aristide²⁷.

Este diálogo ocurrió en las primeras horas de la madrugada del 29 de febrero de 2004 cuando, acompañado por seis oficiales de su seguridad, el diplomático norteamericano ingresó a la residencia particular de Aristide, ubicada en Tabarre, en los alrededores de Puerto Príncipe.

²⁷ Jean-Bertrand Aristide –Titide– nació en Port Salut (sudoeste de Haití) el 15 de Julio de 1953. Se ordenó padre salesiano en 1983 y luego adhirió a la Teología de la Liberación. Orador brillante, sus prédicas religiosas y sus acciones sociales lo condujeron rápidamente a la política. Expulsado de la Congregación Salesiana en 1988, fue electo Presidente de la República en diciembre de 1990. Un Golpe Militar lo derrocó en Septiembre de 1991. Volvió al país en 1994 para concluir su mandato. Autor prolífico de dos docenas de libros, Aristide es objeto de culto y también de odio. Nada menos que 58 libros se han publicado sobre este controvertido personaje.

A partir de este momento aparecen, para decir lo mínimo, dos versiones que se contraponen frontalmente.

La de Estados Unidos sostiene que actuaron en respuesta a la solicitud del propio Aristide para que pudiese abandonar Haití con total seguridad. Llegaron a la residencia en vehículos oficiales de la embajada norteamericana y condujeron a Aristide al Aeropuerto Toussaint Louverture. A las 6:15 am, a bordo de un jet comercial fletado por el gobierno de Estados Unidos, Aristide y su esposa Mildred Trouillot salieron de Haití.

Surge enseguida la segunda versión. Ocurre que Jean-Pierre Perrin, del periódico francés *Libération*, llegó a la residencia de Aristide pocos momentos después de que éste la dejara. No había guardias y el portón de acceso se encontraba entreabierto. Al ingresar a la casa encontró a un señor haitiano visiblemente amedrentado. Era Joseph Pièrre, vigilante de la residencia de Aristide. Al ser indagado sobre qué había pasado, él contestó:

“Americanos blancos vinieron a buscarlo en helicóptero. Vinieron acompañados también por hombres encargados de su seguridad. Eran las 2 de la madrugada poco más o menos. Él no quería partir. Los soldados americanos lo forzaron. A raíz de las armas que lo apuntaban, fue obligado a seguirlos. Los Americanos son los más fuertes después de Dios²⁸.

Los diferentes relatos sobre el modo de ingreso a la residencia y la forma de convencer a Aristide sirvieron de combustible para una enorme confusión, aún no aclarada. Más todavía, porque pronto el mismo Aristide denunció su supuesto secuestro.

Un tercer elemento en la discordia podría residir en la existencia o no de una renuncia formal de Aristide a la presidencia.

²⁸ *Libération*, París, 1 de marzo de 2004.

Él niega haber renunciado. Sin embargo, admite haber redactado y firmado un documento en el cual la peculiar forma *aristidiana* de escritura se encuentra plenamente verificada. Así es el breve documento redactado en *krèyòl*:

“28 de febrero de 2004,

Yo juré respetar y hacer respetar la Constitución.

Hoy en la noche, 28 de febrero de 2004, estoy decidido a respetar y a hacer respetar la Constitución.

La Constitución garantiza la vida y la paz. La Constitución no debe ser ahogada en la sangre del Pueblo haitiano.

Por esto, si esta noche mi dimisión evita un baño de sangre, acepto partir con la esperanza de que habrá vida y no muerte.

Vida para todos.

Muerte para nadie.

A respetar la Constitución;

A hacer respetar la Constitución;

Haití tendrá vida y paz.

Gracias.”

Aunque no esclarezca las circunstancias en que redactó y firmó el documento, no caben dudas sobre su autenticidad y significado. Fue un comunicado formal de renuncia al cargo de Presidente de la República de Haití.

Sobre lo ocurrido, en cierta oportunidad pregunté a René Préval. Él me contestó lacónicamente: “Aristide subió solo la escalera que lo condujo al avión”.

Independientemente de las interpretaciones, hay una lamentable e incuestionable realidad: exactamente en el año del Bicentenario de la gloriosa Independencia, Haití se halla decapitado y tropas extranjeras se preparan para ocupar el país una vez más.

¿Cómo se desarrolló el proceso que desembocó en esta situación?

Poco menos de cuatro años trascurren desde el inicio de la crisis, en mayo de 2000 hasta su fatídico desenlace de fines de febrero de 2004. El período puede ser dividido en dos fases. La primera está marcada por las cuestionadas elecciones, la intensa mediación por parte de la OEA, y su conclusión violenta el 17 de diciembre de 2001.

Interrumpidas las actividades legislativas desde enero de 1999, la reapertura de las dos Cámaras era factor primordial para la consolidación democrática del país. Las elecciones parlamentares y municipales del 21 de mayo de 2000 adquirían, en tales circunstancias, particular importancia.

Desde 1990, la OEA acompañó y observó cuatro elecciones en Haití. Nuevamente, en el 2000, una Misión de Observación Electoral se encontraba en el país. Constataba, pese a serios problemas administrativos y logísticos, varios aspectos positivos: registro de electores, importante nivel de participación y ausencia de violencia el día de la votación.

No obstante, luego señaló graves irregularidades en el momento del conteo de los votos. Según los artículos 53 y 64 de la Ley Electoral haitiana, un candidato al Parlamento será electo solamente si satisface la condición de alcanzar la mayoría absoluta (50% más uno) de los votos válidos en la primera vuelta. En el caso contrario, deberán competir en la segunda vuelta los dos candidatos mejor ubicados en la primera.

El jefe de la MOE en Haití, Orlando Marville, diplomático de Barbados, indicó que las autoridades electorales al calcular los porcentajes atribuidos a cada uno de los dos candidatos al Senado no tomaron en cuenta el número total de votos emitidos. La metodología utilizada por el CEP excluía cerca de 1 millón 200.000 electores e infringía el principio básico de un

elector igual a un voto. La consecuencia inmediata de ello fue que se eligieron en la primera vuelta a ocho candidatos al Senado —todos integrantes de la base política de Préval— cuando, en realidad, ellos tendrían que haberse sometido al escrutinio de la segunda vuelta.

El presidente René Préval recibió las informaciones de Marville y, según me dijo, se dispuso a analizar cómo subsanar los supuestos errores cometidos. Pero, después de reunirse con Préval, y sin que éste supiese, Marville convocó una entrevista colectiva de prensa para denunciar el supuesto fraude e inmediatamente abandonó el país. Tras de sí dejó un Haití en llamas. Pronto los candidatos derrotados de la oposición se adueñaron de las críticas de Marville y exigieron que la votación fuese anulada.

Aunque la crisis hincase sus raíces en la metodología del escrutinio, el tratamiento público y escandaloso hecho por el Jefe de la MOE de la OEA le confirió una dimensión indebida. El embate transitó de una simple cuestión que involucraba el método para contar los votos, o sea, estrictamente circunscrito a ello, a una disputa política que desembocó en un cambio del régimen y en la intervención militar extranjera.

Al considerar que Marville traicionó su confianza, Préval lo declaró *persona non grata*. Los esfuerzos de mediación realizados a partir de entonces por la OEA estarán marcados por la tensión y el fracaso.

No sorprende el doble hecho de que el CEP no corrigiese las fallas identificadas y que la OEA no observase la segunda vuelta de las elecciones legislativas y municipales. Una vez más, éstas son boicoteadas por diversos partidos de oposición.

Otro *impasse* en la democracia Haitiana, cuyos resultados deberían haber pacificado el país, como ocurre en una democracia cuando el elector manifiesta su voluntad. Allí sin embargo

termina sirviendo de combustible para retroalimentar la crisis política: es decir, conduce a fines contrarios. En tal sentido, encuadra con rigor en el modelo descrito en el capítulo anterior.

Con sus gestiones, la OEA esperaba que la crisis aminorase. Pero sucedió todo lo contrario. El 17 de junio del año 2000, el presidente del CEP, Léon Manus, abandonó sus funciones y se fue de Haití. Rehusó avalar el fraude y solicitó asilo a Estados Unidos. Además de los errores apuntados por la MOE de la OEA, en correspondencia enviada a Colin Powell, en diciembre del mismo año, Manus reveló que, convocado por Préval y Aristide al Palacio Nacional, fue amenazado de muerte en caso de que no se publicasen los resultados manipulados.

Según Manus, en la noche anterior a la votación, varias personas —entre ellas varios policías graduados— sustituyeron urnas vacías por otras llenas de votos para los candidatos de la *Familia Lavalas*. Es de notar que otros dos consejeros de la CEP, ambos representantes del Espacio de Concertación —Debussy Damien y Emmanuel Charles— igualmente presentaron su dimisión.

A raíz de las deficiencias identificadas en las elecciones del 21 de mayo, adivino no solo una crisis de legitimidad, con el consiguiente y significativo *impasse* político, una tensa relación con la OEA, sino también una grave crisis socioeconómica en el país, al ser suspendidos centenares de millones de dólares de asistencia para el desarrollo. La realización de elecciones legislativas y municipales confiables y transparentes es considerada como una precondition para que esos recursos (de la Comunidad Internacional donadora) sean liberados.

Tal y como ocurriera cuando el embargo a raíz del golpe militar de Raoul Cédras contra Aristide en 1991, la Comunidad Internacional penaliza al país y afecta, principalmente, a los haitianos más humildes y desposeídos. Una vez más, son las

mayores víctimas de la polarización que separa a sectores de la sociedad nacional.

A pesar de las severas dificultades, la OEA prosiguió en sus esfuerzos de mediación y decidió, el 4 de agosto de 2000:

“aceptar la invitación del Gobierno de Haití y enviar al país, de inmediato, una Misión encabezada por el Secretario General, con representación del Grupo de Amigos del Secretario General de la ONU, para identificar conjuntamente con el Gobierno de Haití y otros sectores de su comunidad política y civil, alternativas y recomendaciones destinadas a resolver, a la mayor brevedad posible, dificultades como las que surgieron de las diferentes interpretaciones de la Ley Electoral, y continuar fortaleciendo la democracia en ese país”.

En cumplimiento al mandato, el secretario general de la OEA, acompañado por la delegación mencionada, viajó a Haití y, al retornar a Washington, declaró que:

“las consecuencias de las elecciones del 21 de mayo habían exacerbado la crisis política y de las instituciones democráticas ya existentes en el país, en vez de comenzar a resolverlas, como se esperaba. El sentido de una necesidad urgente de mantener un diálogo político coexiste ahora con dudas sobre si tal diálogo es posible”.

En consecuencia el Secretario General Adjunto, el norteamericano Luigi Einaudi, visitó Haití en tres ocasiones con el objetivo de facilitar y promover un ambiente de diálogo. Lo hizo en el período comprendido del 15 de septiembre al 23 de octubre del año 2000. El 11 de octubre de ese mismo año, hizo una presentación verbal al Consejo Permanente de la OEA (CPOEA), durante la cual observó que aún existían diferencias considerables que debían ser eliminadas y que el tiempo se iba

transformando rápidamente en un enemigo común para todos los interesados. Subrayó que, no obstante la ausencia de un acuerdo político sobre cómo resolver las contradicciones provenientes de las elecciones del 21 de mayo y cómo garantizar la legitimidad para la Presidencia y el Senado, resultaba claro que sería respetado el calendario electoral que programaba elecciones para el 26 de noviembre, es decir, a solo escasas seis semanas.

En octubre, Einaudi presentó un documento titulado “Elementos de reflexión con vistas a un acuerdo nacional”, respecto del cual parecía haber significativo acuerdo por parte de todos los interesados acerca de diversos puntos. Entretanto, al iniciarse noviembre, él volvió atrás y constató que “... no existe un consenso suficientemente amplio para lograr los objetivos de la OEA: a saber, la negociación de un acuerdo nacional entre todas las partes que resolviese la crisis política y atendiese los requerimientos y obtuviese el aval de la Comunidad Internacional.”

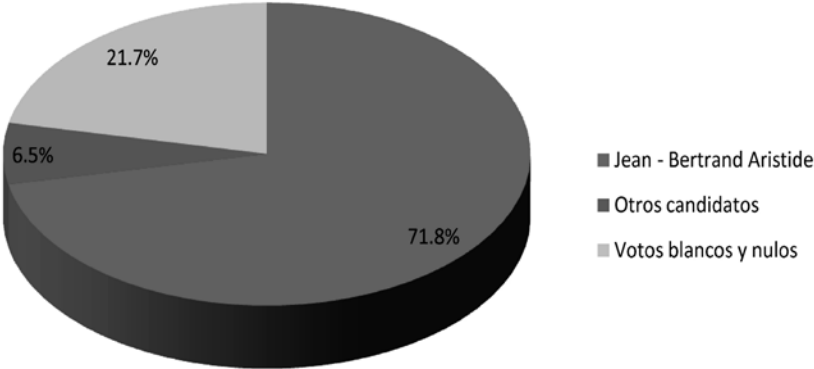
Aunque continuaron las negociaciones, no surgió ningún resultado tangible, de modo que las elecciones presidenciales se llevaron a cabo sin que hubiesen sido corregidas las fallas verificadas en las elecciones del 21 de mayo.

En consecuencia, la OEA tampoco observó esas elecciones. El 27 de noviembre, lamentó informar que:

“la decisión de las autoridades haitianas de proceder a realizar las elecciones del 26 de noviembre aún en ausencia del acuerdo político necesario, evita una interrupción en el calendario de la sucesión presidencial, pero no altera la necesidad de garantizar una amplia representación política y la participación de los ciudadanos, que son críticas para el desarrollo de la democracia haitiana”.

Se suponía que la ausencia opositora iba a provocar una baja participación y motivar el cuestionamiento de la legitimidad del nuevo presidente. Sin embargo, casi tres millones de electores concurren a votar, o sea, hubo una participación del 66% del electorado y Jean-Bertrand Aristide fue electo en la primera vuelta con 2 millones 632,534 votos, es decir, 71,8% del cuerpo electoral. En conjunto, los demás candidatos sumaron 239.038 votos. El boicot opositor dio como resultado que los votos en blanco, anulados, y las abstenciones alcanzaran 796.477. Hay que anotar que al descartar los votos anulados y en blanco, Aristide fue elegido con el 91,81% de los votos válidos.

FIGURA 4 - ELECCIÓN PRESIDENCIAL DE NOVIEMBRE 2000



Fuente: Consejo Electoral Provisorio.

No obstante la inapelable victoria, la Convergencia Democrática designa a Gérard Gourgue como Presidente de Haití²⁹. No se trata de un gabinete fantasma para acompañar y criticar la acción gubernamental, como ocurre con el partido derrotado en el régimen bipartidista y parlamentarista británico. El objetivo de la oposición haitiana, pese al hecho de no haber recibido ningún voto, consiste en intentar sustituir al presidente electo.

Aristide enfrenta una oposición múltiple constituida por cuatro fuerzas principales: la primera, formada por el *Grupo de los 184*, fue financiada por el empresario haitiano-americano André Apaid, reuniendo miembros de la supuesta sociedad civil cuyos recursos provienen del exterior, además de agrupaciones políticas que van desde la extrema derecha a los comunistas, intelectuales y activistas de diversas tendencias. La segunda se agrega a la Convergencia Democrática y reúne partidos de oposición, incluso disidentes del Lavalas como la Organización del Pueblo en Lucha (*OLP*), dirigida por el intelectual y político de izquierdas Gérard Pierre-Charles. Durante casi tres décadas Pierre-Charles vivió en el exilio. Profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), ayudó a formar centenares de estudiantes latinoamericanos. Tenía vínculos con la izquierda de la región y estuvo próximo al Partido de los Trabajadores de Brasil (PT). Su OLP, además de formar parte de la Internacional Socialista, es también la única organización política haitiana representada en el *Foro de Sao Paulo* —espacio de diálogo y concertación de los partidos políticos de izquierda de América Latina y del Caribe.

²⁹ Gérard Gourgue no desistirá de llegar al Palacio Nacional. Evalúa sus chances al postularse en las elecciones presidenciales de febrero de 2006. Contemplado con míseros 5.852 votos, que representan el 0,3% del total, Gourgue no dejó de calcular bien en el 2000, cuando intentó, por vías transversales, realizar su sueño. A través del voto sería imposible.

Entre los miembros de esa híbrida oposición existe un denominador común: fueron sistemáticamente derrotados, por Aristide o por Préval, en todas las lides presidenciales ocurridas desde 1990.

La tercera fuerza —quizás la más importante por su capacidad de movilización y coherencia— reúne estudiantes de la universidad pública, articuladores de un discurso corporativo que luego se traduce en reivindicaciones de naturaleza política.

La cuarta reúne exmilitares bajo el comando de Guy Philippe, destacándose por acciones puntuales y golpistas que asumen carácter violento. Su doble sueño consiste, por un lado, en derribar a Aristide y, por el otro, recrear las Fuerzas Armadas de Haití (FAH), disueltas por Aristide en 1995. Guy Philippe desempeñó un papel fundamental para acelerar, al comienzo de 2004, el ocaso del gobierno de Aristide.

En enero de 2001, el primer ministro haitiano Jacques Edouard Alexis viajó a Washington, con mandato y aval otorgados por Préval y Aristide, para intentar revitalizar el diálogo, apoyado por la OEA, sobre asuntos pendientes identificados en el documento antes mencionado.

Einaudi observó que la amplia representación política y la participación de los ciudadanos eran determinantes para lograr la estabilidad haitiana. Constatando el consenso alcanzado sobre esos puntos en su Misión a Haití de octubre del 2000, expresó fuerte preocupación con respecto a la necesidad de mejorar la seguridad para todos los haitianos. Enunció igualmente su convicción de que el documento presentado al *Fanmi Lavalas* y a la *Convergencia Democrática*, el 19 de octubre de 2000, podría servir de base para un diálogo renovado.

En la ceremonia de trasmisión del mando al nuevo presidente, ocurrida el 7 de febrero del 2001, Einaudi compareció en representación del Secretario General de la OEA. En este

viaje, del 6 al 10 de febrero, aprovechó esa oportunidad para mantener abiertas las líneas de comunicación con todos los interesados. En la perspectiva de determinar en qué medida las condiciones enunciadas antes habían sido satisfechas para que la OEA pudiese proseguir en sus esfuerzos de identificación continua de problemas, conjuntamente con el gobierno y otros sectores de la comunidad política y sociedad civil del país. Aprovechó asimismo para poner en práctica las medidas juzgadas pertinentes para seguir fortaleciendo la democracia en Haití, en conformidad con los ocho compromisos enunciados por el futuro Presidente en diciembre del 2000.

Del 8 al 10 de marzo de 2001, Einaudi volvió a visitar Haití y, en su informe, concluyó que el país “ha tomado determinadas medidas, pero queda todavía mucho que hacer. Las medidas adoptadas hasta ahora aún no garantizan el fortalecimiento democrático en Haití”.

El informe se refirió también a indicaciones recibidas del Presidente Aristide en el sentido de que su ministro de Relaciones Exteriores, Joseph Philippe Antonio presentaría, en una sesión del Consejo Permanente —a realizarse el 14 de marzo de aquel año—, una proposición para el establecimiento de una comisión especial de la OEA de apoyo a la democratización de Haití. Sugirió asimismo que, de ser creada dicha comisión, conforme a lo solicitado por el presidente haitiano, convendría que, sobre todo al inicio, se concentrase en buscar nuevas medidas relativas al diálogo político, señalando igualmente que, en caso de que el proceso de diálogo demostrase ser productivo, la OEA podría solicitar la colaboración de las Naciones Unidas en áreas críticas, así como de instituciones financieras internacionales y miembros individuales de la Comunidad Internacional.

En su discurso del 14 de marzo, el ministro haitiano de Relaciones Exteriores buscó el apoyo del Consejo Permanente

para establecer una comisión especial de la OEA sobre Haití. Luego de considerar la solicitud, el Consejo resolvió:

1. Expresar la convicción de que la solución de las crisis recurrentes de las elecciones haitianas del 21 de mayo del 2000 es esencial para el fortalecimiento de la democracia y el respeto a los derechos humanos en el país.

2. Solicitar al Secretario General que emprenda las consultas necesarias con el Gobierno de Haití y otros sectores de la comunidad política y de la sociedad civil, tomando en consideración la declaración del ministro de las Relaciones Exteriores y Culto de Haití, sobre la posibilidad de un diálogo para resolver la crisis”.

Einaudi hizo una nueva visita a Haití, del 2 al 4 de abril, con el fin de evaluar las medidas específicas tomadas por las autoridades y por la comunidad política como un todo para dar cumplimiento a los compromisos asumidos anteriormente y las garantías dadas por el Canciller en la sesión del 14 de marzo del Consejo Permanente. La visita y las consultas ocurrieron simultáneamente con los preparativos de la Tercera Cumbre de las Américas, que se realizaría en Canadá, del 18 al 22 de abril de 2001. Muchos Estados miembros expresaron su preocupación creciente con respecto a los continuos problemas de Haití y sus posibles repercusiones para la democracia en el Hemisferio.

En esta ocasión Gaviria y Einaudi se reunieron con las autoridades haitianas, las que a su vez mantuvieron contacto con muchos líderes del Hemisferio, especialmente con los de la CARICOM. En el cierre de la Cumbre, el Primer Ministro Jean Chrétien de Canadá, afirmó que los jefes de Estado prestarían especial atención al caso de Haití. Reconoció los esfuerzos del Presidente Aristide en el sentido de solucionar los problemas

que continúan hipotecando el desarrollo democrático, político, económico y social del país y los esfuerzos de los otros partidos políticos de Haití y de otros sectores de la vida política, especialmente de la sociedad civil. Chrétien declaró también:

“Con la intención de facilitar la realización de estas metas, solicitamos al Señor César Gaviria, Secretario General de la OEA, que trabaje con la CARICOM, que haga consultas y que visite Puerto Príncipe en un futuro próximo y que comunique sus conclusiones a la OEA, antes de la próxima Asamblea General y asegure un acompañamiento adecuado”.

El 9 de mayo de 2001, como respuesta directa al pedido del Primer Ministro Jean Chrétien, el Primer Ministro Owen Arthur, de Barbados. Presidente de la Conferencia de Jefes de Gobierno de la Comunidad del Caribe, y el Secretario General concordaron en unir los esfuerzos de la OEA y de la CARICOM sobre Haití, en una Misión conjunta dirigida por el Secretario General y por la ex-Primera Ministra de Dominica, Eugenia Charles.

En este sentido una misión exploratoria conjunta, constituida por el Secretario Adjunto de la OEA y de la CARICOM, acompañada por el Centro Carter, visitó Haití del 10 al 13 de mayo. Se realizaron extensas consultas con el presidente Aristide, con el representante de su partido político, Fammi Lavalas, con el representante de Convergencia Democrática, con representantes de la sociedad civil y con representantes locales del Grupo de Amigos del Secretario General de Naciones Unidas. Otros partidos y grupos políticos también se hicieron representar.

Al final de la misión exploratoria, Einaudi constató que no existían condiciones para una solución global. Teniendo en cuenta el mandato de la Misión, la gravedad de la situación y la posición de varios Estados miembros y del presidente de la

Conferencia de Jefes de Gobierno de la CARICOM, el Secretario General y Eugenia Charles, visitaron Haití desde el 29 al 31 de mayo y se reunieron con el presidente Aristide, los principales partidos políticos y con una amplia gama de representantes de la sociedad civil.

La Misión se preocupa por la falta de confianza mutua y por la ausencia de un clima de negociación en el cual la crisis política que sofoca al país pudiese ser resuelta.

El presidente Aristide entregó a la Misión una nota en la cual presenta las medidas que está tomando para poner fin a la crisis y en la que solicita apoyo internacional.

Al dejar Haití, el Secretario General declaró que la Comunidad Internacional debería aumentar su participación y persuadir a todos los interesados de la necesidad de llegar a un acuerdo a la mayor brevedad posible. Él reconoció que la presión internacional sobre el Gobierno para corregir las graves irregularidades había sido útil, pero que las perspectivas para el pueblo haitiano serían demasiado sombrías si el país fuera aislado de la comunidad financiera internacional.

Einaudi resaltó la necesidad de incrementar los esfuerzos de mediación de la OEA-CARCOM y de incorporar al proceso como amigos a determinados países que tienen influencia decisiva sobre Haití. Se esperaba que el cumplimiento de lo anunciado por el presidente Aristide abriera caminos para un proceso de negociación.

En el segundo semestre de 2001, la crisis se agudizó y las partes involucradas decidieron apelar a la violencia, lo que desembocó en los trágicos acontecimientos de diciembre del mismo año y marcó la irreversibilidad de la situación.

En la madrugada del día 17, treinta individuos bien armados (otras fuentes mencionan 80 y otras 90) intentar tomar por asalto el Palacio Nacional. Luego de escaramuzas confusas, el

Gobierno anuncia la recuperación del Palacio. El episodio había provocado la muerte de cinco personas (dos policías, un asaltante y dos simples ciudadanos).

Pese a las dudas acerca de lo ocurrido y el balance de víctimas, el presidente Aristide declaró que hubo un intento de golpe de Estado. Hace referencia a hechos anteriores similares y lanza un llamado a la movilización popular. Para Aristide delante de este “veneno que mata a la democracia” el pueblo debe desempeñar un papel primordial:

“Ayer, sin duda, el pueblo se manifestó para defender a la democracia. El papel del pueblo es estar en la vanguardia, montar las barricadas de la paz donde sean necesarias, sin violencia, respetando los derechos de cada uno, en el diálogo. He visto la cantidad de barricadas de Paz que ustedes han erigido para impedir que los terroristas huyan y paren de matar a la gente. Quedamos satisfechos al constatar la colaboración que existe entre el pueblo y la policía, y queremos solicitarles que continúen prestándoles a ésta toda la información concerniente a los criminales que intentan huir para no ser apresados y están dispuestos a hablar. Se trata de un golpe de Estado, que sabremos controlar rápidamente y no es sino con este fin que pedimos a toda la población que se movilice pacíficamente para, también pacíficamente, defender la democracia”.

Las menciones a la paz y a la no violencia son simple ejercicio de estilo. Pocos minutos después del pronunciamiento de Aristide, miembros de la Familia Lavalas, simpatizantes, *chimères* (fantasmas), funcionarios del Estado e integrantes de la Policía se mancomunan y, juntos, realizan una *razzia* de extrema violencia contra opositores, estudiantes y periodistas. La esporádica violencia predominante adquiere entonces contornos de ciega y generalizada venganza, tanto en la capital como en ciudades del interior.

Las sedes de los partidos de oposición y residencias de los principales líderes son saqueadas e incendiadas y, a veces, de simples simpatizantes. Los locales de prensa son atacados y los periodistas, agredidos. Una turba de *chimères* atacó el Centro de Investigaciones y de Formación Económica y Social para el Desarrollo (CRESFED), fundado por Gérard Pierre-Charles. Su esposa, la historiadora Suzy Castor, reaccionó a la agresión de esta manera:

“Denuncio ante la opinión nacional e internacional, a todas las organizaciones de derechos humanos y a los amantes de la paz y la democracia, las bárbaras acciones perpetradas por el Gobierno de Haití, bajo la responsabilidad del Señor Jean-Bertrand Aristide, contra la institución que dirijo. La misma fue asaltada, saqueada e incendiada por agentes del poder Lavalas. Vuélvese evidente el sentido de esta acción cuando en las paredes manchadas de este centro de cultura, los bandoleros firmaron su nombre: *Aristide o muerte*”³⁰.

Escudándose en su llamado a acciones pacíficas, Aristide intenta aparentar inocencia y desconocimiento de los hechos. Sin embargo, nadie es ingenuo. Él no hizo nada para impedir lo ocurrido y ni siquiera lo criticó. El silencio cómplice será su condena. La oposición no le dará tregua y no descansará mientras Aristide siga siendo el ocupante, considerado indigno, del Palacio Nacional.

En política internacional, muy especialmente, los silencios y las ausencias transmiten mensajes. Ambos son “hablantes” y “actuantes”. El 1° de enero de 2004, Aristide pretende conmemorar con gran pompa el Bicentenario de la gloriosa Independencia Haitiana. Por las características del evento, Puerto Príncipe debería recibir, a pesar de la fecha poco adecuada, a

³⁰ Suzy Castor, “Frente al Vandalismo del Poder Lavalas”, CRESFED, sin fecha.

un gran número de jefes de Estado y de Gobierno. La fiesta fue un fiasco.

Aunque presente, la dimensión simbólica de la fecha celebratoria de la única victoria de esclavos en la historia de la humanidad, ningún jefe de Estado latinoamericano, ni siquiera Hugo Chávez, Fidel Castro o Lula, se desplazó a Haití. Aristide se había vuelto “un presidente poco frecuentable”. Solo el primer ministro de las Bahamas, Perry Christie, y el presidente de África del Sur, Thabo Mbeki, estuvieron presentes, sufriendo este último numerosas y severas críticas por haber comparecido.

El discurso oficial de Aristide saluda el hecho de que Haití fue el país que “emergió de la noche de la esclavitud y donde, en el mismo día, se levantó el sol de la libertad”.

Aprovechó para prometer al pueblo un futuro hecho de miel. Amarga miel, pues una parte de su pueblo respondió con violencia en Puerto Príncipe. Y, como reza un proverbio haitiano, “cuando el baile termina, el tambor pesa”.

Luigi Einaudi, profundo conocedor de la política haitiana y el más activo mediador que busca soluciones para la crisis, resumió perfectamente la situación que prevalecía a mediados de febrero del 2004. Según él:

“Todo hace pensar que la oposición espera la oportunidad para apartar a Aristide del poder: venciendo por la fuerza militar o haciendo que la situación vuelva el país ingobernable y Aristide decida partir... Quedan dos opciones. La primera es que las cosas sigan yendo más o menos mal, incrementando paulatinamente las muertes, los conflictos y la anarquía. La anarquía es la palabra clave acá y existe una posibilidad muy seria, pues el país está caminando en esa dirección. La otra es que la oposición se dé cuenta del desastre que está preparando y que el gobierno comprenda que tiene que buscar una solución

de compromiso, como ha propuesto la CARICOM. Aristide aceptó un conjunto de condiciones importantes como la no reelección, el nombramiento de un primer ministro independiente, etc. El problema es que estas concesiones han llegado un poco tarde, ya que la oposición cree que puede deshacerse de Aristide y, por esta razón, se niega a ayudar y participar, haciendo que el país siga a la deriva. Mi esperanza es que, estando al borde del abismo, los diversos actores políticos, con un poco de olfato y de responsabilidad nacional, puedan retroceder, controlando las bandas violentas que actualmente dominan el escenario”.

Para Einaudi, aunque muchos opositores “esperan que Estados Unidos repita, en sentido contrario, la acción de 1994, ahora expulsando Aristide, esto no pasará. Son solo ilusiones”. Lo dice porque, a mediados de febrero, ningún Estado miembro de la OEA, está dispuesto a apoyar una intervención armada en Haití. No debe haber otra salida que no sea la política. Sin embargo, ambos —oposición y Aristide— están convencidos de que ganarán la batalla. “Esta forma de razonar conduce inevitablemente al abismo”, concluye Einaudi con pesar.

Aunque reconozca la gravedad de la crisis humanitaria y la decepción provocada por la administración Aristide, Colin Powell —en declaraciones hechas al Comité de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos—, descartó enviar una expedición militar porque: “Aristide fue un líder democráticamente electo y la política de la administración no fue buscar su derrocamiento”³¹.

³¹ En *BBC News*, 14 de febrero de 2004.

Estados Unidos va más allá al declarar que un golpe de Estado es “inaceptable”: “No aceptaremos ninguna tentativa ilegal para remover al presidente electo de Haití”³².

La sincera esperanza de Einaudi y las ambiguas reticencias de Colin Powell no tardan en desvanecerse. Pese a la extraña composición ideológica del abanico opositor, ellos profesan una única fe y buscan un solo objetivo: derribar a Aristide. Precediendo a cualquier otra consideración, el común denominador de la oposición es su carácter golpista.

A pesar de insistir aparentemente en el acuerdo político propuesto por la CARICOM, Estados Unidos y la OEA no logran convencer a la oposición de aceptarlo. Ocurre que la Convergencia Democrática y el Grupo de los 184 cuentan con la presión ejercida por la columna de exmilitares comandada por Guy Philippe y que se mueve en dirección a la capital.

Al final del segundo semestre de 2003, el cuarto actor del drama contribuye decisivamente. Abandonando la táctica del cuartelazo y sacando provecho de la confusión reinante, un pequeño grupo de militares —de las antiguas Fuerzas Armadas de Haití disueltas por Aristide en 1995— bajo el comando de Guy Philippe, se reúne al norte de la República Dominicana, junto a la frontera haitiana. Bajo la protección del gobierno dominicano y armados por Estados Unidos, ingresan a Haití en busca de revancha.

Durante la campaña militar, que más se asemejaría a un paseo si no fuese por las atrocidades cometidas —asesinatos, secuestros, eliminación de simpatizantes de la *Fanmi Lavalas*— el centenar de exmilitares avanza sin resistencia en dirección a Puerto Príncipe. Una policía desmotivada, desorganizada, sin

³² *Ibidem.*

equipamientos y liderazgo, parece ser el último y luego inútil escudo institucional de Aristide.

El desmontaje del poder de Aristide parece cada vez más evidente. Solo falta el golpe final. Una única pregunta todavía aguarda respuesta. ¿Será dado por Philippe o vendrá del exterior? Francia se encargará de la siniestra tarea.

El Occidente, signado por el aislamiento del poder anglosajón a raíz de la decisión unilateral de invadir Irak en 2003, aún sin la debida autorización del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, utilizará la crisis haitiana como catalizador para recomponer la unidad del mundo occidental mucho más allá de lo que fuera previsto por sus promotores.

La unión, que se extiende a los días actuales, nace de la decisión francesa de descartar a Aristide. Al promover la oposición, París pretende castigar a Aristide. Es la respuesta francesa a la irresponsable osadía de Aristide por lanzar una campaña —en ocasión de celebrarse el bicentenario de la Independencia— para exigirle a Francia el reembolso de 21.000 millones de dólares, pagados religiosamente por Haití hasta 1883. Francia había reconocido la Independencia de Haití en 1825.

Interpretada por muchos como una broma de mal gusto proveniente de la exótica personalidad del presidente haitiano, el cobro fue tomado como una ironía por el gobierno francés, que no se divierte con el episodio. En realidad, París lo consideró un insulto y le fue difícil ocultar la indignación. Así, se barrieron los últimos pruritos que frenaban la decisión de hacer posible la caída de Aristide. Ahora el camino estaba libre. Faltaba solamente definir los participantes y trazar la táctica para dar el golpe.

Régis Debray fue el principal instrumento del plan francés. En informe solicitado por el entonces canciller francés Dominique de Villepin —en el auge de su efímera gloria luego

de rehusar el apoyo a Estados Unidos para invadir Irak—, el exguevarista Debray concedió a la intervención de las tres potencias el barniz de la lucha por los Derechos Humanos, del supuesto respeto al Estado de Derecho y, sobre todo, consigue el hecho inédito de implicar en la empresa a las jóvenes democracias latinoamericanas.

A partir de mediados de febrero, la oposición se muestra dispuesta a discutir los términos de las propuestas para salir de la crisis. Siempre y cuando, según uno de sus principales líderes, Gérard Pierre-Charles:

“Cualquiera sea la fórmula, es imposible continuar con Aristide. Hoy o en seis meses, el tiempo de Aristide está contado. El gran impedimento es que él no desea dimitir, él quiere el Palacio Nacional para sí solo, es su ciudadela de impunidad. Pero, al final, deseamos deshacernos de él. Aristide es un obstáculo al impulso democrático. Es un elemento retrógrado, con una visión retrógrada de nuestro país”.³³

Sin tomar en consideración las terribles consecuencias que un golpe impondría al país, los opositores tiran el futuro al abismo. Nadie ignoraba que, en caso de que el poder supremo quedara vacante, habría ocupación militar extranjera. Pese a la esperanza de la CARICOM, la situación anárquica descrita por Einaudi no deja margen de duda sobre los próximos pasos.

Entretanto Pierre-Charles, dando prueba de sorprendente ingenuidad, subrayó que el apoyo extranjero no debería darse “en términos de tutela, menos aún de intervención militar”. Aunque posteriormente el mismo Pierre-Charles denunciase que “esta intervención provocó un cortocircuito sin precedentes

³³ Gérard-Pierre Charles: “Haití: Aristide est un rétrograde”, *L'Humanité*, 21 de febrero de 2004.

en el proceso hacia el consenso y la determinación histórica que había emprendido la nación haitiana para promover una verdadera liberación, en unión con los diversos sectores progresistas”³⁴. En realidad, la intervención militar extranjera no fue objeto de temor por la oposición. Al contrario, fue deseada y buscada, como demuestran los documentos del Foro de Sao Paulo.

En sus *Memorias*, Bill Clinton subrayó y criticó la estrategia del *juego de suma cero* de la oposición:

“Aristide ciertamente cometió errores y a menudo él mismo era su peor enemigo, pero la oposición política nunca cooperó con él. Además, después de que los republicanos tomaron el control del Congreso en 1995, no estaban dispuestos a dar la ayuda financiera que podría haber hecho una diferencia”.³⁵

Muchos de los radicales opositores que, en su tiempo, impusieron el exilio a Aristide como condición *sine qua non* para la posible solución de la crisis y que resultó en la intervención militar extranjera, actualmente se visten de nacionalistas al criticar a la MINUSTAH —apodada TURISTAH—, a la vez que piden su partida.

Al demonizar a Aristide, la prensa occidental desempeñó un papel fundamental en la campaña que pavimentó la intervención extranjera. No hay periódicos ni agencias de noticias que demuestren equilibrio y contención. Tampoco sorprende, como explicaremos seguidamente, encontrar periódicos como *L'Humanité*, vocero del Partido Comunista Francés (PCF), participando celosa-

³⁴ Ibídem: “Crisis del Estado e intervención internacional en Haití”, Panamá, *Tarea*, n° 118, pp. 65-78.

³⁵ En *My Life*, Alfred A. Knopf, New York, 2004, p. 649.

mente en la campaña. En un violento editorial, Aristide es descrito como un “maldito tirano, cruel, déspota, grotesco y siniestro”.

Del mismo modo, el periódico de centroizquierda *Le Monde*, al indagar en editorial:

“¿Cuándo emplear el derecho a la injerencia? ¿Cuándo se hace necesario poner fin a la soberanía de un Estado? ¿No será demasiado tarde para llevar seguridad a la población? ¿A qué nivel de sufrimientos de esta última, la Comunidad Internacional debe decidir actuar? ¿Cómo ajustar eso que debería ser la “ley” del humanitarismo a un Derecho Internacional que, en los términos de la Carta de la ONU, reposa sobre el principio casi absoluto de la soberanía de los Estados?”

Al reconocer que no existe respuesta fácil a ninguna de las cuestiones que propone, salvo en el caso de Haití, *Le Monde* concluye que “la injerencia debería imponerse”.

Apoya el golpe en razón de un poder

“totalmente indiferente del presidente Jean-Bertrand Aristide. Él sucumbió a un tropismo maléfico que, generación tras generación, parece caracterizar el poder en Haití: deriva dictatorial cruzada por una profunda tendencia a la corrupción, y todo sobre un fondo de incompetencia absoluta”.

Descontento aún, el editorialista defiende la absurda tesis de la extrema derecha evangélica de Estados Unidos e introduce en el debate el recurrente prejuicio contra el vudú: “Todo está dado para un drama mayor en esta pequeña República del Caribe que, como víctima de una maldición vudú, parece estar condenada a la infelicidad desde que nació”³⁶.

³⁶ Editorial de *Le Monde*: “La question d’Haïti”, París, 18 de febrero de 2004.

El altermundialista *Le Monde Diplomatique*, pese a ser reconocido por sus posiciones de izquierda, sigue el camino indicado por su hermano mayor. Con menos clase y más virulencia. Aristide se transforma en “cura de segunda, expadre de los pobres, interesado solamente en el poder y en el dinero. Responsable único, finalmente, de una historia degradante”.

Legitimado por una rara unanimidad, el gobierno francés decide, el 24 de febrero, acelerar el proceso aprobando la caída de Aristide. En un pronunciamiento público, el presidente Jacques Chirac declaró: “*Haití ha estado gobernado durante mucho tiempo de modo desastroso*”.

Al día siguiente, Dominique de Villepin, mediante comunicados oficiales, anunció que Francia decidió intervenir en Haití:

“Una carrera de obstáculos se estableció entre los partidarios de la violencia y aquellos que esperan todavía una solución pacífica. Y bueno, hoy es el riesgo del caos lo que amenaza Haití. El deber de la Comunidad Internacional es asumir toda su responsabilidad para preservar al país del desorden y la violencia”.

Luego de informar que estaban negociando con Colin Powell y “otros colegas extranjeros”, Villepin reconoció la estrechez de la vía. Debe, por un lado, manifestar respeto a los principios democráticos y preceptos constitucionales y, por otro, poner en práctica una estrategia violenta, que contradice frontalmente a los primeros. Pero, como por arte de magia, Villepin decretó que Aristide ya no disfrutaba “de la legalidad constitucional”. El hecho de destituirlo, por lo tanto, reforzaría los principios democráticos vigentes en vez de afrontarlos.

Inspirada y convencida por la posición francesa, la Comunidad Internacional asume exactamente lo contrario de lo que había manifestado antes. A partir de este momento, el gobierno de Haití se transformó en usurpador, desprovisto de legalidad y

toda la culpa de la crisis recayó sobre la figura de Aristide que “carga una pesada responsabilidad por la situación actual. A él corresponde sacar las consecuencias con respecto al derecho [sic]”.

Villepin persiste, sin demostrar pudor por la intrínseca contradicción al insistir que la decisión francesa se encuadra en el estricto marco “del respeto a los principios democráticos y constitucionales”.

Trabajar para la caída de Aristide no solo se constituye en acción legal sino que se vuelve también indispensable para que el propalado Estado [democrático] de Derecho sea restaurado en Haití. Al confundir derecho y poder, Villepin ofrece un deprimente espectáculo. Sería difícil encontrar un mejor ejemplo de mezcla entre malabarismo retórico e hipocresía diplomática.

Adoptando el exacto campo opuesto de la posición golpista preconizada por Francia, el Grupo de Río publicó un Comunicado, emitido en Brasilia y con fecha del mismo 25 de febrero, en el cual los signatarios “respaldan las actividades de la Organización de los Estados Americanos OEA y de la Comunidad del Caribe —CARICOM— con miras a la solución pacífica de la situación en Haití y el ofrecimiento, por la Organización de las Naciones Unidas, de proveer asistencia humanitaria en aquel país”.

Por otro lado, “instan a las partes involucradas a endosar el Plan de Acción Previo propuesto por la CARICOM; condenan enérgicamente los actos de violencia que vienen siendo practicados en Haití; *y manifiestan su apoyo al Presidente constitucionalmente electo de aquel país, Jean-Bertrand Aristide*”³⁷.

³⁷ Itálicas del autor.

Nada podría ser más dañino a la estrategia golpista francesa que el rechazo unánime por parte de América Latina como el que se deducía de la lectura del Comunicado. Como éste había sido emitido en Brasilia, Dominique de Villepin se apresuró en llamar por teléfono el mismo día a Celso Amorim, con la esperanza de disuadirlo a dejar de lado su posición legalista. Para ello, intentó seducirlo con la posibilidad de que América Latina participase masivamente con envío de tropas bajo el mando brasileño en una próxima Operación de Paz de las Naciones Unidas. Según el propio Amorim, él contestó con evasivas y prometió realizar consultas.

Al día siguiente a la declaración de Villepin y contestando a una demanda de la CARICOM, el Consejo de Seguridad de la ONU se reunió para debatir la crisis haitiana. Hablando en nombre de la organización regional, el ministro de Relaciones Exteriores de Jamaica, Keith Desmond Knight, sorprendió al considerar que:

“El Consejo para llamar la atención urgente sobre la situación en Haití, deteriorada rápidamente. La situación ha alcanzado proporciones de crisis, dada la ruptura incesante del orden legal, la creciente insurgencia y las condiciones de verdadera anarquía y caos, así como una crisis humanitaria que empeora, lo que, a su vez, ha causado el desplazamiento de la población, que resulta en un aumento del número de refugiados que salen del país [...] *la situación que prevalece en el país no puede ya ser vista meramente como un asunto interno. La situación actual plantea ahora una grave amenaza para la paz y la seguridad regional, dado el flujo de refugiados que amenaza con sobrepasar los recursos de los Estados de la región*”.³⁸

³⁸ United Nations, Security Council, 4917th Meeting, 26 de febrero de 2004. Subrayado por el autor.

La tesis, defendida por Estados Unidos frente a las crisis políticas haitianas, según la cual éstas dejan de ser un asunto estrictamente interno y se transforman en amenaza a la paz y la seguridad internacional a partir del momento en que provocan o amenazan con provocar un flujo de balseiros es, por primera vez, sostenida por la CARICOM.

La supuesta defensa de la democracia por parte de Washington en sus intervenciones en Haití debe recibirse con cautela. La actual crisis, según la evaluación del secretario general de la OEA, el brasileño Joao Clemente Baena Soares, se conjuga con la época del conflicto Aristide-Cédras en 1994, cuando subrayó que:

“Lo que resolvió la situación de Haití fue la migración del llamado balseiro. El éxodo de los haitianos para el litoral de la Florida aumentó enormemente, los americanos fueron sensibles a ello, y vino la intervención militar. Digo y reitero, los americanos no defendieron la democracia, defendieron el litoral de la Florida, por eso fueron a Haití. Como resultado, volvió Aristide”.³⁹

La histórica reticencia de la CARICOM a las intervenciones en los asuntos internos de los Estados de la región aparece matizada en la declaración de Knight. Jamaica apostaba a la hipótesis de que el llamado a la intervención del Consejo de Seguridad de la ONU sería dado en respuesta a la solicitud del propio Aristide. Entretanto, el órgano ejecutivo de las Naciones Unidas ni siquiera contestó. Su silencio no es difícil de explicar.

³⁹ João Clemente Baena Soares: *Sem medo da diplomacia*, CPDOC, Editora FGV, Rio de Janeiro, 2006, p. 86.

El plan franco-americano estaba en curso desde la víspera y preveía, tal y como solicitaba la CARICOM, el desembarco de tropas en Haití. Pero no en respuesta a un pedido de Aristide. Al contrario. Ocurriría por el vacío de poder ya que Aristide habría dejado el país.

Ambas hipótesis comportan, una vez más, la histórica necesidad del encierro haitiano sobre sí mismo, de modo que su pueblo quede aprisionado en su propia isla.

La posición francesa fue asumida pronto por muchos países, comenzando por Estados Unidos, que resolvieron actuar rápida y abiertamente. El momento de la caída de Aristide debía ser contado en horas, a más tardar en pocos días.

La consistencia del argumento utilizado por Washington en relación a Aristide, como última forma de presión, pronto produjo resultados. Así, a la pregunta de cómo el Presidente pretendía defenderse frente a la amenaza de los exmilitares de Guy Philippe, Aristide no contestó. Imaginándose en la misma situación de 1994 y también convencido de que las reiteradas afirmaciones legalistas de Colin Powell reflejaban la posición de Estados Unidos, les solicitó protección. Sin resultado.

El servicio de protección personal de Aristide no le sirvió de nada. Ocurre que la *Steele Foundation* —empresa fundada en San Francisco e integrada por ex militares de Estados Unidos— había sido contratada para garantizar su seguridad. Cuando la crisis se agudizó, Washington no solo impidió que la misma recibiese refuerzos sino también advirtió que, en caso de necesidad, no los socorrería.

Al atardecer del día 28 de febrero de 2004, Aristide se encontró aislado, solitario, librado a su propia suerte. No habiendo sido el mejor abogado de su causa, estuvo a la espera de los mismos diplomáticos y militares que, diez años antes, lo trajeron de

vuelta a la patria y lo recondujeron al Palacio Nacional. Ahora lo están obligando a que abandone ambos.

Pese a la renuencia inicial, el *juego de suma cero* jugado por la oposición haitiana finalmente rindió frutos inesperados a Estados Unidos. Si comparamos operaciones similares emprendidas en la región (Guatemala, 1954; República Dominicana, 1965; Chile, 1973; Granada, 1983; Panamá, 1989), o fuera de ella, la haitiana, por sus características y resultados, ha sido la de mayor éxito.

Los motivos de satisfacción son numerosos: ausencia de una ocupación militar unilateral y hechos de sangre; reconstitución de la alianza occidental fragilizada por la Guerra de Irak; intervención legitimada por la exigencia de importantes sectores de la sociedad civil haitiana; flagrante urgencia humanitaria y, finalmente, la intervención respondía a la solicitud del propio Aristide, que tuvo su vida salvada.

Exceptuando las críticas de Aristide cuando ya estaba en el exilio, la intervención recibió aprobación unánime. El éxito de la empresa alcanzó tal magnitud que deja margen de duda sobre su verdadera naturaleza. ¿Fue la clásica intervención en los moldes imperiales o, al contrario, fue una operación de carácter humanitario intentando ayudar a un pueblo rehén del caos y para resguardar la vida de un presidente democráticamente electo?

Salvo por su epílogo, el escalonamiento de los hechos ofrece argumentos que pueden resolver la cuestión. Al lector cabe decidir.

La solución de la contienda sigue el clásico guión de las crisis y embates políticos a los que los haitianos nos han acostumbrado: radicalismo de los contendientes, mediaciones fracasadas, violencia esporádica, crisis humanitaria, amenaza de éxodo hacia la Florida, intervención extranjera y exilio del derrotado.

Secundado por el extranjero se aplica, una vez más, el modelo haitiano de resolución de sus crisis políticas basado en el exclusivo ejercicio del poder. El arte del canibalismo político alcanza tintes de perfección dejando heridas abiertas, que no cicatrizarán, preludio de embates y crisis venideras.

La intervención del Occidente en la crisis constitucional haitiana de 2004 se sostiene en la

“mezcla de paternalismo, mesianismo e ingenuidad que incita a favorecer las ideas de intervención en esto que ella ha generado, como el cinismo de creer que todo lo que es occidental es necesariamente bueno para el mundo... Como emblema mayúsculo, los ideales de libertad, democracia y Estado de Derecho”.⁴⁰

Occidente, guiado por Estados Unidos, practica un multilateralismo selectivo que permite a los Estados miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU imponer *coalitions of the willing* (coaliciones de voluntarios), permitiendo así “a los Estados del club dirigir o monopolizar una intervención militar liderada por la ONU o, por falta de ésta, autoconstituirse, sacando su legitimidad de la unción democrática”.⁴¹

La imposición de la democracia occidental responde a dos funciones esenciales. Por un lado, legitimar el activismo occidental en el escenario internacional y, por el otro, justificar la extensión del modelo democrático al conjunto del planeta. Resultante de una mezcla del *wilsonismo* de inicios del siglo XX y del *reaganismo* de los años 80 de éste:

⁴⁰ Bertrand Badie: *La Diplomatie de la connivance: les dérives oligarchiques du système international*, La Découverte, Paris, 2011, p. 140.

⁴¹ *Ibidem*, p. 144.

“la nueva ideología haría de la democracia una especie de religión, un sistema de valores más que un derecho, un pensamiento más que una práctica, que convendría imponer, por todos los medios —incluso por la fuerza—, sobre aquellos que no habían sido los elegidos “siquiera” por los nativos. La idea de “cambio de régimen” devenía matriz, imponiéndose, por ende, como principio primero de la nueva política extranjera”.⁴²

La imposición ideológica del presupuesto *Derecho de Ayudar* logró alcanzar tal magnitud que hizo surgir, en el caso haitiano, una inesperada e improbable novedad. Ella conducirá al *Grupo ABC* —*Argentina, Brasil y Chile*— al Mar Caribe, así como otros Estados sudamericanos. Beneficiándose de amplio apoyo ideológico, de la recurrente “indiferencia” de la opinión pública respecto de los problemas internacionales, y coincidiendo con la estrategia de insertar de modo innovador a la región en el Sistema Internacional, importantes Estados sudamericanos enviarán sus militares a Haití.

La presencia de los soldados sudamericanos en la tierra de Dessalines es el modo —sorprendente y original— que encontró América Latina para saludar al Bicentenario de la gloriosa Independencia de Haití.

⁴² *Ibidem.*

CAPÍTULO IV

ESPERANZA Y DESILUSIÓN: AMÉRICA LATINA FRENTE A LA CRISIS HAITIANA

El peor pecado hacia nuestros semejantes no es el de odiarlos, sino tratarlos con indiferencia; es la esencia de la deshumanización.

GEORGE BERNARD SHAW, “LE DISCIPLE DU DIABLE”

La importante participación sudamericana, principalmente argentina, brasileña, chilena y uruguaya, en la Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización de Haití, rebosa de significados. Decidida abruptamente al finalizar el primer semestre de 2004, en varios países generó críticas a raíz del escaso (o nulo) debate parlamentario y por la reducida claridad de sus objetivos.

Pese a que se inserta en un contexto de colaboración permanente con el sistema ONU de prevención y solución de litigios (conforme ilustra la figura 5), la participación en la operación haitiana se reviste de particulares características.

FIGURA 5 - PARTICIPACIÓN DE AMÉRICA LATINA EN LAS “OPERACIONES DE PAZ” DE LAS NACIONES UNIDAS

País	Militares	Policías	Observadores	Total
Brasil	1,944	11	22	1,977
Uruguay*	2,118	13	23	2,154
Argentina	834	38	7	879
Chile	478	12	5	495
Perú	378		27	405
Guatemala	293		9	302
Bolivia	208		21	229
Paraguay	181		28	209
El Salvador	86	10	9	105
Ecuador	69		9	78
Colombia		25		25
Jamaica		12		12
Honduras			12	12
Total	6,589	121	172	6,882

Fuente: Naciones Unidas, Departamento de Operaciones de Paz (DPKO). Datos referentes al 30 de abril de 2013. Comentario a la figura: Uruguay, con tres millones y algo de habitantes, comparado a los 210 millones de Brasil, es el país que más cantidad de “efectivos” involucra en las Misiones de Paz de la ONU. (NT).

Efectivamente, a pesar de obedecer a las reglas de la ONU, la MINUSTAH presenta un fuerte sesgo regional. Por un lado, su comando militar siempre estuvo a cargo de militares brasileños. Por el otro, el 70% de su contingente militar proviene de las Fuerzas Armadas latinoamericanas. De los 6.882 militares latinoamericanos actualmente al servicio de las Operaciones de Paz de las Naciones Unidas en el mundo, 4.621 actúan en Haití, lo que equivale a decir que de cada diez

militares de la región puestos a disposición de la ONU, siete fueron enviados a Haití.

Oficialmente, la decisión de participar masivamente en la MINUSTAH se sostuvo, por una parte, en la necesidad de reforzar el multilateralismo (no respetado cuando la Guerra a Irak) y, por otra, en la voluntad de participar más activamente en los procesos de prevención y solución de conflictos. En el caso de que América Latina no fuese capaz de ofrecer alternativa a un conflicto doméstico de baja intensidad que afecta dramáticamente a la población del más empobrecido Estado miembro de la comunidad americana, ¿cómo podría ella aspirar a ejercer algún grado de influencia en las cuestiones de la paz y la seguridad internacionales?

La participación en la MINUSTAH constituye la primera prueba real de afirmación de una nueva concepción de seguridad colectiva regional en el ámbito de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR). Entre sus objetivos, los siguientes están contemplados en la operación haitiana:

- conjugar doctrina y estrategia;
- realizar ejercicios militares conjuntos;
- probar, adecuar y modernizar equipos bélicos;
- unificar posiciones suramericanas frente a los desafíos internacionales de seguridad;
- probar la capacidad de movilizar tropas;
- implementar acciones humanitarias;
- convivir con culturas distintas.

Alcanzar tales objetivos constituye una premisa para asentar las bases del sistema colectivo de defensa en el continente suramericano. Este podría confluir hacia una Organización del Atlántico Sur (OTAS), autónoma e independiente.

Partidarias intransigentes de la estricta interpretación de los principios de soberanía y no intervención, ambos convertidos en dogmas a lo largo de la historia, las jóvenes democracias del Cono Sur los reexaminan para aplicarlos al caso haitiano. El brasileño Celso Amorim, al interpretar y adaptar el principio de *la responsabilidad de proteger*, formula la idea de la *No Indiferencia*. Al hacerlo, considera que los conflictos internos son los que más muertes producen —150 millones de víctimas— y ello a pesar de que en el mismo terrible siglo XX se hayan producido dos guerras mundiales.

Con visión solidaria y compartida, la participación suramericana defiende la idea de que el drama haitiano posee raíces profundas y que muchas de ellas van más allá de sus aspectos de seguridad. La naturaleza multifacética de la crisis debe conducir a estrategias que tomen en consideración las causas y los orígenes de la inestabilidad y no solamente sus resultados y consecuencias. Con su participación, América Latina pretende hacer que la ONU vuelva menos simplistas las Operaciones de Mantenimiento de Paz. Veremos cómo esta esperanza se convertirá, a partir de 2010, en desilusión.

Visto desde América Latina, uno de los más grandes desafíos en las actuales Relaciones Internacionales se relaciona con la ineficacia del sistema de prevención y solución de conflictos —que sigue siendo un modelo político-diplomático, al margen del Derecho—, amén del hecho de que se encuentra bajo la custodia y el control de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial. Esta condición es más importante para los Estados del Sur del planeta porque los litigios armados, que han desangrado al mundo en el período pos 1945, penalizaron sobre todo a los países en desarrollo, escenario de las más grandes atrocidades cometidas en nombre de razones internas e/o internacionales.

Los malogrados esfuerzos de mediación para solucionar esos conflictos, se explican por la estructura misma del poder internacional: los países desarrollados, que lógicamente disponen de mayores medios de disuasión y de intervención, lo hacen siguiendo las percepciones de sus intereses nacionales. De ahí, resultan soluciones casuísticas aplicadas *ad hoc* y que siguen derroteros de manera errática, resultando en la aplicación del doble estándar.

La situación, resumidamente descrita, indica la importancia de construir una teoría de intervención solidaria por parte de los países del sur. En caso contrario, seguirán bajo la hegemonía del modelo aplicado por los llamados países desarrollados. Por esta razón, la crisis haitiana se reviste de significados que trascienden sus fronteras, pudiendo servir de modelo para futuras mediaciones.

Para América Latina, el principio de autodeterminación de los pueblos constituye una relectura y una actualización del principio de soberanía bajo el punto de vista de aquellos que aún no son soberanos, es decir, de los colonizados. Se verifica cuando los pueblos levantan la bandera de la autodeterminación y, luego de lograr la ‘descolonización oficial’, tienen que seguir luchando para buscar su real efectividad. Tal política crea un nuevo concepto, el de la no intervención, que viene a ser el respeto al principio de la igualdad formal, o sea, una igualdad de jure. En el plano multilateral, la defensa de ese principio se da especialmente en los debates y recomendaciones de la Asamblea General de la ONU.

El Derecho ha jugado un rol importante y la Diplomacia tuvo funciones fundamentales, comparadas a las militares, en la historia de América Latina. Existe una jurisprudencia acumulada de la que otros continentes no disponen. Además de este elemento, con profundas raíces en la cultura política

regional, ocurre que en los recientes procesos de transición de dictaduras a la democracia en los Estados latinoamericanos, varios modelos de salida de crisis fueron puestos a prueba. En consecuencia, la región posee *know-how* (un saber cómo) sobre transición de sistemas autoritarios a la democracia, que puede servir de inspiración para la crisis haitiana.

El aislamiento y excepcionalidad del caso Haití son elementos parciales para explicar el nucleamiento de América Latina. Los demás son consecuencia de dos factores: a) la voluntad latinoamericana de insertarse de modo innovador en las Relaciones Internacionales y, b) la aversión que se verifica en la zona, a partir del 2000, hacia el *Movimiento Lavalas* de Jean-Bertrand Aristide.

REINSERCIÓN DE AMÉRICA LATINA EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES

El marcado contraste entre el mundo de la bipolaridad de la Guerra Fría y el de la multipolaridad pos 1989, lleva a que América Latina, en particular, y los países del Sur, en general, se preocupen por los “nuevos” problemas relacionados con la seguridad internacional. Inevitablemente, deben estar presentes en los debates de la alta política internacional y no solo en las cuestiones que involucran el desarrollo económico y social y/o el medio ambiente. Así, se explican los esfuerzos del Sur con vistas a la reforma del Consejo de Seguridad de la ONU.

Para contribuir en la búsqueda de soluciones a la recurrente, intrincada y compleja crisis haitiana, América Latina —por primera vez en su historia— participa de forma colectiva en una operación de estabilización política en el corto plazo y se

prepara para ayudar técnica y económicamente a Haití en el mediano y largo plazo.

Surge lo que se llama diplomacia solidaria, definida como la concepción y aplicación de una acción colectiva internacional, bajo los auspicios del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, llevada a cabo por terceros Estados que intervienen en un conflicto interno o internacional, desprovistos de motivaciones derivadas de su interés nacional y motivados únicamente por un deber de conciencia humanitaria.

El desinterés material y/o estratégico constituye su marca registrada. Para que dicha falta de interés sea incuestionable es igualmente necesario que el *Estado-sujeto* no haya tenido en el pasado ninguna relación especial con el *Estado-objeto* de intervención.

¿Cuándo un Estado —entidad desprovista de sentimientos— toma la decisión de intervenir en otro Estado? Hay dos vectores principales: una supuesta exigencia de intereses nacionales que defender, sean financieros, militares, estratégicos, políticos, diplomáticos o de prestigio; otro, cuando ocurren catástrofes naturales o humanitarias y guerras civiles o internacionales. Surge entonces una activa e influyente opinión pública que exige una respuesta del Estado-sujeto para ponerle coto al sufrimiento de una población civil indefensa.

¿Qué pasó en el caso de América Latina? Ninguno de esos dos factores y/o grupos de intereses presionó al *Estado-sujeto* para actuar. Lo hizo de *motu proprio*, ausente cualquier presión (visible, al menos) de la llamada opinión pública y estando indefinidos, para decir lo menos, los intereses (o valores) que tenían que ser defendidos. No hubo, por tanto, ni acción moral (de la opinión pública) ni material (de intereses concretos) que impeliese al *Estado-sujeto* a intervenir. En este caso, lo

hizo contrariando los fundamentos de la teoría realista de las Relaciones Internacionales.

América Latina, a través de sus exponentes máximos, tomó decisiones inéditas, arriesgadas, temerarias y de improbable éxito, en una acción que podría ser leída en clave de acto moral kantiano.

El canciller brasileño, embajador Celso Amorim, aporta una valiosa y original contribución a la teoría de la diplomacia solidaria al declarar que Brasil está “profundamente comprometido con Haití, política y emocionalmente, y esto en el largo plazo”. Al hacerlo, indica que los parámetros sobre los cuales Brasil tomó la decisión de intervenir deben ser comprendidos a la luz de criterios distintos de los que se derivan de la fría razón (o interés) de Estado.

Pero no está excluida la hipótesis de que la diplomacia solidaria se fundamente en el derecho kantiano. Kant defiende la idea de un derecho cosmopolita, cuya sustancia se encontraría en una comunidad pacífica perpetua de todos los pueblos de la Tierra (aún cuando no fueren amigos), entre los cuales pueden ser establecidas relaciones de convivencia sin agresión. No se trata de un principio filantrópico o moral, sino de un principio del Derecho.

Lo cierto es que existe una realidad de intervención manifiesta por diversos medios. Es lo que permite esbozar una tipología de la intervención en que se incluye la injerencia solidaria. Esta no es lo opuesto al principio de no intervención sino que es una excepción del mismo. Dialécticamente lo afirma al establecer su fundamento cuando indaga sobre cuál soberanía debe ser defendida: ¿la del pueblo o la del dictador?

La importante presencia militar (71% del efectivo) y los raros policías latinoamericanos en Haití (2%), a partir de 2004, significan un cambio sustantivo en el subcontinente americano. Adeptos

a rajatablas de la interpretación más estricta de la idea de soberanía y de los principios de no intervención, a punto de transformarlos en credo, ¿los Estados latinoamericanos, especialmente sus militares, están cuestionando dos siglos de tradición?

¿La innovadora situación resulta de un concurso de circunstancias políticas o, por el contrario, se trata del preámbulo de un cambio en la naturaleza de las relaciones exteriores de los Estados latinoamericanos?

La posición brasileña es reveladora de esta nueva estrategia. Su rápida decisión de aceptar la invitación del Consejo de Seguridad de la ONU para comandar la vertiente militar de la MINUSTAH sorprendió a la oposición, así como a ciertos medios gubernamentales. El proceso brasileño de toma de decisiones revela el rol fundamental del presidente Lula, convencido como siempre de que la solidaridad no debe ser una palabra vacía. Brasil, además, es adepto del fortalecimiento y reforma del multilateralismo existente —sistema corroído por la decisión unilateral de invadir a Irak— bajo los auspicios de las Naciones Unidas.

La muy necesaria y siempre postergada reforma del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ocupa un lugar central en la estrategia brasileña. La reforma, vista desde Brasilia, no pretende únicamente volver el sistema de gobierno internacional más eficaz y democrático. Propone, igualmente, que el país integre de modo permanente el Consejo de Seguridad renovado aunque no tenga, en un primer momento, el poder de veto.

Al contrario de lo que pasó en 1945, cuando se definió la arquitectura institucional de las Naciones Unidas, Estados Unidos actualmente se opone a la pretensión brasileña. Se trata del inevitable veto que impide el desbloqueo de la contienda. Cuando Jacques Chirac y George W. Bush solicitan al presidente Luis Ignacio Lula da Silva que Brasil asuma el comando

militar de la MINUSTAH, Brasilia imaginó que una respuesta positiva aumentaría las posibilidades de que Washington flexibilizara su actitud.

Aunque no lo verbalice públicamente, Brasil espera que su activa y preponderante participación en la vertiente militar de la MINUSTAH resulte en mayores credenciales para integrar de forma permanente el Consejo de Seguridad de la ONU. Muchos brasileños en posiciones de mando piensan ingenuamente que el camino hacia Nueva York pasa necesariamente por Puerto Príncipe.

La política externa lulista renueva principios, estrategias y prácticas diplomáticas. El país pretende participar de la alta política internacional para defender intereses difusos y principios innovadores.

La acción del país pretende dar sustentabilidad a la idea de que los conflictos —mayormente los de naturaleza interna, como en el caso haitiano— deben ser enfrentados a partir de sus raíces y no solo según sus consecuencias. Paralelamente a las cuestiones estrictas de seguridad⁴³ se agregan otras, como la necesidad del diálogo político entre facciones y partidos y, sobre todo, un plan de desarrollo económico capaz de aliviar a Haití de sus graves problemas sociales.

⁴³ Dubitativos al comienzo, los militares brasileiros fueron convencidos de participar en la medida en que todos los equipamientos, los sistemas de comunicación y transporte y el material que iban a ser utilizados serían nacionales. Es la primera vez en su historia que una importante fuerza militar es enviada al exterior en estas condiciones. Para los estrategas la operación se transformó en un desafío en la preparación de los hombres, en la capacidad de comunicación y de transporte así como una prueba de confianza en la industria brasileña de armamentos.

LA CRISIS HAITIANA INSPIRA UN NUEVO PARADIGMA EN AMÉRICA LATINA

La experiencia brasileña en la *Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en Haití*, pese a que no es la primera vez que Brasil participa en una misión de esta naturaleza, conlleva ciertos factores que la vuelven especial y paradigmática, a saber:

- a) es el mayor contingente militar desplazado fuera de las fronteras nacionales desde el final de la Segunda Guerra Mundial;
- b) por primera vez, América del Sur tiene la mayoría de las tropas durante una Misión de Paz de la ONU;
- c) por primera vez, Brasil conserva el comando militar de la Misión durante toda su duración;
- d) la propuesta brasileña supera los objetivos de garantizar la instauración de condiciones seguras para desarrollar un proceso garante de la libre expresión del pueblo haitiano para elegir y renovar sus dirigentes.

Las condiciones socioeconómicas haitianas, agravadas por las crisis políticas que desde hace décadas devastan el país conjuntamente o a la par de las reiteradas catástrofes naturales, vuelven incuestionables el riesgo inminente e irreparable de vida que corren miles de seres humanos, lo que vuelve urgente la inmediata cooperación internacional.

Aún consciente de sus propias necesidades, Brasil desplegó esfuerzos no solo en el área militar sino también y más ampliamente en otras dimensiones, como la social, técnica y cívica para asistir a la población haitiana y llamar la atención de la Comunidad Internacional sobre las carencias del país.

Es en esta perspectiva ampliada de actuación que deben ser vistas acciones como el otorgamiento de ítems de la ración

de los soldados a la población, el envío de medicamentos y el partido de fútbol Brasil-Haití, promovido por la Confederación Brasileña de Fútbol. Al evidenciar también que su acción propone reestructurar de manera sustentable el espacio haitiano, Brasil envió una comisión multidisciplinaria de cooperación técnica para identificar sectores en los que podría poner a disposición del país conocimientos y mano de obra especializada para reconstruir la infraestructura e instituciones de la nación caribeña.

El carácter innovador de la Política Externa del presidente Lula se evidencia por la solidaridad y responsabilidad debidas a poblaciones que sufren en función de conflictos internos carencias de todo tipo, en todos los órdenes de la vida, represión, errores del Estado, imposibilidad o ausencia de voluntad del mismo para reducir o dar fin a tales sufrimientos.

La participación brasileña en la crisis haitiana evidencia el contraste entre la práctica y la retórica. Hay, entretanto, un discurso fundador embrionario para justificar la realización de los anhelos brasileños.

EL PRINCIPIO DE LA NO INDIFERENCIA ATRAVIESA EL DISCURSO DE LA POLÍTICA EXTERIOR BRASILEÑA

El discurso del Presidente Lula está, desde el inicio, marcado por una fuerte perspectiva humanista, que reconoce la importancia y busca destacar los valores de la solidaridad y la cooperación frente a la indiferencia y la omisión de los excluidos.⁴⁴ Esas intenciones son anunciadas como parte de

⁴⁴ En este aspecto, el discurso del presidente Lula presenta rasgos parecidos al de los presidentes africanos, como, por ejemplo, aquel de Alpha Oumar Konaré, expresidente de Malí y de la Comisión de la Unidad Africana-UA, cuando,

una política que pretende ponerlas en práctica, superando las posturas meramente reactivas que habitualmente suelen acompañar los discursos de este tipo.

En septiembre de 2005, Lula declaró: “No aceptamos como hecho consumado un orden internacional injusto [...]. Nuestra actuación diplomática se fundamenta en la defensa de principios, pero también en la busca de resultados. Tiene una dimensión utópica sin dejar de ser pragmática”.

Más adelante, Lula menciona el *Principio de la No Indiferencia* como guía de la Política Internacional que su gobierno se propuso seguir: “En un mundo globalizado e interdependiente, nuestra contribución a la paz y a la democracia está determinada por el *Principio de la No Indiferencia*. Por eso nos involucramos en los esfuerzos de estabilización de Haití”.

Menciona aún otros nuevos caminos de la actuación internacional de su gobierno, como la creciente intensificación y diversificación de los intercambios y relaciones con países africanos, así como el incremento del diálogo Sur-Sur. Finalmente, vuelve a enfatizar la importancia de ese principio que sensibiliza la nación para lo que sucede más allá de sus fronteras; y lo hace a través de una alegoría sobre la importancia del desarrollo conjunto de América del Sur:“(...) porque no seremos ricos si tenemos a nuestras espaldas países miserables donde persiste el hambre, el desempleo y la miseria”.

Esas palabras anuncian que la política internacional brasileña actual está al servicio de los valores que el gobierno prioriza, entre los cuales los relacionados con el *Principio de la No Indiferencia* y el Presidente, a través de la práctica y el discurso, colabora con sus lineamientos.

refiriéndose al deber de cooperación con Darfur, afirma: “*estamos a favor de que África asuma su deber de no indiferencia* (que se traduce en *una injerencia solidaria*”.

La diplomacia del gobierno de Lula ya estaba definida en 2003. Según Celso Amorim, sus principios y acciones descansan en la búsqueda de asumir nuevas responsabilidades en la escena internacional. Pretende ser proactiva y altiva, sin olvidar que estará “impregnada de perspectivas humanistas que la hacen ser, simultáneamente, instrumento de desarrollo nacional y herramienta defensora de valores universales”.

Para Amorim:

“la misma aspiración de desarrollo y progreso social, que moldea la acción gubernamental en el ámbito interno, nos servirá de guía en los planos regional y global. Nuestra aspiración por la paz y la solidaridad pasa necesariamente por una detenida atención a las carencias de los menos favorecidos”.

Dos años más tarde, en el discurso pronunciado con ocasión de la XXXV Asamblea General de la OEA, la perspectiva humanista de la actuación internacional brasileña vuelve a ser reforzada por el ministro. En esta ocasión, luego de confirmar que uno de los apoyos de la diplomacia brasileña se halla en el Principio de No Intervención en asuntos internos, resalta que esto no debe servir de pretexto para negar la solidaridad activa del país.

“La diplomacia brasileña se orienta por el *Principio de No Injerencia* en asuntos internos, consagrado en nuestra Carta. El gobierno del presidente Lula ha asociado a este principio básico una actitud que describimos como de *No Indiferencia*. Hemos prestado nuestro apoyo y solidaridad activa en situaciones de crisis siempre que somos solicitados y consideramos tener un papel positivo”.

Cerca de un año más tarde, el tono del discurso y la importancia de la *actitud de No-Indiferencia* serán nuevamente invocados, en la siguiente reunión de la Asamblea General de la OEA:

“Es muy importante que todos nosotros seamos capaces de practicar la No Indiferencia, es decir, un compromiso con la ayuda, siempre solicitada, para la consolidación democrática de los países. Pero, al mismo tiempo, es igualmente importante que nos abstengamos de interferir en los procesos internos. Esto es lo que ha guiado la política del presidente Lula, basada en la integración, basada en la amistad, basada en la No Indiferencia, pero también en la No Intervención”.

En todos los discursos la alusión a la No Indiferencia aparece siempre asociada a una actuación, a una práctica. Su utilización se da, por tanto, en el contexto de algo que ya se viene operacionalizando y que, por ello, traspasó la frontera de lo programático y alcanzó lo pragmático. Es un matiz importante, puesto que, cuando se hicieron los pronunciamientos, ya estaban en curso experiencias prácticas de solidaridad activa.

La operacionalización del *Principio de la No Indiferencia* se hace a partir del concepto de diplomacia solidaria.⁴⁵ En su actuar colectivo, desprovistos de intereses menores y subalternos, un gran número de países de América Latina demuestra, en la actualidad, las formas prácticas de esta nueva forma de percibir, más allá de la fría Razón de Estado, los desafíos humanos. La actuación de estos países en Haití debería construir una nueva perspectiva para las Relaciones Interamericanas.

⁴⁵ Ricardo Seitenfus: “Elementos para una diplomacia solidária: a crise haitiana e os desafios da ordem internacional”, en *Carta Internacional*, São Paulo, 2006, vol. 1, n. 1, pp. 5-12.

FIGURA 6- CARACTERÍSTICAS DE LA *NO INDIFERENCIA*

Origen	Práctica de la Política Externa de Lula de solidaridad con los países del Sur.
Concepción	Solidaridad internacional y responsabilidades compartidas.
Institucionalización	Ausente una institucionalización, surge en los discursos y prácticas de agentes públicos.
Actuación	Perdón de deudas, no ejercicio del poder en las negociaciones con países débiles, Doctrina 6 ½ aplicada en la crisis de Haití, etc.
Antecedentes	Se inspira en el Derecho Internacional del Desarrollo y en la filosofía del Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI). Interpretación renovadora de la Responsabilidad de Proteger acompañada por elementos contenidos en lo que denomino <i>Diplomacia Solidaria</i> .

Durante el siglo pasado, este escenario fue esbozado algunas veces —en los años 60 con el proceso de descolonización e independencia en los continentes asiático y africano; en los años 70, con el intento de lanzar las bases de un *Derecho Internacional del Desarrollo* basado en un *Nuevo Orden Económico Internacional* (NOEI)— sin que emergiese de los borradores iniciales la gran obra final, capaz de subvertir la lógica de dominación, que condena a algunos países a la más completa marginalidad.

En América Latina, la No Indiferencia viene a legitimar una actuación internacional que hubo de ser refundamentada para responder mejor a las demandas de un continente en crisis, en el que no se puede ignorar más la incompatibilidad congénita entre democracia y seguridad cuando, confrontadas a situaciones de miseria, llevan a la desesperanza.

Este proceso exige, entretanto, un largo camino de maduración y consolidación. Se trata de un principio que busca dialogar más allá del Estado, pues se dirige a la Humanidad. Por ser joven, carece de teorización y de una práctica que lo vuelva general y constante para que se transforme en Derecho. Si por un lado, el concepto y la jurisprudencia de la no intervención están afirmados, hay un largo camino que recorrer para que la No Indiferencia se consolide como concepto y se vuelva realidad.

La presencia suramericana en Haití debe insertarse, igualmente, en el ámbito de los debates sobre el papel de las Fuerzas Armadas en una sociedad democrática. Finalmente, es necesario enfatizar el aún tímido y sutil movimiento hacia la formación de un sistema de seguridad y de defensa suramericano como el que se esboza en el ámbito de la UNASUR. Brasilia resalta, por ejemplo, que una mejor política de defensa puede hacer que el país refuerce su capacidad defensiva, de modo aislado o como miembro de un sistema colectivo con los países vecinos —una comunidad de intereses— para hacer frente a las nuevas amenazas y desafíos, garantizar la protección de su territorio y apoyar sus negociaciones en el plano internacional.

No hay duda de que la experiencia en Haití trae consigo una aproximación militar en la región, principalmente en el Cono Sur, entre Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay. Pero todavía, una vez más, se subraya la primordial responsabilidad brasileña, pues además de ser el mayor contribuyente militar, mantuvo su mandato durante todo el período —lo que contraría la doctrina de las Naciones Unidas sobre Operaciones de Paz.

FIGURA 7- COMPOSICIÓN DE LA MINUSTAH SEGÚN SU ORIGEN

País	Militares	Policías	Total
Brasil	1670	5	1675
Uruguay	936	5	941
Argentina	569	20	589
Chile	464	12	476
Perú	373		373
Guatemala	137		137
Bolivia	206		206
Paraguay	164		164
El Salvador	34	7	41
Ecuador	68		68
Colombia		25	25
Total	4621	74	4695

Fuente: Naciones Unidas, DPKO, abril de 2013.

La visibilidad militar latinoamericana en Haití alcanza una magnitud que provoca incomprensiones y equívocos. Así, parte destacada de la opinión pública y representantes gubernamentales latinoamericanos consideran que la solución de la crisis haitiana les pertenece. Contradictoriamente, los gobiernos latinoamericanos son los más reticentes con los intentos de conducir la crisis a la cosecha de la OEA.

A su vez, la opinión pública haitiana igualmente tiende a percibir la operación como regional. La exposición más visible es la de Brasil en razón de la presencia de sus tropas en el área metropolitana de Puerto Príncipe —centro neurálgico del poder político— y, por ende, de una interminable crisis.

A pesar de pertinentes, las motivaciones latinoamericanas padecen de dos debilidades. Por un lado, mayoritariamente, son explicitadas *a posteriori*. O sea, primero hay una decisión de

participar de la futura MINUSTAH y solamente después de algunos meses comienzan a surgir explicaciones y supuestas motivaciones. Por otro lado, el calendario del proceso de toma de decisión indica un brusco e impensable cambio. El día 25 de febrero de 2004, el *Grupo de Río* publicó un Comunicado de Apoyo a Jean-Bertrand Aristide. A escasos tres días después, Aristide es depuesto. Pasados tan solo cinco días, el 4 de marzo, Brasil comunicó que enviaría un contingente militar de 1.100 hombres a Haití. Otros gobiernos latinoamericanos inmediatamente lo siguen.

¿Cómo explicar tamaño viraje en un lapso de tiempo tan reducido? En el caso brasileño la respuesta es simple: la decisión fue tomada por la Presidencia de la República sin tener en cuenta la tradición de no intervención en los asuntos internos de los Estados, como tampoco la oposición que hasta entonces prevalecía en el Itamaraty (Ministerio de Relaciones Exteriores). Anótese, además, que Brasil se opuso en 1994 a una acción militar conjunta, sugerida por Estados Unidos, para restaurar en el poder al entonces presidente Aristide, derribado por un golpe militar. En aquella ocasión, Celso Amorim ocupaba la cartera de Relaciones Exteriores.

Del conjunto de decisiones de Política Exterior brasileña, la anterior es la que mejor ilustra la influencia del Presidente en esa área e indica que no son totalmente infundadas las críticas de bicefalia en la conducción de los asuntos internacionales a partir de la asunción de Luis Ignacio Lula da Silva.

A la diplomacia tradicional, basada en los principios fundamentales que rigen la actuación externa brasileña, se contraponen una visión innovadora y activa, con un definido corte ideológico que emana del Palacio del Planalto, bajo la batuta de Marco Aurélio García.

Se destaca, igualmente, que las fuerzas que sostenían política e ideológicamente a los gobiernos latinoamericanos de centroizquierda rompieron, en el 2000, con el *Fanmi Lavalas*, ruptura que fue acompañada por un profundo y radical proceso de distanciamiento y desencanto con el segundo mandato de Jean-Bertrand Aristide.

EL DISTANCIAMIENTO DE LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA CON EL MOVIMIENTO *LAVALAS*

No dejó de sorprender la actitud empática hacia el golpe contra Aristide, sea por un cómplice silencio o sea por declaraciones de apoyo manifestadas por varios Estados latinoamericanos, gobernados por fuerzas de centroizquierda y adeptos intransigentes del histórico principio de no intervención, signatarios incluso todos ellos de la Carta Democrática Interamericana. El viraje latinoamericano alcanzó impensable radicalidad cuando el Brasil de Lula, acompañado luego por otros gobiernos, decidió enviar un contingente militar a Haití.

Con inédito contorsionismo jurídico, político e ideológico para justificar la inexistencia de ruptura del orden constitucional haitiano, la izquierda latinoamericana, de modo unánime, condenó a Aristide, marcó distancia del *Lavalas*, apoyó el golpe y la intervención militar extranjera. Al hacerlo, otorgó legitimidad al golpe y, se asoció a las posiciones más radicales de Estados Unidos, Francia y Canadá, dándoles coartada y soporte ideológico. Se abre así el camino para que importantes Estados de la región participen en la composición de las fuerzas militares extranjeras que, bajo la bandera de las Naciones Unidas, intervienen en Haití.

En los primeros días de marzo de 2004, el Presidente Lula se entrevistó telefónicamente con el presidente Bush y con el presidente Chirac. En estas conversaciones, los dos mandatarios extranjeros invitaron a Brasil a que participase de la MINUSTAH y —de aceptarlo— que asumiese el mando de su vertiente militar. Inmediatamente, el portavoz de la Presidencia de la República, André Singer, convocó una conferencia de prensa y anunció lo que se había arreglado:

“El Presidente Chirac planteó, en la conversación con el Presidente Lula, la crisis de Haití. Dijo que en la segunda etapa de las operaciones internacionales de paz en aquel país, cuando se forme una fuerza multilateral de las Naciones Unidas, conforme decisión del Consejo de Seguridad, es fundamental la participación de tropas brasileñas.

Es más, planteó que sería de suma importancia que Brasil asumiese el mando de esa fuerza, compuesta por contingentes canadienses, franceses, norteamericanos y argentinos, además de los brasileños. El presidente de Francia recordó que esta es, también, la opinión del Secretario General de la ONU, Kofi Annan.

El Presidente Lula dijo que Brasil se complace con la indicación y está a disposición de las Naciones Unidas, tanto para el envío de tropas como para asumir el mando. Informó al Presidente Chirac que está pronto para enviar a Haití un contingente de 1.100 militares brasileños especialmente entrenados para esas misiones”.⁴⁶

Aunque no haya sido producto de una resolución del CSNU, la invitación de Chirac permite deducir que Washington y París ya habían negociado el tema con los demás Estados miembros permanentes del CSNU y con el Secretario General de ONU.

⁴⁶ Colectiva de André Singer, Radiobrás, 4 de marzo de 2004.

En pocos meses, la virtual invitación se transforma en resolución formal. La única, aunque expresiva, diferencia quedaría por cuenta de la composición del contingente militar pues, al contrario de lo publicitado por Singer, los militares de Canadá, Francia y Estados Unidos brillaron por su ausencia. La variante militar de la MINUSTAH estaría compuesta por tropas de América Latina y Asia.

Excepto la Comunidad del Caribe, de la que Haití es parte, bajo la inspiración del extraordinario primer ministro de Jamaica, Percival N. J. Patterson, que ocupó el cargo durante el período 1992-2006, y líder del *People's National Party*, el resto de América Latina y particularmente la zona meridional, decidió participar de la operación de intervención de la ONU.

La CARICOM reacciona por principios, pero también por interés. Sus 14 Estados miembros están conscientes de que en cualquier momento podrán ser las próximas víctimas de intervenciones extranjeras, como ocurrió en Granada en 1983. Su oposición a la intervención será matizada solamente en 2006, cuando René Préval es electo para un segundo mandato.

¿Cómo explicar el radical viraje suramericano y la rapidez de la decisión que le sigue?

La irreconciliable disputa en el seno de la izquierda haitiana a partir de 1999 entre Jean-Bertrand Aristide, por un lado, y Gérard Pierre-Charles, por el otro, hizo que la totalidad de los movimientos sociales y los partidos políticos de izquierda de América Latina se apartasen del *movimiento Lavalas* y declarasen su solidaridad a Pierre-Charles.

Este proceso se visibilizó, política e ideológicamente, en los debates sobre Haití que se dieron en el Foro de São Paulo. Al analizarlo, se comprende mejor el papel preponderante desempeñado por el Partido de los Trabajadores (PT) brasileño y del

ex Secretario General y uno de los ideólogos del Foro, profesor Marco Aurélio García, en la decisión tomada apresuradamente por el gobierno brasileño.

LA RECURRENTE CRISIS HAITIANA Y EL *FORO DE SÃO PAULO*

Decenas de movimientos sociales y partidos políticos de izquierda de América Latina y del Caribe cuentan, a partir de 1990, con un espacio de diálogo y concertación. El primer encuentro convocado por el Partido de los Trabajadores —PT brasileño— tuvo lugar en San Pablo, en 1990, bajo la denominación “Encuentro de los Partidos y Organizaciones Políticas de Izquierda de América Latina y del Caribe”. El movimiento fue bautizado como Foro de São Paulo —FSP— y nombró al profesor Marco Aurélio García como su Secretario General. Este cargo se sumaba a sus funciones como responsable de las Relaciones Exteriores del PT.

Los grandes artífices del Foro de San Pablo fueron el PT, liderado por Luis Ignacio Lula da Silva, y el Partido Comunista de Cuba (PCC), liderado por Fidel Castro. Su nacimiento emanó de la estrategia cubana para romper el aislamiento de la izquierda después de la caída del Muro de Berlín. En la época, como declaró el jefe del departamento de Relaciones Internacionales del PCC, José Ramón Balaguer:

“el entorno era bastante complicado para las fuerzas de izquierda y revolucionarias en América Latina y Caribe. La palabra imperialismo dejó de ser pronunciada y ya no se hablaba más de socialismo. Algunos partidos cambiaron de nombre.

Algunos incluso consideraban que ya no había necesidad de hacer la revolución”.⁴⁷

Tal coyuntura hizo que “el objetivo inicial fuese el de convocar a las fuerzas de izquierda y demostrar que, a pesar de lo que ocurría en el mundo, existían posibilidades para realizar una revolución social e implantar una sociedad con justicia e igualdad de oportunidades”.⁴⁸

Desde 1990 se realizaron más de dos decenas de reuniones. Según la documentación oficial presentada en la reunión realizada en mayo de 2011 en Managua, el Foro de São Paulo conoció tres grandes etapas. La primera consistió en la “resistencia al neoliberalismo”; la segunda, en las victorias para conquistar gobiernos nacionales (1998-2009); y la tercera, actualmente, “comienza con la crisis del capitalismo y el contraataque de la derecha”.

Entre los desafíos estaban el de “mantener los espacios conquistados, especialmente los gobiernos nacionales, y seguir luchando para derrotar a la derecha donde ella gobierna”. Veremos que, aplicada al caso haitiano, la estrategia del Foro obtuvo resultado inverso al preconizado, pues condujo al poder, en 2011, a un conocido simpatizante duvalierista.

La supuesta izquierda haitiana participó del Foro de São Paulo. Su representante fue, hasta que murió en octubre de 2004, Gérard Pierre-Charles, designado coordinador del Movimiento Lavalas, dirigido por Jean-Bertrand Aristide. Pierre-Charles integró incluso el Consejo Editorial de la revista *América Libre*, divulgadora del *Foro*.

Cuando la VII reunión ocurrida en Porto Alegre, en julio de 1997, la historiadora Suzy Castor —esposa de Gérard

⁴⁷ Prensa Latina, 26 de abril de 2013.

⁴⁸ *Ibíd.*

Pierre-Charles— participó igualmente del cónclave en calidad de Directora del Centro de Estudio y de Formación Económica para el Desarrollo.

En el VIII Encuentro del *Foro*, realizado en noviembre de 1998 en la Ciudad de México, se adoptó una primera Resolución sobre Haití, en la cual

“habiéndose constatado el bloqueo político que agrava la crisis económica y también el peligro de inestabilidad en la vida institucional... Proclama su solidaridad con el pueblo haitiano y decide organizar una misión de información a Haití a fin de proponer una mediación entre los partidos en conflicto”.

En la reunión siguiente —Managua febrero del 2000—, que precedió a las elecciones haitianas de aquel año, la crisis política en el país caribeño ni siquiera fue mencionada.

Cuando se consumó el divorcio entre Aristide y Pierre-Charles con ocasión de las cuestionadas —y cuestionables— votaciones del 2000, el Foro cambió completamente de posición y al ungir a Pierre-Charles como su único integrante haitiano, inició una etapa de agresiones a Aristide y a su Gobierno. Así, en el X Encuentro, realizado en La Habana en diciembre de 2001, la resolución concerniente a Haití adopta, incluso en su redacción, la tesis de la Convergencia Democrática de Pierre-Charles:

“El X Encuentro del Foro de São Paulo, reunido del 4 al 7 de diciembre de 2001, en La Habana, Cuba, llama la atención sobre las consecuencias de las elecciones fraudulentas del año 2000 en Haití, que exasperaron una prolongada crisis institucional, evidenciando la incapacidad del gobierno populista y corrupto de Aristide para resolver los graves problemas de la nación. Crece la miseria y el descontento, mientras la represión y las violaciones de los derechos humanos nutren una creciente

inestabilidad y polarización política. Las repetidas misiones de conciliación emprendidas por la OEA y la CARICOM no pudieron siquiera facilitar una salida negociada entre el poder Lavalas y la Convergencia Democrática, la cual, con el apoyo de amplios sectores de la población, se muestra como alternativa a este régimen personalista que frustró las esperanzas populares”.⁴⁹

Utilizando idéntica calificación y vocabulario —tales como populista, corrupto, personalista— empleado por críticos de varios de sus gobiernos, el Foro de São Paulo defendió que Haití debería prescindir de elecciones. Bastaría que Aristide fuese sustituido por Pierre-Charles.

En el XI Encuentro —realizado en Antigua, Guatemala, diciembre de 2002—, el Foro de São Paulo “profundamente preocupado por los acontecimientos de violencia y represión ocurridos en Haití en los últimos meses” adoptó la siguiente Resolución sobre la crisis haitiana:

- 1) El Foro de São Paulo denuncia la política antidemocrática del Gobierno de Jean-Bertrand Aristide en Haití, que defraudó las esperanzas del pueblo y sometió este país a un régimen de violación de los derechos políticos y libertades individuales.
- 2) Condena al Gobierno de Haití por rehusar alcanzar un acuerdo político con la oposición luego de las elecciones fraudulentas del año 2000 y a cumplir las Resoluciones 806 y 822 de la OEA, que indican una salida de la crisis mediante elecciones verdaderas, libres y transparentes.

⁴⁹ Destacado por el autor. Nótese que esta posición radical antecede en pocos días a los ataques contra la oposición del 17 de diciembre de aquel año. Estas agresiones ocasionaron un irreparable daño al respeto a Aristide y lo apartaron definitivamente de los movimientos y partidos de izquierda latinoamericana, que habían llegado al poder en varios países.

- 3) Expresa su más firme condena a la violencia sistemática contra los derechos de la oposición acontecida en los últimos días por sangrientas agresiones policiales y parapoliciales contra manifestaciones pacíficas en diversas ciudades del país, lo que abre una peligrosa dinámica de mayor violencia.
- 4) Apoya los esfuerzos de la conferencia [sic] democrática para restaurar el orden democrático en Haití y crear condiciones para el desarrollo económico y social de la nación en vísperas de la celebración, en 2004, del bicentenario de su independencia.
- 5) Llama a los partidos miembros del Foro y a los Pueblos de América Latina, a contribuir con su solidaridad hacia las fuerzas democráticas y a preparar la celebración de los doscientos años de la primera [sic] nación libre del continente.

El 17 de febrero de 2004, escasos días antes del golpe contra Aristide, el Grupo de Trabajo del Foro reunido en São Paulo, emitió una Resolución Especial sobre Haití, cuya confusa redacción —visiblemente la traducción de un original hecho en otro idioma, español o francés— no deja, sin embargo, de expresar la clara propuesta de retirar a Aristide del poder. Por primera vez, un documento oficial del Foro sobre la crisis haitiana, apoya sin ambages a un partido y a un político:

1. La crisis política que vive la nación haitiana surge del flagrante desconocimiento de las instituciones democráticas que hiciera el gobierno de Jean-Bertrand Aristide y la constante violación a los derechos humanos que practicó en los últimos años.
2. La amplia movilización popular que actualmente demanda la renuncia de Aristide constituye el resultado de una creciente concientización política en torno a la necesidad de exigir la restauración de la democracia, el respeto a la

libertad de expresión y a los derechos humanos, y la existencia de un verdadero Estado de Derecho.

3. La Comunidad Internacional debe mediar en el actual conflicto con el fin de ayudar a una salida política que ponga fin a la crítica situación de violencia existente en este país, en el ánimo de que sean los propios haitianos quienes decidan su rumbo político y la reconstrucción de su sistema democrático.
4. El Grupo de Trabajo del Foro de São Paulo se solidariza con la lucha del pueblo Haitiano y de la Plataforma Democrática, en particular, emiten su más amplio respaldo político a la *Organización del Pueblo en Lucha*, encabezada por Gérard Pierre-Charles, partido miembro del Foro de São Paulo.
5. El Grupo de Trabajo del Foro de São Paulo desea que la reconstrucción democrática de Haití sea un factor determinante del inicio de una etapa de desarrollo económico que garantice justicia social, libertad y dignidad para la primera [sic] nación independiente de nuestra América Latina”.⁵⁰

Lo que sería impensable anteriormente se vuelve ahora palpable realidad. La izquierda latinoamericana no solo concede apoyo irrestricto al golpe, sino que hace un llamado para que ocurra.

Al sentirse integralmente respaldada por el Foro de São Paulo, la Plataforma Democrática y la OPL de Pierre-Charles no temen seguir *en su estrategia de no buscar una salida negociada*.

⁵⁰ Ibídem.

Es el juego de suma cero, apoyado a continuación por Francia, Estados Unidos y Canadá.

En 2005, el decano diplomático del presidente Lula, Marco Aurélio García, va en misión a Haití y confirma lo que esperaba encontrar. El recibió

“de parte de muchos sectores, informaciones muy graves respecto de Aristide. En primer lugar, violación de los derechos humanos, sobre los cuales yo tenía información directa porque conocía mucha gente desde antes. En segundo lugar, que él estaría involucrado con el tráfico de drogas y que también tendría responsabilidad en problemas de corrupción”⁵¹.

Aunque García declarase no disponer de parámetros desde los cuales opinar y, simplemente, había “tomado nota” sugiriendo que el gobierno emprendiese un proceso judicial, el cual “dijeron que iban hacer y no hicieron”, se trata, en realidad, de idénticas acusaciones a las de la oposición y de los sectores golpistas extranjeros, asimiladas luego por el gobierno Lula y numerosos gobiernos de la región como verdades incuestionables.

La única fisura en la posición del Foro sobre Haití surge a partir del XII Encuentro, realizado en San Pablo en 2005. Ocurre que el Partido Comunista Brasileño —PCB— retira su adhesión a la Resolución adoptada. El Foro decide enviar una misión a Haití con “el objetivo de profundizar el conocimiento de la situación y discutir acciones comunes para la reconstrucción política, económica, social y ambiental de Haití”. Además de eso, el Foro enfatiza que:

⁵¹ En Folha de S. Paulo, 23/01/2011.

“Considerando que el Foro de São Paulo respeta y aplica como principio general del derecho internacional el derecho a la autodeterminación de los pueblos, hacemos votos para la rápida reinsertión soberana de la nación caribeña en la Comunidad Internacional.

Con esta finalidad solicitamos que la totalidad de la deuda externa de Haití sea perdonada como contribución para superar la situación de pobreza extrema en la cual vive su pueblo.

Exigimos que los países donadores, comprometidos con las Naciones Unidas para financiar el plan de reconstrucción de Haití, cumplan ese compromiso inmediatamente”.

La disconformidad del PCB con la Resolución proviene de varios elementos. Aunque menciona el principio de la autodeterminación de los pueblos, el Foro utiliza la tímida expresión “hacemos votos.” cuando debería exigir la retirada de La MINUSTAH; “solicitud” y “exigencia” surgen solo cuando implican a los países donantes y a los acreedores de la deuda externa haitiana, o sea, los países desarrollados. Jamás los gobiernos latinoamericanos integrantes del Foro.

Así y todo, fue solamente en 2012 que la crítica aparece de forma contundente. El conocido intelectual y activista argentino, Atilio Boron, al hacer un balance del XVIII Encuentro realizado en Caracas y de su Declaración final, señala:

“si por un lado, la Declaración final condena los intentos golpistas contra Evo Morales, *Mel* Zelaya, Rafael Correa y la más reciente contra Fernando Lugo, por el otro, desgraciadamente se olvida del golpe contra Jean-Bertrand Aristide en Haití a fines de 2004. Falla grave porque no se puede disociar ese olvido de la desgraciada presencia de tropas de varios países latinoamericanos —Brasil, Chile, Argentina, entre otros— en Haití

cuando, en realidad, lo que necesita ese sufrido país son médicos, enfermeros, profesores. Pero de esto se encarga Cuba; su generoso internacionalismo es una de las señales más honorables de su Revolución”.

A las críticas hechas por Boron, el militante Valter Pomar, entonces secretario ejecutivo del Foro de São Pablo, contestó:

“Quizás Boron no lo sepa, pero las Declaraciones finales son consensuadas en las reuniones del Grupo de Trabajo, del cual dirigentes haitianos participaron en este XVIII Encuentro y presentaron una Resolución sobre la situación en Haití, aprobada en plenario. Es legítimo debatir si esta resolución y la declaración final debería hacer o no referencia a la caída de Aristide. Pero raya en mala fe vincular este supuesto olvido a la infeliz presencia de tropas de varios países latinoamericanos —Brasil, Chile, Argentina, entre otros— omitiendo quiénes son los otros, omisión (más que olvido) que sirve para reforzar una insinuación que Boron debería explicitar, para que el debate pueda ser hecho claramente”.

Tres reveladoras lecciones se extraen de la respuesta del secretario ejecutivo del Foro. La primera consiste en no tomar en consideración la caída de Aristide como producto de un golpe. Aunque haya sido activa y decisiva la intervención extranjera, incluso militar, en el golpe, para el Foro se trata de una simple “caída”. Inútil hacer uso de la semántica cuando la realidad de los hechos está tan a la vista.

La segunda lección revela la ligereza del Foro cuando de Haití se trata. Prácticamente todos los países de la Región poseen varios partidos de izquierda y movimientos sociales representados en el Foro, que transmiten percepciones detalladas, a veces contradictorias incluso, sobre su realidad nacional. No es éste el caso de Haití. Al referirse a la participación de “dirigentes

haitianos”, Pomar no explicita —por evidentes razones— que se trata exclusivamente de responsables políticos de la *OPL*. O sea, un partido que intenta conquistar el poder y cuyo candidato, Paul Denis, recogió miserables 2,5% de los votos en las elecciones presidenciales de 2006. En las presidenciales de 2010, ni siquiera participó.

Haití cuenta con más de 30 partidos y plataformas políticas en un amplio abanico ideológico. Muchos son de izquierda y de centroizquierda. Ninguno de ellos logró hacerse representar en el Foro. A modo de comparación, la vecina República Dominicana, que dispone de similar número de partidos, estuvo representada por más de seis agrupaciones en el Foro de São Paulo.

La tercera lección consiste en la revelación del dogma en que se transformó la discusión —para el *Foro* de San Pablo— sobre la presencia de fuerzas militares latinoamericanas en el empobrecido Haití. ¿Cómo compatibilizar el discurso sobre la autodeterminación de los pueblos y el respeto al principio de no intervención en los asuntos internos de los Estados con lo que ocurre actualmente en Haití? Frente a una respuesta que es imposible de dar, que inevitablemente plantea críticas a la política internacional de los gobiernos patrocinadores del *Foro*, es preferible hacer silencio.

Sin embargo, todavía la disidencia no se calla, pues, concluyendo el debate, Boron contesta a Pomar:

“Su actitud solo confirma la escasa voluntad del Secretario Ejecutivo del Foro de São Paulo de aceptar disidencias y permitir (cuando no promover) una discusión sobre temas calientes. Todo, absolutamente todo, debería estar abierto a la discusión y la revisión, y mucho más en una organización que pretende representar la izquierda en América Latina y

que supuestamente no admite la infalibilidad como principio organizativo”.

Profundizando su posición expresada en el XII Encuentro del Foro, en agosto de 2010, el Partido Comunista Brasileño publica una Nota Política dirigida al Foro, en la que propone

“la realización de una campaña, en el ámbito continental y mundial, por la retirada de todas las tropas extranjeras presentes hoy en Haití y su sustitución por ingenieros, médicos y otros profesionales que puedan ayudar el país a recuperarse de la miseria profundizada por los huracanes”.

Pero el Foro de São Paulo se mantiene en silencio sobre la presencia militar latinoamericana en Haití. En el XIII Encuentro, realizado en El Salvador en enero de 2007, la Declaración final se restringe a decir que “en Haití, el imperialismo norteamericano y la derecha local no pudieron consumir el fraude para evitar la elección del presidente René Préval”. Sin embargo, el Documento de Base hacía, por primera vez, una referencia al asunto en los siguientes términos:

“De antemano, el XIII Encuentro se dirige a los partidos que integran gobiernos que tienen tropas en la MINUSTAH, informando que en nuestra opinión, es necesario crear condiciones para que, en el más corto plazo, se sustituya la presencia de las tropas de la MINUSTAH por un apoyo exclusivamente humanitario”.

La falta de acogida de la sugerencia del Documento de Base en la Declaración Final, revela la falta de consenso del Foro de São Paulo sobre el delicado tema. Así, no sorprende la ausencia de la crisis haitiana y sus variantes en los tres encuentros

siguientes del Foro, en Montevideo 2008, Ciudad de México 2009 y Buenos Aires 2010.

Haití retorna a la pauta del Foro en el XVII Encuentro, realizado en Managua en 2011, cuando el Documento de Base menciona simplemente la necesidad de “adoptar medidas concretas para la reconstrucción de Haití”. En esta oportunidad y en contraste con la simpleza de los propósitos manifestados por los “adultos”, la Declaración del III Encuentro de la Juventud del Foro de São Paulo, expresa la necesidad de:

- Seguir ubicando a Haití como elemento central de la agenda política de los partidos del FSP en el próximo período, tanto en el ámbito nacional como continental, priorizando la contribución solidaria de nuestros partidos miembros, de los movimientos sociales y de los gobiernos de izquierda y centroizquierda del continente con el proceso de autodeterminación del pueblo Haitiano en su lucha por mejores condiciones de vida en su país.
- Establecer con los gobiernos latinoamericanos sensibles a la causa Haitiana, en particular los gobiernos populares, de izquierda y de centroizquierda del continente, una política para una acción común y coordinada con gobiernos e instituciones del pueblo de Haití, que tenga como objetivos:
- Elaborar una agenda para el fortalecimiento del Estado nacional haitiano, contribuyendo con nuestras experiencias a mejorar las instituciones políticas del país, para que el Estado pueda cumplir su papel de inductor del desarrollo y promover políticas públicas universales de calidad;
- Volver efectiva la cooperación económica con Haití (prometida cuando el terremoto y no realizada por las principales potencias) asignando recursos propios para inversiones en infraestructura y desarrollo local,

como forma de contribuir a la sustentabilidad económica y social, para el proceso de consolidación democrática del país surgido de las últimas elecciones [sic].

- Estimular la más amplia participación popular en los esfuerzos de solidaridad y cooperación con Haití, en sintonía con los movimientos sociales y demás instituciones de la sociedad civil y democrática de nuestros países, aumentando la presencia humanitaria y la integración de nuestros pueblos en el fortalecimiento de los vínculos sociales y culturales con la emancipación del pueblo haitiano”.

En el XVIII Encuentro, Caracas 2012, el Plan de Trabajo propuesto por el PT brasileño para el Documento de Base menciona la necesidad de “revisar el caso de Haití” (punto nueve). A pesar de esta indicación, la Dirección Nacional del Partido ni siquiera se refiere a la crisis haitiana en su pronunciamiento.

Finalmente, el Documento de Base del XIX Encuentro del Foro de São Paulo, de julio del 2013, indica en su Plan de Acción:

“Nuestra firme solidaridad con la lucha del pueblo hermano de Haití para superar las condiciones ancestrales de pobreza y marginalidad, y en favor de la plena democratización de la sociedad haitiana, sin injerencia extranjera y respetando su soberanía nacional, desarrollando esfuerzos para apoyar las fuerzas de izquierda en aquel país”.

Las contradicciones y superficialidades del documento obligan a los responsables del Foro a silenciar totalmente el problema haitiano, que ni siquiera es mencionado en la Declaración Final.

A través del Foro de São Paulo, la izquierda latinoamericana presenta su lectura e interpretación de la crisis haitiana.

Sirviendo de soporte y complementándola, ideólogos funcionales aportan su grano de arena. A lo largo de la crisis, con raras excepciones como el uruguayo Eduardo Galeano y el argentino Juan Gelman, las declaraciones y análisis provenientes de intelectuales de izquierda defienden una única perspectiva: acusar Aristide de todos los pecados.

Con juramentos de amor y loas de admiración por el pueblo haitiano, travestidos sus análisis con puntuales sobrevuelos de la historia haitiana, los autores llegan, invariablemente, al mismo puerto: la víctima del golpe fue, de hecho, el verdugo de la democracia haitiana.

Carlos Alberto Libanio Christo, conocido como Frey Betto, subraya el supuesto “gobierno decepcionante” cuando el primer mandato de Aristide. Luego de una elección apoteósica, Aristide ni siquiera había cumplido nueve meses de gobierno cuando fue derrocado por un golpe militar.

De la crisis de 2004, el teólogo de la liberación tiene una lectura extremadamente original. Para Frey Betto, Aristide “acusado de corrupción y en connivencia con Washington [sic], se exilió en África del Sur”. Difícil sería encontrar mayor primor de desinformación y, para un hombre de fe, mayor testimonio de cómo utilizarla malévolamente.

En su sitio en internet *Amaivos*, autocalificado como “inteligencia y tecnología al servicio del amor”, en un artículo Frey Betto indaga: “¿Existe Haití?”. Se trata de un intento de hacer contrapunto al título “Haití no existe” del conocido libro de Christophe Wargny, antiguo consejero de Aristide y posteriormente severo crítico suyo.

Superando insondables barreras metafísicas y todos los límites de la decencia, el fraile desinforma con la siguiente preciosa perla: “...Haití es mantenido bajo intervención de la ONU y ahora [2010] ocupado, de hecho, por *tropas usamericanas*”.

¿Tropas US? ¿Tropas americanas? ¿Tropas usadas por los americanos? Solo falta responder a la pregunta de Frey Betto con otra indagación, que es la que formula Fernando Gabeira en el título de uno de sus más conocidos libros: “¿qué es eso, compañero?”

En marzo de 2004, Emir Sader, uno de los principales ideólogos del PT, sentencia que Aristide “gobernó de forma dictatorial, con corrupción y fraude electoral, con represión contra los movimientos sociales y las fuerzas democráticas que lo habían apoyado”.

Al hacerlo, acompaña al pie de la letra el “análisis” de la OPL. Sin embargo, indica que “Brasil no puede y no debe participar de un contingente de tropas que no tiene mandato claro, con plazos definidos... es recomendable que Brasil no entre en tal aventura”.⁵²

Pero, una vez que Brasil ya está instalado en el comando del brazo militar de la MINUSTAH, Sader considera que su intervención sirvió para “sustituir las tropas invasoras [EUA y Francia]”, olvidándose, por conveniencia, de la participación de los socialistas chilenos de Ricardo Lagos Escobar en la *Multinational Interim Force* (MIF) enviada a Haití luego de la retirada de Aristide del poder. En todo caso, la iniciativa brasileña no debería ser criticada.⁵³

La no intervención deja de ser un sacrosanto principio defendido por los países del Sur, especialmente por sus movimientos progresistas. A partir de la actual crisis haitiana hay intervenciones aceptables y otras no, hay intervenciones de izquierda y de derecha, hay guerras buenas y guerras malas.

⁵² “O que vai fazer o Brasil no Haiti?”, en *América Latina en Movimento*, 11 de marzo de 2004.

⁵³ “Diário do Haiti (1)”, en *Carta Maior*, 24 de septiembre de 2007.

Finalmente en 2011, algunas voces de la izquierda latinoamericana, entre ellas la de Frey Betto, surgen reclamando en Carta Abierta al Secretario General de la ONU y de la OEA, un cambio radical de estrategia y el fin de la ocupación militar de Haití. ¿Serán ellas oídas en Nueva York y en Washington cuando ni siquiera son escuchadas en las capitales de sus respectivos países?

Con las raras excepciones de pequeños partidos de la izquierda radical y de personalidades independientes, la oposición a los gobiernos de turno en América Latina tampoco critica la presencia militar en Haití. En el caso brasileño, el único opositor digno de nota fue el expresidente Fernando Henrique Cardoso, que declaró, en enero de 2006, que no logra “ver bien cuál es el interés nacional en la cuestión”.

Cardoso consideraba que el gobierno Lula se había precipitado al tomar la decisión de enviar tropas a Haití. Percibía “con preocupación la participación de Brasil en Haití, tomando en cuenta principalmente la extensión y duración de la misión. La situación es cada vez más compleja y lo peor es que no hay una fecha para el regreso de los soldados brasileños al país”.

La crítica de Cardoso fue prontamente refutada por el entonces ministro de las Relaciones Exteriores, Celso Amorim. Desde entonces, la oposición brasileña se mantiene en sorprendente y revelador silencio. Así, José Guilhon de Albuquerque —crítico feroz de la política externa de Lula y uno de los ideólogos del Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB)—, en un artículo que condena el intervencionismo de Brasilia en los asuntos políticos internos de países de América Latina, ni siquiera menciona el caso haitiano.⁵⁴

⁵⁴ José Augusto Guilhon Albuquerque: “O intervencionismo na política externa brasileira”, en Nueva Sociedad, diciembre de 2009.

Instalada en julio de 2004, con el beneplácito de amplia mayoría de la izquierda latinoamericana, la MINUSTAH se fortaleció a lo largo del tiempo. Recién constituida había esperanza de que su permanencia fuera de corta duración. A pesar del terremoto de 2010, de la epidemia del cólera y de la recurrente inestabilidad política —temas incompatibles con el capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas que mantiene las Operaciones de Paz—, la MINUSTAH creó profundas raíces en suelo haitiano. La contradicción congénita entre la naturaleza del desafío y los instrumentos para enfrentarlo alcanzó su punto más alto. Entretanto, Haití se volvió cliente preferencial del CSNU. Difícilmente dejará de serlo en un futuro próximo.

CAPÍTULO V

LA MINUSTAH: ¿UNA ÚLTIMA INTERVENCIÓN?

*Como ejercicio militar la MINUSTAH es excelente.
Pero, como Operación de Paz, ya no tiene sentido.*

AUGUSTO HELENO RIBEIRO PEREIRA (2010),
PRIMER COMANDANTE DE LA MINUSTAH

El viaje de Aristide al exilio contará, antes de que él encuentre refugio y amparo en África del Sur, con peripecias dignas del guión de una película de dudoso humor.

Los que observan la escena del despegue del avión de la única pista del aeropuerto Toussaint Louverture están satisfechos. Consiguieron, sin derramar sangre y sin contratiempos mayores, hacer que la presidencia Aristide perteneciese al pasado.

Hay todavía y entretanto otros desafíos. De inmediato, conceder el sillón presidencial a un nuevo inquilino. Así, escasas horas después de que Aristide abandonara Puerto Príncipe, jura como 54o. Presidente provisional de Haití, siguiendo los preceptos constitucionales, el anodino jurista Boniface Alexandre, entonces presidente de la Corte Suprema. La presencia de los embajadores de Estados Unidos y Francia en la ceremonia, que se realizó en la residencia del primer ministro Yvon Neptune, no deja duda alguna sobre el patrocinio de la operación.

Antes del atardecer del fatídico día, con la demanda de intervención de Boniface Alexandre —orillando así los impedimentos contenidos en el párrafo 7 del artículo segundo de la Carta de las Naciones Unidas— el Consejo de Seguridad adopta la Resolución 1529 que reconoce y legitima el golpe de Estado. A la luz del Capítulo VII de la Carta, patrocina una Misión Interina Multinacional (MIF), encargada de mantener el orden en Haití.

En sus alegatos, el CSNU considera que “la situación en Haití constituye una amenaza para la paz y la seguridad internacionales, así como para la estabilidad en el Caribe, en particular porque ella podría provocar un éxodo hacia otros Estados de la subregión”.

La ligereza con la que el Consejo de Seguridad de la ONU define un conflicto político de alcance doméstico, caracterizándolo como una amenaza a la paz regional, sellará de modo imborrable y permanente la acción de la Comunidad Internacional en Haití.

A partir del momento en que las equivocadas premisas son planteadas, impregnadas por el poder y el derecho que emanan de las Resoluciones del CSNU, el complejo dilema haitiano se transforma en una simple cuestión de seguridad militar. Haití es un Estado peligroso. Sus habitantes constituyen una amenaza regional y deben continuar siendo prisioneros en su propia isla.

El miedo, la ignorancia, la incuria y la indiferencia son pésimos consejeros. A lo largo de las próximas décadas la Comunidad Internacional pagará conjuntamente con la gran mayoría de la población haitiana, un alto precio por la equivocada y simplista evaluación.

De la MIF participan militares de Canadá, Estados Unidos y Francia. Como preanuncio de lo que ocurrirá en la siguiente Misión, se juntan a ellos algunos militares chilenos.

La iniciativa del gobierno socialista chileno permitirá que el primer Representante del Secretario General de las Naciones Unidas en Haití sea Juan Gabriel Valdés, próximo colaborador del presidente Ricardo Lagos. El mandato de la MIF expira el primer día de junio de 2004, cuando será sustituida por una importante misión en los parámetros establecidos para las operaciones de paz de las Naciones Unidas.

Sondeado para tomar parte de la Misión que se prepara, Brasil se retracta. Sus representantes en las Naciones Unidas intentan lograr que la fundamentación legal de la Misión repose en el Capítulo VI (construcción de la paz a través de la Solución Pacífica de los Conflictos) descartando la imposición de la paz prevista en el Capítulo VII de la Carta de la ONU.

Para vencer las reticencias brasileñas se propone al país asumir el mando de la vertiente militar de la Misión. Tal situación de liderazgo permitiría poner en práctica en Haití la táctica utilizada por Brasilia en sus recientes participaciones en operaciones de paz en Timor Leste y en el continente africano.⁵⁵

Como ejercicio para la tropa, la operación en Haití es tentadora y además, segura. Se movilizan equipos, material humano, se diseñan estrategias de combate, se prepara a todos para la acción bélica. Sin embargo, como no hay a quién combatir, tampoco habrá acción bélica. Si no hay combate, no hay muertos, excepto por accidente.

El ejemplo de las tropas brasileñas es elocuente. Han pasado por Haití, donde permanecieron durante poco más de seis meses, desde julio de 2004 hasta mediados de 2015, más de 30 mil militares brasileños. Se trata del más numeroso contingente de la MINUSTAH. No obstante, no se perdió ningún militar

⁵⁵ Ricardo Seitenfus: “De Suez ao Haití: a participação brasileira nas Operações de Paz”, en *O Brasil e a ONU*, FUNAG, Brasília, 2008, pp. 39-58.

brasileño por las acciones del supuesto enemigo. En concreto, Brasil no tuvo ninguna baja en Haití.

Para los responsables militares involucrados en la MINUSTAH, el hecho de ejercitar la tropa en condiciones reales, cooperando con varios ejércitos en acción en un país extranjero y teniendo parte importante de sus costos resarcidos por las Naciones Unidas, representa un operativo de gran interés, difícil de encontrar cuando realizan maniobras conjuntas o en el suelo patrio. El corolario de esta situación idílica está dado por la ausencia de riesgos y de pérdidas humanas.

Brasil sostiene una interpretación híbrida de la intervención en Haití, una suerte de *Doctrina 6 y 1/2*. ¿De qué se trata? La Carta de San Francisco, verdadera Constitución de las Naciones Unidas, establece en su capítulo VI (“*Arreglo pacífico de controversias*”), las iniciativas en el campo de la construcción de la paz (*peacebuilding*): solución pacífica de los litigios por medio de negociaciones, mediaciones, conciliación, arbitraje. Se trata de instrumentos diplomáticos tradicionales basados en la voluntad de las Partes y la persuasión. Además, defiende la idea de una intervención consentida multidimensional con temas conexos a la seguridad como la construcción de un Estado de Derecho, las iniciativas humanitarias y, a largo plazo, el desarrollo integral del país. Asimismo estas son las atribuciones del Consejo Económico y Social (ECOSOC).

El Capítulo VII (“*Acción en caso de amenaza a la Paz, quebrantamientos de la Paz o actos de agresión*”), al contrario, define las atribuciones del Consejo de Seguridad y sus decisiones son obligatorias. Se trata de la imposición de la paz (*peace enforcement*) que pueden alcanzar acciones militares ofensivas cuando así lo CS/NU decidir (artículo 42).

A pesar del hecho que Estados Unidos, igualmente Francia y Canadá, sostiene que las operaciones de “construcción de la

paz” deban ser limitadas al máximo, Brasil acepta formulaciones genéricas en el texto de la Resolución 1542 del CS/NU ya que ellas indican la “posibilidad de coordinación” y no hacen referencia a ninguna obligatoriedad.

Ilusionado con la posibilidad de vincular los dispositivos contenidos en los dos capítulos, Brasil finalmente acepta la invitación. Al hacerlo, lleva con él a Haití los militares de los demás Estados miembros del MERCOSUR.

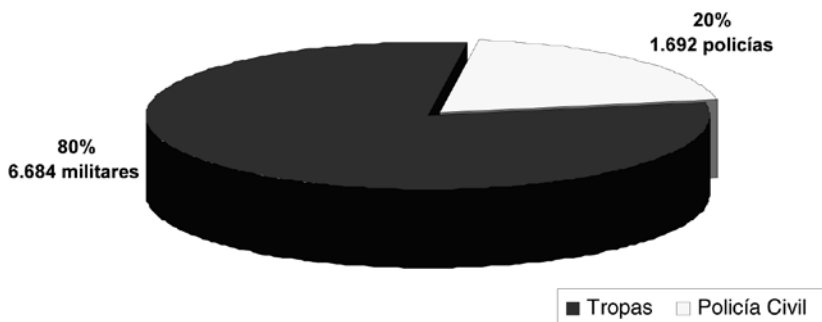
La batalla entre los dos modelos marcará de manera imborrable la repercusión de la futura Misión. Incomprensiones, polémicas, críticas y dramas —incluso la trágica muerte del General Urano Teixeira da Matta Bacellar— estarán acompañándola permanentemente.

El 30 de abril de 2004, el CS/NU adopta la Resolución 1542, que fija condiciones y mandato para una Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización en Haití. La utilización del sustantivo femenino “estabilización”, con origen en el verbo transitivo “estabilizar”, denota la preocupación de los redactores en transmitir la positiva intención de normalizar al turbulento Haití.

Sin tomar en cuenta la inmoralidad de la intención de petrificar una realidad fundada en las terribles condiciones socio-económicas imperantes en el país, lo que más choca en la estrategia de las Naciones Unidas se encuentra en el hecho de buscar estabilizar a Haití a través del uso de la fuerza. Se trata de reiterar una estratagema cuyos resultados fracasaron rotundamente en el pasado.

Compuesta por una minoría de civiles, por un número razonable de policías y por importante fuerza militar, la nueva Misión deberá sustituir a la MIF el primer día de junio. Por su composición, queda en evidencia cuál fue la tesis vencedora: Haití permanece como una cuestión que afecta a la seguridad regional y, por tanto, cabe a los militares enfrentarla.

FIGURA 8- COMPOSICIÓN DE LA MINUSTAH SEGÚN SU ESPECIALIZACIÓN



Fuente: DPKO, Naciones Unidas.

El gobierno de Estados Unidos desempeña un papel fundamental en el diseño de la MINUSTAH y en la obligación de inclinarse a lo que Washington entiende por democracia que tienen los haitianos.

Cabe recordar que el 8 de junio de 1982, frente al Parlamento británico, Ronald Reagan anunciaba la creación del *National Endowment for Democracy*, fondo financiado por el gobierno de Estados Unidos para apoyar partidos políticos y organizaciones supuestamente democráticas en el exterior.

Sin embargo, no cabe hacerse ninguna ilusión. La verdadera cruzada democrática permite que el concepto se transforme rápidamente en arma política para defender los intereses nacionales de Estados Unidos. Los múltiples ejemplos centroamericanos indican que para Washington poco importan los procesos democráticos mientras los resultados no contraríen sus intereses inmediatos en la región. En síntesis, “la democracia

es esencialmente lo que dice Estados Unidos y no un régimen que institucionaliza la incertidumbre”.⁵⁶

En el ámbito continental, con la adopción del Compromiso de Santiago (1991), preludio de la suscripción de la Carta Democrática Interamericana —CDI— firmada en 2001, se impone a los Estados americanos el monopolio de la democracia representativa como único y exclusivo sistema de organización política. Se inicia una fase histórica que puede ser definida como dictadura de la democracia.

El papel de Estados Unidos en la política haitiana a lo largo del siglo XX es de absoluta influencia. Tampoco podría dejar de serlo en el seno de las organizaciones internacionales —especialmente la ONU— que intervienen constantemente en Haití.

Susan Rice —consejera para la Seguridad Nacional del Presidente Obama desde julio de 2013— cuando fue representante permanente de Estados Unidos en la ONU, explicaba con sorprendente transparencia el lugar ocupado por las Naciones Unidas en la Política Exterior de Washington. Para ella, “en el caso de que las Naciones Unidas no existieran, nosotros tendríamos que inventarla”⁵⁷.

Entre las funciones de la ONU de especial interés para Estados Unidos, Rice cita aquellas que involucran Operaciones de Paz. Ella tranquiliza a su audiencia señalando que, por un lado

⁵⁶ Alain Rouquie: *Guerras y paz en América Central*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 259.

⁵⁷ Susan Rice: “Facing 21st-Century Threats: Why America Needs the UN”, Discurso en el World Affairs Council of Oregon, Portland, 11 de febrero de 2011.

“el Consejo de Seguridad de la ONU ni siquiera puede emitir un comunicado de prensa sin la bendición de los Estados Unidos... Cada operación de paz debe ser aprobada por el Consejo de Seguridad —en el cual Estados Unidos tiene la palabra final sobre todas las decisiones”.

No hay riesgo alguno, por tanto, de que los intereses de Washington se vean contrariados.

Sobre la comparación de gastos entre las operaciones de paz bajo los auspicios de Naciones Unidas y las intervenciones militares directas de Washington, Susan Rice informa que

“Cada casco azul cuesta una fracción de lo que costaría un soldado americano para hacer el mismo trabajo: ¿qué sería lo mejor? ¿Los Estados Unidos cargando con todo el gasto o solamente con un poco más de la cuarta parte? No sé lo que ustedes piensan, pero yo prefiero los lugares donde consigo un descuento del 75%”.

Podemos agregar una razón complementaria: como las Operaciones de Paz de las Naciones Unidas fueron tercerizadas por Fuerzas Armadas del Tercer Mundo, los militares norteamericanos no sufrieron pérdidas, ya que sus militares y policías ocuparon exclusivos puestos de mando. Efectivamente, de los actuales “120,000 cascos azules, solamente 87 son americanos con uniforme”.

En el caso haitiano, la inédita composición del grupo de Estados mediadores informa sobre la posibilidad de encontrarnos en el límite de una nueva etapa de la mediación y de la solución de conflictos a través de un instrumento colectivo y supuestamente desinteresado. La franqueza contenida en la escasamente conocida conferencia de Susan Rice, además de dar la dimensión exacta del alcance y la instrumentalización

de las Operaciones de Paz por Estados Unidos, indica que, al contrario de lo pregonado, se trata de un nuevo ropaje para la vieja práctica intervencionista extranjera en Haití. Cualquiera sea la hipótesis, los desafíos que se presentan en Haití son multifacéticos y de gran complejidad, escapándose a los cánones de las Misiones de Paz.

El funcionario de las Naciones Unidas, Gérard Latortue, ex Ministro de Relaciones Exteriores en el breve gobierno de Leslie Manigat durante 1988, asumió el puesto de primer Ministro de Haití el 12 de marzo de 2004. Hombre de confianza de Estados Unidos, Latortue había saludado a los ex militares de Guy Philippe como los combatientes de la libertad. Él condujo al Gobierno Provisorio hasta la asunción del gobierno democráticamente electo en la contienda presidencial prevista para inicios de 2006.

El 9 de julio de 2004, la Organización de las Naciones Unidas firmó con el gobierno haitiano un “Acuerdo concerniente al estatuto de la operación de las Naciones Unidas en Haití”. Se trata de un documento fundamental, indispensable para las operaciones de paz de la ONU. Determinante en las responsabilidades del Estado anfitrión y de ciertas obligaciones para los “visitantes”, el acuerdo concede base jurídica y legaliza la presencia de la MINUSTAH en Haití.

En el largo y detallado texto se definen las inmunidades, privilegios y derechos que benefician a la MINUSTAH. Sin embargo, al ser firmado en nombre del Estado haitiano por el primer ministro Gérard Latortue, se transforma en documento nulo, desprovisto de consecuencias jurídicas tanto a la luz de la Constitución Haitiana de 1987, como frente a los principios contenidos en las Convenciones de Viena sobre Derecho de los Tratados, de 1969 y de 1986. Veamos las dos causas que provocan su absoluta nulidad.

Al abordar las Atribuciones del presidente de la República, la Sección B, artículo 139 de la Constitución Haitiana estipula que el Presidente de la República “negocia y firma todos los tratados, convenciones y acuerdos internacionales y los somete a la ratificación de la Asamblea Nacional”.

Existen fundadas dudas sobre la eventual participación del presidente Boniface Alexandre en las negociaciones del Acuerdo con las Naciones Unidas. Probablemente él no haya participado. Incluso, conforme consta en el documento depositado en la ONU, no hay duda al afirmar que él no firmó el Acuerdo, el cual tampoco fue ratificado por la Asamblea Nacional haitiana.

La flagrante doble inconstitucionalidad lo vuelve nulo y desprovisto de efectos jurídicos igualmente frente a las disposiciones contenidas en las Convenciones mencionadas anteriormente. El principal desafío en la producción del texto de una convención internacional consiste en la identificación de quién posee autoridad para cerrar tratados. O sea, el *jus tractum*, disfrutando así del denominado *treaty making power* (poder para elaborar tratados).

El orden constitucional de cada Estado estipula el reparto de competencias entre las autoridades nacionales en el proceso de cerrar tratados. Solamente su estricto respeto refleja el consentimiento del Estado en vincularse jurídicamente al tratado, constituyéndose así en *conditio sine qua non* (condición sin la cual no) para su eficacia jurídica.

El artículo 14 de la Convención de Viena no cataloga las formas internas que constituyen la expresión del consentimiento. Enfatiza, entretanto, que el consentimiento de un Estado en obligarse por un tratado, se manifiesta por la ratificación. Se trata del acto a través del cual la más alta autoridad del Estado, que detenta la competencia constitucional para cerrar tratados

y acuerdos internacionales, confirma los términos negociados y acepta que él sea definitivo y obligatorio, comprometiéndose, en nombre del Estado, a ejecutarlo.

Como todo acto jurídico, la validez constituye condición incuestionable para la producción de efectos. La existencia de vicio de consentimiento —sea por la incapacidad de los representantes del Estado para cerrar tratados, sea por una ratificación imperfecta— conduce a la nulidad absoluta del acto (Convención de Viena, artículo 46, párrafo 1°).

Al hacer caso omiso del rito constitucional haitiano y de principios jurídicos que rigen el Derecho de los Tratados, la ONU demuestra, una vez más, la constante liviandad con la que trata los asuntos del país. Encargada, según ella misma, de construir un Estado de Derecho en el país, la ONU no respeta ni siquiera sus dispositivos elementales volviendo nulo y sin efecto el texto que fundamenta y que debería legalizar su acción en Haití.

Aún sin base jurídica, las Naciones Unidas consideran superados los desafíos políticos con la formación del Gobierno Provisorio y se preparan para enfrentar la precaria situación de la seguridad pública. ¿Cómo hacer para que militares resuelvan problemas estrictamente policiales? Las operaciones policiales y militares difieren totalmente en lo que respecta a su finalidad. Además de esto, igualmente son distintas tanto en lo que se refiere a su naturaleza como al perfil profesional, así como doctrina, entrenamiento y equipo utilizado como apoyo.

Muchos ejemplos certifican la poca concordancia entre la realidad de la crisis haitiana y lo que se propone la MINUSTAH. Entre ellos se destacan las disfuncionalidades en el combate a la criminalidad organizada en la región de Puerto Príncipe, especialmente la del secuestro. Esta modalidad de crimen se transformó en verdadera industria durante el segundo

semestre de 2005. Solamente durante el mes de diciembre —propicio al incremento de todo tipo de criminalidad— fueron cometidos nada menos que 300 crímenes de secuestros.

Han surgido, en los últimos años, sobre todo en Puerto Príncipe, redes delictivas organizadas. Paralelamente a los crímenes comunes, hay otros casos con vinculaciones políticas que se entrelazan implicando a altas personalidades.

El líder de la banda *Belekou*, una de las más activas de *Cité Soleil* en 2005, se llamaba Amaral Duclona. Fue acusado por el asesinato del cónsul honorario francés de Cabo Haitiano —Paul Henri Moural—, crimen cometido el 31 de mayo de 2005 en *Cité Soleil*. Además de este crimen, había también asesinado a un soldado de la MINUSTAH.

Los orígenes populares del movimiento *Lavalas* y su fuerte implantación en los barrios más miserables de la zona metropolitana, donde imperaban bandas mafiosas, llevaron a sus dirigentes a definir, mínimamente, un *modus vivendi* con el crimen organizado. No descartemos tampoco que las terribles condiciones socio económicas de Haití constituyesen un caldo de cultivo que propicia el surgimiento de actitudes antisociales, principalmente los secuestros y el tráfico de personas.

Las relaciones del poder constituido con el crimen organizado deben, por principio, restringirse a la prevención y represión. Pero hay experiencias distintas como el acuerdo garantizado por la OEA entre los *Maras* y el Gobierno de El Salvador. Como también las negociaciones que involucraron a la Policía de Boston en Estados Unidos, así como las de Medellín en Colombia. En 2006, la Policía de Sao Paulo igualmente se sirvió del diálogo para poner un freno a las acciones de la banda *Primer Comando de la Capital*.

En cierta ocasión, Préval confidenció que se sentía obligado a dialogar con los líderes de *las bandas*. La razón era muy simple: tanto la Policía Nacional de Haití (PNH) como la MINUSTAH no lograban eliminarlos y no había alternativa sino mantener contacto para convencerlos de que abandonaran sus acciones violentas. Sin embargo, pienso que no constituye atribución presidencial dialogar, aún a través de mediadores, con secuestradores y asesinos, como ocurre en Haití.

En razón de su notable incapacidad técnica, humana y escasez en equipamientos —además del hecho de que Haití siga sometido a un embargo de armas— siempre fue deficiente el desempeño de la debilitada Policía Nacional haitiana en el combate al crimen organizado. En cuanto a la MINUSTAH, a raíz de su perfil predominantemente militar, tampoco estaba a la altura del desafío. Por un lado, la Policía de las Naciones Unidas (UNPOL), a pesar de contar con más de 2.600 profesionales, presenta resultados ridículos. Manifiesta su incapacidad para la formación de una nueva PNH, la cual, luego de nueve años de entrenamiento, se encuentra muy lejos de lograr un mínimo de seguridad indispensable para Haití. Grupos enteros recibieron sus diplomas en la Escuela de Policía, montada por la UNPOL, sin siquiera haber hecho un único ejercicio de tiro al blanco en razón del embargo sobre armas y municiones impuesto por el CSNU. La contradicción irresponsable lleva a la calle a profesionales de la PNH carentes de una mínima preparación.

La UNPOL demuestra, igualmente, su flagrante ineptitud en las operaciones en terreno, mayormente en la lucha contra el crimen organizado, poniendo en jaque los fundamentos y objetivos de la MINUSTAH.

LA DUDA

La suma de una precaria PNH con una incapaz UNPOL, da como resultado la decisión de utilizar el contingente militar para acciones de represión de naturaleza estrictamente policiales. Sin embargo, el mando militar de la MINUSTAH, que siempre estuvo a cargo del Ejército brasileño, se opone al empleo de la tropa, pues “nosotros no queremos abrir heridas peores que las que ya tenemos”.⁵⁸

Desde que asumió el comando del contingente militar de la MINUSTAH, en junio de 2004, el general Augusto Heleno Ribeiro, siguiendo rigurosamente la *Doctrina 6 y 1/2* defendida por Brasil, rehuyó utilizar la tropa en operaciones policiales. Para Heleno Ribeiro

“No somos una fuerza de ocupación. Rechazamos utilizar la fuerza ciega. Somos una fuerza de paz. La visión brasileña es mucho mejor que aquella que defiende la utilización de armas y bombas. Haití es un país tan pequeño que no podemos hacer grandes movimientos que puedan afectar el proceso de paz”.

Parte del contingente militar brasileño ha desempeñado con denuesto y eficacia una obra social que tuvo como resultado la disminución de tensiones y un alivio superficial y pasajero para la población local. La lucha contra la inseguridad ha sido acompañada por *Acciones Cívico-sociales (ACISOS)*: reforma de predios comunitarios; limpieza, pavimentación y mantención de calles; distribución de alimentos; perforación de pozos artesanales. Hubo aproximación de la gente a los integrantes del

⁵⁸ Teniente Comandante Carlos Chagas, brazo derecho de Force Commander, en: “*Mantendo a paz no Haiti?*” Harvard Law Student Advocates for Human Rights, Cambridge, 2005, p. 46.

contingente, permitiendo que se estableciera un *modus vivendi* (una manera de vivir). El ejemplo más visible del éxito de la *Doctrina 6 y 1/2* se logró en la pacificación del hasta entonces peligroso barrio Bel-Air, ubicado frente al Palacio Nacional, que se transformó en postal de visitas para comprobar lo acertado de la estrategia.

Para el General Heleno: “el problema de Haití no sólo es militar o policial. Es necesario tener en cuenta aspectos políticos, sociales, ecológicos y militares para que la Misión pueda resultar exitosa”.⁵⁹

Heleno reconoce la precariedad de la seguridad en la región metropolitana. Pero él insistió en que “las autoridades mejoren las condiciones de vida de la población que vive en la pobreza y el desempleo”.⁶⁰

Dada la propuesta brasileña de utilizar militares para otros fines que no fueran la guerra y el combate, la reacción fue inmediata, generalizada y fuerte. En Puerto Príncipe, las tropas jordanas se opusieron abiertamente y seguían operando como si estuviesen en campo de batalla. No se apartaban del interior de sus blindados y disparaban contra la población civil.

Los estrategas responsables del Departamento de las Operaciones de Paz de las Naciones Unidas, aunque no se opusiesen públicamente a la estrategia brasileña, demostraban escepticismo. El justo alegato de que esto era insostenible a mediano y largo plazo y que no contaba con ninguna apropiación por parte de la población y de la PNH, ocultaba en el fondo, otros temores. Por un lado, la contradicción congénita entre las funciones ejercidas por el DPKO y la propuesta brasileña. Si no

⁵⁹ Entrevista concedida a *Agencia EFE*, 4 de agosto de 2006.

⁶⁰ *Ibidem*.

era para hacer la guerra ¿por qué enviar militares a Haití? ¿Cuál sería el papel del DPKO en tales circunstancias?

Por otro lado, los debates en el Consejo de Seguridad indicaban que Rusia y, en menor medida China, apoyaban la Operación de Paz en Haití, bajo la condición de su encuadramiento en los estrictos parámetros previstos por el Capítulo VII de la Carta. De lo contrario, Moscú amenazaba con utilizar su poder de veto durante la próxima renovación del mandato de la MINUSTAH.⁶¹

El *Tridente Imperial* (Estados Unidos, Canadá y Francia) inspiraba la posición del DPKO y reforzaba sus reservas y críticas a la *Doctrina 6 y 1/2*. En audiencia pública en el Congreso Nacional brasileño, en diciembre de 2004, el general Heleno denunció que recibía “muchísima presión para usar la violencia, para ser más resuelto en el uso de la fuerza, principalmente por parte de los países más interesados en el área y cuya actuación como fuerza de paz difiere de la nuestra”.⁶²

En mayo de 2005, el embajador de Estados Unidos en Brasilia, John Danilovich, en encuentros con Marco Aurélio García y Antonio Patriota, pone en evidencia las críticas. En la oportunidad amenaza, en caso de que no fuesen adoptadas iniciativas para controlar las bandas que estaban “perdiendo el miedo”, ¡enviar tropas norteamericanas a Haití!

Con razón el ministro Celso Amorim constata la imposibilidad de solucionar los problemas de seguridad en Haití aislándolos de la situación política, humanitaria, social y económica. De

⁶¹ Otra complicación vendrá de la ayuda, sobre todo a partir del gobierno Préval, concedida por Taiwán al Haití. Para aplacar el mal humor de Pekín, el DPKO propone, con éxito, que policiales chinos se integren a la MINUSTAH. Así, de un policial civil chino en junio de 2004, la Misión pasa a contar, en diciembre de 2006, con 130 policiales chinos actuando en Haití.

⁶² En *Folha de S. Paulo*, 3 de diciembre de 2004.

hecho, el primero fluye desde los otros. Pero entonces ¿cómo explicar el envío de militares brasileños a Haití sin concomitantemente atacar los demás problemas? Ese dilema constituye la primera contradicción de la *Doctrina 6 y 1/2*. Hay otras. ¿Serían los militares los cooperantes más aptos para promover los cambios que Haití necesita?

El *Tridente Imperial* condicionaba cualquier inversión en proyectos socio-económicos a la existencia de una improbable situación de tranquilidad absoluta en el área de seguridad. No hacía el más mínimo caso a los pedidos del general Heleno, que se cansó de advertir que “los proyectos de desarrollo no despegan y que tales iniciativas aumentarían la seguridad”.⁶³ A su vez, Brasil, a pesar de su gran empeño, no disponía de capacidad financiera y de voluntad política para enfrentar los desafíos económicos haitianos.

De manera cruda, Amorim evalúa que para el *Tridente Imperial*, Haití

“es un problema de seguridad, de migración y de narcotráfico. Entonces, en la medida en que tales problemas estén asegurados con el envío de algunas tropas y la Guardia Costera [de Estados Unidos] haciendo su trabajo, las otras cuestiones que involucran un movimiento financiero a más largo plazo no se obtienen con facilidad”.⁶⁴

El comando de la MINUSTAH fue instalado en el Hotel Montana, en *Pétion-Ville*. En él, el *Force Commander* disponía de un apartamento privado. El martes 16 de noviembre de 2004, alrededor de las 21 horas, ocurrió lo siguiente: una de las dos

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ Audiencia pública en el Senado brasileño. En *Folha de S. Paulo*, 3 de diciembre de 2004.

hermanas propietarias del hotel, Nadine Cardozo Riedl, fue secuestrada por cuatro individuos en una calle próxima al hotel. Su liberación ocurrió ocho días más tarde a cambio del pago del rescate. El general Heleno negoció con los secuestradores y fue personalmente, contrariando la opinión de todos, a hacer la entrega del valor del rescate y a recuperar, sana y salva, a la víctima.

Ahuyentadas de *Bel-Air*, las pequeñas bandas habían migrado para *Cité Soleil*, a partir de la cual operaban. Surgía un nuevo líder que pretendía transformarse en mito: Dread Wilmé. La osadía del secuestro de Nadine Cardozo y las presiones ejercidas sobre el comando de la MINUSTAH tienen efecto. Pese a que el general Heleno afirma que “la agenda de operaciones es de mi exclusiva competencia”,⁶⁵ la MINUSTAH lanzó el 6 de julio de 2005, una amplia y desastrosa operación para eliminar a Dread Wilmé.

Utilizando helicópteros y blindados modelo *Urutu*, centenares de soldados invadieron *Cité Soleil*. Se hicieron 22 mil disparos y algunos, según declaraciones de los vecinos, provenían de los helicópteros que sobrevolaban la villa miseria. La organización *Médicos sin Fronteras*, indicó que murieron 50 personas—entre ellas Dread Wilmé—y hubo más de 100 heridos; entre las víctimas, mujeres y niños.

Pese al aparente éxito de la incursión, hay incomodidad por los efectos colaterales. El general Heleno refuerza sus dudas al confirmar la inadaptabilidad y la falta de experiencia del contingente en operaciones estrictamente policiales. Entretanto, sus días están contados al frente de la MINUSTAH militar pues su mandato expirará en breve. Sus numerosos críticos aguardan

⁶⁵ Revelaciones de *Wikileaks*, *Folha de S.Paulo*, 13 de enero de 2011.

impacientes la definición del nuevo titular y el deseado cambio de estrategia.

Contrariando la doctrina y la práctica de las Operaciones de Paz de las Naciones Unidas, Brasil logra elegir a otro de sus oficiales para sustituir el general Heleno en el estratégico y sensible puesto.

En septiembre de 2005 asumió el *Force Commander* el general Urano Teixeira da Matta Bacellar. En contraste con la efusiva, alegre, inquieta y distendida personalidad de Heleno, su sustituto es de temperamento sereno, ponderado y retraído. Luego del huracán Heleno, Brasilia envía un hombre taciturno, solitario y silencioso, propenso a oír más que a hablar.

Pero pronto los críticos de Heleno se decepcionan pues, pese a las contrastantes personalidades, ningún cambio se hace en la *Doctrina* 6 y ½. Queda patente que se trata de una postura institucional y de un principio de Estado. Además, Heleno y Bacellar son viejos conocidos, estuvieron en los mismos grupos y se admiran mutuamente. Orientado por Brasilia e instruido por Heleno, Bacellar dará continuidad a la misma estrategia.

La asunción de Bacellar tiene una sola diferencia con respecto a la situación anterior: a los críticos tradicionales, agréguense el influyente sector económico haitiano y el Representante Especial del Secretario General de la ONU —el chileno Juan Gabriel Valdés— en condición de Jefe de la MINUSTAH. Autoritario, prepotente, engreído y superficial, Valdés es parte del grupo de políticos socialistas que, bajo el liderazgo del ex presidente chileno Ricardo Lagos, monopoliza la cuestión haitiana en Chile. A lo largo de la crisis, muchos ocuparán puestos destacados en la estructura de las Naciones Unidas y de la MINUSTAH. El propio Ricardo Lagos dirigirá, a partir de julio de 2010, un proyecto titulado Liderazgo Global para la Reconstrucción de Haití vinculado al Club de Madrid.

Interpretando equivocadamente la personalidad reservada de Bacellar como demostración de debilidad e indecisión, Valdés pretende alcanzar lo que jamás había logrado con Heleno: imponer una nueva conducta al *Force Commander* haciendo que se abandone la *Doctrina 6 y 1/2*. Como veremos, la táctica de Valdés terminará en drama.

Al finalizar 2005, a pesar de la violenta incursión militar de julio a *Cité Soleil*, seguía la ola de secuestros. Como el país estaba en plena campaña electoral —época propicia para brotes de violencia— era indispensable una acción decidida para facilitar la transición del Gobierno Provisorio de Latortue al nuevo mandatario. Sin embargo, en los últimos días de diciembre, los secuestradores atacan a dos técnicos en informática, extranjeros al servicio de la OEA y del CEP, encargados de la organización de los comicios. La realización de las elecciones corría peligro. A partir de entonces, aumentan las incesantes presiones ejercidas para que Bacellar abandone la *Doctrina 6 y 1/2*.

Tanto este secuestro como centenares de otros similares, tuvo como palco un único escenario: *Cité Soleil*. La más grande y la más terrible de las villas miseria del Hemisferio Norte.

Son aproximadamente 200 hectáreas de planicie entre la pista del aeropuerto Toussaint Louverture y la bahía de Puerto Príncipe. Como nunca ha sido asistida por el Estado, no hay informaciones confiables sobre su número de habitantes. Se estima que alcance 300 mil personas.

Vasta explanada, inhóspita y pantanosa, *Cité Soleil* es una especie de delta que corre en dirección al mar. Tuvo un destino distinto en 1958, cuando el tirano François Duvalier construyó 52 casas para trabajadores de la *Haitian American Sugar Company* (HASCO) que se ubicaba en ese lugar. Seguro de su brillante futuro, Papa Doc no dudó en homenajear el nombre de la enfermera con la que se había casado. Así nació *Cité Simone*.

En 1966, se construyeron más casas para los desalojados por el incendio del barrio *La Saline*. En 1972, bajo la batuta de Baby Doc, son trasladados para *Cité Simone* los sobrevivientes de otro gran incendio ocurrido en las inmediaciones del Mercado Central.

Con el fin de la dinastía Duvalier, sus vestigios deberían también desaparecer. La “ciudad” ya era un inmenso conglomerado abandonado a su propia suerte y recibió entonces su bautismo definitivo: *Cité Soleil*.

En realidad, el inmenso asentamiento está compuesto por un conjunto de barrios (*Bois Neuf, Boston, Brooklin, Drouillard, Linthau*) con espacios delimitados cuyas fronteras son reconocidas solamente por los residentes. Todos están marcados por idéntico paisaje: minúsculas casas levantadas con ladrillos pre fabricados o con tablas y cubiertas por un techo de zinc.

Se construyeron seis grandes canales para drenar el pantanoso delta. Pero en realidad, son otras sus finalidades, pues se dirige hacia la bahía transportando, a cielo abierto, los desagües de los barrios que se asientan más arriba. En su entorno, el magnífico azul turquesa del mar del Caribe se tiñe de negro. Este es el escenario. A continuación, un relato del drama según una de las víctimas.

EL CRIMEN

En la mañana del día 28 de diciembre de 2005 tres personas, dos de ellos técnicos de la OEA, se dirigen al *Centro de Tabulación de Votos* (CTV), ubicado en la *Société Nationale des Parcs Industriels* (SONAPI) [zona industrial próxima a *Cité Soleil*] para instalar equipos de computación para las elecciones presidenciales de febrero de 2006.

Al llegar a las proximidades de la SONAPI, surge repentinamente en una de las esquinas, un individuo, que se para frente a la camioneta apuntando con un fusil FAL y ordenando que se detenga. Luego aparecieron otros individuos fuertemente armados con revólveres y armas de largo alcance. Abrieron las puertas del vehículo y obligaron a los pasajeros a bajarse. Los secuestradores hablaban únicamente en *kreyòl*.

Fueron llevados para una calle angosta y obligados a correr, mirando hacia abajo, aproximadamente cien metros, donde los encerraron en una casa grande.

Estaban rodeados por esos individuos que los miraban con sus armas. Uno de ellos salió de la casa y con los gritos, comenzó a disparar para arriba. Parecía furioso y discutía rudamente con los demás. En este momento surgieron otras personas que despojaron a los prisioneros de celulares, relojes, billeteras, etcétera.

Luego de unos minutos, dos sujetos sacaron de la casa a uno de los técnicos secuestrados y lo obligaron a correr. Se escucharon disparos provenientes de la casa donde permanecían los demás secuestrados. Cada disparo era acompañado por gritos. Enseguida lo hicieron subir a una vieja moto y lo condujeron para el interior de *Cité Soleil*. Pasaron por calles muy angostas cuyo olor era insoportable, las aguas negras se hacían sentir. Se cruzaron por su camino con mujeres y niños que sabían lo que estaba pasando, pero que se limitaban a observar.

Llegaron a un arroyo y siguiendo por la orilla llegaron cerca de una avenida. Cuando desembocaron en ésta, aproximadamente a una cuadra, encontraron un tanque de combate con soldados de la MINUSTAH, que se movía ¡hacia ellos! Llenos de pánico, de inmediato los secuestradores abandonaron la motocicleta y al secuestrado. Huyeron a toda velocidad.

Aliviado, la víctima levantó la moto y caminó hacia el tanque que seguía avanzando en su dirección. Cuando estaba bien cerca, tiró la moto frente al tanque. Por increíble que pueda parecer, el tanque no se detuvo. Los soldados jordanos permanecían en su interior sin reaccionar. Decidió, entonces, subirse al tanque y sentarse en él.

Luego comenzó a oír disparos a cierta distancia y temió ser el blanco. Golpeó furiosamente la escotilla del tanque y finalmente un soldado la abrió. Con cara de pocos amigos, ordenó con gestos que bajase del tanque. Como se negaba a hacerlo, uno de los soldados le golpeó el pecho con la culata de su fusil automático liviano (FAL). Intentó hacer que ellos entendieran. Explicó en inglés, español y en francés quién era y que había sido secuestrado. Los soldados no entendían o hacían como que no entendían.

Entonces uno de los soldados apuntó su fusil y obligó al secuestrado a bajar del tanque. Pero él no podía perder la oportunidad de librarse del secuestro. El tanque de la MINUSTAH era su única salvación. Decidió agarrarse a la escalera que se encuentra en la parte lateral externa del tanque. Fue cuando oyó un disparo hecho por un soldado. Mediante señas, éste le advirtió que si no se apartaba del tanque, ellos dispararían contra su cuerpo.

El refugio de la escalera parecía haber sido su última oportunidad. Bajó del tanque. No comprendía como no lo habían reconocido, pues evidentemente se trataba de un extranjero en dificultades y que necesitaba ser ayudado. No podía haber dudas, empezando por el color de su piel.

Sin darse por vencido, el secuestrado decidió caminar al lado del tanque. Estaría desprotegido. Si bien es cierto, todavía en la mira de los secuestradores, pero con la posibilidad de huir de *Cité Soleil* y de sus verdugos cuando el tanque finalizase su patrulla y retornase a la base. Cuál no fue su sorpresa —se

trata, de hecho, de una secuencia de sorpresas— cuando uno de los soldados del tanque disparó en dirección al suelo, muy cerca de él. Residuos de tierra levantados por el impacto del proyectil le llegaron a los ojos.

Finalmente entendió que corría más riesgos con los soldados de la MINUSTAH que con los secuestradores.

Salió en acelerada carrera huyendo del tanque, pues temía que disparasen nuevamente. Retornó donde estaba la motocicleta. La volvió a parar. Intentó, pero no logró hacerla funcionar. Decidió empujarla y escapar lo más rápidamente posible. No llegó lejos. A 200 metros más o menos, una masa humana salió de las casas y lo capturó. Retornó a las manos de los secuestradores. Fue agredido por haber intentado evadirse. Los soldados del tanque de la MINUSTAH observaban la escena. Nada hicieron.

A pesar de encargarse de mantener la seguridad de vastas áreas de la región metropolitana de Puerto Príncipe, inexplicablemente el contingente militar brasileño al servicio de la MINUSTAH sacó la mano de la neurálgica *Cité Soleil*. Los militares jordanos y filipinos, desprovistos de la experiencia de actuar en villas miseria, quedan como responsables del área.

Mario Andresol, director de la Policía Nacional Haitiana, no ahorra críticas a la actuación de la MINUSTAH en la mencionada villa miseria. El desahogo de Andresol puede explicar lo aparentemente inexplicable, puesto que para él: “la promiscuidad entre los jordanos y la gente de Cité Soleil ha generado una convivencia objetiva con las bandas”.⁶⁶

Conducido hacia el interior de *Cité Soleil*, el secuestrado recibió la visita de alguien que parecía ser el jefe de la banda. Era

⁶⁶ En *Le Figaro*, París, 7 de febrero de 2006.

alto, gordo y hablaba español. Dijo lamentar que su país y su gente le hubiesen maltratado. Y prosiguió:

“Pido disculpas por lo que sucedió. Pero me gustaría que entendiese que nuestros niños, mujeres y viejos necesitan alimentarse, vestirse y acá en Haití es muy difícil encontrar trabajo. Los gobernantes están preocupados únicamente en llenar sus bolsillos y se olvidan de los pobres”.

Dijo además que si quisieran rescatarlo tendrían que pagar un millón de dólares. De lo contrario todos morirían. Posteriormente disminuyó la suma exigida. Serían 250 mil dólares por cada uno de los tres secuestrados.

No sería una sorpresa que el “sujeto alto, gordo y que hablaba español”, fuese Duclona. Se portó educadamente y dio demostraciones de conocimiento y aprecio hacia el trabajo hecho por la víctima. No parecía, por tanto, un simple criminal.

Luego de 48 horas de negociaciones entre instituciones haitianas y extranjeras, así como el pago de un rescate, las tres víctimas fueron liberadas el último día de 2005.⁶⁷

Este crimen informa sobre el *modus operandi* de la industria del secuestro que actuaba en la región metropolitana de la capital haitiana. Pese a propiciar pruebas suplementarias sobre el desajuste de una Operación de Paz cuando debe emprender acciones de naturaleza policial —que debería conducir naturalmente a cambios estratégicos de la MINUSTAH—, el episodio produce el efecto exactamente inverso: estimula

⁶⁷ A mediados de enero, uno de los exsecuestrados era conducido al trabajo cuando un auto lo alcanzó y su chofer lo saludó. El exsecuestrado automáticamente contestó con un gesto de mano. Luego se dio cuenta: el saludo provenía de uno de sus verdugos, que circulaba libremente por las calles de Puerto Príncipe.

aún más las críticas de los opositores a la *Doctrina 6 y 1/2 para* exigir el empleo masivo de la fuerza militar en las operaciones contra el crimen organizado. Su principal portavoz es el Representante del Secretario General de las Naciones Unidas en Haití, Juan Gabriel Valdés.

EL DRAMA

En la madrugada del sábado 7 de enero de 2006, se escuchó un tiro en el Hotel Montana. Algunos funcionarios corrieron en dirección al lugar de donde venía el sonido y entraron en el apartamento ubicado en su ala moderna. Lo atraviesan y cuando llegan al balcón, encuentran el cuerpo de un hombre, aparentemente muerto. Vestía ropa interior. A su lado, una pistola. Eran las seis de la mañana. La hora de los suicidas. La crisis haitiana acababa de provocar la primera víctima fatal brasileña. Un renombrado y distinguido general del Ejército, comandante de la más importante y numerosa operación militar en el exterior desde la Segunda Guerra mundial, yacía ensangrentado en el frío piso. ¿Suicidio? ¿Ejecución? ¿Atentado? ¿Víctima de la acción de un francotirador?

Pocos días después llegué al Hotel Montana, enviado por el Gobierno brasileño a Haití para acompañar las últimas semanas de la campaña presidencial y diseñar escenarios políticos post-electorales. Naturalmente, mi interés se concentró sobre las circunstancias, razones y consecuencias de la tragedia del general Bacellar.

La primera versión, dada por el comando de las Fuerzas Armadas Brasileñas en Haití, revela que la muerte de Bacellar provenía de “un accidente con arma de fuego.” Luego de un análisis hecho en Puerto Príncipe, durante el cual los peritos

de la ONU encontraron vestigios de pólvora en una de sus manos, el Gobierno brasileño decide repatriar inmediatamente el cuerpo para hacer una autopsia detallada en el Instituto Médico Legal (IML) de Brasilia.

Pese a que el ministro Celso Amorim considerara “poco probable” la hipótesis de suicidio —posición similar a la del Comando del Ejército en Brasilia— el informe preliminar del IML deja escapar la información de que el suicidio es la causa de la muerte de Bacellar. Según el IML, no existen lesiones en el cuerpo, excepto el proyectil fatal disparado por arma de fuego adentro de la boca de la víctima. Excluye, desde luego, la posibilidad de lucha corporal con un hipotético agresor. Se confirma que en la escena del drama no había señales que indicasen la presencia de terceros. Bacellar estaba solo y por razones desconocidas se suicidó.

El misterio permanecía completo, pues Bacellar no había dejado ninguna nota explicativa, ni siquiera una carta de despedida para la familia.

El suicidio del jefe militar de una de las más importantes Operaciones de Paz de las Naciones Unidas en curso, provocó una enorme conmoción en el contingente, mayormente en el brasileño, y lanza interrogantes sobre las razones del gesto. Con todo, los involucrados parecen imbuidos por una única y exclusiva preocupación: silenciar el caso y dar vuelta a la página.

Intentando poner un punto final a las discusiones sobre la tragedia, Damian Cardona, portavoz de la MINUSTAH, convoca a una conferencia colectiva para dar declaraciones a nombre de Juan Gabriel Valdés.

Cardona corrobora el informe del IML al indicar que “la conclusión de las Naciones Unidas, así como la del ministerio de Defensa de Brasil, es que el general Bacellar, que comandaba la Fuerza Militar, se suicidó”.

Aunque muchas sospechas se suscitaron sobre las circunstancias de la muerte de Bacellar, la conclusión oficial definitiva no se contradice con la verdad del hecho. El caso fue cerrado de forma abrupta como si fuese natural que un militar de alto rango, que realiza la función más relevante de su carrera y comanda la más importante acción militar brasileña en el exterior desde el final de la Segunda Guerra Mundial terminara, sin mayores explicaciones, suicidándose.

La trágica decisión de Bacellar se inserta en el proceso desgastante al cual está sometido, tal como lo estuvo el general Heleno, para que renunciase a la *Doctrina 6 y 1/2*. Pero hay todavía un elemento desencadenador que ocurre pocas horas antes del fatal gesto. Al analizarlo, se puede evaluar mejor en qué estado de espíritu Bacellar se retiró a su habitación la noche fatal.

El viernes 6 de enero de 2006, víspera de la tragedia, el presidente de la Cámara de Comercio de Haití, Reginald Boulos y el multiempresario Andy Apaid —actores ineludibles en las recientes crisis políticas— llaman a un *lockout* como forma de protesta a la ola de secuestros que saquea a Puerto Príncipe. Interlocutores constantes de Valdés y disponiendo de fuerte apoyo de Estados Unidos —incluso la nacionalidad—, ellos pretenden imponer la huelga patronal cerrando las puertas de las raras actividades productivas haitianas.

La reacción de Valdés fue inmediata: luego del llamado al *lockout*, anuncia el lanzamiento de una operación de gran magnitud para ocupar militarmente *Cité Soleil*. Según él declaró: “vamos a intervenir en los próximos días. Creo que habrá daño colateral, pero tenemos que imponer nuestra fuerza, no hay otra salida”⁶⁸.

⁶⁸ *The Independent*, Londres, 9 de enero de 2006.

Encontrando nuevos aliados en su lucha contra la *Doctrina* 6 y ½, Valdés convoca al general Bacellar para una reunión de trabajo al final de la tarde del día 6. Supuestamente la conversación serviría para definir medidas de seguridad frente a la nueva situación que sobrevendría del *lockout*, así como medidas preventivas para impedir el secuestro de extranjeros, como pasó con los especialistas de la OEA recientemente liberados.

Valdés pretendía, asimismo, llamar la atención de Bacellar por sus declaraciones recientes a la *Agencia Reuters*. Ellas eran exactamente lo contrario de la posición del Representante del SGNU. Efectivamente, el *Force Commander* enfatizaba que “su trabajo consistía en defender la Constitución Haitiana y no luchar contra el crimen”.

Bacellar fue convocado a una reunión de trabajo estrictamente técnica e interna de la MINUSTAH. No obstante, al llegar a la oficina de Valdés, quedó sorprendido por la presencia de Boulos y de Apaid, invitados del chileno. La naturaleza del cónclave cambiaba radicalmente. El mismo se transforma en un ejercicio para humillar el *Force Commander*, destituyéndolo de su autoridad.

Envalentonado por la presencia de los empresarios y queriendo demostrar el poder de que dispone —lo que había resultado imposible en la época del general Heleno—, Valdés no respeta, ofende, insulta y vilipendia la estrategia de Bacellar. Exige obediencia e informa que, independientemente de la opinión de su Comandante, el contingente militar ocupará *Cité Soleil*. Asiste a la escena, con visible satisfacción, el general Mahamoud Al-Husban, responsable del comando de las tropas jordanas, rival de Bacellar y adepto intransigente de la utilización de la fuerza militar.

Bacellar entiende el mensaje: en caso de que él no se doblegue a la voluntad de Valdés y no cumpla la orden de invadir *Cité Soleil*, Al-Husban, su subordinado, está dispuesto a hacerlo.

El general brasileño deja la reunión con la conciencia y el corazón hecho pedazos. Introverso, no demuestra sus sentimientos, aunque cada gesto, palabra o mirada de sus agresivos interlocutores, hayan sido sentidos como una puñalada. Acorralado, discutió poco. A pesar de la ligereza de Valdés al invitar extraños a una reunión formal de trabajo, Bacellar respetó la jerarquía, que confería autoridad al Representante del SGNU.

Imposible cumplir la orden sin traicionar lo más importante: el respeto a la *Doctrina 6 y 1/2*, a los principios que rigen la actuación brasileña en las Operaciones de Paz y a su colega, amigo y predecesor, el general Heleno. No cumplirla significaba ver a su subalterno jordano echar por tierra el principio jerárquico y su respetabilidad personal y profesional.

¿Qué hacer? Solitario en su apartamento de hotel, luego de una noche de tormentos, Bacellar decide salvar el honor al precio de su vida.

La situación de Valdés es delicada, pues podrían volverse públicas las circunstancias que precedieron el suicidio de Bacellar, lo que haría evidente el papel que jugó. Así, el Representante Especial del Secretario General de la ONU intenta apartarse del drama y cuando la MINUSTAH presenta su versión oficial y definitiva lo hace a través del portavoz Cardona. Valdés ni siquiera asiste a la conferencia de prensa.

Presionado por los acontecimientos e intentando eximirse de cualquier responsabilidad, Valdés se esfuerza en poner un punto final a las discusiones al declarar a la prensa brasileña “no creer que los problemas de la Misión hayan tenido influencia en esa tragedia, porque Bacellar era un militar experimentado y con equilibrio personal”.⁶⁹

La posición de Valdés es contrariada frontalmente por un investigador de las Naciones Unidas. Encargado de la

⁶⁹ En *Veja*, São Paulo, 18 de enero de 2006.

indagación y protegido por el anonimato, declaró al periódico francés *Le Figaro* que “Bacellar estaba bajo presión y, sin duda, se sintió derrotado. Era un hombre solo sufriendo insultos y críticas virulentas”⁷⁰.

Por razones de Estado, el Gobierno brasileño tampoco decidió profundizar el debate. Reconfortada por el apoyo de Condolezza Rice y de Kofi Annan, Brasilia se da por satisfecha con desarticular la maniobra de Valdés, que pretendía usufructuar totalmente de su victoria al intentar nombrar al general jordano Mahamoud Al-Husban como sustituto de Bacellar en el puesto de *Force Commander*. El general José Elito Carvalho Siqueira fue el elegido.

La palabra final la tuvo el embajador brasileño en Puerto Príncipe, Paulo Cordeiro de Andrade Pinto, que declaró, sin entregar ninguna explicación plausible, valiéndose de la tradicional *langue de bois* diplomática, que Bacellar había sido solo “víctima del sacrificio por la paz en Haití”.⁷¹

En Brasil, los familiares de Bacellar se rehúsan a conceder entrevistas y dar señales públicas de sus sentimientos. Prima el interés de Estado. Se baja la cortina. El espectacular drama se da por cerrado.

Como triste consuelo, a partir de este momento, el Ejército Brasileño ejercerá, a largo de toda la Misión, el monopolio sobre el sensible puesto. La muerte de Bacellar significa, igualmente, que el dilema estratégico de la MINUSTAH no fuese resuelto. Ni lo será.⁷²

⁷⁰ En *Le Figaro*, París, 7 de febrero de 2006.

⁷¹ En *BBC Brasil*, 7 de enero de 2006.

⁷² El prolífico e importante escritor haitiano, Gary Victor, se inspira en el episodio para construir una obra de ficción en su inconfundible estilo “polar vodou”. Ver *Cures et châtements*, Ed. Memoire d’Encrier, Montreal, 2013, p. 207.

Muchos ejemplos ilustran la tesis. Así, en la mañana del 18 de junio de 2009, un pelotón de militares brasileños aprovecha el final de la misa fúnebre de cuerpo presente, realizada en la Catedral de Puerto Príncipe, en memoria del Padre Saint-Just, para intentar arrestar a un supuesto bandido, el General Tutu, segundo en la jerarquía del *Lavalas*.

La ceremonia en honor al cura Saint-Just reúne a centenares de seguidores del expresidente Aristide, que reaccionaron indignados a la provocadora e insensible maniobra. Luego de arrestar a un individuo, los soldados intentan retirarse del local y, para protegerse, disparan supuestamente tiros al aire. Entretanto, un joven que se encontraba en las escaleras de la catedral murió por un disparo de arma de calibre 9 mm, idéntico al usado por el pelotón brasileño.

A la irrespetuosa e inconsciente incursión se sumó no solamente la tragedia de la muerte de un inocente como también la comedia, pues cuando verificaron los documentos del supuesto criminal preso, los soldados brasileños constataron que no se trataba de la misma persona y lo liberaron rápidamente, en las inmediaciones de la Catedral.

En el momento de la renovación del mandato de la MINUSTAH en el año anterior, el debate sobre la naturaleza de la presencia de la ONU en Haití proseguía. A raíz de los progresos en seguridad, se sugirió eliminar el concepto *de* área roja, utilizado para designar regiones supuestamente en guerra. La burocracia de las Naciones Unidas reaccionó vigorosamente a este intento, que derivaría en disminución pecuniaria y aboliría ventajas complementarias tales como seguro y licencias-premio.

De acuerdo con declaraciones de dos oficiales del Ejército brasileño que estuvieron en Haití con responsabilidad de comando:

“la continuidad de la MINUSTAH interesa a funcionarios civiles de la ONU, más preocupados con el propio salario y bienestar que con la reconstrucción del país. [...] La proximidad de Miami, a una hora y media de distancia con tres vuelos diarios disponibles, hace de la misión un oasis para funcionarios extranjeros que prefieren estar en América que trabajar en ingratas misiones en África o en el Medio Oriente. Además, ellos acusan a la ONU de mantener la clasificación de “zonas rojas” en barrios que, desde el punto de vista militar, ya fueron pacificados, como Cité Soleil, Cité Militaire y Bel-Air. Hasta hoy, los funcionarios de la ONU tienen prohibido por el reglamento del personal circular por esas zonas sin escolta de las Fuerzas Armadas”.⁷³

El embajador brasileño Igor Kipman manifiesta su pleno acuerdo con la evaluación de los oficiales militares: es exactamente esto.

“Voy a Cité Soleil con mi mujer, camino por la calle, sin chaleco y sin casco. El 7 de septiembre [fecha patria brasileña] fui allá acompañando al senador Heráclito Fortes y otros tres senadores, todos sin chaleco y sin casco, fueron y caminaron por Cité Soleil, pero [el barrio] todavía es considerado zona roja por la ONU”.⁷⁴

El senador Heráclito Fortes corrobora declarando: “Yo me sentí seguro”.⁷⁵

Por aquel entonces, entrevistado por un periodista, yo sostenía que había una excesiva militarización en la MINUSTAH,

⁷³ “Falsa guerra rende salários mais altos” en *Estado de São Paulo*, 12 de octubre de 2008.

⁷⁴ *Ibidem*.

⁷⁵ *Ibidem*.

agravada por la ausencia de una coherencia sistémica, centralizada y planificada.

“La culpa la tiene mucha gente. Los países donantes, que prefieren concentrar recursos en la mantención de la seguridad. La historia de la ONU que prefiere percibir tales conflictos esencialmente bajo la óptica militar. Finalmente, también los países del Sur, que no logran convencer a los donadores de que en la cuestión social radica el nudo de los problemas de seguridad”.⁷⁶

Incapaz de transitar de una situación de *uso de la fuerza*, como prevé el Capítulo VII, hacia una etapa de construcción del desarrollo, las Naciones Unidas y el *Tridente Imperial* prefieren mantener la paz de los cementerios en Haití. El dantesco sistema carcelario imperante constituye un ejemplo complementario.

EL CASTIGO

La violencia de las bandas en Haití deviene de muchos otros factores, además de los anteriormente mencionados. Por un lado, los criminales de origen haitiano residentes en Estados Unidos, una vez condenados y cumplidas las penas, son repatriados y luego liberados en Haití. El Estado haitiano ni siquiera recibía comunicación o notificación. Por otro lado, las terribles condiciones carcelarias. Prisiones que no fueron planeadas para una hipotética resocialización del detenido, sino más bien para apartarlo aún más de la convivencia social, imponiéndole

⁷⁶ *Ibidem.*

cumplir allí, de manera chocante y inhumana, penas por las cuales, muchas veces, ni siquiera es culpable o tiene condena.

Frente a sistemas judiciales disfuncionales a la paz social, esotéricos, inoperantes e inaccesibles para la gran mayoría de la población, dotados de normas procesales que prolongan indefinidamente los litigios sin resolverlos, la primera señal de las detenciones en Haití consiste en ser encarcelado sin ningún juicio. Son simplemente sospechosos que no fueron objeto del debido proceso legal y se encuentran en régimen de *detención provisoria prolongada* (DPP) a disposición de una justicia que tarda y jamás llega.

Según datos de abril de 2007 de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, en el universo de 2.582 detenidos en la *Prisión Civil*, solamente 112 —inferior al 5 por ciento— cumplían pena proveniente de juicio condenatorio. La casi totalidad es parte de la inaceptable práctica de la DPP.⁷⁷

Aunque se han realizado liberaciones masivas de los detenidos en la DPP, que ya habían cumplido penas preventivamente, en caso de que fuesen condenados por los supuestos delitos, su número no disminuye. El incremento de casi 1.000 detenidos en la *Prisión Civil* entre abril de 2007 y marzo de 2008, indica que este esfuerzo no produjo los efectos esperados.

Los datos de 2013 informan que en el universo carcelario de 8,860 personas, el 90% de los presos de la región metropolitana de Puerto Príncipe se encuentra en régimen de detención provisoria prolongada. Entretanto, el promedio de las demás

⁷⁷ Aunque el fenómeno de la DPP sea característico también en el caótico sistema carcelario brasileño (de los 548.003 presos, 195.036 son presos provisional sin condena definitiva), nuestra triste realidad se encuentra distante del decalbro haitiano. Consultar en Departamento Penitenciário Nacional, Ministerio de Justicia, 7º *Anuário do Fórum Brasileiro de Segurança Pública*.

prisiones en el interior del país, aunque igualmente absurda, es relativamente menor ya que alcanza solo el 57%.

La segunda señal se vincula a las terribles condiciones carcelarias. Hay centros de detención que ofrecen solamente 33 centímetros cuadrados por detenido (caso de la *Prisión de Anse à Vaux*). La Prisión Civil de Haití (también conocida como *Penitenciaría Nacional*) ubicada en el centro de Puerto Príncipe, prevista para recibir 800 detenidos, alberga a 3.500. El promedio nacional alcanza 0,60 centímetros cuadrados por preso. A modo de comparación, según normas y criterios internacionales, cada detenido debe disponer como mínimo de 9 metros cuadrados.

La principal cárcel de Haití cuenta con pocas celdas destinadas al aislamiento de los prisioneros considerados más peligrosos. El espacio común es dividido en varios patios rectangulares donde se reúne entre 400 a 500 detenidos. En la extremidad interna del patio hay un pequeño tejado. Bajo éste hay un caño por donde sale, a veces, un hilo de agua. En uno de estos patios el abastecimiento de agua es intermitente.

Cuando visite la cárcel, en 2008, pude ver las peleas entre los presos, con baldes y latas, para intentar recoger el preciado líquido. La gran mayoría permanece desnuda y se aglomera a codazos gritando e intentando, al mismo tiempo, equilibrar su recipiente bajo el goteo del caño, intento —la mayor parte de las veces— infructífero.

En una lateral del patio hay un pequeño muro de un metro de alto a lo largo de la pared principal. Entre la pared y el muro, hay un espacio de dos metros de ancho lleno de agujeros cavados en el suelo. Allí los presos hacen sus necesidades fisiológicas, a la vista de todos. Los excrementos y la orina permanecen allí e impregnan todo el ambiente con un olor fétido y nauseabundo, agravado por la alta temperatura que, como se

sabe, es ideal para provocar fermentaciones y pudriciones de materias orgánicas.

En las cocinas preparan dos comidas diarias compuestas por arroz y, tres veces por semana, se adicionan trozos o caldos de carne. Las condiciones de higiene son lamentables.

La enfermería reúne a los enfermos hombres —tanto los adultos de la propia *Prisión Civil* como los niños de la *Prisión de Menores*—. Sí. En Haití, los menores de edad en conflicto con la ley son encarcelados. Las principales enfermedades son tuberculosis, tifus, fiebre amarilla, sífilis, HIV/SIDA, etcétera. Muchas de ellas son infecto contagiosas.

La enfermedad es un agravante para cualquier preso. El caso de los menores es aún más dramático en la medida que hay dos grupos de razones que pueden conducirlos a la cárcel. Puede ser consecuencia de un delito, así como por problemas sociales, como el abandono por la familia, la necesidad de protección del Estado, etcétera.

No hay registro informático sobre los detenidos. Son inscritos en un gran libro al momento de su llegada y al partir, pero el banco de datos, organizado gracias al apoyo de la OEA, fue abandonado. El episodio de este abandono ilustra bastante bien uno de los malentendidos de la cooperación extranjera con Haití.

Entre los diversos proyectos en el área de los derechos humanos mantenidos por la OEA durante la década de 1990, uno preveía el registro de los detenidos en la Prisión de Puerto Príncipe. Luego de tres años de trabajo bajo la dirección de una joven belga, un equipo informatizó el sistema carcelario. Los carceleros recibieron instrucciones básicas de informática que permitiría el control del flujo de prisioneros.

Una vez implantado el sistema, la joven belga se fue a cumplir otra misión fuera de Haití. Cuando retornó —después de

cuatro meses de ausencia— se dirigió, impaciente, a la Prisión central para verificar la buena marcha del control. Entonces constató, con estupor y tristeza, que el sistema no había sido alimentado durante el período en que estuvo ausente. Impaciente, cuestionó a los funcionarios y a la dirección de la prisión. He aquí el diálogo:

P: ¿No hubo entrada o salida de prisioneros?

R: Sí, hubo un flujo normal.

P: ¿Ustedes no comprendieron el funcionamiento del sistema? ¿No lo expliqué correctamente? ¿Hubo algún problema técnico?

R: No. Entendimos todo y el sistema funciona perfectamente.

P: Entonces, ¿por qué el sistema no fue alimentado?

R: Bien, no lo pusimos a funcionar porque ¡pensábamos que Usted no volvería a Haití!

Este es un ejemplo de la ausencia de una apropiación de los haitianos de los proyectos, los programas y las acciones conducidas por la cooperación extranjera. A ésta, el fenómeno imprime de forma imborrable su principal característica: la ausencia de sustentabilidad una vez que la ayuda internacional cesa.

Las instalaciones físicas de la *Prisión Civil* son una afrenta al más elemental de los derechos humanos de los presos. No se respetan normas mínimas previstas tanto en la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* como en la *Convención Interamericana de Derechos Humanos* (artículo 7). Además, no son seguras (por ejemplo, el aparato de detección de metales existía, pero no funcionaba).

El Secretario General Asistente para el Estado de Derecho de la ONU, con larga experiencia sobre el sistema carcelario africano, el ruso Dimitry Titov, en su Informe —no obstante

ser optimista— sobre la situación en Haití, presentado al Consejo de Seguridad en marzo de 2008, calificó las instalaciones penitenciarias haitianas entre las peores que había inspeccionado. Alertó que se trataba de un verdadero problema de derechos humanos básicos.

No obstante, el especialista independiente del Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas (CDHNU), el francés Michel Forst, en sus primeros informes minimizaba el problema. Según él, no había ejecuciones sumarias, al contrario de lo que ocurría en prisiones africanas. Estas tenían presos políticos —principales víctimas de la atroz práctica. No era, ni mucho menos, el caso de la Prisión Civil Haitiana. Era por tanto imposible comparar lo incomparable. Felizmente, en informes posteriores, Forst cambió su evaluación, lo que llevó a la construcción, con financiamiento canadiense, de una nueva cárcel en *Croix des Bouquets*, en los alrededores de Puerto Príncipe.

Cualquier persona al cruzar el portón de entrada de la prisión, penetra en un verdadero infierno. Al retirarse, no logra apartar las imágenes, sonidos y olores que la pueblan e impregnan. Siente la imperativa y urgente necesidad de librarse de su propio cuerpo. Meterse bajo la ducha puede ser una solución para intentar que retorne a la vida anterior. Será inútil. La marca no quedó en el cuerpo, pero sí en el alma.

El 12 de enero de 2009 desapareció, repentinamente y de modo inexplicable, en Puerto Príncipe, un ciudadano de nacionalidad haitiana, llamado Joseph François Robert Marcello. Coordinador de la Comisión Nacional de Compras Públicas de Haití, Marcello era también miembro activo de la Red Interamericana de Compras Gubernamentales, cuya Secretaría Técnica estaba a cargo de la OEA. La red velaba por la transparencia de la gestión pública de las compras gubernamentales.

Las funciones ejercidas por Marcello son de alta sensibilidad en cualquier país. En Haití todavía más. Seguramente no se trataba de un simple crimen común.

Sus hijas hicieron gestiones en Washington, denunciando la desaparición del padre que, además de ser una persona mayor, era cardíaco. Fueron hechas igualmente gestiones junto a los responsables gubernamentales, desde el Presidente a la Primera Ministra, pasando también por el Secretario de Seguridad Pública, Luc Eucher Joseph. Inútilmente.

Frente al manto de silencio que cubría el caso, se pensó en la posibilidad de emitir un Comunicado público por parte de la OEA exigiendo la liberación de Marcello. Fuimos disuadidos de hacerlo por el Gobierno haitiano, pues supuestamente se estaba en proceso de negociación con los secuestradores y cualquier publicidad provocaría un aumento en el valor del rescate exigido. De hecho, la familia de la víctima negoció durante tres días con los secuestradores. Sin embargo, a partir del 15 de enero se apartó a la familia de la gestión y la PNH asumió el caso.

Los alegatos del Gobierno haitiano se recibieron con escepticismo. Pocos días después, ciertos oficiales del Gobierno transmitieron la información que Marcello estaba siendo investigado por un supuesto lavado de dinero y corrupción en licitaciones públicas. Todavía, ningún documento comprobaba la existencia de tal investigación. Parecía una maniobra distraccionista para que no hubiese continuidad en la búsqueda de la víctima.

A pesar de los pedidos de la familia y sus múltiples gestiones, semanas y meses pasaban sin novedad por parte de las autoridades haitianas. Como no había cuerpo, todavía podía haber esperanza. Entretanto, hay señales que no mienten. A cada embestida, el gobierno contestaba que nada podía hacer

y que ya no había contacto con los secuestradores. Se notaba, durante esos meses, la incomodidad de los interlocutores oficiales en cada ocasión en que el tema era mencionado.

El día 8 de septiembre de 2009, Amaral Duclona es detenido en el lujoso complejo turístico *Casa de Campo*, situado en La Romana, República Dominicana, con documentos falsificados. Las autoridades dominicanas cumplen el mandato de la Organización Internacional de Policía Criminal (INTERPOL) por la acusación de asesinato del cónsul honorario francés, mencionado anteriormente. Al final del mismo mes, sintiéndose aparentemente protegido, Duclona concede una entrevista al periodista Kevin Pina y hace revelaciones impactantes.

La primera es que él, personalmente, secuestró y ejecutó a Marcello. Supuestamente obedecía la orden de otro funcionario del gobierno haitiano, Jude Célestin, en la época director del *Conseil National d'Équipement* (CNE), y futuro candidato a las elecciones presidenciales de noviembre del 2010. Según Duclona, Célestin pretendía obtener sin licitación, el contrato de 90 millones de dólares previstos para la reconstrucción de la ciudad de *Gonaïves*, destruida por los huracanes en 2008.

Envié una Nota Verbal a las autoridades judiciales dominicanas, a través del embajador dominicano, Rubén Silié, solicitando autorización para tener acceso a Duclona. La intención era esclarecer su confesada autoría del secuestro y asesinato de Marcello. En caso de que se confirmase, solicitaría que indicase dónde se encontraba el cadáver, para entregarlo a la familia.

La solicitud nunca tuvo respuesta. Francia preparaba la documentación para formalizar la demanda de extradición del acusado. Durante esas semanas, Préval solicitó tres veces —tanto al embajador Silié como al propio presidente Leonel Fernández— que Amaral Duclona fuese extraditado para Haití y no para Francia. Supuestamente para ser juzgado. Una fuente

segura, próxima a la Policía haitiana, me reveló que si Duclona pusiese los pies en Haití sería inmediatamente ejecutado.

Una vez que Duclona fue extraditado para Francia, se retomaron las iniciativas, ahora con el embajador francés, intentadas sin éxito en conjunto ante las autoridades judiciales dominicanas. Tampoco fructificó. En mayo de 2014, Amaral Duclona fue condenado a 25 años de cárcel.

No hubo oportunidad para confirmar el asesinato de Marcello. Sus hijas, que tanto lucharon, ni siquiera pudieron darle digna sepultura. Persisten las dudas e interrogantes. Solamente el Estado francés estaría en condiciones de esclarecerlas. Nunca lo ha hecho.

El caso de la desaparición de Marcello levanta la punta del velo que cubre las promiscuas relaciones entre ciertos responsables importantes del movimiento *Lavalas* y de la política haitiana con el mundo del crimen.

Amaral Duclona relata que era protegido por el ocupante del Palacio Nacional y que Préval lo acogió en la residencia oficial donde pernoctó al menos treinta veces. Acusa asimismo a la hermana de Préval, Marie-Claude Calvin, de haberlo amparado en diversas oportunidades en su residencia privada a lo largo de los dos últimos años.

La supuesta connivencia gubernamental con la avasallante ola de secuestros contribuye a explicar cómo, en vísperas de la votación de febrero del 2006, retorna, inexplicablemente, a la región metropolitana, una calma total. Milagrosamente cesan los secuestros. Pero, según un habitante de *Cité Soleil*, era “una calma pesada, como si fuese artificial”.

Con la concordancia de parte de la Comunidad Internacional, el Gobierno Provisorio parecía querer eternizarse. Alegando múltiples dificultades, Latortue había decidido hacia fines de

diciembre, por tercera vez consecutiva, postergar las elecciones. El trágico fallecimiento del general Bacellar desbloqueó la situación. El día siguiente a su muerte, el Gobierno Provisorio anunció que la primera vuelta de la contienda electoral se realizaría el 7 de febrero de 2006.

Del período comprendido entre el 29 de febrero 2004 y el año 2006, se despejan varias incógnitas y algunas certezas, dando como resultado que el balance de las realizaciones esté marcado por los contrastes.

Se alcanzó el principal objetivo de la MINUSTAH: ocurrió un congelamiento del poder y una nítida estabilización política en el país durante el período. No hubo sublevaciones ni intentos de golpe y el proceso de deterioro de la vida pública se hizo menos visible o disminuyó, es más, se estancó.

Sin embargo, se mantuvo encendida la pugna entre estrategias aparentemente incompatibles. Muchas de las dificultades enfrentadas durante el período de transición se originan en la incertidumbre del mandato de la MINUSTAH, especialmente en lo que concierne a sus relaciones con la Policía Nacional haitiana.

Por otra parte, el Representante del SGNU sufrió un progresivo desgaste en su actuación. La experiencia de otras misiones de paz demuestra que, si en un primer momento hay una percepción y evaluación positiva de su papel, la tendencia se revierte y se transforma, en un plazo no superior a dos años, en unanimidad negativa.

La principal conquista de la fase transitoria fue su epílogo. O sea, la realización de la contienda electoral del 7 de febrero de 2006, que posibilitó la sustitución del Gobierno Provisorio —impuesto por el extranjero— por otro resultante de la voluntad de los electores.

La participación en las elecciones presidenciales y legislativas del 7 de febrero de 2006 alcanzó el 63% de los inscritos, duplicando el promedio histórico de participación de los votantes.

Sin participar en los debates, ni siquiera hacer campaña, René Préval fue electo, por segunda vez, presidente de Haití. ¿Cómo explicar su estruendosa victoria? Según él “no soy un político” [sic]. La gente lo sabe y dice: “Préval trabaja, los demás hablan”. Impactante pero insuficiente explicación.

Con Aristide expulsado del escenario político nacional, Préval consigue recuperar en beneficio de su propia candidatura a los electores cautivos del *Lavalas*.

Durante la campaña presidencial de 2006, solamente el partido de Préval, La Esperanza (*Lespmwa*), consiguió penetrar en los barrios dominados por las bandas y por las bases *lavalasianas*. ¿Cómo fue posible? Con la anuencia de Aristide para practicar un doble juego. Más adelante, al inicio de la campaña, Préval relata que al charlar con el *lavalasiano* Leslie Voltaire, éste le informa sobre el proceso de renovación de los líderes populares. Preocupado por la falta de contactos con los nuevos líderes, Préval solicita a Voltaire que le pase la lista de sus principales responsables. Pronto se contacta a todos y se transforman en puntales de su candidatura.

El día del escrutinio, como una única voz, los electores de Aristide se dirigen en masa a apoyar a Préval. El candidato oficial del *Lavalas*, Marc Bazin, recoge un miserable 0,68% de los votos, mientras que Préval recibe la extraordinaria votación de 48,76% del total de los votos. Insuficiente, sin embargo, para hacerlo nuevamente presidente en la primera vuelta.

Luego entran en escena los jóvenes electores *Lavalas*. No para defender al *néo-lavalassien* Marc Bazin como se podría suponer, sino para denunciar un supuesto fraude que intentaría impedir la victoria de Préval! Se bloquean las calles de la

capital con piedras, árboles, tablas, llantas y coches calcinados. Puerto Príncipe comienza a asfixiarse.

No contentos, los manifestantes invaden, ruidosos y sonrientes, el Hotel Montana, donde están alojados los mentores extranjeros de la imberbe democracia haitiana. Recuerdo la algarabía general y el temor estampado en la cara de los raros extranjeros que se atrevían a dejar sus habitaciones.

Las protestas en el Hotel Montana terminan con un sorprendente baño de piscina de los manifestantes. Pese a la extravagancia de la fiesta, el simbólico gesto abriga un claro mensaje: nada ni nadie deberá imaginarse por encima de la voluntad colectiva. Y que todos estaban al alcance de la joven turba.

Acatando los consejos del arzobispo Desmond Tutu, Premio Nobel de la Paz que, desde la ventana de su cuarto, trataba de calmarlos, los jóvenes manifestantes, tal como habían llegado, dejan libre las dependencias del Hotel. Están ausentes, durante todo lo ocurrido, tanto la PNH como la MINUSTAH.

El carácter festivo y aparentemente inocente de los manifestantes no debería prestarse a interpretaciones equivocadas y de paso, oscurecer el tenor de su voluntad inmediata. No habría segunda vuelta y Préval debería ser proclamado presidente de la República.

Estados Unidos, a través de la Secretaria de Estado Condoleezza Rice, defiende la aplicación de la Ley Electoral haitiana de forma restrictiva: deberá haber una segunda vuelta. Ella es disuadida por el ministro brasileño de Relaciones Exteriores, Celso Amorim, pues según afirmó: “las elecciones en Haití no se desarrollan como en Suiza”.

Una iniciativa de Marco Aurélio García resolverá la cuestión. Aunque no está prevista en la Constitución y en la Ley Electoral haitianas, el CEP acata la sugerencia y decide utilizar la llamada *cláusula belga*. El presidente del CEP, Max Mathurin

informa: “Considerando que el decreto electoral de 2005 dispone que los votos en blanco son votos válidos, ha decidido repartir los votos en prorrata de los votos expresados a favor de los candidatos a la compilación de los resultados de las elecciones del 7 de febrero de 2006”.

El constitucionalista Claude Moïse cuestiona la decisión del CEP y critica a Mathurin:

“¿Dónde fue Haití a buscar esta perla? Es cierto que nada ha escapado a la prueba de la imaginación de los organizadores de las elecciones desde 1987 cuando tuvieron que enfrentarse al rigor del sufragio universal. Se han visto fortalecidos actualmente por el *savoir faire* de especialistas extranjeros. Recordemos que el voto en blanco es, en esencia, un voto-sanción, un voto abstencionista. Atribuirlos a los diferentes candidatos en función de su desempeño es lo mismo que desvirtuarlos de su verdadera naturaleza”.⁷⁸

A pesar de las protestas de los puristas y de Leslie Manigat, impedido de disputar una segunda vuelta, aplicada la *fórmula belga*, Préval resulta electo con 51,21% de los votos.

Aunque salpicada por la extraña fiesta del Hotel Montana y por atajos inconstitucionales, la victoria de Préval no deja de ser menos extraordinaria. Él se vuelve heredero electoral, más que político, de Aristide. La confortable posición se transformará en delicada situación en el ejercicio gubernamental. Tal ambigüedad marcará de manera indeleble su administración.

A fines de 2009, luego de cinco años de presencia de la MINUSTAH en Haití, aunque endeble, hubo una notable percepción del aumento en la seguridad pública (personal y patrimonial) con la disminución sensible de ocurrencias de secuestros.

⁷⁸ En *Un pas en avant, deux pas de côté*, op. cit. pp. 281-282.

En ciertas áreas problemáticas, como la de *Cité Soleil*, es visible la presencia de la Policía Nacional haitiana.

La economía haitiana se recupera de cuatro años seguidos de recesión que conoció bajo Aristide. Hubo crecimiento constante: 2,3% en 2006; 3,4% en 2007 y 1,2% —pese a la crisis internacional— en 2008.

Las elecciones para proveer 1/3 de los asientos del Senado, ocurridas en abril de 2009, no obstante algunos percances técnicos, provocaron cambios en la mayoría parlamentaria y esto propició la sustitución de la primera ministra Michelle Pierre-Louis por Jean-Max Bellerive.

Si bien la persistencia de la crisis financiera mundial y una temida fatiga de la Comunidad Internacional por la falta de perspectivas para la solución del *embrollo* Haitiano, en la Conferencia de Donadores a Haití (Washington, 14 de abril de 2009) fue reafirmado el interés en continuar apoyando el país. Se puede decir que Haití permanece en el centro del radar, especialmente del *Tridente Imperial* y de importantes países latinoamericanos. El involucramiento personal y político de la pareja Clinton demuestra el apoyo, con reservas y críticas, al actual gobierno de Préval y descarta la posibilidad del retorno de Aristide.

Es cada vez más evidente que la percepción internacional sobre la crisis haitiana deja de ser esencialmente de seguridad. A ella se adicionan otros ingredientes tales como la gobernanza, el desarrollo económico, los programas sociales, la reforma y reestructuración del Estado, especialmente las instituciones judiciales. Estos aspectos fueron enfatizados por todos en la Conferencia de Washington.

De hecho, se confirma que la MINUSTAH, tal como fue concebida y organizada, a pesar del aporte brasileño con las ACISOS, no responde a los problemas estructurales mencionados. Al contrario, ella fue creada para “estabilizar” el país

permitiendo que avanzase hacia un nivel superior. Parecería haber llegado este momento. Estábamos, por tanto, en plena transición para algo distinto, esbozado solamente, de participación de la Comunidad Internacional.

En esta fase posterior, la formación de la PNH constituye un área crucial. No es posible salir de la crisis, con la consecuente disminución de la presencia militar, sin una Policía Nacional numerosa y calificada. A fines de 2009, contaba con 9.100 integrantes y debería alcanzar 14.000 en 2011. Como ya no hay Fuerzas Armadas en Haití, la PNH será la única fuerza jerarquizada, disciplinada y armada en Haití. Será la espina dorsal del Estado y podrá, en el caso que no sea bien formada (republicana, respetuosa de los Derechos Humanos y del Estado democrático de Derecho, no violenta y de carácter vecinal), desempeñar el papel que tuvieron las Fuerzas Armadas en el pasado. Por tal razón, el *Tridente Imperial* lucha para influir en la formación de la PNH. No es otro el motivo de la gran descompensación que existe entre la importante presencia latinoamericana en la MINUSTAH (71% de los militares) y su nimia participación en la UNPOL (2%).

Incluso las perspectivas esbozadas al finalizar 2009 van a ser revisadas en profundidad, pues en breve caerá sobre el empobrecido Haití la más grande de las catástrofes naturales de los tiempos modernos.⁷⁹

⁷⁹ Mi primer contacto con Haití fue en abril de 1993 cuando participé de la MICIVIH, creada conjuntamente por la ONU y OEA, para intentar hacer que se respetasen los derechos humanos durante la dictadura militar de Raoul Cédras. Previsto para permanecer durante cuatro meses, me enfermé y fui repatriado al cabo de 30 días. A partir de entonces, intentaba librarme de una profunda y machacante fascinación. Decidí publicar un pequeño libro que conoció un retumbante fracaso. Prueba de que en Brasil nadie se interesaba por el asunto (*Haití: a soberania dos ditadores*, Editora Sólivos, Porto Alegre, 1994, 137 p.). Retorné entonces a mis temas universitarios predilectos, entre estos el estudio de las Organizaciones Internacionales. Cuando Brasil asumió el comando

de la vertiente militar de la MINUSTAH, en julio de 2004, el Ministerio de Relaciones Exteriores solicita que haga misiones periódicas a Haití. A fines de 2008, el ministro Celso Amorim me informó que José Miguel Insulza le consultó sobre la posibilidad de que Brasil recomendase algún nombre para ser el Representante Especial del Secretario General de la OEA en Haití. Indeciso, acepté la propuesta. Sería una fugaz aunque reveladora incursión en las entrañas de una organización internacional. Antes de asumir, visité la sede de la OEA en Washington. Entre tantas sugerencias y recomendaciones recibidas, una me pareció insólita: en el caso de la representación de la OEA en Haití, los asuntos administrativos y financieros estarían a cargo de Albert Ramdin, al paso que los temas políticos estarían bajo la responsabilidad de José Miguel Insulza. Posteriormente, me di cuenta de las confusas relaciones de todas las representaciones nacionales de la OEA con la Secretaría General. Asumí las nuevas funciones en enero de 2009 sin siquiera imaginar qué tan marcadora, atribulada y extraordinaria llegaría a ser la experiencia.

SEGUNDA PARTE
LOS EXTRAVÍOS INTERNACIONALES: EL DRAMA

*La MINUSTAH es el mejor ejemplo de
desajuste entre las necesidades en el terreno y las herramientas
utilizadas por el Consejo de Seguridad para atenderlas*

MARK LYALL GRANT
Representante del Reino Unido,
Reunión del CS el 10 de octubre de 2013

PREÁMBULO

Al comenzar 2009, la embajadora de Estados Unidos en Haití, Janet Sanderson, al considerar que la MINUSTAH se había transformado en un “éxito histórico” gracias, entre otros, a la actuación de las Fuerzas Armadas brasileñas, anunció que el retiro progresivo de ésta comenzaría en 2011.

Al final del segundo semestre del mismo año, el *CORE Grupo* (Grupo Central) —encargado de la coordinación internacional en Haití, compuesto por representantes de Argentina, Brasil, Canadá, Chile, España, Estados Unidos, Francia, Naciones Unidas, Organización de los Estados Americanos y Unión Europea— proseguía sus discusiones sobre un modelo viable para salir de la crisis. En otras palabras, debates sobre modalidad, calendario y condiciones necesarias para poner término a la presencia de la MINUSTAH en Haití. Tres elementos fueron destacados. Por un lado incrementar la capacidad humana, técnica y material de la PNH. Por otro, la imperiosa necesidad de fortalecer las instituciones del Estado. Por último, definir un *modus vivendi* de Haití con la Comunidad Internacional a través de un plan de ayuda al desarrollo socio económico de largo plazo.

En el caso que estas condiciones ineludibles fueran alcanzadas, se podría definir un calendario de retirada gradual que tendría inicio con la asunción del sustituto de Préval, en febrero de 2011. Con esta predisposición favorable, la mayoría de los integrantes del *CORE Grupo* y sus asesores se fueron de

Haití para las fiestas de fin de año. Los que prolongaron su estadía en el exterior salvaron sus vidas. Entretanto, muchos de los que retornaron a Haití en los primeros días de enero se encontraron bajo los escombros. El espantoso terremoto del 12 de enero de 2010 derrumbaba también cualquier posibilidad de concretar lo que había sido planeado. La retirada de las tropas era transferida para las *calendas griegas*⁸⁰.

⁸⁰ *Ad kalendas graecas* es una locución latina de uso actual que significa literalmente “hasta las calendas griegas”. Se indica con ella que una cosa no se realizará nunca, ya que en Grecia no existían las calendas (división del mes romano). Tomado de Wikipedia <https://es.wikipedia.org/wiki/Ad_kalendas_graecas>

CAPÍTULO VI

LA CÓLERA DE LA NATURALEZA: EL TERREMOTO

*El correr de la vida mezcla todo, la vida es así: caliente y
enfría, aprieta y después afloja, sosiega y luego inquieta.
Lo que ella quiere de uno es valentía.*

GUITMARÃES ROSA

Al atardecer del día 12 de enero de 2010, recorría el jardín de la residencia familiar, ubicada en *Arroio do Tigre*, Rio Grande del Sur. Luego de más de un año como Representante Especial del Secretario General de la OEA en Haití, había vuelto a Brasil dos días antes para disfrutar de las merecidas vacaciones anuales.

Estaba en la histórica *Villa Independencia* construida por mi abuelo en 1922, lo que explica su denominación. Médico general y cirujano u “operador” como era llamado en la época, el Dr. Reinaldo Seitenfus fue uno de los pioneros de la colonización de origen germánico en la región gaucha de *Centro-Serra*. Nací y pasé mi infancia en la magnífica casa y, siempre que puedo, en ella busco refugio.

Aguardando la hora de la cena, aprovechaba el verano austral y sus días largos. El jardín es bastante amplio y en él se mezcla canteros floridos con árboles frutales y ornamentales.

Me pareció raro cuando sonó mi celular brasileño pues lo mantenía desconectado desde hacía varios meses. Una voz femenina me preguntó de golpe: “¿Ricardo? ¡Qué bueno que contestas! ¿Dónde estás?”

Explicué que había vuelto en la víspera de Haití. “Precisamente —dijo ella— te llamo preocupada porque hubo un sismo en Puerto Príncipe y todo indica que fue de grandes dimensiones. Felizmente, estás acá”.

Aturdido por el anuncio de la terrible noticia, fui en busca de informaciones. Me invadió un sentimiento de profunda injusticia. ¿Cómo aceptar que después de las recurrentes agitaciones políticas, los huracanes que todos los años devastan el país, la miseria en la cual vegeta la mayoría de su población, aún haya espacio para que sean golpeados por un terremoto?

Ya maltratado por ciertos hombres —tanto haitianos como extranjeros— y azotado anualmente, de junio a noviembre, por los vientos que partiendo del Golfo de Guinea en dirección al Mar Caribe, adquirieron el pésimo hábito de transformarse en tempestades y huracanes, ahora el terremoto viene a cobrar su parte de una tierra y de un pueblo que no cesa de pagar un pesado tributo a lo largo de su dolorosa historia.

Me enteré de que un avión se estaba preparando en Río de Janeiro para llevar los primeros socorros brasileños. Sin vacilación, hice lo necesario para poder embarcar en él.

Fueron pocos los profesionales extranjeros que trabajaban en Haití y decidieron retornar a Puerto Príncipe. Sus vidas habían sido salvadas justamente porque no estaban allí. Los que decidieron volver lo hicieron por una mezcla de obligación funcional o profesional, de deber moral, de sensibilidad con el sufrimiento humano y también de valentía, no solo intelectual sino también física.

Decidí volver pues recordaba las lecciones de un joven diplomático brasileño, uno de los escasos y perspicaces conocedores de Haití, que me hizo una confidencia, a mediados de 1993, durante mi participación en la *Misión Civil Internacional en Haití (MICIV)*, bajo el comando conjunto ONU/OEA. Al

padece una enfermedad misteriosa durante tres semanas, fui a aconsejarme sobre los riesgos de mi permanencia en Haití. “En este país, nosotros los hombres blancos y extranjeros, corremos solamente dos tipos de riesgos de vida: un accidente o falta de auxilio médico”.

Las palabras de Paulo Mendes de Carvalho parecieron premonitorias cuando falleció, poco después en Puerto Príncipe, precisamente por la demora de socorro médico.

Entretanto pude constatar que hay un tercer riesgo para los extranjeros: enamorarse del país y de su pueblo. Ese sentimiento que subyuga a la mayoría de los extranjeros en tierra haitiana, encuentra explicación a través de la *Teoría del Aedes Haitía*. Como el mosquito del dengue tiene el nombre científico *Aedes Aegypti*, existe un primo suyo viviendo en la parte Occidental de la Isla La Española. Una vez picada, la víctima padece del mal de amor y se enamora locamente del país.

A pesar de los riesgos a los que todos están expuestos, lo que atrae a muchos extranjeros es la tentación del enamoramiento. Tal atracción puede llegar a ser fatal y, al enamorarnos, nos transformamos en esclavos de esta pasión.

Miles de extranjeros están sometidos a las consecuencias de la picada del mosquito haitiano. Personas como religiosas brasileñas viviendo en durísimas condiciones en regiones montañosas, desprovistas de todo y que, con brillo en la mirada y firmeza en la voz, confesaban haber encontrado en Haití el sentido de sus vidas. Algunos profesionales dejaban de tener en cuenta la complejidad de la vida, el extenso registro de la humanidad y el tamaño del mundo para refugiarse en aquello que creen ser su único desafío: Haití. Otros, finalmente, se tientan con cumplir jornadas dobles o triples, pues además de sus obligaciones profesionales, se dedican con ahínco a intentar resolver los problemas cotidianos más urgentes de aquellos que los rodean.

Haití no es “para aficionados”. Nunca lo fue. La prueba cabal es el rosario de fracasos de la cooperación internacional que volvió al país, conocido como “cementerio de proyectos”. El terremoto vuelve la incomprensión aún más aguda. Las necesidades son urgentes, intransferibles, monstruosas, mientras que las ofertas son disparejas, inquietantes, ingobernables, desorganizadas, contradictorias, prematuras, muy poco maduras para hacer frente al doble desafío: la enormidad de la tarea, la oposición entre élite y pueblo, entre un pasado heroico y ejemplar y un presente paupérrimo, ahogado en un océano de necesidades.

Para trabajar en Haití es indispensable pactar con la propia conciencia. Esta permitiría la actuación profesional solamente en la medida que las acciones fuesen ética y moralmente intachables y que hiciesen parte de un proceso que vendría, temprano o tarde, a beneficiar al pueblo haitiano.

Todos aquellos que pudieron actuar en la región metropolitana de Puerto Príncipe en los primeros meses después del sismo, constataron el surgimiento de una fuerza interior y de la convicción de que su presencia frente al cataclismo, hacía surgir una oportunidad única, rarísimas veces ofrecida a lo largo de una vida, de estar frente a los valores, el perfil y los límites de la condición humana.

La muerte, la destrucción impía, el sufrimiento, la angustia, las lágrimas, pero también la solidaridad, la mirada digna, la mano extendida, el vaso de agua alcanzado, la sonrisa esbozada, el canto que se eleva y domina el miedo en la oscuridad cerrada de la noche. El terremoto los lanzó a una vida que nunca habían imaginado tener que vivir. No se trataba de una película con trucos y efectos especiales, sino de la vida real que, además de que se desarrolla bajo sus miradas, los hacía parte de ella.

En esta perspectiva, no deja de haber un pedacito de egoísmo. Haití proporciona algo que los pone a prueba y que nada ni nadie puede ofrecer, que los deja aturridos, que los conduce por atajos insospechables.

Al retornar o permanecer en lo que queda de la zona metropolitana de Puerto Príncipe, están conscientes de que tendrán una experiencia que jamás se consumirá y dejará una marca indeleble hasta su último suspiro.

La mañana del 14 de enero, me encontré con la agitación de la *Base Aérea do Galeão*. Militares, bomberos, autoridades gubernamentales y la presencia masiva de la prensa, confirmaban lo que más tarde sería constatado por el primer ministro Belleville: en Haití, Brasil es una potencia cuando se trata de ayuda humanitaria. Es el nuevo factor que compone la política externa del país: en el plano internacional somos una nación que puede ostentar con orgullo lo que se conoce como *Soft Power* (*poder suave*). Todos los componentes de la operación haitiana comprueban esa incuestionable presencia.

Era el primero de los numerosos vuelos de ayuda humanitaria brasileña enviado a Haití. Bomberos de Rio de Janeiro y de Brasilia con sus pertrechos y equipamientos se constituían en los pasajeros de ese extraño vuelo. En él me encontraba en compañía de dos diplomáticos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil.

Acostumbrado a viajes en aviones de línea donde todo se oculta y donde la seguridad, el confort y el respeto a los horarios deben ser las principales preocupaciones, el vuelo parecía bastante improvisado dando margen a recelos sobre la seguridad. Era posible ver, evaluar y sentir las entrañas del avión. Un gran espacio en la parte frontal de la aeronave estaba ocupado por la carga y en la parte trasera, en asientos comunes, se acomodaban los pasajeros.

En el momento de nuestra última escala en territorio brasileño, en el aeropuerto de *Boa Vista*, el comandante del vuelo fue obligado a esperar, durante tres horas, una supuesta autorización de despegue del control aéreo de Puerto Príncipe. Como ésta no llegó, con la sabiduría que la experiencia le confería, él decidió partir igual: “En caso de que no logremos autorización para aterrizar, lo haremos en Santo Domingo”.

Imaginando las dificultades que encontraríamos, aprovechamos la escala para hacer una última comida y abastecemos de bebidas y chocolates. Pese al buen humor de todos, era visible la preocupación que dominaba la tensa atmósfera. La alta y sofocante temperatura de la sala de espera contribuía a que aumentara todavía más el sentimiento, mezcla de ansiedad y aprehensión que nos dominaba.

El avión matrícula KC-137 de la Fuerza Aérea Brasileña, un Boeing 707 con treinta años de uso, más conocido como *Sucatão (Gran Chatarra)*,⁸¹ se posó a las dos de la madrugada del día 15 de enero de 2010, en la única pista del Aeropuerto Internacional *Toussaint Louverture* en Puerto Príncipe.

El aeropuerto de la capital haitiana estaba irreconocible. Con escasos vuelos diarios, funcionando solamente hasta el atardecer, antes a lo que más se parecía era a un aeropuerto de provincias de un país atrasado. Ahora lo que vimos fue un espectáculo de movimiento, ruidos y luces de decenas de aviones estacionados llevando banderas de todas partes del mundo.

La confusión que parecía emanar del ritmo frenético de todos y del uso de varios idiomas era solo aparente. De hecho,

⁸¹ Sin que hubiera víctimas, el 25 de mayo de 2013 el *Sucatão* sufrió un problema y se accidentó al intentar despegar del *Aeropuerto Toussaint Louverture* con más de un centenar de militares brasileños que retornaban al país. Quizás había llegado el momento de jubilar a la *Gran Chatarra*.

había un orden militar que se imponía. Cuando el presidente René Préval y el primer ministro de Haití, Jean-Max Bellerive, tomaron conciencia de la catástrofe que cayó sobre la región metropolitana de Puerto Príncipe solicitaron verbalmente a Estados Unidos que pusiese el aeropuerto en funcionamiento, pues era el único punto de contacto con el exterior, ya que la frontera con la República Dominicana se encontraba atiborrada de vehículos y el puerto de la capital inutilizable a raíz de la destrucción provocada por el terremoto.

Impresionaba la cola de espera, pues nada menos que 1.100 vuelos solicitaban autorización para posarse en el *Toussaint Louverture*. Auxiliados por los radares de la *Base de Guantánamo* y de barcos de guerra desplazados para el *Golfo La Gonâve*, se montó un simple barracón al lado de la pista. De allí provenían las órdenes para la compleja operación.

Durante meses, al despegar y al aterrizar llamaban la atención los contrastes entre la precariedad de las instalaciones y su eficiencia; el aparente caos y la efectiva organización; la modorra del aeropuerto del pasado y la agitación del presente.

Incluso los críticos de la militarización de la ayuda humanitaria hecha por Estados Unidos reconocieron que únicamente los militares de Washington disponían de condiciones técnicas para hacer funcionar de forma permanente la pista que no poseía terminal de pasajeros ni torre de control, ambas destruidas por el terremoto.

Con la militarización, bajo control exclusivo de Estados Unidos del espacio aéreo haitiano, surgen disímiles incógnitas que dan lugar a críticas en la prensa, incomprensiones y protestas diplomáticas. Vuelos procedentes de Francia o el del ministro de Defensa de Brasil, Nelson Jobim, no recibieron inmediata autorización de aterrizaje.

El terremoto desnudó una cruda realidad que la llegada de la MINUSTAH en 2004 se esforzaba por encubrir: la dualidad de mando de las operaciones en Haití. Se sobreponía la fuerza militar unificada y extremadamente profesional de Estados Unidos, a través del Comando Sur, con la amalgama multinacional de la MINUSTAH compuesta por elementos dispares, algunos escasamente calificados. Se hacía necesario encontrar una solución —incluso aparente— pues la disparidad de medios y de intereses subordinaba más aún a la Operación de Paz de las Naciones Unidas a los dictámenes de los militares de Washington.

Comandando el brazo armado de la MINUSTAH, la incomodidad brasileña era evidente. Para minimizarla se adoptó una solución administrativa: la logística de la ayuda humanitaria estaría a cargo de los militares de Estados Unidos mientras que la seguridad sería resguardada por la MINUSTAH. Pronto se observó que tal división de tareas no sería respetada por Washington.

De esta manera, no solo los cielos estaban tutelados por el Comando Sur. Igualmente la región del aeropuerto se encontraba bajo dominio de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. El idioma francés fue abandonado y el inglés se impuso. Tal situación perduró hasta fines de febrero cuando el Estado haitiano solo formalmente, retomó el control del Toussaint Louverture.

El ballet en el *Aeropuerto Toussaint Louverture* tenía su contradanza: muchos aviones recogían extensas colas de extranjeros y, mayoritariamente, de haitianos, que entraban aquí en un *Galaxy*, allí en un *C-130*, más allá en un *Boeing* y que, una vez liberados de los equipamientos y equipos de socorro, cargaban a los elegidos, que se apuraban en partir.

Miradas vacías, silencios obedientes y actitudes autómatas. Se mezclaban edades, colores e historias de vida y de muerte. Un hilo tenue los ha separado de aquellos que ahora yacen bajo los escombros. Un paso hacia acá o hacia allá significó la vida o la muerte.

Una vez pasado el primer impacto de la agitación, todavía en la pista del aeropuerto, mantuve el siguiente diálogo telefónico con una amiga haitiana sobreviviente:

- Ella: ¿dónde vas a dormir?
- Yo: en mi casa, en mi departamento
- Ella: ¡pero si tú no tienes departamento! Tu edificio se destruyó y todos sus ocupantes murieron. Fui hasta ahí esta mañana para ver. La única manera de llegar es a pie porque todas las paredes se cayeron y es imposible circular en vehículo.

El edificio de departamentos referido se ubicaba atrás del Hotel Karibe y pertenecía al mismo. Situado en el barrio Juvénat, un poco abajo de *Pétion-Ville*, era ocupado exclusivamente por extranjeros. Varios escritores haitianos de la diáspora y extranjeros venidos a Puerto Príncipe para el festival literario “Étonnants Voyageurs” se habían alojado en el Hotel Karibe. Se salvaron, porque aunque el Hotel Karibe resulto bastante afectado, no se derrumbó. Los sobrevivientes buscaron refugio en la cancha de tenis e hicieron referencias en sus testimonios y libros a mi edificio y a sus dramas.

Eran ya las tres de la madrugada y estaba yo abandonado en la pista del aeropuerto, con mi pequeña mochila. Sin alternativa resolví acompañar a los bomberos y buscar alojamiento en la Base Militar brasileña en Tabarre. Las instalaciones militares no habían sufrido ningún daño. Parecía un milagro, pero

la calidad y el *tipo container* de las construcciones militares explicaban el porqué de su resistencia.

Noche cerrada, silencio pesado, imaginación acelerada. Era imposible dejar de pensar en los vecinos del edificio ahora muertos bajo los escombros. Sobre todo en las dos niñas que habían llegado hace poco a Haití. Felices, luego de jugar en la piscina del Hotel Karibe, subían a carcajadas las escaleras del edificio.

Escribir sobre el terremoto constituye ardua tarea, prácticamente inabordable por la mezcla de fuerza y sensibilidad que requiere. ¿Cómo hacer para encontrar palabras y expresiones que hagan justicia a lo injusto, que sean fieles a lo vivido, tan extraordinario, que no caigan en la tentación del catastrofismo, que no resulten en sentimentalismo barato y menos aún en *voyeurismo*?

Para intentar vencer el desafío no bastaba conocer la rica literatura haitiana e importantes obras de las ciencias sociales. Constituía condición indispensable y, al mismo tiempo insuficiente, recorrer las obras vinculadas o inspiradas por el terremoto, fuesen ellas fruto de simples observadores o de escritores que allá se encontrasen. No había mucho en que inspirarse. La realidad trascendía la literatura y los testimonios —breves páginas de vida y muerte— denotaban corto aliento.

Una de las pocas y notables excepciones radicaba en el pequeño libro, punzante y de gran valor literario, denominado *Fallas*, de la novelista haitiana Yanick Lahens. Formidable en sensibilidad, sobriedad y fineza.⁸²

Frente a la monstruosidad de lo vivido, Yanick subraya justamente el primer y principal desafío del escritor. ¿Cómo testimoniar?

⁸² Publicado por la Fundação Alexandre de Gusmão, Brasília, 2012, p. 20.

“¿Qué palabras son válidas cuando las entrañas de una ciudad quedan expuestas, ofrecidas a las moscas que bailan en la pestilencia? ¿Qué palabras tienen peso frente a hombres y mujeres obstinados, enloquecidos de vida que en el polvo y escombros de la muerte se aferran a reinventar la vida con las propias manos? Un hombre silencioso cruza la calle con el hijo descoyuntado en brazos, como muñeco ensangrentado. Una mujer sentada en la vereda balancea el torso hacia adelante y hacia atrás, entonando salmos en voz baja, con el brazo extendido en dirección a una casa que ya no existe.

Pero ¿cómo describir esta desgracia sin que de la confrontación, ella resurja doblemente victoriosa y la literatura irreconocible? ¿Cómo escribir para que la desgracia no amenace el lugar mismo donde existen las palabras? Pregunta que hace mucho me atormenta y a borbotones derrama la noche del 12 de enero. ¿Cómo escribir evitando volver exótica la desgracia, sin hacer de ella una oportunidad de seducción, un objeto de comercio, artículo de exhibición en una feria? ¿Cómo ponerse a la altura de la desgracia?

Esta tierra de palabras, la única que nos pertenece, a nosotros los escritores, se nos hunde y corre el riesgo de abrirse y dejarnos en el aire si no ponemos cuidado. Enorme hendidura bajo nuestros pies. El tiempo de la información, de la rapidez y de la imagen corroe desde adentro la única cosa que vale la pena, la única por la cual el escritor podría ponerse en peligro y no en representación. ¿Cómo escapar a esta trampa, de pies y manos atados?”

Yanick Lahens

Frente a la enormidad del dolor, las palabras se encuentran desacompañadas, atrasadas, ineptas y son incapaces de reflejar lo increíble, lo indescriptible, el sufrimiento inhumano. La razón indica ausencia de solución. O correr el riesgo de elaborar un

inventario de horrores cuya descripción no solamente estará lejos (más acá) de la realidad, sino que también tendrá una alta probabilidad de traicionarla.

Desde luego queda descartada la tentación de la ‘neutralidad’ del texto académico que prima por la impersonalidad y el distanciamiento. Se trata de hacer el camino inverso. Plasmar en él la incomodidad, la impaciencia y el dolor.

En la mañana siguiente, en el trayecto entre *Tabarre* y *Pétion-Ville* fue posible comenzar a evaluar la destrucción de la ciudad. Arrastrados por el viento, hay unos olores raros, fuertes y nauseabundos, mezcla de quema de llantas con algo imposible de identificar. En la subida, poco antes de alcanzar la *Route des Frères*, hay un cementerio. En una de sus entradas una gran fogata desprendía espirales de humo oscuro y denso.

La cercanía permitió encontrar la explicación. Mezclado a las llantas, se encontraban trozos de madera y cuerpos humanos. La primera de muchas chocantes imágenes con las que estuvimos obligados a convivir.

Al llegar a la oficina de representación de la OEA, fui recibido con una mezcla de sorpresa y alegría: “¿Qué vienes hacer aquí cuando todos los que están acá desean abandonar Haití?”.

Treinta y cinco segundos bastaron para recordar que el Caribe exuberante y seductor es también una región de grandes riesgos sísmicos. En el caso de Haití estos riesgos se vieron acentuados por la densidad demográfica, por la localización del epicentro y por la extrema precariedad en la que vive la gran mayoría de la población. La inexistencia de normas para la construcción, de sistemas de pronósticos y alertas, de un servicio de protección civil y de la toma de conciencia de la población sobre los riesgos y cómo enfrentarlos, multiplican la capacidad destructora de los terremotos. De hecho,

la dimensión de la hecatombe haitiana prueba que, antes que ‘natural’, el desastre fue socialmente planeado.

La minimización de los efectos de los sismos no depende de planes muy sofisticados de corto o largo plazo. Se trata de tareas constantes que deben integrar en el día a día a la gente, aunadas a la acción perenne del poder público. La ausencia de conciencia de los riesgos sísmicos potencializó sus efectos. Comparado al impacto de treinta bombas nucleares semejantes a la que destruyó Hiroshima, detonadas simultáneamente, la fuerza liberada equivale a 18 millones de toneladas de TNT. La región metropolitana de Puerto Príncipe y los arrabales en dirección al Suroeste quedaron casi totalmente destruidos.

La ayuda humanitaria acudió de inmediato a Haití, que se encontró sumergido en la cantidad de víveres, medicamentos, personal de urgencia y equipamientos que llegaban. La frontera con la República Dominicana fue abierta y *el pasadizo de Malpasse* se transformó en un impresionante corredor humanitario.

A partir de las primeras horas de ocurrido el sismo, comenzaron a acumularse en el aeropuerto toneladas de equipamientos y de centenares de profesionales. Frente a la pesadilla logística de responder con urgencia, no hay coordinación ni planificación. De manera que las víctimas tenían la justa impresión de que era más fácil para los socorristas recorrer miles de kilómetros para alcanzar el *Aeropuerto Toussaint Louverture* que los pocos metros que separaban ese punto de los escombros bajo los cuales ellas agonizaban.

Frente a la cantidad impresionante de socorros que afluían, el pandemonio del aeropuerto dejaba atónito a cualquiera. Sin embargo, había una decisión precisa: los socorros serían destinados, en primer lugar, al rescate de los numerosos extranjeros prisioneros entre los escombros. Todos los países

—sin excepción— dirigieron su ayuda a los locales donde supuestamente se encontraban sus ciudadanos.

El ejemplo más ilustrativo de esta situación ocurrió con *Léogâne*, ciudad ubicada al oeste de Puerto Príncipe y próxima al epicentro del sismo. Distante de los proyectores de los medios internacionales de información, sus víctimas eran exclusivamente haitianas. Los primeros socorros extranjeros (canadienses) llegaron a *Léogâne* el domingo, 17 de enero, cinco días después del terremoto.

Abismado con lo que había ocurrido en la capital, el socorro no ponía atención a los destrozos en las regiones que circundaban el epicentro. Entre ellas, la más poblada era *Léogâne*. Fue necesario que sus supervivientes clamasen por auxilio pues el 80% de las edificaciones de la ciudad habían desaparecido. Situada en la fértil planicie utilizada para el cultivo de la caña de azúcar, al borde del *Golfo La Gonâve*, la histórica ciudad pagó el tributo más pesado de la catástrofe.

La magnitud de la tragedia, jamás enfrentada anteriormente, así como las vicisitudes de una operación de paz, pueden explicar, en parte, los desaciertos y descoordinaciones. Guido Bertolaso, director de la Defensa Civil italiana, confiesa que: “Todavía no entiendo quién comanda esta gran máquina de la ayuda... Todos hacen cosas por cuenta propia, loables también, pero que no son coordinadas. Y quién paga el precio son las personas que tendrían que recibir ayuda”.⁸³

Oscar Guevara, jefe de uno de los equipos de la Defensa Civil de Colombia, no oculta sus amargas críticas al introducir uno de los aspectos dolorosos, que orientaba las acciones de rescate: la discriminación entre las víctimas.

⁸³ Federico Mastrogiovanni: “Pobres nem sempre tiveram a atenção necessária das equipes de resgate”, en *Opera Mundi*, 05/02/2010.

“Las operaciones de rescate coordinadas por la ONU son una farsa. Yo ya estuve en varios desastres. Normalmente, somos designados para un área y, con el grupo de rescate, buscamos sobrevivientes en toda esa zona. Visitamos los edificios dañados, charlamos con las personas, utilizamos los perros, organizamos las excavaciones y salvamos gente. Acá, todo es al revés. La prioridad no son las personas, y sí el personal internacional y los habitantes de los barrios ricos. Cuando atravesamos la ciudad desde la base logística hasta acá, vemos centenares de casas en ruinas, personas desesperadas que nos piden ayuda, pero no podemos hacer nada, no podemos ayudarlos, no nos permiten. Vea: estamos acá en el hotel esperando, mientras pasa de todo allá fuera”.⁸⁴

Héctor Méndez, jefe del renombrado grupo mexicano de socorristas *Los Topos*, nacido después del terremoto en la Ciudad de México, en septiembre de 1985, corrobora el hecho de que tuvieron

“muchos problemas con la organización de los rescates porque no permitía que rescatáramos a las personas en un barrio pobre. Los Topos son famosos porque se meten donde nadie se mete. Somos personas comunes y rescatamos a todos. Acá, entretanto, parece que no funciona así”.⁸⁵

En un artículo publicado a fines de 2010, el Profesor de la Universidad de Massachusetts, Jean-Philippe Belleau denunció que:

“Cerca de un año atrás, el terremoto del martes 12 de enero destruía la capital haitiana y centenares de vidas. Micha Gaillard,

⁸⁴ Ibídem.

⁸⁵ Ibídem.

militante de los derechos humanos, intelectual, hombre político haitiano e hijo del más grande historiador de la isla, fue una de las víctimas. Su muerte echa luz a los males anteriores y posteriores al sismo. Durante dos días, atascado hasta el cuello, el logró, con calma y coraje, charlar con sus amigos que vinieron a ayudarlo, pero que no encontraron jamás los equipamientos mínimos que podrían haber permitido sacarlo del edificio del Ministerio de Justicia, que se esfumó desvergonzadamente... No se puede celebrar que el derrumbe de trece Ministerios y del Palacio Presidencial haya provocado menos que una decena de muertos. Es necesario constatar también, con toda sinceridad, que en un país, ya en crisis, el Estado no trabajaba. Los soldados de las Naciones Unidas trabajaban, pero no tanto. Aquellos que pudieron observar la capital en los días inmediatos al gran sismo, como el autor de estas líneas, quedaron sorprendidos por la ausencia de los cascos azules. Este hecho, según me consta, no fue objeto de noticias y reportajes en la prensa europea y norteamericana. Siete mil soldados de las Naciones Unidas se encontraban en Haití antes del sismo, 14 mil brazos permanecieron cruzados en sus bases en las dos jornadas cruciales subsiguientes al gran sismo, inclusive un batallón de ingenieros”.⁸⁶

Socorros dirigidos exclusivamente a las víctimas extranjeras, contrarían los principios de la no discriminación e imparcialidad que comandan la asistencia humanitaria en caso de catástrofes naturales (Resolución 43/131 de 8 de diciembre de 1988 de la Asamblea General de la ONU).

En este mismo sentido, el reglamento de la Comunidad Europea (CE 1257/96 de 20 de junio de 1996), que orienta su acción humanitaria, estipula que, en estos casos “las decisiones

⁸⁶ “L’imposture des Nations Unies en Haïti”, *Le Monde*, París, 31 de diciembre de 2010. Se trata de una media verdad, pues los soldados fueron utilizados para auxiliar única y exclusivamente el rescate de extranjeros.

deben ser tomadas de modo imparcial, en función exclusivamente de las necesidades e intereses de las víctimas”.

Por evidentes, no serán los escasos resultados de los salvamentos —solo 150 personas fueron retiradas con vida de los escombros por los socorristas extranjeros— los que se merezcan ser objeto de críticas y reservas. La obligación de asistencia se refiere a los medios que deben ser utilizados y no a los resultados alcanzados. No obstante, en caso que el rescate hubiese sido hecho de modo no discriminador, procurando nada más que salvar al mayor número posible de vidas, seguramente sus resultados hubiesen sido mejores.

Chocaba igualmente el contraste entre el *show mediático* protagonizado por la prensa internacional y la cruda realidad del anonimato de haitianos prisioneros bajo los escombros, esperando por un socorro que no llegaba.

Si quedaba todavía alguna duda sobre la naturaleza del desafío haitiano —el permanente dilema entre seguridad y desarrollo— el sismo puso a todos en concordancia. ¿A todos? No, pues la MINUSTAH decidió —lo que más tarde será reconocido como más que una exageración, un error monumental— aumentar en dos mil hombres su presencia militar y policial.

Sin embargo, la decisión de incrementar la presencia militar de la ONU en la región de Puerto Príncipe pareció insuficiente a los ojos de Estados Unidos. En clara demostración de desconfianza hacia la capacidad operativa de las fuerzas de la ONU, luego de que sus principales responsables fueran víctimas del derrumbe del *Hotel Christopher*, donde se encontraba el centro operacional de la MINUSTAH en su vertiente civil, resurgía de modo vigoroso el miedo atávico que domina al Occidente cuando se trata de Haití.

Temerosa de una posible revuelta popular, Washington decidió militarizar la ayuda humanitaria. No satisfechos, hicieron más. Contrariando lo que habían acordado con Brasil, el Comando Sur pasó a controlar militarmente todas las actividades humanitarias en la región metropolitana de Puerto Príncipe. Aún en tan dramáticas condiciones, se trataba de una clara e inequívoca demostración del primer significado de Haití para Estados Unidos: un asunto para militares.

Así, miles de soldados *made in USA* recorrían la zona metropolitana de Puerto Príncipe. Al inicio, armados y en posición de combate en sus vehículos. Rápidamente se dan cuenta de que Haití no está en guerra. No había tampoco saqueos ni siquiera violencia que, generalmente, acompañan a las grandes catástrofes naturales. Entonces adoptan actitudes humanas y dejan de lado la demostración de fuerza, abandonando el escudo protector de sus vehículos y, a veces, circulan desarmados en las calles de la ciudad. Educados para matar, los jóvenes soldados estaban estupefactos frente al coraje, la disciplina, la simpatía y la suavidad de los sobrevivientes.

Desde el *tsunami* asiático de 2004, se debate la necesidad de crear mecanismos permanentes para reglamentar la ayuda humanitaria a escala global, la decantada *gobernanza humanitaria mundial*. Ella sufre un rudo golpe en Haití, cuando pasa de hecho y de modo unilateral el control de un único país, el Estados Unidos, a depender de la agenda política de su Presidente inspirado, esencialmente, por la visión militarista del Comando Sur.

A partir del terremoto, escudado por la imprecisa noción de injerencia humanitaria, Haití se encuentra bajo tutela no ya de las Naciones Unidas, sino de Estados Unidos. Excepto Canadá y Francia —“conniventes y verdaderos cómplices” según el mismo embajador francés Le Bret— nunca se hizo

tan evidente el *impasse* en que se encuentran los demás países amigos de Haití, en particular los latinoamericanos.

Brasil se encuentra en una posición delicada. Al final de 2009, lideraba una Operación de Paz que proyectaba una resolución de la crisis y el progresivo retorno de sus militares. Sin embargo, con el terremoto, “de un momento a otro se le escapó de las manos un escenario de reconocido éxito”⁸⁷, comparado con los resonantes fracasos de las intervenciones anteriores. Aturdido por el dramatismo de la situación, Brasil perderá rápidamente el liderazgo hasta entonces ejercido. El sismo marca el retorno abrupto del comando de hecho de la MINUSTAH al *Tridente Imperial*.

Considerada “zona de guerra” por médicos, enfermeros y cirujanos militares, lo que significa ilimitada autoridad para amputar, flotaba en el aire de la región metropolitana de Puerto Príncipe el olor a muerte, el humo oscurecido de los incendios, el polvo pesado de los escombros, el silencio del dolor y los cantos de redención.

Algunos sectores de la región metropolitana de Puerto Príncipe salieron ilesos. El terremoto se condujo de modo aleatorio: acá pequeñas casuchas colgadas en los bordes de la montaña permanecieron intactas; allí, residencias de lujo y edificios modernos, tirados al piso. A su manera, el sismo es también democrático ya que a todos golpea —ricos y pobres, poseedores y desposeídos— de forma indiscriminada. Solamente las cabañas, hechas de tablas y cubiertas por hojas de zinc, del *lumpen proletariado*, escapan al cataclismo.

Tampoco dejó de ser un sismo ideológico. Prácticamente todos los lugares de pensamiento donde se manifestaban

⁸⁷ Monica Hirst: “O Haiti e os desafios de uma reconstrução sustentável – um olhar sul-americano”, en *Política Externa*, vol.19, n.1, 2010.

las voces, las ideas y el espíritu, son destruidos: universidades, iglesias, sedes ministeriales, el Palacio Nacional, el Palacio de la Justicia, el Parlamento, la Catedral de Puerto Príncipe, la totalidad de las escuelas y edificios públicos. El cuerpo material donde se reunía el alma haitiana está de rodillas. Pero es necesario más, mucho más, para destruir el espíritu de este extraordinario pueblo.

El sábado por la tarde, 16 de enero, yo ya estaba instalado en la residencia del embajador brasileño en Haití, Igor Kipman. En la víspera le había relatado lo que le había pasado a mi edificio, preguntándole sobre la posibilidad de ser alojado en la residencia oficial de Brasil, ya que ésta solo sufrió estragos menores. La pregunta la formulé en el modo campechano del sur de Brasil: “¿Hay posada en tu casa?”. Él me contestó de inmediato: “Mientras tenga yo donde vivir tú también lo tienes”.

Tal como hicieron cuando llegué a Haití a fines de 2008, fui agasajado por la pareja Kipman. Pude nuevamente compartir el día a día con personas extraordinarias. Roseana Aben-Athar Kipman es la antítesis de lo que imaginamos deba ser la esposa de un embajador. De talla pequeña y aparentando ser muy joven a pesar de ser abuela, simpática, con una sonrisa siempre presente, rebosaba energía. Ella simboliza lo que considero debe ser la ayuda humanitaria. Se zambulló decidida en este Haití que me atemorizaba. Consciente de tener responsabilidades que, sinceramente, yo no percibía, sus largas jornadas estaban dedicadas a auxiliar en orfanatos, guarderías, escuelas y núcleos familiares enteros.

Poseía lo que ella misma llamaba de “mis hermanas”: eran religiosas brasileñas que mantenían orfanatos en *Cité Soleil*, en *Jerémie*, en *Léon*. O sea, donde quiera que fuese estaba Roseana, rodeada por Fusileros Navales brasileños, que supuestamente

velaban por su seguridad pero, de hecho, transportaban cargas de alimentos, remedios, ropas y material escolar.

Una vez al año, la pareja alquilaba, a sus expensas, un típico ómnibus *Tap-Tap* con sus vivos colores e inscripciones religiosas y filosóficas. En él llevaban a un grupo de niños de un orfanato para pasar el día en la residencia oficial. Cada niño recibía una atención especial luego de la bienvenida dada por Roseana con un beso en cada cachete. Juegos, meriendas, refrescos, música, danzas, baños en piscina. Una fiesta infantil común en otros parajes que, entretanto, representaba para los pequeñitos abandonados por sus padres naturales un acontecimiento único e inolvidable.

Cuando el terremoto mató a la pediatra y educadora Zilda Arns Neumann —figura de punta del catolicismo brasileño, fundadora y Coordinadora Internacional de la Pastoral de la Infancia, y hermana del Cardenal don Paulo Evaristo Arns—, Roseana dirigió personalmente el rescate del cuerpo. Cuando notaba desesperanza, ella sentenciaba: “me iré de acá solamente con el cuerpo de nuestra amada”. Así fue. En pocas horas, los restos mortales de la doctora Zilda pudieron ser repatriados a Brasil donde le fueron rendidos los homenajes fúnebres que correspondían a tan extraordinaria figura religiosa y humanitaria.

Confortado por el apoyo de la querida pareja, decidí que llegaba el difícil y penoso momento de recorrer la ciudad martirizada. Resolví bajar desde *Pétion-Ville* rumbo al centro de Puerto Príncipe. Sin chofer, guardia o cualquier acompañante, manejaba solo por la carretera del *Canapé Vert*. A la derecha, los escombros deslizados desde los cerros habían sido apartados para permitir un difícil paso. A la izquierda, una completa desolación. Pocas casas se mantenían aún en pie. Como la última manifestación de la *Falla del Sur* o de *Enriquillo* (hay otra en el Norte de la isla),

que pasa bajo Puerto Príncipe y que ocurrió con el terremoto en el lejano año de 1752, la ingeniería doméstica se preocupaba únicamente por los efectos de las tempestades y huracanes que afectan a la región anualmente, entre junio y noviembre.

El principio de construcción de las casas es simple: cuatro frágiles columnas de concreto que sostienen una pesada estructura, igualmente de concreto, que sirve de techo, esperando la hipotética construcción de un piso suplementario. El techo era así concebido para permanecer fiel a la casa a quien daba abrigo y no sufrir la tentación de viajar con los terribles vientos que regularmente asolan la región. Es evidente la preocupación por las amenazas venidas del cielo. Jamás con las oriundas de la tierra.

Cuando ocurre el sismo, las columnas no resisten y la estructura de concreto, a veces entera, se tumba o desliza a lo largo de la construcción. Por ello, la impresión visual de este singular y asesino techo semejaba, visto a cierta distancia, una gran barra de manteca deformada por el calor. Cuando esa espada de Damocles cae, raramente el que está abajo tiene salvación.

Una señora, conocida nuestra, había desaparecido durante el sismo. Luego de incesantes e inútiles búsquedas, los parientes resolvieron buscarla en los escombros de su casa destruida. Revolviéndolos no fue posible encontrarla. Finalmente, se decidió triturar la estructura de concreto que se había derrumbado entera. Con picotas y martillos —la sinfonía de cuyos golpes se escuchó durante años por toda la región afectada por el sismo—, que eran las raras y exclusivas herramientas disponibles para los primeros socorros cuando se trataba de intentar rescatar haitianos. La persistencia en el duro trabajo progresivamente venció la resistencia del concreto. Cuando finalmente los escombros fueron retirados, se encontraron, empapadas de sangre, las vestimentas

de la víctima. Triturado por el peso de la estructura que servía de techo, el cuerpo simplemente había desaparecido.

La tarde va por la mitad y voy conduciendo por el Campo de Marte, el Palacio Nacional, el Palacio de la Justicia, la Catedral, el Cuartel de Dessalines, los edificios ministeriales, iglesias menores, escuelas, muchas escuelas —todo por tierra. A menudo me adentro en calles que más adelante están bloqueadas por destrozos o por los desalojados. Se hacía necesario retornar e intentar otra vía. Los campamentos de desamparados aparecían de la nada. Plazas, espacios otrora verdes, calles, terrenos baldíos, veredas, carpas improvisadas al lado de los escombros. Todos los espacios mínimamente apartados de las construcciones todavía en pie estaban ocupados. La protección, la mayoría de las veces, era de plástico o ropa de cama: sábanas, frazadas, mantas. Felizmente no estábamos en la época de lluvias.

Frente a este caos se destaca la mirada de las víctimas. Ausente cualquier rasgo de rencor. Solamente una mirada intensa y profunda que indaga el porqué de tamaña injusticia.

En caso de que el terremoto fuese el resultado de una fuerza superior decidida a provocar la mayor desgracia posible, no podría haber actuado con más eficacia. Eligió el país más pobre del Continente y uno de los más miserables en el mundo. País, hasta entonces incapaz de comprender y aplicar políticas públicas para la construcción. Inconscientes de las amenazas que se encuentran allí nomás bajo sus pies, siguen siendo amantes de la vida, de la alegría, de la luz de una isla encantada, del *arte vudú de Saint-Soleil* que impresionó tanto a André Malraux, del *kompas* de su música, con una sensualidad a flor de piel.

Esa hipotética fuerza del mal eligió asimismo la región más densamente poblada de Haití como epicentro del sismo, cosa de no correr riesgos: al alcanzar el mayor número posible de personas, el mal sería ejercido en la plenitud de su potencia.

De la sede histórica del Ministerio de Relaciones Exteriores, frente a la bahía, nada quedaba sino la escultura femenina que decoraba el jardín. Allá estaba ella, intacta y bellísima, en su macabra soledad.

Inicié el camino de retorno a *Pétion-Ville*. De golpe cae la noche apurada como sucede en los trópicos. Estaba todavía distante de casa, en pleno centro destruido. Continuaba recorriendo calles que poco después se interrumpían. Luego de mucho zigzaguear, finalmente estaba casi al llegar a la avenida que abre camino hacia la subida de la carretera de *Canapé Vert*. Cuando llegué a la esquina para dar vuelta a la derecha, los faros del vehículo iluminaron un obstáculo ubicado exactamente en el medio del cruce entre las dos arterias. Disminuí la velocidad y me detuve. Sobre una tabla, muy hinchado, estaba el cadáver de una señora, dejado ahí para que alguien lo recogiese. La imagen súbita de este cadáver abandonado en una esquina que, antes del sismo, fue una de las vías más transitadas de Puerto Príncipe, ahora desierta, cuyo silencio solamente es entrecortado por los cantos religiosos que dominan la noche haitiana, me parece resumir el drama de una sociedad y de una nación dependiente de la caridad ajena.

Más que la muerte, lo que impacta es la obligación de los vivos de transgredir reglas y ritos que envuelven los funerales en la sociedad haitiana. Muchas veces tuve la impresión de que en Haití se trata mejor a los muertos que a los vivos. En las ciudades, cuyo color dominante es el gris del cemento crudo, ya que no se pintan las casas, se destacan los colores vivos de los cementerios. Los lugares previstos para los velatorios, esparcidos por los cuatro rincones del país, son lujosos. El ceremonial fúnebre es lento, costoso y solemne. Hay libros con fotos de la ceremonia, del difunto en su ataúd, así como cintas y películas producidas como recuerdo. Guarda semejanza

con los eventos felices en otros parajes. Imposible refrenar la tentación de vincular la fiesta de la muerte a la espiritualidad de un pueblo que percibe el fin de una vida como el efectivo comienzo de la eternidad. La muerte libera, mientras que la vida subyuga y esclaviza.

El sismo derrumbó la cultura funeraria. Fosas comunes; entierros colectivos; cadáveres evacuados juntamente con los escombros; fogatas quemando cuerpos. Seguramente esta transgresión fue responsable de que no surgiera ninguna epidemia proveniente del terremoto. Una de las muchas ironías de la actual situación es constatar que el Haití post-terremoto sabía lidiar con las posibles secuelas epidemiológicas del sismo. No obstante, como veremos en capítulo posterior, el país será víctima de una terrible y mortal epidemia de cólera aportada por soldados de la MINUSTAH, justamente aquellos que estaban allí para salvar vidas. Las estadísticas oficiales de la Organización Panamericana de Salud anuncian, en el momento en que son escritas estas líneas (julio de 2013) 8.000 muertos y más de 800.000 infectados.

Al inicio de la tarde de domingo, fui al encuentro de algo que quería postergar lo más posible: volver a ver lo que fuera mi residencia haitiana. No sé cómo se enteraron, pero varios trabajadores haitianos, conocidos, esperaban en la entrada de la callecita que rodea el Hotel Karibe, al final de la cual se encontraban “mis” escombros. Saludado con alegría por todos, abandoné el coche frente a una montaña de tierra y piedras que obstruía el paso.

En la medida que subía y bajaba por el cúmulo de escombros, me asaltaba la impresión de estar en un lugar bombardeado. Además de la caída de los muros de protección, las casas estaban de rodillas, en posiciones extrañas. Parecían haber salido de las manos de un arquitecto cubista. Aquí faltaba

la fachada desnudando dormitorios, baños, salas; una parte del primer piso descansaba incómodamente en la planta baja; más adelante una fisura en el piso proseguía su camino hasta llegar a la construcción que estaba rodeada por vallas. Abierta, como si dos manos hubiesen resuelto romper paredes para que se observasen sus entrañas.

No se trataba de construcciones comunes y corrientes. Estábamos en un barrio burgués, pensado y construido para escasos haitianos y numerosos extranjeros. Sólidas, confortables y seguras, con sus altos muros y paredes gruesas. En nada se parecían a la gran mayoría de las construcciones donde se amontonaban los más humildes. Aun así, no habían ofrecido resistencia. Capitularon sin condiciones.

Barrio estrictamente residencial, el único y pequeño edificio de cuatro pisos de la minúscula calle fue construido junto al terreno del Hotel *Karibe*, justo atrás de la magnífica piscina y de su bello jardín tropical. Una pequeña escalera y luego un portón permitía nuestro acceso a los servicios del Hotel. Compuesto por dos apartamentos por piso, separados por el ascensor y la escalera cercana a él. Como cobertura, la inevitable estructura de concreto. La mitad de la planta baja servía de garaje. La otra, un apartamento adicional. Además, la existencia de un estacionamiento externo destinado a las visitas.

El edificio intentó resistir. La parte que se encontraba a la derecha del ascensor concedió al terremoto solamente un apartamento que descansó en el piso inferior dando la impresión que el edificio era un borracho en desequilibrio, presto a tumbarse. La parte de la izquierda, al contrario, sucumbió totalmente. Era solamente un montón de concreto, hierros retorcidos y ladrillos. Esparcidos, objetos domésticos mezclaban sus colores con el gris dominante. Mi apartamento yacía ahí. Ubicado en el último de los cuatro pisos, sus destrozos

parecían dar culminación a la hecatombe. Con la violencia del sismo, la cobertura se había deslizado, huyendo de los escombros y, agarrándose en el muro de protección externo, colgaba casi entera, en la callejuela. Cables, hierros y cabos se mantenían en una posición inestable y peligrosa a la gran mole.

Poco a poco mi mirada se fue calmando y pude analizar mejor lo que veía. Identifiqué entonces en el medio del caos mi maleta roja, una parte de la cocina, un pedazo de silla, una pantalla de computador. Los haitianos se dispusieron a subir en la montaña de escombros y rescatar algunos objetos. Decían que era seguro y que las réplicas no podían destruir aún más lo que ya habían destrozado. Informado de que los cuerpos de las víctimas todavía estaban soterrados, no estuve de acuerdo. Era mi manera particular de homenajear a los vecinos que había conocido tan poco. Cuando finalmente, después de algunas semanas, volví a los escombros del edificio luego de la retirada de los cadáveres, mis raras pertenencias que habían sobrevivido se habían evaporado.

En medio del tumulto y las voces de quienes me acompañaban no me di cuenta de que algunos haitianos penetraban en la parte derrumbada del predio y retiraban objetos de los apartamentos. Pensé que se trataba de funcionarios de los locatarios, encargados de salvar lo que fuese posible. Desgraciadamente, supe después que no era así. Algunos perdieron sus preciosos empleos con el episodio.

Una curiosa situación se presentó durante la visita. Me informaron que ¡mi camioneta particular estaba intacta bajo la montaña de escombros! Era imposible creer en tamaño absurdo. Era un vehículo que le había comprado a un diplomático canadiense que dejara Haití. Lo hice porque me molestaba circular con el vehículo oficial de la OEA cuando cumplía mi agenda particular. Consciente de que no podíamos usar los

servicios de transporte público —casi inexistentes— o eventuales taxis igualmente fantasmas, constaté que los funcionarios extranjeros alquilaban los estacionamientos de los restaurantes, playas y clubes en las noches y en los fines de semana. El logotipo de la ONU dominaba el panorama. No había ninguna restricción funcional por parte de la OEA. Decidí, entretanto, seguir un principio moral y compré la camioneta que, aunque usada, se hallaba en buen estado.

Ahora me encontraba frente a una situación inesperada. ¿Qué hacer? Escéptico pero animado por los haitianos, decidí hacer lo impensable: acompañado por dos de ellos seguí por un camino que había sido descubierto en medio de los escombros. Intentaba estar próximo a ellos, pero no lo lograba. Finalmente llegué al lugar donde estaba el vehículo. Además del mío, había otro intacto en el garaje al lado, que había resistido. El techo de mi estacionamiento, o sea, el piso del primer piso, en vez de caer, se acostó por entero, apoyándose por un lado en los escombros y la otra en la pared, que no se derrumbó, puesto que quedó como un muro de arrimo. Y se formó un bolsón de aire a lo largo de éste. Allá estaba la camioneta. No intacta, pues el techo del edificio tocaba su parte superior izquierda. Estaba casi entera. Saqué algunas fotos y di por concluida la aventura.

Al salir apurado, con la prueba de la existencia de un singular milagro, molesto por la oscuridad e inquieto con posibles réplicas, me herí en la frente al rozar una punta saliente de hierro. Este fue el único y pequeño precio que pagué por tamaña irresponsabilidad.

Después de doce meses, cuando ya me preparaba para dejar definitivamente Haití, finalmente fueron retirados los escombros y con ellos mi camioneta. Lo que más me chocó en todo este episodio fue el destino de los cuerpos de dos haitianos que fueron sorprendidos por el sismo dentro de un vehículo en el

estacionamiento del edificio. Se derrumbó completamente sobre ellos. Soterrados dentro de un supuesto vehículo blindado, al contrario de las víctimas extranjeras, ellos no fueron retirados de los escombros. Cuando pregunté al propietario del edificio sobre el destino de ellos, él me dijo sencillamente: “Ellos fueron evacuados con los escombros”.

Entre civiles y militares, las Naciones Unidas perdieron 102 profesionales, víctimas, sobre todo, por el derrumbe del Hotel Christopher. Entre ellos, el tunecino Hédi Annabi, Representante del SG y su adjunto, el brasileño Luiz Carlos da Costa. Se salvó el comandante militar, el también brasileño general Floriano Peixoto, que se encontraba en Miami, y su vice, el general chileno Ricardo Toro.

El pesado y doloroso tributo cobrado a las Naciones Unidas por el terremoto contrasta con las escasas pérdidas sufridas hasta entonces. Repentinamente, la MINUSTAH transitó del confort de una Operación de Paz en un escenario ausente la guerra, al drama provocado por la indecible catástrofe. El subconsciente, al encargarse de transformar sus víctimas en mártires y héroes, imprime a la MINUSTAH especial singularidad. Su prestigio aumenta y se callan las críticas.

La MINUSTAH no había sido planeada para enfrentar desastres naturales. Aún durante los recurrentes huracanes que azotan a Haití, la improvisación era la regla. Frente al terremoto y las dolorosas consecuencias que la golpean, las fuerzas de la ONU demuestran su debilidad. Más que eso. En los primeros días, tratan o intentan prestar socorro a sus integrantes prisioneros de los escombros. La población es abandonada a la propia suerte. ¿Reacción natural? Tal vez. Así, no sorprende el hecho de que más del 80% de los sobrevivientes hayan sido rescatados por los propios haitianos. Sin ningún equipamiento, con las manos desnudas y una inmensa valentía.

De todos modos, no era necesario que el entonces Ministro de la Defensa de Brasil, Nelson Jobim, buscara encontrar una disculpa supuestamente antropológica al explicar que los haitianos no permitían que los extranjeros tocasen a sus muertos y heridos. Además de trágico, patético y ridículo.

Muchos meses después del sismo, los ingenieros y especialistas que fueron a la región constataron que el terremoto no había sido provocado por la *Falla del Sur o de Enriquillo*, que se extiende del Sur de la República Dominicana hasta Haití y Jamaica, como había sido anunciado. De acuerdo con ellos, fue una falla “ciega”, ausente de la cartografía de la época, que provocó la catástrofe. Su epicentro fue bautizado como: *Falla de Léogâne*. Pronto los haitianos la bautizaron con una onomatopeya: *goudougoudou*.

Durante meses, cuando me dirigía al Sudoeste, orillaba *Léogâne* resistiéndome a entrar en la ciudad-mártir. Finalmente, un día junte valentía y la recorrí. Pude constatar que efectivamente la ciudad había desaparecido y que sus alrededores se habían transformados en extensos campos de gente sin techo.

La dimensión de la hecatombe y el sufrimiento indecible del pueblo haitiano provocaron un inmenso impacto en la opinión pública mundial. Como vimos, la reacción solidaria fue inmediata y masiva. Los cielos de Puerto Príncipe fueron cruzados por incontables helicópteros, tanto civiles como militares. Lo que me pareció curioso es que muchos vuelos no demostraban prisa alguna y hacían círculos sobrevolando los lugares emblemáticos de la capital destrozada. Pronto me pude dar cuenta de que la agonía de Puerto Príncipe había atraído una mórbida curiosidad. Efectivamente, decenas de personalidades políticas y del mundo del espectáculo se dirigieron a Haití simplemente para constatar la extensión de la tragedia.

El programa preparado para los adeptos del turismo macabro no variaba: llegaban al aeropuerto en vuelo especial aún por la mañana donde los esperaba un helicóptero. Luego de algunas breves explicaciones, se embarcaban en él y sobrevolaban la ciudad-mártir. Tan pronto había finalizado el *tour*, retomaban el avión y se iban de Haití. Se puede entender que entre ellos había responsables de decisiones que deberían, con este examen, confirmar la ayuda dada o prometida. Sin embargo, no lograba rehuir el gusto amargo que sentía al mirar hacia los cielos de la capital y constatar que, disputando espacio con los cuervos y buitres que venían atraídos por el olor de la muerte, bailaban esos helicópteros un extraño y siniestro ballet.

Todas las visitas constituían una alegría, pero igualmente un dolor de cabeza para los anfitriones. Además de redoblar los cuidados por posibles accidentes, definir trayectos y encontrar medios de locomoción, agendar audiencias con autoridades gubernamentales, ausentes a las comunicaciones y, muchas veces, el mismo gobierno, era también necesario proveer de alojamiento, agua y alimentos para los visitantes —bienes escasos y, la mayoría de las veces, cuando se encontraban, poco confiables. Por esas razones, yo defendía que las visitas fuesen de naturaleza estrictamente profesional e indispensable. No fue el caso de la gran mayoría de extranjeros que llegaron a Puerto Príncipe en aquellos dramáticos días: traían consigo la mirada ávida llena de una curiosidad que no podía dejar de resultar chocante.

Recibí la visita de dos altos representantes de la OEA. Encabezada por Albert Ramdin —Secretario-adjunto de la OEA— llegó a Puerto Príncipe, en los primeros días después del terremoto, una misión integrada por el Sistema Panamericano de Cooperación para el Desarrollo. Fui al aeropuerto para recibir

al grupo. Solamente después de las presentaciones de costumbre, mi atención se volvió hacia alguien que no había reconocido. Camuflado, de los pies a la cabeza, me saludó Ramdin. Parecía preparado para una cacería en la sabana africana. Raras veces había tenido la impresión de un tan perfecto casamiento entre la ropa y el monje. Los hechos aquí narrados lo confirmarán.

Antes de finalizar enero, José Miguel Insulza decidió venir a Puerto Príncipe. Hasta entonces, él había coordinado desde Washington lo que era posible auxiliar a partir de la OEA y del sistema interamericano. Esta espera concedió dignidad a su visita. No fue la interpretación del embajador de Venezuela en la OEA, Roy Chaderton, que en su campaña contra la supuesta injerencia de la organización hemisférica en los asuntos internos de su país, denunció a Insulza por: “su falta de sensibilidad ante el tema haitiano al cual ha dado respuestas absolutamente burocráticas mientras recorre todo el continente en campaña electoral, tratando de amarrar votos que le aseguren su reelección en la OEA.”

Cuando sugerí a Insulza que pernoctase en Puerto Príncipe, contrariando lo que se hacía comúnmente, él estuvo inmediatamente de acuerdo. Además, fue despachado el indispensable helicóptero. Así, recorrimos juntos, conmigo en la dirección del vehículo de la OEA, la capital destrozada.

Insulza quedó muy impactado con lo que vio. “Esto acá está completamente destruido”, exclamaba con aire desolado. Oriundo de un país víctima frecuente de sismos, jamás había presenciado tamaña hecatombe. Antes de partir fue recibido por Préval. Los dos intentaban demostrar el buen humor que los caracteriza. Imposible. Las sonrisas forzadas no lograban ocultar qué tan profundo era el dolor. Al regresar a Washington, Insulza reunió al Consejo Permanente de la OEA e hizo un relato emocionado sobre lo que testimoniara.

El gobierno haitiano intentaba recuperarse del choque. El ministro de Economía y Finanzas, Ronald Baudin, pudo ser rescatado de los escombros de su ministerio. A pesar de las graves heridas y de haber perdido un hijo en la tragedia, volvió al trabajo. El Primer Ministro Bellerive intenta organizar lo que es posible. Se hace consciente de que la histórica dependencia haitiana del exterior deberá ser aún mayor en el futuro. Sin alternativas, pide al Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) que les provea de medios para elaborar un *Plan Estratégico de Desarrollo Nacional* (PEDN), pues el gobierno haitiano no dispone de recursos humanos ni financieros para la tarea. Además, es indispensable que el plan sea redactado en conjunto con los eventuales países donantes, que deberán aprobarlo en reunión prevista para fines de marzo en Nueva York.

En correspondencia enviada a la Coordinadora del Sistema de las Naciones Unidas en Haití, Bellerive define los tres objetivos centrales:

- Preparar e implementar inmediatamente acciones urgentes para estabilizar el país;
- evaluar las pérdidas y los costos para la reconstrucción del país;
- evaluar las necesidades a largo plazo para el desarrollo del país, así como sus costos.

Como pretendía Bellerive, el importante documento fue debatido exhaustivamente y debidamente aprobado en la Reunión de Donantes mencionada anteriormente. El estudio realiza, por primera vez, un balance de las pérdidas provocadas por el terremoto.

Desde que fue creada, hace 35 años, la metodología DALA (*The Damage and Loss Assessment*), aplicada para calcular

las consecuencias de desastres naturales, constata que el sismo haitiano provocó el más elevado costo relativo a las proporciones de la economía del país. Alcanzó 7,8 billones de dólares, equivalente a 120% de su PIB.

En aquel momento, ya fue posible evaluar las siguientes pérdidas materiales:

- 105 mil viviendas destruidas
- 208 mil viviendas damnificadas
- 1.300 establecimientos escolares destruidos o inutilizables
- 50 hospitales y centros de salud destruidos o inutilizables
- puerto y aeropuerto de la capital destruidos o inutilizables

El impacto del terremoto sobre los niveles de pobreza y de miseria hizo que Haití retrocediese a la situación que conoció en 2001. O sea, el 71% de la población sobrevivía con menos de dos dólares al día y, el 50%, con menos de un dólar. Pero la situación era aún mucho más grave en la zona afectada por el terremoto. Ocurre que, al contrario de la tendencia nacional, la pobreza y la extrema pobreza habían aumentado en un 13% en la última década en la región metropolitana de Puerto Príncipe. El sismo volvía dramática una situación que ya era insostenible.

En los primeros días post sismo, 600,000 personas dejaron el área metropolitana —entre ellas un 2% consiguió salir del país, pero en menos de seis meses, el 94% de la población que había dejado Puerto Príncipe, retornó a ella. La ausencia de una estrategia de descentralización conjugada con los efectos perversos de la ayuda internacional que se concentraba en la capital, aceleró el proceso de reurbanización caótica de la región metropolitana.

Con el visto bueno de la Comunidad Internacional sobre los próximos pasos a seguir, Haití recibe con euforia la promesa

de donaciones que alcanzan la impresionante suma de 11,000 millones de dólares. A pesar de ser un poco menos de lo que había sido calculado para programar el PEDN —14.000 millones, se trataba de un monto considerable para permitir la *refundación* Haitiana— expresión acuñada por Préval y que todos esperaban que se volviese realidad.

Estos recursos serían liberados a lo largo de un período de cinco años. Lo que no había sido especificado al gobierno haitiano era el hecho de que él no sería su receptor, pero sí las organizaciones internacionales —públicas y privadas— que actuaban en Haití. Esta es una de las numerosas divergencias —ésta de gravísimas consecuencias— que permean constantemente las relaciones de Haití con la Comunidad Internacional.

Todo colgaba de un hilo. Una pared dislocada se recostaba en un muro y anunciaba su caída con la próxima réplica. La fachada de un edificio se había desmoronado dejando expuesto el interior de un apartamento. Los muebles se movían y pronto podrían descansar en el piso inferior. Un poste de luz había cambiado de funciones y ahora se sostenía sobre una maraña de cables.

Los gritos de los sobrevivientes habían cesado. Sustituidos por el martilleo de los golpes que intentaban abrir brechas en el concreto y así alcanzar pedazos de cuerpos que yacían bajo los escombros. Los sobrevivientes se amontonaban en campos para desalojados donde, constantemente, se formaban largas colas para la distribución de agua, alimentos, para ir al baño químico (“letrina sanitaria”). No había tumulto. No había saqueos. Era una confusión solo aparente, pues de ella emanaba solidaridad, respeto y silencio. Un profundo silencio solamente entrecortado por la algarabía sana de los niños. La ciudad en ruinas aparentaba el caos. El día a día enseñaba, entretanto, que se trataba de un caos civilizado y progresivamente organizado.

Por aquellos días logré encontrar un apartamento. Era un pequeño conjunto ubicado un poco más abajo del Hotel Karibe y cuya construcción estaba arrimada a los cerros. De la construcción salían vigas de concreto clavadas en la roca. Por esta razón pudo resistir al sismo. Cuando lo visité por primera vez noté fisuras que se abrían, en el revoque y en las columnas, mostrando la estructura de hierro que las sostenían. Obreros trabajaban en su reparación. Al visitar el pequeño apartamento, me dirigí a la terraza que desnudaba el valle. Luego de observar el verde que se mezclaba al gris de las casas caídas, miré a la izquierda y pude ver a escasos cien metros una montaña de escombros. De pronto la identifiqué: allí yacía mi antigua vivienda. Más que su recuerdo, su presencia física me acompañaría hasta el momento de mi partida de Haití.

Me instalé en el apartamento y noté que el ruido de los obreros durante el día contrastaba con el absoluto silencio nocturno. Curioso, un día indagué sobre mis invisibles vecinos. El guardia me dijo con naturalidad: “Usted no los ve porque no existen. Acá no reside nadie más que usted”.

Pasaron algunos días y una mañana que me preparaba para salir, escuché voces distintas que provenían del estacionamiento al aire libre que se encontraba en la entrada del edificio. Fui a la terraza y observé una escena inusual: los guardias auxiliados por obreros transportaban una cama matrimonial, colchón, sábanas, almohadas y frazadas hacia el interior del edificio. Todo bajo la supervisión de alguien que no conocía. Descubrí entonces que tenía compañía, pero que mi nuevo vecino se rehusaba a dormir en su apartamento y hacía que su cama fuese transportada todas las noches al estacionamiento.

Cuando los ingenieros de la empresa *Miyamoto* de San Francisco (Estados Unidos) —especializada en construcciones antisísmicas— estuvieron en Puerto Príncipe para analizar

las características del terremoto, realizaron indagaciones en la sede de la OEA, en la cual no encontraron ningún riesgo. Con mi edificio fue distinto. En el que se cayó constataron simplemente el comportamiento y la violencia del sismo. Se trataba de un edificio moderno construido según las reglas del arte, sin embargo incapaz de resistir al sismo.

El resultado del examen de mi nuevo edificio fue concluyente. Estaba condenado. Me aconsejaron dejarlo tan pronto encontrase otro lugar donde vivir. Todavía no corría prisa, pues las pequeñas réplicas que ocurrían regularmente no podrían derribarlo, aunque no se descartaba la posibilidad de un sismo de mayor intensidad, tal como pasó el 12 de enero.

Feliz por haber encontrado un lugar donde vivir en el esmirriado mercado inmobiliario post sismo, no di mucha importancia a los consejos y permanecí en el mismo. Mucho más ahora que la restauración estaba terminada, con pintura nueva, y que, progresivamente, el condominio iba siendo ocupado.

Varias veces, al abrir la puerta de entrada del apartamento cuando volvía del trabajo, encontraba todos los cuadros de la sala inclinados en el mismo sentido. Era resultado de réplicas ocurridas en el día, que siquiera había notado. Para poder evaluarlas identifiqué un termómetro. Ocurre que al lado del marco de la puerta de entrada de mi dormitorio había una profunda fisura en la pared de la cual parte del repello y del concreto se desprendieron. Quedaba un trozo de repello y había decidido que mientras no cayera, permanecería en el edificio. Con el pasar de los días, el pedazo fue disminuyendo de tamaño y finalmente una mañana lo encontré en el piso. Confieso que no cumplí con lo que me había prometido.

Una de las primeras iniciativas que tomé fue ampliar el Programa de Registro Civil de personas físicas para incluir también a los menores de edad que estaban en los campamentos de

desalojados. Antes del terremoto, este importante programa de la OEA, financiado por Canadá, prestaba asistencia técnica a la Oficina Nacional de Identificación (*Office National d'Identification*, ONI), registrando y concediendo cédulas de identidad únicamente a los mayores de 18 años. O sea, el derecho a la identidad era esencialmente un derecho electoral.

Ocurre que la desestructuración del núcleo familiar post sismo aumentó considerablemente el riesgo de tráfico de personas menores de edad. Una forma de luchar contra ese crimen era conceder un documento de identificación provisorio a los menores que no lo poseyeran. Lo que representaba la casi totalidad de los niños y niñas, sobre todo de la primera infancia, que se encontraban en los campamentos.

Armamos una carpa en el medio del Campo de Marte —inmenso espacio totalmente ocupado por los desalojados— y con la ayuda de líderes del campamento iniciamos el censo. A comienzos de julio, al inspeccionar el trabajo, pude constatar la larga cola de madres que venían para tratar de proteger a sus hijos. El documento concedido era oficioso y no reconocido por el Ministerio de Justicia. A pesar del inconveniente y de cierto malestar con algunas autoridades del Estado haitiano que demostraban molestias por razones que no lograba descifrar, se decidió proseguir con la tarea. Lo que nos interesaba, antes que todo, era dificultar adopciones ilegales, raptos y tráfico de menores, como el caso de diez autotitulados miembros de una denominada asociación de caridad de Estados Unidos detenidos, próximo a la frontera dominicana, con 33 menores haitianos, cuyas edades variaban de los dos meses a los 14 años.

Entre los sectores más vulnerables de la sociedad haitiana sobresale, con nitidez, la infancia, abandonada en sus derechos más elementales. Paralelamente al espectáculo, único y emocionante, del mar de niños y niñas en sus uniformes impecables

y que se puede apreciar en los horarios escolares en todo el país, existe una realidad infantil dolorosa y subterránea que se intenta ocultar.

Distante del segundo lugar, la sociedad haitiana es la que abriga los mayores índices de hijos concebidos al margen del matrimonio. Con pequeñas variaciones, se calcula que 2/3 de los recién nacidos con vida en Haití son hijos de padres que no poseen ningún vínculo formal. Lo más grave consistía en el hecho de que la Justicia haitiana —aplicando el Código Civil de inspiración napoleónica de 1804— había creado cuatro categorías de menores con derechos desiguales: legítimas, naturales, adúlteras e incestuosas.

Legítimos son los nacidos de casamientos formales y protegidos por ley. Naturales son hijos de padres que no poseían vínculo marital entre sí ni con otra persona en el momento de su concepción. El nombre del padre así como los derechos de herencia solamente serán otorgados en caso de que el progenitor lo reconozca como hijo.

La situación aberrante que afronta la Declaración Universal de los Derechos Humanos (“Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y en derechos...”) y la Convención Internacional sobre Derechos de los Niños —ambos firmados y ratificados por el Estado haitiano— agrede a los nacidos de relaciones adúlteras e incestuosas. Estas son estigmatizadas por el Código Civil que prohíbe cualquier reconocimiento paterno, sea su nombre, sea su patrimonio. Se culpabiliza a la víctima y se absuelve al culpable.

Luego de una larga y difícil lucha, durante la cual la OEA contó con el apoyo de numerosos movimientos haitianos por los Derechos Humanos, conseguimos aprobar, en 2010, la *Loi de la Paternité Responsable (Ley de Paternidad Responsable)* modificando sustancialmente el Código Civil. Fue introducida la

obligatoriedad del examen de ADN para el supuesto padre y se eliminó, con más de dos siglos de atraso, a los infames dispositivos que discriminaban a parte importante de la población haitiana.

A pesar de una tasa de mortalidad infantil elevada, impresiona el crecimiento demográfico. Efectivamente, se estima que la población haitiana crece al ritmo un poco inferior al de 2% al año. Además, es una población muy joven, pues el 40% de la población tiene menos de 14 años. Tal fenómeno fue reforzado por el terremoto, ya que la esperanza de vida de los hombres disminuyó de 60,6 años a 59,9 años y la de las mujeres de 63 a 62 años.

En compensación, luego del sismo, la tasa de fecundidad se triplicó, pasando del 4 al 12%. Este *baby boom* tendrá implicaciones demográficas importantes en los próximos años, haciendo de Haití un caso único en la Cuenca del Caribe.

Con una curva demográfica ascendente que contrasta con la curva de desempeño económico descendente, la población haitiana —al contrario de la mayoría de otros países— se empobrece progresiva e irrefutablemente.

No sorprende constatar que, en proporción a su población, sea el país que más niños ofrece para adopción. Lo que marca al haitiano menor adoptable —a diferencia de lo que ocurre en otras sociedades similares— es que no se trata de huérfanos o hijos de padres en conflicto con la justicia. Se trata de menores cuyos padres existen, aunque supuestamente no disponen de condiciones económicas para mantenerlos. Así, cálculos no oficiales indican que el 80% de los 300.000 menores recibidos en los orfanatos haitianos, no son huérfanos.

Después del sismo, la Directora adjunta de UNICEF, Hilde Johnson, consideraba estar frente “a la más grave crisis de protección a la infancia alguna vez vista” debido al gran número de huérfanos y menores separados de sus familiares.

El papel de jefe del núcleo familiar haitiano es mayoritariamente ejercido por la madre. Ostentando los índices más elevados de las Américas (60% en el medio urbano y 53% en el promedio nacional), el porcentaje de madres haitianas económicamente activas alcanza el 56,5%, siendo el primero en las regiones de América Latina y Caribe. Estas terribles condiciones, conjugadas con la tasa de fertilidad de las mujeres de las capas menos favorecidas de la población (promedio de 6,6 hijos), explican las razones que conducen al surgimiento de un verdadero mercado de la adopción en Haití.

No solamente la infancia haitiana es vulnerable. También lo es el contingente de sus progenitoras. Según datos recientes de la organización *Save the Children*, la probabilidad de que una mujer muera por problemas asociados a la maternidad alcanza 1 por 525 en el promedio latinoamericano. En Haití, la proporción es de 1 por 83 nacimientos, lo que lo sitúa distante del penúltimo ubicado en la región (Guatemala) y en una de las últimas posiciones (164ª) a escala mundial.

La separación de madres e hijos cuando el terremoto provocó situaciones chocantes. Ocurre que luego de algunas semanas de producido el sismo, menores perdidos pudieron, gracias al trabajo de búsqueda y protección de organizaciones tales como UNICEF y el Comité Internacional de la Cruz Roja, re-encontrar a sus madres. Sin embargo, en muchos casos, luego de besos felices y amorosos, las madres declaraban no disponer de condiciones para criarlos y los entregaban a quienes los había encontrado. Trabajadores sociales extranjeros, habituados a los dramas individuales y colectivos que acompañan la miseria y los conflictos en varias regiones del mundo, confesaron que jamás habían sido testigos de tales escenas.

El camino de la adopción nacional presenta características típicas de una situación de domesticidad forzada y de esclavitud

moderna. La colocación (*plaçage*) de menores oriundos de familias supuestamente imposibilitadas de criarlos, los transforman en pequeños servidores domésticos y trabajadores agrícolas. Esto constituye una práctica recurrente, socialmente aceptada, histórica y generalizada.

Fenómeno de origen rural, que algunos autores denominan cándidamente de *economía moral familiar* o *economía del afecto*, el modelo *restavec* (“*restez avec*” o “*quédese con*”) se extendió al medio urbano y se pervirtió aún más. Pensado inicialmente como una forma para que las familias campesinas pudiesen educar a sus hijos en las ciudades, actualmente hay un comercio de estos menores donde actúan intermediarios (*koutchye*) guiados por el lucro.

Estimados de origen diverso evalúan que, actualmente, 250.000 menores, o sea, el 10% del total del universo infantil, la mayoría niñas entre 5 y 17 años, se encuentran en estas condiciones. Tanto la moral como el afecto están muy alejados del cotidiano de estos mini-esclavos: no son alfabetizados, son vestidos con harapos, no son considerados como menores y están a la disposición de los hijos legítimos que los transforman en sus propios esclavos, sexuales inclusive.

Así, relata la Organización Internacional del Trabajo (OIT) que vela, entre otras atribuciones, por el fin del trabajo esclavo, el cotidiano de un/a *restavec*:

Su jornada comienza a las 4 de la madrugada. Ella se levanta mientras la casa duerme. En silencio, vacía los orinales y barre la casa. Luego hace varias idas y venidas a la parte baja de la calle trayendo baldes con agua.

Cuando el sol aparece, prepara el café y calienta el aceite para el desayuno de la familia —salvo que... no se trata de su familia.

Cada jornada está hecha de un sinfín de trabajos domésticos sin fin, del despertar al anochecer.

Ella tiene siete años. Ella es una *restavec*.

La sucinta descripción de la jornada de una niña esclavizada en Haití, realizada por la OIT, revela también que las jornadas laborales, sin reposo semanal, duran entre 10 y 14 horas. A pesar de preparar las comidas se alimentan, por lo general, de los restos o deshechos. Un menor *restavec* de 15 años tiene cuatro centímetros menos y pesa 20 kilos menos comparado a un menor haitiano normal.

Además de la espantosa realidad, llama la atención la indiferencia social y política. Excepto rarísimos casos, la gran mayoría no considera que sea un problema a resolver y una injusticia que se deba reparar. Respetados interlocutores haitianos consideran el “modelo” *restavec* como una simple característica cultural de su país.

En octubre de 2013, fue lanzado por la *Walk Free Foundation*, el primer índice de Esclavitud Global. Haití —contabilizando 209.100 esclavos ocupa el deshonroso segundo lugar mundial.⁸⁸ A pesar de la impactante denuncia, la prensa, los partidos políticos, el Gobierno y los intelectuales haitianos ni siquiera lo mencionaron.

Con el apoyo de ciertas ONGATs, del Buró Internacional del Trabajo, de la UNESCO y de Gobiernos, entre otras entidades, diversos proyectos, programas y dispositivos legislativos y financieros fueron adoptados en estas tres últimas décadas. Tales esfuerzos no han sido suficientes para suavizar la cruel realidad.

Haití ratificó la Convención 182 de la OIT: “Eliminación de las peores formas de trabajo infantil”, en julio de 2007; y la Convención 138: “Edad mínima del trabajador”, en junio de

⁸⁸ El cálculo lleva en consideración el número de personas sometidas a la esclavitud sobre el total de la población, casamientos de menores y tráfico de personas para dentro y fuera del país.

2009 —ambas inhibidoras de la esclavitud infantil—, pero el país no las respeta.

Hacia fines de 2011, en una inédita cooperación triangular Norte-Sur-Sur (Estados Unidos, Brasil, Haití), el *Programa Internacional para la Eliminación del Trabajo Infantil* (IPEC) de la OIT retomó la lucha contra el “modelo” *restavec*. El Programa busca alcanzar cuatro objetivos: a) fortalecimiento institucional del Estado; b) diálogo social como instrumento para la protección de la infancia; c) elaboración de modelos creadores de trabajo digno para los adolescentes; d) sensibilización de la sociedad civil sobre la temática *restavec*.

En una sociedad fracturada como la haitiana, hay inmensas dificultades para llegar a consensos en torno a temas centrales. Pero, fuertes debates se dan sobre una amplia agenda como, por ejemplo, la organización del Estado, el régimen político, la descentralización, la agricultura, el sistema judicial, etc. En lo que dice respecto al ‘modelo’ *restavec* tampoco hay consenso, aunque la razón sea otra: ausencia de debate sobre la temática. En la perspectiva haitiana, se trata de un pseudo-problema que ocupa el espíritu de algunos extranjeros incapaces de comprender el país.

Ausente la conciencia, la acción se vuelve imposible. Mientras aquella no haga acto de presencia, el más grande, el más constante y el más inhumano crimen colectivo, proseguirá cobrando víctimas inocentes y mancillando la cuna de la lucha contra la esclavitud.

No deja de sorprender que la primera sociedad en abolir la esclavitud, hace más de dos siglos, la siga practicando de manera solapada, invisible y silenciosa, contra los más indefensos de sus ciudadanos. ¡Paradojal Haití!

La adopción por extranjeros constituye una práctica recurrente en estos últimos 30 años. Francia ocupa un lugar

destacado, recibiendo aproximadamente 400 menores haitianos anualmente. Otros países europeos (sobre todo Suiza y Bélgica), así como Estados Unidos y Canadá, son clientes del mercado infantil haitiano. No hay que temer decir las cosas por su nombre: se trata, sí, de un mercado donde las transacciones se rigen por los principios comerciales de la oferta y la demanda.

Haití no ratificó la Convención de Haya de 1993 sobre la protección a la infancia y cooperación en temas de adopción internacional. Ocurre que uno de sus principios fundamentales propone que un menor solamente es adoptable bajo la condición de que ninguna familia haitiana pueda acogerlo en el propio país. El principio confronta los intereses de la red de intereses en torno a la adopción internacional, impidiendo la mínima protección al menor adoptable.

El Estado haitiano dispone del Instituto de Bienestar Social (IBESR), encargado de los procedimientos oficiales para adoptar. En la apertura de cada proceso, la parte solicitante paga al IBESR 130 dólares americanos. Parte de los salarios de los funcionarios del Instituto es cubierta por este ingreso.

El conjunto de condiciones explica el incremento exponencial de las adopciones internacionales, que pasan de un promedio anual de 400 menores, a comienzos de los años 1990, a 1.500 en la segunda mitad de la década del 2000.

La oferta de menores para ser adoptados siempre existió. La demanda internacional había retrocedido a raíz de campañas de información. Sin embargo, a partir de 2007, se observó un notable incremento aún cuando se ha duplicado el costo procesual para adopción, alcanzando actualmente 10.000 dólares.

Crece asimismo el número de guarderías oficiales, legalizadas por el IBESR, especializado en adopción internacional. Pasan de 47 en 2005 a 66 en 2008. Por cada guardería oficial hay otras cuatro clandestinas. Muchas de éstas suplen a las anteriores.

La legislación haitiana no reconoce la adopción plena. Obliga a los padres adoptivos a mantener al adoptado en contacto con los padres naturales. Por esta razón, las guarderías obligan a la madre natural a firmar un documento transfiriendo la autoridad parental por un período de 18 años, cuando el menor deja de ser menor.

Analfabetas, las madres de los adoptables son convencidas de que mantendrán contacto regular con los hijos. Sin embargo, la preocupación de las guarderías y de los padres adoptivos consiste en romper cualquier vínculo con la familia natural. Esta pretende una mejor vida para su hijo y no imagina que lo perderá para siempre.

Los responsables diplomáticos y consulares de los países adoptantes actúan como agentes de los padres que buscan adoptar en Haití. Partiendo del supuesto de que el menor estará en mejor situación en su futura familia, ponen todo su empeño para acelerar los procedimientos. Situación aún más grave vivió la adopción internacional durante el post sismo. De ella resultó la confusión entre menor adoptable y menor que tiene que ser salvado, entre la búsqueda de una nueva familia y la posesión de un menor.

Llegaron 318 menores haitianos al Aeropuerto de Orly, ubicado en las cercanías de París, el día 11 de febrero de 2010, en dos vuelos especiales. Fue el primero de los muchos grupos que dejaron Haití rumbo a Estados Unidos, Canadá y Europa Occidental y cuyos procesos de adopción fueron acelerados —a pesar de la oposición del Gobierno haitiano— en razón del terremoto.

El Tribunal de Cuentas francés reconoció que, durante el año 2010, aproximadamente 1.000 menores haitianos fueron adoptados y llegaron a Francia. En el mismo Informe, el Tribunal expresó que a pesar de que la Convención de Haya, ratificada

por París en 1998, prohíbe la adopción individual, la mayoría de las adopciones hechas en Haití fueron hechas por un francés monoparental. Es una práctica recurrente que contraría frontalmente los intereses del adoptable y que infringe reglas internacionales.

La prensa presentó, tanto al Gobierno francés, como a los padres adoptivos como verdaderos héroes por, supuestamente, haber salvado tantas vidas. Sin embargo, psicólogos y psicoanalistas especializados en infancia apuntan los errores cometidos:

- a) *dossiers* médicos, psicológicos y sociales incompletos o poco confiables;
- b) los candidatos a adoptar son, en su mayoría, célibes (del 70 al 80%) o personas de edad avanzada, cuyas postulaciones habían sido rechazadas en procesos anteriores en otros países;
- c) ausencia de garantías jurídicas que aseguren el acuerdo formal de los padres naturales.

El conjunto de estas debilidades, además de aumentar el riesgo de tráfico de menores, dificultará la armonía necesaria del nuevo núcleo familiar del adoptado.

Terre des Hommes (*Tierra de los Hombres*), una de las organizaciones actuantes en la lucha para preservar los intereses y derechos de los adoptables, criticó severamente esas operaciones de urgencia. Manifestó que “la mayor parte de estos menores no dispone de una decisión judicial y no puede ser legalmente adoptada. La situación familiar no fue analizada por las autoridades haitianas y los menores no fueron preparados para dejar el país”.

De acuerdo con la responsable por la política de adopciones de esta organización, Marlène Hofstetter, “eso que Francia

se ha permitido hacer es escandaloso... se confunde humanitario con adopción”.⁸⁹

Dos lógicas son confrontadas: la de la intervención humanitaria, que exige rapidez, y la de la construcción filial que exige tiempo. Al fundirlas, los países adoptantes crearon una situación que tendrá consecuencias negativas en el futuro, tanto para los adoptados como para sus familias.

Excepto algunos episodios, la vida retomaba un mínimo de normalidad. Una mañana salía del edificio, como siempre conduciendo la camioneta de trabajo, pues tenía agendada una reunión en la sede de la OEA con la Ministra Carmen Lucia, del Supremo Tribunal Federal —STF de Brasil—, que concluía una visita de trabajo a Haití. Aún me encontraba en *Juvénat* cuando sentí una fuerte sacudida acompañada por un estruendo. No noté nada e intenté identificar algo próximo con la mirada. Luego me asaltó la idea de un atentado, lo que contrariaba completamente mi tesis sobre la crisis haitiana.

Después de detener el vehículo, observé dos personas del otro lado de la vereda que miraban hacia arriba y hacían gestos. Bajé y constaté con estupor la escena: un poste de madera de la red eléctrica cuyos cables enredados y sin cobertura estaban quemándose desde la víspera, se había roto exactamente por el medio. La parte superior del poste giró y se inclinó, como si fuese una lanza, sobre el parabrisas de la camioneta, en el exacto instante en que transitaba por el lugar, por increíble que parezca.

Tranquilizado, luego del susto, solicité la presencia de los Servicios responsables que cortaron la electricidad. Cuando volví, al final de la tarde, el fuego seguía consumiendo los dos

⁸⁹ En *Le Temps*, Ginebra, 24 de diciembre de 2004. Sobre la situación de los adoptados por Estados Unidos consultar Ginger Thompson: “After Haiti Quake, the Chaos of U. S. Adoptions”, *New York Times*, 3 de agosto de 2010.

pedazos de poste. Comunicué a los Servicios de Electricidad la situación y me informaron que ya habían cumplido con su obligación. Con una lógica desarmante declararon que “apagar incendios es el trabajo de los bomberos”.

El singular episodio ilustra bien el grado de irresponsabilidad colectiva que se había adueñado de la sociedad haitiana. Un simple recipiente con agua traído por iniciativa de un particular o de un vecino era algo imposible de imaginar.

Al día siguiente, se mantenían la misma situación y la misma escena. Solamente la lluvia de la noche apagó el pequeño incendio. Decepcionado con la actitud de todos, confirmé mis sospechas de que sin un cambio de mentalidad y de cultura no llegaríamos a ninguna parte.

En las primeras horas que sucedieron al terremoto, los hospitales y centros de salud que no habían sido completamente destruidos se llenaron con miles de personas que traían heridos. Pronto quedaron ocupados por gente afectada con los más diversos grados de lesiones; salas de cirugía, cuartos, pasillos, patios, jardines y estacionamientos.

Muchos cirujanos extranjeros llegaron al Puerto que no era más el principesco, pero sí el de la desgracia, el de increíble sufrimiento. La mayoría de las cirugías eran realizadas sin las mínimas condiciones de higiene, a veces sin anestesia y muchas terminaron en amputaciones y muerte.

Los cirujanos describieron las lágrimas, la sangre, los olores, los gritos, el polvo, el calor sofocante, los cadáveres apilados al lado de la mesa de operaciones y la muerte, todo lo que marcó los primeros días. Algunos de los relatos son potentes y sus autores reconocen que quedaron para siempre marcados por los acontecimientos y dramas de estos terribles días.

La decisión, impuesta por las dramáticas circunstancias, era lo más difícil. Constantemente, los médicos convivían con la

duda entre intentar salvar una pierna gangrenada y la amputación. Los cirujanos operaban en una situación mucho peor que la de una guerra. Para ésta todo o casi todo estaba planeado. Para la haitiana, nada.

Como ocurre en circunstancias excepcionales, la naturaleza humana acompaña *pari passu* a veces lo sublime, a veces lo horroroso. Dos semanas después del sismo se escucharon murmullos provenientes de los escombros. Luego de 18 horas de una lucha frenética y cuidadosa, fue retirada con vida y sin ninguna lesión o herida la niña Darlène. Ella se transformó en el símbolo de la lucha por la vida del pueblo haitiano.

Entre los escasos hospitales en que predominaba la ausencia de ruidos y que mantenían excelentes condiciones de atención, se encontraba el Hospital de la MINUSTAH, bajo responsabilidad de los militares argentinos, cerca del aeropuerto. Durante la noche que sucedió al sismo centenares de familiares haitianos llevaron sus heridos con la esperanza de recibir una atención de primeros auxilios. Fueron sorprendidos por portones herméticamente cerrados. No porque estuviese lleno. Al contrario. Había lugares y disponibilidad. Sin embargo, su dirección y sus profesionales prefirieron seguir las confortables reglas administrativas que impedían acoger haitianos y renegaron del juramento de Hipócrates.

El edificio del hospital de la MINUSTAH estaba cercado por un alto muro y su entrada protegida por militares armados. Estos rechazaban cualquier intento de aproximación y amenazaban con sus armas a los que insistían. Tal actitud desvirtuaba lo que se entiende debe ser una casa de salud: un lugar acogedor franqueado a todos que necesiten alivio y auxilio.

Ya no parecía un hospital sino una fortaleza inexpugnable, cuyos responsables tenían el extraño poder de elegir quiénes podían entrar y quiénes no. La injusticia de la situación conmueve

en cualquier circunstancia. ¿Qué decir entonces en la situación de calamidad y excepcionalidad que dominaba la región metropolitana de Puerto Príncipe cuando 300.000 heridos esperaban socorro médico?

Los ocupantes del Hospital de la MINUSTAH se mantuvieron sordos a los lamentos, clamores, súplicas, rezos y llantos de un pueblo que sangraba mortificado y, como recurso final, cercaba el establecimiento. En la espera que se prolongaba, murió gente herida. Entretanto, nada ni nadie logró sacudir la confortable e impactante indiferencia de los médicos militares. La desesperación se adueñó de la masa humana que extendía los brazos con sus familiares heridos en la esperanza de que la simple vista del panorama apocalíptico ablandase los corazones endurecidos de los guardianes.

No había solución al pánico producido por la perspectiva de una muerte cierta. Así, no fueron pocos los desesperados padres y madres haitianos que tomaron una dramática y dolorosa decisión. Improvisando una especie de escalera con cajones, arrojaban a sus hijos heridos por encima de la pared de protección que circundaba el hospital. Último intento para salvar sus vidas. Solo así había esperanza de que se atendiese a aquel ser sufriente.

Posteriormente, fruto del doloroso episodio, el mencionado hospital cambió la regla y pasó a admitir también a pacientes, familiares de los funcionarios haitianos de la MINUSTAH. Triste consuelo.

Cuando uno de los más importantes graduados militares extranjeros de la MINUSTAH supo que el Hotel Montana se había desmoronado, lugar donde se encontraba su esposa, ordenó lo que todos los extranjeros con posición de mando habían hecho: enviar a los militares bajo su responsabilidad para rescatar, antes que cualquiera, a sus propios compatriotas.

Todavía, como veremos, había una p erfida especificidad en este caso.

Con linternas, intentando penetrar en el peligroso laberinto de los escombros, los militares avanzaban penosamente. A cada instante paraban. Hacían silencio. Entonces el comandante del grupo gritaba: “ Hay una señora chilena acá?”.

Solamente el lúgubre y empolvado silencio respondía. El ritual se repitió varias veces a lo largo de la búsqueda entre escombros inestables. Luego de algunas horas de excavaciones inútiles y dispuestos a darlas por terminadas, los militares se dirigen a la parte externa del Hotel donde hacía poco se había construido un pequeño Centro Comercial (*Village Montana*). A pesar de ser un edificio diseñado respetando las normas sísmicas, también él se había derrumbado.

El comandante del grupo retomó el ejercicio: caminata, silencio, indagación. Cuando menos esperaban, finalmente una voz femenina contest  en español: “Sí. Soy chilena. Estoy acá bajo los escombros”.

De nuevo se hizo el silencio. Pasaron algunos segundos que parecieron una eternidad. Entonces el jefe de los socorristas pregunt  nuevamente cambiando el contenido de la pregunta: “ C mo te llamas?”. La voz contest : “María Isabel”.

Se escuch  una breve confabulación. Luego, pasos resonaron de nuevo. María Isabel not  que el grupo se aproximaba al lugar donde estaba. Apretada por el concreto, con el ojo derecho cerrado por una herida, le informaron de que el grupo de rescate buscaba a una persona específica. Aunque chilena, ella no podría recibir socorro. Los militares deberían proseguir buscando a la víctima correcta.

María Isabel aparentemente entendió la situación. Solicit , entonces, que le hiciesen un favor. Consigu  a duras penas anotar dos números telefónicos de Santiago de Chile y

de París. Imploró que avisaran a sus hijos que ella estaba viva. Los militares tomaron el mensaje y se fueron.

Volvió el silencio. Distante surgió nuevamente la voz del comandante que proseguía con su angustiante indagación: “¿Hay una señora chilena acá?”.

La chilena María Isabel Moreno buscó refugio en Haití, que debería ser provisorio, cuando el golpe militar de 1973 que derrocó la democracia chilena. Se enamoró del país y de su pueblo. Decidió asilarse en la isla y nunca más la dejó. Fundó una galería de Arte haitiana y recientemente había abierto una pequeña filial en el *Village Montana*. Ahora estaba ella, bajo los escombros, en espera de una salvación improbable por los mismos militares que la obligaron a dejar su Chile natal.

Durante veinte largas horas María Isabel esperó ser rescatada. Finalmente salió viva de los escombros. Así ella pudo narrar su increíble y reveladora odisea. El cuerpo de la chilena buscada fue encontrado solamente nueve días más tarde. No estaba descompuesto. Lo que indica que padeció un calvario durante varios días. Por poco no se realizó un milagro.

Cierta mañana la ciudad devastada fue sorprendida por la llegada de un inesperado visitante. Aprovechándose de la oscuridad, un lujoso transatlántico había maniobrado y ahora estaba anclado en la bahía de Puerto Príncipe, a pocos metros del muelle destruido. Surgieron interpretaciones diversas. ¿La hecatombe sería parte de un nuevo paquete turístico? ¿No bastaba que sus cielos fuesen constantemente cruzados por la mórbida curiosidad de *jet sets* internacionales? ¿El mar tendría idéntico destino? La bandera de la República Bolivariana de Venezuela que identificaba la nacionalidad del barco adicionaba misterio.

Finalmente, luego de inútiles esfuerzos intentando ocultar lo que era imposible, con disgusto la MINUSTAH reconoció

haber alquilado el barco venezolano *Ola Esmeralda* para servir de hotel flotante a sus funcionarios civiles. Ellos dispondrían de todo el confort ofrecido por un crucero internacional, así como la seguridad contra eventuales réplicas. Raras veces el impactante contraste entre los poseedores y los desposeídos, entre los asistidos y sus supuestos bienhechores, entre los haitianos y extranjeros, alcanzó tanta nitidez.

Pocos días después se realizó la primera de las muchas reuniones internacionales destinadas a recolectar y coordinar la ayuda internacional. Fue organizada en el Palacio Presidencial por Leonel Fernández en Santo Domingo. Era una forma de subrayar la extraordinaria actuación del gobierno y del pueblo dominicano. Antes que nadie, fueron ellos los que acudieron a la cabecera del enfermo haitiano. Siglos de desavenencias e incomprendimientos parecían ser barridas como hojas muertas por la brisa de la solidaridad insular.

En su deseo de colaborar en lo que fuese posible, Leonel Fernández anunció varias iniciativas. Entre ellas, que militares de su país podían integrar la fuerza de paz de las Naciones Unidas en Haití. Tanto el embajador dominicano, Rubén Silié, como yo mismo, hicimos ver que la presencia de fuerzas armadas dominicanas en Haití, aún bajo la bandera de la ONU, provocaría críticas, incomprendimientos y resentimientos fácilmente explicables por la turbulenta historia de La Española. Pronto la pretensión de Fernández fue desechada.

De todos modos, la reunión sirvió para demostrar que Haití no sería abandonado a su propia suerte en la hercúlea tarea de limpieza de los escombros que urgía y en la reconstrucción que se avecinaba. Para ello dos providencias eran necesarias.

La primera fue la adopción, en abril de 2010, de una Ley de Emergencia concediendo amplios poderes al Ejecutivo por un plazo de 180 días renovables. A pesar de la desconfianza

generalizada por posibles abusos, el Presidente Préval se portó con moderación y la utilizó únicamente para defender el interés público, en caso de desapropiaciones. Sin embargo, su intención de reconstruir completamente el centro de Puerto Príncipe, impidiendo el ejercicio de propiedad de influyentes comerciantes, no solamente sufrió férrea oposición como también paralizó, hasta mediados de 2012 cuando fue oficialmente abandonada por Martelly, cualquier operación en la neurálgica y valorizada región.

En el ocaso de su gobierno, Préval disponía de una maqueta de cómo debería ser el nuevo centro de Puerto Príncipe, ocupada esencialmente por edificios públicos, hoteles, plazas, zonas comerciales y calles peatonales. Planificada rigurosamente, estaba a años luz de la algarabía caótica que siempre la caracterizó. A todos los que recibía, Préval explicaba con entusiasmo como sería la vida en la renovada capital. Inútil pretensión. Instigada por los detentores del poder económico de Haití, la Comunidad Internacional hacía oídos de mercader, jamás tomando en serio el proyecto, y no concediendo ningún aliciente para su implantación. Únicamente Francia se apresura y se ofrece para reconstruir el Palacio Nacional tal como fuera antes de destruido. Simple engaño nunca concretado.

La segunda iniciativa proviene de la eterna desconfianza cuando se trata de cooperar con Haití. Era indispensable precaverse contra sus dos principales males: la corrupción y la crónica incapacidad administrativa. Así surge la *Comisión Provisoria para la Reconstrucción de Haití* (CIRH).

CAPÍTULO VII

LA CIRH: LA CRISIS EN EL INTERIOR DEL DRAMA

Como comunidad, la especie humana es un desastre.

JOSÉ SARAMAGO

Comparado a otras catástrofes naturales y teniendo en cuenta el número de habitantes, de víctimas fatales, de heridos y el Producto Interno Bruto (PIB) *per cápita*, el sismo haitiano constituye el desastre natural más arrasador de la era moderna.

El terremoto impactó el corazón de Haití, puesto que en la región metropolitana de Puerto Príncipe se concentra el 65% de las actividades económicas, siendo responsable también por el 85% de los ingresos fiscales. El país perdió en 35 segundos el equivalente al 120% de su Producto Interno Bruto, y el Estado, un tercio de sus funcionarios.

Sin mencionar la destrucción de los archivos públicos, que constituyen una memoria institucional y administrativa indispensable para la acción estatal; Haití transitó, por tanto, de una situación de cuasi Estado a la de ausencia de Estado.

En este contexto extremo, fue creada la Comisión Provisoria para la Reconstrucción de Haití (CIRH) y, con ella, un primer riesgo: el de sustituir definitivamente un Estado inexistente.

La CIRH nació formalmente a través de la Ley de Emergencia, en abril de 2010, con duración prevista de 18 meses. Su

principal función consistía en drenar todos los recursos puestos a disposición por la CI y administrarlos de manera transparente, eficaz y coherente. La Comisión se compuso por un grupo de treinta personalidades divididas paritariamente entre haitianos y extranjeros. Estos representaron a Estados o grupos de Estados, que se comprometiesen con donaciones de un mínimo de 250 millones de dólares, organizaciones internacionales volcadas al desarrollo (Banco Mundial, BID, FMI) y organismos regionales (OEA, CARICOM). Además, evidentemente, de la fuerte presencia del sistema de las Naciones Unidas.

Legitimado por la concesión de una ayuda inicial de 200 millones de dólares enseguida después del sismo, Brasil era el único país latinoamericano que integró la CIRH. La promesa de auxilio alcanzó 340 millones de dólares cuando la Conferencia de Donantes de Nueva York. De hecho, Brasilia realiza un esfuerzo sin precedentes, aún más si consideramos que se trata de un país en desarrollo. Jamás, en nuestra historia, habíamos concedido tal monto a un país víctima de una catástrofe natural.

Los integrantes haitianos provenían del Ejecutivo, de la diáspora, de movimientos sociales y de organismos no gubernamentales. La copresidencia era ejercida por el primer ministro Jean-Max Bellerive y por el expresidente de Estados Unidos, William Jefferson Clinton (Bill), recién nombrado Enviado Especial del Secretario General de la ONU para la Reconstrucción de Haití. La Secretaría Ejecutiva en Puerto Príncipe estaba a cargo del economista Gabriel Verret, en aquel momento consejero económico de Préval y anteriormente funcionario de la USAID. Además, había una Secretaría informal en Nueva York, integrada por colaboradores de la Fundación *Clinton Global Initiative*. Para fungir como enlace entre las dos estructuras, fue nombrado el arquitecto y político Leslie Voltaire. Se nota,

por lo pronto, el papel fundamental, tanto de Bill Clinton, como de Estados Unidos. Estos intereses cruzados impregnarán las actividades de la Comisión y provocarán innumerables discusiones, desconfianzas e ineficiencia.

Cuando en la Conferencia de Donantes a Haití, reunida en Nueva York, en marzo de 2010, se anunció un paquete de promesas financieras que alcanzaban la impresionante suma de 11.000 millones de dólares para los próximos cinco años, todas las miradas se vuelcan a la CIRH. Tanto la de los bien intencionados como la de aquellos sedientos de negocios.

La CIRH se inspiró en el modelo utilizado cuando el *tsunami* de Aceh, en Indonesia. Pero, al contrario de éste, ella no administra recursos financieros ni siquiera programa su aplicación. La CIRH, por tanto, no construye ninguna infraestructura y no orienta las acciones gubernamentales. De hecho, se trata de un espacio de diálogo, generador de confianza, garantía de transparencia y de coherencia. Sirve igualmente para llamar la atención de los Donantes sobre eventuales promesas no cumplidas.

Los proyectos deben recibir expresa autorización del Ministro de Tutela antes de ser analizados por la CIRH. Él es quien los encamina. Fue el mecanismo práctico encontrado para reforzar la capacidad operativa del Estado haitiano. Además del *nihil obstat* ministerial, al final del largo itinerario procesual, está la indispensable anuencia presidencial, sin la cual ninguna decisión emanada de la CIRH puede efectuarse.

Todos los integrantes de la CIRH fueron nombrados por Decreto Presidencial firmado por Préval, siguiendo sugerencia de sus respectivos gobiernos u organizaciones internacionales. Ese fue mi caso. No sin dificultades. El batavo-surinamés Albert Ramdin pretendía el puesto, ya que de la Comisión emanaba una supuesta aura, gracias a la presencia de Bill Clinton. Mi contendiente propuso incluso que representaría a la OEA,

viniendo especialmente de Washington, únicamente a las reuniones presididas por Bill Clinton. En las demás, yo podría participar en calidad de representante alterno. El desvergonzado competidor travestido con insólita argumentación, me obligó a radicalizar mi posición: o sería el representante de la OEA o que no contasen conmigo para ningún asunto vinculado a la CIRH. Vencí la prueba de fuerza, consciente de que a partir de ella el segundo en la jerarquía de la OEA haría todo lo posible para obstaculizar mi trabajo en Haití.

Fue la primera y única oportunidad en que trabajé con el expresidente de Estados Unidos. Artista de la comunicación, hombre *charmant* que parecía sincero en su dedicación a la causa haitiana, Bill Clinton brillaba con todas las luces. A pesar de no expresarse en francés —lengua de trabajo de la CIRH— él introducía temas, hacía sugerencias —pronto acatadas— y, con bondad, intermediaba en conflictos y sacaba conclusiones rápidamente. Secundado eficientemente por Jean-Max Bellerive a quien incumbían las explicaciones técnicas y las respuestas, a veces rudas y las indagaciones impertinentes, el dúo se esforzaba en afinar a una orquesta a la que todo conducía a producir cacofonía.

En los intervalos de las sesiones observaba intrigado que muchos colegas, sobre todo mujeres y a veces embajadoras, bajo cualquier pretexto, se aproximaban sonrientes a Clinton. Luego de un intercambio rápido de gentilezas, pude entender lo que se buscaba. Pronto surgía alguien, de antemano preparado, y fotografiaba a los personajes. Mientras Clinton se despedía divertido, sus interlocutores relámpagos se iban más sonrientes aún, exhibiendo a todos su trofeo.

En éstas y en otras oportunidades confirmaba el visible e indesmentible interés de Clinton por los dramas haitianos. ¿Cómo llegó a eso? ¿Es una bendición o una maldición? Bajo

cualquier hipótesis, la pareja más poderosa e influyente de la política internacional de los últimos 30 años es, igualmente, actor incuestionable de la política haitiana.

Todo comenzó cuando Hillary Diane Rodham y William Jefferson Clinton se casaron el 11 de octubre de 1975. Al contrario de lo que reza la leyenda difundida por los propios interesados, la luna de miel no fue un viaje a Haití, sino a Acapulco, México. Al retornar a Estados Unidos, Bill e Hillary Clinton reciben la invitación de David Edwards —amigo y ejecutivo del *Citibank*— para acompañarlo a Haití. La motivación de Edwards en aproximar Clinton a Haití no era cultural, ni siquiera humanitaria.

El *Citibank* detenta intereses financieros de larga duración en Haití. En 1909, el *National City Bank of New York* (Citibank) adquiere la mayoría de las acciones del *Banque Nationale d'Haiti* (BNH), que se encontraba en manos francesas y que, desde 1880, detentaba el poder de emitir papel-moneda y ser la caja central del Tesoro Nacional haitiano. En 1914, Roger Leslie Farnham, encargado de la región del Caribe en el *Citibank* presionó al secretario de Estado William Jennings Bryan para que Washington interviniese militarmente en Haití a fin de proteger los intereses norteamericanos. Al año siguiente, se inició el primero de los 17 años de ocupación del país.⁹⁰

El *Citibank* poseía en su portafolio importantes títulos de la deuda externa haitiana y un futuro apoyo en el Congreso de Estados Unidos podría facilitar las turbulentas negociaciones con las autoridades haitianas. Disponiendo de tiempo, puesto que la joven promesa demócrata había sido derrotada en las

⁹⁰ Peter James Hudson: “On Citigroup’s anniversary, don’t forget its brutal past”, en *The Miami Herald*, 18 de junio de 2012.

recientes elecciones, Bill Clinton decidió aceptar la invitación del *Citibank*.

En sus memorias, publicadas en 2004, Clinton comete un desliz y anuncia una media verdad. Según él, David Edwards

“dijo que tenía suficientes millas de viajero frecuente acumuladas para pagar nuestros pasajes y quería darnos este viaje como regalo de boda. Poco después de una semana de haber vuelto de México, estábamos viajando afuera de nuevamente”.⁹¹

Sin embargo, la época del pago de pasajes aéreos a través de la modalidad de acumulación de millas ni siquiera existía aún. ¿Por qué entonces mencionarla? La incomodidad de Clinton en revelar que su dedicación a Haití no está desprovista de cálculos de intereses, lo obliga a ejercer la hipocresía en algunos de sus matices como, por ejemplo, las medias verdades. Estas impregnarán, por décadas, sus relaciones con la isla caribeña.

El viaje se hizo en diciembre del mismo año. La joven pareja hizo lo que algunos artistas y excéntricos personajes solían hacer a lo largo de la década de los años 70: conocer los magníficos paisajes haitianos, su capital de aspecto provinciano, que abrigaba una arquitectura victoriana estilo *Gingerbread*, su maravilloso arte *naïf* y la fuerza de su misterioso *vudú*. Además, la exótica República era habitada “por ¡negros que hablan francés!” según la racista observación del entonces secretario de Estado del presidente Woodrow Wilson, William Jennings Bryan. Como corolario, Haití ya ostentaba el indeseado título de país más pobre del Continente.

No escapa a nadie el hecho de que la invitación de Edwards tenía una clara intención: conseguir la simpatía de Bill para

⁹¹ *My Life*, editado por Alfred A. Knopf, New York, 2004, p. 236.

promover los intereses del *Citibank* en Haití. Él nunca imaginó involucrarse ampliamente con los Clinton, sobre todo a partir de los años 1990, cuando jugarán un rol político y económico de primera plana en los asuntos haitianos.

Además, el viaje también tuvo un resultado colateral inesperado. Ocurre que Haití despertó un inmenso interés intelectual en la joven pareja, que confesó haber “regresado fascinado” a Estados Unidos. Hillary Rodham resume bien el sentimiento contradictorio que se adueñó de ellos: volvimos, decían, “encantados y desesperados con Haití?”. A un punto tal que el país se transformó, según relata Bill, “en una obsesión familiar” que les dio la certeza de que tenían “una responsabilidad especial” con los haitianos.

Este Haití, al ocupar “un lugar especial en sus corazones”, propició también, en las largas décadas de convivencia, una importante colección de obras de arte que decora la residencia familiar de los Clinton. O sea, el *aedes Haitia* los había picado y transformado en apasionados militantes de los temas haitianos. La paradoja alcanza su límite cuando contraponemos la pasión avasallante y el interés constante de los Clinton a la indiferencia que impregna a los núcleos de poder internacional hacia la causa de Haití. Cuando se trata de la defensa de ésta, no es necesario buscar un actor internacional más importante que la pareja Clinton a lo largo de las tres últimas décadas. Mezclando pasiones, razones de Estado y negocios privados, la pareja Clinton puso a Haití como foco mayor del radar de su acción internacional.⁹²

⁹² Consultar el editorial de Pierre Raymond Dumas: “Bill Clinton et Haïti” en *Le Nouvelliste*, Puerto Príncipe, 9 de julio de 2010, en el cual el autor define a Clinton como “una especie de abogado de la causa (¿perdida?) haitiana, un embajador de shock, capaz de suscitar un interés en relación a los esfuerzos de la reconstrucción en Haïti, un agente de publicidad capaz de vender el

En rarísimas oportunidades, Hillary y Bill Clinton expresaron públicamente autocríticas o dudas sobre los resultados de sus aventuras haitianas. El 10 de marzo de 2010, convocado por la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos, finalmente Bill Clinton rompió el silencio y reconoció que no siempre actuó en defensa de los intereses haitianos:

“Desde 1981, los Estados Unidos siguen una política, que el año pasado empezamos a repensar, según la cuál, nosotros, los países ricos, que producimos una gran cantidad de alimentos, deberíamos vendérsela a los países pobres y aliviarlos del esfuerzo de producir sus propios alimentos, de manera que, gracias, a la generosidad, puedan saltar directamente a la era industrial. Pero esto no funcionó. Seguramente fue bueno para algunos de los hacendados de Arkansas, pero no funcionó. Fue un error. Fue un error del cual también formé parte. No estoy apuntando con el dedo a nadie. *Yo lo hice. Yo tengo que vivir cada día con las consecuencias de la pérdida de capacidad de producir una cosecha de arroz en Haití para alimentar a la gente, porque yo lo hice, nadie más*”.

El error cometido podría haber sido corregido inmediatamente. Préval había solicitado, luego del terremoto, que Washington sustituyese las donaciones *in natura* por recursos financieros, permitiendo así que la población adquiriese alimentos producidos localmente. El Gobierno norteamericano se opuso categóricamente y la agricultura haitiana permanece condenada.

Con la asunción de Martelly se reforzó la presencia de Bill Clinton. Además de todas las funciones ejercidas, se le agregó

producto haitiano a despecho de todo, contrariando las más diversas circunstancias desfavorables”.

la de Copresidente del *Consejo Consultivo Presidencial para el Desarrollo Económico e Inversiones (PACEGI)*. Instrumento mixto haitiano y extranjero, asesora a Martelly para la captación de inversiones privadas consideradas por las nuevas autoridades como esenciales para el desarrollo duradero. Su tarea es ruda, pues en el catálogo de 145 países evaluados, Haití se ubica en el 144^a lugar como destino preferencial para inversiones externas.

Cuando Obama llegó a la Casa Blanca, imaginé que el lugar de Haití sería privilegiado en su agenda externa. Estarían dialogando la única República negra construida por los esclavos en la historia de la humanidad, con el primer negro que preside una de las sociedades más traumatizadas por las oposiciones violentas de raza. Me equivoqué. Cuando la catástrofe del 12 de enero de 2010 mató a 300.000 personas y los desalojados ascendieron a las dos terceras partes de la población metropolitana, Obama no se planteó viajar a Puerto Príncipe. Pronto comprendí que Haití constituye el dominio reservado de los Clinton y que Obama no se involucrará en sus cuestiones.

Tanto la OEA como la CARICOM tenían derecho a voz pero no a voto en la CIRH. La razón era sencilla: teníamos intereses y proyectos en Haití, pero no éramos organizaciones con miras al desarrollo y no disponíamos de recursos financieros para eventuales donaciones.

Luego de constatar las ausencias injustificables en los trabajos de la CIRH de República Dominicana —vecina contigua de Haití y muy activa en el post sismo— así como la ausencia de Cuba —colaboradora incansable en las decisivas áreas de la salud y formación de recursos humanos—, decidí proponer que ambas fuesen invitadas en la condición de Estados Observadores.

Aunque no fuesen donadores de recursos nuevos, tal como preveía el Reglamento de la Comisión, me parecía injusto no

reconocer el gran esfuerzo de los dos vecinos, siendo ellos también países pobres. Más aún cuando la otra isla importante del Caribe estaba representada a través de la CARICOM, ya que su delegación era presidida por el ex primer ministro de Jamaica, Percival J. Patterson.

Cuba contaba con informaciones valiosas sobre el panorama sanitario Haitiano. Cuando el cólera golpeó el país ¿cómo tomar decisiones racionales para combatirlo descartando el conocimiento cubano? Lo que debería primar era el interés haitiano y no querellas y disputas de países dispuestos a cooperar con Haití bajo la condición de que se descartara a sus competidores como ocurría con demasiada frecuencia.⁹³

El Gobierno haitiano y los representantes diplomáticos latinoamericanos concordaban con la sugerencia. Por motivos obvios, Canadá y Estados Unidos se oponían. El representante de este último confesó que quizás aceptase la presencia dominicana. La cubana jamás. En actitud radical, desprovista de cualquier consideración racional y poco comprensible, el canadiense no concordaba con la presencia de ninguno de los dos Estados.

En la reunión siguiente de la CIRH, luego de reiterar la sugerencia de ingreso de los dos Estados caribeños y seguro de que la inmensa mayoría de los presentes concordaba con la propuesta, decidí solicitar que la cuestión fuese llevada a votación. Siguió un silencio lleno de apremio. Nadie osaba oponerse. Así, a través de la ausencia de votación, Cuba y la

⁹³ La primera brigada médica cubana llega a Haití el 4 de diciembre de 1998, bajo la primera Presidencia de René Préval. Desde entonces, miles de profesionales de la salud han cruzado el Canal de los Vientos para aportar asistencia médica a los habitantes de los rincones más abandonados de Haití. Consultar en Víctor Manuel Rodríguez Guevara: *Haití querido: colaboración médica cubana*, Editorial Pablo de la Torriente, Habana 2003, p.107.

República Dominicana ingresaron en la CIRH en condición de Estados Observadores.

En las reuniones posteriores pude disfrutar de la agradable sensación de ver juntos, en torno a una misma mesa, al expresidente Bill Clinton dialogando con el enviado especial de la isla de Fidel Castro. Me divertí cuando los temas entraron al debate y los nuevos integrantes, aprovechándose de la confusión reinante, hicieron uso de un derecho que no les cabía: el de votar. En aquel momento alcanzaba lo que pretendía: que Haití significara para las Américas el punto de encuentro de nuestros desencuentros.

Pero no todo eran flores. Al contrario. Frente al desconocimiento sobre sus atribuciones y funcionamiento, adicionadas a la gran expectativa que se creó con su surgimiento, agravada por su congénita incapacidad para comunicar, comenzaron a aparecer las primeras críticas a la inercia de la CIRH. A pesar de duplicar las donaciones externas a partir de mediados de 2010 —comparadas a igual período del año anterior— las urgencias eran de tal magnitud que, confrontadas a las acciones emprendidas, éstas parecían pocas y/o totalmente descoordinadas con las apremiantes necesidades y emergencias.

La región metropolitana está sofocada por ocho millones de metros cúbicos de escombros y ocupada por aproximadamente un millar de improvisados campamentos. La CIRH debería, por tanto, evacuar los residuos sólidos y reubicar espacialmente a los desalojados, antes de planificar su reconstrucción. Pronto se vio y se vivió la multiplicación de las propuestas, a veces disparatadas, para la refundación de Puerto Príncipe, junto a las escasas que se dedicaban a la limpieza de la ciudad. Los países y organizaciones donantes preferían financiar *el charme* de la reconstrucción, ignorando o aún despreciando

completamente a los proyectos que financiaban las indispensables obras preliminares.

En el interior de la CIRH el clima tampoco era ameno. Por dos razones. La primera proviene de la actitud de Bill Clinton. De modo reiterado y, para mí, sorprendente, muchas veces él colocaba proyectos en votación que, aunque de naturaleza diversa, provenían todos de la Fundación *Clinton Global Initiative*. Se me hacía una evidente confusión de funciones. Entretanto, como su Fundación aportaba los recursos financieros, nadie se atrevía a criticarlo abiertamente, excepto el representante de Francia. Con palabras vigorosas y cierta rispidez, Pierre Duquesne llamaba nuestra atención sobre la inusitada circunstancia. Para su disgusto, una vez concluida su diatriba, se pasaba a otro asunto, con la propuesta de Clinton debidamente aprobada.

La segunda importante fuente de tensión provenía de la bancada de representación haitiana. Los representantes de la diáspora, los mismos que —anótese—, hacían un viaje especial a Puerto Príncipe para las reuniones, criticaban al Secretario Ejecutivo, el también haitiano Gabriel Verret, con rudeza y a veces a los gritos, sobre la falta de informaciones previas y la inexistencia de agenda.

En cierta oportunidad, con ocasión de la única reunión de la CIRH realizada fuera de Puerto Príncipe, en un gran hotel de Santo Domingo, las discusiones fueron tan ásperas que tanto Bill Clinton como yo, en un intento de poner término al triste espectáculo, sugerimos que la parte haitiana resolviese sus diferencias en reuniones paralelas, al margen de la CIRH. En aquella ocasión, la presencia de la prensa haitiana se hizo eco del malestar que envolvía nuestro cónclave.

La insustentable situación perjudicó al Secretario Ejecutivo de la CIRH, Gabriel Verret, luego sustituido por Laura Graham

de la Fundación Clinton. De nuevo se repetía la mezcla de funciones, pues la única credencial de Laura consistía en ser persona de confianza de Bill Clinton. Con ninguna experiencia en desarrollo, en catástrofes naturales y en ayuda humanitaria, tanto Laura, como los demás jóvenes e inexpertos asesores de Clinton no estaban a la altura del desafío.

En abril de 2009, el Departamento de Estado bajo la batuta de Hillary Clinton, había decidido cambiar completamente la estrategia de cooperación de Estados Unidos en Haití. Supuestamente cansada con la falta de resultados concretos positivos, Hillary vincula la acción del Gobierno a la doctrina del *Smart Power* (Poder Inteligente) propuesta por la Fundación Clinton.

A partir de este momento, las soluciones se basarían únicamente en evidencias. La idea, según Cheryl Mills, jefa de gabinete de Hillary, consistía en lo siguiente: “si estamos poniendo la ayuda, tenemos que conocer los resultados van a obtenerse”⁹⁴.

El terremoto de enero de 2010 fue la oportunidad soñada para poner a prueba la nueva política.

Además de sus funciones, Mills fue nombrada responsable del *Despacho Haití* en el Departamento de Estado. Graduada por la *Stanford Law School*, gerente de oficio de la campaña electoral de 2008 y abogada defensora de Bill Clinton cuando el proceso de *impeachment* (*impugnación*), a pesar de no tener ninguna formación o experiencia en economía del desarrollo, “estaba decidida a encontrar una nueva manera de hacer las cosas que fuera más eficaz, tanto para los Estados Unidos, como para Haití”⁹⁵.

⁹⁴ Janet Reitman: “How the World Failed Haiti?”, *Rolling Stone*, 4 de agosto de 2011.

⁹⁵ *Ibidem*.

La idea consistía en transformar a Haití en un *Taiwán caribeño*: maquiladoras (zonas francas industriales), industria de vestimenta, turismo, *calls centers*, serían los nichos para explotar y que deberían orientar la nueva cooperación.

Haití y sus particularidades poco contaban. Más que esperanza, existe certeza de que los nativos pronto se doblegarán frente a los esquemas impuestos por los tecnócratas de la *Harvard Business School*. Haití deberá insertarse en los parámetros de la eficiencia capitalista: “¿Alcanzarlo será difícil?” “Sí”, declara Hillary Clinton con los ojos llorosos en una entrevista al *Miami Herald*; “¿Piensa que lo lograremos? Absolutamente, lo voy a lograr”⁹⁶.

El voluntarismo “amateur” de los Clinton parecía desprovisto de frenos y de sentido común al punto que Bill declaró, públicamente, en un discurso en Puerto Príncipe, que haría de Haití el primer país completamente *wi-fi* del planeta.

La crisis interna de la CIRH alcanzó su cúspide cuando la empresa de consultoría *Price, Waterhouse and Coopers (PwC)* —la que había organizado la licitación para elegir una institución encargada de velar por la transparencia en la aplicación de los recursos financieros vinculados a la CIRH— recibió autorización del Consejo de Administración para que ella misma participase en la licitación. Lo inusual adquiere aires tragicómicos y debería transformarse en escándalo cuando el resultado de

⁹⁶ *Ibidem*. El bien informado reportaje de Janet Reitman provocó gran revuelo en el Departamento de Estado y en la USAID. Buscando identificar y reprimir el “escape” de informaciones, hubo una cacería de brujas. Como era imposible identificar fuentes dentro del Gobierno norteamericano, optaron por un chivo expiatorio. Así, Clinton exigió y obtuvo la exoneración de Alice Blanchet —asistente de Jean-Max Bellerive— de la CIRH. Sin embargo, Alice Blanchet no disponía siquiera de una fracción de las revelaciones contenidas en el reportaje.

la licitación fue hecho público y la *PwC* declarada vencedora de la licitación, cuyos términos y condiciones ella misma había definido. Pero, como se trataba de Haití y de los intereses de Clinton, la flagrante incongruencia bañada en un perfume de escándalo ni siquiera fue criticada.

Un tema de fondo que dominó permanentemente nuestro trabajo fue el de encontrar solución a los centenares de miles de personas sin techo que vivían bajo lonas y plásticos en las calles y áreas verdes de la región metropolitana. Aunque un considerable número de ellos había abandonado Puerto Príncipe rápidamente después del sismo, de pronto volvieron, pues en la capital se concentraba la ayuda humanitaria. El desafío consistía en encontrar terrenos suficientemente amplios en los alrededores de Puerto Príncipe para iniciar la construcción de albergues, alojamientos y viviendas. Sin ellos, no había solución.

A pesar de que el terremoto afectó esencialmente el mundo urbano haitiano, encontramos en la región metropolitana de Puerto Príncipe prácticas de propiedad del suelo que dificultaron la reubicación de los sin techo.

En el Derecho Agrario consuetudinario haitiano hay una distinción nítida entre los bienes propios y los bienes adquiridos, tal como existía en la Europa medieval. Los primeros se consiguen a través de la herencia y los segundos por medio de adquisiciones. Los bienes adquiridos son completamente libres y sus propietarios pueden disponer de ellos como se les antoje. Pero, los bienes heredados no pueden ser vendidos sin el acuerdo de los miembros del linaje familiar que detentan el derecho de preferencia de compra. Los vecinos también pueden ejercerlo en la medida en que muchos suelen componer la amplia familia rural haitiana. En caso de matrimonio, las tierras del linaje pasan a pertenecer a la nueva pareja mientras vivan. Cuando fallecen, la propiedad de la tierra retorna al linaje.

Según su derecho consuetudinario, la sociedad familiar haitiana reposa sobre una comunidad diacrónica, que es indiferente al fallecimiento de uno de sus miembros dejando inalteradas tanto su personalidad como sus estructuras.

Cuando un miembro del linaje abandona las tierras, su derecho a la herencia se vuelve latente. O sea, solamente podrá ser ejercido cuando él retorne a ella. De hecho, el derecho establecido por el linaje no se constituye en un derecho de propiedad tal como es concebido en el sistema moderno. Es un derecho de uso y de explotación de la tierra. La propiedad permanece con la comunidad familiar.

El Derecho Romano introdujo las nociones de patrimonio y de sucesión en los países regidos por el Derecho positivado. El individualismo se afirma en desmedro del control de los parientes más próximos. En Haití perdura la coexistencia de los dos sistemas. El de sucesiones, en que la tierra adquiere un valor mercantil. Y el de linaje, materializado por la pertenencia a un “tipo de sociedad de familia para la cual la tierra, al representar el elemento concreto de cohesión social es, por definición, no susceptible de enajenación”⁹⁷.

Cada linaje posee un jefe, escogido por los demás miembros, que los representa frente al mundo exterior. Detentor de poder espiritual, ocupando la casa central del *lacon* —módulo circular residencial en forma de estrella de la aldea fortificada del campesino haitiano— él es el detentor de todos los títulos de propiedad y a él corresponde distribuir el derecho de uso de la tierra.

Cierta vez, visitando *l'Île a Vache*, ubicada en el sudoeste de Haití, frente a la ciudad de *Les Cayes*, fui a conocer un gran

⁹⁷ Consultar Andre-Marcel d'Ans: *Haití, paisaje y sociedad*, Editora Oriente, Santiago de Cuba, 2011, p. 263.

banco de arena donde los pescadores se instalaban en rústicas cabañas cubiertas por hojas de palmeras. Todos ellos residían en la ciudad y lo utilizaban, a lo largo de la semana, como punto de apoyo a su trabajo. Había aproximadamente treinta cabañas y vi que una aparentaba estar abandonada. Indagué a quién pertenecía. Entonces, alguien me contestó: “A usted, en caso de que usted viniese a vivir acá”.

El alboroto de los niños me impidió comprender el alcance antropológico de la respuesta. Solamente pensé que había encontrado el lugar idílico en caso de que quisiese retirarme del mundo.

La herencia, tal como fue concebida en el momento de la independencia, certifica la permanencia del catastro colonial en la memoria popular haitiana y constituye su legitimidad. Estas condiciones impidieron que el Estado haitiano se transformara en la entidad apta y reconocida para la legalización de la propiedad agraria. Siendo así, no existe catastro agrario en Haití. Los supuestos títulos de propiedad sobre un mismo bien se multiplican haciendo que “Haití tenga 28,000 km² de territorio y 100,000 km² de escrituras”, según la sabiduría popular.

Hay un evidente contraste provocado por el divorcio entre el Estado de hecho y el Estado de Derecho, entre el derecho de costumbres y el derecho formal. Cuando las Naciones Unidas, en nombre de la Comunidad Internacional, definen como una de sus más importantes prioridades en Haití el establecimiento del *Estado de Derecho*, deberían no referirse al derecho de propiedad rural. Este es inmutable, representando un elemento intrínseco de la cultura y de la Historia haitianas.

El derecho formal pudo sobreponerse al derecho de linaje tanto en las regiones urbanizadas de Haití como en sus alrededores. Entretanto, el mundo rural permanece bajo el dominio de un sistema consuetudinario anarco-democrático —anárquico

en el sentido de orden sin Estado y de paz sin violencia— que desafía la modernidad. En este sistema, ni el Estado o su sustituto, como ocurre muchas veces cuando actúa la Comunidad Internacional, logran imprimir su marca. Aquí imperan los valores tradicionales.

Le pregunté a un importante empresario haitiano, que actúa también en el área agrícola, sobre sus métodos para solucionar los conflictos de propiedad agraria. Me contestó, sin ambages, que se utilizan dos caminos y que ambos evitan la vía de las instituciones públicas. Por un lado, la persuasión a través de compensaciones financieras. Por el otro, la fuerza bruta.

El entrecruce de derechos contradictorios y legítimos constituye una fuente inagotable de conflictos y vuelve imposible elaborar siquiera un inventario o un diagnóstico de la situación inmobiliaria de Haití.

Tanto la OEA como el gobierno francés se disponían a implantar un catastro agrario moderno en Haití. Antes de convencer al Gobierno haitiano sobre la necesidad de la empresa, sería necesario definir quién haría qué. París envió varias delegaciones de técnicos a Puerto Príncipe. En una de las reuniones criticaron duramente el anteproyecto elaborado por la OEA que, según ellos, carecía de fundamentos, pues había sido realizado con el apoyo de técnicos canadienses de Montreal. Contesté que no estaba allí para discutir los perfiles técnicos del proyecto y tampoco me consideraba un “vendedor de proyectos”. El objetivo de la OEA era sencillo: ofrecer los mejores servicios posibles al Estado haitiano para que pudiese mediar en la compleja situación agraria del país.

A pesar de los recursos financieros y técnicos, así como su manifiesta influencia política sobre el Gobierno del presidente Martelly, Francia no logró llevar adelante su objetivo. Voces críticas en Puerto Príncipe denunciaron que el empeño

francés era motivado por la expectativa de hacer renacer de las cenizas del pasado los títulos de propiedad de la época colonial. Tal interpretación se propagó como reguero de pólvora a través del país y parece que enterró definitivamente la pretensión francesa.

En estas condiciones, cuando las autoridades gubernamentales y la CIRH intentaron encontrar espacios para instalar a los sin techo por el terremoto en las inmediaciones de Puerto Príncipe y de *Léogâne*, las características del sistema agrario haitiano demostraron su efectivo poder. No solamente las tierras pretendidas tenían múltiples propietarios formales sino también el derecho de linaje se afirmaba, volviendo la situación aún más compleja. Para cada nueva agrupación humana de personas sin techo, surgida luego de enero de 2010, fue necesario conjugar voluntad política, acciones policiales y recursos financieros. Y tiempo. Demasiado tiempo.

Frente al enredo, la representante de Estados Unidos, Cheryl Mills, propuso que la misma CIRH se dotase de autoridad notarial y pasase a emitir títulos de propiedad. Despreciando los fundamentos sociológicos e históricos de la sociedad haitiana, la emisaria de Washington pretendía imponer reglas contra las cuales se forjó la lucha por la independencia. Préval, a quien cabía la última palabra sobre las decisiones emanadas de la CIRH, se opuso con vigor y la pretensión fue abandonada. Como veremos posteriormente, Mills no lo perdonará.

La decisión de reubicar a los sin techo en áreas aledañas a Puerto Príncipe enfrentaba igualmente severas críticas. La experiencia del campo de *Corail Cesselesse* era un pésimo ejemplo. El Gobierno había declarado de utilidad pública y expropiado una amplia zona situada al norte de Puerto Príncipe en 2010, con el objetivo de alojar allí parte de los sin techo. Pronto sus espacios fueron invadidos. Finalmente, la construcción de las

casas pudo ser hecha. Sin embargo, al lado de ellas, surgieron nuevas aglomeraciones clandestinas que abrigan actualmente 200.000 personas. Lo que debería servir de modelo para la reconstrucción se transformó en la más grande *favela* de las Américas.

La buena voluntad gubernamental brasileña para colaborar con el desarrollo económico de Haití fue igualmente víctima del sistema agrario haitiano. En uno de sus primeros encuentros con Préval, Lula le pidió sin mucho preámbulo: “Préval, indíqueme un proyecto, tan solo uno, que considere fundamental para que Brasil pueda ofrecérselo a Haití”.

Préval no vaciló en contestar:

“La construcción de una represa hidroeléctrica en la región de Artibonite. Ello resolvería la falta de energía. Además, serviría también para controlar las constantes inundaciones y permitiría la agricultura irrigada. Este proyecto sería la redención de la región con el mayor potencial agrícola y marcaría el comienzo de la industrialización de Haití”.

No disponiendo de previsión presupuestaria, Lula tuvo que recurrir a improvisaciones, contorsionismos y a la buena voluntad de todos para elaborar el Proyecto Técnico y Financiero de la represa. Finalmente, los ingenieros militares lo auxiliaron y, luego de varias misiones a Haití, con costos bajísimos, se diseñó el soñado proyecto. Lo que parecía ser lo más difícil, Lula y sus colaboradores lo lograron.

Pero ellos no sabían que las dificultades mayores ni siquiera habían comenzado. Préval fue a la región de Artibonite para dialogar con los jefes de las *lacsous* y sus habitantes. La pérdida definitiva de sus tierras, a raíz de la futura formación del lago de la represa, bloqueó cualquier posibilidad de entendimiento. Los futuros habitantes del lago se opusieron radicalmente al

proyecto. A tal punto que Préval, en una de las últimas reuniones con Lula, al final del gobierno de éste, solicitó su intervención. Por increíble que parezca, Préval insistió para que Lula lo acompañase a *Artibonite* para dialogar con los agricultores y futuros vecinos del lago y convencerlos acerca de los beneficios de la obra y su importancia para la economía local y nacional. Lula, sensatamente, rehuyó la invitación. El derecho de linaje imperó una vez más.

Debilidad estatal, derecho de linaje y amateurismo imposibilitaron también la consecución del solitario proyecto bajo responsabilidad de una empresa brasileña. Hablo de la interrupción, a fines de 2012, de la construcción por la empresa brasileña OAS de la carretera entre la ciudad portuaria de *Les Cayes* y la abandonada *Jérémie* —localizadas en el sudoeste del país. Noventa kilómetros de asfalto atravesarían la estrecha franja de tierra y unirían los dos márgenes. Financiada por el BID y por Canadá, los trabajos fueron interrumpidos cuando se intensificaron las demandas de supuestos propietarios que venían a reclamar indemnizaciones por las expropiaciones de tierras en los márgenes de la autopista. Sobre un bien único, surgían certificaciones, escrituras y derechos de posesión.

Luego de acusaciones recíprocas entre el Gobierno haitiano y OAS y manifestaciones violentas de protesta —que provocaron víctimas fatales— por la interrupción de las obras, la OAS desistió de participar. Entonces lo asumió la empresa dominicana Estrella. Con experiencia de más de una década en obras de infraestructura en Haití, la Estrella se constituye en un caso aislado de éxito de empresa extranjera en el mercado haitiano. Su secreto surge de dos factores. Por un lado, se asoció con empresarios haitianos. Por otro, acude sistemáticamente a las autoridades locales y regionales para deslindar problemas de posesión de la tierra.

Aunque fundada en 1984, la Agencia Nacional de Registro de Tierras ONACA —encargada de legalizar y centralizar el catastro agrario haitiano— consigue registrar solamente el 5% de los 28.000 km² con que cuenta el país. Así, la casi totalidad de las tierras haitianas se encuentran en un limbo donde impera el linaje, la informalidad y, a veces, igualmente, la mala fe.

Luego de 18 meses de actividades y habiendo aprobado 87 proyectos, la CIRH no obtuvo la renovación de su mandato por el Parlamento haitiano. Murió de inanición el 21 de octubre de 2011, aunque el presidente Martelly aparentemente se haya esforzado para reencauzar la experiencia. Tampoco prosperó la idea de una Agencia haitiana para la Reconstrucción, prevista como una de las posibilidades para su sustitución. Finalmente, en setiembre de 2012, fue anunciada en Nueva York por el primer ministro haitiano la creación de un nuevo mecanismo de control sobre la liberación y la aplicación de las donaciones en sustitución de la CIRH. Al contrario de ésta, se trata de un simple departamento creado en el organigrama del Ministerio de Planificación y Cooperación Exterior con exclusiva representación haitiana. ¿Será él respetado por los donantes? El tiempo dirá.

A pesar de sus llamativas imperfecciones, la CIRH podría haber sido un instrumento innovador para el surgimiento de un mínimo de confianza entre los donantes y las autoridades haitianas. Su cierre marca la vuelta a un pasado que ha dado incontables ejemplos de corrupción, malversación de recursos públicos e incuria administrativa. Nuevamente la reconstrucción de Haití se volvió rehén de la pequeña política. Nada podría ser más nefasto para el futuro de su pueblo.

El descreimiento de Préval en las Instituciones y la estrategia de la Comunidad Internacional de enfrentar autoridades debilitadas que se dejan manipular fácilmente, equivalen al

encuentro “del hambre con las ganas de comer”. Ambas provocan la cristalización de una idéntica realidad: la debilidad del Estado Haitiano.

Aprovechándose de esta situación propicia, mancomunadas con los gobiernos del *Grupo de Países Amigos de Haití* y con las principales organizaciones públicas internacionales, florecen y se multiplican en el país las organizaciones privadas internacionales. Fenómeno sin igual en los anales de la historia de ayuda al desarrollo.

CAPÍTULO VIII

¿HAITÍ O HAITONG?

*La ayuda es violenta, ciega, prepotente.
Un monstruo paternalista que barre todo a su paso.
Simula resolver los problemas que, de hecho, mantiene y agrava.*

RAOUL PECK, DIRECTOR DE “ASISTENCIA MORTAL”

Adicionadas a las tradicionales Organizaciones No-Gubernamentales de Alcance Transnacional —ONGAT— que hace mucho operan en Haití, el terremoto conduce a la tierra de Dessalines centenares de otras. Muchas sin experiencia afilan sus armas por primera vez en tierra haitiana. Otras nacen de los escombros de la región metropolitana de Puerto Príncipe y lanzan descarados llamamientos a donaciones supuestamente para Haití. Posteriormente envían personas al país en busca de aparente justificación. A partir de ahí entran en la disputa por conquistar su espacio en el campo de batalla en que transformaron el país.

Hay numerosos relatos sobre las aventuras de estas organizaciones y de las desventuras de Haití, que surgen de la llegada masiva de la supuesta ayuda de las ONGAT. Por ejemplo, pequeñas instituciones caritativas privadas haitianas son compradas por instituciones extranjeras, que pueden entonces justificar el trabajo de aquellas como si fuese suyo. Otras envían a alguien para hacer algunas tomas fotográficas, una rápida distribución de alimentos en un barrio pobre y ya está reunido el

material necesario para la publicidad que deberá justificar las donaciones.

Además de éstas, llegan empresarios, aventureros, inventores, el rosario de proyectos de casas es atemorizante. El ex-presidente Clinton decía que se negaba a recibir personas que pretendían presentar proyectos de viviendas. Si no hubiese procedido así, tendría todo su tiempo ocupado por la cola interminable de audiencias.

Cuando la Comunidad Internacional promete en la Conferencia de Nueva York, en marzo de 2010, destinar 11.000 millones de dólares en los próximos cinco años a Haití, la hipotética montaña verde se transforma en el blanco de una carrera que despierta aún más el apetito de muchos. Algunos viajaban a Puerto Príncipe con la intención de auxiliar. Pero, la mayoría estaba compuesta por aprovechadores de la desgracia ajena que actuaban como cuervos atraídos por el olor de la muerte y la agonía de los haitianos.

El Ministerio de Planificación haitiano dispone de un banco de datos con informaciones sobre las supuestas organizaciones no-gubernamentales que actúan en el país, sean nacionales o extranjeras. Subráyese que se trata de un simple registro. En él constan informaciones tales como los nombres y siglas de la institución, dirección, responsable, áreas y región de actuación, número de inscripción, fecha de reconocimiento y publicación en el *Moniteur* (Diario Oficial). No existe ninguna imposición o exigencia de autorización para su funcionamiento, de rendición de cuentas de sus actividades, declaración sobre la recepción de recursos financieros y su utilización. Entretanto, a pesar de la inexistencia de control público, estas organizaciones se benefician de exenciones fiscales y pago de tributos. Así se presentan las ONGs por su origen.

FIGURA 9 - REGISTRO DE LAS ONGS EN HAITÍ (2009)

País de origen	Cantidad
Haití	131
Estados Unidos	57
Francia	19
Canadá	15
España	6
Suiza	6
Alemania	2
Gran Bretaña	2
Italia	2
Bélgica	1
Holanda	1
Internacional	1
Total	243

Fuente: Haití, Ministerio de Planificación, 2009.

Más del 50% de las organizaciones no-gubernamentales debidamente registradas son haitianas. La mayoría de ellas se beneficia del financiamiento externo. El total del universo de las ONGs de alcance transnacional pertenece a los países industrializados. A pesar de la presencia de algunas instituciones latinoamericanas, entre ellas la brasileña *Viva Rio*, ninguna actúa de manera regular en Haití, según el Ministerio del Planificación de Haití.

La invasión avasallante de las ONGATs que sigue al terremoto alcanza niveles jamás imaginados. Así, la propia Secretaria de Estado Hillary Clinton indica en una entrevista, algunos meses después del sismo, que más de 10.000 organizaciones no-gubernamentales de alcance transnacional se encontraban

en actividad en Haití, lo que significa un incremento de esta presencia superior a 4.000% en un corto lapso de tiempo. Esta *oneigización* transforma a Haití en lo que muchos denominan desde luego como una verdadera República de las ONGATs.

En la urgencia post sismo, ONGATs tradicionales, dotadas de experiencia, medios financieros, independencia y credibilidad, fueron de gran utilidad. Esta fue tanto mayor puesto que la capacidad limitada de intervención del poder público haitiano había sido totalmente aniquilada por el sismo. De hecho, el Estado perdió el 30% de sus funcionarios con el sismo. Los más capacitados que sobrevivieron fueron atraídos por los altos salarios —de cinco a diez veces superiores a lo que recibían del Estado— ofrecidos por las ONGATs.

Tal fenómeno ocurrió también en el sistema de salud haitiano. Siendo 90% privado, sus hospitales fueron duramente afectados por el sismo. Pronto el personal de enfermería y médicos de nacionalidad haitiana fueron contratados por las ONGATs, que disponían de recursos financieros destinados a sus actividades en la zona metropolitana muchas veces superiores a lo que disponía el Ministerio de la Salud haitiano para el conjunto del país. Una vez vencido el periodo de emergencia y la consecuente partida de las ONGATs, el sistema de salud pública se encontraba en una situación de precariedad aún más pronunciada que antes del sismo.

Frente a un Estado otrora debilitado y que el terremoto se encargó de hacer desaparecer casi por completo, la ayuda de urgencia tenía como interlocución la propia realidad. Líneas directas fueron establecidas con las víctimas e incluso los responsables del sistema de las Naciones Unidas presentes en Haití no eran tomados en cuenta. Un verdadero pandemónium se generalizó, donde cada cual decidía de forma autónoma qué, cuándo y cómo hacer.

Lo más grave consistió en el hecho que una vez concluida la fase de urgencia, la coordinación seguía dejando mucho que desear y, sobre todo, proseguía el desgaste del Estado haitiano. Para que se tenga una idea de la dimensión de la privatización de la ayuda externa, que aparta sistemáticamente al Estado receptor, anotamos que:

- La ayuda externa a Haití se triplicó entre 2009 y 2010, pasando de 1,12 a 3,27 mil millones de US dólares.
- La ayuda bilateral y multilateral, que había alcanzado 130% de la receta bruta interna en 2009, saltó a 400% en 2010.
- De los 200 millones de US dólares liberados por la USAID para la reconstrucción hasta abril de 2010, solamente 2,5% habían sido dirigidos a empresas haitianas.
- Del financiamiento de ayuda de urgencia, el 99% no llegó a las instituciones públicas haitianas.

Hubo, sin sombra de dudas, un formidable incremento de la ayuda externa que debía ser compatible con el nivel de necesidades, aunque muy distante de lo que había sido prometido en distintas ocasiones. En las solemnes conferencias el mundo seducía con promesas de sumas fastuosas, jamás cumplidas. Aunque la frustración era grande, lo que efectivamente chocaba era el hecho de que el Estado haitiano fuera sistemática e intencionalmente descartado. Tal proceso de transferencia de recursos financieros estuvo marcado por una evidente sustitución del poder público por el privado y de los nacionales por los extranjeros.

En su optimista Informe oficial, presentado por Ban Ki-moon al Consejo de Seguridad de la ONU en octubre de 2012, se reconoce que de los supuestos 5.780 millones de dólares

aportados en el periodo 2010-2012 por los donadores bilaterales y multilaterales, algo menos del 10% (556 millones) fueron entregados al Gobierno haitiano. Vale decir que tanto las donaciones privadas nacionales como los recursos de origen público son utilizados por los gobiernos de los Estados donantes para cubrir los gastos de su propia intervención en Haití. Así, por ejemplo, más de 200 millones de dólares de donaciones privadas de los ciudadanos de Estados Unidos sirvieron para financiar el transporte y la permanencia de los soldados norteamericanos en Haití luego del terremoto.

Tradicionalmente, en Haití, el bien —bajo la forma de hospitales, escuelas y la ayuda humanitaria— es proveído por la iniciativa privada, mientras que el mal —la acción policial— es atribución del Estado. El terremoto volvió aún más profunda la terrible dicotomía.

Por su parte, aunque los recursos financieros liberados por la Comisión Provisoria para la Reconstrucción de Haití se condicionasen a que estos deberían reforzar prioritariamente la capacidad institucional haitiana, su gestión sufrió de mal similar. Así fueron distribuidos:

FIGURA 10 - RECURSOS FINANCIEROS LIBERADOS POR LA CIRH

Apoyo presupuestario	31%
Agencias multilaterales	28%
ONGATs	27%
Estado Haitiano	13%

Fuente: CIRH.

Un informe publicado por la *Disaster Accountability Project* (DAP) de Estados Unidos, al inicio de 2011, sobre las ONGATs norteamericanas activas en Haití, es revelador de la opacidad

con la cual operan. Tan solo 38 de las 196 ONGATs aceptaron contestar el cuestionario que la DAP les remitió. A pesar de que 35 de ellas indicaron que informan sobre sus actividades, tan solo 8 de las 196 publican en sus *sitios web* los datos en forma constante y transparente.

Las Organizaciones no-gubernamentales de alcance transnacional se autodefinen como instituciones benefactoras, sin fines lucrativos. Rafael Correa, presidente de Ecuador, suele ironizar con un juego de palabras. Según él, son “*instituciones con lucros sin fin*” y no, como pregonan, “sin fines de lucro”. Todavía, en el caso haitiano lo que más indigna es la absoluta falta de transparencia.

En nombre de la causa haitiana, en 2010, solamente en Estados Unidos, se reunió la astronómica suma de 2. 200 millones de dólares. Casi el 20% de esta suma fue utilizada por el Ministerio de la Defensa de Estados Unidos para financiar el inútil y agresivo desplazamiento de tropas cuando el terremoto. Podemos imaginar, sin mucho esfuerzo, cuánto recaudó el conjunto de las 196 ONGATs norteamericanas. Si se considera la recaudación de las organizaciones oriundas de los demás países es posible indicar, modestamente, que una suma superior a 5,000 millones de dólares fue reunida, a lo largo del año de 2010, en nombre de Haití. Sin embargo, solamente el 1% de este total transitó por las instancias gubernamentales haitianas.

En lo que dice respecto a Haití propiamente dicho, lo anunciado por los donadores —tanto públicos como privados— hizo que el país supuestamente recibiese un 8% de su Producto Interno Bruto en ayuda internacional. Como parámetro de comparación, Francia recibió anualmente con el Plan Marshall, a lo largo de tres años, después de la Segunda Guerra Mundial, algo equivalente al 2% de su PIB. Tal aporte sirvió para que

Francia se transformara en uno de los países que mejor resolvió sus problemas socioeconómicos.

Haití supuestamente recibió proporcionalmente cuatro veces más de lo que fue destinado a Francia. Sin embargo, a pesar de este monto, a lo largo de este período, el PIB de Haití disminuyó, la gran mayoría de los haitianos se empobreció, no hubo desarrollo económico en el país y la situación social se agravó.

El círculo se cierra con el discurso ideológico que justifica esta manera de proceder. Según este discurso, los traspasos de recursos se hacen a través de las ONGATs por una simple razón: el Estado haitiano sufre de una profunda y permanente corrupción. A veces se menciona la incapacidad estatal de gerenciamiento. Nada más lógico, por tanto, que esquivar la autoridad pública sin pensar que con la ausencia de un Estado estructurado y eficaz, ninguna sociedad humana se ha desarrollado más o menos bien en los tiempos modernos.

Ignorando las prioridades haitianas, manteniendo vínculos privilegiados con donadores privados y públicos y soslayando cualquier acompañamiento o control de su contabilidad, las ONGATs son bastante más que un Estado dentro del Estado. ¡En Haití ellas son el Estado! A tal punto llegaron las cosas que Yanick Lahens relata lo que le sucedió cuando hizo una visita a un campo de personas sin techo:

“Me pasó, a veces, antes del 12 de enero, que jóvenes pobres, cuando los encontraba por primera vez, me preguntaban cuál era mi nacionalidad. Pero, a la misma pregunta se sumó un matiz importante en el campamento del Pétiion-Ville Club:

—¿Eres americana?

—No.

—¿Eres de Martinica?

—No.
—¿Eres africana?
—No.
—Entonces ¿eres de la OXFAM?”

Luego de este revelador diálogo, Yanick concluye tristemente:

“Ni una vez el pequeño Samy, que ya cree que la Oxfam es un país, me preguntó si yo era haitiana. ¿Cómo recuperar nuestra soberanía si las fuerzas políticas que la reclaman con insistencia y a gritos, están hoy prácticamente ausentes de los campamentos y de los medios populares urbanos y rurales de nuestro país? Si las fuerzas económicas se contentan con migajas dispersas, si el Estado no hace ningún intento a gran escala para romper la desconfianza y emprender la amplia obra de reparación del tejido social hecho tiras. ¿Qué es lo que se quiere exactamente reconstruir con ese tejido social? Sigo sin saber”.

Esta manera de proceder —de las ONGATs, de las élites políticas y económicas, de los grandes Estados, supuestos donadores, y de los responsables del Estado haitiano— debe ser interpretada como un verdadero *complot* contra el pueblo, la soberanía y la autodeterminación haitiana. Hasta el momento presente, el delirio prosigue. Así, debemos concordar con Yanick, cuando ella constata, con amargura, que “*tomamos la copa de la vergüenza, con la cabeza baja, nada más*”.⁹⁸

Otro ejemplo de la ausencia de planificación fue el de la distribución de agua. Simplemente bombeada de la capa freática, centenas de millones de dólares fueron gastados para abastecer

⁹⁸ Yanick Lahens: op. cit., pp. 87-88.

a los sin techo. Indispensable sería la construcción de conductos, así como estaciones de tratamiento. Nada de eso fue realizado. Hoy nos conformamos con una capa freática empobrecida y el agua como un bien todavía más raro e inalcanzable para la mayoría de la población.

Hay también casos que revelan el desfase cultural y las incomprensiones que condenan al limbo proyectos incluso indispensables, elaborados con las mejores de las intenciones. Este es el caso de la necesaria reforestación. Llevado adelante por una ONGAT en una región rural del Este haitiano, los responsables constataban, al amanecer, que el terreno reforestado con brotes en la víspera, estaba nuevamente desierto. Luego de malogradas investigaciones, finalmente, los propios trabajadores haitianos reconocieron que una vez terminado el trabajo de la jornada, retornaban a la plantación durante la noche y arrancaban del suelo los brotes. Cuestionados sobre la razón de ese proceder, contestaron que no deseaban ver el trabajo acabado, pues eso representaría el fin del pago de sus salarios...

Un capítulo aparte involucra a muchas estrellas del mundo del espectáculo. Una larga lista con esas personalidades acudieron a Haití después del terremoto. Cantantes, actores de cine, personajes del mundo de la moda y escritores componen el grupo que busca recolectar fondos y, al mismo tiempo, mantener vivo el interés por los dramas haitianos. O sea, para que Haití permanezca en el radar de las preocupaciones mundiales.

La casi totalidad de esas acciones presenta poca eficacia. A veces, cabe preguntar ¿a quién beneficia más? ¿Al pueblo haitiano o a los supuestos benefactores en su permanente busca de notoriedad?

La excepción y, al mismo tiempo, símbolo de un compromiso profundo, bien intencionado y desinteresado, corre a cuenta del astro de Hollywood, Sean Penn. Tan pronto fue conocida la

dimensión de la catástrofe, Sean Penn se desplazó a Haití y creó la *J/P Haitian Relief Organization*. Herido por el *aedes Haitía*, Penn no solamente se responsabiliza por la manutención de uno de los principales campos de personas sin techo sino que también decidió armar una carpa en el mismo campamento y convivir con ellos. Ninguno de su medio lo imitó. A partir de entonces, todas las acciones y trabajos de Penn tenían un solo objetivo: ayudar a las víctimas a superar su situación

Penn se compromete personalmente, pone todos sus recursos financieros para la tarea y busca incesantemente socios. No hay cómo poner en duda, por un solo instante, la eficacia relativa y la sinceridad de propósitos de su principal responsable. En reconocimiento por el extraordinario desvelo con la causa haitiana, Penn fue condecorado por Préval y recibió de Martelly el título de *Embajador Itinerante*.

A mediados de agosto de 2012, su organización fue encargada de una tarea extraña: limpiar las ruinas del Palacio Nacional. Aunque se trate de una iniciativa voluntaria y sin costos para el Estado haitiano, no deja de simbolizar la incapacidad de Haití para asumir las mínimas responsabilidades que le incumben, como lamenta el periódico *Le Nouvelliste* en editorial:

“Entregar el Palacio Nacional a una ONG es todo un símbolo: 221 años después de la rebelión general de los esclavos, somos incapaces de demoler las ruinas de la casa de La Nación. ¡Qué demostración cabal de nuestra incompetencia!”⁹⁹.

La perennidad de la actuación de las ONGATs constituye su talón de Aquiles. Sean Penn parece indicar que él y su organización están dispuestos a echar raíces en suelo haitiano. Para

⁹⁹ Le Nouvelliste, 21 de agosto de 2012.

esto considera que, existiendo confianza, la cooperación entre el Gobierno de Haití, las Naciones Unidas y las ONGATs representan, según él, una “ventana mágica” capaz de resolver sus dilemas. Objetivo imposible, resultado de una visión corta y oportunista. Una vez más, Haití consigue transformar las mejores intenciones en un fracaso incuestionable. Sean Penn y su *angelicalismo* de izquierda son sus nuevas víctimas.

El propio jefe de la organización no-gubernamental Médicos Sin Fronteras (MSF) en Haití, Stefano Zannini, declaró, en enero de 2011, que había llegado el momento de dejar Haití. Indicando que 18.000 personas trabajaban para MSF en Haití y que había tratado 350.000 pacientes después del terremoto, Zannini planteó que otros personajes e instituciones interviesen en el proceso, “fundamentalmente el Gobierno haitiano”. Asimismo, puso en duda el número de hospitales y escuelas que deberían ser construidos con los recursos prometidos por la CI. ¿Serían suficientes? “Definitivamente, no”, contestó.

De los 450 millones de dólares destinados a Haití por la USAID en el periodo pos-terremoto, el 70% fue destinado a empresas privadas cuyas sedes se encuentran en la región metropolitana de Washington DC. Ocurre que el terremoto transporta a Haití los métodos fracasados en la reconstrucción de Irak y de Afganistán. Son empresas norteamericanas, con fines de lucro, financiadas por el Gobierno de Estados Unidos a través de fondos públicos y de donaciones.

Por su forma de actuar y su localización, esas empresas fueron acuñadas con la denominación poco recomendable de *beltway bandits* o “bandidos de la periferia”.

Según Stuart Bowen, Inspector Especial General para la Reconstrucción de Irak (SIGIR), fueron desperdiciados en la fracasada reconstrucción de Irak entre 6 a 8 mil millones de dólares mediante fraudes, abusos y otros actos de corrupción.

Se calcula que el 40% de la ayuda destinada a Afganistán retorna a los países donadores.

La ayuda exterior fue transformada en una actividad rentable dominada por profesionales cuyos objetivos guardan escasa o ninguna proximidad con los principios y preocupaciones del desarrollo social y económico. Desgraciadamente ese método está siendo aplicado en Haití, su nueva víctima.

Una auditoría realizada por la Fiscalía de la USAID, publicada el 26 de septiembre de 2012, concluyó afirmando la ausencia de transparencia en la gestión de los fondos destinados a Haití. Fueron confirmados grandes desajustes provocados por la corrupción, gastos inútiles y ausencia de resultados tangibles y sustentabilidad de los programas.

Entre las ocho recomendaciones hechas por la Fiscalía —criticando la actuación de la *Chemonics International*, principal beneficiaria de los recursos destinados a Haití—, la más importante se refiere a la necesidad de involucrar a las comunidades locales.

Todas las recomendaciones fueron aceptadas por Robert Jenkins, director de la USAID que, a su vez, prometió implementarlas. Todavía, previendo el surgimiento de esas críticas, aproximadamente 50 compañías de la industria de la ayuda con fines lucrativos fundaron en 2011 una asociación lobista —la *Coalition for International Development Companies*— que gastó 250 millones de dólares con el propósito de oponerse a las pretendidas reformas.

La exgobernadora general de Canadá, Michäelle Jean, de origen haitiano, es una de las raras voces de la Comunidad Internacional que propugna una profunda reformulación de estrategia. Hija de haitianos que abandonaron el país en 1968 a raíz de la dictadura de François Duvalier, Michäelle Jean llegó al Canadá cuando aún era una niña. Utiliza su brillante carrera

política, intelectual y profesional, para promover las justas causas de su patria de nacimiento y de sangre. Para ella,

“la caridad proviene del corazón, pero ocurre que, cuando está mal organizada, contribuye más a los problemas que a las soluciones. Haití es uno de esos países transformados en un amplio laboratorio de todas las experiencias, de todos los ensayos y de todos los errores de la máquina de la ayuda internacional, del despliegue de estrategias que jamás han dado nada, nada han producido ni nada han realizado verdaderamente durable, a pesar de los millones de dólares gastados desordenadamente, sin visión de largo plazo y en una total dispersión”¹⁰⁰.

El caso de la joven estudiante escocesa Nora Schenkel, que llegó al Haití en mayo de 2011, contratada por una organización no-gubernamental internacional como agente de desarrollo, es paradigmático. En un artículo publicado en *The New York Times*¹⁰¹, redactado con ingenua franqueza e inmensa sensibilidad, ella admite haber disfrutado de Haití y de lo que hacía. Pero, confiesa que luchó y, finalmente fue vencida, por la sensación de que su trabajo no producía los resultados esperados.

Al inicio de su trabajo en Haití, creía sinceramente que su trabajo iba a contribuir a mejorar la salud del pueblo haitiano. Admite, empero: “me sentía como una mentirosa, siento que pasaba mis días sentada en un escritorio con aire acondicionado, sin mucho que hacer”.

¹⁰⁰ En Le Nouvelliste. “¿Michaëlle Jean, Presidenta de Haití?” Puerto Príncipe, 25 de marzo de 2013.

¹⁰¹ Nora Schenkel: “I Came to Haiti to Do Good...” en *The New York Times*, 16 de mayo de 2013.

Con el pasar de los meses, creía cada vez menos en su trabajo. Intentaban convencerla para que no se fuera, pues “un año en Haití te da credenciales para el resto de tu vida”.

Finalmente, ella interrumpe su contrato y vuelve a sus estudios universitarios abandonando la prometedora carrera: “Yo todavía siento que fue la cosa más honesta que pude haber hecho por Haití. Porque la otra verdad es que yo no viviría en Puerto Príncipe si no fuera en aquella gran casa”.

Centenares de *Nora* están actualmente en Haití. Raras son las que tienen su conciencia.

Contrastando con el supuesto modelo de cooperación para el desarrollo impuesto por la Comunidad Internacional a Haití, dos países transitan caminos opuestos: Cuba y Venezuela. El primero, desprovisto de recursos financieros y pródigo en recursos humanos altamente calificados, implanta en 1998 un programa de salud familiar y de medicina de proximidad, que llega a los lugares más recónditos de Haití. La diplomacia médica cubana beneficia directamente al más humilde de los haitianos, intentando compensar así la fuga de cerebros en el área de la salud promovida por ciertos países occidentales, en particular Canadá.

A su vez, aunque reciente, la cooperación venezolana al desarrollo para Haití se afirma como un nuevo paradigma en la Cuenca del Caribe. Se basa en la siguiente trilogía: por un lado, Caracas escucha las reivindicaciones haitianas y se esfuerza para compatibilizar y adecuar su oferta con y a esas demandas. Por otro, nada será emprendido sin el conocimiento y previa concordancia de las Instituciones públicas y el Gobierno haitiano. En fin, la cooperación objetiva es traer beneficios directos al pueblo haitiano sin considerar las eventuales disonancias ideológicas con el Gobierno de turno en Haití. Principio igualmente defendido por Cuba, explica no solamente la ausencia de interferencia

de los dos países cuando la crisis electoral de 2010, como también las excelentes relaciones mantenidas, tanto por La Habana como por Caracas, con la administración Martelly.

El Programa PETROCARIBE es la joya de la corona de la cooperación haitiana-venezolana con Haití. En él todo se inserta. De él depende casi todo. Frente al verdadero boicot al poder público haitiano promovido por el supuesto *Grupo de Países Amigos de Haití*, los recursos liberados por el Programa PETROCARIBE representan, en 2013, el 94% de la capacidad de inversión del Estado haitiano.¹⁰²

Firmado en junio de 2005 y previsto inicialmente para abarcar exclusivamente los Estados insulares caribeños, el Programa se extendió progresivamente hacia América Central, reuniendo actualmente 18 Estados de ambas regiones. Además de dos, Bolivia y Ecuador, que participan como *país observador*.

PETROCARIBE persigue tres objetivos inmediatos. Por un lado, eliminar la intermediación de las compañías petroleras privadas internacionales en la comercialización de la energía. Por otro, abastecer de carburantes a precios y condiciones de financiamiento preferenciales. Por último, pero no menos importante, diferir la liquidación de parte sustancial de la factura por compra de petróleo, permitiendo así que los Estados clientes utilicen los fondos para financiar programas de desarrollo socioeconómico y de infraestructura.

Al asumir la presidencia haitiana por segunda vez, al comienzo de 2006, al frente de una economía y de un Estado exangüe, desprovisto de la más mínima capacidad de inversión, René Préval vislumbra en el Programa PETROCARIBE una válvula de escape. Inmediatamente inicia las tratativas para asociarse.

¹⁰² En *Le Nouvelliste*, 28 de junio de 2013.

A pesar de las incuestionables ventajas obtenidas por Haití, Estados Unidos, mediante amenazas y chantajes, se opuso vigorosamente al acuerdo. Amparados en los intereses de las compañías petroleras y por viejas doctrinas políticas y sesgos ideológicos, Washington emprendió una campaña inmoral y vergonzosa, conocida recientemente por la publicación de documentos confidenciales del Departamento de Estado, obligando a Caracas y a Puerto Príncipe a diferir el ingreso haitiano al Programa PETROCARIBE.¹⁰³

Finalmente, en agosto de 2007, en visita a Venezuela, Préval firma una declaración en la cual indica que están:

“Convencidos de que la integración basada en los principios del ALBA y de PETROCARIBE constituyen una alternativa viable para que nuestros pueblos puedan alcanzar el desarrollo con justicia social, declaro en nombre de la Republica de Haití nuestra voluntad de adherirnos plenamente al Acuerdo de Cooperación Energética PETROCARIBE”.

El 8 de marzo de 2008 atracó en Puerto Príncipe el primer buque con petróleo venezolano. El término de adhesión estipula que Haití pagaría al contado, según el producto, entre 40 y 70% de la factura. El resto es diferido en 25 años, con 24 meses de carencia y una tasa de interés anual de 1%. Actualmente, Haití recibe diariamente 14.000 barriles de petróleo venezolano y el fondo constituido con recursos cuyo pago fue diferido, alcanza 395 millones de dólares. Luego del terremoto, fue anulada una parte sustancial de esta deuda. Estos recursos

¹⁰³ Consultar en Kim Ives: “Comment Washington et les grandes compagnies pétrolières se sont battus contre PETROCARIBE en Haïti”, Documentos divulgados por Wikileaks, en Haïti Liberté, vol. 6, no.51 ,3 de julio de 2013.

viabilizaron la realización de 189 proyectos en infraestructura, agricultura, educación, salud, el financiamiento parcial de las brigadas médicas cubanas, asistencia social, la construcción de tres centrales eléctricas y del aeropuerto de Cabo Haitiano.

La deuda total haitiana que emerge del Programa PETROCARIBE alcanza actualmente a \$USA 1,3 billones. En la Conferencia Presidencial, realizada en Managua a mediados de 2013, el nuevo mandatario venezolano, Nicolás Maduro, al confirmar la continuidad del Programa exigió, en contrapartida, la regularización del pago del débito contraído. Indicó, incluso, que Caracas preferiría que la compensación fuese hecha con la exportación de productos agropecuarios, disponibles en todas las economías del bloque. Excepto Haití, donde impera la inseguridad alimenticia. Siendo inexistentes las inversiones en el sector agrícola, probablemente los préstamos concedidos a Puerto Príncipe se transformarán en donación.

Para operacionalizar el Programa, 10 de los 18 países beneficiarios crearon mega-empresas, supuestamente públicas, actuando en varios sectores económicos demostrando la amplitud del Programa. A pesar de las acusaciones de competencia desleal proveniente de la iniciativa privada y de la ausencia de transparencia legal, financiera y administrativa, se consolidan las empresas vinculadas al Programa.

La mayoría de los países beneficiarios —caso de Haití— no incluye los recursos provenientes del Programa PETROCARIBE en el presupuesto público nacional, careciendo por lo tanto, de supervisión contable y legal. La situación provoca desconfianzas y críticas, tanto nacionales como extranjeras, por la ausencia de transparencia en su utilización.

Más allá de su resultado, la filosofía en la cual reposa la cooperación venezolana contrasta nítidamente con la de los países ricos. El activo y dinámico Pedro Antonio Canino González,

embajador venezolano en Puerto Príncipe desde 2007 hasta 2015, destaca los principios que orientan la acción de los países del ALBA en Haití:

“No vinimos para hacer una campaña electoral en Haití. ¿Por qué haríamos promesas falaces? La ayuda venezolana tiene como objetivo disminuir la miseria del pueblo haitiano sin contrapartida alguna. A mi gobierno no le interesan ni siquiera las relaciones diplomáticas de la República del Haití con otros países, incluso con los Estados Unidos. Ello es de la competencia de las autoridades haitianas, libres para mantener las relaciones que deseen”.¹⁰⁴

Esta declaración es el contraste justo de la larga y constantemente reforzada lista de condicionalidades que caracteriza la cooperación ofrecida por Occidente. Despreciando las idiosincrasias nacionales, usan la idea de democracia como biombo para camuflar sus propios intereses nacionales.

Estados Unidos y sus aliados en Haití deberían estar atentos a las lecciones de la reciente cooperación venezolana, además del respeto a las instituciones públicas del Estado anfitrión, como declara abruptamente un dirigente actual haitiano: *“la amistad hacia un país con las necesidades y la pobreza de Haití no se mide por el número de años de dominación, sino por cuántos millones se ponen sobre la mesa”*.¹⁰⁵

Aunque el Programa PETROCARIBE se fundamenta en un discurso anti-imperialista y liberador al indicar una ruptura entre Monroe y Bolívar, es, de hecho, un contra-modelo a la ayuda tradicional al desarrollo, proveniente de los países desarrollados y organizaciones internacionales. En el universo de

¹⁰⁴ En *Le Nouvelliste*, 11 de marzo de 2013.

¹⁰⁵ *Ibidem*, 5 de marzo de 2013.

la cooperación internacional prestada a Haití, Venezuela constituye una excepción, siendo la única que pone sobre la mesa, con regularidad, recursos financieros dirigidos al libre uso del Estado haitiano.¹⁰⁶

Seguramente la cooperación financiera directa hacia un Estado dotado de escasa capacidad administrativa aumenta el riesgo de uso indebido de los recursos. Pero no hay otra solución: o se fortalece la capacidad de gestión pública del Estado haitiano o permaneceremos *arando en el mar*.

Desafortunadamente, la Comunidad Internacional prefiere seguir la estrategia que ya demostró su cabal ineficiencia. No solamente impide el traspaso financiero a las instituciones haitianas, sino que además trata de obligarlas a asignar sus propios magros recursos para ser administrados por organismos internacionales. Así, por ejemplo, hubo un intento de transferir los recursos del fondo PETROCARIBE del Estado haitiano a la CIRH. La decidida resistencia de Préval y de Bellerive abortó la maniobra. Sin embargo, en cada campaña electoral, los países donadores insisten en colocar los recursos del Tesoro haitiano para que el PNUD lo administre. La estrategia de la Comunidad Internacional, por tanto, no solamente impide el fortalecimiento institucional, como también retira del Estado haitiano la mínima autonomía financiera de que aún dispone.

Constituye una tarea hercúlea, con resultados improbables, la sucesión de denuncias emanadas de los numerosos críticos del *chavismo* intentando deconstruir los aspectos positivos y concretos de la petrodipomacia venezolana. La opinión pública

¹⁰⁶ Un lugar especial ocupa la cooperación ofrecida por Taiwán a Haití. Desprovista de trabas burocráticas, ésta es ágil y utiliza preferencialmente el modelo *clef en mains* (llave en mano).

haitiana no se deja engañar pues percibe los beneficios recibidos de parte de ella.

Sin embargo, las dificultades económicas venezolanas, que se hicieron más complejas a partir de la muerte de Chávez y la asunción de Maduro, parecerían tender a hipotecar el futuro de PETROCARIBE. A pesar de las promesas de continuidad del Gobierno venezolano, hay señales de debilitamiento y de ahogo del Programa. Los cambios bruscos en los términos de los contratos provocaron el retiro de Guatemala. La República Dominicana, entre otros países, no recibe la cuota establecida. A fines de 2013 fue interrumpida la construcción del *Aeropuerto Internacional Hugo Chávez* en Cabo Haitiano.¹⁰⁷

Incluso Brasil, aliado tradicional, sufre con los dilemas actuales de la economía venezolana. De esta manera, PETROBRAS anunció, el 25 de octubre de 2013, que decidió asumir integralmente la construcción de la *Refinería Abreu e Lima* en Pernambuco.

Presentada por Hugo Chávez como ejemplo de la cooperación energética entre los dos países, Venezuela participaría, a través de PDVSA, con el 40% de los costos para su construcción. Imposibilitada de hacerlo, Brasilia decidió incorporarse plenamente a esta empresa.

La perspectiva que se presenta a las pequeñas economías caribeñas es sombría a partir de la crisis venezolana. Serán obligadas a abastecerse de petróleo y gas natural en el mercado libre, ausentes las tarifas preferenciales y los financiamientos a largo plazo. De concretizarse, el impacto sobre el depauperado Haití será inmediato, pues además de provocar un nuevo nudo

¹⁰⁷ Consultar el artículo de Thomas Lalime: “Quand Maduro tousse, Martelly s’enhume”, en *Le Nouvelliste*, Puerto Príncipe, 10 de febrero de 2014.

en la crisis económica significará también el abandono de un prometedor modelo de cooperación para el desarrollo.

Al echar mano de métodos diversos, la cooperación brasileña al desarrollo de Haití puede definirse como híbrida: por un lado, donaciones a organizaciones privadas como *Viva Rio*, y públicas como el PNUD, el Programa Mundial de Alimentos (PAM) y la OPAS. Por otro, proyectos multilaterales con países miembros del IBAS (India, Brasil y África del Sur) y triangulares con Canadá, Cuba, Estados Unidos, Francia y Venezuela. Por último, la tradicional cooperación ofrecida a proyectos puntuales bilaterales, vinculada a variados órganos gubernamentales haitianos y brasileños, sobre todo en las áreas de la salud y la agricultura.

Según la versión oficial:

“Brasil actúa sobre la base de la concepción de que la paz, para ser sustentable, requiere un compromiso de largo plazo y acciones basadas en el trinomio seguridad/reconciliación política/desarrollo. Este es el paradigma de la cooperación internacional para la solución de conflictos que, en la visión brasileña, debe orientar a la Comunidad Internacional. El compromiso debe ser de largo plazo y, luego de una fase inicial, en que la fuerza representa la dimensión más importante de una misión de paz, deben ser combatidas las causas más profundas de las crisis, generalmente relacionadas con la pobreza, las desigualdades, así como la fragilidad institucional”.¹⁰⁸

¿Cuándo llegará el momento de esta segunda fase? Es una respuesta que Brasilia aún no da. En todo caso, innovando en aspectos secundarios y dando demostraciones de sorprendente

¹⁰⁸ Brasil, Ministerio de Relaciones Exteriores, Circular 63.289 de 20 de marzo de 2007.

continuidad en lo que dice respecto a los elementos centrales, el papel de la cooperación ofrecida por Brasil al desarrollo socioeconómico e institucional de Haití está todavía lejos de las necesidades y contrasta con su fundamental contribución en el área de la seguridad.

La lógica contenida en el proceso de *onegización* de Haití podría tener sentido durante la dictadura Duvalier, como observa un diplomático brasileño con amplia experiencia en la Región. Pero, con todo, en la presente fase histórica de construcción de la democracia:

“entorpece el desarrollo del país al crear dependencia crónica y, por pagar más, roba los mejores talentos del gobierno y de las empresas locales. Además, en la medida en que la población no identifica el Estado como prestador de servicios, consolida la tendencia de no exigir de la clase política las contrapartidas debidas, lo que, a su vez, impide que madure el sistema político haitiano”.

El modelo impuesto a Haití desde 2004 presenta una doble cara. Por un lado, la presencia militar a través de la MINUSTAH y, por el otro, la presencia civil por medio de las ONGs y las supuestas empresas privadas de desarrollo. A ellas se suman las estrategias bilaterales de los Estados miembros del supuesto *Grupo de Países Amigos de Haití*. Interpretando el sentimiento popular, es imposible discordar de la sentencia de Liliane Pierre-Paul: “la gran mayoría de los haitianos no se deja engañar y las promesas, en definitiva, en nada han cambiado la desastrosa percepción que se tiene de esa Comunidad Internacional burocrática, complaciente, perdularia, ineficaz, desprovista de alma, de modestia y de creatividad”.¹⁰⁹

¹⁰⁹ “La grande manip”, en: *¿Refonder Haïti?*, op. cit. p. 290.

Mientras este modelo no sea reformulado en profundidad no habrá solución. Vulnerabilidad social y precariedad del Estado siguen siendo las principales características haitianas. Con el modelo aplicado por la Comunidad Internacional a través del sistema de las Naciones Unidas, de las ONGATs y de Estados Unidos, nos estamos ilusionando, engañando a la opinión pública mundial y frustrando al pueblo haitiano.

Luego de la cólera de la naturaleza, que dejó de rodillas a la región más densamente poblada del país, va a continuar el calvario haitiano: surge repentinamente la cólera de los hombres al masacrar al campesinado en la *Artibonite*, la región más rica y fértil, histórico silo y espina dorsal de la economía agrícola Haitiana. Dos catástrofes mayúsculas, que golpearon al país mártir durante el horrible año de 2010 y cuyas consecuencias serán sentidas a lo largo de las próximas décadas.

CAPÍTULO IX

EL CÓLERA DE LOS HOMBRES

En el Caribe se sabe todo. Incluso antes de que suceda.
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *NÁUFRAGO EN TIERRA FIRME*,
CAMBIO, BOGOTÁ, 2000

Una de las principales preocupaciones después del terremoto se relacionaba con la posibilidad de epidemias en las regiones sacudidas por el sismo. Centenares de miles de gente sin techo, amontonados sin las mínimas condiciones de higiene, constituían un escenario ideal para propiciar la aparición de males desconocidos que romperían el frágil equilibrio de la salud pública.

La lógica del desastre aconsejaba prudencia con la región metropolitana de Puerto Príncipe. De ésta podrían surgir epidemias hasta entonces desconocidas en Haití, tales como el cólera, y contaminar al resto del país. Y lo que ocurrió fue exactamente lo contrario.

A pesar de las inhumanas condiciones sanitarias haitianas, ninguna epidemia se produjo luego del terremoto. El cólera surgirá justamente en una región no castigada por el sismo y su impacto en los campos de los sin techo es prácticamente nulo si se compara al de las áreas rurales.

Al inicio de octubre de 2010 se constataron, en el *Valle de Artibonite* (región central de Haití), varios casos de personas que se presentaban en los hospitales con fuerte diarrea. Algunas ni

siquiera llegaban a buscar auxilio médico, pues el ataque era tan violento que mataba a los adultos en cuatro horas y a los niños en dos. En este intervalo de tiempo los pacientes llegaban a perder el 11% del volumen de sus cuerpos.

Por una coincidencia, yo estaba reunido con el primer ministro Bellerive, el día 20 de octubre de 2010, cuando le comunicaron la confirmación: los test clínicos y de laboratorio, realizados con los enfermos y muertos por la fulminante enfermedad, comprobaban el bacilo del cólera. Desolado, me preguntó: “Ricardo ¿qué falta todavía para aniquilar definitivamente a Haití?”.

Históricamente inmune al cólera, el país se encontraba sin preparación alguna para combatirlo. La bacteria llamada *cholera morbus*, que llegó a Estados Unidos proveniente de Europa en la primera mitad del siglo XIX y se esparció hasta las islas adyacentes a La Española tales como Jamaica, Cuba y Puerto Rico, nunca había afectado al Haití. Así, en 1886, lo destaca el representante británico en Haití, Spencer Saint-John, que “a pesar de ser Puerto Príncipe la ciudad más deteriorada que conocí, ella jamás fue visitada por el cólera”.

Desde hace mucho tiempo los especialistas en salud pública temían las consecuencias desastrosas en el caso que Haití fuese golpeado por el cólera. Desprovisto de un sistema de abastecimiento de agua, las fuentes naturales del líquido son utilizadas para los más variados fines: para beber, lavar ropa, bañarse, para uso doméstico, para saciar la sed de los animales. Además de eso, la pureza de las aguas está relacionada con una agricultura natural, sin los estragos que ocasiona el uso de pesticidas. En Haití, más que en cualquier otro lugar, el agua ofrecida por la naturaleza es fuente de vida. Con el cólera se transformó en sinónimo de muerte.

Generalmente, el 75% de las personas infectadas no presenta ningún síntoma de la peste. Combatir la epidemia implica, por tanto, no solamente tratar a los enfermos, sino, además, poner en práctica una amplia y multisectorial política de salud pública —inexistente en Haití, mayormente después del terremoto—, capaz de prevenir la rápida transmisión del bacilo.

Impresionaba la rapidez con la cual avanzaba la epidemia. Mediante los riachuelos, ríos, lagos y canales, el cólera se esparcía inexorablemente en el conjunto de la región central de Haití. Luego, los viajeros llevaban el bacilo a las demás regiones del país. Así, antes de fines de octubre, el cólera llega a *Cité Soleil* provocando muertes y decenas de hospitalizaciones.

La mera mención del surgimiento del mal provocó inmensa preocupación a las autoridades. Para evitar el pánico generalizado, se optó por la simple emisión de alertas de salud pública, sin indicar, entretanto, las terribles perspectivas del mal.

Sin embargo, espontáneamente, surgían manifestaciones desesperadas y violentas frente a los campamentos de la MINUSTAH en varias localidades del país después de la aparición de fotos mostrando heces fecales provenientes de las instalaciones de la MINUSTAH arrojadas a los ríos de la región. En vista de las acusaciones, Edmond Mulet pensó en retirar los soldados nepalíes de la región de Artibonite, a fin de preservar su seguridad. Pronto abandonó la idea, puesto que equivaldría a un reconocimiento tácito de la responsabilidad de las Naciones Unidas. Este fue el primer paso de la vergonzosa estrategia de denegación de una evidencia que mancillará para siempre la historia de las Operaciones de Paz de la organización.

Más allá del calvario a que sometió a la población más humilde, se inicia otro calvario hecho de medias verdades, embustes y mentiras descaradas. Mientras la gran mayoría buscaba

los orígenes de la enfermedad, algunas autoridades extranjeras, dotadas de mucho poder, intentaban encontrar explicaciones extrañas de orden metafísico.

En un primer momento, estos siniestros personajes planteaban que era primordial combatir el cólera y no perder tiempo en su identificación. Enseguida, arreglaron un poco su discurso y constataron lo obvio. El surgimiento del cólera solamente era posible por la ausencia de un sistema sanitario, de distribución de agua tratada y de saneamiento básico, así como por la llamativa deficiencia de la red de salud pública. Sin embargo, a lo largo de los dos últimos siglos, estas condiciones prevalecieron en Haití y, a pesar de ellas, el cólera jamás había afectado el país. Lo que parecía evidente para la mayoría era que el hecho que había incidido sobre esta realidad, de por sí dolorosa, provenía de un elemento extraño y externo al medio ambiente.

La lógica y el buen sentido común imponían que, dadas las condiciones descritas, debían ser mayores los cuidados para no introducir elementos extraños que viniesen a alterar un equilibrio frágil y precario. Como fue constatado —incluso en el Informe oficial de las Naciones Unidas sobre el origen del cólera— la MINUSTAH no había tomado las medidas sanitarias profilácticas que se imponían en virtud de la situación específica de Haití. Además de eso, no había realizado preventivamente exámenes de salud a los militares enviados cada seis meses a Haití.

Aunque las evidencias que apuntaban a los responsables se acumulaban, la irresponsabilidad de las Naciones Unidas llegó al paroxismo cuando defendieron la tesis del “curso de circunstancias” para explicar el surgimiento del cólera. A través de esta, la responsabilidad recae sobre las víctimas, exonerando de toda culpa a los (ir) responsables.

La ciencia y la técnica no tenían otro objetivo que el de detectar con precisión las características de la bacteria. Así, se

podría luchar más eficazmente contra ella. Nadie tenía deseos de venganza, ganas de un ajuste de cuentas o de responsabilización de los irresponsables. Sólo era urgente definir una estrategia para combatir el mal, invisible y mortal. Por tanto, era indispensable conocer el enemigo. Identificarlo. Delimitarlo. Descubrir sus eventuales debilidades. Urgía saber de dónde provenía y cuál sería su probable comportamiento y evolución.

Cuando el presidente Préval hace un pronunciamiento anunciando las primeras medidas sanitarias y enfatizando que el origen de la epidemia era importado, todos nosotros, los extranjeros, nos interrogamos. ¿Del exterior? ¿Cuál sería entonces el vector?

Señalada por parte de la prensa como responsable de la epidemia, las Naciones Unidas descartaron cualquier responsabilidad. Para confirmar la denegación, hicieron supuestos test que resultaron todos negativos. Aún cuando surge en la prensa internacional una foto mostrando un camión cisterna al servicio de la Base de la MINUSTAH arrojando heces fecales en el *Río Meye*, afluente del *Artibonite*, los desmentidos prosiguieron.

Recuerdo un almuerzo en la residencia del embajador de la República Dominicana en Haití, profesor Rubén Silié, en el cual sostuve la idea de que era necesario descubrir —y no encubrir— el origen de la crisis, por tres razones como mínimo: en primer lugar porque, sabiendo exactamente de dónde venía el embrión, se podría luchar con mayor eficacia para combatirlo; segundo, porque se trata de un derecho inalienable de la población haitiana a la información y, por último, si las Naciones Unidas están en Haití en condición de invitadas para enseñar y mejorar la vida de los haitianos, lo mínimo que se puede esperar es una actitud de sinceridad y franqueza.

La actitud evasiva —tan criticada cuando se trata del interlocutor haitiano— fue la conducta adoptada por la MINUSTAH

y por la mayoría del cuerpo diplomático acreditado en Haití frente al origen del cólera, la que me dejaba muy disconforme. Algunos diplomáticos mentían abiertamente, dando cobertura a los alegatos del Representante Especial del SGNU, Edmond Mulet. Los diplomáticos sinceros eran los menos, como el citado embajador Silié y el embajador de Cuba, Ricardo García Nápoles. Este último, incluso, poseía informaciones de primera mano sobre la bacteria del cólera y sobre los desafíos sanitarios y de higiene pública enfrentados por Haití. Efectivamente, desde 1998, La Habana mantiene equipos médicos en Haití, en parte gracias al financiamiento de Venezuela y actualmente con aportes brasileños.

En diciembre de 2010, el doctor Piarroux, el epidemiólogo francés, en un estudio encargado por el Ministerio de la Salud Haitiano y por el Gobierno francés, concluye de forma perentoria que no había ninguna duda con relación al origen de la bacteria: el embrión es el mismo que se encuentra en el Sudeste Asiático y fueron las tropas de Nepal, ocupantes de la Base militar de la MINUSTAH, los responsables por la contaminación del río Mye. Como tradicionalmente ocurre en tales circunstancias, a los que no les gustó el mensaje —parte ponderable del personal internacional— adoptaron la táctica de cuestionar al mensajero. A partir de ahí, el doctor Piarroux, hasta entonces considerado la mayor autoridad sobre el tema, sufre pesadas críticas de naturaleza personal y profesional.

En 2011, en respuesta a una sugerencia de Brasil, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas aceptó iniciar discusiones sobre la *Responsabilidad al Proteger*, corolario indispensable de los principios contenidos en la estrategia de la *Responsabilidad de Proteger*. Se trata de poner límites a las acciones de las fuerzas de intervención —sobre todo aquellas que operan en el ámbito

de las Operaciones de Paz— retirando la carta blanca de la que disponen actualmente.

Según el ex-canciller brasileño, Antonio Patriota: “es necesario evitar que la acción implementada provoque más daños de lo que se pretendía prevenir, el llamado efecto colateral, o sea, muerte de civiles en el conflicto”.¹¹⁰

La hecatombe provocada por la introducción del vibrión colérico vía MINUSTAH en Haití, parecía representar la ocasión ideal para que Brasilia acompañase la loable iniciativa diplomática con acciones concretas. Desgraciadamente, el Gobierno brasileño guardó absoluto silencio y jamás mencionó el terrible episodio.

Mientras las Naciones Unidas daban continuidad a la pantomima bajo la batuta del representante especial del Secretario General, Edmond Mulet, la propagación del virus avanzaba rápidamente. En diciembre, una persona se infectaba cada 38 segundos y al mes siguiente, había un infectado cada 18 segundos. Además de eso, la portavoz de la Coordinadora para Asuntos Humanitarios de las Naciones Unidas (UNOCHA), Elisabeth Byrs, definía como “vergonzosa” la actitud de los Estados Donadores, que liberaron para la ONU, solamente el 25% del total de los recursos necesarios para la lucha contra la epidemia.

Finalmente, presionada por una realidad que desmentía sus versiones disparatadas, las Naciones Unidas encomiendan un Informe a una Comisión que, aunque nombrada por el SGNU, se integraría por especialistas supuestamente independientes. A pesar de la ausencia de la indispensable autonomía y de usar un cuidadoso vocabulario diplomático que, como se ha destacado

¹¹⁰ Comparecencia ante la Comisión de Relaciones Exteriores y Defensa Nacional del Senado brasileño, 26 de setiembre de 2013.

en todos los manuales universitarios del área, fue concebido más para encubrir que para revelar y que, muchas veces, se asemeja a la *langue de bois*, su conclusión es inapelable y refuerza las conclusiones del doctor Piarroux.

El Informe de la ONU confirma que el sistema de evacuación de las letrinas del campo de los soldados nepalíes de la MINUSTAH es deficiente. El pozo donde son recibidas las materias fecales se encuentra en un lugar abierto, desprotegido, donde los niños suelen jugar. Cuando llueve, el pozo negro se desborda y su contenido corre en dirección al río *Mye* que abastece de agua a la población. La epidemia surgió exactamente en ese lugar.

En sus recomendaciones a las Operaciones de Paz, el Informe reconoce implícitamente que las medidas sanitarias preventivas no fueron aplicadas y sugiere que las Naciones Unidas realicen exámenes de salud a los militares antes de enviarlos en misión.

Las Naciones Unidas son, por tanto, responsables de miles de muertes en Haití, de algunas centenas en República Dominicana y miles de millones de dólares de perjuicios que hipotecan el futuro de la isla.

El Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas dispone de un especialista supuestamente independiente encargado de acompañar, a través de visitas periódicas e Informes que deberían ser sustanciales, la evolución de la situación de protección y garantía de los Derechos Humanos en Haití. En su Informe de abril de 2011, Michel Forst ni siquiera menciona la responsabilidad de la ONU en el surgimiento de la epidemia del cólera. Sobre el asunto, él se conforma con condenar el linchamiento de más de 45 personas —supuestamente hechiceros— considerados responsables por la propagación del cólera en varias regiones del país, sobre todo en el Departamento de la *Grande Anse* y en el Sudoeste.

Cuando la prensa le preguntó sobre las razones de su silencio acerca de la epidemia de cólera y la eventual responsabilidad de las Naciones Unidas, Forst simplemente indica que no consta en el mandato que recibió del CDHNU, el seguimiento del trabajo de la MINUSTAH. Sus actividades —dice— están vinculadas exclusivamente al monitoreo de las acciones de las autoridades haitianas. Se construye así un escenario en el cual el genocidio culposo cometido por la acción de la misma ONU no encuentra espacio para ser evaluado por el CDHNU.

La actitud de las Naciones Unidas —además de constituir una falta de respeto a las víctimas y a sus familiares— es también una afrenta a los más elementales principios jurídicos que orientan las Relaciones Internacionales. La ONU es guardiana de los principales instrumentos que protegen los derechos humanos. Sin embargo, ¿cómo es posible entender y aceptar que en estas condiciones ella se auto exonere de los efectos de sus actos y omisiones?

En Washington, en octubre de 2011, la *Facultad de Derecho de Santa Maria (FADISMA)* en Rio Grande do Sul, Brasil, encabezó junto a la *Comisión Interamericana de Derechos Humanos —CIDH* de la OEA—, una demanda judicial contra la Organización de las Naciones Unidas por haber introducido el cólera en Haití.¹¹¹

La denuncia contra la Organización de las Naciones Unidas se basa en su responsabilidad por actos y omisiones con relación a la base militar de la Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización en Haití que, bajo su mando y responsabilidad, diseminó, a partir de la base de *Mirebalais*, en el departamento

¹¹¹ La denuncia, firmada por el Director de la FADISMA, profesor Eduardo de Assis Brasil Rocha y por las profesoras Cristine Koheler Zanella y Carolina Beraldo, se encuentra en www.fadisma.com.br, Acción por Haití.

de *Mirebalais*, en Haití, desechos humanos de soldados nepalíes contaminados por el vibrión del cólera, provocando contaminación en cadena, enfermedad y muerte de decenas de miles de personas infectadas por la bacteria.

Se hace también la denuncia a la CIDH por acompañar la resistencia de la ONU a investigar minuciosamente los orígenes de la contaminación, comprometiendo el combate efectivo del mal y el derecho a la información de los pueblos afectados, y por no concordar con la reiterada negativa de la Organización en asumir su responsabilidad.

La ONU violó los artículos 4° (derecho a la vida) y 5° (derecho a la integridad personal) de la Convención Americana sobre Derechos Humanos, así como faltó el respeto a uno de los propósitos de la propia Carta de la Organización (artículo 1°, n° 3, “promoción y estímulo al respeto a los derechos humanos”).

El caso representa una oportunidad única para que el Sistema Interamericano de Derechos Humanos afirme, en el plano regional, la responsabilidad internacional de las organizaciones internacionales en la ocurrencia de un ilícito, y para actuar contra la omisión, indiferencia e impunidad que, por las conocidas deficiencias materiales y de acceso a la justicia de las víctimas, podría perpetuarse, lo que llevaría a la irresponsabilidad colectiva y a la ausencia de consecuencias jurídicas.

La Organización de Naciones Unidas goza de prerrogativas de inmunidad de jurisdicción reconocidas por la Convención sobre Privilegios e Inmunidades de las Naciones Unidas (Convención de Londres, aprobada por la Asamblea General de la ONU el 13 de febrero de 1946), acuerdo del cual Haití es signatario.

Los principales elementos contenidos en la Convención de Londres fueron insertos en el Acuerdo entre la Organización de las Naciones Unidas y el Gobierno haitiano referente al estatuto de la operación de las Naciones Unidas en Haití. Firmado en

Puerto Príncipe el 9 de julio de 2004, el Acuerdo entró en vigencia inmediatamente. A través de este Acuerdo, por lo tanto, los privilegios e inmunidades de la MINUSTAH deberían ser garantizados.

El Acuerdo, sin embargo, albergaba una grave irregularidad que lo vuelve nulo según el Derecho de los Tratados. El Acuerdo fue firmado por el primer ministro de Haití, Gérard Latortue. No obstante, el artículo 139 de la Constitución Haitiana de 1987 prevé expresamente que ello —la firma de acuerdos internacionales— constituye atribución exclusiva del Presidente de la República que “negocia y firma todos los tratados, convenciones y acuerdos internacionales y los somete a la ratificación de la Asamblea Nacional”.

En la época de la firma del Acuerdo, la Presidencia de Haití estaba en las manos de Boniface Alexandre, quien siquiera es mencionado en el documento. Estuvo igualmente ausente, la ratificación del Poder Legislativo. El referido Acuerdo, por tanto, no posee validez jurídica y no puede obligar a las Partes por un fundamental vicio de origen, ya que el signatario que compromete una de las Partes no disponía de capacidad jurídica para hacerlo.

En los términos de la Sección II, artículo II, de la Convención de Londres está previsto que:

“La Organización de las Naciones Unidas, sus bienes y haberes, cualesquiera sean sus sedes gozan de inmunidad de jurisdicción, salvo en la medida en que la Organización haya expresamente renunciado a ello en un caso particular. Se entiende igualmente que la renuncia no puede extenderse a las medidas de ejecución”.

A pesar de la nulidad del Acuerdo firmado por la ONU y Haití en julio de 2004, la Convención de Londres mantiene su

vigencia. No se presenta jurídicamente viable, por tanto, que la ONU sea cuestionada en cualquiera de las instancias judiciales de Haití —del momento que no es posible ejecutar una eventual sentencia desfavorable a la Organización. Este fue el argumento utilizado por el gobierno del presidente Préval para no impetrar una acción judicial contra las Naciones Unidas.

La Sección 20 del Artículo V que trata de los privilegios e inmunidades de los funcionarios de las Naciones Unidas reza que tales “privilegios e inmunidades son otorgados a los funcionarios únicamente en función del interés de las Naciones Unidas y no para su ventaja personal. El Secretario General podrá y deberá quitar la inmunidad concedida a un funcionario”.

Se aplica a los funcionarios de la ONU únicamente una inmunidad funcional que podría, en el caso que la Organización así lo decidiera, ser suspendida. Tal medida permitiría que sus funcionarios cuya responsabilidad, por acciones u omisiones, estuviese comprometida en la introducción y diseminación del cólera en Haití, fueran debidamente procesados judicialmente.

En octubre de 2012, el ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Martelly —Pierre-Richard Casimir— en la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara de Diputados de Haití, a la que fue llamado, abandonó la argumentación jurídica del Gobierno precedente. Contrariando la unánime argumentación probatoria científica y los hechos, él descartó la responsabilidad de las Naciones Unidas, alegando supuesta ausencia de vínculos entre el surgimiento de la epidemia y la acción de soldados de la MINUSTAH. La infame actitud del gobierno Martelly se explica por el simple hecho de ser y haber resultado de la voluntad de la Comunidad Internacional —mayormente de las Naciones Unidas— a las cuáles solamente debe rendir cuentas.

El conjunto de los hechos demuestra la relación directa entre el vibrión del cólera y la actividad de soldados actuando bajo responsabilidad y comando de la MINUSTAH. Los Informes de observadores y científicos permiten inferir con seguridad que los vectores del mal en la isla fueron soldados nepalíes enviados a la base de *Mirebalais*.

La ONU no puede escapar de la responsabilidad que nace del daño que su conducta lesiva puede producir a otros sujetos de derecho. Admitir lo contrario es afirmar que no existe consecuencia devengada de la violación del orden jurídico internacional por parte de la ONU; es aceptar, en el límite, la inexistencia de la obligatoriedad del Derecho Internacional, desnaturalizando, así, la propia idea del orden público internacional.

Sería absurdo admitir que las Naciones Unidas no están obligadas a respetar las normas presentes en su Carta Constitutiva o en documentos relativos a derechos humanos fundamentales —bienes jurídicos públicos de la más alta relevancia— cuya propia Organización contribuyó a estructurar y colabora en su protección. Por el contrario: con mayor razón la Organización debe responder por los actos lesivos a los derechos humanos que se le puedan imputar, toda vez que se trata de derechos de elevado contenido ético, que despiertan mayor reprobación cuando son violados por un sujeto que está entre los principales encargados de protegerlos.

Por ser sujeto de Derecho Internacional, dotado de personalidad jurídica internacional, la ONU puede ser titular de derechos y deberes en el plano internacional y, así siendo, puede demandar por lesión sufrida en la ocurrencia de un ilícito internacional —como ya lo hizo, cuando le convino, por ejemplo en el caso Bernadotte— y puede igualmente ser demandada —como en el presente caso— por la responsabilización surgida del ilícito que se Le imputa.

La Corte Internacional de Justicia (CIJ) en la Comparecencia Consultiva, del 11 de abril de 1949, bajo el título Reparación de los daños sufridos al servicio de las Naciones Unidas (caso Conde Folke Bernadotte) determinó que:

“(...) la Organización [de las Naciones Unidas] es un sujeto internacional. Esto no equivale a decir que La Organización sea un Estado, que no lo es realmente, o que su personalidad jurídica, sus derechos y sus deberes sean los mismos que los de un Estado. “Todavía menos eso equivale a decir, que la Organización sea un ‘super Estado’” cualquiera sea el sentido de esta expresión... Tampoco implica que todos los derechos y los deberes de la Organización se deban situar únicamente en el plano internacional, como tampoco se deben situar los deberes y los derechos de un Estado. Lo que significa que la Organización es un sujeto de Derecho Internacional, que tiene capacidad de ser titular de derechos y deberes internacionales y que ella puede hacer valer sus derechos a través de una demanda internacional”.¹¹²

En la clara e incontestable opinión de la CIJ, la ONU puede ejercer su legitimidad activa, como lo hizo realmente en el caso mencionado. Puede también ser objeto de demanda (legitimidad pasiva) en el caso de sus acciones y omisiones. Basta que un Estado, que reconozca la jurisdicción de la CIJ, tome la iniciativa.

Refuerzan la legitimidad pasiva de la ONU en el presente caso las relaciones que la Organización establece con el Estado haitiano. En 2004, la Resolución 1542 del Consejo de Seguridad creó y definió el mandato de la MINUSTAH. Ese documento confirió poderes a la Organización para asistir al Gobierno

¹¹² Resaltado por el autor.

haitiano en lo que se refiere a la promoción de un ambiente seguro y estable en Haití y la garantía del proceso político y la promoción de los derechos humanos.

En la práctica, se reconoce que aquello que en la Resolución fue enunciado como mandato para “asistencia” al Gobierno de Transición se traduce, de hecho, en la sustitución del Estado por la MINUSTAH en sectores intrínsecamente ligados a la soberanía estatal, tales como “monitoreo, reestructuración y reforma de la Policía Nacional haitiana”, la “restauración y mantención del papel de la ley, de la Seguridad y del orden público”, la “promoción de los derechos humanos”, entre otros (conforme los diversos incisos y líneas del art. 7° de la Resolución del Consejo de Seguridad 1542/2004).

Las diversas hipótesis sobre el origen de la bacteria contemplaban la migración de elementos patogénicos que habrían llegado a Haití debido a las fallas tectónicas causadas por el terremoto de enero de 2010, la mutación de un organismo ya presente en el territorio y la introducción del vibrión por un soldado de la misión de paz de la ONU, cuyas heces contaminadas habrían sido lanzadas en aguas haitianas sin el debido tratamiento.

En diciembre de 2010, el primer Informe sobre el origen del cólera en Haití descartaba el terremoto o mutaciones naturales como posibles causas de la crisis: “El foco infeccioso partió del campo de los nepalíes”; “el punto de origen está precisamente localizado” y “la explicación más lógica es la introducción masiva de materia fecal en el curso del río *Artibonite* de una sola vez”, afirmó el epidemiólogo Renaud Piarroux, enviado por el Gobierno francés a pedido de éste y del Ministerio de Salud haitiano.

En enero de 2011, finalmente, el Secretario General de la ONU nombró un panel de cuatro especialistas encargados de

“investigar y tratar de determinar el origen de la bacteria de cólera de 2010 en Haití”. El Informe fue presentado al Secretario General de la ONU en mayo de 2011.

El panel convocado investigó el problema a partir de los ejes epidemiológicos, del agua y del saneamiento y del análisis molecular. Como resultado, los especialistas rechazaron las “causas naturales” del vibrión, afirmando que “las evidencias no soportan las hipótesis que sugieren que la presente crisis surja de una causa natural del ambiente”.

Más allá de eso sustentaron que la evidencia soporta plenamente la conclusión de que “el origen del cólera en Haití es debida a la contaminación del río *Meje*, afluente del *Artibonite*, con una variedad patogénica común en el Sur de Asia del tipo *Vibrio cholerae*, como consecuencia de actividad humana”.

Al mismo tiempo que todas las evidencias apuntaban hacia una conclusión que indicaba a las tropas nepalíes de la ONU como fuente de la contaminación, el panel, de forma sorprendente, en contradicción con todo lo que acababa de constatar, evitó atribuir responsabilidad al contingente militar puesto a disposición de la MINUSTAH. Según el Informe, el vibrión de cólera en Haití “fue causado por la confluencia de varias circunstancias y no por culpa u omisión, ya que no se debió a la acción deliberada de un grupo o de un individuo”.

El periódico *Le Nouvelliste* de Puerto Príncipe ironiza la actitud de las Naciones Unidas al publicar un editorial, en mayo de 2011, bajo el insinuante título, en el que transparenta la evidente contradicción: “*Cólera: ONU culpable pero no responsable*”.

¿Qué debería hacer ésta a partir de esta constatación? En primer lugar, un formal pedido de disculpas al pueblo y gobierno haitianos. Luego, una sanción contra todos los funcionarios de la Organización que participaron de la mentira colectiva manchando el nombre de la Institución. En fin, solicitar una auditoría

Independiente, capaz de calcular los perjuicios materiales y financieros sufridos por Haití y su población.

Cabe destacar que la definición de ausencia de culpa es atributo de la Justicia internacional y no de opiniones de profesionales de salud que, en esta materia, son legos. Además, aunque no se pueda afirmar o descartar la existencia de una acción deliberada de una persona o un grupo de personas, hubo sin sombra de duda, una gravísima negligencia por parte de la MINUSTAH que, por su conocimiento de la situación e inexcusable omisión, puede ser acusada de cometer un verdadero genocidio involuntario.

A partir de su Informe, la verdad es que la ONU se aferró fuertemente a la teoría de la “*confluencia de circunstancias*” para eximirse de cualquier responsabilidad directa.

Entretanto, en el propio documento ya estaban todos los elementos para establecer el nexo causal entre el origen del cólera y la contaminación a partir de los desechos humanos lanzados por la base de la MINUSTAH en *Mirebalais*, a partir de la llegada de los soldados nepalíes.

Los especialistas confirman a lo largo de la investigación:

- El origen foráneo de la contaminación [“las cepas son genéticamente idénticas, indicando una fuente única para la epidemia en Haití y que la bacteria es muy similar, pero no idéntica, a la que causó las crisis de cólera del Asia del Sur y que actualmente se propaga en Asia, confirmando que la bacteria del cólera no provino de Haití”].
- La zona geográfica de contaminación en Haití [“contaminación fecal del río *Meye*, un afluente del río *Artibonite*”]
- La coherencia entre los casos confirmados y el origen de la propagación de la contaminación [“... *sugiere que la epidemia se propagó a lo largo del río Artibonite*”].

Los mismos denuncian las condiciones sanitarias deficientes del campamento de la MINUSTAH en *Mirebalais*, al comprobar que no fueron suficientes para prevenir la contaminación del sistema tributario del río *Meje* con residuos fecales humanos. Además, los datos del estudio molecular indican la identidad genética de las cepas encontradas en Haití, lo que hace un puente para la detección del origen de la crisis y la semejanza con las cepas de *Vibrio Cholerae O1* encontradas en el Sur de Asia.

Alertan sobre el riesgo de transmisión de agentes patogénicos por el personal movilizado por la ONU, advierten sobre la importancia del tratamiento profiláctico del personal de la Organización proveniente de regiones donde el cólera es endémico y recomiendan el tratamiento de los desechos fecales de todas las instalaciones de la ONU.

El hecho de que “tal crisis” no sea posible “sin deficiencias simultáneas del sistema de inducción de agua, saneamiento y asistencia médica”, como afirman los especialistas, no exime de responsabilidad a la ONU por las contaminaciones y muertes provocadas como consecuencia de la introducción del vibrión en Haití. Por el contrario, vuelve aún más grave la responsabilidad de la Organización por su negligencia frente a las condiciones sanitarias de sus instalaciones en un país con infraestructura ya muy debilitada y, en el cual, el pueblo enfrenta a diario una lucha permanente por la sobrevivencia. Razonar de otra forma es asumir la postura indigna y perversa de culpar a las víctimas por su incapacidad para lograr resistir a los males que les sobrevienen.

Mientras el panel de especialistas producía el Informe encargado por el Secretario General de la ONU, el especialista independiente Michel Forst comunicaba, en Informe presentado al Consejo de Derechos Humanos de la ONU, a raíz del mandato

conferido por la Comisión de Derechos Humanos de la misma organización, sus averiguaciones sobre la onda de violencia de la cual eran víctimas sacerdotes practicantes del *vudú*.

Según este Informe, al menos 45 personas habían sido blanco de linchamientos (consistentes en golpes de hachas y piedras y posterior incineración en las calles) por grupos que les acusaban de esparcir la enfermedad, en una clara relación entre la desesperación por la impotencia ante la no-contención de los casos de contaminación y muerte, la cultura local y la virulencia de la epidemia, la más intensa que el mundo ha conocido en la historia moderna.

Sin embargo, ese especialista en Derechos Humanos, relator exclusivo para el Consejo de Derechos Humanos, no mencionó nunca en sus Informes el origen del cólera, pues —como afirma— su mandato no lo permite: “Mi mandato no dice nada con respecto a la MINUSTAH”.

Lo relatado refleja, de forma objetiva, que el Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas no conoce —o parece no desear conocer— eventuales acciones u omisiones que agreden los derechos humanos fundamentales consecuentes de las actividades de la ONU en Haití.

Esa posición cierra el camino para una demanda a partir del propio sistema *onusiano*; situación inaceptable cuando la organización es promotora y depositaria fiel de los principales documentos internacionales relativos a la protección de los derechos humanos fundamentales. Llevando la lógica del sistema al extremo, se puede concluir que las Naciones Unidas, en sus acciones y omisiones, no se compromete con el Derecho Internacional, con los actos internacionales por ella promovidos, con los principios contenidos en la Carta de San Francisco y con los principios en que se basan la ética y la moral internacional.

Se llega a la absurda constatación de que el garante del más elevado compromiso para el respeto de los Derechos Humanos fundamentales de alcance universal, es el único sujeto que no tiene obligación de cumplirlo.

En marzo de 2013, frente a la imposibilidad de ver renovado su mandato por seis años más, en razón de la oposición del Gobierno Martelly, Forst decide renunciar, dejando abandonados los doce meses faltantes. El asunto no adquiere gran relevancia, pues es proporcional a la calidad de su trabajo en Haití. Pocos lo echarán de menos. La importancia se manifiesta en la forma. Ocurre que en el documento en que anuncia su renuncia, Forst le cobra al Consejo de Derechos Humanos que se pronuncie sobre una eventual responsabilidad de la ONU en la eclosión de la epidemia de cólera en Haití.

En razón de las funciones ejercidas, la postura de Forst adquirirá fundamental importancia. Así, a partir de noviembre de 2010, centenares de tratativas, solicitudes, demandas y sugerencias fueron hechas para que reportase al CDHNU la cuestión de la responsabilidad de la ONU en el surgimiento de la epidemia de cólera. Forst jamás las acogió. Lo hizo al despedirse. Difícil apartar la impresión de que no se trata de una simple *vendetta*. Una vez más, Haití y sus dramas sirven de biombo para tapar propósitos y disputas inconfesables.

En julio de 2011, un grupo de científicos, liderados por Renaud Piarroux, publicó un trabajo con nuevos argumentos que, de forma consistente, conducen a sostener la validez de la afirmación sobre la introducción del vibrión del cólera en Haití por medio de soldados integrantes de la MINUSTAH.

Los científicos recordaron que una cepa de cólera fue registrada en *Katmandu*, la capital del Nepal, el 23 de septiembre de 2010, poco antes de que las tropas partiesen hacia Haití,

y recordaron asimismo que los soldados nepalíes llegaron al campo de la MINUSTAH de *Artibonite* en los días 9, 12 y 16 de octubre, poco antes del inicio de la epidemia.

A partir de ese contexto, valiéndose de una metodología criteriosa, el estudio afirma que existe una exacta correlación espacio-temporal entre la llegada de las tropas nepalíes originarias de una región donde el cólera es endémico y los primeros casos verificados en el *río Meye* pocos días más tarde.

En agosto de 2011, un nuevo y más profundizado estudio de análisis molecular perfeccionó significativamente las conclusiones sobre el origen del vibrión colérico. Utilizando el método *whole-genome sequence typing* —(WGST) que, “aliado a la teoría evolucionista y métodos estadísticos avanzados, representa el más poderoso análisis molecular imaginable”, un grupo de 15 científicos concluyó que “los resultados del estudio son consistentes con la identificación del Nepal como origen de la crisis haitiana”.

Un estudio elaborado por los investigadores Jake Johnston y Keane Bhatt demostró como la reiterada negligencia de la MINUSTAH, (desde la vacilación en la investigación del origen de la epidemia hasta los errores que condujeron a una movilización tímida de fondos y de intervenciones para el tratamiento), llevaron a la enfermedad y muerte innecesarias de miles de personas en la que es considerada la mayor catástrofe epidemiológica en el continente americano en décadas.

Los investigadores demuestran cómo la resistencia de la ONU en asumir la responsabilidad por la epidemia contribuyó a la rápida diseminación del mal, la inadecuada asignación de recursos (concentrados en la región urbana en desmedro de las zonas rurales, más afectadas en función del modelo de contaminación) y su contribución al fracaso en el diseño de proyectos de largo plazo para enfrentar la peste.

Hay que registrar también que la crisis de la enfermedad transportada por soldados nepalíes directamente del Sudeste Asiático hizo sus víctimas en el continente más allá de la isla de Española: fueron registrados casos de venezolanos contaminados luego de participar de una fiesta familiar en la República Dominicana y, aun en Estados Unidos —casos en la Florida— y en Puerto Rico fue registrado un caso de contaminación por cólera, así como en Venezuela, Chile y México.

Frente al análisis de todos los hechos anteriormente narrados, queda clara la responsabilidad internacional de la ONU por la contaminación, enfermedad y muerte de decenas de miles de personas infectadas por el vibrión del cólera en Haití y en la República Dominicana, por las siguientes razones:

- En las aguas del río *Meye* que desagua en el río *Artibonite*, se vertían materias fecales contaminadas del campo militar bajo su comando y responsabilidad, en el Departamento de *Mirebalais*;
- Al permitir, de forma omisa y negligente, que se contaminasen las aguas con una bacteria proveniente del extranjero, diseminando el cólera hasta la actualidad, la Organización puso en riesgo tanto la salud y la vida de las personas que de no realizó controles de higiene y salud de soldados nepalíes contaminados por el vibrión del cólera que actuaban (y actúan) en Haití, bajo su estricto mando y responsabilidad;
- Se permitió desechar, sin el tratamiento adecuado, las aguas provenientes directamente del campo militar, como las de miles de otras que pueden entrar en contacto con el vibrión colérico;
- Al negarse reiteradamente a realizar una investigación minuciosa sobre el origen del cólera, no contribuyó a

una respuesta pronta y efectiva al problema y, procediendo así, potencializó daños, poniendo en riesgo miles de vidas y provocando pérdidas irreparables a las personas contaminadas y a sus familias y, debido a las proporciones y características de la epidemia, dañó a toda la isla que abriga a Haití y a la República Dominicana.

En virtud de los atributos de responsabilidad internacional ampliamente conocidos, la ONU debería asumir su responsabilidad por la introducción del vibrión del cólera en Haití y adoptar las siguientes providencias:

- Disculparse, mediante peticiones oficiales, solemnes y públicas, con los pueblos haitiano y dominicano.
- Instituir controles obligatorios sobre las condiciones de salud de los militares que participan en sus Misiones de Paz, como recomienda el propio Informe del Panel Independiente convocado por el Secretario General de la ONU;
- Reparar económicamente a Haití y a la República Dominicana, así como a Estados Unidos, México, Venezuela, Cuba y Chile, sin perjuicio de las reparaciones debidas a las personas contaminadas y a las familias de las víctimas fatales del cólera.
- Crear nuevos centros de tratamiento y prevención del cólera en Haití, así como fortalecer aquellos ya existentes, con recursos financieros y logísticos, hasta que la epidemia sea totalmente erradicada.
- Recaudar un fondo de, como mínimo, 500 millones de dólares americanos, para la creación de un sistema público de salud en Haití.
- Contratación, a sus expensas, de servicios de consultoría independientes que puedan calcular la forma y los

montos de las indemnizaciones por daños morales y materiales causados al Estado de Haití y al Estado de la República Dominicana, así como a los familiares de las víctimas de la epidemia; encaminar sus conclusiones y recomendaciones al Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas y a la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

Desafortunadamente, luego de casi dos años de espera, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA contestó lacónicamente que acepta demandas, única y exclusivamente referentes a los *Estados* signatarios de la Convención Interamericana de Derechos Humanos. Así, las Organizaciones Internacionales, aunque actúen en nombre de Estados, están inmunes a su jurisdicción.

La lamentable interpretación de la CIDH de la OEA, que ni siquiera discutió aspectos jurídicos esenciales contenidos en la demanda, la cual demuestra la incuestionable personalidad activa y pasiva de las Naciones Unidas, comete una verdadera denegación de justicia. Exceptuando raras personalidades y organizaciones, esta situación constituye prueba flagrante de que, una vez más, el pueblo haitiano ha sido abandonado a su propia suerte.

En el inicio de marzo de 2012, el expresidente Clinton, en visita a un hospital en la región central de Haití, admitió públicamente:

“No sé exactamente la persona que introdujo el cólera en Haití, un casco azul de Naciones Unidas o un soldado que venía del sudeste asiático, que era portador del virus. Esta fue la causa próxima del cólera. Ese hombre portaba la cepa del cólera,

que avanzó en los residuos que corrían por los cauces de agua hasta llegar a los cuerpos de los haitianos”.¹¹³

Aunque a continuación haya afirmado que la ausencia de un sistema sanitario en Haití propició la propagación de la epidemia, las declaraciones del enviado Especial del SGNU a Haití representan la primera importante discordancia en la estrategia de denegación del crimen por parte de las Naciones Unidas.

A mediados de julio de 2012, una carta enviada a Susan Rice —representante de Estados Unidos en la ONU— firmada por 104 miembros del Congreso de Estados Unidos, indica que “el cólera fue llevado a Haití mediante acciones de las Naciones Unidas” y solicita que ésta “confronte y elimine el mal”.

En su pronunciamiento en la Asamblea General de las Naciones Unidas, en el inicio de octubre de 2012, el presidente Martelly no menciona la responsabilidad de las Naciones Unidas en el surgimiento del cólera en Haití. Su omisión ha sido superada ampliamente por su primer ministro Lamothe. Éste no solamente afirma que el origen del cólera está siendo investigado por las Naciones Unidas —lo que equivale a decir que solamente el criminal puede indagar sobre su propio crimen— sino que también, de modo tan sorprendente como irresponsable, afirma que la epidemia está “verdaderamente controlada”.

En menos de veinticuatro horas Lamothe fue desmentido por los órganos de salud haitianos y extranjeros, que demostraron tener esperanza de poder erradicar el cólera no antes de 2022, en el caso que sea universalizada la aplicación de la vacuna correspondiente y el sistema de tratamiento del agua.

¹¹³ ABC News, 9 de marzo de 2012.

Actualizando los números oficiales, la Organización Panamericana de Salud indicó que las víctimas del cólera eran 7.418 mil personas, siendo la epidemia haitiana responsable del 57% de los casos que actualmente existen en el mundo.

Hacia fines de octubre de 2012, una especialista que había integrado el equipo de epidemiólogos contratado por el Secretario General de la ONU para analizar el origen del cólera en Haití, lanzó una verdadera bomba. La doctora Daniele S. Lantagne afirmó, luego de estudiar los datos moleculares a través del método de secuencia del genoma completo: “Ahora sabemos que la cepa del cólera en Haití es exactamente la misma cepa del cólera de Nepal”.

Y prosigue la especialista: “Podemos decir ahora que la fuente más probable de introducción del cólera en Haití es la cepa de Nepal y está vinculada al campamento de Naciones Unidas en *Mirebalais*”.¹¹⁴

Imposible no estar de acuerdo con el periodista Mark Doyle de la BBC cuando, al comentar la información, resaltó que: “cada vez que escribo sobre la crisis de cólera en Haití, tengo que pellizcarme para estar seguro que no estoy teniendo una pesadilla, porque los hechos que están a la vista son casi increíbles”.

A pesar de los aliados que la causa de la justicia y de la verdad encontró a lo largo de las luchas por la dignidad de Haití, la Organización que vela por el respeto a los Derechos Humanos en el planeta, prosigue con su tono irrespetuoso, violando el esencial derecho a la vida.

La ironía de la tragedia consiste en constatar que los cascos azules enviados para estabilizar el país y salvar vidas son, en realidad, sus sepultureros, puesto que son los responsables directos de la muerte de miles de personas.

¹¹⁴ BBC News, 8 de mayo de 2013.

Luego de quince meses de silencio, finalmente, en febrero de 2013, el Secretario General de la ONU declaró que la demanda de indemnización solicitada por el Instituto de Justicia y Derechos Humanos (IJDH), en representación de miles de víctimas del cólera, no puede ser recibida. La demanda fue rechazada *in limine*¹¹⁵, pues, conforme al artículo VIII (Sección 29 de la Convención sobre los privilegios e inmunidades de las Naciones Unidas, aprobada por la Asamblea General el 13 de febrero de 1946), los integrantes de las Operaciones de Paz al servicio de las Naciones Unidas se benefician de inmunidad en sus actividades. En consecuencia, no pueden ser objeto de protestas o demandas administrativas y judiciales. En caso contrario, la aceptación “para examinar tales demandas debería necesariamente implicar una revaluación de cuestiones políticas e ideológicas”.

Para las Naciones Unidas el hecho de inocular el bacilo del cólera en un ambiente propicio a su fulminante propagación, no puede ser percibido como crimen, siquiera doloso, vinculado al Derecho Penal, pues sus acciones integran el campo de la política, inmune, por definición, a las normas jurídicas. Se trata, como subraya el IJDH en la respuesta, de una posición “*arbitraria y contraria a los principios de la legalidad internacional*”.

Imposibilitados al acceso de una solución administrativa en razón del sistemático rechazo de la ONU, judicial a través de la OEA o aún a través de la Corte Internacional de Justicia, puesto que ningún Estado se dispuso a presentar denuncia contra las Naciones Unidas, al IJDH le quedó solamente el incierto camino de la justicia de Estados Unidos. Así, al inicio

¹¹⁵ Significa “rechazada completamente, sin siquiera analizarla”. Se trata de una expresión latina utilizada en Derecho Internacional.

de octubre de 2013, fue presentada una acción contra las Naciones Unidas en la Corte del Distrito Federal de Manhattan.¹¹⁶

Hubo condena unánime de la ONU por parte de la prensa, de la opinión pública internacional y de los movimientos de defensa de los Derechos Humanos. Lógicamente, nuevas demandas surgirán en tribunales nacionales y en la Corte Internacional de Justicia. El camino será largo y los adversarios de la justicia son poderosos.

Pero hay esperanza. Particularmente, en razón del reconocimiento implícito de culpabilidad contenido en la respuesta oficial de la ONU, firmada por la secretaria general adjunta, O'Brien. De hecho y por primera vez, sintiéndose acorralada, la ONU abandona la tesis del *concurso de circunstancias*, defendida hasta entonces y se escuda en la supuesta inmunidad de la que dispone (Sección 29 de la Convención sobre los privilegios y las inmunidades de las Naciones Unidas).

Es su último refugio, del cual debe ser desalojada, para que un mínimo de justicia pueda ser realizado. Entretanto, el IJDH le concedió a la ONU, en mayo de 2013, un plazo limitado de 60 días para reevaluar su posición, bajo pena de ingresar con procesos judiciales en tribunales de Estados Unidos y de Europa.

La rápida progresión del cólera en un medio receptivo como el haitiano, transformó la epidemia en la más mortal que el mundo vivió en estos últimos años. Esta peste, por ejemplo, provocó más muertes en Haití que en todo el continente africano.

Los números oficiales sobre infectados y muertos por el cólera están muy por debajo de la realidad. Los 800.000

¹¹⁶ Rick Gladstone: "Rights Advocates Suing U. N. Over the Spread of Cholera in Haiti", en The New York Times, 8 de octubre de 2013.

infectados son únicamente los que presentaron una patología. Sin embargo, según los epidemiólogos, tres cuartas ($\frac{3}{4}$) partes de los infectados no presentan ningún signo de la enfermedad. Así, el número de infectados alcanzaría el impresionante número de 3 millones 200.000 personas, aproximadamente el 30% de la población haitiana.

Por la virulencia del bacilo que, inicialmente, afectó poblaciones campesinas en regiones desprovistas de auxilio médico y de agua potable —particularmente, las montañas situadas a lo largo del valle de Artibonite— centenas de víctimas fallecieron sin recibir ningún socorro y, por tanto, no fueron contabilizadas. Por consiguiente, el número de víctimas fatales es ampliamente superior al indicado por las fuentes oficiales y jamás será conocido con exactitud.

Más allá del extraordinario número de víctimas, debe subrayarse su condición social. Fruto de la secular exclusión social son los segmentos más humildes de la población, esencialmente el campesinado, los que pagan el más alto tributo. No disponiendo de agua potable, se constituye en excepcional, el simple y ‘natural’ acto de higiene personal de lavarse las manos. La regla sociocultural en el universo rural haitiano —dominado por el *vudú*— consiste en tomar los alimentos directamente con las manos, sin el uso de utensilios. No existe fórmula más adecuada para la propagación del virus. ¿Cómo cambiar prácticas sociales y religiosas seculares?

Al visitar al campesino haitiano, Léopold Sédar Senghor dice haber encontrado a África genuina en sus gestos cotidianos, distante empero del deseo de modernización que marca la élite de las grandes ciudades del país. Ésta, indiferente al destino de las clases rurales desfavorecidas y abandonadas, las estigmatiza.

Para la élite haitiana, el cólera es una enfermedad de carácter social que no la alcanza y que, por tanto no merece su atención. Más que las injusticias y abusos consecuentes de las diferencias y matices del color de la piel, lo que impresiona es la persistente e inconcebible segregación social y jurídica entre ciudadanos y campesinos. La epidemia de cólera dejó al descubierto a los ojos del mundo el nudo central de la sociedad haitiana.

El terremoto y el cólera marcaron de modo imborrable el ocaso de la segunda presidencia de René Préval. Pero había un último desafío: la sucesión presidencial.

El actor más potente de la escena política haitiana pos-Duvalier y de la llamada construcción democrática, René Préval, es el político que por más tiempo ocupó el Palacio Nacional desde 1986. Además de primer ministro, estuvo diez años en el ejercicio de la Presidencia de la República.

La imposibilidad de mantener el juego sucesorio entre Préval y Aristide, que marcó todas las elecciones presidenciales en los últimos 20 años, lanza una luz nueva y abre finalmente, después de 1990, la posibilidad de que despunte un tercero. La duda consiste en saber si el sucesor vendrá de la oposición a Préval o si éste tendrá el discernimiento y la capacidad para ungir su candidato.

En cualquiera de las hipótesis, es central el papel que desempeña el presidente en ejercicio, transformado, como ocurre en los demás sistemas políticos contemporáneos, en jefe de partido. Pero, como veremos, la Comunidad Internacional se opone a que esta regla sea aplicada en Haití. Ella pretende deconstruir la capacidad de articulación política de Préval, transformándolo en simple magistrado.

Cabe entonces indagar sobre ese hombre cordial, ungido por amplia mayoría, apoyado por la Comunidad Internacional

en 2006 y que provoca tanto recelo desde finales de 2010. ¿Qué pasó tan extraordinario con Préval a lo largo de estos últimos cuatro años que lo transformó de salvador en enterrador de la democracia haitiana?

CAPÍTULO X

RENÉ PRÉVAL: EL FLORENTINO DEL CARIBE

*Soy el único Presidente que cumplió un primer mandato,
luego un segundo mandato constitucional,
y también el único en 25 años que jamás conoció la prisión o el exilio.*

RENÉ PRÉVAL,
CONSEJO DE SEGURIDAD DE NACIONES UNIDAS,
6 ABRIL DE 2011.

Se ha pensado que el final del segundo mandato del presidente René Préval no podría haber sido más problemático. Contra viento y marea, el jefe de Estado intentaba mantener el país bajo condiciones de un mínimo de normalidad. Misión prácticamente imposible. Principalmente porque se aproximaba el momento de escoger el sucesor. Como siempre pasa en estas oportunidades en Haití, la tensión iba creciendo y a la crisis político-electoral que se avecinaba se sumaban los dilemas de la reconstrucción y la propagación de la epidemia de cólera. Pronto éstas serían suplantadas por aquella.

Maestro del tiempo político, del silencio y de la evasión, Préval consiguió zafarse de las crisis humanitarias. No tendrá igual suerte con la crisis electoral desencadenada por su sucesión. Sorprendentemente, será derrotado en el terreno político, el de su predilección. Irónico destino para alguien habituado a navegar en las turbulentas aguas políticas haitianas y que ha dominado el manejo de la historia reciente del país.

Haití y su turbulenta historia política se destacan en una cuenca caribeña marcada por el sello inagotable de regímenes personalistas, autoritarios, dictatoriales y despóticos. A lo largo del tiempo, los pueblos caribeños se han visto obligados a habituarse a una clase de dirigentes depredadores, cuyo poder es ilimitado.

Entre los alumnos adeptos a los regímenes de excepción, al poder personal, a la incuria administrativa, a la dictadura sin cortapisas, la ciega represión y el subdesarrollo institucional y económico, se destaca Haití con su rosario de dictadores, presidentes de por vida y monarcas de todos los calibres.

En 200 años de historia, solamente René Préval completó dos mandatos alcanzados por la vía democrática y pasó la Presidencia, en ambas oportunidades, a un sustituto constitucionalmente electo. En mayo de 2011 pasó la banda presidencial incluso a un opositor, otro hecho inédito en los anales políticos haitianos. Fue también el único primer ministro en conquistar la jefatura suprema del Estado.

Es imposible no sentir frustración con la trayectoria política de un país marcado por el descalabro político y administrativo y, al mismo tiempo, no ver despertar un interés especial por el personaje que logró romper la histórica rutina.

No se puede pretender aprehender en todas sus dimensiones la compleja personalidad de Préval. Este propósito le corresponde a los contemporáneos y especialistas nacionales, como los estudios contenidos en libros, aun de conocidos críticos, recientemente publicados.¹¹⁷

¹¹⁷ Claude Romnain: *L'énigme Préval*, Ed. Henri Deschamps, Puerto Príncipe, 2011; Fred Brutus (organizador): *100 por ciento Préval*, Editora C3, Puerto Príncipe, 2011; Joseph Lambert: *Les mots en vrai*, Editions C3, Puerto Príncipe, 2012, 214 pp.; Vernet Larose: *Clinton-Préval, le J'accuse de Fidel*. Chroniques

Mi objetivo es simple: relatar las impresiones estrictamente personales que pude reunir sobre Préval a partir de nuestros encuentros, especialmente en el ámbito de las constantes y tenas reuniones con la Comunidad Internacional.¹¹⁸

Lo conocí personalmente en la víspera de las elecciones de 2006. Había sido enviado a Haití por el presidente Luis Ignacio “Lula” da Silva y por el canciller Celso Amorim para actuar como observador de las últimas semanas de la campaña electoral que antecedieron a la contienda. Gracias a los buenos oficios y competencia de Paulo Cordeiro, entonces embajador de Brasil en Puerto Príncipe, tuve la oportunidad de entrevistarme en dos oportunidades con Préval. Interesado en proseguir una conversación que tuvimos en el desayuno, Préval me invitó para un *tête-à-tête* al final de la tarde, tres días antes de la votación de febrero.

Lo que nos interesaba era, antes que nada, profundizar en la sugerencia que le había hecho de que, en caso que fuese electo, preconizase la unión nacional que desembocaría en la firma de un *Pacto de Libertades y Garantías Democráticas* siguiendo el modelo de lo que había sido hecho en la transición del franquismo hacia la democracia en España, con el Pacto de Moncloa. O aún, las distintas variaciones sobre el mismo tema que conocieron las transiciones de las dictaduras militares hacia el poder civil en América Latina.

d'une crise endémique, Editions CIDIHCA, Montreal, 2012, 183 pp.; Himmler Rebu: René Préval, le dernier tango, Puerto Príncipe, 2012, 238 pp.

¹¹⁸ Hijo de un ex-ministro obligado a asilarse con el golpe de François Duvalier en 1963, René Préval estudió agronomía en Bélgica y en Estados Unidos. Regresó a Haití para hacer oposición a la dictadura de Jean-Claude Duvalier. La victoria de Aristide en las elecciones presidenciales de 1990 le sirvió de pasaporte para su extraordinaria trayectoria política.

Comenzaba a anochecer cuando, finalmente, los periodistas y asesores que lo cercaban fueron gentilmente despedidos. Estábamos acomodados en el área externa de la residencia de su hermana. Él me preguntó qué me gustaría tomar. Contesté: “Lo mismo que usted, Señor Presidente.”

Él mismo fue por la bebida y cuando se acomodó trayendo alentadores vasos con güisqui, me dije a mí mismo: “¡esta conversación va a ser contundente!”.

No me equivoqué y allí se inició una relación profesional, política y personal que me llevó a intentar entender a un personaje fascinante, misterioso, reservado, lleno de contradicciones, actualmente poco comprendido, aunque quiero creer que la historia probablemente le hará justicia.

Al explicar la experiencia latinoamericana de transición a la democracia, mencioné la necesidad de que la iniciativa de un Pacto partiese del Presidente de la República, el que invitaría a los demás poderes, jefes de partidos políticos, representantes de la sociedad civil, de las Iglesias, etc., para que, juntos en una asamblea, que podría denominarse *Estados Generales para la Democracia* redactasen un documento definiendo las reglas del juego democrático. Entre los principios básicos estarían la libertad de prensa, el multipartidarismo, la alternancia en el poder, el fortalecimiento de las instituciones del Estado, la autonomía y equilibrio entre los poderes, la creación de un sistema electoral permanente e independiente del poder político, encargado de organizar las elecciones, una ley de Amnistía Política, entre otras iniciativas.

Frente a la crónica inestabilidad política haitiana proponía completar el Pacto con una Resolución emitida por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para significar que no solamente tomaba conocimiento sino que expresase, también y principalmente, una garantía explícita y formal de respeto

internacional a los términos acordados entre los haitianos. Este corolario me parecía doblemente indispensable. Por un lado, para apartar la permanente tentación que domina a ciertos Estados, supuestamente amigos de Haití, de intervenir en sus asuntos estrictamente domésticos. Por otro, como señal para el conjunto de actores y partidos políticos haitianos —cuya práctica recurrente consiste en buscar apoyo y auxilio del exterior para intervenir en las crisis domésticas— que, a partir de este momento, habría un único y exclusivo camino para la conquista del poder: el voto.

Préval oía con interés y hacía observaciones pertinentes. Podía percibir que su impaciencia aumentaba mientras yo repasaba la lista de todos aquellos que deberían ser llamados a negociar y ser partes del Pacto. Él no creía posible reunir en torno a una mesa de negociación tantos actores con intereses, expectativas y perfiles tan distintos. Finalmente, frente a lo que consideraba un ejercicio imposible, indagó: “¿No podría firmar solamente yo este Pacto?”

Una vez electo, Préval llevó adelante parcialmente lo que le había sugerido. De hecho, propuso un Pacto de Gobernanza por 25 años, puso en práctica una estrategia de apaciguamiento social e intentó, durante los primeros dos años de mandato, con Jacques Edouard Alexis en la Primatura, crear un Gobierno de consenso y de unión nacional. Este debería preparar una concertación nacional. Desgraciadamente, pronto tal esfuerzo fue abandonado y volvieron a prevalecer las tradicionales vicisitudes de la política haitiana.

A raíz del cruce y de la interconexión entre las trayectorias políticas de Aristide y Préval, diversos analistas los consideran hermanos gemelos. Préval sería el *marassa*, según el mito *vudú*, de Aristide. Préval respondía con ironía, que si eso fuera realidad, “seguramente no serían hijos de la misma madre...”.

Otras percepciones se aproximan más a la verdad cuando indican que “Aristide es un volcán en permanente erupción, mientras Préval es como un agua siempre tibia”.

Considero que la dicotomía *pirómano-bombero* puede retratar mejor el significado de la acción política del dúo que dominó la política haitiana en este largo periodo de transición a la democracia. Aristide, al prender el fuego era, la mayoría de las veces, su primera víctima. Préval, al apagar incendios, siempre fue considerado, en una cultura política dominada por la obsesión mesiánica, el anti-héroe por excelencia.

Cuando fui a visitarlo por primera vez, en febrero de 2009, ya en mis nuevas funciones, estaba acompañado por Albert Ramdín, que en cuanto inició mi presentación fue abruptamente interrumpido por Préval: “*Esto no es necesario. Ricardo es un amigo de Haití y también mío*”.

De Haití, sin duda. De Préval, todavía no. Las elecciones parlamentares que se avecinaban, como veremos luego, lo demostrarían.

En aquella reunión pude constatar la voluntad de Préval de abrir el abanico de opciones internacionales para Haití. Intentaba huir del *Tridente Imperial* (Canadá, Estados Unidos y Francia) que restringía su margen de maniobra.

Habiendo establecido una provechosa relación con Cuba, especialmente en el área de la salud, así como con Venezuela a través del programa PETROCARIBE, Préval pretendía estrechar vínculos con Argentina, Brasil y Chile (Grupo ABC). Él me confesó: “sé que necesito algo, pero no sé qué. El Grupo ABC puede iluminar mi camino”.

El referido grupo de países sudamericanos respondió positivamente y, con el apoyo de la OEA, propuso un plan de cooperación policial; área carente e históricamente monopolizada por los socios tradicionales de Haití. Tanto la oposición de

estos como las veladas reticencias de la UNPOL, impidieron que la innovadora y prometedora estrategia fuese implementada. La consecuencia de este fracaso es, en la actualidad fácilmente percibida: la participación latinoamericana en la vertiente militar de la MINUSTAH alcanza un 71%, mientras en la UNPOL, un escuálido 2%.

René Préval es un personaje lleno de nacionalismo, inteligencia, perspicacia, ironía, posee un conocimiento profundo de las costumbres políticas haitianas y, sobre todo, denota ser dueño de un humor refinado, pleno de subentendidos y alusiones, que puede ser, cuando es necesario, frío y cortante. Al pretender marcar una posición, enviar un mensaje, manifestar una contrariedad, elaborar una crítica o expresar reservas, Préval jamás lo hace directamente. Echa mano de la ironía para la crítica y del humor para el elogio.

Entre las características principales de la clase política haitiana, que ocupa un lugar destacado en el imaginario social, se encuentra su extraordinario nivel de corrupción. El país se clasifica, invariablemente, en las evaluaciones de *Transparencia Internacional*, entre los más corruptos. Claro está que se trata de un debate sesgado y distorsionado, impregnado de fuerte contenido ideológico, puesto que los resultados de los sondeos resultan de la percepción sobre los índices de corrupción y no sobre la corrupción propiamente dicha. Por tanto, en la medida en que el discurso político sobre Haití subraya este rasgo, el mismo se afirma como una incuestionable realidad. La figura de Préval contrasta en este universo porque aparece como la de un político probo, íntegro y de reputación intachable. No hay confusión de ningún género entre los intereses del Estado y los vínculos familiares.

Hombre discreto, silencioso, de convivencia amena y agradable, el pragmático Préval utiliza preferencialmente chistes y

bromas para transmitir mensajes y posiciones. Las sonrisas amigables, a veces cómplices, sirven para enmascarar posiciones firmes. No raras veces la Comunidad Internacional ha confundido forma y contenido al interpretar la bonhomía de Préval como concordancia o condescendencia.

Al conocer a Préval, cualquier diplomático recién llegado a Haití, era rápidamente seducido por su figura, aparentemente desprovista de carisma, aunque luego se percibiese la singularidad del personaje. Con el pasar de los meses, el encanto inicial se transformaba en reserva y enseguida en crítica. Así fue con todos los interlocutores presidenciales. Unos más, otros menos. Unos más temprano, otros más tarde. Todos pasaban por ese proceso de atracción y distanciamiento. Solamente Préval no cambiaba. Seguía siendo el mismo de siempre, ajeno a sugerencias, presiones y chantajes.

La primera prueba política de nuestro nuevo orden institucional se dio en el momento de las elecciones para el Senado, el 19 de abril de 2009.

Las candidaturas oriundas de la *Familia Lavalas* —partido del expresidente Aristide que seguía presidiendo a pesar de encontrarse en el amargo exilio en África del Sur— a las elecciones legislativas de 2009, no habían sido aceptadas por el CEP, porque faltaba juntar al requerimiento de inscripción, la firma de Aristide.

Podría considerarse una trampa jurídica, ya que la firma debería tener el reconocimiento formal de la autoridad haitiana competente en África del Sur. Sin embargo, Haití no disponía de representación consular o diplomática en aquel país. Fotocopias de la declaración de Aristide tampoco fueron aceptadas. La decisión del CEP inviabilizaba la participación de los candidatos próximos a Aristide.

Para complicar aún más el escenario, el partido *Familia Lavalas* se presentaba desunido, con dos tendencias reclamando su representación. Frente al *imbroglio*, Préval parecía adoptar la postura de magistrado, aunque me haya confidenciado que no era su función unir el *Lavalas* y, por tanto, hacía de todo para corroborar la decisión del CEP, probablemente inspirada por él.

La indefinición de la situación de los aspirantes a candidatos del *Lavalas* dominó durante meses la escena política y electoral. Finalmente, el CEP descartó —sin derecho a recurso— cualquier candidato proveniente del partido de Aristide por vicio de forma.

En mis conversaciones con Préval y con los miembros del CEP, argumentaba que las elecciones tendrían que ser inclusivas y que cabía a los electores la definición de quién debería representar al *Lavalas*. Canadá y Estados Unidos adoptaron la misma postura y divulgaron un comunicado de prensa en este sentido. Sugerí que la OEA también lo hiciese y a continuación reiteramos públicamente nuestra posición.

Las pocas representaciones diplomáticas latinoamericanas en Puerto Príncipe brillaron por su ausencia. Peor. Algunas se opusieron claramente a tomar posición alegando injerencia en los asuntos internos de Haití. Ese fue uno de los pocos episodios en que no recibí el respaldo de los latinoamericanos. Interpreté la postura latinoamericana como una consecuencia del radical alejamiento —imponente cuando se trata de una mayoría de países gobernados por la centro-izquierda— del movimiento *Lavalas* durante la crisis que llevó a Jean-Bertrand Aristide a abandonar el país en 2004.

A Préval tampoco le gustó el Comunicado de la OEA. En la primera oportunidad que tuvo hizo alusión al caso de Orlando Malville, que había sido enviado Especial de la OEA y

declarado *persona non grata* por el Gobierno Haitiano en 2000. Me hice el desentendido, aunque notara que el recado había sido transmitido y que, tal vez, nuestras relaciones se volviesen más difíciles en el futuro. Pero eso no ocurrió.

Imposibilitados de participar, el *Lavalas* adoptó la estrategia de presentar sus candidatos en otros partidos. Pero, un grupo más radical optó por el *boicot* a la votación. El panfleto apócrifo, transcrito más abajo, fue encontrado en las calles de Puerto Príncipe en la mañana de la votación.

TEXTO DE PANFLETO APÓCRIFO LANZADO EN LAS ELECCIONES SENATORIALES DE 2009

19 DE ABRIL, JORNADA PUERTAS CERRADAS, POCO IMPORTA LOS QUE MUERAN LAS PERSONAS QUE SE ENCUENTREN EN LAS CALLES EL DÍA 19 DE ABRIL, DEBERÁN ESCRIBIR SUS NOMBRES EN LA PLANTA DE LOS PIES MADRE Y PADRE ÁRMENSE DE VALOR
COMENZÓ LA REVOLUCIÓN CONTRA LOS INGRATOS Y LADRONES PARA ACABAR CON LA MISERIA

El resultado de las elecciones senatoriales cambió la composición de la Cámara Alta. La mayoría de ésta, inspirada por el propio Préval, decidió votar una moción de censura a la primera ministra Michèle Pierre-Louis. Siendo absolutamente natural, en un régimen parlamentarista, el cambio gubernamental cuando surge una nueva mayoría, la Comunidad Internacional se insurreccionó y se opuso a que tal regla fuese aplicada en Haití. La primera ministra Pierre Louis debía, según la preferencia de la Comunidad Internacional, permanecer en su puesto.

El Grupo CORE redactó una nota, bajo inspiración del representante de la Unión Europea —el italiano Francesco Gosetti Di Sturmeck— y contando con el apoyo de Estados

Unidos, protestó contra la eventualidad de que el Senado votase una moción de censura a Pierre Louis.

Antes de hacerla pública, intenté que los colegas —la mayoría oriunda de países con regímenes parlamentaristas— percibiesen que no podíamos aplicar dos pesos y dos medidas. O sea, lo que es algo normal en sus países, se transforma en sacrilegio cuando de Haití se trata. Finalmente, gracias a la intervención de Igor Kipman, fue abortada esa nueva injerencia de la Comunidad Internacional. La nota no fue divulgada y Préval pudo designar a Jean-Max Bellerive como su nuevo primer ministro sin que hubiese injerencia pública de la Comunidad Internacional.

A los ojos de la Comunidad Internacional, el Préval de la estabilidad y el ser dotado de cierta cordialidad, desaparece con el sismo del 12 de enero de 2010. No solamente cambiará profundamente su comportamiento, como igualmente los desafíos del país serán de otra naturaleza, exigiendo otras aptitudes. Si hasta entonces habíamos tenido un casamiento casi perfecto entre Préval y el momento histórico haitiano —destacado por la calma política y la estabilidad macroeconómica— el terremoto volverá inevitable un divorcio traumático.

En la tarde del 12 de enero, Préval había sido invitado para presidir una ceremonia conmemorativa del 150° aniversario de la Facultad de Derecho de la Universidad Estatal de Haití —UEH, que debería ocurrir en la tardecita en el Hotel Karibe. Indeciso, finalmente él aceptó la invitación y salió del Palacio Nacional para la residencia oficial ubicada en *Canapé Vert* antes de subir y dirigirse a *Pétion-Ville*.

Cuando ocurre el sismo, él se salvó en dos oportunidades: una primera porque no estaba en el Palacio Nacional cuando éste se derrumbó; una segunda, cuando la residencia oficial, situada en una de las áreas más afectadas por el sismo, también

se vino abajo. En el fondo de su residencia destruida, Préval sabe que algo grave pasó, pero no está consciente de su alcance. Dejemos que él describa:

“Ese día estaba invitado a participar en la celebración de los 150 años de la Facultad de Derecho de la Universidad Estatal de Haití —UEH. Habitualmente, no me gusta ir a ese tipo de ceremonia, entonces había dicho que comparecería el año próximo. Pero, finalmente, me convencí que tenía que ir, porque ésta es una fecha única en la historia de la Facultad. Me dejé convencer y esto es lo que explica que haya dejado el Palacio Nacional más temprano ese martes. Fue lo que me salvó porque si hubiera estado ahí en el momento de la catástrofe, podría estar muerto ahora.

Me fui enseguida a mi residencia privada en el barrio Canapé Vert para prepararme para ir al Hotel Kari-be en Pétiön-Ville, donde se desarrollaría la ceremonia. El sismo ocurrió cuando todavía estaba en mi casa y allí también hubiese podido morir porque mi casa también se derrumbó. Lo que me salvó, una vez más, fue que uno de mis nietos pequeños jugaba en el patio y me fui a jugar con él, cosa de pasar el tiempo antes de ir a mi compromiso, porque me había ido muy temprano del Palacio. Cuando la tierra empezó a temblar, me di cuenta de que se trataba de un terremoto, y mi primer impulso fue proteger al niño con mi cuerpo.

Casi enseguida, traté de comunicarme con los miembros del gobierno pero no había comunicación. Traté de ubicar al Embajador francés Didier Le Bret para pedirle el envío de socorristas como ya había hecho para *Nerette* [escuela que también se derrumbó matando a decenas de niños], pero me dijo que su residencia también se había venido abajo. Desconcertado, trate de llamar a Hédi An-nabi, pero me informaron que su Cuartel General también se había derrumbado y él estaba allí. Supe que el

personal cercano a los ministros se encontraba impactado, que las estructuras del Estado estaban destruidas. Me sentía desamparado.

Ante la imposibilidad de desplazarme en automóvil, llamé a un motor-taxi (“motoconcho” en República Dominicana) para rastrear la ciudad. En Bel Air, el primer barrio por el que pasé, comencé a darme cuenta de las dimensiones del desastre. Había visto cadáveres en los dos lados de la ruta. Pasé frente a la Escuela Nacional de Enfermería y vi a personas del pueblo tratando de salvar alumnos y profesores presos en los escombros. Fue entonces cuando me sentí aplastado por mi impotencia frente a la tragedia”.¹¹⁹

Luego de disculparse con la población por no haberse manifestado hasta entonces —en un silencio, luego interpretado por la oposición como distanciamiento del drama que se abatió sobre su país y su pueblo—, concluye un desolado Préval: “El Presidente también es humano y los grandes dolores son mudos”.

Chocado, ausente, silencioso, Préval es una sombra del presidente que el país necesitaría durante las primeras semanas siguientes al terremoto. Sus numerosos críticos lamentan que él no haya hecho un llamado a la unión nacional y a una convocatoria colectiva para la reconstrucción. En silencio, él intenta absorber un golpe que lo dejó arrodillado.

Hay muchas anécdotas sobre el lamentable estado psicológico de Préval. Por ejemplo, un amigo escucha sonar el timbre en el portón de su residencia. Al abrirlo, se encuentra con René Préval. Llegó caminando por la calle destruida. Al entrar en la

¹¹⁹ Entrevista exclusiva concedida a TVC, estación de televisión privada de Puerto Príncipe, 30 Enero 2010.

casa, le ofrecen café. Entre palabras entrecortadas por sollozos, Préval busca consuelo. Gradualmente se va calmando y parte, solitario, tal como había llegado.

Con su Palacio destruido, Préval intenta encontrar donde instalar su oficina. Finalmente encuentra, gracias a Jean Max Bellerive, un pequeño espacio originariamente destinado a la Policía Judicial, próxima a la pista del Aeropuerto *Toussaint Louverture*. Es un edificio bajo, dotado de locales exiguos, que reflejan fielmente el estado calamitoso en que se encuentra el Ejecutivo haitiano.

La proximidad con el nuevo local de la oficina política de la MINUSTAH, permite a Préval visitar al nuevo representante del SGNU, el político guatemalteco Edmond Mulet Lesieur. Aislado, solitario, impotente, Préval llega, se instala e inicia una conversación que más se parece a una terapia. Perdido, con la mirada ausente y distante de la cruda realidad, Préval no tiene noción sobre qué hacer con las urgencias y los dramas que se acumulan. Este letargo se prolonga durante varios meses. Al contrario de su pueblo, que lucha con la fuerza de la desesperación y de la esperanza, su Presidente está postrado.

Con el pasar de las semanas, comienzan a surgir críticas y observaciones de la Comunidad Internacional que, progresivamente, toma conciencia de la inoperancia gubernamental. Sobre todo, porque muchos vieron en la tragedia una oportunidad única para poder colaborar con el Estado haitiano de forma distinta, con eficacia, de modo de beneficiar a todas las partes involucradas. Sin embargo, la realidad es frustrante. La resignación frente al cruel destino impregna a varios importantes actores del proceso de reconstrucción y de transformación del país.

Los ejemplos son numerosos: un país americano pretendía donar seis millones de dólares, pero no obtuvo ninguna garantía

sobre el destino de los recursos y abandonó su plan; Brasil mismo entregó proyectos de envergadura —como el caso de la represa de Artibonite— y de hospitales, y no encontró el eco esperado; una ONG seria y respetada pretende construir viviendas para los sin techo y no consigue avanzar por faltar la firma de un ministro; otro país pretende enviar 70 mil tablas para la reconstrucción y no lo logra, pues el ministro haitiano responsable no firmó el acuerdo de donación; un embajador fue obligado a ir personalmente retirar 2 mil televisores y DVDs que habían sido donados hacía más de dos años para una campaña de alfabetización —que jamás se hizo— y que se encontraban abandonados en los sótanos del Palacio Nacional. Solamente así, en la condición de obrero de transporte de su embajador, fue posible al país donador retirar el equipamiento y redirigirlo a otros programas.

Esta situación impone una gran frustración a parte de la CI comprometida con Haití y que trata efectivamente de trabajar para disminuir el sufrimiento del pueblo haitiano. Darse cuenta de que las dificultades y trabas provienen, por acción o por inacción, antes que nada, del mismo Gobierno, significó un proceso de aprendizaje doloroso para la CI. Motivó que, irremediabilmente, se fuera distanciando de Préval, percibido, a partir de entonces, como un dirigente inoperante y despreocupado de su pueblo.

Por un lado, la falta de transparencia, de efectividad y la poca gobernabilidad del país y, por otro, el hecho de que la CI financia casi totalmente el Estado haitiano, todo esto derivó en desconfianzas mutuas, críticas veladas, resentimientos incontenidos y oposiciones intransigentes.

Frente a esta situación, la CI simplemente decidió reforzar lo que ya hacía habitualmente y tomar el camino más fácil: el financiamiento directo de las actividades de las organizaciones

no-gubernamentales —todas extranjeras y vinculadas a los países donadores— que, supuestamente, reemplazarían a un Estado ausente. Se creó una verdadera *República de las ONGATs*. Cada una posee su propia estrategia y objetivos que no guardan ni las mínimas relaciones con los escasos, frágiles y muchas veces, poco reales proyectos gubernamentales.

Para la CI, lo menos admisible del gobierno Préval —que en esta cuestión sigue una línea de los gobiernos que lo precedieron— fue el elevado grado de indiferencia hacia la pobreza y miseria que atormentan a la mayoría da población. Con su humor fino y cáustico el propio Préval me contó un episodio revelador en el momento de una visita al Norte del país, luego de haber sido electo en 2006. Uno de sus electores se aproximó y le dijo: “Ahora sí, Presidente, vamos a cambiar nuestro país”. La respuesta de Préval fue inmediata y tajante: “si deseabas cambiar el país con tu voto, deberías haber votado por otro candidato”.

Aunque supiese, por convicción y pragmatismo, que el camino de los cambios profundos y radicales no se encontraba en el horizonte de su Gobierno, Préval estaba convencido de que algo debería intentar hacer para mejorar mínimamente la inserción internacional de Haití, aumentando su casi nulo poder de negociación. La cooperación venezolana ofrecida por Hugo Chávez aparece, concretamente, como solitaria opción. El juego, entretanto, está lleno de riesgos y de trampas. El camino es estrecho y tortuoso. Préval debe, simultáneamente, buscar beneficiarse de las ventajas del Programa PETROCARIBE y, al mismo tiempo, no herir la susceptibilidad de Estados Unidos, “que considera *que un acuerdo con Chávez puede causar problemas con nosotros*”.¹²⁰

¹²⁰ Kim Ives: “Comment Washington et les grandes compagnies pétrolières se sont battus contre PETROCARIBE en Haïti”, Documentos divulgados por Wikileaks, en Haïti Liberté, vol. 6, n. 51,3 de julio de 2013.

Negociaciones, presiones, aparentes concesiones y, finalmente, la decisión de poner en práctica el acuerdo, se arrastraron durante tres largos años. Cada episodio de aproximación entre Puerto Príncipe y Caracas fue marcado por la preocupación de Préval de apaciguar a sus interlocutores norteamericanos. En correspondencia del 26 de marzo de 2006, la embajadora Sanderson informa sobre los grandes esfuerzos de Préval para rechazar cualquier aproximación con regímenes socialistas latinoamericanos. Sanderson explica que

“Préval tiene lazos personales estrechos con Cuba, por el hecho de que fue tratado de un cáncer de próstata, pero ha afirmado a la embajada que cultivaría relaciones con Cuba y Venezuela únicamente para el beneficio del pueblo haitiano y que éstas no se fundamentan en ninguna afinidad ideológica con esos gobiernos”.

El 12 de marzo de 2007, Chávez realiza una visita apoteósica a Haití. Recibido por decenas de miles de personas, declara en uno de sus discursos, que Venezuela tiene una deuda histórica con Haití. Para compensarla, propuso varios proyectos de ayuda en las áreas sociales, económicas, energéticas y de infraestructura.

Preocupado, Préval envía a la embajada de Estados Unidos uno de sus consejeros económicos, Gabriel Verret, supuestamente para lamentar la venida de Chávez. A continuación, el propio Presidente indica a Sanderson sus reservas con respecto a la visita de Chávez:

“Chávez fue un huésped difícil. Aún sin haber recibido la invitación del gobierno de Haití, él insistió en venir a celebrar el Día de la Bandera de Venezuela. Préval subrayó haber hecho muchos esfuerzos para impedir que Chávez, tal como quería,

impactase a la masa. Él se opuso a una manifestación liderada por Chávez que se haría desde el aeropuerto hasta la embajada de Venezuela. Préval explicó que él no es más que “un pequeño burgués independiente” y que no tiene el gusto por los grandes gestos que Chávez cultiva. Haití necesita la ayuda de todos sus amigos y René Préval está seguro que Estados Unidos comprenderá la delicada posición en la que nos encontramos”.

La embajadora Sanderson desconfía y piensa que “Préval y compañía exageran probablemente su antipatía hacia Chávez para agradarnos”. Ante esas sospechas, Préval envía entonces al presidente del Senado, Joseph Lambert, para explicarle las cosas tal y como eran. Sanderson hace una descripción de esa conversación:

“[...] una atmósfera muy tensa entre bastidores de la Cumbre del ALBA, entre el presidente Préval y Chávez. Según Lambert, Préval rechazó su afiliación al ALBA e hizo saber a Chávez que si la afiliación al ALBA constituía una condición para recibir la ayuda de Venezuela, él abandonaría la Cumbre. Lambert agregó que Préval y Chávez tuvieron una confrontación respecto al tema del tráfico de drogas, las representaciones diplomáticas, la vestimenta para la ceremonia de clausura de la Cumbre (Chávez quería que todo el mundo se vistiera de rojo) y los términos del acuerdo energético que Chávez ofreció a Haití”.

Caminando sobre el filo de la navaja, Préval consigue, entretanto, hacer que Sanderson crea en su sinceridad. Su delicada maniobra logra convencer a Washington de que “él parece perder la paciencia: Lambert dijo que Préval se pronunció como anti-ALBA en el momento del encuentro privado con Chávez en la Cumbre del ALBA en abril de 2007”.

La histórica estrategia haitiana del encubrimiento, utilizada por Préval, rindió, momentáneamente, los frutos esperados.

No obstante, más tarde, Estados Unidos pasará la factura y hará pagar caro a Préval por el engaño.

Preocupada, exhausta y bajo la influencia de corrientes contradictorias, el papel de la CI es complejo. Cuando la campaña para la sucesión de Préval, se notó que la gran mayoría de los candidatos era heredera del continuismo. Comenzando por el candidato de Préval, que podría ejercer el papel que fue el de Medvedev en la transición rusa. La CI no medirá esfuerzos y sobrepasará alegremente, como veremos después, todos los límites de la decencia y del buen juicio a fin de descartar tal posibilidad. Préval no percibió el peligro que corría. Su error fue fatal. Jugó y perdió.

La mayoría de las veces, la Comunidad Internacional se satisfizo con los resultados de sus encuentros con Préval. Los silencios de éste eran interpretados como consentimiento. Sus falsas promesas se transformaban para nosotros en compromisos seguros. Su aparente concordancia nos convencía de que habíamos alcanzado lo que buscábamos. Solamente con el pasar del tiempo volvíamos a los senderos de la estrecha realidad. En ese sentido, Préval “cocinaba el gallo”: —gallináceo símbolo del movimiento Lavalas—, con el cual él nunca rompió definitivamente.

En varias oportunidades tomé distancia de los debates que se daban con la CI y, fascinado, observaba actuar a Préval. De complexión frágil, pequeño, con una calvicie pronunciada y una barba blanca cubriéndole el rostro, se colocaba él, solitario, frente a un grupo nutrido de embajadores que representaban el poder internacional de manera incuestionable. Presidente de un país cuyos índices —cualesquiera que fuesen— constituyen la prueba evidente de una crónica y recurrente debilidad.

Albergando la única Operación de Paz de las Naciones Unidas en las Américas, su suelo ocupado por millares de

soldados y policías oriundos de varias latitudes, culturas, lenguas y religiones, Préval, lógicamente, debería haber sido llevado a componer, a aceptar, a aprobar, a someterse. Sin embargo, nada era más distante de la realidad.

Los más importantes integrantes de la Comunidad Internacional actuaban como una orquesta. Cada uno conocía su partitura y la ejecutaba. No tanto con brío, sino con fuerza. De hecho, no se trataba de una orquesta sinfónica, era más bien una banda militar. Préval, en el inicio, no sabía de dónde provenía el tiro (o cuál instrumento sonaría). Luego aprendió. Entonces se defendía como mejor podía, echando mano a todo lo que encontraba a su alcance. Su táctica era simple: atacar antes de ser atacado; debilitar antes de ser debilitado. Identificar y explorar las eventuales fisuras de su oponente.

No dejaba de ser sorprendente cómo aquel hombre delicado y de frágil complexión física se agigantaba y definía con perspicacia y firmeza, en el inicio de cada ejercicio, cuáles serían las reglas del juego. Quién era quién. Lanzaba ironías, utilizaba el humor —a veces cáustico, a veces fino— nunca dejando de lado una oportunidad para ejercitar su ironía.

Sus interlocutores vestían, invariablemente, cuello y corbata. Solamente él se permitía una camisa deportiva de mangas estrechas. En este detalle surgía el primer contraste y la definición de los papeles. Nosotros con mucho respeto al protocolo y Préval, sin embargo, con insolente desdén. Con todo el poder que representábamos, nos encontrábamos frente a un presidente de un Estado que muchos consideraban que ni siquiera existía, que era una ficción jurídica. Su más alto representante, sin embargo, se portaba con dignidad. Ciertamente enfrentábamos a un Préval debilitado, pero que no dejaba de ser un competidor audaz, corajudo, sagaz, fino, perspicaz y habilidoso.

En enero de 2009 la Reina Sofía de España visitó Haití. Había la intención de anunciar una inversión del grupo de Hotelería Meliá para un importante proyecto turístico. Sorprendentemente nada fue aprobado. Por temor a la aculturación, Préval se opuso a que Haití —tal como ocurre con la vecina República Dominicana— se transformara en un paraíso para el turismo de masas.

Según Préval, Haití debía continuar siendo un destino turístico para pocos, especialmente para los que buscasen atracciones culturales y paisajes vírgenes. El embajador de España jamás lo perdonó y a partir de entonces se opuso sistemáticamente a Préval.

La interminable crisis incluyó la composición del Consejo Electoral Permanente, confundiéndose no solamente con la organización de las elecciones, sino también con la propia institución de la democracia representativa en Haití. Haciendo eco a las reivindicaciones de la oposición, parte importante de los representantes de la Comunidad Internacional ejercían constante presión sobre Préval.

Una de las figuras serviles era Albert Ramdin. Después de conseguir monopolizar los temas haitianos en el seno de la OEA por medio de la creación de un grupo de Países Amigos del cual él, personalmente, ejercía la coordinación, Ramdin se considera gran especialista en el asunto. Su presencia en Puerto Príncipe era tan constante como inocua. Alimentado exclusivamente por informaciones provenientes de la supuesta organización *Iniciativa de la Sociedad Civil* (ISC) dirigida por el lobista Rosny Desroches y financiada por Canadá y la Unión Europea, Ramdin hacía coro contra Préval.

Irritado con el comportamiento de Ramdin y la superficialidad de su análisis, en cierta oportunidad Préval replicó: “Esto que usted presenta aquí son exactamente los mismos

argumentos de la oposición. Parece que usted se convirtió en el vocero de ellos”.

Observé un Ramdin abatido con la crítica. Sin saber qué hacer, intentaba encontrar explicaciones y disculpas. Luego, la conversación se terminó. Al despedirse de Préval, Ramdin le susurra: “Dígame, Presidente, qué es lo que usted quiere que diga”.

Convocados en cierta ocasión al Palacio Nacional, una vez más, para tratar del insoluble supuesto problema de la composición del CEP, por sugerencia del embajador canadiense Gilles Rivard, se decidió arrinconar a Préval en una reunión previa con representantes de la Unión Europea, de Estados Unidos (Cheryl Mills), de la ONU (Edmond Mulet), de Francia (Le Bret) y yo mismo representando a la OEA. Préval se presta de buen grado a la maniobra y se presenta solo, como casi siempre, sin asesores, ministros o consejeros.

Después de un intercambio de leves y sutiles finteos, Gilles Rivard valora que ha llegado el momento de la embestida final. Con la delicadeza y tacto típicos de los leñadores del gran norte canadiense, él lanza un sinnúmero de acusaciones a los miembros del CEP: de la incompetencia a la malversación, de la imprevisión a la mala fe; del amateurismo a la irresponsabilidad. Rivard parecía encontrar en el Colegio del CEP el conjunto de males que afligen a la sociedad haitiana, a pesar de que estaba claro que, de hecho, sus estocadas tenían un único destinatario: Préval. Por vías indirectas Rivard pretendía menospreciar la autoridad de Préval. Este lo escucha en silencio.

Como manteníamos una actitud cautelosa, Rivard se sentía envalentonado e incrementaba el tono y el entusiasmo de la crítica. Prosiguiendo en su discurso, imaginando representar la posición de todos, él estaba convencido de que la falta de reacción de Préval significaba que él se preparaba para capitular.

Finalmente, después de cuatro años de reñida lucha, sería modificada tanto la composición del CEP como sus atribuciones. Sería la primera victoria política de la Comunidad Internacional en su lucha con Préval.

Al final de la diatriba de Rivard, Préval se yergue bruscamente y dirigiéndose a él, con las manos cerradas y los brazos extendidos, declara: “Señor Embajador: si es verdad todo eso de lo cual usted me acusa, le pido que me espose y me conduzca a prisión.”

Tomado por sorpresa, Rivard no sabe cómo contestar. Intenta balbucear explicaciones. Préval entonces reitera su increíble y absurda solicitud. Nos miramos. Nadie sabía cómo reaccionar a no ser expresando una sonrisa forzada.

La grotesca escena sirvió para colocar una lápida sobre el asunto. Jamás el tema de la composición del CEP volvió a la mesa de negociaciones.

A inicios de diciembre de 2010, en el auge de la crisis electoral, pocos días después de la publicación en *Wikileaks* de una comunicación con fecha junio de 2009 al Departamento de Estado por la entonces embajadora de Estados Unidos en Puerto Príncipe (Janet Sanderson), hubo una reunión de la CI con Préval, en su residencia privada, localizada en la carretera de *Kenscoff*, un poco encima de *Pétion Ville*. Estaban presentes todos los diplomáticos que cuentan. Encabezados por Mulet, querían imponer a Préval la aceptación de un poder ilimitado para la Misión de Observación Electoral de la OEA/Caricom que se encontraba en el país. Eso de hecho aconteció, pues la Misión se transformó luego, en un instrumento para el recuento de los votos.

Se trataba, por tanto, de una reunión tensa y decisiva, en la cual Préval tenía mucho que perder, pues probablemente el candidato de la Unidad, Jude Célestin, que había conquistado

el derecho de estar en el segundo lugar de la elección presidencial según los resultados divulgados por el CEP, podría resultar desplazado de su lugar y descartado de la campaña presidencial.

Entrando en el juego, un Préval solitario ante una manada decidida, dirige sus estocadas y se refiere, dirigiéndose al nuevo embajador de Estados Unidos (Kenneth Merten), a las consideraciones de la ex embajadora Janet Sanderson. He aquí sus palabras: “Ella [Janet Sanderson] sostiene que yo tengo un carácter de camaleón. Estoy de acuerdo. Siempre que camaleón signifique la capacidad de adaptarse a las circunstancias para defender mejor los intereses de Haití.”

Y prosigue Préval:

“Ella hizo alusión igualmente al hecho de que yo soy nacionalista. Sí. Yo lo soy pues prefiero defender los intereses haitianos a los del Partido Republicano [de Estados Unidos]. Ella menciona también que yo soy testarudo. Sí. Yo lo soy porque percibo claramente cuáles son las necesidades de mi país y lucho con el fin de que haya una respuesta para ellos”.

Préval no menciona un aspecto fundamental resaltado en aquel momento por Sanderson y que paulatinamente se convirtió en una verdadera obsesión: el recelo de que una vez lejos del poder fuera obligado, tal como ocurriera desde 1986 con seis de sus predecesores, a partir al exilio. A pesar de tener una residencia en la Florida y que los hijos de su actual esposa vivieran en Estados Unidos, Préval consideraba que desertar de su patria significaba su muerte. Reiteradas veces él mencionó el trauma que sería vivir en el exilio. Inclusive señalaba su profundo temor a propósito de un episodio personal. Durante el golpe de Raoul Cédras en 1991, Préval prefirió buscar protección

en la Embajada de México en Puerto Príncipe, en el interior de la cual permaneció por más de un año cuando, finalmente, decidió asilarse en Estados Unidos.

Volvamos a la reunión. Después de haber dado la estocada a Washington, Préval se vuelve hacia el nuevo Embajador de Canadá, Henri-Paul Normandin. Menciona a su antecesor, Gilles Rivard, que en un correo electrónico confidencial dirigido a los demás miembros del Grupo Central —al cual Préval había tenido acceso sin mencionar, lógicamente, cómo lo había conseguido— hacía consideraciones sobre cómo actuar delante del Presidente a fin de ejercer presión para que él cambiase la composición del CEP. Una jugada osada y corajuda que dejó a sus interlocutores desarmados e inquietos. Los dados ya estaban lanzados y Préval sabía que era poco lo que había por hacer, a no ser el intento por salvar la dignidad.

Otro triunfo importante de la Comunidad Internacional, la cual siempre estaba a disposición de Washington en sus relaciones con América Latina, especialmente con el Caribe y América Central, era la constante amenaza de suspensión de las visas de entrada en el territorio de Estados Unidos (en el caso haitiano, lo mismo era válido también para Canadá) para los políticos recalcitrantes. Los hijos de la actual esposa de Préval estudiaban en Estados Unidos y naturalmente la reacción materna era protegerlos. Ciertamente Préval sufrió presiones en el interior de su casa para admitir y concertar con la Comunidad Internacional.

Préval es un antihéroe según los cánones de la política haitiana. Exactamente lo contrario del prototipo de jefe considerado ideal. Desprovisto de carisma, ejerce el poder con parsimonia no inspirando ni miedo ni odio ni amor desmedido. Su marca registrada es la moderación —pudiendo ser falsamente interpretada como indiferencia— cuando en la realidad se trataba de su impotencia y la de su gobierno.

La turbulenta vida política haitiana conoció relativa calma con Préval. En su gobierno nunca fue abandonado el camino hacia la democracia, del diálogo y de la busca de consensos. Su creencia en la total e irrestricta libertad de prensa lo transformó en blanco ideal para muchos. A pesar de los ataques feroces y constantes, particularmente en el caso de su segundo mandato, Préval jamás tomó ninguna medida para censurar el bien más considerado por todo demócrata: la libertad de prensa, aun cuando la crítica fuera injustificada.

Desconfiado de las instituciones, Préval se presenta como un anarquista. Creía mucho más en los hombres que en las estructuras, fuesen ellas particulares, o del Estado. Para regocijo de la Comunidad Internacional, con Préval los partidos políticos se debilitaron y el indispensable y urgente fortalecimiento del Estado fue dejado hasta las calendas griegas.

En un país acostumbrado a que los conflictos políticos y de intereses sean resueltos por la utilización de los mecanismos de poder conduciendo a la exclusión, a la violencia, al exilio y a la dictadura, la actitud tolerante y conciliadora de Préval constituye un marcado contraste.

Sus opositores políticos no fueron perseguidos u obligados a buscar protección en el exterior. Durante su mandato había una absoluta e infranqueable frontera que separó su familia de los asuntos de Estado. Ningún pariente próximo o lejano fue beneficiado con donaciones, cargos o ventajas. Su manera republicana de administrar los escasos bienes públicos provoca admiración de muchos y críticas de pocos.

Ciertamente el nivel analítico de la política haitiana, el cual, con cierta razón, Préval se enorgullecía poseer, también lo indujo a cometer errores y omisiones. No podía dejar de haber una desproporción entre las apremiantes exigencias del país y

la actitud de moderación de Préval. El político providencial en tiempo de transición deja de serlo en las circunstancias excepcionales provocadas por el terremoto. La normalidad democrática representada por Préval no estaba más en la orden del día.

Con razón, sensibilidad e inteligencia, el editorialista Frantz Duval del periódico *Le Nouvelliste* resume perfectamente el papel histórico e innovador de René Préval en la política haitiana:

En la historia reciente de Haití, hay un Presidente que desafía todas las estadísticas: René Préval. Él ha surfeado sobre las más altas funciones. Nadie le daba comunión sin confesión en 1990, nadie creía en un destino tan pleno.

Como Jefe de Estado él se enteró de incidentes, pero el tren de la democracia no se salió nunca de sus raíles bajo su liderazgo.

En clave analítica de la lectura haitiana, el hombre de *Marmelade* no es el jefe ideal. No se lo percibe como un hombre fuerte, un todopoderoso, un carismático, un halagado, ni como un rico. No es temido, ni produce temor. A pesar de que el desamor ha marcado sus últimos meses en el poder, no por eso ha sido detestado.

Préval es un modelo de moderación en todo. Tanto en sus maneras como en los sentimientos que él inspira.

Sin renunciar a una pizca de su poder ni a los privilegios que de ellos emanan, supo manejar las situaciones. Nunca ha estado en contra del pueblo salvo por su indiferencia en momentos claves. El presidente asombrado después del temblor del 12 de enero de 2010 y el Préval de las elecciones perdidas por la plataforma INITE no resumen al fino político de los últimos veinte años. Sus debilidades y fracasos solamente subrayan que él es un hombre.

La música acompasada del aparentemente nuevo y luego viejo autoritarismo fue del agrado de la Comunidad Internacional. Abandonado Préval, más que cambiar una página de la Historia, se trata del descarte de un modelo marcado por la moderación que conoce entonces su ocaso. Tal vez más pronto de lo que se espera, el pueblo haitiano y la Comunidad Internacional tendrán demostraciones de sobra de que se engañaron o que fueron engañados. Habrá llegado el momento, entonces, en que todos se convencerán del lugar especial que *Ti René* ocupa en el Panteón de la historia haitiana y en la construcción de la democracia en las Américas.

TERCERA PARTE
LOS EXTRAVÍOS INTERNACIONALES: LA PARODIA

Haití es nuestra Tierra Santa.

HUGO CHÁVEZ FRÍAS

PREÁMBULO

Los extraordinarios desafíos en los ámbitos económico, social, de reconstrucción y de lucha contra la epidemia de cólera deberían dejar en un segundo plano los dilemas políticos haitianos, como el de la sucesión presidencial. Pero, tal como se ha enfatizado a lo largo de este libro, son los temas políticos, y entre ellos el electoral, los que constituyen el núcleo del entramado haitiano. Una demostración cabal del fenómeno ocurre con ocasión de las elecciones presidenciales de fines de noviembre de 2010.

CAPÍTULO XI

UNA MISIÓN CASI IMPOSIBLE

Basta organizar elecciones puntuales para legitimar la democracia, después lo que importa es el rito sin preocuparse mucho de sus vicios: el clientelismo, la corrupción, el fraude, el comercio de votos.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ.

El terremoto obligó a la transferencia *sine die* (sin fecha definida) de las elecciones parlamentarias (Cámara de Diputados y un tercio del Senado) previstas, según el calendario electoral, para febrero de 2010. A ellas se agregaban las elecciones municipales y la necesidad de escoger al sucesor de Préval, cuyo mandato terminaría en mayo del año siguiente. De esa forma, el año del terrible terremoto será también un período de fiebre electoral y, como si no bastase, el del surgimiento de la epidemia del cólera. Horrible año donde todos los peligros decidieron amenazar a la sociedad más frágil de las Américas.

Preocupado con los desafíos electorales, Préval deja claro que no se puede confiar en la capacidad institucional del país y pretende compartir la responsabilidad con las Naciones Unidas. Así, el 22 de marzo de 2010 envía una carta al Secretario General Ban Ki-moon, en la cual solicita la asistencia para decidir cómo y cuándo podrían realizarse las elecciones.

Del 19 al 30 de abril una Misión de Especialistas de la ONU, bajo la jefatura de Tadjouline Ali-Diabacté —encargado del Departamento Electoral de las Naciones Unidas— visita Haití y tranquiliza a todos sobre la posibilidad de la realización de las contiendas electorales, según el calendario siguiente:

- De junio a agosto: actualización de la lista (o padrón) electoral.
- De julio a octubre: preparación de las elecciones.
- Noviembre: primer turno de las elecciones presidenciales.
- Entre diciembre de 2010 y enero de 2011: segundo turno.

El conjunto de recomendaciones indica que muy rápidamente el sistema de las Naciones Unidas será contemplado para asumir la responsabilidad técnica, financiera, logística y de seguridad de las elecciones. La OEA, que hasta entonces prestaba asistencia técnica permanente al CEP, decidió restringir su aporte a dos campos. Por un lado, proseguir con la confección de las Cédulas de Identidad, documento indispensable para ejercer el derecho de voto y banco de datos para elaborar la lista electoral. Por otro, la OEA acompañaría la campaña electoral y la votación con una Misión de Observación Electoral.

Ocurre que desde el escándalo de *Petite Rivière de Artibonite* cuando las elecciones senatoriales de 2009, la OEA había decidido no integrar más el cuerpo técnico del CEP. El campo de batalla sin cuartel en que se transformó la cooperación extranjera prestada a Haití, sería prontamente ocupado por las Naciones Unidas a través del PNUD. Aunque no conocía el terreno político haitiano, y sin siquiera pericia técnica y electoral, no vaciló en monopolizar el proceso electoral. Para hacerlo contrataron a ex especialistas de la OEA, incluso aquellos envueltos en el escándalo mencionado, tomando para sí toda la responsabilidad de la operación.

Entre las diversas recomendaciones de la ONU, una tendrá funestas consecuencias. El Informe indica que la lista electoral se mantendría abierta por el mayor tiempo posible a fin de permitir su actualización. Lo que podía parecer una iniciativa sensata ante las dificultades inherentes a la situación de los electores

haitianos, impide al CEP la posibilidad de controlar eficazmente el contenido del padrón electoral. En efecto, los funcionarios electorales dispusieron solamente de 60 días para revisar una lista que contenía 4,7 millones de votantes.

En países organizados, dotados de sólidas instituciones y con un aparato electoral confiable, el plazo estipulado para cerrar la lista electoral es, como mínimo, de 180 días antes de la votación. Las consecuencias del terremoto, la aceleración de la constante migración interna, el extravío de la cédula de identidad, la depuración de la lista electoral de los inscritos fallecidos y el catastro de los nuevos electores potenciales que habían alcanzado la edad para votar desde la última elección, deberían haber aconsejado cautela y buen juicio a la ONU.

A partir de la acumulación de dificultades objetivas para la realización de la contienda, la estrategia era tratar de minimizar los riesgos. Sin embargo, las recomendaciones de las Naciones Unidas trillan el camino opuesto y lo potencian.

Una de las quejas recurrentes de los electores, que sirve de argumento a los candidatos derrotados y de combustible a las críticas de la Comunidad Internacional, se debe justamente a esa desastrosa decisión.

Lo exiguo de los plazos, mezclado con la enfermiza obsesión de parte de la CI en hacer posible la salida del poder de Préval a más tardar a inicios de febrero de 2011, no teniendo en cuenta los riesgos de esa prisa, fue una demostración más de la total irresponsabilidad con que ella trata los asuntos haitianos.

Incluso antes del terremoto la organización de la contienda electoral se veía llena de dificultades. Ocurre que los integrantes del CEP estaban con su mandato vencido, pues estaban previstos únicamente para las elecciones senatoriales de 2009. La oposición, frustrada con los supuestos desmanes de las autoridades electorales, exigía la nominación de una nueva estructura, sin la cual amenazaban con no participar en la campaña.

La solución adoptada por Préval fue solicitar a las organizaciones religiosas, de la supuesta sociedad civil y de los partidos políticos, encargados de nominar los integrantes del CEP, para una posterior ratificación del Ejecutivo, la confirmación de los entonces miembros o la indicación de sus sustitutos. Así fue hecho a pesar de las reclamaciones constantes de la oposición, apoyadas por parte de la Comunidad Internacional.

Otro tema controversial y permanente giraba en torno al financiamiento de las elecciones. La planilla de costos presentada por el CEP en octubre de 2009 era de 25 millones de dólares. Pero el Estado haitiano tenía una previsión presupuestaria de solamente US\$7 millones. El resto debía ser financiado por donaciones. Una vez más se imponía a Haití algo que no podía cumplir. Así, el respeto mínimo a las reglas de la democracia representativa podía ocurrir solo con la condición de que la exigencia fuese acompañada de los recursos financieros correspondientes. Eterno e insoluble problema que dificulta la democratización haitiana.

El financiamiento electoral después del sismo constituye un verdadero rompecabezas en la medida en que Préval, al agradecer a Ban Ki-moon el envío del Informe positivo de la ONU sobre la realización de las elecciones, indica que todas las votaciones parlamentarias y presidenciales ocurrirán, en primera vuelta, el último domingo de noviembre de 2010, y que las municipales ocurrirán a inicio de 2011 juntamente con la segunda vuelta de las parlamentarias —en Haití se vota en dos vueltas para el Legislativo— y, en caso necesario, la segunda vuelta de las presidenciales.

Según proyecciones de la ONU el costo estimado de las dos votaciones alcanzaría el exorbitante monto de US\$44 millones. A modo de comparación, cuando las elecciones generales brasileñas de 2010 (presidentes, gobernadores, senadores

y diputados estatales y federales) el costo de cada voto válido fue de US\$2,20. En una situación de menor complejidad, el costo de cada voto válido haitiano será veinte veces superior al brasileño, alcanzando nada menos que US\$44,00 por unidad.

Préval, al finalizar su misiva, resalta que el desafío es inmenso y “espero que juntos podamos realizarlo”. Deseo inconsecuente, pues la participación haitiana fue inmediatamente descartada. Así se presenta la estructura de poder para la organización de las elecciones de noviembre de 2010.

FIGURA 11 - ORGANIGRAMA PARA LAS ELECCIONES 2010



Fuente: Elaborado por el autor.

Se crearon dos niveles de comando, exclusivamente compuestos por extranjeros y ambos dirigidos por la ONU. El primero, estratégico, será dirigido por Mulet, congregando a los embajadores de los principales Estados donadores (Canadá, Francia, Estados Unidos, Brasil) además de representantes de la ONU, la Unión Europea y la OEA. Se trata de la Mesa Sectorial.

En el segundo, técnico, en el ámbito del mandato de CSNU, bajo la dirección de la MINUSTAH, se encuentran representados nuevamente los dos principales Estados donantes a través de la USAID y de la canadiense CIDA, la Unión Europea y la OEA. Se trata de la Mesa de pilotaje. En este grupo serán incluidas relevantes Organizaciones No Gubernamentales de Alcance Transnacional. O sea, organizaciones privadas vinculadas a partidos políticos extranjeros.

Las instituciones haitianas (CEP, PNH, Secretario de Estado de Seguridad Pública) aparecen en el organigrama únicamente como elementos con los que el segundo grupo deberá coordinarse para operacionalizar las decisiones tomadas. Se trata del Comité de pilotaje.

La Presidencia de la República, el Primer Ministro y los ministros de Hacienda, de Relaciones Exteriores y Justicia brillan por su ausencia. Queda en evidencia que la organización de las elecciones haitianas —en sus variados y complejos matices— constituye atribución exclusiva de la Comunidad Internacional, muy especialmente de las Naciones Unidas. Para lo mejor o para lo peor.

¿Cómo explicar que después de dos décadas de presencia ininterrumpida de las Naciones Unidas en Haití ni siquiera lograran organizar un sistema electoral que sea mínimamente confiable? ¿Cómo aceptar que fueran invertidos por la Comunidad Internacional aproximadamente 3 billones de dólares

en la organización de las múltiples elecciones a lo largo de las interminables transiciones políticas haitianas, con ausencia de cualquier resultado permanente, concreto y palpable? ¿Cómo será posible democratizar a Haití con tamaña irresponsabilidad y presentando pruebas de flagrante imperialismo electoral?

En el ítem 9 de su Informe, Ali-Diabacté llama la atención sobre el riesgo para Naciones Unidas de ser criticada en la eventualidad de que las elecciones no transcurriesen como estaba previsto. A pesar de la gravedad de la crisis electoral que se avecina, el Director de la División de Apoyo Electoral de la ONU no debería preocuparse. Ocurre que a pesar del hecho de dirigir el conjunto del proceso electoral, una vez surgidos los problemas, sus colegas auxiliados por los diplomáticos del Grupo de Países Amigos de Haití, revelaron una gran capacidad de manipulación de las informaciones, recayendo toda la responsabilidad, como siempre ocurre en las frecuentes crisis haitianas, sobre las autoridades del país caribeño.

Había una primera preocupación a causa del total desconocimiento sobre el posible comportamiento ante las elecciones de una población traumatizada ¿Cómo reaccionaría el elector haitiano ante una no obligación legal? ¿Habría condiciones psicológicas para la campaña electoral? ¿Habría movilización en el día de la votación? No escapaba a nadie, igualmente, el hecho de que probablemente la gran mayoría de la población, sobre todo de las regiones afectadas por el sismo, no se movilizaría para las contiendas electorales, absorbida por otros desafíos, en especial el de la supervivencia.

Además de estas preocupaciones, existía el inmenso desafío logístico para llevar a cabo elecciones en un país cuyo centro neurálgico había sido destrozado por el terremoto.

Cuatro áreas compuestas por múltiples elementos resumen el rompecabezas electoral:

- El estado de las instalaciones físicas y de los equipamientos del CEP
- Confección de la Lista Electoral
- El impacto de las migraciones internas
- La credibilidad del CEP

El terremoto provocó la muerte de doce funcionarios del CEP, devastó su sede principal volviéndola inutilizable y destruyó el edificio que le servía de apoyo. En los tres Departamentos administrativos más afectados por el sismo (Oeste, Sudoeste y Nippes) el 36% de los Centros de Votación y el 41% de los locales usualmente requeridos para las elecciones fueron inutilizados o destruidos.

Progresivamente fueron recompuestos. Así, por ejemplo, la sede central del CEP se transfiere a un edificio en excelentes condiciones que había servido como casino y que había sido confiscado por la Justicia, pues sus propietarios fueron condenados por lavado de dinero y narcotráfico.

Con relación a la Lista Electoral dos desafíos mayores se imponían. Por un lado su indispensable y siempre aplazada depuración. Como en efecto, desde el 2005, los muertos no habían sido retirados de la lista de votantes. Su volumen hacía imposible conocer el índice de participación y, por consiguiente, el grado de legitimidad de los electores. Por evidente la situación era todavía más crítica en los tres Departamentos mencionados, en razón del elevado número de víctimas fatales provocadas por el terremoto.

Siendo inviable la depuración efectiva, toda vez que no existían estadísticas centralizadas, públicas y confiables sobre la evolución histórica de las muertes, el primer ministro Bellerive solicitó en 2009 que los técnicos de la OEA elaborasen

un modelo que permitiese evaluar cuál sería el por ciento de supuestos electores muertos al ser retirados de la Lista Electoral, para aproximarla a la realidad. La simulación del período 2005-2009 indica que deberían ser extraídos de la Lista Electoral aproximadamente 200.000 personas de un universo de 4.300.000 electores o un 4,5% del total. Después del sismo, la media nacional de muertos todavía inscritos en la Lista sube a un 6,1%. Según los cálculos, entonces, el 93,9% de las personas inscritas eran potenciales electores.

Por otro lado debería ser trazada una estrategia para sustituir la Cédula de Identidad Nacional (CIN), simplemente extraviada, como ocurre con demasiada frecuencia en Haití, o su pérdida producto del terremoto. También debería tener continuidad el registro de los nuevos ciudadanos que alcanzaban la mayoría de edad. El objetivo primordial del Plan de Emergencia post-terremoto elaborado por la OEA y por la ONI, preveía la confección y distribución de 328.000 CINs para fines electorales.

El plazo límite para solicitar una segunda entrega de la CIN era el 28 de octubre y/o de nuevas inscripciones el 28 de septiembre. Ambos plazos, en tanto, se ampliaron para alcanzar el mayor número posible de interesados. Estos alcanzaron 341.000 electores potenciales. Por consiguiente, sin haberse realizado la depuración, el Colegio Electoral Haitiano totalizaba entonces 4.712.693 electores, lo que representaba el 95% del total de la población haitiana en edad de ejercer el derecho al voto.

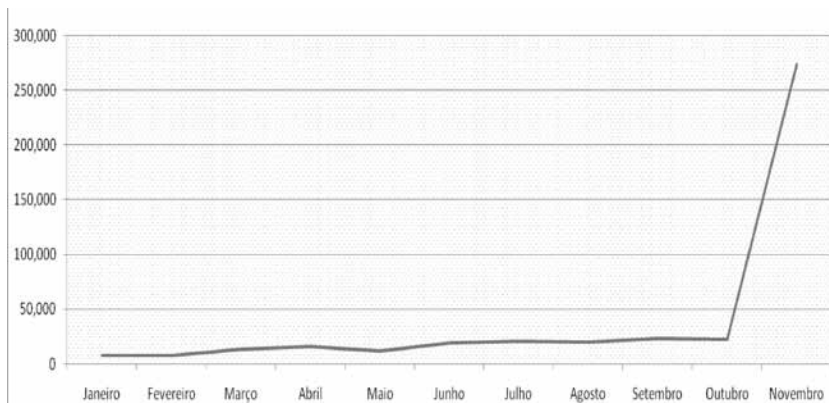
Se realizó un esfuerzo impresionante para hacer posible la entrega de estas cédulas antes del 28 de noviembre de 2010. Como el interesado debía buscarla personalmente en un local preestablecido, fueron lanzadas varias campañas de difusión, información y facilitación. Además de 140 puntos de distribución, había 65 itinerantes para cubrir todo el país. Así fue

posible entregar, a lo largo de 2010 y particularmente en las semanas y días que antecedieron a las elecciones, 434.000 cédulas. Se estima que el 25% de éstas eran sobrantes de años anteriores

En las vísperas de la votación, se distribuyeron 285.000 nuevas cédulas, equivalentes al 87% del total. Se supone que los titulares de las cédulas que no habían sido retiradas a tiempo, estarían interesados en utilizarlas como documento oficial, exigible para hacer cualquier trámite y no como Título Electoral.

Parecía imposible vencer el desafío técnico y logístico impuesto por la elaboración y distribución de las CINs. No obstante las críticas incesantes y sin pudor de ciertos medios de comunicación, de los dirigentes de la supuesta sociedad civil haitiana y de los líderes de pequeños partidos políticos con escasas oportunidades electorales, el trabajo prosiguió. Se llegó al punto de mantener abiertos los locales para la entrega de las CINs en la noche que precedió a la votación del 28 de noviembre de 2010. Tal esfuerzo se reflejó en la siguiente evolución de entrega de las CINs.

FIGURA 12- EVOLUCIÓN DE LA DISTRIBUCIÓN DE LAS CÉDULAS DE IDENTIDAD (2010)



Fuente: Oficina Nacional de Identificación, (ONI), Haití, 2010.

En tercer lugar, la migración capital-interior que siguió al sismo, calculada en 600 mil personas, implicaba una nueva distribución del mapa electoral. Como ya he mencionado anteriormente, algunas semanas después del primer movimiento migratorio capital-interior, aconteció un segundo en sentido contrario, con el retorno de los sin techo a la región metropolitana de Puerto Príncipe. No forzosamente para el mismo barrio en que residían.

El CEP lanzó una campaña mediante la creación de un nuevo instrumento institucional denominado Centro de Operaciones y de Verificación (COV). El permitía a los electores desprotegidos o migrantes —cualquiera que fuesen sus motivaciones— anunciar su nueva residencia directamente en el Buró de Votaciones para fines de registro e identificación de su nuevo local para la votación de noviembre de 2010. Una vez hecha la solicitud, el elector provisto simplemente del número de su CIN podía consultar vía Internet, por teléfono o personalmente, la eventual nueva localización de su Mesa Electoral.

El día de la votación surgirán dos casos paradigmáticos que podían, supuestamente, comprobar el mal funcionamiento del COV. Al cantante que forma parte del grupo musical *The Fugees* y ex colaborador de Shakira, Wyclef Jean, le fue denegada su solicitud de candidatura presidencial por el CEP, en razón de su doble nacionalidad. En la imposibilidad de que la gente vote por él, Wyclef pretende al menos votar él y alerta a los medios de comunicación sobre la desaparición de su nombre de la Lista Electoral. Maniobra distraccionista, pues una simple consulta al sistema indicaría que él estaba debidamente inscrito tanto en la ONI como en el CEP. La única modificación transcurría en su nueva Mesa Electoral.

También el candidato presidencial de la contienda, Jude Célestin, alardeó su imposibilidad de ejercer el derecho de

voto. Pero él seguía votando en el mismo Centro de Votación en Gonaïves tal como ocurriera en elecciones precedentes. La modificación que planteaba el sistema del CEP era respecto a la Mesa Electoral (anteriormente 8 y en esta votación 6). A pesar de esto, Celéstin pretendía votar en Puerto Príncipe. Para ello, supuestamente había solicitado cambio de domicilio electoral, que el CEP no tomó en cuenta. Enseguida, Celéstin denuncia públicamente el error del CEP. Su caso será rápidamente resuelto, a pesar de que él alimentaba sospechas de desorganización, utilizadas prontamente por aquellos que pretendían propinar un golpe electoral.

Con la definición del local de voto para cada elector que lo solicitase, progresivamente se confeccionó el nuevo mapa electoral haitiano, muy distinto del anterior. Así, a pesar del inmenso e inusitado desafío logístico, gracias al apoyo técnico de la OEA y de la ONI, le fue posible al CEP disponer de la Lista Electoral actualizada a mediados de octubre, tal como habíamos previsto. Orgulloso, comuniqué personalmente el hecho a Insulza y a todos los compañeros. Técnicamente estábamos listos para las elecciones.

Superar el impresionante conjunto de dificultades materiales, financieras, imposibilidades técnicas y logísticas, impedimentos legales, bloqueos culturales y psicológicos, permitiendo así que se realizaran elecciones en condiciones excepcionales, debía ser objeto de admiración de todos y de orgullo de aquellos que participaran de la aventura. No en el caso de Haití. Al contrario, persistía, con creciente vigor, la controversia surgida de la oposición y de una supuesta sociedad civil, financiada y reforzada por parte sustancial de la Comunidad Internacional, cuestionando la legitimidad del CEP. Al hacerlo desconocían, cuando no criticaban, el fuerte trabajo realizado.

Este cuarto desafío confirma que la interminable crisis de la transición haitiana volvía a su esencia: la lucha por el poder. En esta no hay límites ni fronteras. Esforzarse para hacer el bien no trajo consuelo, mucho menos salvación.

A inicios de junio de 2010 la oposición continuaba amenazando con no participar en las elecciones a no ser que hubiese una reformulación de la composición del CEP. A pesar de su escasa densidad electoral —la mayoría de los partidos opositores no alcanzaba el 2% de los votos— disponía de portavoces en determinadas embajadas, quienes imprimían eco y fuerza a sus ansiedades e intereses.

Debe destacarse que los partidos de oposición no criticaban las deficiencias históricas del sistema electoral haitiano. Sus críticas y diatribas se dirigían exclusivamente a la composición del CEP. De hecho, lo pretendido era simplemente sustituir titulares por otros nominados exclusivamente por los partidos políticos. No causaba sorpresa la mezcla de funciones entre partidos políticos y autoridades electorales. Entre juez y parte del proceso electoral.

Sintiéndose arrinconado, el CEP ya había solicitado en abril apoyo técnico a la OEA. Inútilmente. En agosto el presidente Préval reitera el pedido sin mayor éxito. La división de tareas entre la ONU y la OEA había sido definida y no sería modificada.

Respondiendo a las interminables presiones, Préval confirma que no cambiará la composición del CEP, pues en caso de que lo hiciese no habría tiempo hábil para realizar las elecciones en los plazos previstos.

Para la fracción de la CI que deseaba descartar a Préval y a su candidato, la sutileza de su argumentación sonó como definitiva.

El *vía crucis* para organizar las elecciones conoció un nuevo desafío a mediados de octubre, cuando fue anunciado el surgimiento

de una epidemia de cólera en la región de Artibonite. Luego se extendió por todo el país, volviendo imprudente y desaconsejable hacer reuniones, desplazamientos y comicios públicos. El ejercicio electoral, hasta entonces un desafío político, logístico y de seguridad, adquiere otra dimensión a medida que se iba extendiendo la delicada situación de salud pública en el país.

No había cómo retroceder. Los exiguos plazos imponían su respeto. Así fuese al precio de un incremento de la epidemia. Haití tendrá sus elecciones no solamente en tiempos de terremoto, sino también en tiempos de cólera.

CAPÍTULO XII

LA TENSA JORNADA ELECTORAL

*La Constitución está hecha de papel,
mientras que la bayoneta está hecha de hierro.*

ADAGIO HAITIANO.

La madrugada del 28 de noviembre de 2010 parecía tranquila y silenciosa, diferente a lo que ocurriera en la elección presidencial que condujo a Préval por segunda vez al Palacio Nacional. En febrero de 2006, a pesar de que todavía era de noche, a partir de las 4:30 minutos de la madrugada se desplegó un gran movimiento, con un desfile incesante y progresivo de personas, como parte del ritual de las votaciones importantes en Haití.

En 2010, no. Todo estaba relativamente tranquilo hasta las seis, lo que podría ser interpretado como una señal tranquilizadora de que la jornada electoral transcurriría sin grandes trastornos. Sin embargo, una gran preocupación, todavía me asaltaba: la de realizar elecciones sin electores. En democracia, del nivel de participación electoral es que se instala el grado de legitimidad de los elegidos.

En Haití el voto no es obligatorio. Se trata de un derecho (y no de un deber) cívico que puede o no ser ejercido. Esta situación implica la disponibilidad de una máquina electoral aceptada y de un sistema de votación eficiente, ambos dotados de credibilidad. Más que eso, se hace imprescindible que los candidatos sean representativos y los partidos políticos, detentores de una

elevada capacidad de movilización electoral. Ninguno de estos elementos estaba presente en las elecciones de 2010. Si se agrega el hecho de las extraordinarias y negativas repercusiones sobre el sistema electoral emanadas del terremoto de enero de aquel año, especialmente en Puerto Príncipe y en su entorno, el recelo era totalmente fundamentado.

El día estaba magnífico. Soleado y con agradable temperatura. Las noticias sobre la votación, provenientes de los cuatro puntos del país, eran tranquilizadoras, inclusive aquellas sobre las filas que se iban formando en los Centros de Votación.

El viernes anterior a la votación, Mulet reunió a la prensa y dijo confiado:

“El clima haitiano está calmado, tranquilo, sereno, y sin violencia dentro de las circunstancias haitianas. Si comparamos el proceso electoral, la campaña electoral con las elecciones legislativas del año pasado, con la presidencial de 2006 o incluso con la presidencial anterior, la evolución es muy positiva”.

Mulet no evaluaba los temores de todos los involucrados en la operación. Para él las elecciones son simplemente “un desafío logístico y de seguridad que vamos a superar”.

En tanto, el general argentino Gerardo Chaumont, responsable de la Policía de las Naciones Unidas, declaraba que todas las providencias habían sido tomadas puesto que “más de 3. 200 agentes de policía de las Naciones Unidas se encargarán del trabajo de seguridad de las elecciones. Fuera de éstos hay que agregar 4. 200 agentes de seguridad, 4. 500 oficiales de la Policía Nacional haitiana sin contar el compuesto militar [de la MINUSTAH]”¹²¹.

¹²¹ Declaraciones transmitidas por la *Agencia Francesa de Prensa (AFP)*, del 25 de noviembre de 2010.

El domingo, 28 de noviembre de 2010, al visitar el local de votación en la ciudad de *Léogane*, alrededor de las 8 y 30 de la mañana, Mulet reitera en entrevistas a las estaciones de radio y la televisión que todo transcurría normalmente, a pesar de las reclamaciones puntuales de algunos electores que no encontraban su nombre en la lista de la mesa donde, pensaban ellos, deberían votar. Según Mulet:

“todo está marchando bien, todo está en paz. Veo una gran pasión en los ciudadanos de este país por la democracia. La MINUSTAH está aquí. No hay nada que temer. Es una celebración electoral. Hay pequeños problemas administrativos, pero no lo suficientemente grandes como para reducir la participación”.

Los electores en Haití prefieren votar temprano por la mañana. En virtud de la complejidad, de los cambios de local de la votación de muchos electores y del bajo nivel cultural de gran parte de la población, el voto es un ejercicio lento, que requiere inmensa paciencia de todos los involucrados.

Para evitar que alguien se entrometa en la fila, los haitianos se colocan muy cerca, uno detrás de otro, imposibilitando la entrada de quien quiera que sea. Aunque el extranjero que mire crea ver cierta confusión, en realidad todo transcurre normalmente. Las personas estaban vestidas elegantemente, pues junto con el derecho de votar se realizaba el inevitable oficio religioso.

Al alcanzar la Plaza San Pedro, en Pétiion-Ville, se notaba la presencia de grupos de jóvenes que bajaban corriendo en dirección a Puerto Príncipe. Con el color rosa predominante, aparentemente no estaban armados, aunque pronunciaban lemas de la campaña del candidato Michel Martelly con una entonación agresiva y belicosa.

En varios locales de votación, tanto frente a los centros de voto como en su interior, personas denunciaban, a gritos, supuestos fraudes e irregularidades. Sorprendente era el contraste entre la calma de los electores que ejercían su derecho al voto con la agitación y barullo de algunos elementos que intentaban perturbar la votación.

La policía hacía notar su presencia con un gran número de agentes. Me dirigí a algunos solicitándoles que interviniesen para retirar a los agitadores del recinto de votación. Aunque dijeron que contendrían el inicio del tumulto, no hacían nada.

Los medios de comunicación comenzaban a transmitir problemas, aún dispersos y poco relevantes, sobre todo en la región metropolitana de Puerto Príncipe. Recorrí los barrios populosos del centro de la ciudad, en los cuales todo parecía caminar relativamente bien.

Al encontrar el convoy de observadores brasileños —tanto los diplomáticos como los del Tribunal Electoral Superior venidos especialmente de Brasilia— decidí seguirlo, y ya al final de la mañana fuimos en dirección a la ciudad de Cabaret, localizada a pocos kilómetros al norte de la capital.

Como todo estaba en orden en Cabaret, incluso con un índice de participación que en aquel momento ya se aproximaba al 30%, decidimos volver a Puerto Príncipe. Me emocioné con la disciplina, la alegría y la camaradería que demostraban los electores de Cabaret. Mi principal preocupación se había disipado y habíamos conseguido organizar elecciones con una participación significativa, en condiciones técnicas inusitadas —casi imposibles— y hasta aquel momento sin violencia. No era poco. No pude dejar de sentir una pizca de orgullo por el trabajo realizado.

Al aproximarnos a Puerto Príncipe sonó mi celular. Era el embajador Igor Kipman, que de otro carro del convoy me

avisa que ha sido convocado para una reunión de emergencia en la residencia del embajador Mulet. A pesar de no recibir ningún llamado, decidí acompañarlo al encuentro imprevisto. Como había una reunión del *Core Group* anticipadamente prevista para el final de la tarde, a fin de realizar un balance de la jornada electoral, le pregunté al embajador de Brasil la razón de la anticipación de nuestro encuentro. Me dijo no saber de lo que se trataba. Omitimos el almuerzo y fuimos directamente al local de la reunión.

Cuando llegamos a la residencia, un poco antes de las 14 horas, algunos miembros del *Core Group* ya estaban allí. El principal asesor político de la MINUSTAH, el irlandés John Bevan, después de alguna insistencia de mi parte, reveló el porqué de la urgencia: 12 de los 18 candidatos a la elección presidencial se habían reunido en el Hotel Karibe al final de la mañana y denunciado, en un documento debidamente firmado, las supuestas irregularidades y fraudes que estaban ocurriendo. Exigían la anulación de la contienda, la dispensa del Consejo Electoral Permanente y la convocatoria a nuevas elecciones bajo la dirección de un nuevo CEP.

Un gran número de manifestantes recorría las calles de Puerto Príncipe y se dirigía al Hotel Karibe en apoyo a la denuncia. Recordé lo que había presenciado en la mañana. Todo podía suceder, según lo que relataban con aire inquieto y ansioso los recién llegados. Era imprescindible actuar rápidamente para evitar un posible baño de sangre. Resurge, una vez más, el miedo atávico de los occidentales ante el peligroso Haití.

Tuve la impresión de vivir una pesadilla. No podía entender cómo la mayoría de los candidatos denunciaba el proceso electoral aún en el inicio de la votación, cuando todos —empezando por Mulet— consideraban públicamente que el proceso transcurría dentro de la normalidad. Sobre todo porque entre

los firmantes estaban Mirlande Manigat y Michel Martelly, ambos favoritos para ir a la segunda vuelta, junto a Jude Célestin, de acuerdo a los sondeos de intención de voto. Me parecía que se trataba de una crisis preparada de antemano. Supe, más tarde, que el Salón de Convenciones del Hotel Karibe había sido anticipadamente reservado y el documento para las firmas, previamente redactado. Tratándose de la política haitiana, el hecho era inédito.

Caminando en el patio y jardín de la residencia de Mulet, aguardábamos la llegada de los demás integrantes del Grupo Central. La mayoría de los presentes, cuando no hablaban por el celular, intercambiaban ideas sobre la irrupción, aparentemente inesperada, de una grave crisis.

Me aproximé a Mulet para obtener más informaciones. Con aire de preocupación él me confesó, de manera tranquila y natural, como si lo que hacía estuviese en el orden natural de las cosas: “Acabo de hablar por teléfono con Préval informándole que un avión estará a su disposición para dejar el país. En 48 horas, a más tardar, o sea, el miércoles, día 30, Préval deberá dejar la Presidencia y abandonar Haití”.

No sé cómo logré esconder mi sorpresa indignada ante tamaño absurdo. Mantuve la serenidad al punto de poder indagar, mostrando una falsa naturalidad, sobre cuál había sido la reacción de Préval. Mulet respondió: “El presidente Préval dice que él no es Aristide, pero sí Salvador Allende”.

Y, concluyó, en español, un decepcionado Mulet: “Ricardo, estamos muy mal parados”.

Fuimos interrumpidos por la llegada de otros convidados y nos dirigimos a la sala para el inicio de la reunión.

Yo no lograba absorber el impacto provocado por la revelación de Mulet. ¿Cómo aceptar que el representante de la Naciones Unidas demostrase decepción por no lograr sacar

del poder a un mandatario democráticamente electo? ¿Cómo es posible aceptar que el representante de las Naciones Unidas tenga poder para tomar una iniciativa de tamaña gravedad? ¿A quién había consultado? Curiosas son las lecciones de democracia transmitidas por las Naciones Unidas al turbulento alumno haitiano.

A continuación, con la llegada de los demás miembros y con el desarrollo de la reunión, pude evaluar mejor que Mullet era, de hecho, el portavoz de una posición que ostentaban varios embajadores de países importantes. ¡Lo que hasta entonces para mí era una pesadilla se había transformado en una locura colectiva de la Comunidad Internacional!

Uno de los más locuaces era el representante de Francia, informando que Michelle Alliot-Marie (entonces canciller francesa) estaría dispuesta a telefonar a Préval para presionarlo. Préval no acepta la comunicación. Didier Le Bret convence a Jean-Max Bellerive para que escuche los consejos de Alliot-Marie.

La victoria de Préval en la primera vuelta de las elecciones de febrero de 2006, según el Representante de SGNU en la época, el chileno Juan Gabriel Valdés, “las más libres y las mejores organizadas de la historia de Haití”, había sido el epílogo de una larga transición de dos años bajo el manto de la Comunidad Internacional. Además de una gran participación del electorado (62%) que concedía legitimidad a los resultados, Préval era el hijo de nuestro trabajo en Haití. Destituyéndolo, echábamos por tierra seis años de cooperación. Al golpearlo desmentíamos todo lo que hasta entonces defendíamos. En suma, denegándolo, nos denegábamos a nosotros mismos.

La actitud conciliadora y democrática de Préval hacía de él un elemento indispensable para el deslinde de la crisis. Ausente Préval, las fuerzas de la Unidad no dispondrían más de liderazgo

y podrían dar libre curso a la violencia que muchos preconizaban. Al apartar a Préval sacaríamos de la crisis haitiana al más importante de sus mediadores.

Todavía hoy no están claras las razones que llevaron a una parte importante de la Comunidad Internacional a intentar todo para descartar a Préval.

En cierta oportunidad Préval me relató su diálogo con Mulet cuando éste dejaba Haití. Préval le preguntó el porqué de su actitud. El político guatemalteco mantuvo un silencio enigmático, convidando a la interpretación. Préval, entonces, sugirió: “¿Es que ustedes pensaban que yo no quería dejar el Palacio Nacional y que en la sombra yo me esforzaba por ver renovar mi mandato?”.

Y continuó Préval: “¿No eran suficientes las innumerables ocasiones en las que yo reafirmaba no querer ser reelegido? ¿Ustedes no creyeron en mis palabras? ¿Aún cuando la Unidad presentó como candidato a Jude Célestin?”.

El silencio marcado por una cómplice sonrisa de Mulet tranquilizó la interpretación que había hecho Préval, pero no así la mía.

Hay motivaciones difusas que atraviesan la Comunidad Internacional y alimentan un sentimiento anti-Préval. En primer lugar por ser él un político profesional cuyo poder fue extraído del sistema partidario haitiano. Por otro lado, había un visible cansancio con las reiteradas promesas y con los no menos reiterados fracasos de la “clase política” haitiana, ya fueran para estabilizar mínimamente el país, para dar inicio a una política que tendiera a aminorar la grave situación humanitaria o aun para esbozar un proyecto de desarrollo. También influía la visión negativa de la Comunidad Internacional sobre la inactividad de Préval en los meses siguientes al terremoto.

El epidérmico nacionalismo de Préval lo transformaba en obstáculo para las acciones de la Comunidad Internacional. Su aparente y rígido legalismo tampoco se adaptaba con el pretendido por el supuesto Grupo de Países Amigos. Más que las cuestiones de fondo, en realidad chocaba su humor fino, cortante, cáustico, con el cual él envolvía sus firmes posiciones.

La operación de deconstrucción de la legitimidad política de Préval fue, aparentemente, encabezada por Edmond Mulet. Era él quien tomaba la iniciativa, presionaba al CEP, imponía condiciones a Préval, criticaba con acidez y poco tacto a Jude Célestin. Pero así y todo, no hay que dejarse engañar. Mulet no disponía de poder para definir una estrategia propia en Haití. Él no era más que un mero portavoz de Estados Unidos. Su función esencial consistía en hacer como que el *diktat* de Washington se viese como voluntad colectiva del *Core Group*. En ese contexto, Mulet abandonaba sus altas funciones y se transformaba en simple funcionario del Departamento de Estado.

¿Cómo explicar, entonces, la hostilidad de Estados Unidos para con Préval? Además de los motivos generales ya mencionados, había uno específico que irritaba profundamente a Washington: la autonomía nacionalista demostrada por Préval, especialmente cuando decidió convertir a Haití en país asociado del Programa PETROCARIBE. Ya cerca de la salida de Haití de la empresa norteamericana Chevron, en 2009, la presencia de PETROCARIBE significa la llegada y permanencia de la influencia venezolana en la política haitiana.

Considerado hasta entonces dominio reservado de Estados Unidos, Haití bajo Préval consigue zafarse de algunas amarras y aumentar su escaso poder de negociación. Así fue cuando trajo a la cooperación médica cubana en 1998. Ahora permite

que el turbulento y principal enemigo de Washington en las Américas se instale en el Golfo de la Gonâve.

América Latina en general, y especialmente Brasil, se alinean de manera inmediata y automática, como veremos a continuación, a la estrategia de la Comunidad Internacional de descartar el candidato de la Unidad y a su mentor, René Prével. Al silencio de los países del Alba súmase la indiferencia de los demás. Lo que sorprende no es tanto la repetición de lo que habían hecho con Aristide en 2004 sino su explicación. Para muchos diplomáticos latinoamericanos, “Prével estaba enamorado” (alusión a su reciente casamiento con Elizabeth Delatour) y, consecuentemente, desligado de la realidad haitiana y de sus compromisos políticos y gubernamentales. La lógica del raciocinio simplista defiende la tesis según la cual hay incompatibilidad entre el amor y el ejercicio de funciones públicas.

Después de eso, como permanentemente ocurre cuando se trata de Haití, la Comunidad Internacional señala, refuerza, insiste y diseña en letras de molde que el gobierno es dominado por la corrupción. A partir del momento en que penetra en la imaginación de la mayoría de los extranjeros la percepción de que ellos no deben confiar en el Estado haitiano, todo se vuelve más fácil para la Comunidad Internacional. Ella puede actuar según su propia voluntad sin siquiera ser juzgada por sus acciones.

La Comunidad Internacional deseaba hacer *tabula rasa* del sistema político haitiano en las elecciones presidenciales de 2010, para hacer posible el advenimiento de una nueva clase política. Era imprescindible innovar. Más que innovar, revolucionar. Para ello se unieron, como si fueran una sola voz, para apoyar a un supuesto neófito en política: Michel Martelly. Este manifestó, en varias oportunidades, su agradecimiento. Entre estos reconocimientos, el que más llamó la atención fue

su discurso no programado en el coctel en que Mulet se despedía de Haití. En ese discurso, el ya electo nuevo presidente se acordó de la promesa que le hiciera personalmente a él, el propio Mulet, en el momento de la campaña electoral: “que no dejaría Haití hasta de no verlo convertido en Presidente de la República”. Y terminó un eufórico y agradecido Martelly: “Él cumplió su promesa”.

La promesa de Mulet, hasta entonces mantenida en secreto, fue revelada públicamente en una ceremonia en la cual estaban presentes el cuerpo diplomático, ministros haitianos y la prensa nacional y extranjera. Al día siguiente, solamente el periódico *Le Nouvelliste* de Haití hizo mención del episodio. Lo que en cualquier país provocaría un escándalo, en Haití pasó desapercibido, como si fuese lo más natural del mundo, que el Representante del SGNU elija o deponga presidentes.

Volvamos a la fatídica reunión. Rápidamente todos los miembros del *Core Group* están presentes. El salón de la residencia se volvió exiguo, pues varios de los presentes trajeron asesores consigo. Felizmente surgió, de manera imprevista, el Primer Ministro Jean-Max Bellerive, interrumpiendo las conversaciones. Posteriormente Bellerive ironizó sobre su imprevista presencia pues, según él: “sería interesante que al menos haya un haitiano en un cónclave que decida el futuro de Haití”.

Reiniciamos la reunión, ahora también con la presencia del Secretario General adjunto de la OEA, que estaba en Puerto Príncipe para acompañar la votación.

Mulet presenta a Bellerive. Se hace el silencio y todas las miradas se dirigen al Primer Ministro. De pronto, con aire grave a pesar de su buen humor y simpatía, Bellerive saluda brevemente a todos y declara que desea simplemente manifestar una posición y hacer una pregunta. La declaración es que nadie, comenzando por la Comunidad Internacional, debe contar con

su apoyo para cualquier solución a la crisis que sea contraria o al margen de la orden constitucional.

Sucede que algunas voces sugerían que, fuera Préval, se formaría un gobierno provisional bajo el mando de Bellerive. Este gobierno suprimiría el CEP y sería el encargado de organizar nuevas elecciones con una nueva institución electoral. Sin embargo, de pronto Bellerive se coloca al lado de la legalidad y del respeto a la Constitución haitiana. La primera embestida de la Comunidad Internacional fracasaba.

Después de manifestar su posición y como complemento de ella, Bellerive indaga de forma directa, sin rodeos, de manera abrupta: “Quisiera saber si el mandato del presidente Préval está sobre la mesa de negociaciones: ¿Sí o no?”.

Él recorre con la vista a sus interlocutores, que permanecen en silencio. Pesado y larguísimo silencio. Las miradas se entrecruzan. Como siempre ocurría en estas reuniones, Mulet espera la manifestación de alguien. Permanece inmóvil. El momento es de extrema gravedad. Mucho más allá del destino del entonces presidente, la respuesta será decisiva tanto para el futuro de Haití como para la honorabilidad de la MINUSTAH.

Todavía hacían eco en mí las palabras de Mulet, la supuesta reacción de Préval, las afirmaciones de varios de los presentes aparentemente concordando con la salida de Préval. Este, obviamente, había instruido a su primer ministro sobre el tenor de la llamada de Mulet.

La presencia de Ramdín —mayor autoridad de la OEA en la reunión— me ataba las manos y silenciaba mi voz. ¿Qué hacer? Ante la pregunta directa de Bellerive, se callaron los exaltados golpistas del *Core Group* cuyas palabras todavía hacían eco en la sala. A lo inusitado se sumó la cobardía. Era necesario, sin

embargo, actuar con rapidez porque la primera manifestación en el ambiente tenso sería la que orientaría el debate.

Para romper un silencio que parecía interminable y convencido de que interpretaba principios fundamentales y no el mero interés circunstancial, decidí tomar la iniciativa y pedí la palabra.

Era imprescindible hacerlo, pues estábamos a punto de cometer una ignominia moral y un craso error político. Con la activa y fundamental participación de la Comunidad Internacional, lanzaríamos nuevamente a Haití en dirección al precipicio referido por Luigi Einaudi cuando la crisis de febrero de 2004. Ni siquiera me pasó por la mente la posibilidad de consecuencias desagradables que pudieran afectarme, tanto en lo personal como profesionalmente. Al contrario. Oponerse al absurdo pretendido por la Comunidad Internacional me pareció una simple obligación. La conciencia democrática y el respeto por las instituciones haitianas guiaron mi actitud. No sería el representante de la OEA en Haití quien hablaría. Sería el brasileño y el profesor universitario.

Haciendo hincapié, al declarar que me pronunciaba a nombre personal y no de la OEA, informé que lo hacía por un deber de lealtad a los colegas. Además de eso, todos conocían el trabajo que había realizado en Haití para la confección de la Lista Electoral, en condiciones de gran dificultad. Tenía legitimidad, por lo tanto, para pronunciarme. Dirigiéndome esencialmente a los presentes no americanos y, en la práctica, no habituados con nuestras reglas políticas y jurídicas, informé que:

“En 2001, en las Américas, se firmó un documento con el título de Carta Democrática Interamericana. Esta Carta estipula que cualquier modificación del mandato de un presidente elegido

democráticamente, al margen de los preceptos constitucionales, debe ser interpretado como un golpe de Estado”.

Nuevamente se hizo el silencio. Pesado y largo silencio. Antes de que él volviese a prolongarse en demasía, miré al embajador de Brasil, que se había colocado frente a mí en este círculo imaginario que formábamos, e indagué: “¿Podríamos conocer la posición de Brasil?”

Igor Kipman afirmó inmediatamente: “Brasil tiene la misma interpretación”.

Aliviado, ya no estaba más solo. Después el argentino Rodolfo Matarollo, Representante de UNASUR, se manifestó en el mismo sentido.

Con un aire desolado, Kenneth Merten balanceaba la cabeza señalando su contrariedad con el desarrollo de la reunión. Cuando rompió su silencio fue para reconocer que el golpe del Grupo Central contra Préval ha fallado y declara: “No vamos a hablar más de eso”.

Al abortar la maniobra de repetir con Préval lo que se había hecho con Aristide en febrero de 2004, estaba seguro en la defensa de mi posición. Ofendido por la perspectiva que se presentaba y todavía conmocionado y sorprendido con lo que había vivenciado, concluí que tratándose de Haití, la Comunidad Internacional no establece límites para su actuar.

La legalidad y el sentido común habían prevalecido. ¿Hasta cuándo? Yo todavía conservaba vivas mis ilusiones y no me daba cuenta de que se había formado un frente común internacional, el cuál decidiría el camino electoral que debería seguir Haití.

La reunión continuó con virulentas manifestaciones denunciando los supuestos fraudes que habían ocurrido durante la votación. La cual —hay que destacarlo— estaba en pleno

curso. Algunos de los presentes ostentaban supuestas informaciones de primera mano sobre las barbaridades cometidas. Cuando las relataban, no pasaban de ser episodios parciales y puntuales. Los testigos de los supuestos fraudes eran motoristas y empleadas domésticas de las embajadas, por lo tanto carentes de informaciones consistentes, exhaustivas e incuestionables.

Durante el transcurso de la reunión el responsable para la Misión de Observación Electoral de la OEA / CARICOM, Colin Granderson, mantuvo total discreción. A él se le debería haber concedido la palabra al inicio de la reunión. Como su evaluación parecía no interesar a nadie, Granderson se quedó en silencio. Su voz era esencial pues solamente él podía proporcionar una visión de conjunto del proceso electoral en curso.

El mutismo de Granderson es explicable. Ocurre que él estaba en una posición delicada. Ante las manifestaciones que acontecían en algunos puntos de la capital y debido a la falta de seguridad, él decidió, sin previa consulta a Insulza, retirar a los observadores de la Misión de locales cruciales, manteniéndolos en los hoteles y en la sede de la Misión. La OEA, por lo tanto, no podía monitorear el comportamiento electoral a fin de comparar sus resultados con los oficiales cuando estos fueran publicados por el CEP.

La retirada de los observadores de la región metropolitana ponía en tela de juicio la credibilidad de la Misión. Esta ya no dispondría de una visión sobre la totalidad de la operación electoral, pero con todo, su evaluación era indispensable, toda vez que cientos de observadores habían sido distribuidos por todo el país. Además de confiables, eran los únicos que podían proporcionar una percepción global aproximada del proceso electoral.

Como Granderson no tomaba la palabra y nadie lo convidaba a hacerlo, decidí manifestarme nuevamente. Me sentía

en la obligación moral y política de hablar. Percibí que nadaba contra la corriente, pero no había otra solución.

De forma introductoria, destaqué que desde agosto de 2010, la OEA —posteriormente junto con la CARICOM—, acompañaba el proceso electoral, observando la campaña y este día de votación estaban presentes en el conjunto del territorio haitiano. Dirigiéndome a Granderson, le pregunté: “Colin, ¿podrías tú tener la amabilidad de hacernos una rendición de cuenta sobre el desarrollo del día de las elecciones sobre el territorio en su conjunto?”.

Aunque parcial, pues las urnas todavía no habían sido cerradas —y en las condiciones descritas anteriormente en el caso de Puerto Príncipe— me pareció extraño e inaceptable que el Jefe de la Misión de Observación Electoral de la OEA / CARICOM no fuese escuchado en una reunión en la que se estaba discutiendo una supuesta crisis electoral que algunos deseaban transformar en una crisis política y —quizás— en crisis del régimen.

Estábamos en plena tragicomedia. La llegada de una MOE a Haití solamente había sido posible gracias al financiamiento de los países que estaban representados en aquella reunión. Sin embargo, los representantes de estos mismos países no parecían muy interesados en conocer la evaluación de Granderson.

¿Por qué? La razón es sencilla: cuando finalmente se pronuncia, Granderson informa que el 95% del proceso de votación había transcurrido de forma ordenada y de una manera aceptable. Reconoce la existencia de problemas puntuales y localizados, aunque estos no ponían en tela de juicio el conjunto del proceso. Según él, “la Misión conjunta OEA / CARICOM no cree que esas irregularidades, aunque serias, deban invalidar las elecciones”.

Sobre las denuncias emitidas por grupo de candidatos del Hotel Karibe, Granderson las juzga “precipitadas y lamentables”. El propio CEP indicará, el día siguiente de la votación, que solamente el 4% de las secciones fueron afectadas por problemas técnicos o por manifestaciones que pudieron haber impedido el acceso de los electores a los Centros de Votación.

La consejera Ginette Chérubin confirmó posteriormente que en el Departamento del Sur, bajo su responsabilidad “con excepción de algunos incidentes, todo parece desarrollarse bien”.

Ella agrega que la manifestación de los candidatos del Hotel Karibe “no tiene ningún impacto en el Departamento del Sur. La misma confirmación para otras regiones”.

Después de las 18 horas (6 de la tarde), una vez cerrado el proceso de votación en el Sur, Ginette Chérubin reunió a sus colaboradores, y concluyó que “la evaluación general es positiva”.

Poco después ella fue informada de que una violenta manifestación pro-Martelly recorre las calles de Les Cayes. Las casas de los miembros de la Unidad estaban siendo saqueadas. Muchas incendiadas. La Policía Nacional de Haití y la MINUSTAH tomaron el control de las calles.

Las evaluaciones de Granderson deberían haberse constituido en la esencia de nuestra reunión para guiar al *Core Group*. Sin embargo, ocurrió exactamente lo contrario. Sus palabras fueron inmediata y radicalmente rechazadas. Gracias al bombardeo de algunos de los presentes reiterando las superficiales y no comprobadas críticas que se habían mencionado anteriormente, las conclusiones de Granderson son desechadas. En vez de apoyarse en las ponderaciones de Granderson, un grupo de embajadores, liderado por los franceses y los españoles, continuó en la misma sintonía, denostando como les dio la gana, la respetabilidad de la MOE.

Confieso que era tan absurda la situación que no percibí de inmediato un asunto de la mayor importancia. Solamente con el pasar de los días pude convencerme de que en aquella reunión quedó claro que ya se había tomado una decisión: ¡la Comunidad Internacional era quién elegiría al nuevo presidente de Haití!

Posteriormente pude constatar que intelectuales haitianos percibían perfectamente el papel de algunos países en las elecciones en su país. Así, Lyonel Trouillot observaba que:

“el Representante de la Unión Europea y el Embajador de Estados Unidos tienen un enorme poder de decisión sobre todo lo que sucede en Haití. Ellos son quienes dicen si habrá elecciones o no habrá. Y poco importan los deseos del pueblo haitiano. Son ellos quienes legitiman de hecho. Son ellos quienes deciden si hay fraude o no, cualquiera sea el índice de participación, si el resultado es aceptado o no”.

Ya desprovista de su principal objetivo, la reunión continuó lánguida y sin lograr nada sustantivo, a no ser la decisión de mantenernos en contacto permanente.

Antes de salir me decidí a tomar una taza de café en una mesa contigua a la sala de la reunión, y entonces se aproximó el embajador francés, Didier Le Bret. Enseguida me dijo que no estaba de acuerdo con lo que yo había planteado. Antes de que él continuase, le contesté:

“¿Tú no estás de acuerdo con qué? ¿Con la existencia de la Carta Democrática Interamericana? Pero no es necesario que te preocupes. Cuando se trata de los asuntos haitianos, tú como francés y yo como brasileño, no comulgamos con los mismos principios”.

Cortamos la conversación. Él, sorprendido con mi respuesta y yo también con mi rudeza.

A posteriori, el Grupo Central, rápidamente se dio cuenta del absurdo de la gestión para deponer a Préval. En los días siguientes, cuando se les preguntaba sobre el tema a varios embajadores, mentían descaradamente, negando su participación. El de los EE.UU., Kenneth Merten, dijo que mientras él había estado presente en la reunión el tema no había sido discutido, ni siquiera mencionado. Sin embargo, no solo él estaba presente en la sala de reuniones cuando la pregunta fatídica fue hecha por Bellerive, como también participó activamente en las conversaciones preliminares, cuyo tema central fue nada menos que la propuesta de Mulet y la reacción de Préval.

Mulet, a su vez, como era de esperarse, calificó de “completamente falsa” la información”. Incluso Igor Kipman, instruido por Brasilia a cambiar de posición, se unió al inútil desmentido. Como correcto representante diplomático, obedeció las órdenes de sus superiores. Estas demostraban, definitivamente, que Brasil no estaba en Haití para luchar por la democracia y mucho menos por los intereses de la mayoría. Lo que interesaba a Brasilia era simplemente quedarse ahí para poder alcanzar mejor sus objetivos internacionales.

El 14 de enero de 2011 la prensa de Puerto Príncipe informaba que el embajador Le Bret rechazaba las informaciones sobre las presiones para que el presidente Préval dejase Haití, tal como yo había declarado a un diario brasileño a fines de diciembre. Él “las calificaba de totalmente absurdas y que no pueden ser probadas”. Siendo el representante francés uno de sus principales artífices —y como no asumía lo que había hecho, en la tentativa de ocultar la vergonzosa maniobra— pronto me

convencí que mi actitud ruda había sido la manera adecuada de tratarlo.

En este tema Le Bret y otros diplomáticos remaban contra la corriente de la verdad, pues el día 11 de enero, en una conferencia de prensa a varios periodistas en el Palacio Nacional, Préval confirmó que sectores de la Comunidad Internacional insistieron para que él dejase Haití. Esta es la respuesta de Préval: “Rechacé categóricamente tal eventualidad porque sería un acto de alienación de nuestra soberanía si extranjeros pudieran decidir la suerte de los dirigentes a su antojo”.

El periodista de InfoHaití.net abre su nota informando que:

“el ex-representante de la OEA en Haití, Ricardo Seitenfus tenía razón: después de las elecciones presidenciales y legislativas del 28 de noviembre de 2010 y sobre todo después de las violentas manifestaciones que siguieron a la publicación de los resultados de la primera vuelta. En el curso de una reunión con el jefe de Estado, sectores de la Comunidad Internacional sin rodeos le pidieron abiertamente “partir”, confirmó el interesado luego de una entrevista acordada a un grupo de periodistas”.

En caso de que persistiese alguna duda sobre el verdadero e incuestionable curso de los hechos, ella desaparece con el testimonio de Préval en el documental *Asistencia Mortal*, del cineasta haitiano Raoul Peck. En él, el Presidente casi depuesto proporciona detalles de la maniobra de Mulet, supuestamente en nombre de la Comunidad Internacional. Préval narra el episodio así: “Recibí una llamada del señor Mulet, quien era el jefe de la MINUSTAH, diciéndome: Señor Presidente, éste es un problema político, lo vamos subir en un avión para hacerlo salir”.

Pese a la desagradable sorpresa que le causa la inusitada propuesta de Mulet, Préval se mantiene calmado y responde:

“Traiga su avión, venga a buscarme al Palacio, espóseme y todo el mundo sabrá que esto es un secuestro”.

Al final de la reunión, todavía conmocionado por lo que había vivido en las últimas horas, me acerqué para despedirme de Bellerive, y le dije que podría contar con la OEA en defensa de la legalidad y de la Constitución haitianas. Él sonrió tristemente y agradeció. Yo pensaba, con auténtica ingenuidad, que todavía hablaba en nombre de la OEA. No me di cuenta de que a partir de aquel momento sufriría un proceso de franco desgaste. No solamente por haber infringido un límite que yo me había impuesto, o sea, el de no participar en los debates y discusiones relacionadas con el proceso electoral haitiano, sino que al tomar parte en los debates, me había enfrentado con un poderoso grupo de intervencionistas extranjeros que trataban a Haití a su manera.

Intenté entender lo que había provocado el cambio radical de la actitud del Grupo Central a lo largo de aquella jornada. Durante la campaña electoral la Comunidad Internacional criticaba al candidato de la Unidad acusándolo de ser una marioneta al servicio de Préval. Cuando Célestin no aceptó la invitación —supuestamente por sugerencia de Préval— para ser presentado a la Comunidad Internacional, eso fue percibido como una estratagema para esconder sus deficiencias y también como una falta de consideración con la misma, que financiaba la contienda.

Tuve la oportunidad de conocer a Jude Célestin en una reunión organizada por Igor Kipman. Cuando me presentaron a él, sonrió ampliamente y dijo: “¡Ah! ¡Entonces es usted!”.

Aunque lo imaginaba, no pregunté a qué hacía referencia.

Él apareció solo, sin asesores, en la residencia del embajador de Brasil. Era un hombre que tenía ideas precisas sobre cómo desarrollar Haití y se notaba en él un amplio conocimiento del país a causa de su trabajo como director de la empresa pública

(CNE) responsable de la infraestructura —sobre todo de carreteras— de Haití.

Desde el momento en que Célestin no se inclinó ante la Comunidad Internacional, ésta inició la deconstrucción de su candidatura. Lo acusaban de ser yerno de Préval. Mulet, por su parte, trató de convencerme, a pesar de no tener ninguna prueba, de que algunos ministros viajarían al interior del país con “maletas llenas de dinero para comprar votos”. Viniendo de quien venía, la acusación no podía ser considerada.

La campaña electoral de la Unidad, por el hecho de ser el partido político más grande, era también la más visible, la más bien organizada y la que disponía de mayores recursos. Luego estas ventajas se transformaron en defectos. Ganaba credibilidad la versión de su corrupción desenfrenada.

El principal líder del proceso de deconstrucción de la candidatura oficial era el propio jefe de la MINUSTAH. Mulet siempre se refería de manera negativa cuando mencionaba a Jude Célestin.

Fue en ese caldo de cultivo que intervinieron dos hechos importantes en el día de la votación. Por un lado, la reunión de 12 de los 18 candidatos que denunciaron el supuesto fraude electoral y exigían la anulación de la elección. Y por el otro, mucho más decisivo, las manifestaciones —algunas de forma pacífica— que supuestamente obligaron a los miembros del Gupo Central a refugiarse en sus residencias. En este momento se presentó un dilema y de nuevo surgió el miedo atávico de los extranjeros: ¿qué hacer en el caso de que el movimiento de los jóvenes de Martelly derivara en violencia? ¿Estaría dispuesta la MINUSTAH a controlarlo? ¿Sería ella capaz? ¿Y a qué costo?

Convencido de que lo menos arriesgado sería retractarse, el Grupo Central decidió sacrificar las elecciones. Su cobardía sirvió como fuente de inspiración inagotable para echar por tierra

el arduo trabajo realizado por miles de personas para la organización de las elecciones en condiciones extremas. La lógica de esta estrategia fue la de premiar a los principales sepultureros de la joven democracia haitiana.

En resumen, para la Comunidad Internacional, Haití no vale una misa. O, mejor dicho, sus recurrentes crisis nos habituaron a actuar movidos por principios que siempre condenamos. En Haití los representantes de la CI se transforman. Se trata de la diplomacia del camaleón y del “haz lo que digo, pero no lo que yo hago”. Para quien llegó a Haití como profesor de democracia, nuestras lecciones dejan mucho que desear.

En aquel momento no percibía claramente la nueva estrategia de la Comunidad Internacional y, por lo tanto, lo frágil que era mi posición. Decidí, entonces, mantener estrecho contacto con Préval y con Bellerive, tratando de encontrar soluciones que encuadrasen en los parámetros democráticos y constitucionales, capaces de disminuir la tensión que atravesaba el país y que dominaba tanto a los haitianos como a los extranjeros.

Solo que yo no sabía que haber evitado el golpe contra Préval —episodio en el cual pude imprimir la defensa de la ley y de los intereses de un Estado miembro como un signo de lo que considero que es la esencia de una organización regional de carácter político como la OEA— representaría un punto de inflexión en mi trabajo. A partir de aquel momento estaban contados mis días como Representante Especial del Secretario General de la OEA en Haití.

CAPÍTULO XIII

LA ESCALADA

*La democracia es un régimen de conciliación
que no prospera sin un consenso mínimo.*

ALAIN ROUQUIÉ,
“GUERRA Y PAZ EN AMÉRICA CENTRAL”.

En la tarde del siguiente día de la votación, el 29 de noviembre, el Grupo Central se reunió nuevamente en la residencia de Mulet. Como llegué un poco antes del horario previsto, me encontré con Michel Martelly y sus asesores en el zaguán de la residencia. Acompañados por Mulet, ellos estaban despidiéndose y a todos los que llegaban los saludaban con simpatía. Pregunté a Martelly cómo estaba. Él me respondió: “Aquí en la lucha para defender la voluntad del pueblo”. Le respondí prontamente que “en democracia, el arma de este combate es el voto ciudadano”. Él sonrió, se hizo el desentendido y se alejó rápidamente.

Fue la tercera y última oportunidad en que me entrevisté con Martelly. Lo había conocido en una cena ofrecida por Mulet, algunas semanas antes, organizada con el objetivo de presentar a la Comunidad Internacional los principales candidatos a la Presidencia. Tenía cierta simpatía por su papel de *outsider*, novato en política y al margen de los partidos tradicionales. A veces me asaltaba la idea de que tal vez en él residiese la clave para hacer salir al país de la crisis.

Durante su exposición, sin embargo, me fui convenciendo de que si era real su inexperiencia política, al mismo tiempo sobresalían posiciones ideológicas muy claras. Al punto de que una vez instalados en la mesa —me tocó estar a su izquierda— aproveché una pausa de la animada conversación, y planteé: “Señor Candidato, me llamaron la atención los valores y principios a los cuales usted está vinculado: la familia, el orden, la disciplina, el trabajo, la jerarquía, entre otros. Me parece que todos son parte del discurso ideológico del duvalierismo”.

Antes de que Martelly respondiese, se oyó un “¡oh!” de reprobación y de crítica de la mayoría de los presentes con mi observación supuestamente insolente.

Sin embargo Martelly contestó tranquilamente, diciendo que yo tenía razón. Dijo que fue parte de la Juventud Duvalierista y que siempre fue un defensor del orden y la disciplina —principios básicos de François Duvalier. Muchas veces, incluso después de haber sido electo presidente de Haití, Martelly declaró públicamente su aprecio por el duvalierismo.

Una vez compuesto su gabinete, se constata que ostentosas figuras prominentes del nefasto régimen, incluido el propio Jean-Claude Duvalier, gozan de días tranquilos en Puerto Príncipe. En el caso de Duvalier hijo, así fue hasta su muerte por un ataque cardíaco el 4 de octubre de 2014.

Como si eso no bastase, cuando Martelly constituye un Consejo Consultivo para el Desarrollo Económico e Inversiones, entre los asesores extranjeros, además del inevitable Bill Clinton, son nombrados el boliviano Jorge Quiroga —candidato derrotado por Evo Morales en las elecciones presidenciales—, el expresidente colombiano Álvaro Uribe y el expresidente del gobierno español, José María Aznar. Este, incluso, es el responsable de las orientaciones en materia de “fortalecimiento institucional”. Difícilmente Martelly podría ser más

explícito en sus orientaciones ideológicas, toda vez que logra reunir a la derecha y a la extrema derecha de los dos lados del Atlántico.

Me encontré con Martelly una segunda vez durante la campaña electoral, en la residencia del embajador Kipman. Él permaneció en silencio dejando que sus asesores directos, Michèle Oriol y Daniel Supplice, presentasen su programa de gobierno. En un momento Daniel Supplice —que fue Ministro de Asuntos Sociales de Jean-Claude Duvalier (1985-1986)— elogió la dictadura de Duvalier con la justificación mussoliniana de que en la época “Haití tenía electricidad las 24 horas del día”.

No pude evitar el sabor amargo que me causaba la alfombra roja que le extendió el Representante del Secretario General de las Naciones Unidas y nuestro portavoz informal. Resulta que en la víspera el candidato Martelly fue uno de los principales líderes del boicot que perturbó e impidió el derecho al voto de miles de electores, sobre todo en la región metropolitana de Puerto Príncipe.

Durante todo el día y hasta altas horas de la noche él dirigió manifestaciones y concentraciones con lemas que planteaban no respetar la contienda electoral. Sin embargo, viendo a Mulet recibéndolo oficialmente y confraternizando con él, tuve la desagradable certeza de que en Haití el crimen contra la democracia iba a ser compensado. Martelly podía ser Presidente de Haití siempre que se diera la intervención dirigida por Naciones Unidas y el Grupo de Países Amigos.

Creuyendo adivinar lo que yo sentía, Mulet empeoró su caso al informarme que ya había recibido a la candidata Mirlande Manigat para decirles a los dos que no entendía la maniobra de hacer boicot, ya que, según sus informaciones, ambos irían a la segunda ronda. Con la intención de demostrar una ironía que definitivamente no tenía, Mulet concluyó diciendo: “*¡Es la*

primera vez en la historia que dos candidatos ganan la primera ronda de una elección presidencial y de antemano rechazan su resultado!”

El cálculo de los votos tomaría varios días. Entonces, ¿qué informaciones privilegiadas sobre el resultado de la disputa tenía Mulet para sustentar su osada maniobra a menos de 24 horas del final de la votación? ¿Habría organizado la ONU una boca de urna, sin conocimiento de la MOE/CARICOM? ¿La MINUSTAH tenía un Servicio de Inteligencia suficientemente competente que pudiese orientar a su Jefe?

Posteriormente descubrí lo que estaba oculto.

Canadá, la Unión Europea y el NDI (Instituto Nacional Democrático para Asuntos Internacionales, brazo externo del Partido Demócrata de Estados Unidos) habían donado un US\$ 1 millón al Consejo Nacional de Observación de las Elecciones (CNO) para el seguimiento de la votación haitiana.

Desde el comienzo de la mañana del día de la votación, el CNO alimentaba a los donantes y a los candidatos opositores con informaciones alarmantes sobre supuestos fraudes generalizados y practicados por el partido del candidato Jude Célestin. Su irresponsable estrategia desestabilizadora radicalizó la determinación del grupo de candidatos del Hotel Karibe, incrementó el tono de los manifestantes e incitó a los embajadores que financiaban su trabajo a exigir medidas correctivas.

Completando su trabajo desestabilizador, el CNO osó proyectar resultados de boca de urna indicando que Mirlande Manigat y Michel Martelly irían a una segunda ronda.

En el proyecto inicial del levantamiento de boca de urna del CNO, constaba una muestra de 2.550 electores escogidos en todos los Centros de Votación del país. Sin embargo, solo se procesaron 500 resultados, porque los demás no existían. Además del número reducido de la muestra, que impedía un mínimo de confianza y valor científico a la evaluación, los

cuestionarios provenían de determinados barrios de la región metropolitana de Puerto Príncipe y del Departamento Oeste, reductos electorales de Martelly.

Independientemente de la flagrante manipulación del CNO, lo que trasciende es el uso que los diferentes personajes hacen de ella. La Embajada de Estados Unidos se adelantó, a las 9 de la noche del mismo día de la votación, cuando las urnas estaban cerrando, publicando un comunicado de prensa apoyando el embuste del CNO y denunciando las elecciones que ellos mismos habían financiado. Por supuesto que los manifestantes a favor de Martelly se apoyaron en él para saquear y bloquear Puerto Príncipe.

Un primer Informe publicado por el CNO el 3 de diciembre constituye la ópera-prima de la trama en curso. En la semana siguiente de la votación el CNO publica los resultados completos de sus encuestas alegando tener contabilizado los resultados de 1.591 Mesas Electorales de un total de 11.000. Según su proyección, Mirlande Manigat habría recibido el 29,9%, Michel Martelly, el 25% y Jude Célestin, el 20% del total de los votos válidos. Estas encuestas, sin embargo, no se correspondían con el muestreo previsto inicialmente. Se trata de los datos recogidos de manera visual por los supuestos observadores, sin haber ninguna base científica.

En contraste con los resultados de la supuesta encuesta del CNO, el Instituto de Investigación de Opinión del Buró de Investigación en Informática y en Desarrollo Económico y Social (Brides) en su cuarta y última evaluación sobre la intención de voto, publicada el 24 de noviembre, indicaba lo siguiente: Mirlande Manigat, 36%; Jude Célestin, 20,1%; Michel Martelly, el 14,2% de los votos.

El Brides realizó cuatro sondeos, encargados por el Foro Económico de los Asuntos del Sector Privado (Fespa), que

apoyaba a Martelly, sobre la intención de voto en los dos meses que precedieran la elección. Institución dotada de experiencia, considerada seria y competente, sus resultados eran esperados ansiosamente por los partidos políticos y los candidatos.

Desde la primera publicación, el 4 de octubre, hasta la cuarta, terminada en los días inmediatos que antecedieron a la votación, el candidato Michel Martelly jamás apareció en el grupo que le permitiera ir a la segunda ronda. Era difícilmente imaginable que él pudiese revertir en cuatro días los seis puntos porcentuales que lo separaban del candidato Jude Célestin, sólidamente colocado en segundo lugar en las intenciones de voto.

La voluntad del elector haitiano, de todas maneras, era irrelevante. En esta maniobra el CNO desempeña un papel central en la estrategia de sabotaje electoral practicada por la Comunidad Internacional en la votación de noviembre de 2010 en Haití. La selección de la CNO no proviene de su experiencia, pues no la tiene. De hecho, se trata de un consejo que reúne a diversas organizaciones de la supuesta sociedad civil, las cuales, en realidad, conforman la gama de la oposición gubernamental.

Se compone de las siguientes organizaciones: el Consejo Haitiano de los Actores no Estatales (Conhane), dirigido por el pastor Edouard Paultre (férreo opositor de Préval); el Centro de Educación, Investigación y Acciones en Ciencias Sociales y Penales (Ceress), dirigido por Woldson Bertrand, otro opositor gubernamental; del Movimiento de Mujeres del Carrefour, dirigido por la feminista Magdala M. Jean Pierre; la Iniciativa de la Sociedad Civil (ISC), dirigida por el lobista y opositor Rosny Desroches, activista en el Grupo de los 184, cuando la caída del presidente Jean Bertrand Aristide en 2004; y finalmente, el propio CNO dirigido por la activista y opositora Elvire Eugene.

Todas estas organizaciones y sus líderes activistas tienen dos rasgos en común. Por un lado, practican sistemática oposición a los gobiernos de centro-izquierda que dominaron la escena política haitiana en estas dos últimas décadas. Por otro, sus actividades son financiadas por organizaciones públicas y privadas de Estados Unidos, Canadá y Europa Occidental.

Escudado en la posición de sus principales apoyos internacionales y basándose en las conclusiones retorcidas de la CNO, Mulet se siente seguro al prometer el acceso a la segunda vuelta a los dos candidatos que pretendían anular la votación. Una vez más, él demuestra la facilidad inaceptable con que trata los asuntos haitianos, interviniendo en el proceso electoral y haciéndose portavoz de los sepultureros de la democracia haitiana.

La humillante propuesta de Mulet pone a Manigat y a Martelly en difícil posición. Habían transcurrido escasas horas desde que fueran hechas las denuncias de fraude. Se firmó un manifiesto y se expuso públicamente el rechazo unánime de las dos terceras partes de los candidatos. ¿Qué hacer? ¿Hay espacio para retroceder? ¿Cómo proceder para retractarse?

Después caen las máscaras. En Haití, como en otras partes, las críticas a la fragilidad del proceso electoral pierden relevancia desde que su resultado contempla al candidato ungido por los críticos del sistema. En este caso, la victoria sería completa, pues la oposición iría con sus dos candidatos para la segunda ronda eliminando, consecuentemente, cualquier posibilidad de continuidad.

Convencido fácilmente por Mulet, Martelly afirma, sin rubor, haber decidido “esperar los resultados”. Estaba implícito que sus seguidores abandonarían las manifestaciones hasta el veredicto del CEP. También está implícito que volverán a las calles si Mulet no cumple su promesa. Para el neófito político

haitiano dirigido por su director de campaña y consejero del Partido Popular Español, Antonio Sola, el juego se debe jugar con rudeza¹²².

Mirlande Manigat —profesora universitaria, constitucionista y ex primera dama— no puede permitirse la fría sinceridad de Martelly. Aunque pretenda llegar al mismo destino, debe hacer un camino distinto. En este recorrido decide transigir con sus principios, con la conciencia y con la moral. A pesar de estar presente en la reunión del Hotel Karibe, incluso haciendo declaraciones públicas que defienden la anulación de la elección, Manigat afirma que no firmó el documento y, por tanto, no se considera comprometida con él. Al hacer como que el formalismo trasciende el contenido, Manigat pretende simplemente encontrar una explicación aceptable para una acción condenable.

Abandonados por Manigat y Martelly en menos de 24 horas después de la aprobación del manifiesto, los otros diez candidatos firmantes muestran sorpresa e indignación. Sobre todo cuando el texto aprobado fue elaborado por los asesores de la campaña de Martelly, incluso con sugerencias de Mirlande Manigat.

Detrás del telón, otro espectáculo político lamentable. Prefero pensar que, en ausencia de las acciones de la Comunidad Internacional, la política haitiana desde siempre fue surrealista.

¹²² Antonio Sola es uno de los propietarios de la firma consultora española Ostos y Sola “especializada en la generación de estrategias políticas, sociales y empresariales”, muy activa en campañas electorales de candidatos conservadores en España, América Central y el Caribe. En 2008 aconsejó al candidato republicano John McCain en las elecciones presidenciales de Estados Unidos. Con oficinas/sedes en Miami y Washington, la compañía presenta la elección de Martelly como su tarjeta de visita. Una vez elegido, Martelly nombraría a Antonio Sola *Embajador Itinerante* [sic] y “Responsable de la Inversión Internacional” del Estado haitiano.

Con nuestra presencia ni siquiera lo real maravilloso de Alejo Carpentier podría justificarla.

La Comunidad Internacional, sin embargo, pretendía ir más allá. Para convencer a los miembros del CEP de jugar el nuevo juego, Mulet los llama, como lo había hecho en crisis anteriores y continuará haciendo posteriormente, para una reunión el viernes 3 de diciembre de 2010.

Teniendo previsto un encuentro con los principales partidos y coaliciones políticas que compitieron en la primera vuelta, que se realizaría a las 10 de la mañana en el condominio de La Vilatte, el presidente, Gaillot Dorsainvil les avisa a los consejeros del CEP para que lleguen más temprano para reunirse con Mulet.

Cuando la consejera Ginette Chérubin llega a la reunión con los partidos políticos se le advierte que todos los consejeros están reunidos con Mulet en un salón privado. Como la Reunión de la Cúpula se prolongaba, y decidida a tomar conocimiento del asunto, Chérubin entró en la habitación. He aquí su relato:

Entro en la sala y descubro un Edmond Mulet desfigurado, irreconocible, rojo como un tomate, y de pie, presto para salir. Otros medio sentados, listos para levantarse. El Director General de la CEP [Pierre-Louis Opont] también de pie, pero furioso. Mulet y Opont parecen estar sobre el cuadrilátero. La tensión es palpable.

Curiosa por saber lo que provocaba tal atmósfera, trato de informarme:

—¡Buenos días! ¿Qué está pasando?

Pierre-Louis Opont —a punto de un síncope por la intensidad de la cólera— comienza a explicarme. Estoy perpleja. Mulet, avergonzado, trata de interrumpirlo. Pero los consejeros no le dan ninguna oportunidad de expresarse. Cada uno de ellos expone

su indignación. El asunto parece realmente grave. Por primera vez en mi carrera política, asisto —indirectamente pero todavía en vivo— a una sesión en la que un extranjero, sin pelos en la lengua, se arroga el derecho de dar órdenes a representantes oficiales del Estado. No evoco recomendaciones similares a esas que las de Janet Sanderson, ayudada por su homólogo Gossetti, que había venido a pasar su aprendizaje de sátrapa en el CEP en el 2009. No. Hablo de intervenciones con fórceps. Ese día de diciembre de 2010 que jamás olvidaré, el CEP simplemente recibió instrucciones claras, estrictas y formales. Mandatos directos, punzantes y sangrientos.

Una reunión de información general me fue concedida durante una hora por Opont. Más tarde me proveerá de otros detalles en presencia de los ocho Consejeros que los confirmaron. El diálogo histórico del cual les presento una fiel reproducción, el intercambio violento sostenido en “La Vilatte” entre Edmond Mulet y Pierre-Louis Opont. Este mismo me autorizó a reportar lo dicho:

—Mulet: Siento lo que voy a decir. No voy a hablar a nombre propio. Pero sí en nombre de toda la Comunidad Internacional... Como usted sabe, estamos muy preocupados por los resultados de las elecciones... Queremos decirle que nosotros no aceptaremos que el Sr. Jude Celestin llegue a la segunda vuelta o ¡que sea el ganador en la primera ronda!

—Opont: Pero, señor Mulet, ¡si ni siquiera hemos terminado de recibir las actas electorales de las diferentes regiones!

—Mulet: Sí, pero todo el mundo conoce los resultados. ¡Y ustedes van a ser los responsables!

—Gaillot Dorsinvil (Presidente del CEP): No. No. ¡Yo no acepto que me amenace, Señor Embajador!

—Leonel Raphaël y Laurette Croyance abundan en el mismo sentido.

—Opont: Sr. Mulet, dado el caso que ni el Director General de la CEP, ni los consejeros realizan el conteo de los votos, ¿por qué no le pide usted eso a los dos técnicos extranjeros, que acompañen al CEP, Alain Gauthier y Roly Dávila, que ejecuten sus órdenes?

—Mulet: Yo no soy quien deba hacerlo. Pero sí el CEP. Es responsabilidad del CEP.

—Opont: No vale la pena insistir en lo que no es posible. El Director General no actuará en el nivel del CTV. Hay una sola solución que le queda, si usted quiere, a toda costa, cambiar los resultados a su conveniencia.

Todos miran a Pierre-Louis Opont.

—Mulet: ¿Cuál sería esa solución?

—Opont: ¡Rece a Dios!

—Mulet, quien se pone de pie: La conversación ha ido demasiado lejos...

Fue rara la ocasión en que los diálogos entre los representantes de la Comunidad Internacional y los interlocutores oficiales haitianos alcanzaron tamaño dramatismo y, sobre todo, salieron a la luz. Si no fuera por el coraje de Ginette Chérubin, el escándalo de La Vilatte nunca habría sido revelado. Él devela la actitud frívola e inmoral del Representante de las Naciones Unidas al hablar en nombre de la Comunidad Internacional.

¿Cómo imaginar construir mínimamente un sistema democrático en Haití actuando de esta manera? ¿Qué hacen las jóvenes democracias latinoamericanas en esta iniciativa? Brasil, cuyo representante en Puerto Príncipe hasta entonces había actuado con firmeza y dignidad, ¿concordaba con el golpe electoral protagonizado por Mulet?

No se puede discrepar de René Préval cuando, puesto ante la ratificación de la elección de un candidato impuesto por Estados Unidos a través de la Comunidad Internacional, él se pregunta: “Pero entonces, si fuese así ¿para qué organizar elecciones?”.

La actitud honrada de los consejeros del CEP quedará en la historia, pero sin embargo su resistencia igualmente será minada. Pronto Mulet encontrará el camino libre para actuar a su antojo.

El 12 de abril de 2013, en una entrevista con el periódico haitiano *Le Nouvelliste*, el entonces asesor político del presidente Préval y luego asesor especial del presidente Martelly [sic], Joseph Lambert, indica que Jude Célestin había ganado las elecciones en la primera vuelta con el 51,8% de los votos. Según Lambert, “Jude efectivamente había ganado. Por otra parte yo lo escribí en mi libro. Nos reunimos y nos dimos cuenta que algo se preparaba. Michel Martelly, inteligentemente, ha pirateado el poder. Cuando la señora Manigat reaccionó, ya era demasiado tarde”.

¿Cómo se podía continuar en este proceso de sabotaje electoral cuya ejecución habíamos impuesto, organizado, financiado, administrado, incluyendo la presencia de una importante Misión de Observación Electoral de la OEA/CARICOM? ¿Qué sentido tenía esta pantomima?

Los días que siguieron fueron tensos. Todos esperaban el resultado de la primera ronda. Cuando finalmente fue divulgado por el CEP en la noche del 7 de diciembre, las calles de Puerto Príncipe estaban desiertas. El “teléfono árabe” (“boca a boca” o “radio bamba” en República Dominicana) funciona a la perfección en Haití. La población acostumbrada a leer las entrelíneas de las frecuentes crisis de poder, obedece religiosamente los oficiosos toques de queda. Con una participación que no alcanzaba un cuarto del electorado, Mirlande Manigat recogía el 31,37% de los votos; Jude Célestin, el 22,48% y un 21,84%, Michel Martelly. Excluyendo los votos blancos, nulos

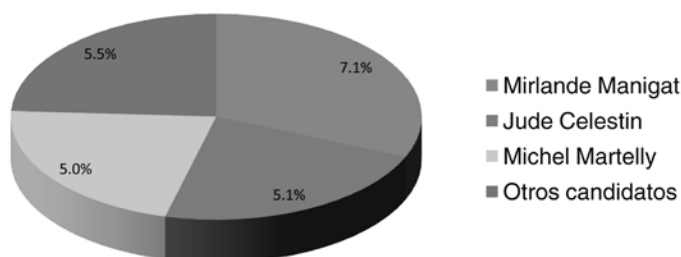
y las abstenciones, se nota un desencanto del electorado porque la participación alcanza solamente un 22,7%. Cabe recordar que este porcentaje fue calculado por el CEP según el total de votantes potenciales. Sin embargo, como se ha señalado anteriormente, la lista electoral no estaba depurada. Por tanto, según la proyección hecha anteriormente, debemos calcular la participación efectiva deduciendo un 6,1% del total de los inscritos. Con esta advertencia, así se presentaron los resultados oficiales de la primera vuelta.

FIGURA 13 - VOTANTES REGISTRADOS Y VOTOS VÁLIDOS POR CANDIDATO, PRIMERA VUELTA DE LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL. NOVIEMBRE DE 2010

Votantes registrados	4.712.693
Mirlande Manigat	336.878
Jude Célestin	241.462
Michel Martelly	234.617
Otros candidatos	258.229

Fuente: Consejo Electoral Provisional.

FIGURA 14- REPARTICIÓN VERDADERA DE LOS VOTOS ENTRE CANDIDATOS, COMO PROPORCIÓN DEL UNIVERSO DE VOTANTES REGISTRADOS



Fuente: Elaborada por el autor según resultados oficiales del CEP.

Durante el resto de la noche el silencio fue perturbado por el crepitar de las armas ligeras y las ametralladoras.

Al amanecer, la región metropolitana de Puerto Príncipe se encontraba desierta. Surgieron barricadas alrededor de la capital. Los nuevos dueños de las calles eran jóvenes, que aunque agresivos, parecían no portar armas. El país se paró. Haití se hundió de una vez en la tensión y el miedo. Se me informó que ningún miembro de la CI se atrevía salir de su residencia. Los ministros desaparecieron. Tanto la Policía Nacional de Haití como las tropas de la MINUSTAH brillaban por su ausencia. Préval estaba en su domicilio privado, prácticamente sin poder moverse.

Al final del día recibí la invitación para participar, a la mañana siguiente, en la reunión del Grupo Central, convocada por Préval en el lugar que servía de oficina a Mulet, ubicado en la base logística (Base Log) de la MINUSTAH, al lado del aeropuerto.

Al amanecer del día 9 la situación seguía siendo la misma y Puerto Príncipe permanecía totalmente bloqueado. Como no tenía escolta ni guardaespaldas y hacía tiempo que había despedido a mi chofer, acordé con el embajador Igor Kipman que iría a su residencia y de ahí partiríamos en su camioneta blindada, bajo la protección de los infantes de marina brasileños, hacia el lugar de la reunión. Esperé escuchar de él la oferta de que los infantes de marina fueran a buscarme. Como no la recibí, tampoco la solicité. La protección cercana pertenece al embajador y sería infringir las reglas extenderla a quien no gozaba de ese derecho. Así que debería arriesgarme a ir solo o no asistir a la reunión.

Coherente con la tesis que siempre defendí, o sea, que Haití, afortunadamente, no es el escenario de una guerra civil y menos aún constituye una amenaza internacional, sin actos

violentos de carácter político, como ataques, bombardeos y masacres, no lo pensé dos veces y me embarqué en mi vehículo. De éste habíamos quitado hacía mucho tiempo, por precaución, el emblema de la OEA. Solo tenía placas OI (Organización Internacional), sin otra precisión.

Calculé que el camino de *Juvenat* a *Bourdon* era aproximadamente de cuatro kilómetros. La residencia del embajador está justo detrás de la histórica sede de la oficina del primer ministro, cuyos jardines fueron ocupados por los sin techo del terremoto.

Pude salir sin problemas del barrio del *hotel Karibe*. Cuando llegué a la Calle del Canapé Vert —una de las arterias que une *Pétion-Ville* a Puerto Príncipe— giré a la izquierda para subir en dirección a la pequeña ciudad. No había ningún vehículo circulando y las pocas personas con las que me crucé, preparaban neumáticos, tablas y ramas para hacer fuego e improvisar barreras. Al avanzar pronto me encontré con un camino completamente bloqueado. Seguí manejando hacia la barricada. Mientras me acercaba identifiqué un vehículo de la organización Médicos sin Fronteras estacionado frente a la barrera. Sus dos ocupantes dialogaban con los manifestantes tratando de convencerlos para que los dejaran cruzar el obstáculo. Después de palabras, gestos y gritos y cuando pasaron algunos minutos, se abrió un estrecho pasadizo y ellos pudieron traspasar la barrera, rodeándola y pasando sobre la acera.

Atento a los resultados de las negociaciones, inmediatamente arrimé mi vehículo al de ellos pretendiendo tomar el mismo paso. De repente los manifestantes me lo impidieron. Me identifiqué y argumenté que me dirigía a una importante reunión política y que era de su interés permitirme pasar. Después de unos minutos de confabulación, me autorizaron y después incluso me ayudaron en la difícil maniobra. Había

un estrecho espacio entre un árbol y la pared que respaldaba la acera. Por ahí debería pasar. Como el vehículo de los médicos lo consiguió, no había razón ninguna para que yo también no lo hiciese. Después de algunas maniobras, crucé la barrera y continué mi viaje.

Zigzagueando entre neumáticos en llamas y pasando otras barreras improvisadas, pronto llegué a *Pétion-Ville*. Entonces comenzó el descenso a *Bourdon* por la carretera Panamericana. Repentinamente, después de una curva, surgió una barrera imponente. Para mi sorpresa, policías haitianos estaban desarmándola y hablaban animadamente con los manifestantes. Con la ayuda de los policías, pude rodearla, subiéndome nuevamente en la acera. Sin más contratiempos, finalmente llegué a la residencia del embajador brasileño.

Supe más tarde que una vez que los policías que permitían la circulación se fueron, el bloqueo había sido reactivado. Luego los manifestantes se dieron cuenta de la ventaja que podían sacar de la situación. Desde entonces, los conductores que se aventuraban en las calles de la zona metropolitana, podían superar los diversos obstáculos si pagaban un peaje. En los días siguientes los movimientos comenzaron a tener unos costos inesperados, compensados por la ausencia de embotellamientos y por el aumento de la seguridad: lecciones de la situación haitiana.

Informé a mis interlocutores sobre las condiciones de las calles. Estaba tranquilo. Nunca me sentí amenazado o en peligro. Pero nos embarcamos en una camioneta blindada, junto con *marines* fuertemente armados, y nos dirigimos a Puerto Príncipe.

Después de encontrar algunas calles bloqueadas, decidimos dejar de lado las principales arterias. Recorrimos pequeñas calles y callejones y alcanzamos la Avenida de *Delmas* —el más

importante vínculo entre *Pétion-Ville* y la capital. Antes de llegar a una barrera que bloqueaba completamente la vía, sonó el celular de Igor. Era Mulet informando que nadie del Grupo Central podía moverse. Incluso Préval no podía dejar su residencia. Concluyendo, anunció la suspensión *sine die* de la reunión.

Sin alternativas, decidimos volver a casa. En el trayecto, Igor me propuso: “Puesto que Préval no puede salir de su casa, ¿por qué no vamos hasta él? Si el Presidente de la República desea vernos, debemos hacer todos los esfuerzos para satisfacerlo”.

Asentí con entusiasmo y llamé a Bellerive. Este enseguida nos confirmó que Préval nos esperaba. Dijo que también él participaría en la reunión. Nos pusimos en marcha hacia la carretera Kenscoff.

Antes de llegar a la residencia de Préval hay una intersección con otro camino que corre paralelo a la montaña. En ella una gran barrera impedía el paso. Notamos que, además de civiles, había policías. Los marines desembarcaban con sus armas engatilladas. Los policías se unieron a ellos en el trabajo de eliminación de algunos obstáculos para permitir nuestro paso.

De repente oí el zumbido de balas que rebotaban en algo metálico. Nos miramos el uno al otro. Igor, con su calma olímpica, observa: “No hay nada que temer”.

Un policía haitiano con su fusil engatillado se apartó del grupo y pasó corriendo al lado de la camioneta. Saltó a la zanja junto a la carretera y desde esta posición hizo varios disparos. Los disparos cesaron de inmediato. Retomamos el viaje y llegamos a la residencia de Préval, fuertemente resguardada, incluso por soldados de la MINUSTAH.

Como estaba previsto, Bellerive se unió a nosotros y comenzamos a hacer un balance de lo que había sucedido en las últimas horas y de cómo se podía resolver la situación. Préval

parecía tranquilo. Tanto Igor como yo escuchábamos más de lo que hablábamos. Bellerive estaba alterado. Según él, la actitud de Mulet era un incentivo para los manifestantes. No dejaba de tener razón. Indignado con lo que estaba ocurriendo, Bellerive sugiere que Préval solicite a Ban Ki-moon, la sustitución de Mulet por otro Representante. No se trataba de una expulsión, sino de un gesto amigo que obligase a Mulet a dejar Haití.

Finalmente Préval propone invitar a un grupo de eminentes personalidades para constituir un Grupo de Amigos de Haití y mediar en la crisis. Concordamos con la idea. Se dan los nombres de Michelle Bachelet (ex-presidenta de Chile), João Clemente Baena Soares (ex-secretario General de la OEA, muy respetado, pues es sensible y profundo conocedor de Haití) y Lionel Jospin (ex-primer ministro socialista francés que había participado en misiones a Haití en el Club de Madrid). Préval deja abierta la posibilidad de incluir uno o dos nombres adicionales en el Grupo.

Al cerrar la reunión, Préval se dirige a Bellerive y le dice: “Tal como están las cosas, no pude escuchar bien lo que me sugeriste sobre el tema de Mulet”.

Nos despedimos y fui a informar a Insulza y a Granderson.

La reacción de Insulza a la propuesta de Préval fue positiva. El veneno destilado por Mulet y sus cómplices, sin embargo, ya había surtido efecto. Así que tuve el disgusto de conocer el contenido de las críticas por Insulza. A lo indigno de los insultos sumábase la cobardía de los autores que utilizaban intermediarios para llegar a mí.

Sin que yo lo supiese —tampoco Igor— el día antes en Washington el Grupo Central local también había sugerido igualmente la constitución de un Grupo de Amigos en el sentido propuesto por Préval. Ahora, casi simultáneamente, en Puerto Príncipe, surge una propuesta similar en una reunión

en la cual solamente el Embajador de Brasil y yo habíamos participado con el Presidente y el Primer Ministro haitiano. En consecuencia, tanto Estados Unidos como Mulet interpretaron que se trataba de una maniobra de Brasil para conceder sobrevida a Préval y por tanto ella debería ser torpedeada. Y así fue.

El 10 de junio, en una reunión en la sede de la OEA, en Washington, Estados Unidos retrocede y pone en duda la utilidad de la fórmula del Grupo de Amigos. A partir de esta pirueta no había cómo insistir en la mediación.

La maliciosa interpretación de Estados Unidos y de Mulet fue apoyada por Insulza. Al contrario de lo que había afirmado anteriormente, tampoco contaba la posición de Colin Granderson. Ocurre que éste había apoyado nuestra iniciativa, incluso sugiriendo que al Grupo de Amigos que iba a ser constituido fuese adicionada una personalidad integrante de la CARICOM.

El Quai d'Orsay fue consultado por Jospin. Además de oponerse, Francia prohibió el eventual financiamiento de la Unión Europea al Club de Madrid para viabilizar la posible misión. Una vez más, el Club de Madrid reveló ser lo que realmente es: una mera herramienta de instrumentalización de la política exterior de ciertos países de Europa Occidental.

Supe que Michelle Bachelet no estaba dispuesta a involucrarse en la crisis. Solamente Baena Soares respondió positivamente. Evidentemente su condición de brasileño reforzaba la teoría de nuestro supuesto complot.

En lugar de utilizar el modelo de Grupo de Amigos conforme a lo sugerido inicialmente por el Grupo Central de Washington, con la gran ventaja de que él también había sido propuesto por Préval y no impuesto por la Comunidad Internacional, el Grupo Central de Puerto Príncipe prefirió torpedearlo, pues

contrariaba su estrategia de arrinconar a Préval. No importaban las interpretaciones maliciosas y falsas sobre mi supuesto papel. De verdad no tenía ninguno salvo demostrar un mínimo de coraje y dignidad acompañando a Igor a la reunión con Préval y Bellerive.

La desconfianza, los subterfugios y la mala fe de algunos actores internacionales impidieron que se buscara serenamente una solución para la crisis. El objetivo estaba cada vez más claro: doblegar a Préval. Nada que viniese de él sería tomado en cuenta. En función de ello fueron diseminadas versiones absurdas, como la que acusaba a Brasil y a mí de tener una estrategia autónoma en Haití —frontalmente opuesta a la de Estados Unidos. Sin embargo, desde julio de 2004, tanto en Brasilia como en Puerto Príncipe, una de las principales preocupaciones de los diplomáticos brasileños era la de acompañar su música con la música de Estados Unidos.

La decisiva participación brasileña en la MINUSTAH militar fue tomada por decisión de Lula, acatando la solicitud, entre otras, del presidente Bush. En todas las reuniones bilaterales entre los dos países, Brasil siempre destacó la cuestión de Haití, tratando de dar prueba de su acercamiento con Estados Unidos. Yo mismo publiqué, el 11 de febrero de 2010, un artículo de opinión en el diario *Folha* de San Pablo, Brasil, bajo el llamativo título “Haití, punto de encuentro de las Américas”. En él no solamente mencionaba la responsabilidad especial de Brasil y de Estados Unidos para la resolución de la crisis, sino que concluía igualmente que: “Haití debe ser el punto de encuentro de nuestros desencuentros [de las Américas]”, atribuyendo otro sentido a la expresión “Nuevo Mundo”.

Imaginar, en estas condiciones, que habría una polémica entre los dos países, sobre todo incentivada por mí, como algunos actores clamaban en Washington, Puerto Príncipe y otros

lugares, constituía una falacia y una directa tergiversación de los hechos reales.

Me convencí de que la sugerencia de Igor de reunirnos con Préval era un tremendo pecado para el Grupo Central haitiano. Se había roto el aislamiento que la Comunidad Internacional le imponía al Presidente. Este fue el punto crucial del problema. ¿Cómo explicar de otra manera el hecho de que yo pude recorrer solo varios kilómetros, atravesando barricadas, mientras que los embajadores que representaban a Estados Unidos —protegidos por los marines—, de Francia con sus soldados y Mulet con ocho mil militares y más de dos mil policías de la MINUSTAH a su disposición, fuesen obligados encerrarse en sus refugios?

Con estas impresiones, dejé la residencia de Préval observando a los militares de la MINUSTAH que estaban ahí para protegerlo. No podía apartar de mi mente la idea de que ellos eran, al mismo tiempo, sus carceleros.

Otra interpretación posible sería la pereza y el desinterés colectivo de la mayoría de los miembros del Grupo Central. No pretendo minimizar el papel de la primera de estas características en la historia política de la humanidad. Sé que la inacción constituye un elemento central de las relaciones humanas y también de las internacionales. Tampoco ignoro el posible desinterés profesional y político de algunos actores. Lo que siempre me llamó la atención, sin embargo, fue su carácter ideológico. No solo en el Grupo Central, sino también —y de modo general— en la comunidad diplomática que opera en Haití. Muy rara vez he encontrado en este medio a un humanista. Progresista o de izquierda, prácticamente imposible. Como si fuera requisito indispensable para trabajar en Haití comulgar con las ideas de la derecha; de ser posible, al nivel más retrógrado. Conviví con la permanente y desagradable

impresión de que el pueblo de Haití no tenía suerte con la mayoría de los diplomáticos y funcionarios internacionales que el mundo le enviaba. Las excepciones las nombramos aquí, tales como los brasileños Paulo Cordeiro e Igor Kipman; el tunecino Hédi Hanabi; los chilenos Marcel Young y Cristóbal Dupouy; el cubano Ricardo García Nápoles; el dominicano Rubén Silié Valdez y el alemán Jens Peter Voss.

El Grupo Central practicaba abiertamente una especie de diplomacia coercitiva. Incentivado por las grandes potencias, escudado por las tropas de la MINUSTAH y con la actuación decisiva del Representante del Secretario General de la ONU en Haití, los resultados no podían tardar.

Entre los instrumentos de presión utilizados sobresalía la amenaza de suspensión de visa para el ingreso a Estados Unidos. El propio embajador norteamericano comunicó a Bellerive que su visa vencía el 7 de febrero 2011, fecha fijada por Estados Unidos para que Préval dejase la presidencia de la República. Sin embargo, Préval, vivía una situación muy delicada. Elisabeth Delatour, su actual esposa, mantenía su residencia en Estados Unidos, propiciando que dos de sus hijos estudiaran allí.

La propia esposa de Préval era su talón de Aquiles, en aquellos tensos días, según el testimonio de varios interlocutores. La Comunidad Internacional, consciente de la situación, exploraba pérfidamente el drama familiar vivido por Préval. Frente a tantos y temibles adversarios, lo que verdaderamente sorprendía era su resistencia.

Pasaron los días de tensión y finalmente, a principios de la semana siguiente, el Grupo Central se reunió nuevamente en la residencia de Mulet. La propuesta de constitución del Grupo de Amigos hecha en Washington y por Préval ya estaba debidamente enterrada seis pies bajo tierra. Mulet, sin embargo, pretendía saborear su victoria. De modo que solicitó

que Igor y yo relatásemos nuestro encuentro con Préval y Bellerive. Igor me ofreció la palabra e intenté ser lo más sintético y fiel posible. Mas todo fue en vano. Se intercambiaron miradas cómplices. Y se esbozaron sonrisas irónicas.

La suerte ya estaba echada, pues ellos habían decidido transformar la Misión de Observación de la OEA/CARICOM en Misión de Recuento de Votos. O sea, descartarían al CEP y ocuparían el Centro de Tabulación de los Votos.

La sugerencia de la Consejera Ginette Chérubin que proponía la formación de una Comisión Especial de Verificación (CEV), absolutamente independiente del Ejecutivo y compuesta exclusivamente por personalidades haitianas, ni siquiera fue tomada en cuenta, empezando por el propio Préval. El nacionalismo y la no intervención extranjera subyacentes en la formación de esta CEV no estaban en el orden del día. Serán los extranjeros, y exclusivamente ellos, los encargados de definir cuál es la voluntad del elector haitiano.

Como se ha señalado, técnicos extranjeros, contratados por el PNUD, eran los responsables del recuento de votos. Eso no bastaba. Era necesario cambiar el resultado de la primera ronda. La única posibilidad consistía en anular los resultados de ciertas urnas que habían votado a favor de Célestin. Así, él retrocedería al tercer lugar, mientras que el candidato ungido por la Comunidad Internacional participaría en la segunda ronda junto con Mirlande Manigat.

Colin Granderson, el correcto jefe de la MOE, fue obligado a retractarse y aceptar posiciones que contrariaban frontalmente lo que él y sus observadores habían constatado. Un día explotó y me dijo que renunciaría y regresaría a su natal Trinidad y Tobago. Después de una larga conversación, logré que él analizase mejor el extraordinario impacto que tendría su dimisión. Creo que contribuí para que permaneciera en Haití.

Hoy no estoy totalmente convencido de que hice lo que había que hacer.

No había mucho que hacer dentro de la OEA. A principios de diciembre Insulza me telefoneó para quejarse de las críticas provenientes de Puerto Príncipe —su Secretario General Adjunto era uno de los portavoces más activos—, según las cuales yo tenía como estrategia dominar la MOE OEA/CARICOM, dificultando así la unidad de la Comunidad Internacional.

Como todos mis esfuerzos buscaban únicamente reforzar la debilitada posición de Colín Granderson, envié a Insulza un Informe resumido comunicándole los últimos acontecimientos.

Recordaba que había en Haití una clara división de tareas en el seno de la Comunidad Internacional. En ella el papel de las Naciones Unidas se restringía, en el caso de las elecciones, a la logística y la seguridad. En seguida enumeraba en una lista los desacatos de Mulet:

- A) Las Naciones Unidas había adoptado como si fuese suya la falsa indagación sobre la boca de urna del CNO. La divulgación de esta información, de sus supuestos resultados parciales y tendencias de voto en la misma noche de la contienda, provocaron una grave crisis, poniendo al CEP y a la OEA/CARICOM en una posición incómoda.
- B) Mulet recibió a los dos candidatos de la oposición que estuvieron al frente del boicot electoral, en su propia casa el día posterior a la votación, dando la impresión de ser su portavoz.
- C) Mulet se trasladó personalmente al Centro de Tabulación de los votos. Tal iniciativa puede ser interpretada —y de hecho fue— como una forma de presión.
- D) Mulet anunció que Canadá y Estados Unidos estaban dispuestos a anular los visados de entrada y residencia de los

miembros del CEP si estos no se sometían a las exigencias de la Comunidad Internacional. Se trataba de un chantaje vergonzoso, dado que muchos miembros del CEP tienen familia en esos países.

Finalmente, destacué que la OEA y la CARICOM habían movilizado observadores a Haití en agosto para supervisar el proceso desde su inicio. Ellas disponían de condiciones para hacer la indagación de boca de urna, observar el Centro de Tabulación de los votos, extrayendo sus propias conclusiones y haciendo recomendaciones. Su trabajo, sin embargo, estaba siendo sistemáticamente burlado por Mulet.

Concluyendo, sugerí que Insulza telefonara a Ban Ki-moon exigiendo que su Representante Especial en Haití permitiese que la Misión de la OEA/CARICOM ejerciese su trabajo sin ninguna interferencia. Fue inútil. Insulza se contentó con solicitar que Granderson —si éste estaba de acuerdo— hablara con Mulet pidiéndole que respetara la división de tareas previamente establecida. En el caso de que Mulet continuase trabajando en los temas electorales, que lo hiciese de acuerdo con las opiniones defendidas por la OEA. Sobre las otras sugerencias, decidiríamos más adelante.

Constaté que la OEA estaba inclinada ante las Naciones Unidas. Había intentado estirar la cuerda lo más que podía y ahora me doy cuenta de lo poco que pude. La jugada estaba hecha y Mulet disponía de todo el campo para actuar a su antojo.

A mediados de diciembre, el Grupo Central discutió la publicación de un texto dirigido a todos los candidatos y a sus seguidores, abogando por la no violencia y el respeto al trabajo de los agentes humanitarios en la lucha contra la epidemia del cólera. Durante los debates sugerí que el llamamiento mencionase “tanto a los haitianos como a los extranjeros” pues era de

conocimiento notorio que estos participaban activamente en la campaña electoral.

Mi sugerencia sirvió como un sombrero al entrometido embajador de España —Juan Fernández Trigo—, protector del trabajo de Sola a cargo de la campaña de Martelly. Enojado, me pregunta a qué extranjeros hacía alusión. Simplemente respondí, con ironía, que “los extranjeros mencionados eran todos aquellos que no disponen de la nacionalidad haitiana”.

Perdiendo la compostura, Trigo informa entonces que “España no acepta las amenazas públicas proferidas por ciertos Ministros del Gobierno de Préval, que preconizan declarar a Sola *persona non grata*”.¹²³

Trigo no debería haberse preocupado pues la resistencia de Préval estaba socavada. Jude Célestin no protestaba y ni siquiera esbozaba contrariedad públicamente. La INITE, hecha pedazos, no definía ninguna estrategia para contener sus divisiones internas. La presión de la Comunidad Internacional surtía efecto.

La posición de Igor Kipman también cambió, después de la frustración de la propuesta del Grupo de Amigos. Volvió al silencio reservado que siempre se impuso. Advertí que Brasilia no pretendía —como nunca pretendió— poner ningún grano de arena que perturbara sus intereses estratégicos. El equívoco reciente había servido de lección.

Para Brasil la actual crisis haitiana era simplemente un episodio más en el largo rosario al cual el país nos había acostumbrado. Además, era Haití y sus dilemas los que conformaban

¹²³ Con este perfil, Trigo fue enviado más tarde por Madrid a Paraguay. Cuando ocurrió el golpe parlamentario que derrocó al presidente paraguayo Fernando Lugo, el nuevo embajador afirmó que “España no tenía ninguna duda acerca de la democracia paraguaya”.

parte de nuestra pauta de política exterior. Pero no obstante, no estábamos dispuestos a reorientarla o a poner en duda nuestras opciones estratégicas y nuestros puntos cardinales. Haití era lo que siempre fue: un medio para alcanzar una mayor proyección internacional. Nunca un fin en sí mismo. A Brasil no le interesaba resolver la crisis haitiana si el precio que había que pagar era indisponerse, incluso mínimamente, con Estados Unidos.

En una entrevista sobre la crisis electoral haitiana concedida a *Folha* de São Paulo y publicada bajo el sugerente título “Brasil no será el altoparlante de los derechos humanos”¹²⁴, Marco Aurelio García no deja ninguna duda sobre la nueva postura del país. A pesar de ponderar que el informe de la OEA “no puede ser entendido como una cosa impuesta, [la solución de la crisis] pasaría por la aceptación del informe [por el Gobierno haitiano]”.

García se atreve a aprobar el Informe de la OEA, considerándolo “un retrato bien aproximado [de la votación]”, aunque reconoce que no se trata “de un retrato completo, y difícilmente podría serlo, porque fue hecho a través de una muestra”. Como los demás miembros de la Comunidad Internacional que presionan a las autoridades haitianas, él muestra aprensión en transferir la responsabilidad al CEP, pues “nos parece que de cualquier manera eso pasa por la evaluación del Consejo. Si éste considera que el informe procede, él es la instancia. Si no se considera así, se crea una encrucijada. [Aún] si ellos aceptaran es una buena solución”.

Por primera vez en la historia de Haití habría segunda vuelta en las elecciones presidenciales. Sin embargo, fue aún más extraño, constatar el extraordinario grado de volubilidad del elector haitiano.

¹²⁴ *Folha de S. Paulo*, 23 de enero de 2011.

Las fuerzas populares haitianas no solo perdieron la batalla presidencial, y ni siquiera participaron en la segunda ronda. En esto fue clave la decisión del Grupo Central y de las jóvenes democracias de centro-izquierda de la América Latina que se asociaron a él, por primera vez desde la caída de Jean-Claude Duvalier en 1986.

Gracias a la alianza extraña entre los sectores más conservadores del Partido Republicano de Estados Unidos, la administración demócrata bajo la influencia de los Clinton, los gobiernos de centro-izquierda de América del Sur y los partidos políticos y movimientos antiimperialistas latinoamericanos, la imberbe democracia haitiana será sacrificada en el altar de la *realpolitik*.

Luchaba para convencerme del supuesto comportamiento errático del electorado haitiano. Aún conservaba la esperanza de explicar la decisiva responsabilidad de la Comunidad Internacional, de la OEA y de mi país en el golpe electoral que resolvería la crisis. Inútilmente.

Vivíamos el último fin de semana antes de las fiestas de Navidad. El lunes, 20 de diciembre, tuvimos una reunión final del Grupo Central con Préval. Después de ella, casi la totalidad de mis colegas extranjeros partió para sus respectivos países. Yo había decidido permanecer en Puerto Príncipe. Solamente que no contaba con los acontecimientos increíbles que se desencadenaron a continuación.

CAPÍTULO XIV

UNA SIMPLE ENTREVISTA

La democracia no se define solo por la soberanía popular y el sufragio universal, sino más bien por la organización de una competencia nutrida por pasiones a punto de explotar.

RAYMOND ARON, “ENSAYO DE LIBERTADES”

En los últimos meses del segundo semestre de 2010, comencé a prepararme para dejar Haití. Ya había reconstituido la colección de arte haitiano que había perdido durante el terremoto y preparaba mi regreso a Brasil y a la Universidad. Mucho más allá de lo que había imaginado cuando acepté la invitación para representar a la OEA en el país, la experiencia había sido marcadora, profunda, apasionante y sin embargo también había sido frustrante.

A mediados de noviembre, cuando Insulza me preguntó sobre mis intenciones como su Representante Especial en Haití, le informé que aunque pretendiese dejar mis funciones al cabo de dos años —que se completarían a fines de diciembre de 2010—, pensaba permanecer hasta el final del proceso electoral y la toma de posesión de los nuevos elegidos. Insulza estuvo de acuerdo conmigo y ordenó que la Secretaría General prorrogara hasta el 31 de marzo de 2011, mi estancia en Haití.

Como profesor universitario especializado en determinados temas de Relaciones Internacionales, me incomodaba la

posibilidad de hacer el equipaje y regresar a Brasil sin al menos haber intentado extraer algunas lecciones de la experiencia vivida. Se trataba de la típica reacción de un pedagogo. No lo graba separar de mi horizonte este imaginario y supuesto compromiso.

Poco a poco me convencí de la necesidad de hacer un balance sobre la actuación de la Comunidad Internacional en Haití, tal cual la vivencí a lo largo de esos extraordinarios dos años. Ello contribuiría, esperaba yo, a ayudar a la CI a disminuir el porcentaje de errores —extremadamente elevado a lo largo de la historia—, cometidos en sus operaciones en Haití. Pensé escribir un artículo académico. Pero pronto lo descarté, pues pocas personas tendrían acceso a él.

Finalmente decidí conceder una entrevista a un periódico relatando mi experiencia y la visión de lo que estaba equivocando en nuestra relación con el país. Haría sugerencias para que al menos no repitiésemos con tamaña perseverancia y desinhibición los errores del pasado. Pero todavía tenía que encontrar un periódico y profesional interesado.

Estaba con esta preocupación cuando apareció en la primera quincena de noviembre, en la sede de la OEA, un joven suizo del periódico ginebrino *Le Temps* que cubría la campaña electoral. Se llama Arnaud Robert. Me pareció serio y bien preparado. Después de proporcionar las informaciones que él buscaba sobre el apoyo concedido por la OEA a la ONI, especialmente la confección de las Cédulas de Identidad, pregunté sobre el eventual interés de su periódico en una entrevista de fondo. Él respondió positivamente, aunque era indispensable consultar al jefe de redacción en Ginebra.

Pocos días después, me llamó diciendo que había interés y agendamos la entrevista para el 15 de noviembre. En la fecha acordada, estaba conmigo en la oficina de la OEA, Cristóbal

Dupouy¹²⁵, el segundo de la Misión. Conversamos durante dos horas. Al final le pregunté:

“¿Hay algo que pueda servir de todo lo que dije?”

Él respondió con cierto entusiasmo, aunque resaltó que era necesario transcribir y editar. Me preguntó si me gustaría examinar el material antes de su eventual publicación. Le dije que no: “Te considero honesto y bien preparado. Por eso tengo plena confianza”.

La elección del periódico no fue una casualidad. Sabía de su seriedad e interés en temas internacionales. Pero además, había vivido durante casi 15 años en la ciudad de Calvin, donde hice estudios universitarios. Y mi primera esposa y madre de tres de mis hijos son de Ginebra y todos viven allá. En cierto modo, era una manera de devolver al país y a la ciudad todo lo que hicieron para mi formación. En fin, dado que la ciudad albergaba un gran número de organizaciones internacionales, incluso la sede europea de las Naciones Unidas, probablemente la entrevista sería leída por alguien.

Después de una semana le pregunté a Robert Arnaud sobre la posible publicación de la entrevista. Me dijo que estaba lista y que tal vez la publicasen. No garantizó nada y yo tampoco lo exigí.

Pasaban los días y las semanas. El torbellino provocado por la crisis electoral haitiana me absorbió hasta tal punto que me olvidé por completo de la publicación de la entrevista. Nunca más pensé en ella. Creo que tenía la impresión de que había

¹²⁵ Joven doctor en Ciencias Políticas, de nacionalidad chilena, Cristóbal llegó a Haití poco después del terremoto de enero de 2010. Inteligente, perspicaz y dotado de un espíritu crítico agudo, él no medía esfuerzos para ayudarme a conducir la Misión de la OEA hacia buen puerto. Mantuve con él bastante diálogo y ciertamente, tanto él como yo, aprendimos mucho a lo largo de *annus horribilis* (años horribles).

sido algo que debería haber ocurrido y que no ocurrió. No estoy seguro de eso. Sé que simplemente borré la entrevista de la memoria.

Temprano en la mañana del lunes, 20 de diciembre de 2010, en el apogeo de la crisis electoral, abrí mi correo electrónico y había un mensaje de una excompañera de vida, Deisy Ventura, que estaba residiendo temporalmente en Ginebra, donde era profesora invitada del Instituto de Altos Estudios Internacionales y Desarrollo. El título del mensaje era “Salió”. Confieso que no entendí. En los pocos instantes que tomó la operación de apertura del mensaje, traté de recordar a lo ella podría referirse. No me venía nada a la cabeza.

Cuando el mensaje se abrió me informé que en la edición de ese día había sido publicada mi entrevista. Ahí estaba ella, con llamada en la portada y un título invitador que no dejaba ninguna duda sobre su contenido, “Haití es la prueba del fracaso de la ayuda internacional”.

Antes de tener acceso a ella, recibí dos mensajes de Deisy en los que hablaba de la calidad y la profundidad del texto y del orgullo que sentía. “Se trata de uno de los mejores, más lógicos y más valientes textos que he leído sobre ayuda internacional”. Y concluía de forma premonitoria: “Tal vez la OEA no lo va a apreciar como debiera”. Cuantos más elogios de Deisy leía, más me preocupaba...

Pronto logré leer la entrevista y me tranquilicé. Había hecho bien al confiar en Arnaud. Sin duda era un texto periodístico, aunque bastante largo, pues cubría una página del periódico. Sobresalía por su claridad. No había sofismas. Pese a ser directo, a veces ríspido, no contenía revelaciones grandilocuentes o acusaciones personales. No mencionaba siquiera la crisis electoral, porque la entrevista había sido concedida mucho antes de su eclosión. Era un texto claro, decidido y firme. Agradable

de leer en cualquier circunstancia. Menos, evidentemente, en el momento de la crisis aguda por la cual pasaba Haití. Podía ser interpretado como una fisura inaceptable en la posición de la Comunidad Internacional. Y así fue.

Durante mi estancia en Haití siempre mantuve contacto permanente con los medios de comunicación, no solo los brasileños y los haitianos, sino también de Alemania, Argentina, Canadá, Chile, EE.UU., España, Francia, Italia, México, Portugal, Uruguay, Venezuela, etcétera. A veces los utilizaba para divulgar las acciones de la OEA. En otras oportunidades analizaba la situación del país o de tópicos específicos, sobre todo, inmediatamente después del terremoto.

Cuando trataba de asuntos globales de interés de la Comunidad Internacional, nunca escondí mis dudas y reservas con el modelo de intervención propuesto por las Naciones Unidas, especialmente después del terremoto. Destacaba que la naturaleza del desafío había cambiado radicalmente: desde la seguridad hacia la reconstrucción. Y lo hacía con cautela y profundidad.

El tema de la entrevista concedida a Arnaud debería ser la culminación de mi contribución al debate sobre el rumbo de la cooperación internacional en Haití. Efectivamente, ella cerró el ciclo, pero no como se esperaba. En lugar de abrir un debate sobre el tema, por un lado, la entrevista, entrega datos a los críticos de la MINUSTAH y, por otro, deja a la Comunidad Internacional sin reacción. A excepción de la actitud tradicional de alguien que, al no apreciar el mensaje, apunta su ira hacia el mensajero. De todos modos, jamás podía imaginar que reflexiones constructivas y hechas con buena fe, aunque críticas y contundentes, fuesen a causar el impacto que provocaron y ser la gota de agua que faltaba para que me obligasen a salir inmediatamente de Haití.

Como mencioné anteriormente, con Préval teníamos prevista una reunión restringida del Grupo Central —es decir, representantes de los países donantes y las organizaciones internacionales relacionadas con la elección— a las 11 de la mañana en el anexo que servía como oficina al Presidente, situado justo detrás de las ruinas el Palacio Nacional.

Con el tránsito caótico que caracteriza a Puerto Príncipe, acostumbraba a salir con antelación a las citas, conduciendo yo la camioneta de la OEA. Llegué un poco antes de la hora y fui a estacionar el vehículo bajo los árboles —buscando protegerme del sol inclemente—, que se encuentran en un costado de los jardines del Palacio. Hice un poco de tiempo y cuando faltaban diez minutos para la cita, caminé hacia el lugar de la reunión.

Entonces sonó mi celular. Era la secretaria de Insulza que me llamaba desde Washington, informándome que él quería hablar conmigo. Bruscamente surgió su voz irritada: “Ricardo, esto no da para más. Sufro demasiadas y continuas presiones. Lo que dices en la entrevista es incompatible con tus funciones. Pido que salgas inmediatamente de vacaciones y vuelvas a Haití dentro de un mes para despedirte y buscar tus pertenencias”. Con calma respondí: “Entiendo, Secretario. Así lo haré”.

No intenté justificarme o declarar que el periodista había distorsionado mis palabras como ocurre repetidas veces en las relaciones de los políticos con la prensa.

Cuando el Representado se manifiesta así al Representante, no hay nada que hacer, excepto lo que hice. Agradecí la llamada y colgué el celular. Deisy tenía razón y mi esperanza se había confirmado: alguien había leído la entrevista.

Mis relaciones con José Miguel Insulza Salinas siempre fueron excelentes y de mutuo respeto. Miembro del Partido Socialista de Chile, profesor universitario, obligado a exiliarse en México en 1973, él me parecía estar hecho para el complejo y

delicado cargo. Aunque a veces se irritaba fuertemente —en Chile sus opositores políticos lo apodaron *Panzer*— sus posiciones políticas, su aguda inteligencia y su sentido del humor hacían que yo me identificase con él en muchas situaciones. Supe por terceros que él me consideraba alguien “con mucha personalidad”. No sé si debería interpretar esto como un elogio o como una crítica sutil.

Probablemente nuestra única y gran divergencia fuese mi defensa de un mayor papel de la OEA en el enredo haitiano. Él, al contrario, propugnaba que debíamos estar siempre próximos a las Naciones Unidas, particularmente de Canadá, Estados Unidos y Francia. A su modo, Insulza defendía la tesis de algunos grupos internacionales, incluso en el seno de la OEA, que creen que todos aquellos que se involucran con Haití terminan siendo perjudicados o, mejor dicho, “quemados”. Una larga lista de ejemplos tiende a darles la razón.

Cierta vez, escuchando el relato que le hacía sobre determinado asunto, impresionado por el entusiasmo con que yo narraba, abruptamente él me interrumpió y dijo: “¿Ricardo, lo que parece es que tú quieres a Haití, no?” Sorprendido por su sorpresa, contesté: “Claro. De lo contrario no estaría aquí. Me considero útil en la medida en que pueda defender mis ideas y también las que considero que son importantes para la OEA. Confieso, Secretario, que solamente estoy en la OEA porque ella permite que esté en Haití”.

Anteriormente él ya había sugerido que me trasladase para la sede en Washington. Siempre respondí con una negativa. Después de la publicación de la entrevista la invitación no se repitió.

El embajador Fritz Longchamp —decano diplomático de la Presidencia— me estaba esperando en la entrada del edificio. Al conducirme a la sala de espera, le pedí que avisara al presidente

Préval que yo quería hablar rápidamente con él antes del inicio de la reunión.

Entré en el lugar donde ya se encontraban los demás miembros convocados para la reunión. Con excepción de Igor Kipman, que me abrazó como siempre lo hizo, fui saludado fríamente por los demás colegas. Advertí que la entrevista había ganado nuevos lectores.

Poco después Longchamp vino a buscarme. Lo acompañé. Cuando estaba a punto de subir la escalera que conduce al primer piso, donde se encuentran las habitaciones de la Presidencia, oí la voz de Préval en lo alto de las escaleras, que con una amplia sonrisa, me dice: “Ya leí tu artículo”. Antes de que él pudiera continuar, mientras subía las escaleras, le respondí: “Justamente, a causa de su publicación, debo dejar Haití”.

Él pareció sorprendido y chocado y al aproximarme pidió que repitiese lo dicho. Confirmé y le conté la llamada de Insulza. Préval simplemente dijo: “¡Esto es una catástrofe para nosotros!”.

No creo que tuviese razón. La suerte ya estaba echada y la reunión que tendría lugar en instantes era prueba de eso. De hecho, se exigió que Préval respetase integralmente y en toda su plenitud los resultados que la MOE OEA/CARICOM —transformada en un instrumento para el recuento de votos— debería presentar al final de su trabajo.

A pesar de mi delicada situación, evalué que el respeto debería ser mutuo y que la Comunidad Internacional también debía plegarse a ellos. Fue mi última acción incluso con la ilusión de que la MOE hiciera un trabajo libre y complementara al CEP.

Con mi inminente partida, Préval ciertamente perdería un interlocutor atento al respeto de la legalidad y de las instituciones haitianas. Así y todo, aunque no me diera cuenta, en aquel

momento mi posición era insostenible. Ya estaba convencido de que podría conseguir tan solo retrasar una derrota previsible y tal vez volverla mínimamente digna.

Al volver a la sede de la OEA, preocupado con el curso frenético de los acontecimientos, imprimí y releí calmadamente la entrevista, que el lector de este libro podrá ver como anexo en este libro.

Aquella misma tarde escuché rumores acerca de las repercusiones de la entrevista. A la mañana siguiente no solo había sido publicada en todos los medios haitianos —las emisoras de radio y la televisión la leían integralmente— sino que también inmediatamente asociaron su publicación con la noticia de que yo había sido despedido de la OEA y que estaba dejando definitivamente Haití. Como no había hecho ninguna declaración pública, imaginé que la información había sido proporcionada por Préval, único conocedor del contenido del tenor de la llamada de Insulza.

Poco después las redes sociales comenzaron a divulgar el “caso Seitenfus”. El impacto fue inmenso, los elogios y los agradecimientos se multiplicaban, como se multiplicaban también las críticas, a veces vehementes y apasionadas, sobre la decisión de la OEA de despedirme.

Pronto Albert Ramdin intenta, mintiendo descaradamente, convencer a la opinión pública de que mi partida es el resultado de una decisión personal y no de una iniciativa de la OEA. Según Ramdin, yo no había sido despedido, sino que estaba simplemente con licencia. Él confiesa, sin embargo, que:

“Algunos de los comentarios [hechos por mí] fueron muy desafortunados en las circunstancias actuales, en el momento en que la Comunidad Internacional está intentando ayudar en el proceso de paz. Personal o académicamente podemos concordar con algunas declaraciones políticas y económicas,

[sin embargo] es muy difícil mantener esa posición en cuanto se es funcionario de la misión internacional. Pero esa no es la razón principal de la salida de él. Fue una coincidencia de factores”.

El propio Insulza se ve obligado a intervenir “para frenar las críticas suscitadas en los círculos diplomáticos de Europa y Brasil”. Para mi decepción informa: “no es verdad que yo pedí su renuncia; el señor Seitenfus hace tiempo anunció que partiría”.

Intentando contemporizar y exhibir su conocimiento de los hechos, Insulza destaca que, si bien no es la razón de mi partida, yo “siempre hice declaraciones bastante fuertes sobre la distribución de la ayuda en Haití e le hice ver a él que, como Representante de la OEA, no es bueno que haga esas declaraciones”.

No obstante la ausencia de cualquier mención a la crisis electoral, dado que la entrevista fue concedida a mediados de noviembre y buscaba analizar la estructura y los principios que rigen la ayuda internacional a Haití, su publicación en aquel momento tan tenso provocó un impacto inesperado y desmedido.

Arnaud Robert me informó después que la entrevista había batido todos los récords de acceso en la historia del periódico. Recibí cientos de mensajes de los lectores. En especial de haitianos de la diáspora. La entrevista les trajo un consuelo: ellos no eran los únicos culpables por el desastre que se abatía sobre su patria. Se sorprendían con mi valentía y llegaron al punto de descubrir en mí un “*Sonthanax vedivivo*”¹²⁶. El periódico haitiano *Le Nouvelliste* publicó en su portada del 4 de enero de 2011,

¹²⁶ Léger-Félicité Sonthanax, comisario francés enviado a Santo Domingo durante la guerra de independencia de Haití. Él decretó, por la primera vez, el 29 de agosto de 1793, el fin de la esclavitud en el Norte de Haití.

una sugerente caricatura con el título “Los descubrimientos de Seitenfus”.

FIGURA 15 — LOS DESCUBRIMIENTOS DE SEITENFUS



Fuente: La Nouvelliste, Puerto Príncipe. 4 de Enero de 2011.

Nota: Dicen los personajes de la caricatura, de izquierda a derecha: (1) “Hacer la caridad es un buen negocio”. (2) “Soy solamente un periodista”. (3) “El blanco es el otro”. (4) “Estoy aquí para que los haitianos no huyan de Haití”. (5) “Yo doy mi aporte a la paz incluso si no hay guerra”.

La entrevista alcanzó un escalafón suplementario cuando el Comandante en Jefe de la Revolución Cubana publica, el 27 de diciembre de 2010, en sus *Reflexiones de Fidel*, un artículo extremadamente elogioso, titulado “La batalla contra el cólera”. Después de afirmar que Estados Unidos es el “creador de la pobreza y el caos” en Haití, él transcribe ocho preguntas y sus concernientes respuestas de mi entrevista. Enseguida informa que hay en mis declaraciones “verdades lapidarias”. Por último, Fidel Castro menciona la acción de las brigadas médicas cubanas en Haití y

declara: “es posible concordar o discordar de algunas palabras del brasileño Ricardo Seitenfus, pero es un hecho que él dice verdades irrefutables en sus respuestas”¹²⁷.

Algunas semanas más tarde Insulza me confesó con alegría contenida y sorpresa que, por primera vez desde 1961, cuando Cuba fue suspendida de la OEA, Fidel Castro al mismo tiempo que criticaba ácidamente a la institución, otorgaba comentarios elogiosos a un funcionario de la organización.

Hablando sobre la misma entrevista que yo había dado, Laurent Dubois, uno de los haitianistas más importantes en su reciente y aclamado libro explica:

“Las declaraciones de Seitenfus tocaron un punto neurálgico. La OEA lo sacó de su cargo varios meses antes, disgustada con su crítica inquebrantable de prácticamente todos los aspectos de la labor internacional en Haití. Muchos haitianos, sin embargo, aplaudieron y celebraron la polémica entrevista, contentos con el hecho que las quejas que a menudo habían hecho ellos mismos estaban ahora en la voz de una figura de la Comunidad Internacional. Señalaron que sorprendentemente pocos trabajadores humanitarios hablaban francés o Kreyòl, y que las ONG están sujetas a un mínimo de supervisión por parte del gobierno de Haití, reportando solamente a sus donadores. Igual como ocurrió en los últimos años de la ocupación estadounidense, los críticos haitianos también señalaron que el dinero gastado en salarios y gastos de vida para los trabajadores extranjeros podría rendir mucho más lejos si se utilizara para contratar a personas del país. En marzo de 2011, el presidente Préval honró a Seitenfus nombrándolo Caballero de la República de

¹²⁷ Puede leerse en <<http://www.cuba.cu/gobierno/reflexiones/2010/esp/f271210e.html>>

Haití. Todo el incidente, en cierto modo, solo confirmó la distancia constante entre los diferentes grupos que teniendo todos el mismo objetivo general —mejorar Haití— se nutren de visiones completamente distintas de lo que eso realmente significa”.

Por irónico que eso pueda parecer, yo era uno de los pocos que, a pesar de ser la víctima, entendía y aceptaba la decisión de Insulza. Sus numerosos y feroces críticos no se daban cuenta de que la entrevista había sido utilizada como mero pretexto para apartarme, pues desde el fatídico 28 de noviembre, países importantes del Grupo Central exigían que Insulza me retirase de Haití. Y lo hacían con razón. Mientras la Representación de la OEA en Haití estuviese bajo mi responsabilidad, lucharía con mis escasas fuerzas para impedir que la ilegalidad y la injerencia descarada de la Comunidad Internacional se consumasen.

Jonathan Katz dibuja un paralelo entre mi situación y lo que vivió dos años más tarde Michel Forst:

“La partida de Forst recuerda el despido, a fines de 2010, de otro diplomático, el representante permanente de la Organización de Estados Americanos, Ricardo Seitenfus, quien vio expirar su contrato después de haber criticado la mano dura de la Comunidad Internacional, particularmente las fuerzas de paz de la ONU, en Haití. En retrospectiva, parece más claro que Seitenfus estaba causando problemas al ventilar quejas públicas en un momento en que la OEA y otros actores importantes estaban envueltos en un debate sobre cómo es intervenir en una elección presidencial caótica pos terremoto. Tras su despido, la OEA presentó un informe muy controvertido denunciando fraude en el recuento de votos de Haití que

habría beneficiado al partido entonces gobernante del presidente René Préval. Ese informe, respaldado fuertemente por la administración Obama, puso de cabeza el recuento electoral, y pavimentó el camino de Martelly a la presidencia”.

En aquel momento mi única preocupación consistía en mantenerme aislado, descartando cualquier contacto con la prensa. Solamente llamé a Arnaud Robert para informarle la decisión de Insulza. Preocupado, Arnaud se disculpó por el hecho de que la entrevista me había perjudicado profesionalmente. Traté de consolarlo negando esa posibilidad. Le expliqué lo que subyacía en la iniciativa de Insulza. Él pareció conformarse y al día siguiente el periódico *Le Temps* informó a sus lectores sobre la decisión de la OEA.

Debía también luchar para conseguir un boleto que me llevase de vuelta a Brasil. Con las Fiestas de Navidad, todos los vuelos estaban llenos. Finalmente conseguí un vuelo para el 24 de diciembre. Dejé definitivamente Haití en Nochebuena y regresé a Brasil.

En el último día de mi increíble y agitada estancia en Haití fui a despedirme de Préval. Me recibió, junto con su esposa, para desayunar en su residencia privada. Aparentaba estar más tranquilo. Tuve la impresión errónea de que finalmente él consideraba que el juego ya estaba jugado. Y que él había sido derrotado.

Me hicieron demostraciones de gentileza, de cariño y de amistad. Hablamos durante más de dos horas y en un momento dado, me dijo que a partir de ahora yo estaría indisolublemente unido a Haití y a su historia. Que el tono y la manera con que había expresado las críticas y las sugerencias habían causado tal impacto porque eran hechas con la razón y el co-

razón de alguien que tiene como único objetivo el bien de la población haitiana. Como conclusión, Préval propuso:

“Tu voz, Ricardo, suena diferente a la de los comunistas y los de la extrema izquierda. Usted es creíble como Michaelle Jean. Ustedes deberían tomar las riendas de un movimiento a fin de cambiar el comportamiento de la Comunidad Internacional en sus relaciones con Haití”.

Jamás seguí su sugerencia. Lo que deseaba profundamente era separarme de la isla y volver a mi querida Villa Independencia, situada en las montañas verdes de mi natal *Arroio do Tigre*. Pronto me di cuenta, sin embargo, que aunque mi cuerpo estuviese en Brasil, mi espíritu permanecía en Haití. Dejé a Haití sin abandonarlo nunca. Después me convencí que ése sería mi sino.

CAPÍTULO XV

EL DESENLACE

*Cuando todos sean culpables,
entonces sí estaremos en democracia.*

ALBERT CAMUS, “LA CAÍDA”

Tomada la decisión de transformar la Misión de Observación de la OEA/CARICOM en Misión de Recuento de los votos, se hizo necesario firmar un Acuerdo que complementara y reforzara el original. Una primera versión del Acuerdo, además de las inevitables y durísimas condiciones impuestas a las autoridades electorales haitianas, explicitaba en su artículo 2º, de manera inédita en los anales de la cooperación electoral de la Organización, que la Misión estaría compuesta por especialistas “escogidos por la Secretaría General de la OEA en consultas con los gobiernos de Canadá, Francia y Estados Unidos de América”.

Lo que debería constituir condición inaceptable para todos y objeto de crítica por parte de la Unión Europea y de España. Las reservas, sin embargo, no surgen del *diktat* electoral impuesto a Haití por el Tridente Imperial. Muy por el contrario. Las reclamaciones oriundas de Bruselas y de Madrid surgen de la falta de una mención específica que avisara la presencia extraoficial de sus supuestos especialistas en la composición de la nueva misión.

Insulza se da cuenta de que no debe dejar transparentarse —formal y jurídicamente— que la Misión de Recuento se

colocaba al servicio exclusivo de los intereses de tres Estados, no siendo uno de ellos miembro de la OEA. Entonces acepta las reclamaciones de Préval que exige una nueva versión del Acuerdo. Este cambia en la forma, jamás en sus propósitos y contenido. Reescrito, el Acuerdo complementario finalmente es firmado el 29 de diciembre de 2011 por Gaillot Dorsainvil presidente del CEP, por Jean-Max Bellerive y por el jefe de la MOE, Colin Granderson.

Una vez más, tal como ocurriera el 9 de julio de 2004 del modo descrito al inicio del capítulo V, un Acuerdo Internacional firmado por Haití prescinde de la firma del presidente de la República. Nuevamente se trata de un documento nulo, desprovisto de consecuencias jurídicas tanto a la luz de la Constitución Haitiana de 1987, como ante los principios contenidos en las Convenciones de Viena de 1969 y de 1986 sobre Derecho de los Tratados. Sin embargo a diferencia de aquel, la ausencia de la firma de René Préval no es consecuencia del desconocimiento o imprudencia de este, sino de una decisión política del Jefe de Estado. En aquel momento fue la única forma que tuvo a su disposición para manifestar su desagrado con las imposiciones de la Comunidad Internacional.

Compuesta por nueve integrantes; dos de ellos, funcionarios de carrera de la OEA —oriundos de Estados Unidos y de Chile— llama la atención la nacionalidad de los demás: hay tres ciudadanos de Estados Unidos, dos de Francia, uno de Canadá y otro de Jamaica. Las potencias tradicionales que controlan la política haitiana se reservaron la parte del león, puesto que de sus nueve integrantes siete son sus nacionales.

Por su parte, América Latina que aspiraba a desempeñar un papel preponderante, vuelve a su histórica insignificancia destacándose por su ausencia. En efecto, aunque Brasil intenta incluir en la Misión de Recuento a uno o dos ministros del Tribunal

Superior Electoral, legitimado tanto por la contribución financiera a la MOE como por la capacidad técnica de los indicados, la OEA no toma en consideración nuestra sugerencia. Seguramente la presencia brasileña dificultaría al *Tridente Imperial* alcanzar los objetivos políticos que la Misión se proponía.

Cuando les informan a los representantes de España y de la Unión Europea sobre el perfil y la nacionalidad de los integrantes de la Misión de Recuento, se tranquilizan y abandonan la exigencia. ¿Para qué sirve todavía más desgaste, cuando no existen incertidumbres en cuanto a sus resultados?

Una vez firmado el Acuerdo, queda el desafío de hacerlo operacional. Tarea compleja, pues la Misión, con su nuevo ropaje y funciones, sustituía a las autoridades electorales del país. Concomitantemente, era fundamental aparentar que la autonomía y la independencia del CEP permanecían incólumes. Una elección corneliana imposible de concretarse sin la connivencia de los Asesores del CEP. Ellos debían operacionalizar lo que había sido decidido por los extranjeros como si fuera nacional.

Nuevamente Fidel Castro interviene en la crisis con una reflexión, con fecha 10 de enero de 2011, titulada “Otra estrella del *Tea Party*”¹²⁸, en la cual él declara que espera:

“que los representantes de América Latina y de otros países de la ONU, eviten que en medio de la destrucción, de la pobreza y de la epidemia (de cólera), no se produzca el caos en Haití como consecuencia de la lucha entre partidos rivales”.

En esta oportunidad, Fidel observa que “el presidente René Préval había discutido con los representantes diplomáticos, entre ellos el de la OEA, el escritor brasileño Ricardo Seitenfus,

¹²⁸ Ala derechista extrema del Partido Republicano de Estados Unidos.

una solución política a esta compleja situación”. Y, concluye Fidel: “fue justamente después que éste fue exonerado sin aviso previo por el Secretario de la OEA que —según las noticias recibidas— se presentó el problema”¹²⁹.

La Misión de Recuento perseguía dos objetivos. Por un lado descartar a Jude Célestin de la segunda ronda de elecciones y, por otro, imponer esta situación como si fuese legal a la luz de la Constitución y de la Ley Electoral haitiana.

En la imposibilidad de que subsistan dudas con relación a los resultados del recuento, la Misión inventará reglas y principios inexistentes en el reglamento electoral haitiano y totalmente fuera de los demás sistemas electorales. Se trató de una operación inédita e innovadora, que permanecerá en los anales de las depuraciones electorales. Así, la misma decide que ningún candidato podrá alcanzar más de 225 votos —en una media de 460 electores inscritos— en cada mesa electoral. Poco importa el índice de aceptación local y regional del candidato.

Para dar una buena imagen deciden, entre tanto, eliminar algunos votos destinados a Mirlande Manigat y a Michel Martelly. Así, de aquella fueron eliminados 13. 830 votos y de este, 7. 150, mientras que Jude Célestin vio desaparecer 38. 541 votos, lo que representaba el 60% del total de los votos eliminados por la Misión de Recuento OEA/CARICOM.

Aunque aplicó un método revolucionario, desgraciadamente la Misión de Recuento no alcanzó el porcentual suficiente para revertir la clasificación oficial anunciada por el CEP. Como ya había abandonado pruritos y principios, la Misión decide entonces disminuir en 150 votos el punto de corte de los votos atribuidos a Célestin. Enseguida extrapola a los demás candidatos con

¹²⁹ Puede leerse en: <<http://www.cuba.cu/gobierno/reflexiones/2011/esp/c100111e.html>>

los votos conquistados en estas urnas por medio de un simple *prorratio*. Cuando alcanza la reversión de las posiciones entre Célestin y Martelly, se da por satisfecha y concluye la operación.

Jamás fue preocupación de la Misión de Recuento identificar la existencia o no de fraude. No procedió a ningún análisis de las actas electorales, de transmisión de datos o de las cédulas de los votantes. Tampoco le interesó depurar los resultados de las urnas. A pesar de autodenominarse instrumento de recuento, no hace depuración alguna y no contabilizó los votos. Sencillamente actuó hasta alcanzar su objetivo y dio por concluido su trabajo. De esa forma, el número de votos conquistados por cada uno de los candidatos jamás será conocido.

Con rapidez, presteza y mala fe, el 13 de enero la MOE, dotada de sus inéditas atribuciones y aplicando una metodología extremadamente sospechosa, decide que Mirlande Manigat permanecía en el primer lugar, con 31,6%, el segundo puesto lo ocupaba Martelly, con un 22,2%. Jude Célestin es relegado al tercer lugar, al alcanzar el 21,9%. Nótese una leve inversión de los porcentajes, suficiente para descartar al candidato de toda posibilidad de competir en segunda vuelta.

Conforme con el mandato recibido, la Misión de Recuento debía reunirse con todos los candidatos presidenciales. De estos, solamente se reunió con los consejeros de Martelly y del grupo de 12 candidatos que se oponían a la votación. Por otra parte, las reuniones necesarias con los representantes de la sociedad civil terminaron en encuentros con el CNO y la ISC —ambos fuertemente involucrados en el golpe electoral en curso¹³⁰.

¹³⁰ Para dejar una buena imagen, se entrevista con el Réseau National de Droits de l'Homme (RNDDH) el cual, a pesar de su seriedad, no trabaja con temas electorales. Consultar en OEA, Rapport Final de la Mission d'Experts de l'OEA pour la Vérification de la Tabulation des votes de l'élection Présidentielle du 28

La magnitud de lo absurdo de la empresa y la debilidad evidente del adversario hicieron que se abandonaran todas las precauciones. Simplemente los votos fueron cambiados de destinatario y se invirtieron algunos ínfimos porcentajes.

De nuevo la Comunidad Internacional se comporta en Haití como en territorio conquistado. Poniendo audazmente en práctica —en ausencia de todo fundamento jurídico, técnico o moral— un golpe blanco y una flagrante intervención electoral.

Terminado su trabajo de supuesto recuento y antes de la comunicación oficial de sus recomendaciones a las autoridades haitianas, los resultados de la Misión de Recuento fueron filtrados a la prensa por dos agencias de noticias internacionales. Coincidiendo con la nacionalidad de la mayoría de los supuestos expertos de la Misión, fueron elegidas la agencia estadounidense *Associated Press* (AP) y la francesa *Agence France Presse* (AFP), las cuales se prestaron de buen grado a la maniobra.

Como en este juego no hay ningún ingenuo, las filtraciones persiguieron el objetivo claro de consumar los hechos. Lo que pronto ocurrirá.

Públicamente, el embajador francés Didier Le Bret ejerce en plenitud el histórico imperialismo galo. En una entrevista con *Le Nouvelliste*, publicada junto con la llegada de la noticia procedente de AP y de la AFP, bajo el titular “Préval debe aceptar las conclusiones de la misión de la OEA”, insiste en que no debe haber ninguna duda “si se quiere salir de esta crisis, es importante respetar sus recomendaciones”.

Poco después, en entrevista al mismo diario, publicada el 17 de enero, Edmond Mulet practica su táctica favorita:

novembre 2010 en Republique d’ Haiti, OEA/Ser. G – CP/ doc. 4529/11 de 18 de enero de 2011.

insinuaciones que contienen medias verdades mezcladas con impúdicas mentiras. Así, él insinúa que el Informe de la Misión, al sugerir criterios y una metodología, “no propone resultados”.

Con razón. La Misión no propone. Sostenidos por el poder de la Comunidad Internacional y en las maniobras dirigidas personalmente por el propio Mulet, ella *impone* sus resultados.

Insulza reacciona furioso al enterarse de la publicación de sus resultados, especialmente porque Albert Ramdin supervisa personalmente el trabajo de la Misión de Recuento. Constituye una tarea imposible desvincular a la OEA del vergonzoso episodio. Lo único que le queda a Insulza es pedir disculpas públicamente por la filtración de una supuesta “falsa versión” del informe. La excusa lo honra. Sin embargo, inmediatamente la versión filtrada se impone como verdadera.

En los 50 años de cooperación electoral ofrecida por la OEA a los Estados Miembros, nunca se había atrevido a adoptar estos procedimientos. Nunca se había metamorfoseado de manera tan evidente y desvergonzada al punto de no solo desconocer a las autoridades electorales del Estado que la acoge, sino también ignorar la voluntad de los propios electores.

Las reglas básicas de orientación a las Misiones de Observación y de Monitoreo electoral de la OEA fueron violadas. Su Manual de Procedimientos, desobedecido. Como resultado de la debacle, pues se trataba de uno de los instrumentos más respetados del sistema americano, el Director del Departamento de Cooperación Electoral de la OEA, el chileno Pablo Gutiérrez, presentó su renuncia.

El episodio deja una marca indeleble en la OEA y se constituyó en el acontecimiento más triste, todavía poco conocido, de la administración de José Miguel Insulza.

La filtración de los resultados antes de que el CEP fuese informado regocija a Martelly y crea una inmensa confusión en las filas de este proceso. Préval actúa como un bombero junto a la Unidad. Sin embargo, al mismo tiempo en que critica no solamente su divulgación, sino también la metodología utilizada y sus resultados, deja en el aire la decisión sobre su cumplimiento final.

La denegación del Servicio Contencioso del CEP del análisis de las actas de escrutinio a favor de Célestin y anuladas por la Misión de Recuento, indica, sin embargo, que la resistencia a los dictados de la Comunidad Internacional se debilita.

El PNUD, dirigido por el canadiense Nigel Fisher —futuro sustituto interino de Mulet— participa activamente en la pantomima. Uno de sus asesores, el constitucionalista de Burkina Faso, Idrissa Traoré, vinculado a la Organización Internacional de la Francofonía y consecuentemente a Francia, encuentra, supuestamente, la forma legal para imponer a todos los resultados de la Misión de Recuento. Según Traoré, el Acuerdo firmado por el Estado haitiano con la OEA/CARICOM tiene una jerarquía normativa superior a las decisiones emanadas de las instituciones haitianas. Por lo tanto, los resultados deben ser obedecidos. Aplicada en Haití, la versión africana de la discutible y discutida teoría monista de la jerarquía de las normas entre los Derechos Interno e Internacional, con primacía de éste sobre aquel, constituye —viniendo de un supuesto hermano de sangre—, el último golpe propinado a la democracia haitiana.

Será en este tenso ambiente que, el 16 de enero explota una verdadera bomba. El ex-dictador Jean-Claude Duvalier desembarca en el aeropuerto Toussaint Louverture, procedente de París, después de 25 años de exilio en Francia. La participación de Martelly en la segunda ronda y su probable

victoria constituían garantía suficiente para que el siniestro dictador se sintiese seguro y se atreviera a hacer lo que nunca había intentado.

Justo antes del aterrizaje del avión de *Air France* en Puerto Príncipe, Didier Le Bret telefoneó a Bellerive para informarle la llegada de Baby Doc. Afirmó, en nombre del Gobierno francés, no estar involucrado en la operación y planteó su total desconocimiento del extraordinario hecho. Bellerive expresó su escepticismo. Ciertamente, era difícil creer que las autoridades francesas no ayudaran al viajero y ni siquiera tuviesen conocimiento de sus intenciones. En caso de que así fuese, el Estado francés ofreció pruebas de su flagrante incompetencia.

Por último, Didier Le Bret solicitó autorización para anunciar públicamente la gran noticia. Bellerive asintió. La extraña demanda merece una explicación. Resulta que varias semanas antes, Bellerive había comunicado a Le Bret, que en criterio del gobierno haitiano, “él hablaba demasiado” en los medios de comunicación. Eso desagradaba al gobierno, pues el embajador no cesaba en sus críticas, sugerencias y presiones hechas públicamente. A tal punto que Bellerive se vio obligado a llamar su atención diciendo que sería “una pena que tu carrera diplomática tuviera que ser interrumpida cuando recién comienza [se trata de tu primer trabajo], en razón de un país insignificante como Haití”.

La amenaza sobrentendida de declararlo persona *non grata*, hizo desaparecer a Le Bret de los medios. Con la llegada de Duvalier se sentía obligado a solicitar la autorización gubernamental —no francesa, sino haitiana— para pronunciarse. Ambas, actitudes indignas de sus funciones.

La verborrea del mismo embajador había protagonizado un incidente que provocó comentarios irónicos y divertidos. Sucede que al entrar en el restaurante Barrio Latino en Pétiön-Ville,

Le Bret se dirigió a la mesa donde estaba Patricia Préval —hija del presidente— con el fin de saludarla. Ella volvió la cabeza y, a pesar de la insistencia de Le Bret, no correspondió el saludo. Todos los presentes notaron el desaire.

Préval debe haber censurado la reacción digna de Patricia, porque se salía de las reglas de la diplomacia, pero como padre debe haberse sentido orgulloso de su hija. En cualquiera de las situaciones, el resultado era el mismo: quedaban demostrados los disparates de Le Bret y provocaba “les gorges chaudes” (las gargantas calientes o chismosas) en medios políticos y diplomáticos.

Más tarde Patricia se encontró con Le Bret en una reunión en el Hotel Karibe y se disculpó. Sin embargo, lo reprendió por su injerencia electoral exclamando sobre su resultado: “¡Pero Didier! ¡No deberías exagerar: Michel Martelly en el Palacio Nacional!”

La llegada de Martelly a la Presidencia de Haití no solo es una gran victoria de Didier Le Bret. También significa que podrá retomar la diplomacia mediática inmiscuyéndose en los más diversos temas, sin preocuparse por las reacciones como las manifestadas por Préval y Bellerive. El nuevo jefe de Estado es el resultado de su trabajo y Le Bret puede cosechar los dividendos. Entre estos se encuentra una injerencia permanente, profunda y pública en los asuntos de dominio reservado de Haití. Hasta tal punto que manifestantes decidieron, a mediados de octubre de 2012, acampar frente a la Embajada de Francia en Puerto Príncipe para protestar contra el diplomático. Le Bret, sin embargo, no dudó en presentarse públicamente llevando el brazalete de color rosa, símbolo del movimiento partidario de Martelly. Apodado por la prensa francesa *Ambassadeur-courage* (Embajador valentía) durante el terremoto, Le Bret se convirtió en el *Ambassadeur-rosado*. Por último, con la victoria socialista

en la última elección presidencial, Francia decide poner término a la acción impúdica y ofensiva de su embajador y lo lleva de vuelta a París a fines de 2012.

Inusual, inútil y contraria a las más elementales normas diplomáticas fue el desempeño del embajador Didier Le Bret durante su estancia en Haití. Comportándose como un Pro Cónsul, cada uno de sus pasos recordaba episodios de la época colonial. También contrastaba con la actitud de un ilustre predecesor. El 30 de septiembre de 1991, cuando el golpe de estado contra Aristide, el embajador francés Jean-Raphael Dufour protegió, transportó y salvó la vida del presidente derrocado. Con el riesgo de su propia vida. Fue él quien, personalmente, rescató en su vehículo blindado a Aristide de su residencia rodeada por los militares golpistas. Sin su decidida y valiente actitud —transformándose en guardaespaldas— Aristide habría sido asesinado.

Cuando el director de *Le Nouvelliste*, Frantz Duval, el 17 de enero de 2011, interroga a Mulet, éste asegura con razón, que la Comunidad Internacional está unida y que mi posición era individual y personal y no representaba, por tanto, a la OEA. Según él: “La Comunidad Internacional está unida, en un frente común: sobre todo frente a esta crisis electoral y política. Toda la Comunidad Internacional apoya, sostiene y defiende el Informe de la OEA. No hay ninguna disidencia en la Comunidad Internacional”.

Pero cuando Duval insiste en saber si él no desmentía nada de lo que yo había declarado, exceptuando la tentativa de deposición de Préval —nueva e inútilmente desmentida—, Mulet sorprendentemente declara que en los otros aspectos yo tenía razón. Él los repite de acuerdo con la argumentación de mi entrevista concedida a *Le Temps*:

“Hay personas, como el embajador [sic] Seitenfus que preguntan por qué el presupuesto de mantención de la paz no se dirige al desarrollo. Pero ése es otro rubro presupuestario. Hay agencias de desarrollo que hacen su trabajo. Nosotros hacemos el nuestro. Creo que el señor Seitenfus es un hombre de buena voluntad, y él también se siente frustrado por la situación del país, la pobreza, la miseria, etc. Él quisiera que el compromiso de la Comunidad Internacional fuera más eficaz en la práctica. Y en eso, estamos de acuerdo”.

Para Mulet, el problema parece ser simplemente burocrático, causado por las contradicciones dentro del sistema de las Naciones Unidas. En parte tiene razón. No se trata, sin embargo, de simple ayuda humanitaria, sino de desarrollo económico y social. Este no es atributo del Consejo de Seguridad. Como prima en la interpretación que hace de los desafíos haitianos un tema exclusivo de seguridad, nada cambia y se confirma el rotundo fracaso de la Comunidad Internacional.

Pero continuaba la escalada de la diplomacia coercitiva. El 21 de enero diversas personalidades del gobierno y responsables de la Unidad tenían sus visas estadounidenses suspendidas. Como Jude Célestin, el principal perjudicado con el comportamiento de la crisis, no se manifestaba —o “no se defendía”, como declaró Préval posteriormente—, la Unidad decidió el 25 de enero, abandonarlo a su propia suerte.

Como estaba previsto, volví a Puerto Príncipe antes de fines de enero. El día 28 de ese mes, el CEP dio una conferencia de prensa en la que anunció la segunda vuelta de las elecciones a principios de marzo, no obstante, sin indicar cuáles serían los dos candidatos que las disputarían. A pesar de la evidencia, se notaba todavía resistencias a lo que pretendía el Grupo Central.

Finalmente, el domingo 30 de enero, el constante actor extranjero de las recurrentes crisis políticas haitianas decidió poner fin a la disputa. Hillary Clinton desembarcó en Puerto Príncipe.

La Secretaria del Departamento de Estado había tenido el cuidado de invitar a los colegas cancilleres de los Estados miembros del Grupo Central para que la acompañasen en la delicada misión a Puerto Príncipe. Todos declinaron la gentileza alegando incapacidad de agenda, sin embargo, la razón de la negativa era otra. Como la crisis haitiana fue desencadenada por Estados Unidos, de todos modos en la noche de la votación, incumbía a Washington resolverla.

Después de dialogar con muchas personalidades, haitianas y extranjeras, la Jefa de Departamento de Estado sabía que el final de la reunión, antes de regresar a Washington, sería decisivo. Préval estaba esperando en su sencilla oficina cerca de las ruinas del Palacio Nacional.

Viejo amigo del matrimonio Clinton, Préval era considerado por estos como el “Padre de la Democracia” haitiana. Fueron los acordes melódicos de una canción impregnada de sensibilidad, de amistad y de responsabilidad histórica la que llegó a los oídos de Préval. Muy distantes de los disonantes ruidos dictatoriales, impositivos e imperialistas que se escucharon en la reunión del 28 de noviembre. Estados Unidos cambiaba de táctica, pero no de objetivo. Para lograrlo enviaron a la mejor mensajera de la cual disponían.

La relación de los Clinton con Préval, aunque más reciente, también se pierde en las brumas del tiempo. A partir del golpe de Estado de Cedras contra Aristide en 1991, Bill Clinton mantiene contactos regulares con Préval. Este fue Ministro, Presidente de la República y, cuando fue necesario hallar un

candidato confiable en 2005 para poner fin al gobierno provisional de Gérard Latortue, emisarios estadounidenses viajaron a la localidad de *Marmelade* —tierra natal de Préval— para invitarlo a tratar de volver, una vez más, al Palacio Nacional.

De esta reunión —cuyas imágenes se muestran en el documental *Asistencia Fatal* de Raoul Peck— participaban todavía Bellerive y Cheryl Mills. Esta última, jefa de gabinete de Hillary Clinton y una de las abogadas de Bill Clinton cuando el escándalo relativo a Mónica Lewinsky, a pesar de su discreción, es conocida por su presencia constante y decisiva en los momentos políticamente delicados en Puerto Príncipe.

Hillary Clinton comienza diciendo que a ella no le interesa quién irá o no al segundo turno. Lo que la había traído a Haití y a Préval era intentar aconsejar y oír los alegatos de su viejo amigo de tantas batallas. Lo que le importaba era cómo Préval saldría engrandecido de la crisis. Nada más. Con los demás actores de la crisis, o incluso con los tres candidatos presidenciales, afirmaba no tener compromiso alguno. Solamente con Préval y con su destino. Este había sido un aliado constante y fiel. Ahora se encontraba en una situación delicada, pues lo acusaban de proceder como un dictador, imponiendo un candidato desconocido, desprovisto de representatividad y manipulable.

Los principales actores del drama, comenzando por Préval y por Mulet, estaban convencidos de que Jude Célestin sería objeto de manipulación y que, en caso de que fuese electo, se transformaría en una marioneta en las manos del entonces presidente. El digno comportamiento de Célestin durante la crisis electoral tiende a demostrar que muy probablemente se equivocaban en sus evaluaciones sobre la personalidad del candidato de la Unidad.

Para el responsable de la diplomacia de Estados Unidos debe ser en los momentos de incertidumbres y dificultades que

se conoce cuáles son los verdaderos amigos. Por esta razón, Hillary estaba allí. Como amiga de Préval y Haití, como siempre fue.

Concluyendo, solicita que Préval haga un último gesto a favor de la concordia y el entendimiento. Un gesto que lo conducirá sin duda a un lugar especial en el Panteón de la historia haitiana y en la lucha por la democracia en el continente. Préval responde con una sonrisa emocionada, aunque enigmática. Solamente él sabe que la crisis está conociendo entonces su epílogo.

Al salir de la residencia, Hillary invita a Bellerive a acompañarla. El Primer Ministro solicita autorización a Préval y se instala entre las dos mujeres en la camioneta blindada que parte en convoy hacia el aeropuerto. Segura de que había obtenido lo que buscaba, Hillary se preocupa ahora con el resultado de la segunda vuelta. Bellerive deshace cualquier sombra de aprehensión e informa que Michel Martelly va a vencer con facilidad. Así será.

Antes de embarcar y a pesar de la presencia de Bellerive, Hillary critica al embajador Merten por sus recientes informes que presentaban a Jude Célestin como un candidato poco confiable. Según Hillary, Célestin le pareció, entre los tres pretendientes, el mejor preparado para dirigir Haití.

¿Arrepentimiento sincero o maniobra distraccionista, cargada de hipocresía, para eludir a Bellerive? El extraordinario empeño del Departamento de Estado, bajo la batuta de Cheryl Mills —brazo derecho de Hillary Clinton para los asuntos haitianos—, en sus esfuerzos para descartar la candidatura de Célestin, no deja flotar ninguna duda.

Al dirigirse al avión, Hillary comenta con Bellerive sobre su parentesco con Martelly. Él confirma que son primos lejanos. Como estamos entre personas educadas y la suerte está echada,

la Secretaria de Estado se permite una broma y le pregunta: “¿Aun si son parientes, usted no canta?”. Bellerive responde con humor: “No, pero él tampoco”.

Hillary confiesa que oyó algunas canciones interpretadas por Martelly y no puede dejar de concordar con Bellerive. Entonces, sonriente, ella deja Haití.

Ya el siguiente jueves, 3 de febrero, un CEP hasta entonces renuente, acepta los resultados propuestos por la Misión Recuento de los votos y proclama que Mirlande Manigat y Michel Martelly competirán en la segunda vuelta, prevista para el 20 de marzo.

Los caminos de la sensibilidad, de los sentimientos y del respeto utilizados por Hillary Clinton lograron lo que no había sido posible hasta entonces, a pesar del batallón de diplomáticos, políticos y funcionarios internacionales que presionaban a Préval.

Algunos ministros se rebelan contra la injerencia de la Comunidad Internacional. Préval, sin embargo, permanece en silencio. La única reacción notable emana del *Black Caucus* —los negros electos del Congreso de Estados Unidos— al denunciar que “la voluntad del pueblo haitiano no fue respetada”. Se trata de una de las pocas voces disonantes escuchadas en el escenario internacional. Tal como había hecho con Aristide en 2004, el poder internacional abandona a Préval. La imberbe democracia haitiana parece más que nunca, un neonato muerto.

Todos los dados haitianos están echados. El segundo turno de la elección presidencial consagraría al candidato del Grupo Central. El electorado haitiano condenó, sin embargo, la sucesión de escándalos patrocinados por la Comunidad Internacional echando mano del único instrumento a su alcance: la abstención. Así, la participación alcanzó un mediocre 22,3%,

la más baja en una votación presidencial en América desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

FIGURA 16 - VOTOS VÁLIDOS POR CANDIDATO EN LA SEGUNDA VUELTA DE LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL, 2011

Votantes registrados	4.712.693	100%
Michel Martelly	716.986	15,2%
Mirlande Manigat	336.747	7,1%
Abstención	3.658.960	77,6%

Fuente: Consejo Electoral Provisorio

Martelly fue electo con los votos de tan solo el 15,2% del total de electores inscritos en el CEP. La sanción electoral retira la legitimidad del electo, pero no impide su unción. Como estaba previsto en el calendario constitucional, en mayo Préval traspasará la banda presidencial a Martelly para retirarse de la vida pública.

Llegado el momento de la reflexión, Préval debe haberse dado cuenta de los errores cometidos. Fueron muchos, estos son algunos:

- No se evaluó como se debía la incompatibilidad entre la dependencia congénita de su gobierno y los dictámenes de la Comunidad Internacional. Intentó liberarse en el momento crucial de las elecciones y fracasó.
- Su inacción ante los problemas crónicos de los sectores más vulnerables de la sociedad haitiana, sobre todo después del terremoto.
- Su sistemática estrategia de debilitamiento de los partidos políticos;

- Su constante despreocupación con la institucionalización del país;
- La contradicción entre su discurso en defensa de la legalidad y de la Constitución y la práctica de órdenes de naturaleza política en relación con el CEP.
- Su ilusión al pensar ser el único capaz de movilizar a la población. Michel Martelly probó que estaba engañado.
- Su decisión de descartar la candidatura por la Unidad del ex primer ministro Jacques Edouard Alexis en beneficio de un candidato poco conocido.

Finalmente la errónea decisión de mantener en el exilio al expresidente Jean-Bertrand Aristide con el propósito de ser el heredero de sus votos —lo que consiguió ampliamente en la elección de 2006— y al mismo tiempo satisfacer a la Comunidad Internacional y a la élite haitiana. Tal decisión dividió a la izquierda y la debilitó.

Frecuentemente circulaba en Puerto Príncipe la noticia sobre el inminente regreso del exilio de Jean-Bertrand Aristide. Invariablemente y de forma unánime, la Comunidad Internacional rechazaba tal eventualidad. Brasil, a través de Marco Aurelio García, consideraba que el retorno de Aristide “agregaría más pimienta en esa ya complicada cocina política”. Washington ejercía constantes presiones sobre Pretoria para que impidiese la salida de Aristide bajo el alegato de que su seguridad no podía ser garantizada una vez en suelo haitiano. Francia y Canadá la desaprobaban públicamente advirtiéndole que la presencia de Aristide complicaría aún más el marco electoral.

Aristide intentaba convencer a los captores de su derecho de retorno a la patria. Así, en una recepción ofrecida por el gobierno de Sudáfrica a las autoridades extranjeras durante la Copa del Mundo organizada por la FIFA en el país en 2010,

él aprovechó la oportunidad para pedir a Ban Ki-moon, su intervención para facilitar su retorno a Haití. Sorprendido con la embestida, el Secretario General de la ONU presenta una excusa y se aleja rápidamente del lugar.

Considerado por los actores internacionales un paria y un leproso político del cual era aconsejable conservar prudente distancia, Aristide había sido abandonado por importantes figuras de la política haitiana que albergaban sentimientos similares. Al irse apagando las luces de su gobierno, sin embargo, como si se tratara de su canto del cisne, Préval le concede un pasaporte que permite su regreso a Haití, justo en la víspera de la segunda vuelta de la elección presidencial. La promesa supestandamente hecha por su elección en 2006, finalmente había sido cumplida.

Muchos interpretaron el gesto como una demostración de poder ante la Comunidad Internacional cuando, en realidad, era simplemente un intento de ser perdonado por la historia. Así, el viernes, 18 de marzo de 2011, pisa suelo haitiano, acompañado por Danny Glover, tras siete años de exilio en Sudáfrica, el *Padre de los Pobres*.

Último e inútil gesto de Préval. A pesar de la campaña de los movimientos feministas y de la posición de la Iglesia Católica, el escandaloso cantante de *kompa*—el candidato de la burguesía haitiana— consigue elegirse con el apoyo indiscutible de los sectores humildes de la población. La derrota de Préval y la consiguiente victoria de la Comunidad Internacional, encabezada por Estados Unidos y apoyada sin reservas por Canadá y Francia, se consuman.

Como permanecen vivos los desagradables recuerdos dejados por el nacionalismo de la Presidencia Préval, al escoger a Martelly, el gobierno de Estados Unidos demostraba claramente que prefiere tratar con una Presidencia haitiana neófita y amateur,

y absolutamente dependiente de la Comunidad Internacional. Sin embargo, a pesar de su inexperiencia y de numerosas limitaciones, la administración de Martelly procuró deshacerse de algunas restricciones impuestas por Washington. Por un lado intentó, aunque sin éxito, reconstruir las Fuerzas Armadas de Haití. Por otro, amenazó con unirse formalmente a la Alianza Bolivariana para las Américas (ALBA). Fue necesario un viaje especial de Cheryl Mills a Puerto Príncipe para disuadirlo de abandonar la idea. Después de la presión de Washington, Puerto Príncipe tiene la condición de observador y no de miembro pleno del ALBA.

De todos modos, Martelly no solamente ratificó la presencia de Haití en el programa PETROCARIBE, concebido por Chávez y confirmado por Maduro, sino también realizó constantes elogios a la supuesta cooperación desinteresada promovida por Caracas con Centroamérica y con los Estados insulares del Caribe. No deja de ser irónico observar un Martelly —querido ahijado de Washington— responder al saludo de Maduro, con el puño cerrado en el aire, durante la reunión de PETROCARIBE, celebrada en junio de 2013, en Managua. ¡Un verdadero artista!

En su última visita al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas el 6 de abril de 2011, Préval hace un balance de las relaciones de Haití con la Comunidad Internacional. Elegante, no demuestra sus penas y se esfuerza por hacer propuestas.

Dirigiéndose a sus compatriotas, Préval insiste en que “las operaciones por mantener la paz de las Naciones Unidas han sido cada vez más necesarias por la inestabilidad que nosotros mismos hemos creado”.

Préval sugiere que los nuevos dirigentes

“que saldrán de las urnas de estas últimas elecciones deberían practicar un gobierno de apaciguamiento, de apertura, de inclusión, de diálogo, de respeto a los derechos de asociación y de expresión; y la oposición debería adoptar una actitud positiva de colaboración, aunque crítica respecto al poder”.

Préval retoma parte de los contenidos de su discurso de investidura para el segundo mandato presidencial, en mayo de 2006, el cual “desafortunadamente no fue escuchado” e insiste, una vez más, sobre la naturaleza de la crisis haitiana: “la inestabilidad en Haití proviene fundamentalmente del sub desarrollo; en otros términos, de la insatisfacción de los derechos sociales y económicos elementales”.

Con esta única y simple frase, Préval deconstruye, desconstituye y retira la legitimidad de la montaña de cartas, cientos de reuniones, millares de declaraciones y cientos de acciones de la ONU y de los representantes del Grupo de Amigos de Haití.

Concluyendo, Préval cree que “la disuasión militar constituye solo uno de los aspectos en la búsqueda de la estabilidad, pero no debe confundirse con ella”.

Para Préval:

“hace mucho que los blindados, los tanques de combate y los militares deberían haber sido sustituidos por los buldozer, los ingenieros, por los instructores de policías, por los expertos en el apoyo a la Justicia y al sistema penitenciario”.

Resaltando que la definitiva estabilización del país constituye prerrogativa y deber de los propios haitianos, Préval señala que, por desgracia, no fue escuchado en 2006. ¿O será que ahora se encuentra en el ocaso de su carrera política e institucional?

Para un eximio profesional de la política que supo navegar en las aguas tumultuosas del poder dando pruebas, desde hace décadas, de su *savoir-faire* y de su aguda perspicacia política, que lo hicieron capaz de adaptarse a múltiples y complejas circunstancias, el epílogo de su carrera deja a todos perplejos. La única esperanza que queda es que, aunque sea condenado por el presente, la historia lo absolverá.

Durante el debate sobre la situación de Haití en el Consejo de Seguridad referido anteriormente, el Representante de Brasil, Embajador Antonio José Ferreira Simões, confirma el apoyo de Brasil a la farsa electoral dirigida por Edmond Mulet. Según Simões, el “notable conocimiento de las características y necesidades específicas de Haití permitió que Mulet diese una contribución fundamental al país”¹³¹.

Asumiendo posiciones valientes, por legalistas, en varios momentos de la crisis, se puede notar, en definitiva, que la inspiración brasileña provenía de su representante en Puerto Príncipe. Pronto la burocracia brasileña retoma las riendas del proceso e impone la alineación automática con la posición del *Tridente Imperial* y de las Naciones Unidas. Nuestra capitulación echa por tierra años de esfuerzo y apaga la pequeña luz que quedaba por ver en Latinoamérica, practicando un nuevo modelo para las Operaciones de Paz de las Naciones Unidas.

En aquellos días despaché mis bártulos, me despedí de quien creía mereciese consideración y fui a Washington a entrevistarme con Insulza. Me recibió con deferencia y cortesía. Entendía perfectamente lo que me conmovió en Haití. Pidió que no me separase de la OEA y me propuso que lo represen-

¹³¹ Antonio José Ferreira Simões: *Eu sou da América do Sul*, Editora FUNAG, Brasília, 2012, pp.114-115.

tara en Managua. Después de Haití, Nicaragua es el segundo país más pobre de América. Acepté.

No pretendía volver a Haití. Préval no pensaba así. Pocos días antes de dejar la Presidencia, él me informó que el gobierno y el pueblo haitianos deseaban hacerme un homenaje. En una carpa instalada junto a las ruinas de su Palacio, en presencia de numerosos ministros encabezados por Bellerive, Igor Kipman y Cristóbal Dupouy, recibí de manos de Préval el título de "*La Orden de Caballero de la República de Haití*" por mi "valentía en la defensa de la dignidad del Pueblo haitiano".

Lo poco que ofrecí a Haití a lo largo de estos últimos años fue ampliamente recompensado por la concesión de esta medalla de sencilla apariencia, pero de gran significado. Nunca imaginé al desembarcar en la tierra de Dessalines, en el lejano año de 1993, que pudiese vivir los acontecimientos memorables que aquí he narrado. Nunca imaginé poder conocer las instituciones, los hombres y a mí mismo haciendo esto en circunstancias tan excepcionales. Nunca imaginé que simplemente siendo yo mismo podría tener mi nombre grabado en la memoria del heroico pueblo haitiano.

CONCLUSIONES

*Por el país,
Por los ancestros,
Marchemos unidos,
¡En nuestras filas, no hay traidores!
Del suelo seamos los únicos dueños.*

“DESSALINIENNE”, HIMNO NACIONAL DE HAITÍ,
PALABRAS DE JUSTIN LHÉRISSON, 1904.

Entre las numerosas y chocantes contradicciones de la realidad haitiana, ocupa un lugar especial la que interroga sobre el destino de los pueblos y naciones; el abismo que separa las promesas hechas en las inolvidables jornadas de lucha que culminaron con la independencia y la liberación de los esclavos, cuando son comparadas con la frustrante y despreciable realidad que impera en los días de hoy.

No es mi intención señalar culpables o encontrar un chivo expiatorio para el actual descalabro en el que vegeta el país. El inventario sería demasiado largo y fastidioso. Después de poner en evidencia, sin embargo, en las páginas que precedieron, la responsabilidad internacional, llegó el momento de resaltar la complicidad de ciertos grupos de haitianos en ese verdadero y, aparentemente incomprensible, suicidio colectivo.

La experiencia de convivir con las vicisitudes haitianas a lo largo de dos décadas ofrece preciadas enseñanzas. La primera entre ellas reside en la constatación de la actitud mezquina

que impera en el país. Para cualquier problema que surja, sea la simple manutención de la red vial o la compleja reforma del sistema judicial, los garantes haitianos declaran, irresponsablemente, que buscarán recursos de la ayuda internacional. La espontaneidad y el automatismo de tales reacciones son absolutamente naturales, al punto que podemos considerar que fueran entronizadas en la psicología del poder, tal como está concebido y se practica actualmente en Haití.

Institucionalizándose a través de todo el país, en las actividades más diversas y variadas, las ONGATs con su filosofía meramente asistencial, extendieron los tentáculos de la pobreza a gran parte de la sociedad haitiana. Probablemente el cerrado mundo de los campesinos, que practican una agricultura de subsistencia, sea el último baluarte de resistencia. ¿Por cuánto tiempo?

Raras son las voces que intentan llamar a la responsabilidad a los propios haitianos. Cuando surgen, son ahogadas por apelaciones desvergonzadas a la caridad internacional. Esta ocupa el espacio y el inconsciente del país. Lo desvirtúa. Lo subyuga. Lo humilla. Cuán distantes están los principios de dignidad, de valentía y de entrega que marcaron la historia haitiana.

Las diatribas aparentemente nacionalistas no consiguen esconder el gran descontento que existe entre los haitianos y Haití. No se pueden tomar al pie de la letra las declaraciones apasionadas de algunos cuando se observa al colectivo en acción. La destrucción sistemática del medio ambiente, el reiterado y generalizado comportamiento antisocial (por ejemplo, la transformación de las ciudades haitianas en basureros a cielo abierto); el vandalismo que destruye los escasos bienes públicos; la insalubre e indigna forma del transporte humano, el régimen esclavista del “modelo” Restavek; las condiciones

inhumanas en las cuales vive una parte considerable de la población. Son algunos ejemplos dibujados en una lista larga y triste.

A la sombría pintura social de Haití se deben adicionar rasgos de su fuerza moral y del temple de su alma. Dominada por su intensa vida espiritual, por su tenacidad sin igual, por su constante valentía, por un optimismo contagioso y una inmensa alegría de vivir, el pueblo haitiano sorprende e interroga.

Prospera en estas condiciones extremas, una vigorosa, original y fascinante cultura artística. Sus pintores, novelistas, escultores, artesanos y músicos se inspiran en este mundo inhóspito y de él extraen obras significativas. No consiguen, sin embargo, hacer que la esencia del mal haitiano sea menos intolerable.

La inadaptabilidad haitiana al mundo moderno es de naturaleza cultural. Muchos autores han intentado explicar que Haití es, de hecho, un África desarraigada. Nada más distante de la realidad. Comenzando por el desprecio que los propios haitianos demuestran por África y, por tanto, por sus orígenes.

La gran mayoría de los intelectuales haitianos no es inocente ante la catástrofe que afectó a su país en las últimas décadas. Sin su complicidad, Haití no hubiera alcanzado sus niveles actuales de colapso y de desesperanza. Ciudadanos y pequeños burgueses son la punta de lanza de los partidos políticos, cuando ellos mismos no logran hacer una carrera en la política.

La forma de actuar del intelectual haitiano lo singulariza. En lugar de utilizar la duda como palanca civilizatoria y tratar de entender los dilemas para poder explicarlos a fin de encontrar soluciones racionales y conciliatorias, los intelectuales haitianos son una brigada de combate de la incomprensión, del

enfrentamiento inconsecuente, de la diatriba extremista, y de intereses de grupos y de clase. La descalificación del oponente es la esencia de la táctica del intelectual haitiano, el rechazo *in limine* de todo lo que él representa o expresa, el libelo acusatorio que no deja un espacio mínimo por dónde pueda transitar la esperanza de un diálogo.

Muchas sociedades están marcadas por la impotencia e insignificancia de los intelectuales. En Haití, la situación es exactamente opuesta: los intelectuales desempeñan un papel político de primer plano, pero todavía él está impregnado de omnisciencia, por el sentimiento de superioridad ante una mayoría semi-analfabeta, por su incapacidad de promover un debate político y social abierto y sano, por el espejismo que intenta copiar todo lo que venga del exterior, por la ausencia de preocupación por la aflicción que castiga a su pueblo.

El intelectual haitiano articula un discurso silente ante los dramas nacionales. Al confirmar, ampliar y profundizar el disparate de la situación actual, pervierte y traiciona su función social. Él no ejerce el papel de faro, que debería ser el suyo, sino el de sepulturero de la nación.

Percibe la realidad de su país exclusivamente por las ciudades, especialmente Puerto Príncipe. Los campesinos no están en el radar intelectual haitiano. El Haití profundo y eterno no les interesa, porque ese mundo no quiere rendirse a la modernidad.

La presencia masiva de ONGATs en Haití constituye un campo de trabajo para los intelectuales, sin embargo, no se trata, en este caso, del ejercicio de las funciones intelectuales, sino de la realización de los informes necesarios para justificar las acciones de estas instituciones.

Parte de los intelectuales que bucean en los dilemas y contradicciones del país provienen del mundo literario. Los

novelistas son los únicos que muestran un pensamiento sociológico y antropológico genuinamente nacional.

Los intelectuales establecen lazos especiales con el exterior y terminan imponiéndose como los portavoces exclusivos de la compleja realidad haitiana. Tales vínculos implican, entre otros, financiamiento de proyectos, de partidos políticos, de actividades de análisis y de investigación.

La élite haitiana, en la cual los intelectuales desempeñan un papel preponderante, sigue siendo la defensora intransigente de la intervención extranjera en los asuntos de dominio exclusivo de Haití. Fue ella quien articuló las crisis que desembocaron en situaciones de clara injerencia extranjera. Incluso hoy en día, ella se opone a que Haití recupere su soberanía e independencia. Así, la élite no está dispuesta a aceptar las reglas del juego democrático. Tal sentimiento es compartido por parte considerable de la Comunidad Internacional. Se puede afirmar que la inadaptabilidad a la democracia no proviene del pueblo haitiano, pero sí de su élite y de los gobiernos de los principales países supuestamente auto-designados *Amigos de Haití*. O, como dijo Mark Weisbort, son “los Estados Unidos que no están preparados para vivir con un Haití democrático”.

Haití no es un Estado fallido. Haití es un cuasi-Estado. Solo sobrevive gracias a la indulgencia de una parte de la Comunidad Internacional. Esta provee al país de numerosos servicios básicos que serían de responsabilidad pública. Ella también sustenta su administración burocrática. Los aportes anuales de recursos para los gastos corrientes previstos en el presupuesto nacional constituyen una práctica sistemática.

¿Qué decir entonces del pago, mediante becas para supuestas investigaciones, consultorías y empresas fantasmas, de los

salarios de los altos funcionarios de la República? Un levantamiento realizado por el FMI, y por razones obvias nunca hecho público, constató que durante el gobierno de Préval había 34 funcionarios en esta situación.

¿Cómo aceptar que gobiernos extranjeros remuneren a aquellos que representan al país con el cual deberán negociar? Tal práctica, en cualquier lugar del mundo, tiene un nombre y apellido: corrupción pasiva (para el funcionario haitiano) y activa (del corruptor extranjero) de un funcionario público. En Haití, no. Hay quien lo justifica con el argumento de que solo los técnicos bien calificados están dispuestos a permanecer en el país.

Un cuasi-Estado no sobrevive sin la protección y la complicidad de los Estados padrinos. Estos, como se subraya en las páginas anteriores, no demuestran el más mínimo interés en cambiar su estrategia basada en el asistencialismo humanitario.

Formalmente Haití es un Estado soberano. Sus fronteras son reconocidas e indiscutibles. Dispone en su territorio de una población a la cual otorga la nacionalidad. Su poder de policía, sin embargo, es limitado. Su capacidad de auto-administrarse es reducida, por no decir que mediocre. Es decir que, de acuerdo con los principios *weberianos*, la soberanía haitiana no trasciende la ficción jurídica. En realidad, Haití posee la lista de elementos para ser identificado como un Estado detentor de una soberanía negativa.

Abandonados a su propia suerte, Estados fantasmas como Haití morirían y probablemente resucitarían por la revuelta y la revolución. La mantención de la dependencia internacional permite que su pueblo vegete durante décadas, mientras que la industria de la ayuda internacional tendrá asegurado un futuro prometedor.

Muchas veces me asaltó la idea de que tanto al Gobierno en particular, como a la élite haitiana en general, les interesa mantener al pueblo como rehenes y utilizan su miseria como moneda de cambio con la Comunidad Internacional. Estaríamos en la esencia del dilema. La experticia sería paralizar cualquier posibilidad de cambio y de progreso de la sociedad haitiana a fin de que la Comunidad Internacional y la MINUSTAH permanezcan en Haití, proporcionando seguridad y viabilidad política. Así se garantiza también que los recursos de la ayuda externa lleguen a las manos de quienes deben llegar. Según esa idea, sin declararla, la Comunidad Internacional a través de las Naciones Unidas constituiría una especie de protectorado con permanencia indefinida, ya que el país se encuentra paralizado.

Bajo la cobertura de múltiples intervenciones extranjeras, aunque nadie se atreve a reconocerlo, Haití se ha convertido en un protectorado de facto bajo la tutela de la ONU. Para su caso, fueron resucitadas por el DPKO, en connivencia con algunos Estados, las funciones del Consejo de Tutela, creado en 1945 y eliminado por reciente reforma. En su origen, este Consejo se encargaba de administrar temporalmente y de manera compartida, territorios coloniales que habían alcanzado la independencia pero no disponían de condiciones para hacerlo de forma autónoma.

La historia de las intervenciones revela que en la gran mayoría de los casos, la decisión de intervenir obedece a un procedimiento sumario. Incluso cuando son legitimadas, carecen de análisis y de reflexión estratégica, como en el caso de la MINUSTAH. Con un agravante: se enviaron soldados a donde no había guerra, ni siquiera enemigos que combatir.

Muchas preguntas se plantean, pero nunca han sido contestadas: ¿Hay justificaciones para utilizar soldados con otros

finés y objetivos que no sean para hacer la guerra? ¿Cómo comprender que un país en paz, desprovisto de Fuerzas Armadas, deba ser ocupado militarmente? ¿Cómo explicar que los militares extranjeros sean los encargados de la formación de las fuerzas policiales haitianas?

La desproporción entre las exigencias de la realidad policial en Haití y la presencia de fuerzas militares es algo que hace reflexionar y perturba. Existe constatación unánime de que la MINUSTAH, tal como fue concebida y estructurada, a pesar del aporte latinoamericano, no se condice con las exigencias multifacéticas de la empresa.

Las Naciones Unidas demuestran absoluta incapacidad para definir sus objetivos, aunque proporcione ejemplos innovadores de modalidades de intervención internacional. La ausencia de aquellos impide la adopción de una estrategia para salir de la crisis.

Por un lado, consciente de que no deberá repetir el fracaso de las seis misiones anteriores, la MINUSTAH pretende retirarse únicamente cuando tenga certeza de que no será necesario volver otra vez. Por otro lado, no consigue definir cuáles serían los términos de la retirada. Por una razón simple. Resulta que los principales retos y dilemas haitianos no se encuentran en el campo militar, ni siquiera en la seguridad. Convocar a generales y coroneles para definir el rumbo de una sociedad es empequeñecer la complejidad de la tarea.

De todos modos, una vez más se comprueba la teoría que sostiene que es relativamente fácil tomar la decisión de intervenir, pero muy complejo y difícil poner fin a la intervención. Con el agravante de que en los casos de intervenciones bajo la égida del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, será necesario que todos los Estados miembros permanentes concuerden en poner punto final. Ahora bien, tanto Estados Unidos como

Francia se opondrán, debido a sus intereses específicos, manteniendo por consiguiente el actual *statu quo*.

En Haití, el *Tridente Imperial* ejerce una tutoría informal. La masiva participación de América Latina, a partir de julio de 2004, debería haber dado lugar a un cambio radical en la naturaleza de las relaciones internacionales con Haití. Comprobamos que eso no ocurrió. Hubo solamente un aumento en el número de tutores.

El caso haitiano es un ejemplo más para demostrar cómo las potencias democráticas no respetan las normas y procedimientos democráticos en sus relaciones exteriores. El comportamiento de los integrantes de la Comunidad Internacional en Haití se basa en la fórmula de Pascal: dentro de sus respectivas fronteras respetan la democracia, mientras que en sus relaciones con Haití se adhieren al autoritarismo. Su democracia interna y su autoritarismo externo son caras de la misma moneda. Potencias democráticas, citadas como ejemplares, no respetan sistemáticamente los principios rectores de la democracia.

Complementando la estrategia de la *commodity* de la miseria, se identificó una ventaja comparativa haitiana que debe ser explorada. Tal como ocurrió durante la dictadura de Jean-Claude Duvalier, inspirado por el Grupo de Países Amigos, se decidió que la disponibilidad de una mano de obra con costos bajísimos debería servir de base para la llegada de maquiladoras que producen textiles para el mercado de Estados Unidos. Como ejemplo, el flamante Parque Industrial de Caracol (PIC), que recibió US\$124 millones de USAID.

Se repite con insistencia irritante el modelo fracasado que acelerará el proceso de migración entre el campo y la ciudad, trayendo como consecuencia que la agricultura tradicional de subsistencia desaparezca completamente. Los intereses

del mayor productor agrícola mundial coinciden con el asesoramiento proveniente del FMI: la agricultura haitiana, al no poseer economía de escala y competitividad, debe ser abandonada.

La estrategia de Estados Unidos, aplicada desde la década de los 80, hace de Haití el actual 4° mayor cliente de sus exportaciones de arroz. Siendo este grano la base de su dieta alimentaria, el país era autosuficiente en los años 70. Actualmente importa el 90% de su consumo y vive en permanente crisis de abastecimiento.

El liberalismo subsidiado mezclado con el humanitarismo inconsecuente, constituye la fórmula segura y acabada del desastre.

En la fase de reconstrucción del país, en caso de que persistan las políticas esbozadas actualmente, Haití perderá una oportunidad única para finalmente salir de la situación de penuria y miseria en que se encuentra hace tantas generaciones.

Los Estados, las organizaciones intergubernamentales y la Comunidad Internacional no disponen de parámetros y experiencia para tratar casos extremos. El Plan Marshall, que reconstruyó Europa Occidental devastada por la Segunda Guerra Mundial, no puede servir de paradigma, en la medida en que él trató, sobre todo, de restablecer la infraestructura física. El desafío haitiano implica la reconstrucción de instituciones, la identificación de las vocaciones productivas hoy inexistentes, y fundamentalmente, adaptar la cooperación extranjera a sus condiciones culturales y antropológicas. Aunque inédita y llena de vicisitudes, el acompañamiento internacional a Haití debe ser percibido como una misión difícil, pero no imposible.

Se hace urgente un decálogo que deberían guiar las acciones de la Comunidad Internacional en Haití.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS SOBRE HAITÍ

1. A falta de una coordinación eficiente en todos los niveles, la crisis haitiana durará décadas.
2. Ser solidario no es ser sustituto de alguien.
3. El conjunto de acciones de la cooperación internacional debe obligatoriamente reforzar las capacidades del Estado haitiano.
4. Además del aparato institucional, la democracia debe responder a las necesidades de las personas, por tanto ella debe ser eficaz.
5. Las reiteradas intervenciones de la Comunidad Internacional en los asuntos internos de Haití confirman que, más allá de la obvia existencia de una “cuestión haitiana” hay incomprendiones, vicisitudes e inadaptabilidad en nuestra forma de lidiar con Haití. De lo contrario, no sería necesario volver seis veces al país.
6. La calidad de una Misión de Paz es inversamente proporcional al tiempo de su duración.
7. Antes de ser una pregunta que interroga a la humanidad y a América, los desafíos haitianos pertenecen a los propios haitianos.
8. La crisis haitiana se define como un conflicto doméstico de baja intensidad, la misma está marcada por una elevada volatilidad política y un bajísimo nivel socioeconómico.
9. El terremoto del 12 de enero 2010 impone desafíos ante los cuales todos están desarmados.
10. Promesas sin concretización constituyen fuente de frustración.

El principio fundamental que debe guiar la actitud de la Comunidad Internacional es que los problemas de Haití pertenecen a los propios haitianos. Solidarizarse no es sustituir a alguien. La ayuda internacional, diseñada a la manera tradicional, genera dependencia en lugar de autonomía. Sin embargo, la centralidad del gobierno y de la sociedad haitiana en la gestión de la crisis constituye una condición *sine qua non* para que los haitianos se apropien de las propuestas y los proyectos que vienen de otros lugares.

Una condición adicional es la responsabilidad hemisférica ante el desafío. La mayor catástrofe que alcanzó a América desde todos los tiempos, debe encontrar al continente unido en torno de un solo objetivo: rescatar al pueblo haitiano del abismo en el que se encuentra. El viejo principio de la seguridad colectiva continental debe ser percibido bajo el prisma de uno nuevo: la solidaridad colectiva continental.

Debemos dejar de lado las manifestaciones de voluntades unilaterales, estrategias bilaterales y la creencia arraigada de que en esos lugares la calidad de la ayuda privada es superior a la pública. Por último, debemos abandonar la idea de que las autoridades haitianas no pueden ser los principales interlocutores de la reconstrucción nacional.

Si la solidaridad debe manifestarse de forma organizada en el hemisferio, hay, sin duda, una responsabilidad especial de Brasil y Estados Unidos. Tres polos del Nuevo Mundo sirvieron de imán al vergonzoso tráfico de esclavos en los siglos de colonización de las Américas: el lado occidental de la isla La Española, la región de Bahía brasileña y ciertas regiones que hoy constituyen Estados Unidos de América. Este vínculo especial emana de la historia, de la cultura, de las creencias y de las formas de vida de ese mismo pueblo, retirado del suelo

africano, dividido y despedazado por los desvíos y las injusticias del pasado.

Es, por tanto, en la perspectiva hemisférica que la solidaridad extracontinental hacia Haití se debe volcar. La generosidad internacional debe encontrar una estructura ágil y eficiente, que tenga presente la complejidad y las dificultades impuestas por un desafío único. Solidaridad sin organización equivale a ineficiencia, a desperdicio y frustración. El voluntarismo es una condición indispensable, pero francamente insuficiente.

El doble juego para guiar las actuaciones de ciertos países en Haití debe cesar. Desde 1996, Canadá colabora con la formación de la Policía Nacional Haitiana con pobres resultados. Ottawa igualmente destina a Haití parte sustancial de su ayuda al desarrollo y, concomitantemente, vacía al país de sus recursos humanos más calificados, especialmente en la zona estratégica de la salud.

Las disputas y divisiones en América deben ser percibidas como accesorias, en comparación con el drama vivido por Haití, un país que a principios del siglo XIX dio un ejemplo al mundo en la lucha contra el colonialismo, el racismo y la esclavitud. Hoy, Haití debe ser el punto de encuentro de nuestros desacuerdos, dando otro significado a la expresión Nuevo Mundo.

Todavía, el desafío actual para América Latina es definir el cómo, o el cuándo, debe retirarse del embrollo caribeño. Para ella el tiempo del encanto y de los sueños cooperativos pertenece al pasado. Incluso, hay un sentimiento de que la buena voluntad de la región fue utilizada maliciosamente por las potencias que controlan la política haitiana. El presidente Lula —cuya voluntad y dedicación a la causa haitiana son indiscutibles— fue manipulado o se dejó manipular. La falta de

respeto sistemático de las promesas hechas a Haití y la retirada de Brasil en los momentos cruciales de las crisis tienden a probar que la táctica de inmiscuirnos en los asuntos caribeños, no tiene el poder de poner en tela de juicio la estrategia del *Tridente Imperial*.

Brasil parecía haber tomado la iniciativa, a mediados de 2012, de iniciar discusiones para “no perpetuar su presencia en Haití”, según Celso Amorim, actual Ministro de Defensa. Las discusiones no avanzaron hasta que el presidente de Uruguay, José Mujica, las relanzase a principios de noviembre de 2013. Para Mujica, “si en 10 años no podemos resolver estos problemas, evidentemente el camino tiene que ser otro.”

La calidad de una Operación de Paz es inversamente proporcional al tiempo de su duración. El verdadero éxito de este ejercicio reside en el momento que conoce su fin. Es decir, solo la muerte de una Misión de Paz demuestra su utilidad y pertinencia.

La burocracia internacional y ciertos intereses nacionales que se esfuerzan en defender la continuidad de la MINUSTAH tratan de justificarla por su papel disuasivo y la represión de la delincuencia común que ocurre en Haití. Si esta es la razón esencial de la MINUSTAH, hay muchos países en América y fuera de ella que deberían albergar Operaciones de Paz antes de considerarlas para Haití.

En sus acciones y omisiones en Haití desde 1993 la Organización de las Naciones Unidas ha dado sobradas demostraciones de su precariedad institucional, orgánica, operativa y con el hecho de no reconocer su negligencia culpable al inocular el cólera, igualmente moral. El descalabro no pasa desapercibido. En una consulta reciente, solo el 10,9% de la opinión pública haitiana mostró confianza y respeto por la MINUSTAH.

Del fracaso de las Naciones Unidas en Haití se extraen varias lecciones que deben conducirla a:

- a) transferir recursos y responsabilidades a la OEA y la CARICOM, permitiendo que los organismos regionales acompañen a Haití a reemplazar la paquidérmica organización universal;
- b) cambiar definitivamente el foco de su acción, abandonando la sacrosanta perspectiva de seguridad hacia una percepción multidimensional en el que prevalezcan los retos socioeconómicos;
- c) hacer que los funcionarios representantes de la organización universal en Haití dejen la cobardía como principio y la mentira como una herramienta, como se evidencia en varios episodios recogidos en este documento;
- d) debates con miras a la creación de una organización mundial de “tercera generación” en los parámetros definidos y propuestos por Maurice Bertrand.

Haití cosecharía las recompensas prometidas por Occidente si pudiera hacer su entrada en la normalidad democrática. Casi tres décadas se han consumido en la interminable búsqueda de ese paraíso democrático. Durante ese período el país se arruinó económicamente, su agricultura tradicional fue abandonada, su pueblo empobreció aún más, su Estado se debilitó, sus instituciones fueron sistemáticamente despreciadas, el terremoto lo quebrantó, el cólera contaminó sus aguas y provocó miles de víctimas.

Ante la hecatombe haitiana solamente queda un camino para la Comunidad Internacional: cambiar radicalmente los principios y la estrategia. Si no lo hace, Haití permanecerá en el limbo de los insolubles problemas internacionales y gran parte de la responsabilidad recaerá sobre nuestros hombros.

POST-FACIO

¿HASTA CUÁNDO, “AMIGOS” Y DEPREDADORES DE HAITÍ?

En el capítulo XIV de su obra-testimonio, Ricardo Seitenfus escribe el siguiente fragmento de una conversación telefónica con el Secretario General de la OEA, el chileno José Miguel Insulza Salinas: “Ricardo, me parece que a ti te gusta Haití?”. Respuesta sorprendida del otro lado del teléfono: “Pero claro que sí. Si no, yo no estaría aquí (...). Le confieso, Secretario [General], que yo estoy en la OEA solamente porque me permite estar en Haití”.

Conversación anterior a la del 22 de diciembre del 2010 entre el Secretario General de la OEA y Seitenfus, su representante en Haití: “Ricardo, esto no da para más. Yo estoy recibiendo presiones muy fuertes y continuas. Lo que tú has dicho en la entrevista es incompatible con tus funciones. Te pido que te vayas de vacaciones inmediatamente y que vuelvas a Haití dentro de un mes, para despedirte y recoger tus cosas”.

¿De qué entrevista se trata? De aquella que le realizó el periodista Arnaud Robert, del diario “Le Temps”, de Ginebra, Suiza. La misma servirá, oportunamente, como elemento probatorio para el dictamen que sacará a Seitenfus de la OEA al final de sus dos años de misión en Haití (2008-2010).¹³²

¹³² Anteriormente Seitenfus había solicitado y obtenido una prolongación de su estancia en Haití hasta el 31 de marzo del 2011.

Con el título “Haití es la prueba del fracaso de la ayuda internacional”, esta entrevista (reproducida íntegramente en el presente libro) se convierte en el cebo mediático de las posiciones que paulatinamente van a definir al autor como un solitario y atípico revelador de todas las chapucerías y cosas malhechas de la Comunidad Internacional en Haití. Un emisor de alertas al mundo (*whistleblower*); como Snowden, pero antes de Snowden.

A través de los dos fragmentos que he recordado, yo me hago eco de lo que Raúl Peck constata al comienzo de su prefacio: “Ricardo Seitenfus nos entrega un testimonio muy potente sobre el papel que juega lo “Internacional” en Haití [...]. Él expresa aquí una palabra rara [...]. Es la palabra de un amigo de verdad [...]. Un amigo que tiene la valentía de decir las cosas tal como son, aun cuando ellas nos molesten”.

Y yo añadiría por mi cuenta: no solamente sobre lo Internacional, sino también sobre nosotros, los haitianos —objeto de su amistad eficaz—, sobre nuestra historia, nuestra cultura, nuestra clase política...¹³³ Lo que digo se puede ver claramente en los capítulos “La naturaleza del dilema haitiano” y “René Préval, el florentino del Caribe”.

Debemos prestar atención a su mirada, puesta en nosotros sin complacencias y, en lo que a mí concierne, tiene que ser así por lo menos para evitar la tentación de la omisión pasiva, al escuchar al autor narrando nuevamente sus observaciones sobre las relaciones entre la Comunidad Internacional y Haití, frente a un público alerta y participativo en su reciente visita a la Universidad Quisqueya¹³⁴.

¹³³ Ver Ricardo Seitenfus: “The Nature of Haitians Politics and International Challenges”, *The Journal of Peacebuilding and Development*, vol. 6, n° 3, 2011.

¹³⁴ Como invitado y participante de la “Mesa Redonda acerca de la cuestión electoral en Haití”, organizada por la “Cátedra Louis-Joseph-Janvier sobre el

Una exigencia de atención todavía más aguda nos señala que las interpelaciones de Seitenfus, más allá de ciertas evocaciones históricas sabidas desde hace tiempo, se articulan como un todo en nuestra actualidad contemporánea; es evidente que ésta le es familiar al autor, por haberla cercado con ahínco, en tanto observador en terreno y analista de tradición.

Como prueba de lo antes dicho, a lo largo del capítulo X los títulos anuncian temáticas que aluden a los problemas y las posibles soluciones del “dilema haitiano”, entendido —sin “pelos en la lengua”— como nuestro *imbroglio* político recurrente que tiene por referencias los conceptos “transición”, “diálogo”, “consensos”, “pacto de gobernabilidad”, “Constitución”, “elecciones”, entre otros.

Poniendo como ejemplos de esto, cito a Seitenfus:

“De todas las experiencias de transición política entre una dictadura y la democracia, la de Haití no ha sido solamente larga, caótica y siempre retardada; ella es la única que no ha podido definir todavía las reglas del juego de la lucha por el poder”.

“La aceptación de las diferencias y la coexistencia de puntos de vistas contrarios no es todavía concebible en la vida política haitiana [...]. Se trata de un sistema político inspirado en la búsqueda permanente de situaciones de crisis que han llegado a ser parte del *modus vivendi* político y una norma fundacional”.

“[...] Sin una reforma profunda y verdadera del sistema electoral haitiano, etapa inicial de un proceso de cambios políticos que llevarían a la firma de un pacto de libertades y garantías democráticas, la estabilidad política de Haití es imposible”.

¿Se le podría atribuir a Seitenfus una posición “negativista”? Eso sería simplista, estéril y sobre todo vano, porque, sin ser él

Constitucionalismo en Haití” de la Universidad Quisqueya, el viernes 6 de febrero de 2015. Ver *Le Nouvelliste*, 7-8 febrero de 2015.

el primero en anunciarlo o en concebirlo, él dice la verdad, ya que su postura está respaldada con datos históricos recurrentes y empíricamente verificables.

Se le podría —qué duda cabe— recordar —y de paso validar— a muchos otros autores y actores (políticos) haitianos que lo han precedido en esta tarea de mostrar crudamente el “dilema haitiano”. Sin embargo, Seitenfus ha tenido el mérito incuestionable de haber proyectado sus constataciones, no como —así lo han hecho numerosos expertos en “haitianología”— anuncios excátedra de tipo moralizante, sino como una expresión objetiva de elementos factuales endógenos que han facilitado la rigidez de las acciones y posturas contraproducentes de la Comunidad Internacional frente a Haití.

En el capítulo “René Préval, el florentino del Caribe”, Seitenfus no ha dejado de suscitar asombro, admiración y algunas controversias: ¡y con motivo! En efecto, de manera general los juicios que se han hecho hasta aquí sobre el ex Presidente Préval tienden a mandarlo al banquillo de los acusados o a “demonizarlo”, a propósito de que “su personalidad incomoda, desconcierta o aparece francamente inasible”.¹³⁵

Pero he aquí que un observador de alto linaje, extranjero por lo demás, le hace un bosquejo único, inusitado e envidiable por más de un motivo. Para comenzar, por la visión subyacente a la imagen del “Florentino del Caribe”: la fineza, perspicacia, “cinismo” a lo Machiavello, tal y como se ha dejado entender que el ex presidente Francois Mitterrand habría sido un gran maestro de la esgrima en la política. Pero no nos equivoquemos:

¹³⁵ Ver Claude Roumain: *L'Énigme Préval*, Port-au-Prince, Editions Henri Deschamps, 2011; Fred Brutus (sous la dir.de): *100% Préval*, Port-au-Prince, C3 Éditions, 2011.

fiel a su preocupación de medir la presencia de la Comunidad Internacional en la teoría y en la práctica, Seitenfus sitúa a Préval a la vez como actor nacional y en interacción con sus interlocutores de la mencionada Comunidad, particularmente aquellos del *Core Group*.

Es desde ahí que emerge un: “personaje fascinante, misterioso, reservado, lleno de contradicciones, poco comprendido en la actualidad, aunque podemos suponer que probablemente la historia le hará justicia en el futuro”. “Delante de sus interlocutores internacionales, Préval se defiende como puede, sirviéndose de lo que le es propio. Su táctica era simple: atacar antes de ser atacado; debilitar antes de ser debilitado; identificar y explotar los intersticios ofrecidos eventualmente por su adversario” [...] actuaba con dignidad y nunca dejó de ser un competidor audaz, valiente, perspicaz y malicioso”.

Dispersas por aquí y por allá en el texto, estas observaciones deben ser situadas en el conjunto, en su verdadero contexto. Sobre todo porque ellas no pueden sustituir la lectura completa del referido capítulo, que expresa claramente al “anti-héroe Préval” (según Seitenfus) en representación y en acción, pero también para constatar, con el autor, los efectos de su conducta florentina, a veces no sólo desestabilizadora sino incluso, devastadora en la perspectiva de lo internacional.

Nunca este retratista empático de Préval va a ocultar su relación de amistad con su “sujeto”, impregnada de calor y de confianza. Pero capaz de poner distancia también, él no escatima sus críticas a todo este entorno: al final del capítulo XV, Seitenfus despliega una lista de ocho errores —y no de los menores— entre los “innúmeros”, escribe el autor, cometidos por Préval. Pero a pesar de todo, Seitenfus constata: “[...] el epílogo de su carrera ha dejado perplejo a todo el mundo. La

única esperanza es que si el presente lo condena, la historia lo absolverá”. ¿Guiño a Fidel Castro y su discurso de defensa después del fracaso del asalto al Cuartel Moncada, en 1953?

Sea lo que sea, la respuesta a la interrogación del título de este post-facio nos reenvía al objetivo principal de esta crónica cautivante e insistentemente reveladora: cuál es la historia —pasada, presente y futura— de las relaciones entre la Comunidad Internacional y Haití. En efecto, esta respuesta no depende ni de los “amigos” y depredadores de Haití, menos todavía del propio Seitenfus, aún cuando él, en las conclusiones de su libro, propone “una lista sucinta de las cosas que se deberían emprender para mitigar los errores y orientar las acciones de la Comunidad Internacional en Haití”, lista formulada por el autor como mandato bíblico a través de “los diez mandamientos sobre Haití”.

Todavía —ahora y por siempre—, la respuesta depende de nosotros, los haitianos, como actores y sujetos (conscientes) de nuestro destino nacional. Otra vez más, se trata de actualizar el precepto de Anténor Firmin, publicado en 1910, un año antes de su desaparición: ¡La inquietud nacional o la ocupación extranjera! Esta inquietud no se ordena. Puede brotar a través del diálogo interactivo, de los consensos razonados y del patriotismo constructivo.

Y añadimos: Con el concurso de todos los amigos de verdad, y no de los depredadores, ¡a lo Seitenfus!

CARY HECTOR

Marzo 2015

Politólogo de la Universidad Quisqueya y
miembro de Sociedad Haitiana de
Historia, de Geografía y de Geología.

ANEXO
ENTREVISTA DE RICARDO SEITENFUS A LE TEMPS,
20 DE DICIEMBRE DE 2010

“HAITÍ ES LA PRUEBA DEL FRACASO DE LA AYUDA
INTERNACIONAL”¹³⁶

Por Arnaud Robert, de vuelta de Puerto Príncipe.
Entrevista en Le Temps

Le Temps: Diez mil cascos azules en Haití. En su opinión, una presencia contraproducente.

Ricardo Seitenfus: *El sistema de prevención de los litigios en el marco del sistema de la ONU no está adaptado al contexto haitiano. Haití no es una amenaza internacional. No estamos en situación de guerra civil. Haití no es Irak o Afganistán. Sin embargo, el Consejo de Seguridad, a falta de alternativas, ha impuesto las fuerzas de paz (Cascos azules) desde el 2004, después de la salida del Presidente Aristide. Desde 1990, estamos aquí en nuestra octava misión de la ONU. Haití ha vivido desde 1986, tras la partida de Jean-Claude Duvalier, lo que yo llamo un conflicto de baja intensidad. Nos enfrentamos a luchas por el poder entre los actores políticos que no respetan el juego democrático. Pero me parece que Haití, en el escenario internacional, paga esencialmente su inmensa proximidad a Estados Unidos. Haití ha sido objeto de una atención negativa por parte del sistema internacional. Para la ONU se trató de un tema de congelar el poder y transformar a los haitianos en prisioneros de su propia isla. La angustia de los balseros explica en gran medida las decisiones de lo internacional cara a cara de Haití. Se quiere a todo precio que los haitianos permanezcan en su país.*

¹³⁶ Puede leerse en <http://m.letemps.ch/page/uuid/2a1b8ad0-0bb8-11e0-91f4-4e4896afb502/haiti_est_la_preuve_de_lechec_de_laide_internationale>

—¿Qué es lo que impide la normalización del caso haitiano?

—Durante doscientos años, la presencia de tropas extranjeras ha alternado con la de dictadores. Es la fuerza quien define las relaciones internacionales con Haití, y jamás el diálogo. El pecado original de Haití, en el escenario mundial, es su liberación. Los haitianos cometieron lo inaceptable en 1804: un crimen de lesa majestad para un mundo en ebullición. El Occidente es, en la época, un mundo colonialista, esclavista y racista que basa su riqueza en la explotación de las tierras conquistadas. Así que el modelo revolucionario haitiano atemorizó a las grandes potencias. Estados Unidos no reconoce la independencia de Haití hasta 1865. Francia exige el pago de un tributo por aceptar esta liberación. Desde el principio, la independencia está comprometida y el desarrollo del país obstaculizado. El mundo nunca supo cómo tratar a Haití, entonces acabó por ignorarlo. Comenzaron doscientos años de soledad sobre la escena internacional. Hoy la ONU aplica ciegamente el Capítulo 7 de su Carta, que despliega sus tropas para imponer su operación de paz. Nada se resolvió, más bien, empeora. Se quiere hacer de Haití un país capitalista, una plataforma de exportación para el mercado estadounidense, es absurdo. Haití debe volver a lo que él es, es decir, un país predominantemente agrícola otra vez, fundamentalmente impregnado de derecho consuetudinario. El país es constantemente descrito bajo el ángulo de la violencia. Pero aun sin Estado, el nivel de violencia en Haití, no alcanza aún el nivel de violencia de los países de América Latina. Hay elementos en esta sociedad que han impedido que la violencia se extienda sin medida.

—¿No es una renuncia ver a Haití como una nación no asimilable, cuyo único horizonte es el regreso a los valores tradicionales?

—Hay una parte de Haití, que es moderna, urbana y volcada hacia el exterior. Se estima que cuatro millones es el número de haitianos que viven fuera de sus fronteras. Este es un país abierto al mundo. No estoy soñando con volver al siglo XVI, a una sociedad agraria. Pero Haití vive bajo la influencia de las ONG internacionales, de la caridad universal. Más del 90% del sistema educativo y de salud están en manos privadas. El país no dispone de recursos públicos para asegurar el funcionamiento mínimo de un sistema estatal. La ONU fracasa al no tener en cuenta los rasgos culturales. Resumir a Haití en una operación de paz es dejar de enfrentar los verdaderos desafíos que enfrenta el país. El problema es socioeconómico. Cuando la tasa de desempleo alcanza el 80%, es insostenible desplegar una misión de estabilización. No hay nada que estabilizar, pero sí todo para construir.

—Haití es uno de los países del mundo, que recibe más ayuda y, sin embargo, la situación empeora cada vez más en los últimos veinticinco años. ¿Por qué?

—La ayuda de emergencia es eficaz. Pero cuando se convierte en estructural, al sustituir al Estado en todas sus misiones, se llega a una pérdida de poder colectivo. Si existe una prueba del fracaso de la ayuda internacional, es Haití. El país se ha convertido en la Meca. El terremoto del 12 de enero y más tarde la epidemia de cólera solo acentúan este fenómeno. La Comunidad Internacional tiene el sentimiento que rehace todos los días lo que terminó el día anterior. La fatiga de Haití empieza a brotar. Esta pequeña nación debe sorprender a la conciencia universal con catástrofes cada vez más grandes. Tenía la esperanza que en el desastre del 12 de enero, el mundo

comprendería que se había equivocado con Haití. Desgraciadamente, se ha reforzado la misma política. En lugar de hacer un balance general, ha enviado todavía más soldados. Es urgente construir calles, levantar edificios, participar en la organización del Estado, del sistema judicial. La ONU dice que no tiene mandato para ello. Su mandato en Haití se resume en mantener la paz del cementerio

— ¿Qué papel juegan las ONG en estos fracasos?

— Desde el terremoto, Haití se ha convertido en una encrucijada inevitable. Para las ONGs transnacionales, Haití se ha convertido en un lugar de paso obligado. Yo diría incluso peor que eso: de formación profesional. La edad de los cooperantes que llegaron después del sismo es muy baja; aterrizan en Haití sin ninguna experiencia. Y Haití, te puedo decir, no es adecuado para los aficionados. Después del 12 de enero, debido a la contratación masiva, la calidad profesional disminuyó enormemente. Existe una relación maléfica o perversa entre la fuerza de las ONG y de la debilidad del Estado haitiano. Algunas ONGs existen solamente debido a la desgracia haitiana.

— ¿Qué errores se cometieron después del terremoto?

— Frente a la importación masiva de bienes de consumo para alimentar a los sin techo, la situación de la agricultura haitiana ha empeorado aún más. El país ofrece un enorme campo libre para cualquier experiencia humanitaria. Es inaceptable desde el punto de vista moral considerar a Haití como un laboratorio. La reconstrucción de Haití y la promesa de once billones de dólares exacerban la codicia. Parece que un montón de gente viene a Haití, no por Haití, sino para hacer negocios. Para mí, que soy americano, es una vergüenza, un insulto a nuestra conciencia. Un ejemplo: los médicos haitianos que Cuba forma. Más de 500 médicos haitianos han sido educados en La Habana. Casi la mitad de ellos, que deberían estar en Haití, trabajan hoy en Estados Unidos, Canadá o Francia. La revolución cubana

está tratando de financiar la formación de recursos humanos favoreciendo a sus vecinos capitalistas...

— Se describe constantemente a Haití como el margen del mundo. Usted siente el país como un concentrado de nuestro mundo contemporáneo...

— Este es el centro de nuestros dramas y de los fracasos de la solidaridad internacional. No estamos a la altura del desafío. La prensa mundial viene a Haití y describe el caos. La reacción de la opinión pública no se hace esperar. Para ella, Haití es uno de los peores países del mundo. Es necesario ir al encuentro de la cultura haitiana, el país profundo. Creo que hay demasiados médicos en la cabecera de los enfermos y la mayoría de ellos son economistas. Pero en Haití, se necesitan ahora, antropólogos, sociólogos, historiadores, politólogos e incluso teólogos. Haití es demasiado complejo para las personas apuradas; los cooperantes están apurados. Nadie se toma el tiempo ni el gusto de tratar de entender lo que yo llamaría “el alma haitiana”. Los haitianos lo perciben de tal manera que consideran a la Comunidad Internacional como una vaca lechera. Quieren aprovechar nuestra presencia y lo hacen con extraordinaria habilidad. Si los haitianos nos ven solo por el dinero que traemos, es porque nos hemos presentado como tal.

— Más allá del reconocimiento del fracaso, ¿qué soluciones propone usted?

— En dos meses, completaré una misión de dos años en Haití. Para permanecer aquí y no abrumarme con lo que veo, tuve que crearme una serie de defensas psicológicas. Yo quería ser una voz independiente a pesar del peso de la organización que represento. Me he sostenido porque quería expresar mis profundas dudas y decirle al mundo que esto ya es suficiente. Basta de jugar con Haití. El 12 de enero me enseñó que existe un enorme potencial de solidaridad en el mundo. Aunque hay que recordar que en los primeros días, fueron los propios

haitianos, con las manos desnudas, quienes trataron de salvar a sus seres queridos. La compasión ha sido muy importante en caso de emergencia. Pero la caridad no puede ser el motor de las relaciones internacionales; sino la autonomía, la soberanía, el comercio igualitario, el respeto por los demás. Tenemos que pensar simultáneamente en ofrecer oportunidades de exportación para Haití, pero también proteger esta agricultura familiar que es esencial para el país. Haití es el último paraíso del Caribe aún no explotado por el turismo, con 1.700 kilómetros de costas vírgenes; tenemos que promover el turismo cultural y evitar pavimentar la ruta a un nuevo El Dorado del turismo de masas. Las lecciones que damos son ineficaces desde hace mucho tiempo. La reconstrucción y el acompañamiento a una sociedad tan rica es una de las últimas grandes aventuras humanas. Hace 200 años Haití iluminó la historia de la humanidad y la de los derechos humanos. Es necesario ahora dar una oportunidad a los haitianos para que confirmen su visión.

BIBLIOGRAFÍA (EN ORDEN DE APARICIÓN).

LIBROS E INFORMES

- CELSO AMORIM: *Breves narrativas diplomáticas*, Editora Benvirá, São Paulo, 2013, 167 pp.
- ANDRÉ-MARCEL D'ANS: *Haiti, paysage et société*, Edições Karthala, Paris, 1987, 366 pp.
- CÉLIA MARINHO DE AZEVEDO: *Onda Negra, Medo Branco: o negro no imaginário das elites - século XIX*, Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1987, 250 pp.
- BERTRAND BADIE: *La diplomatie de la connivence: les dérives oligarchiques du système international*, La Découverte, Paris, 2011, 273 pp.
- FERNANDO DE MELLO BARRETO: *A política externa após a re-democratização*, Tomo II - 2003-2010, Brasília, Funag, 2012, 668 pp.
- ALEX J. BELLAMY: *Responsability to Protect*, Polity Press, Cambridge, 2010, 249 pp.
- ROBIN BLACKBURN: *The American Crucible: Slavery, Emancipation and Human Rights*, Verso, Londres, 2011, 502 pp.
- _____: *The Making of New World Slavery: from the Baroque to the Modern, 1492-1800*, Verso, Londres, 2010, 602 pp.
- _____: *The Overthrow of Colonial Slavery, 1776-1848*, Verso, Londres, 2011, 560 p.
- SUSAN BUCK-MORSS: *Hegel, Haiti and Universal History*, University of Pittsburgh Press, 2009, 164 pp.

- PIERRE BUTEAU, RODNEY SAINT-ELOI E LYONEL TROUILLOT: *Refonder Haïti?*, Ed. Mémoire d'encrier, Montréal, 2010, 399 pp.
- IRENE PESSOA DE LIMA CÂMARA: *En nome da democracia: a OEA e a crise Haitiana - 1991-1994*, FUNAG, Brasília, 1998, 239 pp.
- ALBERT CAMUS: *La chute*, Gallimard, Paris, 1956, 153 pp.
- ALEJO CARPENTIER: *El Reino de este mundo*, Edición Primer Festival del Libro Cubano, Lima, 1948, 122 pp.
- JEAN CASIMIR: *Haïti et ses élites: l'interminable dialogue des sourds*, Edição UEH, Porto Príncipe, 2009, 250 pp.
- JACQUES DE CAUNA: *Haïti: l'éternelle révolution*, Edições Henri Deschamps, Porto Príncipe, 1997, 363 pp.
- GINETTE CHÉRUBIN: *Le ventre pourri de la bête*, Ed. UEH, Porto Príncipe, 2014, 407 pp.
- BILL CLINTON: *My Life*, Ed. Alfred A. Knopf, New York 2004, 957 pp.
- PAULO GUSTAVO PELLEGRINO CORREA: *Minustab e diplomacia solidária: criação de um novo paradigma nas operações de paz?* Dissertação de Mestrado, Programa de Pós-graduação em Ciências Políticas, Universidade Federal de São Carlos, São Carlos, 2009, 112 pp.
- LAURENT DUBOIS: *Les Vengeurs du Nouveau Monde*, Edições da UEH, Porto Príncipe, 2009, 384 pp.
- _____: *Haití: The Aftershocks of History*, Metropolitan Books, New York, 2012, 434 pp.
- PAUL FARMER: *The Uses of Haití*, Common Courage Press, Monroe, 2006, 479 pp.
- _____ y otros: *Haití after the earthquake*, Public Affairs, New York, 2011, 431 pp.
- ROBERT FATTON JR.: *Haití's Predatory Republic: The Unending Transition to Democracy*, Ed. Lynne Rienner, Boulder, 2002, 237 pp.

- _____: *Haití: Trapped in the Outer Periphery*, Ed. Lynne Rienner, Boulder, 2014, 227 pp.
- JOSÉ L. FRANCO: *Historia de la Revolución de Haití*, Academia de Ciencias, La Habana, 1966, 307 pp.
- PHILIPPE GIRARD: *Haití: the tumultuous history from Pearl of the Caribbean to Broken Nation*, Palgrave Macmillan, New York, 2010, 248 pp.
- JACK GOODY: *Le vol de l'Histoire: comment l'Europe a imposé le récit de son passé au reste du monde*, Gallimard, Paris, 2010, 487 pp.
- LAENNEC HURBON: *Comprendre Haïti*, Edições Henri Deschamps, Porto Príncipe, 1987, 174 pp.
- C. L. R. JAMES: *Les Jacobins Noirs*, BNH, Porto Príncipe, 2003, 376 pp.
- JONATHAN M. KATZ: *The Big Truck That Went By: How the World Came to Save Haïti and left Behind a Disaster*, Palgrave Macmillan, New York, 2013, 306 pp.
- HERBERT S. KLEIN: *A escravidão africana: América Latina e Caribe*, São Paulo, Brasiliense, 1987.
- YANICK LAHENS: *Faïlles*, Sabine Wespieser Editeur, Paris, 2010, 160 pp.
- GÉRARD LEHMANN: *Haïti 2004: radiographie d'un coup d'Etat*, Paris, L'Harmattan, 2007, 200 pp.
- CLAUDE MOÏSE: *Constitutions et luttes de pouvoir en Haïti*, 2 volumes, Edições UEH, Porto Príncipe, 2009, 753 pp.
- _____: *Un pas en avant, deux pas de côté: chronique des années 2004-2008*, Edições da UEH, Porto Príncipe, 2011, 416 pp.
- MOUVEMENT DES FEMMES HAÏTIENNES POUR L'ÉDUCATION ET LE DÉVELOPPEMENT: *Plaidoyer contre la détention préventive illégalement prolongée*, Porto Príncipe, 2002, 69 pp.

- ORGANIZAÇÃO DOS ESTADOS AMERICANOS: *Rapport Final de la Mission d'Experts de l'OEA pour la Vérification de la Tabulation des votes de l'élection Présidentielle du 28 novembre 2010 en République d'Haïti*, OEA/Ser.G - CP/doc. 4529/11, Washington, 18 de enero de 2011.
- VOGLY NAHUM PONGNON: *A imagem dos Latino-americanos na liderança do componente militar da Minustah através de dois setores vitais da Nação Haitiana: os educadores e os camponeses*, Dissertação de Mestrado, Universidade de Brasília, 2013, 133 pp.
- NAMIE DI RAZZA: *L'ONU en Haïti depuis 2004: ambitions et déconvenues des opérations de paix multidimensionnelles*, Ed. L'Harmattan, Paris, 2010, 251 pp.
- ARNAUD ROBERT: *Journal d'un Blanc*, Ed. Le Nouvelliste, Porto Príncipe, 2013, 183 pp.
- COREY ROBIN: *El miedo. Historia de una idea política*, FCE, México, 2009, 499 pp.
- ALAIN ROUQUIÉ: *La démocratie ou l'apprentissage de la vertu*, Métaillé, Paris, 1985, 248 pp.
- TIMOTHY T. SCHWARTZ: *Travesty in Haïti: a true account of Christian missions, orphanages, food aid, fraud and drug trafficking*, Edição do Autor, 2010, 262 pp.
- JOSÉ ANTONIO SACO: *Historia de la esclavitud en las colonias francesas*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2002, 363 pp.
- RICARDO SEITENFUS: *Haïti: a soberania dos ditadores*, Editora Sólivros, Porto Alegre, 1994, 137 pp.
- ALYSSA GOLSTEIN SEPINWALL (Coordemadora): *Haitian history: new perspectives*, Routledge, New York, 2012, 335 pp.
- ANTONIO JOSÉ FERREIRA SIMÕES: *Eu sou da América do Sul*, Ed. Funag, Brasília, 2012, 116 pp.

- DANILO MARCONDES DE SOUZA NETO: *A política brasileira para as operações de paz e intervenções humanitárias: normas, ética e regionalização no envolvimento brasileiro na Minustah*, Dissertação de Mestrado do Programa de Pós-graduação em Relações internacionais da PUC, Rio de Janeiro, 2010, 357 pp.
- MICHEL-ROLPH TROUILLOT: *Silencing the Past: Power and the production of History*, Beacon Press, Boston 1995, 191 pp.
- WLADIMIR VALLER FILHO: *O Brasil e a crise Haitiana: a cooperação técnica como instrumento de solidariedade e de ação diplomática*, Ed. Funag, Brasília 2007, 396 pp.
- GARY VICTOR: *Cures et châtements*, Ed. Mémoire d'Encrier, Montréal, 2013, 207 pp.
- MARIE VIEUX-CHAUVET: *La danse sur le volcan*, Ed. Zellige, Paris, 2008, 376 pp.
- AMY WILENTZ: *Farewell, Fred Voodoo: a Letter from Haiti*, Ed. Simon & Schuster, New York 2013, 329 pp.
- PAOLO WOODS E ARNAUD ROBERT: *État*, Ed. Photosynthèses, Lausanne, 2013, 245 pp.

ARTÍCULOS

- DAVID AMBROSETTI: “L’humanitaire comme norme du discours au Conseil de sécurité: une pratique légitimatrice socialement sanctionnée”, *Cultures & Conflits*, 60, invierno 2005.
- ALICE BARRET E KELSEY CARY: “Disparities in U. S. Immigration Policy toward Haiti and Cuba: a Legacy to be Continued”, Council on Hemispheric Affairs, Washington, 24 de junio de 2010, 9 pp.

- JEAN-PHILIPPE BELLEAU: “L’imposture des Nations unies en Haïti”, *Le Monde*, Paris, 31 de diciembre de 2010.
- SUZY CASTOR: “Haïti et l’Amérique latine: une relation à construire”, *Rencontres*, números 24-25, febrero de 2012.
- _____: “La transición Haitiana: entre los peligros y la esperanza”, *Osal*, Buenos Aires, Clacso, 2008, año VIII, n. 23.
- PAUL COLLIER: “Haïti: des catastrophes naturelles à la sécurité économique”, *Rapport au Secrétaire général de l’Organisation des Nations Unies*, enero de 2009.
- FRANTZ DUVAL: “Un Blanc sans pitié”, prefacio de *Journal d’un Blanc*, op. cit. pp. 9-13.
- ANTOINE ESTEBAN: “Amérique latine et maintien de la paix”, in *Réseau de recherche sur les opérations de paix*, Institut d’études politiques, Lille, 2012, 6 pp.
- BENJAMIN FERNANDEZ: “L’échec des Nations unies en Haïti”, *Le Monde Diplomatique*, Paris, 12 de enero de 2011.
- JOSÉ LUIS VIVAS FONTANA: “La responsabilidad de la izquierda en la destrucción de Haití”, en *Adital*, Fortaleza, 3 de febrero de 2012.
- AMÉLIE GAUTHIER: “¿Cómo rescatar Haití?”, *Política Exterior*, número 134, marzo-abril 2010.
- _____ y Sarah John de Sousa: “Brasil en Haití: el debate respecto a la misión de paz”, *Fride*, noviembre de 2006.
- PETER HALLWARD: “Option Zero in Haiti”, in *New Left Review*, mayo-junio 2004, pp. 23-47.
- STEFANIE HANKE: “¿Misión cumplida? El fracaso de la Comunidad Internacional en Haití”, *Nueva Sociedad*, marzo 2013.
- _____ y ARNOLD ANTONIN: “Haití: el presidente inesperado”, *Nueva Sociedad*, julio-agosto 2011, pp. 19-31.

- MÓNICA HIRST: “La intervención sudamericana en Haití”, en *Crisis del Estado e Intervención Internacional*, Ediciones Edhasa, Buenos Aires, 2009, pp. 327-357.
- PAUL JACKSON: “The Debt that Obama and Clinton Owe to the Haitian Poor”, *USA Politics and Foreign Policy*, 8 de febrero de 2010.
- JONATHAN M. KATZ: “Haiti’s Inconvenient Truth”, *Foreign Policy*, abril de 2013.
- ELISABETH LINDENMAYER: “Haití: A Future beyond Peacekeeping”, *UN Studies Program*, Columbia University, 2009.
- WASHINGTON SANTOS NASCIMENTO: “São Domingos, o grande São Domingos: repercussões e representações da Revolução Haitiana no Brasil escravista (1791-1840)”, in *Dimensões*, vol. 21, 2008, pp. 125-142.
- AUGUSTO HELENO RIBEIRO PEREIRA: “Operação de paz no Haití”, *Gabinete de Segurança Institucional*, Brasília, 2005.
- JOÃO JOSÉ REIS: “Nos achamos em campo a tratar da liberdade: a resistência negra no Brasil oitocentista”, in Carlos Guilherme Mota, *Viagem incompleta: a experiência brasileira*, São Paulo, SEMAC, 2000.
- JANET REITMAN: “How the World Failed Haiti”, *Rolling Stone*, 4 de agosto de 2011.
- RICARDO SEITENFUS: “The Nature of Haitian Politics and International Challenges” en *Journal of Peacebuilding and Development*, volume 6, n. 3, 2011, pp. 85-89.
- _____: “De Suez ao Haití: a participação brasileira nas Operações de Paz”, in *O Brasil e a ONU*, Editor Funag, Brasília, 2008, pp. 41-58.

- _____: “Le Brésil au chevet d’Haïti: nouvel acteur pour crise atypique”, in *Alternatives Internationales*, Ceri, Paris, Hors Série n. 5, novembre 2007.
- _____: “Elementos para una diplomacia solidária: a crise Haitiana e os desafios da orden internacional, Carta Internacional, São Paulo, 2006, vol. 1, n. 1, pp. 5-12.
- _____: “A manutenção da paz e as lições do Haïti: colapso ou reedificação do Estado?”, in *Obreal/Eularo*, São Paulo, 2006, 30 pp.
- _____: “Lula et le monde: image, parole et action”, in *Le nouveau Brésil de Lula*, Editions de l’Aube, Aix-en-Provence, 2006, pp. 273-289.
- ASHLEY SMITH: “Haïti and the Aid Racket: How NGOs are Profiting off a Grave Situation”, *Counter Punch*, 24 de febrero de 2010.
- DAVID SOGGE: “La trampa de la ayuda internacional: retórica humanitaria y resultados adversos”, en *Le Monde Diplomatique*, septiembre de 2004, pp. 26-27.
- TOMÁS VÁRNAGY: “Participación argentina en operaciones de paz: el caso Minustah”, *Lasa*, mayo de 2012.

Esta primera edición de 500 ejemplares, de *Reconstruir Haití: entre la esperanza y el tridente imperial*, de Ricardo A. S. Seitenfus, se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Impresora Soto Castillo, Santo Domingo, República Dominicana, en el mes de febrero de 2016.

